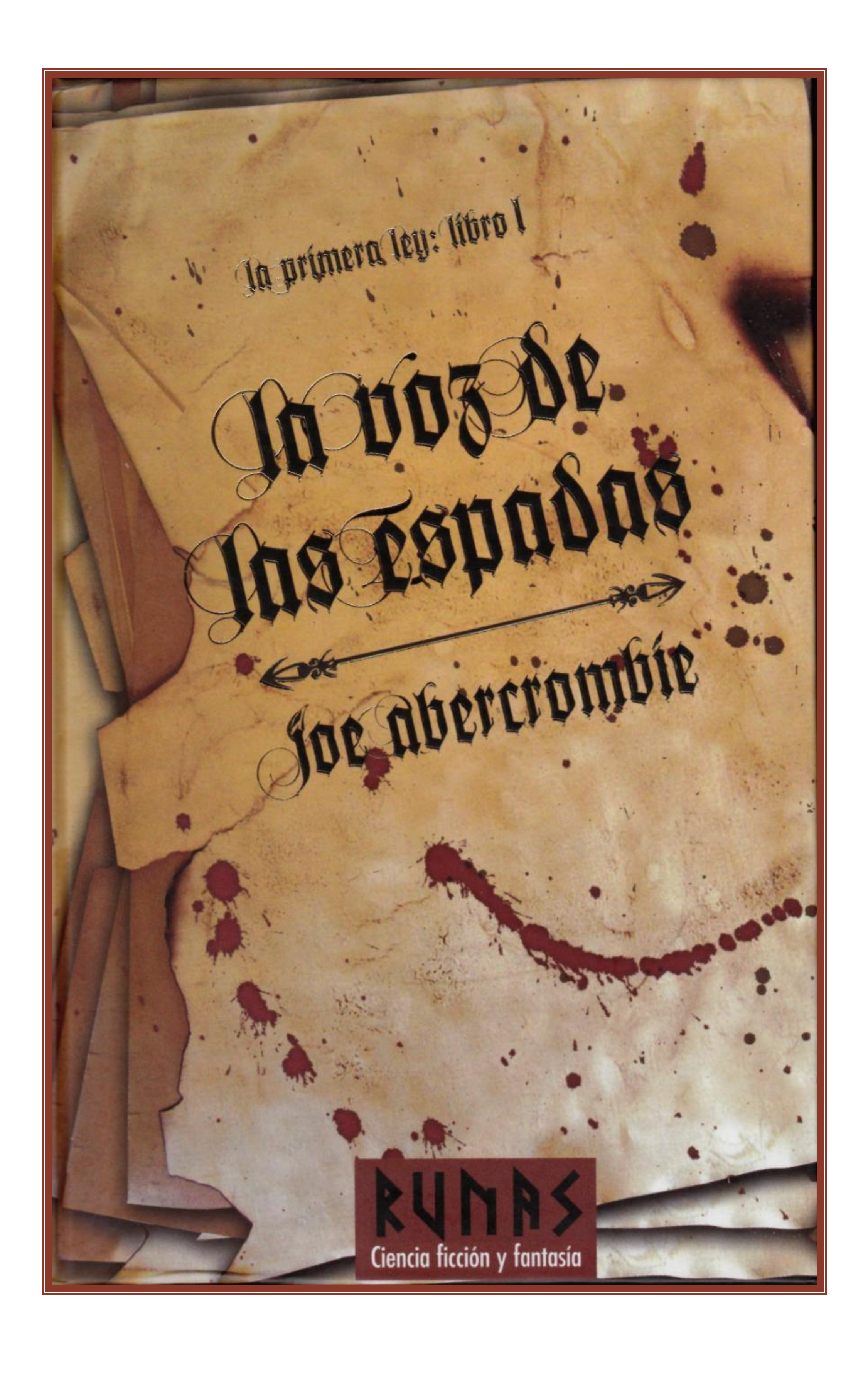

la primera ley: libro I
la voz de las espadas
joe abercrombie
RUNAS
Ciencia ficción y fantasía

Joe Abercrombie

La voz de las espadas

La primera ley

Libro I

Para los cuatro lectores.
Ya sabéis quiénes sois

Fin

Logen se internó de un salto en la espesura; sus pies descalzos resbalaban y patinaban sobre la tierra húmeda, la nieve fundida, las agujas de pino mojadas; el pecho le ardía al respirar, la sangre le retumbaba en la cabeza. Tropezó, cayó de costado y a punto estuvo de abrirse el pecho con su propio hacha; inmóvil, jadeando, escrutó el sombrío bosque.

Hacía sólo un instante el Sabueso seguía a su lado, de eso estaba seguro, pero ya no había ni rastro de él. En cuanto a los demás, no había forma de saberlo. Valiente jefe estaba hecho, cómo había dejado que le separaran de sus camaradas. Debería haber intentado regresar, pero los Shanka andaban por todas partes. Los sentía moverse entre los árboles y su olfato estaba impregnado de su olor. Desde algún lugar situado a su izquierda, le pareció oír gritos, de lucha, tal vez. Procurando no hacer ruido, se puso lentamente de pie. Crujió una rama y se volvió como una centella.

Una lanza venía hacia él. Una lanza de aspecto feroz venía hacia él a toda velocidad con un Shanka al otro extremo.

—Mierda —dijo Logen. Se echó a un lado, resbaló y cayó de bruces; luego se abrió paso entre la maleza rodando por el suelo, convencido de que de un momento a otro sentiría cómo la lanza se le hundía en la espalda. Respirando pesadamente, se apresuró a ponerse de pie. Vio el brillo de la punta, que se lanzaba de nuevo contra él; la esquivó y se escabulló tras el grueso tronco de un árbol. Se asomó por un lado, y el Cabeza Plana soltó un bufido y le tiró una lanzada. Luego volvió a asomarse un instante por el otro lado, se apartó, rodeó el tronco de un salto, salió a descubierto y descargó un hachazo, rugiendo con todas sus fuerzas. Con un chasquido, el filo del hacha se hundió en el cráneo del Shanka. Había tenido suerte, pero, al fin y al cabo, pensó Logen, ya iba siendo hora de tener un poco de suerte.

El Cabeza Plana seguía en pie, mirándole sin dejar de pestañear. Luego, su cabeza se fue cubriendo de hilos de sangre y empezó a tambalearse. Después se desplomó, arrancando a Logen el hacha de las manos, y quedó a sus pies, retorciéndose en el suelo. Logen trató de agarrar el mango del hacha, pero, de

alguna manera, el Shanka seguía teniendo algún tipo de control sobre la lanza y su punta continuaba dando sacudidas en el aire.

—¡Argh! —chilló Logen al sentir cómo la lanza le arrancaba un trozo de carne del brazo. De pronto, fue como si una nube atravesara su semblante. Otro Cabeza Plana. Y de los grandes. Se encontraba ya en el aire con las manos extendidas. Demasiado tarde para coger el hacha. Demasiado tarde también para esquivarlo. La boca de Logen se abrió, pero tampoco había tiempo de decir nada. ¿Qué puede decirse en una situación así?

Cayeron juntos sobre la tierra húmeda, y juntos rodaron por el suelo entre espinas y ramas sueltas, arañándose, aporreándose, gruñendo. La cabeza de Logen se golpeó contra la raíz de un árbol, un golpe tan Inerte que le retumbaron los oídos. Sabía que en alguna parte llevaba un cuchillo, pero no recordaba dónde. Rodaban y rodaban pendiente abato mientras el mundo entero giraba a su alrededor y Logen intentaba despejarse la cabeza y estrangular al Cabeza Plana a la vez. No había forma de parar.

A todos les había parecido una buena idea montar el campamento cerca del cañón. Así no habría ninguna posibilidad de que les sorprendieran por la espalda. Pero ahora que Logen resbalaba sobre su vientre hacia el borde del abismo, la idea había perdido gran parte de su atractivo. Desesperado, trató de aferrarse a la tierra húmeda. Sus manos sólo encontraron polvo y agujas de pino secas. Volvió a cerrar los dedos, pero lo único que atraparon fue aire. Iba a caer. Logen dejó escapar un gemido.

De pronto, sus manos agarraron algo. La raíz de un árbol sobresalía de la tierra, justo al borde del precipicio. Soltó un grito ahogado y se balanceó sobre el vacío, pero su pulso se mantuvo firme.

—¡Ja! —gritó—. ¡Ja! —Seguía con vida. Hacía falta algo más que unos cuantos Cabezas Planas para acabar con Logen Nuevededos. Trató de encaramarse hasta el borde, pero le fue imposible. Un gran peso le colgaba de las piernas. Logen miró hacia abajo.

El cañón era profundo. Muy profundo, y con unas paredes de roca cortadas a pico. Aquí y allá un árbol encajado en una grieta desplegaba su fronda sobre el abismo. Al fondo, muy lejos, el río, turbulento y veloz, discurría bufando y escupiendo espuma blanca encajonado entre abruptos peñascos negros. Mal asunto, desde luego, aunque el verdadero problema lo tenía bastante más a mano. Allí seguía el gran Shanka, columpiándose en el aire, con sus sucias manos amarradas a su tobillo izquierdo.

—Mierda —musitó Logen. Estaba metido en un buen aprieto. Ya había pasado por otros bastante malos y había vivido para contarlo, pero resultaba difícil imaginar una situación peor que aquélla. Eso le hizo pensar en su vida.

Le pareció amarga y sin sentido. No había supuesto ningún bien para nadie. Una mera sucesión de violencia y dolor, con poco más que penurias y decepciones entre medias. Las manos empezaban a cansársele, los antebrazos le ardían. Nada parecía indicar que el Cabeza Plana estuviera a punto de soltarse. Es más, había trepado un poco por su pierna. En ese momento, el Shanka se detuvo y lo miró con ferocidad.

De haber sido Logen el que colgara aferrado al pie del Shanka, probablemente habría pensado: «Mi vida depende de la pierna de la que estoy colgado, mejor será no correr ningún riesgo». Un hombre prefiere salvar la vida antes que matar a su enemigo. Por desgracia, los Shanka veían las cosas de otra manera, y Logen lo sabía. Por eso no se sorprendió cuando el Shanka abrió su enorme boca y le clavó los dientes en la pantorrilla.

—¡Aaargh! —Logen soltó un gruñido y se puso a gritar y a lanzar patadas con todas sus fuerzas con su talón descalzo. Una de sus patadas hizo sangre al Shanka en la cabeza, pero no por eso dejó de morderle, y, cuanto más fuertes eran sus patadas, más se le escurrían las manos de la grasienta raíz de la que estaba sujeto. Apenas quedaba raíz a la que aferrarse, y lo poco que quedaba parecía estar a punto de romperse. Intentó pensar, abstrayéndose del dolor de las manos, del dolor de los brazos, de los dientes del Shanka que aún seguían clavados en su pierna. Iba a caer al vacío. Se trataba de elegir entre caer en las rocas o caer al agua, aunque, bien pensado, aquélla era una cuestión que se iba a resolver por sí sola.

Cuando hay que hacer algo, lo mejor es no demorarlo para no tener que vivir temiéndolo. Eso es lo que habría dicho su padre. Logen afirmó en la roca el pie que tenía libre, respiró hondo y se impulsó hacia el vacío con las pocas fuerzas que le quedaban. Primero sintió cómo se soltaban los dientes que le mordían, luego las manos que le tenían agarrado, y, por un instante, quedó libre.

Entonces, empezó a caer. Rápidamente. Las paredes del cañón pasaban como una exhalación: un torbellino de roca gris, musgo verde y manchas blancas de nieve giraba vertiginoso a su alrededor.

Logen daba lentas volteretas en el aire, agitando inútilmente los miembros y tan asustado que ni siquiera era capaz de gritar. El viento le azotaba los ojos, le revolvía las ropas, le arrancaba el aliento. Justo debajo de él, vio al gran Shanka estrellarse contra la pared de roca. Lo vio quebrarse, rebotar y caer desmadejado; muerto, sin duda. Una visión muy grata, pero su satisfacción duró poco.

El agua se alzaba ya para acogerle. Le embistió el costado con la fuerza de un toro, le dio un puñetazo que le vació los pulmones, le quitó el sentido, lo

sumió en una fría oscuridad...

PARTE I

«Pues el hierro por sí solo incita al hombre.»
HOMERO.

Los supervivientes

El agua lamiéndole las orejas. Eso fue lo primero que sintió. El lamido del agua, el rumor de las hojas de los árboles, el gorjeo espaciado de algún pájaro.

Logen entreabrió los ojos. Luz. Una luz difusa, filtrada a través de las hojas. ¿Era eso la muerte? Pero si lo era, ¿cómo es que dolía tanto? Su costado izquierdo era un único dolor punzante. Trató de respirar con normalidad, se atragantó, vomitó agua, escupió barro. Gimió, se dio la vuelta, se puso a cuatro patas. Con los dientes apretados, se arrastró fuera del agua. Rodó por el suelo y se tumbó boca arriba en la orilla sobre un lecho de musgo, cieno y palos podridos.

Permaneció un rato tumbado, contemplando el cielo gris que se abría por encima de las ramas negras de los árboles, resollando, con la garganta en carne viva.

—Sigo vivo —gruñó. Vivo, pese a todas las molestias que se habían tomado la naturaleza, los Shanka, los hombres y las bestias. Empapado, con la espalda pegada al suelo, rió entre dientes. Una risa aflautada acompañada de una especie de gorgoteo. Digamos una cosa de Logen Nuevededos: es un superviviente.

Un viento frío barrió la pútrida orilla, y la risa de Logen se fue desvaneciendo poco a poco. Estaba vivo, sí, pero mantenerse con vida era cosa bien distinta. Se incorporó con un gesto de dolor. Tambaleándose, se puso de pie, apoyó la espalda en el tronco del árbol que tenía más cerca. Se restregó la nariz, los ojos y las orejas para quitarse la suciedad. Luego, se subió la camisa empapada para comprobar el alcance de los desperfectos.

La caída le había dejado el costado lleno de moratones. Tenía las costillas cubiertas de arriba abajo por unas manchas azules y púrpura. Dolían al tocarlas, pero al menos no parecía que hubiera nada roto. La pierna estaba hecha un destrozo. Ensangrentada y desgarrada por los dientes del Shanka. Dolía bastante, pero el pie conservaba una movilidad aceptable, y eso era lo principal. Ese pie le iba a hacer mucha falta si quería salir de aquélla.

Su cuchillo seguía en la vaina del cinturón, y, al verlo, se llevó una gran alegría. Sabía por propia experiencia que nunca se tienen suficientes cuchillos, y aquél era bastante bueno; aun así, las cosas seguían pintando bastante mal. Estaba solo en un bosque infestado de Cabezas Planas. Y, además, no tenía ni la más remota idea de dónde estaba, aunque siempre cabía la posibilidad de seguir el río. Todos los ríos fluían hacia el norte, desde las montañas hasta el gélido mar. Tenía que seguir el río a contracorriente en dirección sur. Seguirlo y ascender luego a las altiplanicies, donde los Shanka no podrían encontrarle. Era su única oportunidad.

Haría frío allá arriba en esta época del año. Un frío mortal. Bajó la vista y se miró los pies descalzos. Su típica mala suerte había hecho que los Shanka se presentaran cuando acababa de quitarse las botas para sajarse las ampollas. Tampoco llevaba zamarra: le habían pillado sentado junto a la hoguera. En esas condiciones no aguantaría ni un día en las montañas. Durante la noche, las manos y los pies se ennegrecerían, y moriría poco a poco sin tan siquiera alcanzar los puertos. Eso si no moría antes de hambre.

—Mierda —masculló. Tenía que regresar al campamento. Confiando en que los Cabezas Planas hubieran proseguido su camino, confiando en que hubieran dejado algo atrás. Algo que le ayudara a sobrevivir. Era mucho confiar, pero no tenía elección. Nunca tenía elección.

Cuando Logen dio por fin con el lugar, había empezado a llover. El incesante chispear le aplastaba el pelo contra el cráneo, le empapaba las ropas. Se pegó a un tronco cubierto de musgo. Con el corazón palpitante, y apretando la resbaladiza empuñadura del cuchillo hasta hacerse daño, escudriñó el campamento.

En el lugar donde había estado la hoguera vio un círculo ennegrecido, rodeado de palos a medio quemar y restos de ceniza pisoteada. Vio el leño en el que estaban sentados Tresárboles y Dow cuando aparecieron los Cabezas Planas. Vio algunos restos del equipo, rasgados o rotos, desperdigados por el claro. Contó tres Shanka muertos, tres bultos ovillados en el suelo; del pecho de uno de ellos sobresalía una flecha. Tres cadáveres, pero ni rastro de vivos. Era una suerte, que, como siempre, le serviría justo para sobrevivir. Aun así, podían regresar en cualquier momento. Había que darse prisa.

Logen salió apresuradamente de detrás de los árboles y se puso a rastrear el suelo con la mirada. Sus botas seguían en el mismo sitio donde las había dejado. Las agarró, se las fue poniendo a saltos, y, con las prisas, estuvo a punto de resbalar y caerse. También estaba allí su zamarra, atrapada bajo el

leño; desgastada, llena de rajas tras diez años expuesta a los rigores del clima y la guerra, mil veces desgarrada y vuelta a coser, y con media manga arrancada. Su macuto, un bulto informe, yacía entre los matojos, y su contenido estaba esparcido por la ladera. Casi sin aliento, se agachó y volvió a meterlo todo dentro. Un trozo de cuerda, su vieja pipa de barro, unas tiras de cecina, una aguja y algo de bramante, una petaca abollada en cuyo interior chapoteaban algunos restos de licor. Todo ello bueno. Todo ello útil.

Enganchada de una rama, colgaba una manta andrajosa, empapada y medio cubierta por una capa de mugre. Logen tiró de ella y sonrió. Debajo, viejo y cascado, se encontraba su puchero. Estaba volcado de lado, como si lo hubieran apartado del fuego de un puntapié durante la refriega. Lo agarró con ambas manos. Aquel puchero, abollado y renegrido tras años de duro servicio, le transmitía una sensación de seguridad, de cotidianidad. Hacía mucho que lo tenía. Le había hecho compañía en todas las guerras, en el avance hacia el norte y luego también a la vuelta. Todos lo habían usado para cocinar cuando andaban por los caminos, todos habían comido de él. Forley, Hosco, el Sabueso, todos.

Logen contempló de nuevo el campamento. Tres Shanka muertos, pero de su gente ni rastro. Puede que todavía anduvieran cerca. Quizás debiera arriesgarse, probar a echar un vistazo....

—No —masculló. Sería una locura. Eran muchos los Cabezas Planas. Una auténtica montonera. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado tirado en la orilla del río. Aun en el caso de que algunos de los suyos hubieran conseguido escapar, los Shanka se habrían aprestado a cazarlos, a darles caza por el bosque. A esas alturas seguro que ya no eran más que cadáveres desperdigados por los valles altos. Lo único que podía hacer era dirigirse a las montañas y tratar de salvar su triste pellejo. Hay que ser realista. Hay que serlo, por más que duela.

—Ahora ya sólo quedamos tú y yo —dijo Logen, y acto seguido metió el puchero en el macuto y se lo echó a la espalda. Se puso en marcha, renqueando todo lo rápido que podía. Pendiente arriba, hacia el río, hacia las montañas.

Sólo ellos dos. El puchero y él.

Eran los únicos supervivientes.

Preguntas

¿Por qué lo hago?, se preguntó por enésima vez el Inquisidor Glokta mientras bajaba cojeando por el pasillo. Los muros estaban enlucidos y encalados, aunque ni una cosa ni otra en fecha reciente. El lugar transmitía una sensación sórdida y estaba impregnado de un intenso olor a humedad. No había ventanas, el corredor se encontraba varios metros por debajo de tierra, y las luces de los faroles proyectaban unas sombras que fluían lentamente por todos los rincones.

¿Por qué habría de querer alguien hacer esto? Los pasos de Glokta sobre las mugrientas losas del suelo marcaban un ritmo constante. Primero, el golpe seco de su talón derecho, luego el leve toque del bastón y, finalmente, el interminable arrastre de su pie izquierdo, acompañado, como de costumbre, por unos dolores punzantes que le repercutían en el tobillo, la rodilla, las posaderas y la espalda. Golpe, toque y dolor. Ese era el ritmo de su andar.

La sucia monotonía del pasillo quedaba interrumpida de trecho en trecho por la presencia de una pesada puerta, reforzada con planchas de hierro perforado. Por un momento, tras una de ellas, Glokta creyó oír un grito ahogado de dolor. *Me pregunto quién será el desdichado al que están interrogando ahí dentro. ¿De qué crimen será culpable o inocente? ¿En qué secretos estarán hurgando, por entre qué mentiras tratarán de abrirse camino, qué traiciones estarán poniendo al descubierto?* Pero no tuvo tiempo de detenerse demasiado en aquellos pensamientos. Le interrumpieron los escalones.

Si le hubieran dado la oportunidad de someter a tortura a un hombre, al que fuera, Glokta habría elegido sin duda al inventor de los escalones. Antes de que comenzaran sus desdichas, cuando era joven y vivía rodeado de admiración, nunca se había fijado en ellos. Los bajaba de dos en dos y seguía tranquilamente su camino. Pero eso se había acabado. *Están en todas partes. Es imposible pasar de un piso a otro sin ellos. Y bajando es peor aún que subiendo, nadie parece darse cuenta de eso. Al subir, la caída no suele ser tan larga.*

Conocía muy bien aquel tramo. Dieciséis escalones labrados en piedra lisa, un poco desgastados por el centro y algo húmedos, como lo estaba todo allí

abajo. Sin barandilla ni nada a lo que agarrarse. *Dieciséis enemigos. Un auténtico reto.* Le había llevado su tiempo dar con el método menos doloroso para bajar escaleras. Avanzaba de lado, como los cangrejos. Primero el bastón, luego el pie izquierdo y después el derecho, acompañado de un dolor más agónico del habitual, al tener que descargar el peso sobre la pierna izquierda, y de unas punzadas constantes en el cuello. *¿Por qué tiene que dolerme el cuello cuando bajo escaleras? ¿Acaso es el cuello el que carga con mi peso?* De todos modos, el dolor era innegable.

A cuatro escalones del final, se detuvo. Ya casi los había vencido. Su mano temblaba sobre la empuñadura del bastón y la pierna izquierda le dolía brutalmente. Se pasó la lengua por las encías delanteras, donde en tiempos había tenido dientes, respiró hondo y dio un paso adelante. El tobillo cedió con una terrible punzada de dolor, y Glokta se precipitó hacia delante, retorciéndose, tambaleándose y con la mente convertida en un hervidero de espanto y desesperación. Tropezó como un borracho con el siguiente escalón, arañó las lisas paredes y lanzó un grito de terror. *¡Estúpido, estúpido, maldito desgraciado!* El bastón cayó al suelo con un traqueteo, los torpes pies de Glokta lucharon con las piedras y, por puro milagro, se encontró en la parte de abajo, aún de pie.

Ahora vendrá. Ese momento horrible, maravilloso y prolongado que media entre el golpe que te has dado en el pie y la sensación de dolor. ¿De cuánto tiempo dispongo antes de que me empiece a doler? ¿Y cómo de fuerte será cuando llegue? Respirando entrecortadamente, suelta la mandíbula; Glokta, detenido a los pies de la escalera, sintió el hormigueo de la anticipación. *Ya está aquí....*

El tormento fue atroz, un espasmo atenazante que se extendía desde el pie izquierdo a la mandíbula. Apretó los ojos para contener las lágrimas y se tapó la boca con la mano derecha con tal fuerza que los nudillos soltaron un chasquido. Los pocos dientes que le quedaban rechinaban mientras encajaba las mandíbulas, pero ni siquiera así pudo evitar que un gemido agudo e irregular escapara de su boca. *¿Es esto un grito o una risa? ¿Cómo distinguirlos?* Con respiración temblorosa, tomó aire por la nariz mientras las mucosidades borboteaban en su mano y su cuerpo retorcido se estremecía debido al esfuerzo por mantenerse en pie.

El espasmo pasó. Glokta fue moviendo cautelosamente sus miembros uno por uno para evaluar los daños sufridos. La pierna le ardía, el pie se le había quedado insensible y, al más mínimo movimiento, el cuello le daba un latigazo que enviaba unos punzantes calambres que le recorrían la columna vertebral. *No está demasiado mal, dadas las circunstancias.* Se agachó con dificultad y agarró su bastón con dos dedos. Luego volvió a erguirse y se limpió las mucosidades y las lágrimas en el dorso de la mano. *Ha sido emocionante. ¿Me ha*

divertido? Para la mayoría de la gente unas escaleras son algo rutinario. En cambio, para mí, ¡son toda una aventura! Reemprendió su renqueante marcha por el pasillo, sonriendo para sus adentros. Aún asomaba una tenue sonrisa a su rostro cuando llegó a su puerta y pasó adentro arrastrando los pies.

Una caja blanca y mugrienta con dos puertas situadas una frente a la otra. El techo era demasiado bajo para resultar cómodo y el resplandor de los faroles confería a la sala una iluminación excesiva. La humedad avanzaba desde una de las esquinas y el enlucido se ahuecaba, formando unas ampollas salpicadas de moho negro. Alguien parecía haber tratado de limpiar una gran mancha de sangre que había en una de las paredes, aunque sin poner mucho empeño en ello.

El Practicante Frost, con los enormes brazos cruzados sobre su fornido pecho, se encontraba al otro extremo de la sala. Saludó a Glokta moviendo la cabeza con la misma emoción que cabe esperar de una piedra, y Glokta le respondió de idéntica manera. Una mesa sucia y rayada, que se encontraba atornillada al suelo, se extendía entre ambos, con una silla a cada lado. En una de ellas estaba sentado un hombre grueso, desnudo, con las manos amarradas a la espalda y una bolsa de lona marrón cubriéndole la cabeza. Su respiración sofocada y convulsa era el único ruido que se oía en la sala. Hacía bastante frío allí abajo y, sin embargo, el hombre estaba sudando. *Bueno, al fin y al cabo, es natural.*

Glokta se acercó cojeando a la otra silla, apoyó cuidadosamente el bastón contra el borde de la mesa y, con mucha lentitud, cautela y dolor, tomó asiento. Estiró el cuello a izquierda y derecha, y luego se dejó caer, procurando que su cuerpo quedara en una postura lo más cómoda posible. Si hubieran dado a Glokta la oportunidad de estrecharle la mano a un hombre, al que fuera, sin duda habría elegido al inventor de las sillas. *Ha hecho que mi vida resulte casi soportable.*

Frost abandonó en silencio la esquina y sujetó el pico de la bolsa entre su índice, pálido y carnoso, y su grueso y blanquecino pulgar. Glokta hizo un gesto con la cabeza y el Practicante tiró de la bolsa, dejando a Salem Rews parpadeando bajo la cruda luz de la sala.

Un rostro mezquino, porcino, feo. Rews, eres un feo y miserable cerdo. Un repulsivo puerco. Ya estás listo para confesar. Sí, vas a hablar y a hablar hasta que tengamos que decir basta. Un gran moratón oscuro le cruzaba la mejilla y otro le recorría la mandíbula, justo por encima de su doble papada. Cuando sus ojos acuosos se adaptaron a la claridad, reconoció a Glokta sentado frente a él y, al instante, su rostro se iluminó con una expresión de esperanza. *Una esperanza muy, muy injustificada.*

—¡Glokta, tienes que ayudarme! —chilló atropelladamente, echándose hacia delante con desesperación todo lo que le permitían sus ataduras—. He sido acusado injustamente, lo sabes. ¡Soy inocente! Has venido a ayudarme, ¿verdad? ¡Eres mi amigo! Tú tienes influencia aquí. ¡Somos amigos, amigos! ¡Puedes hablar en mi favor! ¡Soy un inocente al que se ha acusado injustamente! ¡Soy...!

Glokta levantó una mano, reclamando silencio. Miró el rostro conocido que tenía delante como si no lo hubiera visto jamás y, luego, se volvió hacia Frost.

—¿Conozco yo a este hombre?

El albino no dijo nada. La parte inferior de su rostro estaba oculta por la máscara de Practicante y la parte superior era inescrutable. Contemplaba sin parpadear al prisionero que estaba sentado en la silla con unos ojos rosáceos más muertos que los de un cadáver. Desde que Glokta entró no había parpadeado ni una sola vez. *¿Cómo lo consigue?*

—¡Soy yo, Rews! —dijo entre dientes el gordo con un tono de voz que cada vez se aproximaba más al pánico—. ¡Salem Rews, tú me conoces, Glokta! ¡Estuve contigo en la guerra... ya sabes... antes de... somos amigos! Somos...

Glokta volvió a levantar la mano y, tras recostarse en su asiento, empezó a darse pequeños golpes con el dedo en uno de los pocos dientes que le quedaban, como si estuviera sumido en una profunda reflexión.

—Rews. El nombre me resulta familiar. Un mercader, un miembro del Gremio de los Sederos. A decir de todos, un hombre rico. Sí, ahora recuerdo... —Glokta hizo una pausa retórica y se inclinó hacia delante—. ¡Era un traidor! La Inquisición lo capturó y confiscó todos sus bienes. Verás, había conspirado para no pagar los tributos del Rey. —Rews se había quedado con la boca abierta—. ¡Los tributos del Rey! —exclamó Glokta descargando una mano sobre la mesa. El gordo le miró con los ojos muy abiertos y se pasó la lengua por un diente. *Extremo superior derecho, segundo empezando por atrás.*

—Pero ¿qué modales son estos? —se preguntó Glokta sin dirigirse a nadie en particular—. No sé si nos conocemos o no de antes, pero creo que mi ayudante y tú no habéis sido presentados adecuadamente. Practicante Frost, salude a nuestro grueso amigo.

Fue un golpe con la palma de la mano, pero lo bastante fuerte como para arrancar a Rews de su asiento. La silla traqueteó con violencia pero se mantuvo en su sitio. *¿Cómo se hace eso? ¿Se puede tirar a un tipo al suelo sin que se caiga la silla?* Despatarrado en el suelo, Rews gorgoteaba con la cara pegada a las baldosas.

—Recuerda a una ballena varada —dijo Glokta con voz ausente. El albino agarró a Rews por debajo del brazo, lo alzó y volvió a arrojarlo sobre la silla. Tenía un corte en la mejilla del que brotaba un reguero de sangre, pero la expresión de sus ojos porcinos se había endurecido. *Los golpes ablandan a la mayoría de los hombres, pero los hay que se endurecen. Nunca habría tomado a este tipo por un hombre duro. En fin, la vida está llena de sorpresas.*

Rews escupió sangre sobre la mesa.

—¡Has ido demasiado lejos, Glokta, ah, sí! ¡Los Sederos somos un gremio muy respetable, tenemos influencias! ¡No tolerarán esto! ¡Soy un hombre muy conocido! ¡En este preciso instante mi esposa estará presentando una petición al Rey para que se ocupe de mi caso!

—Ah, tu esposa —Glokta sonrió con tristeza—. Tu esposa es una mujer muy bella. Muy bella y muy joven. Me temo que tal vez demasiado joven para ti. Me temo que ha aprovechado la oportunidad para librarse de ti. Me temo que fue ella quien vino a traer tus libros de cuentas. Todos los libros.

Rews empalideció.

—Hemos estado echando un vistazo a esos libros —añadió Glokta señalando a su izquierda una pila imaginaria de papeles—. Hemos echado un vistazo en el Tesoro —dijo señalando otra a la derecha—. Puedes imaginarte nuestra sorpresa al comprobar que las sumas no cuadraban. Y luego están todas esas visitas nocturnas de tus empleados a los almacenes del barrio viejo, esos pequeños barcos sin licencia, esos pagos a funcionarios, esos documentos falsificados. ¿Debo seguir? —inquirió Glokta meneando la cabeza en un gesto de desaprobación. El gordo tragó saliva y se humedeció los labios.

Se puso a disposición del prisionero pluma y tinta, así como el pliego de la confesión, rellenado al detalle con la hermosa y cuidada caligrafía de Frost y a falta tan sólo de la firma. *Ya está, ahora sí que le tengo.*

—Confiesa, Rews —susurró suavemente Glokta—, y haz que este lamentable asunto concluya de una forma indolora. Confiesa y danos los nombres de tus cómplices. Sabemos quiénes son. Será mejor para todos. No quiero hacerte daño, créeme, no me produce ningún placer. *Nada me lo produce.* Confiesa. Confiesa y salvarás la vida. El exilio en Angland no es tan malo como te han hecho creer. Estando allí, la vida aún te reportará algún placer, y siempre está la satisfacción de trabajar honradamente al servicio de tu Rey. ¡Confiesa!

Rews miraba al suelo y se pasaba la lengua por el diente. Glokta se recostó en su asiento y suspiró.

—O no lo hagas —dijo—, y regresaré con los instrumentos —Frost dio un paso adelante y su enorme sombra se proyectó sobre el rostro del gordo—.

Hallado un cadáver flotando junto a los muelles —Glokta tomó aliento—, hinchado por el agua y horriblemente mutilado... absolutamente... irreconocible. *Ya está listo para cantar. Cebado, maduro y listo para reventar.* ¿Le infligieron las heridas antes o después de muerto? —preguntó con despreocupación dirigiéndose al techo—. ¿Se sabe siquiera si el misterioso difunto era un hombre o una mujer? —Glokta se encogió de hombros—. ¿Cómo saberlo?

Un golpe seco sonó en la puerta. Rews alzó bruscamente la cabeza con renovada esperanza. *¡Ahora no, maldita sea!* Frost se acercó a la puerta y la entreabrió. Tras un breve intercambio de palabras, la puerta volvió a cerrarse. Frost se inclinó hacia delante para susurrarle algo al oído a Glokta.

—Ez Zeverar —mascculló con un ceceo, que hizo deducir a Glokta que Severard aguardaba en la puerta.

¿Ya? Glokta sonrió y asintió con la cabeza, como si se trataran de muy buenas noticias. El rostro de Rews se demudó levemente. *¿Cómo se explica que un hombre cuya principal actividad es la ocultación sea incapaz de ocultar sus emociones en una sala como ésta?* Pero Glokta conocía la respuesta. *Es difícil mantener la calma cuando se está aterrorizado, indefenso, solo y a merced de unos hombres que no conocen el significado de la palabra compasión. ¿Quién sabe eso mejor que yo?* Exhaló un suspiro y, adoptando su tono de voz más hastiado, preguntó:

—¿Estás dispuesto a confesar?

—¡No! —Los ojos porcinos del prisionero habían recuperado una expresión retadora. Sostuvo la mirada, silencioso y alerta, y volvió a chuparse el diente. *Sorprendente. Muy sorprendente. Bueno, al fin y al cabo, esto no ha hecho más que empezar.*

—¿Te molesta ese diente, Rews? —Los dientes no tenían secretos para Glokta. Su propia boca había sido objeto de las atenciones de los mejores expertos. *O de los peores, según se mire*—. Al parecer, voy a tener que dejarte durante un rato, pero mientras esté fuera pensaré en tu diente. Meditaré detenidamente qué hacer con él —Glokta cogió su bastón—. Quiero que pienses en mí meditando sobre tu diente. Y también quiero que medites con calma si vas a firmar esa confesión.

Glokta se enderezó trabajosamente y sacudió su pierna dolorida.

—Creo, no obstante, que una sobria tanda de golpes no te sentará mal, así que voy a dejarte en compañía del Practicante Frost durante media hora. —La boca de Rews dibujó un silencioso círculo de sorpresa. El albino levantó en vilo la silla, con el gordo incluido, y la dio lentamente la vuelta—. No hay nadie mejor para este tipo de cosas. —Frost sacó un par de guantes de cuero desgastados y, con sumo cuidado, comenzó a ponérselos en sus manazas

blancas, introduciendo los dedos de uno en uno—. Tú siempre has querido para ti lo mejor, ¿no es así Rews? —Glokta se dirigió a la puerta.

—¡Espera! ¡Glokta! —gimió Rews a sus espaldas—. Espera, yo...

El Practicante Frost cerró con una de sus manos enguantadas la boca del gordo y, llevándose un dedo hacia la máscara, dijo:

—Chizzzzzzzzzzz.

La puerta se cerró con un clic. Severard estaba recostado en la pared del pasillo, con un pie apoyado en el enlucido que tenía a su espalda, silbando desafinadamente bajo la máscara y acariciándose la lacia melena. Cuando Glokta apareció por la puerta, se irguió e hizo una leve reverencia. El brillo de sus ojos indicaba que estaba sonriendo. *Siempre está sonriendo.*

—El Superior Kalyne quiere verle —dijo con un acento cerrado y vulgar— y, a mi parecer, nunca le había visto tan enfadado.

—Pobrecito Severard, debes estar aterrorizado. ¿Tienes la caja?

—La tengo.

—¿Y has cogido algo para Frost?

—Así es.

—Y también algo para tu esposa, espero.

—Oh, sí —dijo Severard con ojos aún más sonrientes—. Mi esposa andará bien provista. Cuando la tenga.

—Perfecto. Démonos prisa en atender a la llamada del Superior. Cuando lleve cinco minutos con él, entra con la caja.

—¿Que entre así, sin más, en su despacho?

—Por mí como si entras a saco y le sueltas una puñalada en la cara.

—Eso está hecho, Inquisidor.

Glokta hizo un gesto de aprobación y se giró, pero luego volvió a darse la vuelta.

—Ahórrate lo de la puñalada, ¿eh, Severard?

Los ojos del Practicante sonrieron mientras envainaba su temible cuchillo. Glokta alzó la vista al techo y luego empezó a renquear, golpeteando las losas con el bastón y con la pierna palpitándole. Golpe, toque, dolor. Ese era el ritmo de su andar.

El despacho del Superior era una sala amplia y profusamente decorada que se encontraba en la parte alta del Pabellón de los Interrogatorios, una sala en la que todo resultaba demasiado grande y demasiado recargado. Una

aparatosa y descomunal ventana dominaba una pared recubierta de paneles de madera, ofreciendo una vista de los cuidados jardines del patio que había debajo. Un escritorio, igual de descomunal y ornamentado, se levantaba en el centro de una alfombra de vivos colores traída de algún lugar cálido y exótico. La cabeza de un animal feroz, procedente de algún lugar frío y exótico, se hallaba montada encima de una magnífica chimenea de piedra, en cuyo interior ardía un mísero y diminuto fuego que parecía estar a punto de apagarse.

Sin embargo, el propio Superior Kalyne hacía que la sala resultara un lugar pequeño y apagado en comparación. Era un hombre inmenso y rubicundo, de unos sesenta años, cuya incipiente calvicie quedaba sobradamente compensada por unas majestuosas patillas blancas. Incluso en el seno de la propia Inquisición, su presencia sobrecogía, pero Glokta no era de los que se asustaba fácilmente, y ambos lo sabían.

Detrás del escritorio había una silla grande y muy historiada, pero el Superior se encontraba dando vueltas por la sala, chillando y haciendo aspavientos. Glokta, por su parte, ocupaba un asiento que, pese a su indudable valor, había sido diseñado con el expreso propósito de hacer que su ocupante se sintiera lo más incómodo posible. *Poco puede importarme eso. La incomodidad es a lo más que puedo aspirar.*

Mientras el Superior echaba pestes contra él, se entretuvo imaginando que la cabeza de Kalyne reemplazaba a la del feroz animal que había encima de la chimenea. *Este viejo estúpido es idéntico a su chimenea de piedra. Impresionante por fuera, pero vacío por dentro. Me pregunto cómo reaccionaría ante un interrogatorio. Me parece que empezaría por esas ridículas patillas.* El semblante de Glokta, sin embargo, era una máscara de atención y respeto.

—¡Glokta, maldito lisiado, esta vez se ha superado usted a sí mismo! ¡Cuando se enteren los Sederos, le van a despellejar vivo!

—Ya he probado el despellejamiento, pero hace cosquillas. *Maldita sea, mantén la boca cerrada y sonríe. ¿Dónde se ha metido ese idiota silbador de Severard? En cuanto salga de aquí, haré que lo despellejen.*

—¡Bravo, Glokta, eso ha estado muy bien, sí, muy bien, mire cómo me río! ¿Conque evasión de los tributos del Rey? —Las patillas del Superior parecieron erizarse mientras le fulminaba con la mirada—. ¡Los tributos del Rey! —aulló, rociando a Glokta de saliva—. ¡Todos lo hacen! ¡Los Sederos, los Especieros, todos! ¡Todo idiota que tenga un barco!

—Pero, Superior, en este caso fue tan descarado... Era un insulto para nosotros. Tuve la impresión de que teníamos que....

—¡Tuvo la impresión! —El rostro de Kalyne estaba rojo y temblaba de ira—. ¡Tenía órdenes expresas de dejar en paz a los Sederos, de dejar en paz a

los Especieros, de dejar en paz a todos los gremios principales! —Mientras iba de un lado para otro, sus zancadas cada vez iban adquiriendo más velocidad. *A este paso acabará desgastando la alfombra. Y los grandes gremios tendrán que comprarle una nueva*—. Conque tuvo la impresión, ¿eh? ¡Pues bien, hay que devolvérselo! ¡Tendremos que soltarlo, y ya puede irse preparando para pedir perdón de rodillas! ¡Es un desastre! ¡Me ha puesto usted en ridículo! ¿Dónde le tiene ahora?

—Le he dejado con el Practicante Frost.

—¿Con esa bestia inarticulada? —El Superior, desesperado, se mesó los cabellos—. Estupendo, estará usted contento ¿no? ¡A estas alturas ya estará hecho papilla! ¡No podemos devolverlo en esas condiciones! ¡Está usted acabado, Glokta! ¡Acabado! ¡Acudiré directamente al Archilector! ¡Directamente al Archilector!

En ese momento, la enorme puerta se abrió de una patada y Severard entró como si tal cosa, con una caja de madera en la mano. *Justo en el momento preciso.* Mudo de asombro y de ira, el Superior vio cómo Severard soltaba sobre el escritorio la caja que, al caer, produjo un ruido sordo acompañado de un tintineo.

—¿Qué demonios significa...? —Severard levantó la tapa, y Kalyne vio el dinero. *Todo ese maravilloso dinero.* Se detuvo en medio de su perorata y su boca quedó paralizada antes de completar la siguiente palabra. Pareció sorprendido, luego desconcertado y finalmente adoptó una actitud cautelosa. Frunció los labios y lentamente tomó asiento.

—Gracias, Practicante Severard —dijo Glokta—. Ya puede retirarse. —Mientras Severard salía, el Superior se acariciaba pensativamente las patillas; su tez iba recuperando poco a poco su habitual tono rosáceo—. Se le ha confiscado a Rews. Ahora, por supuesto, es propiedad de la Corona. Pensé que, siendo usted mi más inmediato superior, mi deber era entregárselo para que fuera usted quien se encargara de hacérselo llegar al Tesoro. *O lo emplee en comprarse un escritorio aún mayor, maldita sanguijuela.* —Glokta apoyó los brazos en las rodillas y se inclinó hacia delante—. Tal vez podría usted decir que Rews fue demasiado lejos, que la gente había empezado a hacerse preguntas, que había que dar un escarmiento. A fin de cuentas, tampoco podemos quedarnos de brazos cruzados. Esto hará que los grandes gremios se pongan un poco nerviosos, los mantendrá a raya. *Se pondrán nerviosos y así podrás exprimirlos mejor.* O, si lo prefiere, puede decir que soy un tullido demente y echarme a mí las culpas.

Al Superior empezaba a gustarle el asunto, Glokta estaba seguro. Trataba de que no se le notara, pero, a la vista de todo aquel dinero, sus patillas se

habían puesto a temblar.

—De acuerdo, Glokta, de acuerdo, está bien —alargó un brazo y cerró la tapa de la caja con sumo cuidado—. Pero si alguna vez vuelve a ocurrírsele hacer algo así..., hable conmigo primero, ¿quiere? No me gustan las sorpresas. —Haciendo un gran esfuerzo, Glokta se puso de pie y avanzó cojeando hacia la puerta—. Ah, una cosa más —Glokta se volvió con rigidez. Kalyne le dirigía una mirada severa por debajo de sus pobladas y estrambóticas cejas—. Cuando vaya a ver a los Sederos, necesitaré tener lista la confesión de Rews.

El rostro de Glokta dibujó una amplia sonrisa que dejó al descubierto los huecos de su dentadura.

—No creo que eso suponga ningún problema, Superior.

Kalyne estaba en lo cierto. No era posible dejar libre a Rews en aquel estado. Tenía los labios partidos y ensangrentados, los costados estaban cubiertos de unas magulladuras que empezaban a oscurecerse, su cabeza colgaba inerte hacia un lado y el rostro estaba tan hinchado que resultaba casi irreconocible. *En otras palabras, el aspecto de un hombre dispuesto a confesar.*

—Me imagino que no habrás disfrutado en exceso de esta última media hora, Rews. De hecho, me imagino que no la habrás disfrutado en absoluto. Es difícil asegurarlo, pero yo diría que ha sido la peor media hora de tu vida. He estado pensando en la razón por la que estás aquí, y la triste verdad es que... esto va a ser lo mejor que podamos ofrecerte. Esto es la buena vida —Glokta se inclinó hacia delante hasta que su rostro quedó a unos pocos centímetros de la masa sanguinolenta en que había quedado convertida la nariz de Rews—. Comparado conmigo, el Practicante Frost es una niñita —le susurró—. Un gatito. Una vez que haya empezado contigo, Rews, echarás de menos esto. Me rogarás que te deje media hora a solas con el Practicante. ¿Me entiendes? —Exceptuando el silbido que producía el aire al atravesar su nariz rota, Rews permanecía mudo—. Muéstrale los instrumentos —susurró Glokta.

Frost dio un paso adelante y, haciendo un gesto teatral, abrió una caja lustrosamente pulimentada. Era un magistral trabajo de artesanía. Al echar atrás la tapa, las diversas bandejas que contenía se desplegaron en abanico, mostrando los instrumentos en todo su horrible esplendor. Había cuchillas de todas las formas y tamaños, agujas curvas y rectas, frascos de aceite y de ácido, clavos y tornillos, pinzas y alicates, sierras, martillos, cinceles. El metal, la madera y el cristal relucían bajo la brillante luz de los faroles. Todas las herramientas habían sido pulidas hasta volverlas brillantes como espejos y se encontraban afiladas con asesina agudeza. La gran tumescencia morada que

tenía Rews bajo el ojo izquierdo se lo había cerrado por completo, pero su otro ojo recorría con terror y fascinación las herramientas que tenía ante sí. La función de algunas de ellas resultaba horriblemente obvia, la de otras horriblemente oscura. *Me pregunto cuál le causa más pavor.*

—Si mal no recuerdo, hablábamos de tu diente —murmuró Glokta. El ojo de Rews parpadeó para mirarle—. ¿O tal vez prefieras confesar? *Ahora sí que te tengo. Confiesa, confiesa, confiesa, confiesa.*

Desde la puerta llegó un golpe seco. *¡Maldita sea! ¿Otra vez?* Frost la entreabrió y se oyó un breve intercambio de susurros. Rews humedeció sus labios abotargados. La puerta se cerró y el albino se inclinó para decirle algo al oído a Glokta.

—Ez el Arziector —Glokta se quedó helado. *No ha sido suficiente con el dinero. Mientras yo regresaba penosamente del despacho de Kalyne, ese maldito cabrón me estaba denunciando al Archilector. ¿Es esto el fin?* Al pensarlo, sintió un estremecimiento culpable. *Muy bien, pero antes me ocuparé de este cerdo seboso.*

—Dile a Severard que iré dentro de un momento —Glokta se volvió hacia su prisionero, pero Frost le posó en el hombro una de sus manazas blancas.

—Ejem, el Arziector —dijo, señalando la puerta— eztá aquí.

¿Aquí? Glokta sintió una palpitación en los párpados. *¿Por qué?* Apoyándose, en el borde de la mesa, se levantó. *¿Apareceré mañana en el canal? Muerto, hinchado y absolutamente... irreconocible.* La única emoción que despertó en él aquella idea fue una leve sensación de alivio. *Se acabaron las escaleras.*

El Archilector de la Inquisición de Su Majestad aguardaba de pie en el pasillo. El blanco resplandeciente e impoluto de su larga capa, sus guantes y su mata de pelo hacía que las mugrientas paredes que tenía a su espalda casi parecieran marrones. Aunque ya pasaba de los sesenta, no mostraba ninguno de los achaques propios de la vejez. Cada centímetro de su figura, alta, bien afeitada y de gráciles huesos, se encontraba inmaculadamente atildado. *Parece un hombre que en su vida se ha llevado una sorpresa.*

Sólo se habían visto en una ocasión, hacía seis años, cuando Glokta ingresó en la Inquisición, y apenas parecía haber cambiado desde entonces. El Archilector Sult. Uno de los hombres más poderosos de la Unión. *Que es como decir, uno de los hombres más poderosos del mundo.* Detrás de él, como un par de sombras gigantescas, se alzaban silenciosos dos enormes Practicantes con máscaras negras.

Al ver salir la renqueante figura de Glokta por la puerta, el Archilector esbozó una sonrisa. Había muchas cosas detrás de esa sonrisa. *Un leve desprecio,*

un atisbo de compasión, un mínimo toque de amenaza. Cualquier cosa menos regocijo.

—Inquisidor Glokta —dijo, alargando con la palma hacia abajo una de sus manos enfundadas en un guante blanco. Un anillo con una gran piedra púrpura refulgía en uno de sus dedos.

—Sirvo y obedezco a Vuestra Eminencia.

Glokta no pudo reprimir una mueca de dolor al agacharse para rozar el anillo con los labios. Una maniobra compleja y dolorosa, que se le hizo eterna. Cuando por fin se alzó de nuevo, los gélidos ojos azules de Sult le miraban con expresión serena. Una mirada que indicaba que conocía perfectamente a Glokta y que no le impresionaba en lo más mínimo.

—Venga conmigo.

El Archilector se volvió y avanzó con soltura por el pasillo. Glokta le siguió cojeando, escoltado de cerca por los silenciosos Practicantes. Sult se movía con lánguida desenvoltura, arrastrando con elegancia el largo faldón de su capa. *Hijo de puta.* No tardaron en llegar a una puerta bastante similar a la suya. El Archilector abrió la cerradura y pasó dentro; los Practicantes, por su parte, tomaron posiciones a ambos lados de la entrada y cruzaron los brazos. *Una entrevista privada, pues. De la que quizá no salga jamás.* Glokta traspasó el umbral.

Una habitación blanca y mugrienta, excesivamente iluminada y con un techo demasiado bajo para resultar cómodo. En lugar de una mancha de humedad, tenía una gran grieta, pero, por lo demás, era idéntica a su propia sala. Ahí estaba también la mesa rayada, las sillas baratas, incluso una mancha de sangre a medio limpiar. *Me pregunto si no las pintarán para impresionar.* De repente, uno de los Practicantes cerró la puerta de golpe. Tal vez esperaba que Glokta diera un bote, pero él no estaba dispuesto a tomarse esa molestia.

El Archilector Sult se acomodó con gracilidad en su asiento, colocó un pesado fajo de papeles amarillentos sobre la mesa y se lo acercó a Glokta. Luego le indicó con la mano la otra silla, la misma que solía destinarse a los prisioneros. A Glokta no se le pasaron por alto las implicaciones de aquel detalle.

—Prefiero permanecer de pie, Eminencia.

Sult sonrió. Tenía unos hermosos dientes puntiagudos, de un blanco resplandeciente.

—No lo creo.

Me tiene cogido. Glokta se sentó como pudo en la silla del prisionero mientras el Archilector pasaba la primera hoja de su taco de documentos y sacudía levemente la cabeza como si lo que estaba viendo le causara una

profunda decepción. *¿Los pormenores de mi meritoria carrera tal vez?*

—Hace un rato ha venido a verme el Superior Kalyne. Estaba muy disgustado —Sult levantó sus acerados ojos azules de los papeles—. Muy disgustado con usted, Glokta. Se mostró muy locuaz al respecto. Me dijo que representa usted una amenaza incontrolable, que actúa sin atender a las consecuencias, que es usted un tullido demente. Me pidió que le sacara de su departamento —el Archilector esbozó una sonrisa, una sonrisa desagradable y fría, muy similar a la que empleaba Glokta con sus prisioneros. *Sólo que con más dientes*—. Tengo la impresión de que realmente lo que pretendía es que le quitara a usted... de en medio. —Los dos hombres se miraron fijamente desde cada lado de la mesa.

¿Es ahora cuando tengo que implorar clemencia? ¿Es ahora cuando tengo que arrastrarme por el suelo y besarle los pies? Pues bien, no pienso molestarme en pedir clemencia y estoy demasiado entumecido para arrastrarme. Sus Practicantes tendrán que matarme sentado. Rebanarme el pescuezo o reventarme la cabeza de un golpe. Lo que quieran. A condición de que acabemos de una vez.

Pero Sult no parecía tener prisa. Sus manos enguantadas movían con soltura y precisión las páginas, haciéndolas silbar y crujir.

—No contamos con mucha gente como usted en la Inquisición. Un noble perteneciente a una de las mejores familias. Un campeón en el manejo de la espada, un aguerrido oficial de caballería. Un hombre que en tiempos pareció destinado a llegar muy lejos —Sult lo miró de arriba abajo, como si no diera crédito a lo que veía.

—Eso fue antes de la guerra, Archilector.

—Obviamente. Su captura causó gran consternación, y pocos esperaban verle regresar con vida. A medida que la guerra se fue alargando y fueron pasando los meses, las esperanzas acabaron desvaneciéndose por completo, sin embargo, cuando se firmó el tratado, resultó que uno de los prisioneros devueltos a la Unión era usted —contempló a Glokta con los ojos entornados—. ¿Habló?

Glokta no pudo contenerse, y estalló en una monumental carcajada. El estruendo reverberó con un extraño eco en la gélida sala. No era un sonido muy habitual en aquellos lugares.

—¿Que si hablé? Hablé hasta que la garganta se me puso en carne viva. Les conté todo lo que se me ocurrió. Solté a gritos todos los secretos que recordaba haber oído. Farfullé como un idiota. Cuando me quedé sin nada que contar, empecé a inventarme cosas. Me oriné encima y lloré como una niña. A todo el mundo le pasa lo mismo.

—Pero no todo el mundo vive para contarlo. Dos años en las cárceles del Emperador. Nadie ha aguantado tanto. Los médicos estaban convencidos de que no volvería a levantarse de su lecho, y, sin embargo, un año después presentaba usted su solicitud para ingresar en la Inquisición.

Los dos sabemos eso. Los dos estábamos aquí. ¿Qué quiere de mí y por qué no acabamos con esto de una vez? Debe de ser que hay hombres que disfrutan oyendo el sonido de su propia voz.

—Me dijeron que era usted un tullido, que estaba acabado, que jamás se recuperaría, que nunca podría confiarse en usted. Pero yo me sentía inclinado a darle una oportunidad. Todos los años algún imbécil gana el Certamen de esgrima, y las guerras producen muchos soldados prometedores; en cambio, su logro al sobrevivir esos dos años es algo excepcional. Por eso se le envió al norte para que se hiciera cargo de nuestras minas en la zona. ¿Qué le pareció Angland?

Una inmunda cloaca de corrupción y violencia. Una prisión en la que convertíamos en esclavos a culpables e inocentes por igual, en nombre de la libertad. Un agujero apestoso al que enviábamos a quienes odiábamos y a quienes nos avergonzaban para que los mataran el hambre, las enfermedades y los trabajos forzados.

—Un lugar frío —dijo Glokta.

—También lo fue usted. Hizo pocos amigos en Angland. Muy pocos en la Inquisición y ninguno entre los exiliados —extrajo de entre los papeles una carta arrugada y la observó críticamente—. El Superior Goyle decía de usted que era un témpano de hielo, que no tenía ni una gota de sangre en las venas. Pensaba que no llegaría usted a ninguna parte, que no sacaría ningún provecho de usted.

Goyle. Ese hijo de la gran perra. Ese carnicero. Prefiero mil veces no tener sangre a no tener cerebro.

—Pero, al cabo de tres años, la producción había aumentado. Se había doblado, de hecho. Por eso se le trajo de vuelta a Adua para que trabajara a las órdenes del Superior Kalyne. Pensé que tal vez aprendería un poco de disciplina con él, pero, al parecer, estaba equivocado. Sigue usted empeñado en hacer las cosas a su manera —el Archilector le miró levantando el entrecejo—. Para serle sincero, tengo la impresión de que Kalyne le tiene miedo. Yo diría que todo el mundo se lo tiene. A nadie le gusta su arrogancia, a nadie le gustan sus métodos, a nadie le gusta su peculiar forma de entender... nuestro trabajo.

—¿Y usted qué opina, Archilector?

—Sinceramente, yo tampoco estoy muy seguro de que me gusten sus métodos y dudo mucho que su arrogancia esté justificada. Lo que sí me gusta

son sus resultados, que me parecen extremadamente satisfactorios —cerró de golpe el paquete de documentos y, posando una mano sobre él, se inclinó hacia Glokta. *Igual que me inclino yo cuando pido a uno de mis prisioneros que confiese*—. Tengo una misión para usted. Una misión que le permitirá dar a sus habilidades un mejor uso que andar a la caza de contrabandistas de poca monta. Una misión que tal vez le permita redimirse a los ojos de la Inquisición —el Archilector hizo una breve pausa—. Quiero que arreste a Sepp dan Teufel.

Glokta torció el gesto. *¿Teufel?*

—¿El Maestre de la Ceca, Eminencia?

—Él mismo.

El Maestre de la Ceca del Rey. Un hombre importante perteneciente a una familia igualmente importante. Un pez muy gordo al que echar el anzuelo para mi pequeña pecera. Un pez con amigos poderosos. Podría resultar peligroso arrestar a un hombre así. Podría resultar letal.

—¿Puedo preguntar por qué?

—No, no puede. Deje que sea yo quien se ocupe de los porqués. Usted limítese a obtener una confesión.

—¿Una confesión de qué, Archilector?

—¡De qué va a ser, de corrupción y alta traición! Según parece, nuestro amigo el Maestre de la Ceca se ha mostrado bastante indiscreto en algunos de sus tratos privados. Al parecer, ha aceptado sobornos y ha conspirado con el Gremio de los Sederos para defraudar al Rey. En este sentido, resultaría muy útil que algún ilustre sedero mencionara su nombre en relación con alguna circunstancia desafortunada.

Difícilmente puede considerarse una mera coincidencia que en este preciso momento tenga a un ilustre sedero en la sala de interrogatorios. Glokta se encogió de hombros.

—Es sorprendente la cantidad de nombres que pueden llegar a mencionarse una vez que la gente se decide a hablar.

—Bien —el Archilector hizo un gesto con la mano—. Ya puede retirarse, Inquisidor, mañana a esta misma hora vendré a recoger la confesión de Teufel. Será mejor que la tenga lista.

Glokta trataba de respirar a un ritmo acompasado mientras regresaba trabajosamente por el pasillo. *Coge aire. Expúlsalo. Así, con calma.* No había pensado salir con vida de aquella sala. *Y ahora resulta que me muevo en las altas esferas. El Archilector en persona me encomienda una misión, arrancar una confesión de alta traición a uno de los dignatarios más respetados de la Unión. Las más altas*

esferas, sí, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Y por qué yo? ¿Por mis resultados?

¿O por qué no se me echará de menos si fracaso?

—Acepta mis más sinceras disculpas, con tantas idas y venidas esto parece un burdel —los labios rotos y abotargados de Rews se retorcieron para esbozar una sonrisa triste. *Sonriendo en una situación como ésta; este hombre es un portento. Pero todo tiene su final*—. Te voy a hablar claro, Rews. Nadie va a venir a sacarte de ésta. Ni hoy, ni mañana, ni nunca. Acabarás confesando. Lo único que está en tu mano es decidir cuándo y en qué estado te encontrarás llegado ese momento. No obtendrás nada postergándolo. Sólo dolor. Y de eso tenemos mucho para ti.

No era fácil desentrañar la expresión del rostro ensangrentado de Rews, pero sus hombros se habían venido abajo. Alargando una mano temblorosa, mojó la pluma en la tinta y escribió su nombre, ligeramente inclinado, al final del pliego de confesión. *He vuelto a ganar. ¿Hace eso que me duela menos la pierna? ¿He recuperado mis dientes? ¿Me ha servido de algo destruir a un hombre al que en tiempos consideré mi amigo? ¿Por qué lo hago entonces?* La única respuesta que obtuvo fue el rascar de la plumilla sobre el papel.

—Excelente —dijo Glokta. El Practicante Frost dio la vuelta al documento—. Supongo que ésta es la lista de tus cómplices, ¿no? —los ojos de Glokta repasaron con parsimonia los nombres. *Unos cuantos Sederos subalternos, tres capitanes de barco, un oficial de la guardia urbana, un par de oficiales de aduanas de poca monta. Una receta bastante insulsa, desde luego. Veamos si se le puede añadir alguna especia.* Glokta volvió a dar la vuelta al pliego y lo empujó por la mesa—. Añade el nombre de Sepp dan Teufel a la lista, Rews.

El gordo parecía confundido.

—¿El Maestre de la Ceca? —musitaron sus labios abotargados.

—Exacto.

—Pero si yo no conozco a ese hombre.

—¿Y qué? —le espetó Glokta—. Haz lo que te digo —Rews permanecía en silencio con la boca entreabierta—. Escribe de una vez, cerdo seboso —el Practicante Frost hizo crujir sus nudillos.

Rews se humedeció los labios.

—Sepp... dan... Teufel —masculló mientras escribía.

—Estupendo —Glokta bajó cuidadosamente la tapa sobre su fastuoso y

horrible instrumental—. Me alegro mucho por los dos de que hoy no vayamos a necesitarlo.

Frost soltó los grilletes que sujetaban las manos del prisionero, le levantó y lo condujo hacia la puerta que había al fondo de la sala.

—¿Y ahora qué? —gritó Rews por encima del hombro.

—Angland, Rews, Angland. No olvides incluir ropa de abrigo en el equipaje. —La puerta se cerró a sus espaldas con un crujido.

Glokta echó un vistazo a la lista de nombres que tenía entre las manos. Sepp dan Teufel figuraba el último. *Un nombre. A fin de cuentas, igual que los demás. Teufel. Un simple nombre. Sólo que especialmente peligroso.*

Severard aguardaba en el pasillo, sonriendo como de costumbre.

—¿Tiro el gordo al canal?

—No, Severard. Mételo en el próximo barco que salga para Angland.

—Tenéis un día compasivo, Inquisidor.

Glokta soltó un resoplido.

—Lo compasivo sería el canal. Ese cerdo no durará ni seis semanas en el Norte. Olvidémosle. Esta noche tenemos que arrestar a Sepp dan Teufel.

Severard alzó las cejas.

—¿No se referirá al Maestre de la Ceca?

—Ni más ni menos. Órdenes expresas de Su Eminencia el Archilector. Al parecer, ha estado aceptando dinero de los Sederos.

—Oh, qué vergüenza.

—Saldremos tan pronto como se haga de noche. Dile a Frost que esté listo.

El flaco Practicante asintió con la cabeza haciendo ondear su melena. Glokta se dio la vuelta y comenzó a renquear por el pasillo, descargando el bastón sobre las mugrientas losas y con su pierna izquierda ardiendo de dolor.

¿Por qué lo hago? Volvió a preguntarse.

¿Por qué lo hago?

Sin elección

Logen despertó con una dolorosa sacudida. Estaba tumbado en una postura muy incómoda: la cabeza retorcida sobre una superficie dura, las rodillas encogidas contra el pecho. Medio adormilado, entreabrió los ojos. Estaba oscuro, pero desde algún lugar le llegaba una tenue claridad. Como de una luz filtrada por la nieve.

De pronto, le acometió el pánico. Ya sabía dónde estaba. Había amontonado nieve a la entrada de aquella minúscula cueva para tratar de preservar un poco el calor. Debía de haber nevado mientras dormía y se había quedado atrapado. Si la nevada había sido copiosa, podía haberse acumulado mucha nieve fuera. Montones de nieve de una profundidad superior a la altura de un hombre. Tal vez no pudiera volver a salir. Había logrado realizar toda la ascensión, había llegado a los valles altos y ahora resultaba que iba a perecer en una oquedad tan angosta que ni siquiera le permitía estirar las piernas.

Logen se retorció en el estrecho espacio y se puso a escarbar con las manos entumecidas, luchando, forcejeando con la nieve, tratando de abrir un hueco a golpes mientras se increpaba profiriendo entrecortadas maldiciones. De pronto la luz irrumpió con un brillo cegador. Apartó a empujones la nieve que quedaba y reptó hacia el exterior.

El cielo era de un azul brillante y en lo alto fulguraba el sol. Le dio en la cara, cerró sus ojos escocidos y se dejó bañar por la luz.

El aire le entraba en la garganta con un frío doloroso. Un frío cortante. Tenía la boca más seca que el polvo y su lengua era como un trozo de madera estriado. Se agachó para recoger un puñado de nieve y se lo metió en la boca. Cuando se derritió, lo tragó. Estaba helado, le daba dolor de cabeza.

Desde algún lugar le llegaba una especie de hedor a muerto. No era sólo su propio olor agridulce a humedad, aunque eso ya era bastante malo de por sí. Era la manta, que había empezado a pudrirse. Llevaba dos trozos atados con bramante a las muñecas, envolviéndole las manos como si fueran mitones, y otro enroscado a la cabeza, a modo de una sucia y maloliente capucha. También llevaba algunos trozos dentro para que las botas no se le salieran. El resto estaba

ceñido al cuerpo bajo la zamarra. Tal vez oliera mal, pero la noche anterior le había salvado la vida y, en opinión de Logen, una cosa compensaba con creces la otra. Llegaría a apestar bastante más antes de que pudiera permitirse el lujo de desprenderse de ella.

Tambaleándose, se puso de pie y echó un vistazo alrededor. Era un valle angosto de empinadas laderas sepultado bajo un manto de nieve. Tres grandes picos lo bordeaban, tres montones de roca gris y de nieve recortados sobre el cielo azul. Los conocía. Eran viejos amigos. Los únicos que le quedaban. Se encontraba en las Altiplanicies. En el techo del mundo. Estaba a salvo.

—A salvo —gruñó sin excesiva alegría. A salvo de la comida, ciertamente. A salvo del calor, sin lugar a dudas. Ninguna de esas dos cosas le iba a causar problemas allí arriba. Tal vez hubiera escapado de los Shanka, pero aquel lugar era la morada de los muertos y, si permanecía allí, no tardaría en hacerles compañía.

De momento, ya tenía un hambre feroz. Su barriga era un enorme y doloroso agujero que le llamaba con gritos desgarradores. Revolvió en el macuto buscando su última tira de cecina. Un trozo rancio, marrón y grasiento, que parecía un palo seco. Difícilmente le serviría para llenar aquel hueco, pero no tenía otra cosa. Desgarró con los dientes la carne, correosa como una suela de bota, y se la tragó acompañándola con un poco de nieve.

Logen se protegió los ojos con un brazo y miró hacia el norte, hacia el valle que había más abajo; por esa ruta había llegado el día anterior. El terreno descendía paulatinamente; la nieve y las rocas daban paso a las lomas cubiertas de pinos de los valles altos, los árboles a una rugosa franja de pastos y, finalmente, las lomas de hierba al mar, una línea que centelleaba en el horizonte. Su hogar. Sólo de pensar en ello se ponía enfermo.

Su hogar. Allí era donde estaba su familia. Su padre: sabio, fuerte, un buen hombre, un buen jefe de su pueblo. Su esposa, sus hijos. Una buena familia. Se merecían un hijo mejor, un mejor marido, un mejor padre. También estaban allí sus amigos. Los viejos y los nuevos. Estaría bien volver a verlos a todos, muy bien. Hablar con su padre en la gran sala del clan. Jugar con sus hijos, sentarse con su esposa a la orilla del río. Charlar de táctica con Tresárboles. Ir de cacería con el Sabueso en los valles altos y correr por el bosque riéndose como un loco.

Una súbita punzada de añoranza acometió a Logen. El dolor fue tan intenso que casi le asfixió. Había un pequeño problema: todos estaban muertos. Su hogar era un círculo de astillas chamuscadas, el río una cloaca. Jamás olvidaría la visión de las ruinas calcinadas del valle al bajar por la colina. La desesperación con que se arrastró entre las cenizas, buscando algún indicio de

que alguien había logrado huir, mientras el Sabueso le tiraba del hombro y le decía que lo dejara. Sólo había cadáveres putrefactos, irreconocibles. Qué indicios pretendía encontrar. Estaban todos muertos; tan muertos como hubieran querido los Shanka, que era como decir irremisiblemente muertos. Escupió sobre la nieve; su saliva tenía el color marrón de la cecina. Muertos, fríos, podridos o reducidos a ceniza. Habían vuelto al barro.

Logen encajó la mandíbula y apretó los puños bajo los pútridos jirones de la manta. Podía regresar a las ruinas de aquella aldea junto al mar por última vez. Podía lanzarse a la carga, profiriendo su grito de guerra, como había hecho en Carleon, cuando perdió un dedo y se ganó su reputación. Podía mandar a unos cuantos Shanka al otro mundo. Abrirlos en canal, desde los hombros a la barriga para que se les salieran las tripas, como hizo con Shama el Cruel. Podía vengar a su padre, a su esposa, a sus hijos, a sus amigos. Sería un fin adecuado para alguien a quien llamaban Nueve el Sanguinario. Morir matando. Sería una canción digna de ser cantada.

Pero en Carleon era joven y fuerte, y contaba con el apoyo de sus amigos. Ahora estaba débil, hambriento y completamente solo. Había acabado con Shama el Cruel con una larga espada, afilada como pocas. Logen contempló su cuchillo. Tal vez fuera un buen cuchillo, pero difícilmente le iba a servir para cobrarse venganza. Y, además, ¿quién cantaría su canción? Los Shanka no tenían buenas voces, y de imaginación andaban aún más escasos, eso si es que reconocían a aquel mendigo envuelto en una manta apestosa después de haberlo llenado de flechas. Quizá fuera preferible dejar la venganza para más adelante, hasta que tuviera un acero de mayor tamaño al menos. Después de todo, hay que ser realista.

Hacia el sur, pues, a convertirse en un vagabundo. Siempre habría trabajo para un hombre dotado de sus habilidades. Un trabajo penoso y oscuro probablemente, pero trabajo al fin y al cabo. El asunto no dejaba de tener cierto atractivo, había que admitirlo. Sólo tendría que ocuparse de sí mismo, sus decisiones carecerían de importancia, no tendría en sus manos la vida o la muerte de nadie. En el sur tenía enemigos, de eso no cabía duda. Pero el Sanguinario estaba acostumbrado a hacer frente a sus enemigos.

Volvió a escupir. Ya que había recuperado la saliva, era mejor sacarle el máximo partido. A fin de cuentas, era prácticamente lo único que tenía: saliva, un viejo puchero y los restos apestosos de una manta. Muerto en el norte o vivo en el sur. Ésas eran las dos únicas opciones, que era como decir que no tenía elección.

Seguiría adelante. Eso era lo que siempre había hecho. En eso consiste sobrevivir, tanto si se merece seguir con vida como si no. Se recuerda a los muertos lo mejor que se puede. Se pronuncian unas cuantas palabras en su

memoria. Y luego se sigue adelante, esperando que las cosas vayan mejor.

Logen aspiró una bocanada de aire frío y luego la expulsó.

—Adiós, compañeros —mascullo—. Adiós.

A continuación, se echó el macuto a la espalda, se dio la vuelta y comenzó a caminar pesadamente sobre la profunda capa de nieve. Hacia abajo, hacia el sur, lejos de las montañas.

Seguía lloviendo. Una llovizna que lo cubría todo con una fría película de rocío que, tras acumularse en las ramas, en las hojas y en las agujas de los pinos, caía formando unos goterones que se colaban entre las ropas empapadas de Logen y acababan sobre su piel mojada.

Estaba en cuclillas, inmóvil y silencioso, en medio de un matorral chorreante. El agua le corría por la cara y el acero húmedo de su cuchillo refulgía. Sentía el palpitar del bosque, oía sus mil y un ruidos. El pulular de incontables insectos, el ciego corretear de los topos, el tímido rumor de un ciervo entre los matojos, el lento palpitar de la savia en los troncos de los ancianos árboles. Cada uno de los seres vivos del bosque andaba a la búsqueda del alimento que le era propio, y lo mismo hacía él. Fijó su mente en un animal que se movía cautamente en el tramo de bosque que tenía a su derecha. Delicioso. Exceptuando el constante gotear de las ramas, el bosque quedó en silencio. El mundo se redujo a Logen y a su próximo almuerzo.

Cuando le pareció que ya estaba lo bastante cerca, pegó un salto y lo derribó sobre la tierra húmeda. Un ciervo joven. Pataleó, se resistió, pero Logen era fuerte y rápido; le hundió el cuchillo en el cuello y lo degolló. Un chorro de sangre caliente se vertió sobre la mano de Logen y luego cayó sobre la tierra mojada.

Levantó el cuerpo del animal y se lo echó al hombro. Quedaría bien estofado, tal vez con setas. Muy bien. Luego, cuando ya hubiera comido, pediría consejo a los espíritus. Sus consejos solían ser bastante inútiles, pero no le vendría mal un poco de compañía.

Cuando llegó a su campamento el sol ya estaba a punto de ponerse. Era una morada digna de un héroe de la talla de Logen: dos grandes palos sujetando un haz de ramas húmedas que cubría un hoyo excavado en la tierra. Al menos ahí dentro ya estaba casi seco, y, además, había parado de llover. Esa noche haría un fuego. Hacía mucho tiempo que no se daba un homenaje así. Un fuego sólo para él.

Algo más tarde, tras haber comido y descansado un poco, Logen se

preparó una pipa con un pedazo de chagga. Lo había encontrado hacía unos días; unos discos amarillos, grandes y jugosos, que crecían en la base de un árbol. Había arrancado un buen trozo, pero hasta hoy no se había secado lo bastante para poder fumarlo. Cogió una rama encendida de la hoguera y la introdujo en la cazoleta, dando enérgicas caladas hasta que el hongo se prendió y empezó a quemarse, despidiendo su característico aroma dulzón a tierra.

Tosió, exhaló una bocanada de humo marrón y se quedó contemplando la danza de las llamas. Su mente voló a otros tiempos, a otras hogueras y campamentos. Ahí estaba el Sabueso con una sonrisa que mostraba sus dientes puntiagudos iluminados por el resplandor del fuego. Justo enfrente se sentaba Tul Duru, grande como una montaña, riéndose con sus atronadoras carcajadas. También Forley el Flojo, lanzando miradas nerviosas a su alrededor, un poco asustado, como siempre. Y también Rudd Tresárboles, y Hosco Harding, sin decir palabra. Por eso le llamaban Hosco.

Allí estaban todos. No, no estaban. Estaban muertos, habían vuelto al barro. Logen vació la pipa en la hoguera y la dejó a un lado. Ya no le apetecía. Su padre tenía razón. Nunca se debe fumar a solas.

Desenroscó el tapón de su cascada petaca, echó un trago y luego lo escupió formando una lluvia de gotas diminutas. Una pequeña llamarada ascendió por el aire gélido. Logen se limpió los labios, saboreando aquel gusto picante y amargo. Luego se recostó en el nudoso tronco de un pino y se dispuso a esperar.

Tardaron un rato en llegar. Eran tres. Surgieron silenciosos de entre las sombras danzantes de los árboles y se acercaron lentamente al fuego, cobrando forma a medida que se aproximaban a la luz.

—Nuevevededos —dijo el primero.

—Nuevevededos —dijo el segundo.

—Nuevevededos —repitió el tercero. En sus voces resonaban los innumerables ruidos del bosque.

—Bienvenidos a mi hoguera —dijo Logen. Los espíritus se pusieron en cuclillas y le contemplaron con expresión vacía—. ¿Sois sólo tres esta noche?

El de la derecha fue el primero en hablar.

—Cada año que pasa somos menos los que despertamos del invierno. Nosotros somos los últimos que quedamos. Pasarán unos cuantos inviernos más y también nosotros dormiremos. Ya no quedará ninguno de los nuestros para responder a tu llamada.

Logen asintió con tristeza.

—¿Cómo van las cosas por el mundo, alguna novedad?

—Hemos oído que un hombre cayó por un precipicio y la corriente lo devolvió con vida a la tierra; luego, a principios de la primavera, cruzó las Altiplanicies envuelto en una manta podrida; pero no solemos dar mucho crédito a ese tipo de rumores.

—Me parece muy razonable.

—Bethod está en guerra —dijo el espíritu del centro.

Logen frunció el ceño.

—Bethod siempre está en guerra. Es lo único que sabe hacer.

—Sí. Son ya tantos los combates que ha ganado, con tu ayuda, que se ha concedido a sí mismo un sombrero de oro.

—El muy hijo de puta —dijo Logen, escupiendo al fuego—. ¿Qué más?

—Al norte de las montañas, los Shanka asolan los campos y queman todo lo que encuentran. Les gusta mucho el fuego —dijo el espíritu del centro.

—Sí, mucho —apostilló el de la izquierda—, más incluso que a los que son como tú. Les gusta y lo temen —el espíritu se inclinó hacia delante—. Hemos oído que un hombre te busca en los páramos del sur.

—Un hombre poderoso —dijo el del centro.

—Un Mago de los Viejos Tiempos —añadió el de la izquierda.

Logen se quedó pensativo. Había oído hablar de esos Magos. En cierta ocasión se las había visto con un hechicero, pero no le había costado nada matarle. Ni asomo de poderes sobrenaturales, o, si los tenía, Logen desde luego no lo había advertido. Pero un Mago era otra cosa.

—Hemos oído decir que los Magos son sabios y poderosos —dijo el espíritu del centro—, y que los que son como ellos pueden hacer que un hombre llegue muy lejos y enseñarle muchas cosas. Pero también son arteros y siempre buscan su propio interés.

—¿Qué es lo que quiere?

—Pregúntaselo a él —a los espíritus no les interesaban demasiado los asuntos de los hombres y su fuerte no eran los detalles. Con todo, aquello era preferible a sus típicas conversaciones sobre árboles.

—¿Qué vas a hacer Nuevededos?

Logen meditó un instante.

—Iré al sur y buscaré a ese Mago para preguntarle qué quiere de mí.

Los espíritus asintieron. Pero no dieron ninguna muestra de si la idea les

parecía bien o mal. Les traía sin cuidado.

—Adiós, pues, Nuevededos —dijo el espíritu de la derecha—, puede que ésta haya sido la última vez.

—Trataré de salir adelante sin vuestra inestimable ayuda.

El humor de Logen cayó en saco roto. Los espíritus se alzaron, se alejaron del fuego y se fueron fundiendo con la oscuridad. Al poco, habían desaparecido del todo. Logen tuvo que reconocer, no obstante, que le habían resultado mucho más útiles de lo que jamás hubiera imaginado. Le habían proporcionado un objetivo.

Mañana mismo se dirigiría hacia el sur y buscaría a ese Mago. ¡Quién sabe! A lo mejor era un buen conversador. En cualquier caso, siempre sería mejor que dejarse llenar el cuerpo de flechas por nada. Logen contempló las llamas y asintió moviendo lentamente la cabeza.

Recordó otros tiempos, otras hogueras y otros campamentos en los que no había estado tan solo.

Juegos de cuchillos

Hacía un hermoso día de primavera en Adua. La luz del sol se filtraba placenteramente entre las aromáticas ramas de un cedro, proyectando sombras veteadas sobre el grupo de jugadores de cartas que se encontraba debajo. La plácida brisa que revoloteaba por el patio obligaba a los jugadores a sujetar con fuerza las cartas que tenían en la mano y a sujetar con vasos o monedas las que reposaban sobre la mesa. Los pájaros gorjeaban en los árboles y, desde el otro extremo del césped, se oía el agradable eco que producía el tabletear de las podaderas de un jardinero al rebotar contra los altos muros del patio. Hasta qué punto los jugadores encontraban placentera la gran cantidad de dinero que se encontraba en el centro de la mesa dependía, como es natural, de las cartas que tuvieran.

Al capitán Jezal dan Luthar indudablemente le agradaba. Tras ingresar en la Guardia Real, había descubierto que poseía un talento asombroso para el juego, un talento que había empleado en ganarles a sus camaradas grandes sumas de dinero. Tampoco es que le faltara el dinero, pues no en vano procedía de una familia extremadamente rica, pero de esa forma podía mantener la ficción de que estaba ahorrando cuando en realidad se lo estaba gastando a manos llenas. Cada vez que Jezal hacía una visita a la mansión familiar, su padre aburría a todos los presentes perorando sobre las economías que hacía su hijo, y, para recompensarle, hacía seis meses le había comprado su capitanía. A sus hermanos, desde luego, no les hizo demasiada gracia. Sí, el dinero era sin duda algo muy útil, y además hay pocas cosas tan divertidas como humillar a los amigos más íntimos.

Jezal estiró una pierna y se arrellanó en el banco mientras sus ojos estudiaban uno por uno a los jugadores. El comandante West había inclinado tanto la silla sobre sus patas traseras, que parecía hallarse en inminente peligro de caer al suelo. Sostenía en alto su vaso, admirando la forma en que la luz se filtraba a través del ambarino licor que contenía. Sus labios esbozaban una enigmática sonrisa, que parecía decir: «No soy noble, y es posible que sea inferior a vosotros socialmente, pero soy un ganador del Certamen de esgrima y obtuve el favor del Rey en el campo de batalla, y eso hace que sea el mejor de

todos; así pues, muchachos, más vale que hagáis lo que yo os diga». Pero se había quedado fuera de esa mano y, además, en opinión de Jezal, era demasiado precavido con su dinero.

El teniente Kaspa se encontraba inclinado hacia delante en su silla, frunciendo el ceño y rascándose su rubicunda barba mientras contemplaba atentamente sus cartas como si contuvieran incomprensibles operaciones aritméticas. Era un joven jovial, pero un pésimo jugador de cartas, y siempre se mostraba muy agradecido cuando Jezal le invitaba a un trago con el dinero que acababa de ganarle. Tampoco es que le importara mucho perderlo, al fin y al cabo su padre era uno de los principales terratenientes de La Unión.

Jezal había constatado en más de una ocasión que la estupidez de un perfecto estúpido se incrementaba notablemente cuando se encontraba en compañía de gente inteligente. Una vez perdida toda esperanza de destacar sobre el resto, hacían todo lo posible por ganarse el puesto de idiota simpático y procuraban mantenerse al margen de unas discusiones que estaban condenados a perder, granjeándose así la amistad de todos. La expresión de desconcertada concentración de Kaspa parecía decir: «Puede que no sea inteligente, pero sí honrado y simpático, que es mucho más importante. La inteligencia está muy sobrestimada. Ah, y además soy muy rico, así que de todas formas voy a caerle bien a todo el mundo».

—Creo que lo voy a igualar —dijo Kaspa arrojando un montoncito de monedas. Al caer sobre la mesa, las monedas lanzaron un destello y se desperdigaron con un alegre tintineo. Jezal calculó distraídamente la suma en su cabeza. ¿Un uniforme nuevo tal vez? Siempre que Kaspa tenía buenas cartas lo manifestaba con un leve estremecimiento, y en esta ocasión no estaba temblando. Suponer que se estaba marcando un farol era concederle un mérito que no le correspondía; lo más probable es que estuviera aburrido de estar sentado al fresco. Jezal no albergaba ninguna duda de que al siguiente envite se arrugaría como una tienda de campaña barata.

El teniente Jalenhorm frunció el ceño y arrojó sus cartas sobre la mesa.

—¡Hoy sólo me ha tocado basura! —soltó con voz atronadora. Luego se recostó en la silla y encogió sus musculosos hombros con un gesto que venía a decir: «Soy un hombre fornido y viril, y tengo un genio muy vivo, de modo que más vale que todo el mundo me trate con respeto». Respeto era precisamente algo que Jezal no le concedía jamás en la mesa de juego. Tener el genio vivo puede resultar muy útil en un combate, pero es un lastre en cuestiones de dinero. Era una lástima que no hubiera tenido una mano mejor, porque Jezal habría podido sacarle la mitad de su paga. Jalenhorm vació su vaso de un trago y echó mano de la botella.

Ya sólo quedaba Brint, el más joven y el más pobre del grupo. Se estaba humedeciendo los labios con una expresión en la que la cautela se combinaba con un punto de desesperación, una expresión que parecía decir: «No soy joven, no soy pobre. Me puedo permitir perder este dinero. Valgo tanto como cualquiera de vosotros». Hoy tenía mucho dinero; puede que acabara de recibir la paga. O tal vez fuera todo lo que le quedaba para vivir durante los próximos dos meses. Jezal hizo planes para arrebatarle ese dinero y gastárselo luego en bebida y mujeres. Pero más valía que dejara de sonreír mientras lo pensaba. Ya tendría tiempo de sonreír cuando hubiera ganado la mano. Brint se recostó en la silla y se sumió en profundas cavilaciones. Lo más seguro es que tardara algún tiempo en tomar la decisión, así que Jezal cogió su pipa de la mesa.

La encendió en una lámpara expresamente destinada a tal propósito y lanzó unos desmañados anillos de humo entre las ramas del cedro. Por desgracia, era mucho mejor jugando a las cartas que fumando, y la mayoría de los anillos no eran más que unas feas pelotas de humo de un marrón amarillento. Si hubiera sido completamente honesto, habría reconocido que en realidad no le gustaba fumar. Le mareaba, pero estaba de moda y además era bastante caro, y no estaba dispuesto a renunciar a algo que estuviera de moda por el simple hecho de que no le gustara. Además, la última vez que estuvo en la ciudad su padre le había regalado una espléndida pipa de marfil, y le gustaba el aspecto que le daba. Bien pensado, a sus hermanos aquello tampoco les había hecho demasiada gracia.

—Lo veo —dijo Brint.

Jezal soltó la pierna del banco y dejó que se balanceara en el aire.

—En tal caso, yo subo cien marcos. —Y, dicho aquello, empujó todo su dinero hasta el centro de la mesa. West apretó los dientes y tragó aire. Una moneda resbaló desde lo alto del montón, aterrizó de canto y rodó por encima de la mesa. Luego cayó sobre las losas del suelo con el inconfundible ruido que producen las monedas al caer. El jardinero que se encontraba al otro extremo del césped alzó instintivamente la cabeza y luego siguió podando la hierba.

Kaspa lanzó sus cartas al aire como si le estuvieran quemando los dedos y sacudió la cabeza.

—Maldita sea, soy un desastre jugando a las cartas —se lamentó mientras se recostaba en la rugosa corteza marrón del árbol.

Jezal miró al teniente Brint a los ojos, esbozando una sonrisa que no dejaba traslucir ninguna emoción.

—Va de farol —tronó Jalenhorm—, no te dejes amilanar, Brint.

—No lo haga, teniente —dijo West, pero Jezal estaba seguro de que lo

haría. Tenía que aparentar que podía permitirse el lujo de perder ese dinero. Brint no lo dudó un instante y, con un gesto de indiferencia, empujó todas sus monedas al centro de la mesa.

—Eso hacen cien, lo tomas o lo dejas —Brint hacía todo lo posible por sonar imperioso, pero su voz tenía un conmovedor tono de histeria.

—Perfecto —dijo Jezal—, estamos entre amigos. ¿Qué tiene, teniente?

—Tierras —una expresión febril asomó a los ojos de Brint mientras mostraba sus cartas al grupo.

Jezal saboreó la tensión del momento. Frunció el ceño, se encogió de hombros, alzó las cejas, se rascó pensativamente la cabeza. Vio cómo las expresiones de Brint cambiaban siguiendo las suyas. Esperanza, desesperación, esperanza, desesperación. Finalmente, Jezal plantó sus cartas sobre la mesa.

—Vaya, hombre. Otra vez tengo soles.

La cara de Brint era un poema. West exhaló un suspiro y sacudió la cabeza. Jalenhorm frunció el entrecejo.

—Estaba convencido de que era un farol —dijo.

—¿Cómo lo haces? —inquirió Kaspa lanzando una moneda a la mesa.

Jezal se encogió de hombros.

—Lo que cuenta son los jugadores, no las cartas. —Y, dicho aquello, se puso a recoger el montón de plata, mientras Brint, con el rostro lívido, le miraba apretando los dientes. El dinero caía en la bolsa con un tintineo muy grato. Grato, al menos, para Jezal. Una moneda se cayó de la mesa y fue a parar junto a las botas de Brint—. ¿Le importa recogérmela, teniente? —preguntó Jezal con acaramelada sonrisa.

Brint se levantó bruscamente y chocó contra la mesa, haciendo que las monedas y los vasos dieran un bote y se tambalearan.

—Tengo cosas que hacer —dijo en tono áspero, y, acto seguido, apartó a Jezal de un empellón y se dirigió hacia el otro extremo del patio. Finalmente, desapareció en el pabellón de los oficiales con la cabeza gacha.

—¿Habéis visto? —la indignación de Jezal crecía por momentos— ¡Apartarme de un empujón, qué grosería! ¡A mí, que soy su superior! ¡Estoy tentado de hacerle un parte!

Un coro de desaprobación acompañó la mención del parte:

—¡Venga, tiene mal perder, eso es todo!

Jalenhorm le miró severamente bajo sus cejas.

—No deberías haberle desplumado de esa manera. No es rico. No puede permitirse el lujo de perder.

—¡Pues si no puede perder, que no juegue! —le espetó, molesto, Jezal—. Además, ¿quién ha sido el que le ha dicho que yo iba de farol? ¡Harías mejor en mantener la boca cerrada!

—Es nuevo aquí —terció West—. Sólo trata de integrarse. También tú fuiste nuevo una vez, ¿no?

—¿Quién te has creído que eres, mi padre? —Jezal recordaba con lacerante claridad lo que significaba ser nuevo, y sólo oír hablar de ello hacía que se sintiera un poco avergonzado.

Kaspa hizo un gesto con la mano, quitando importancia al asunto.

—No os preocupéis, ya le prestaré yo algo de dinero.

—No lo aceptará —sentenció Jalenhorm.

—Bueno, eso ya es cosa suya —Kaspa cerró los ojos y levantó la cara hacia el sol—. Vaya calor. Realmente se ha acabado el invierno. Ya deben ser más de las doce.

—¡Mierda! —gritó Jezal, y, levantándose de un salto, se apresuró a recoger sus cosas. El jardinero interrumpió la corta del césped y miró en su dirección—. ¿Por qué no me lo has dicho, West?

—¿Quién te has creído que soy, tu padre? —inquirió el comandante. Kaspa soltó una risa maliciosa.

—¡Tarde otra vez! —dijo Jalenhorm con un resoplido—. ¡El Lord Mariscal no estará muy contento que digamos!

Jezal agarró a toda prisa los trastos de esgrima y salió corriendo hacia el extremo opuesto del césped. El comandante West lo siguió andando tranquilamente.

—Vamos —gritó Jezal.

—Le sigo, capitán —dijo—. Le sigo.

—¡Pinche, Jezal, pinche, pinche! —gritó el Lord Mariscal Varuz, y, acto seguido, le atizó un golpe con su vara.

—¡Ay! —aulló Jezal, y de nuevo trató de alzar la pesada barra de metal.

—¡Quiero ver cómo mueve ese brazo derecho, capitán, quiero verlo salir disparado como una serpiente! ¡Quiero que me ciegue la velocidad de esas manos!

Jezal ejecutó torpemente dos nuevos ataques con aquel armatoste de

hierro. Era una auténtica tortura. Los dedos, las muñecas, el antebrazo, los hombros, todo le ardía. Tenía la piel empapada y gruesas gotas de sudor le resbalaban por el rostro. El Mariscal Varuz desbarató sus torpes intentos con un par de movimientos de su vara.

—¡Ahora un tajo, un tajo con la izquierda! —Jezal trató de descargar el enorme mazo de herrero sobre la cabeza del anciano con toda la fuerza de su brazo izquierdo. Ni siquiera estando en su mejor momento le habría resultado fácil levantar aquel maldito trasto. El Mariscal Varuz se echó con soltura a un lado y le cruzó la cara con la vara.

—¡Au! —gimió Jezal trastabillando hacia atrás. El mazo se le fue de las manos y le cayó encima de un pie—. ¡Aaargh! —La barra de hierro golpeó el suelo con un seco ruido metálico mientras Jezal se doblaba y se cogía los pies, que estaban en un grito. De pronto, sintió un dolor punzante en el trasero; el golpe seco que acababa de propinarle Varuz retumbó en el patio y Jezal cayó de bruces al suelo.

—¡Esto es lamentable! —gritó el anciano—. ¡Me está usted dejando en ridículo delante del comandante West! —El comandante había echado hacia atrás su silla y se retorcía intentando contener la risa. Jezal permanecía tumbado en el suelo contemplando las inmaculadas botas del comandante y sin las más mínimas ganas de levantarse—. ¡Arriba, capitán Luthar! —gritó Varuz—. ¡No sé el suyo, pero mi tiempo tiene mucho valor!

—¡Está bien! ¡Está bien! —Jezal se levantó con dificultad y se quedó de pie bajo el achicharrante sol, bamboleándose, jadeando, sudando a mares.

Varuz se le acercó y le olió el aliento.

—¿Ya ha estado usted bebiendo? —le interpeló, mientras su bigote gris se ponía de punta—. ¡Y seguro que la noche pasada también! —Jezal permanecía mudo—. ¡Peor para usted! ¡Hay trabajo que hacer, capitán Luthar, y no puedo hacerlo yo solo! ¡Sólo quedan cuatro meses para el Certamen, cuatro meses para hacer de usted un maestro de la espada!

Varuz parecía esperar una respuesta. Pero a Jezal no se le ocurría ninguna, sólo hacía aquello por tener contento a su padre, aunque sospechaba que ésa no era la respuesta que quería oír el viejo soldado, y no tenía ningún interés en que le volviera a soltar un golpe.

—¡Bah! —le ladró Varuz a la cara. Luego se dio la vuelta sujetando firmemente la vara a la espalda con ambas manos.

—Mariscal Var... —empezó a decir Jezal, pero, antes de que pudiera continuar, el viejo soldado se volvió y le dio una estocada en la barriga—. Gargh —soltó Jezal cayendo de rodillas. Varuz se alzaba sobre él.

—Le voy a poner a correr un poco, capitán.

—Aaargh.

—Va a ir corriendo de aquí a la Torre de las Cadenas. Y luego va a subir corriendo a la torre hasta llegar al parapeto. Sabremos cuándo ha llegado porque, entretanto, el comandante y yo estaremos jugando tranquilamente a los cuadros en esa azotea —dijo señalando a un edificio de seis plantas que se alzaba a su espalda—, desde donde se ve perfectamente la parte alta de la torre. ¡Me resultará muy fácil verle con mi monóculo, así que esta vez no podrá hacer usted trampas! —Y, dicho aquello, le descargó un varazo en la cabeza.

—Aug —gritó Jezal, que de inmediato se puso a frotarse el cuero cabelludo.

—Una vez que haya aparecido en lo alto de la torre, regresará corriendo. Correrá todo lo rápido que pueda, y no dude que sabré que ha sido así, porque si no está usted de vuelta para cuando nosotros hayamos acabado nuestra partida, tendrá que empezar de nuevo —en el semblante de Jezal se dibujó un rictus de dolor—. El comandante West es un consumado jugador de cuadros, así que puede que tarde una media hora en derrotarlo. Le sugiero que empiece de inmediato.

Jezal se levantó trabajosamente y trotó en dirección al pasadizo que había al otro extremo del patio, mascullando maldiciones.

—Más vale que corra usted más rápido —le gritó Varuz. Aunque las piernas le pesaban como el plomo, Jezal avivó el paso.

—¡Arriba esas rodillas! —gritó divertido el comandante West.

El pasadizo retumbó con la carrera de Jezal, que, tras superar al sonriente portero que se encontraba sentado a la puerta, desembocó en la amplia avenida que había al otro lado. Pasó por delante de los muros tapizados de hiedra de la Universidad, maldiciendo entre dientes a Varuz y a West, y luego frente al Pabellón de los Interrogatorios, una mole sin apenas ventanas, cuya verja se encontraba cerrada a cal y canto. Sólo se cruzó con unos cuantos funcionarios anodinos que pululaban de acá para allá, pues a esa hora de la tarde el Agriont solía ser un lugar bastante tranquilo, y hasta que no entró al parque no vio a nadie interesante.

Tres muchachas vestidas a la última se encontraban sentadas junto al estanque bajo la frondosa sombra de un sauce, acompañadas de una anciana carabina. Inmediatamente, Jezal apretó el paso y sustituyó su expresión torturada por una despreocupada sonrisa.

—Señoritas —dijo pasando delante de ellas como una exhalación. Las oyó intercambiar risitas a su espalda y se felicitó en silencio. No obstante, en

cuanto se dio cuenta de que ya no podían verle, redujo a la mitad su velocidad—. Al carajo con Varuz —se dijo, ya casi andando, mientras doblaba hacia la Vía Regia, pero al instante tuvo que apretar de nuevo la marcha. Ladisla, el Príncipe Heredero, se encontraba a menos de veinte zancadas de él, soltándole una perorata a su vistoso y muy nutrido séquito.

—¡Capitán Luthar! —gritó Su Alteza, cuyos estrafalarios botones dorados destellaban al sol—. ¡Corra cuanto pueda! ¡He apostado mil marcos a que ganará usted el Certamen!

Jezal sabía de muy buena tinta que el Príncipe había apostado dos mil marcos por Bremer dan Gorst, pero aun así hizo una reverencia todo lo pronunciada que pudo, sin dejar de correr. La comitiva de petimetres que acompañaba al Príncipe prorrumpió en vítores y desganados gritos de ánimo mientras su figura se iba perdiendo en la distancia.

—Hatajo de imbéciles —masculló Jezal, aunque en realidad le habría encantado ser uno de ellos.

Dejó a su derecha las enormes efigies en piedra de los Grandes Reyes de los últimos seiscientos años, y, a su izquierda, las estatuas, algo más pequeñas, de sus leales servidores. Luego, justo antes de doblar hacia la Plaza de los Mariscales, saludó con una inclinación de cabeza al gran Mago Bayaz. El mago, no obstante, le respondió con su habitual mirada desaprobatoria, cuyo efecto sobrecogedor sólo lograba paliar levemente la cagada de paloma que adornaba su pétrea mejilla.

El Consejo Abierto estaba reunido, de modo que la plaza se encontraba casi desierta y Jezal pudo llegar hasta la puerta del Cuartel General del Ejército andando tranquilamente. Un sargento bastante grueso lo saludó cuando pasó junto a él, y Jezal se preguntó si no pertenecería a su propia compañía: todos los soldados le parecían iguales. Lo ignoró y prosiguió su carrera entre los dos imponentes edificios blancos.

—Lo que faltaba —murmuró Jezal. Jalenhorm y Kaspa se encontraban sentados junto a la puerta de la Torre de las Cadenas, fumando sendas pipas y desternillándose de risa. Los muy cabrones debían haberse imaginado que vendría por ahí.

—¡Por el honor y la gloria! —bramó Kaspa, haciendo resonar su espada dentro de la vaina mientras Jezal pasaba corriendo delante de ellos—. ¡No hagas esperar al Lord Mariscal! —gritó luego a sus espaldas. Jezal oyó al grandullón rugir de placer.

—Cretinos de mierda —resolló Jezal. Luego empujó con el hombro la pesada puerta y, casi sin aliento, comenzó a subir la empinada escalera de caracol. Era una de las torres más altas de Agriont: doscientos noventa y un

escalones en total—. Mierda de escalones —maldijo. Cuando llegó al que hacía el número cien, las piernas le abrasaban y tenía palpitaciones en el pecho. Cuando llegó al que hacía el número doscientos, estaba hecho una piltrafa. Realizó el resto de la subida andando, viendo las estrellas a cada paso que daba, y finalmente irrumpió en el tejado a través de una torreta y se quedó apoyado en el parapeto, parpadeando por el súbito cambio de luz.

Abajo, hacia el sur, se extendía la ciudad, una interminable alfombra de casas blancas que circundaba la resplandeciente bahía. En la dirección contraria, la vista de Agriont era aún más impresionante si cabe. Una gran confusión de edificios imponentes, apiñados unos sobre otros y separados por verdes extensiones de grandes árboles y prados, que ceñía un amplio foso y una elevada muralla tachonada por no menos de cien esbeltas torres. La Vía Regia cruzaba la ciudadela por el centro y desembocaba en la Rotonda de los Lores, cuya cúpula dorada refulgía al sol. Justo detrás se elevaban los espigados chapiteles de la Universidad y, un poco más allá, se erguía la adusta mole de la Casa del Creador, encumbrándose como una oscura montaña y proyectando su larga sombra sobre los edificios que tenía debajo.

Jezal creyó ver el destello del monóculo del mariscal Varuz en la distancia. Volvió a soltar una maldición y se dirigió a las escaleras.

Cuando por fin llegó a la terraza, sintió un inmenso alivio al ver que todavía quedaban unas cuantas piezas blancas en el tablero.

El mariscal Varuz arqueó las cejas.

—Ha tenido usted mucha suerte. El comandante se ha resistido con uñas y dientes —el semblante de West se desencajó formando una sonrisa—. Debe usted haberse granjeado su respeto, pero el mío aún tiene que ganárselo.

Jezal estaba agachado con las manos apoyadas en las rodillas, resoplando y derramando gruesas gotas de sudor en el suelo. Varuz cogió un estuche alargado que había encima de la mesa, se acercó a Jezal y lo abrió.

—Veamos qué tal hace las formas.

Jezal cogió el acero corto con la mano izquierda y el largo con la derecha. Comparados con el pesado hierro de antes, parecían ligeros como plumas. El Mariscal Varuz dio un paso atrás.

—Adelante.

Adoptó la primera forma; el brazo derecho extendido y el izquierdo pegado al cuerpo. Las hojas de los aceros silbaban y se entretejían en el aire,

destellando bajo la luz del atardecer, mientras Jezal iba adoptando las diversas posturas con consumada soltura. Finalmente, terminó y dejó que los dos aceros colgaran a sus costados.

Varuz asintió.

—El capitán tiene unas manos muy rápidas, ¿no cree?

—Impresionante, desde luego —dijo el mayor West sonriendo de oreja a oreja—. Un espectáculo bastante más gratificante del que yo haya ofrecido jamás.

El Lord Mariscal no parecía tan impresionado.

—Al ejecutar la tercera forma, dobla en exceso las rodillas, y debe esforzarse por extender más el brazo izquierdo en la cuarta; quitando eso —hizo una pausa—, no está mal. —Jezal suspiró aliviado. Viniendo de quien venía, aquello era todo un elogio—. ¡Ajá! —gritó de repente el anciano propinándole un golpe en las costillas con el extremo del estuche. Jezal se derrumbó con la respiración cortada—. Pero esos reflejos hay que mejorarlos, capitán. Debería estar siempre alerta. Siempre. Tiene unos aceros en las manos, qué hace que no los mantiene en alto.

—Sí, señor —graznó Jezal.

—Y en materia de resistencia es usted un desastre, boquea como una carpa. Sé de muy buena tinta que Bremer dan Gorst corre quince kilómetros diarios y apenas si suda —el Mariscal Varuz se inclinó sobre él—. De ahora en adelante usted hará lo mismo. Ah, sí. Todas las mañanas a las seis recorrerá todo el perímetro de la muralla de Agriont y, luego, entrenará durante una hora con el comandante West, que ha tenido la gentileza de acceder a servirle de sparring. Confío en que él sabrá señalarle todos los puntos débiles de su técnica. —Jezal hizo una mueca de dolor y se frotó sus doloridas costillas—. Ah, otra cosa; se acabaron las juergas. No tengo nada en contra de la diversión, en su debido momento; pero ya habrá tiempo para celebraciones después del Certamen, siempre y cuando, claro está, haya usted trabajado lo bastante para ganarlo. Hasta entonces, vida sana. ¿Entendido, capitán Luthar? —y acercándose un poco más a él, recalcó enfáticamente cada una de las palabras—: Vida. Sana. Capitán.

—Sí, Mariscal Varuz —mascculló Jezal.

Seis horas después estaba completamente borracho. Carcajeándose como un lunático y con la cabeza dándole vueltas, se lanzó a la calle. El aire frío le azotó el rostro, las casuchas oscilaron, empezaron a balancearse, y la calle en

penumbra se ladeó como un barco que estuviera a punto de irse a pique. Jezal contuvo virilmente las ganas de vomitar, plantó un pie en la calle con gesto altanero y luego se volvió hacia la puerta. Recibió un baño de una luz borrosa y brillante, acompañado de un estruendo de risas y gritos. De pronto, una figura andrajosa salió disparada de la taberna y se estrelló contra su pecho. Jezal forcejeó desesperadamente y luego perdió el equilibrio. Al morder el polvo, le crujieron todos los huesos.

El mundo quedó a oscuras durante unos instantes y, de repente, se descubrió aplastado contra el suelo con Kaspa encima de él.

—¡Me cago en la...!» —farfulló con voz aguardentosa. Se quitó de encima al risueño teniente de un codazo, dio una vuelta en el suelo, se levantó tambaleándose y empezó a dar tumbos tratando de acomodarse al balanceo de la calle. Kaspa, apestando a alcohol barato y a humo rancio, se desternillaba caído de espaldas en el suelo. Jezal hizo un torpe intento de quitarse el polvo del uniforme. Su pechera lucía una gran mancha de humedad con olor a cerveza—. ¡Me cago en la...! —mascullò de nuevo. ¿Cuándo demonios se la había hecho?

De pronto creyó oír unos gritos que provenían del otro lado de la calle. Dos hombres forcejeaban en un portal. Jezal entrecerró los ojos para tratar de vislumbrar algo en la oscuridad. Un hombre corpulento tenía agarrado a un tipo bien vestido, al que parecía estar atándole las manos a la espalda. Ahora le estaba metiendo una especie de bolsa por la cabeza. Jezal pestañeó con incredulidad. No podía decirse que el barrio en que estaban se caracterizara por su buena reputación, pero aquello parecía excesivo.

La puerta de la taberna se abrió de golpe y aparecieron West y Jalenhorm, enfrascados en ebria conversación: algún asunto relacionado con la hermana de alguien. Un chorro de luz iluminó de pleno a los dos hombres que forcejeaban al otro lado de la calle. El más corpulento iba completamente vestido de negro y llevaba la parte inferior de la cara cubierta con una máscara. Tenía el pelo blanco, las cejas blancas e incluso su piel era blanca como la leche. Jezal contempló atónito a aquel demonio albino, que, de repente, le devolvió la mirada entornando con ferocidad sus ojos rosáceos.

—¡Socorro! —el tipo de la bolsa en la cabeza lanzó un chillido de terror—. Socorro, me están... —el albino le propinó un golpe brutal en la boca del estómago y el tipo se dobló exhalando un suspiro.

—¡Alto ahí! —gritó West.

Jalenhorm corría ya a cruzar la calle.

—¿Qué? —dijo Kaspa acodado en el suelo.

La mente de Jezal estaba envuelta en brumas, pero sus pies parecían haber tomado la decisión de seguir a Jalenhorm, así que avanzó a trompicones, acuciado por unas irresistibles ganas de vomitar. West venía detrás de él. El fantasma blanco se irguió y se dio la vuelta para interponerse entre ellos y su prisionero. En ese momento, surgió otro hombre de entre las sombras, una figura alta y delgada, igualmente vestida de negro y enmascarada, pero con una grasienta melena. El hombre alzó una mano enguantada.

—¡Por favor, caballeros, por favor, actuamos en nombre del Rey! —la máscara amortiguaba el sonido quejumbroso de su voz de acento plebeyo.

—El Rey siempre actúa a plena luz del día —gruñó Jalenhorm.

Un leve temblor en la máscara del recién llegado indicó que estaba sonriendo.

—Por eso recurre a nosotros cuando hay que actuar de noche, ¿eh, amigo?

—¿Quién es ese hombre? —West señaló al tipo de la bolsa en la cabeza.

El prisionero trataba de levantarse otra vez:

—¡Soy Sepp dan... ufff! —el monstruo blanco le silenció soltándole un puñetazo en la cara que le hizo caer inerte al suelo.

Jalenhorm apretó las mandíbulas y posó una mano sobre la empuñadura de su espada. Con una velocidad pasmosa, la imponente figura del fantasma blanco se plantó junto a él. De cerca, resultaba aún más enorme, irreal y terrorífico. Jalenhorm dio un paso involuntario hacia atrás, tropezó con la irregular superficie de la calle y se estampó de espaldas contra el suelo. Jezal pensó que le iba a estallar la cabeza.

—¡Atrás! —bramó West. Su espada salió disparada de la vaina emitiendo un leve tintineo.

—¡Uaaaaa! —bufó el monstruo cerrando los puños, enormes como dos rocas blancas.

—Aargh —gorgoteó el tipo de la bolsa.

Jezal tenía el corazón encogido. Se volvió para mirar al hombre delgado. Y los ojos del hombre delgado le devolvieron una sonrisa. ¿Cómo se podía sonreír en una situación como ésa? Jezal se sorprendió al ver que tenía en la mano un largo y feo cuchillo. ¿De dónde lo había sacado? Con ebria torpeza, buscó a tientas su espada.

—¡Comandante West! —dijo alguien entre las sombras que había algo más abajo de la calle. Jezal se detuvo con el acero a medio sacar. Jalenhorm, que tenía la parte de atrás del uniforme cubierta de barro, se puso rápidamente de

pie y desenvainó su espada. El pálido monstruo los miraba sin parpadear y sin retroceder ni un solo milímetro—. ¡Comandante West! —repitió la voz, acompañada ahora de un ruido seco y áspero. West estaba lívido. Una figura surgió de las sombras, cojeando visiblemente y tanteando el suelo con un bastón. Un sombrero de ala ancha le oscurecía la parte superior del rostro, pero en su boca se dibujaba una extraña sonrisa. Una súbita náusea invadió a Jezal al advertir que le faltaban cuatro dientes delanteros. Se aproximó a ellos arrastrando los pies y, haciendo caso omiso de los aceros desenvainados, le tendió la mano a West.

El comandante enfundó lentamente su espada, estiró la mano y se la dejó estrechar.

—¿Coronel Glokta? —inquirió con voz ronca.

—Tu humilde servidor, pero ya no estoy en el ejército. Ahora trabajo para la Inquisición del Rey —dicho aquello, alzó lentamente una mano y se descubrió. Su rostro arrugado tenía una palidez enfermiza y su pelo entrecano estaba cortado al rape. Sus ojos miraban con un centelleo febril desde unas oscuras ojeras, el izquierdo, que era bastante más pequeño que el derecho, tenía el borde rosado y un brillo acuoso—. Éstos son mis ayudantes, los Practicantes Severard —el larguirucho hizo una burlona reverencia— y Frost.

El monstruo blanco aupó al prisionero con una sola mano.

—¡Alto! —dijo Jalenhorm, dando un paso adelante, pero el Inquisidor le detuvo posándole suavemente una mano en el hombro.

—Este hombre es un prisionero de la Inquisición de Su Majestad, teniente Jalenhorm —el hombre corpulento se paró, sorprendido de que le llamaran por su nombre—. Sé que actúa movido por la mejor de las intenciones, pero este hombre es un criminal, un traidor. Tengo una orden de arresto firmada por el Archilector Sult en persona. Es absolutamente indigno de su ayuda, créame.

Jalenhorm arrugó el entrecejo y dirigió una mirada torva al Practicante Frost. El pálido monstruo parecía aterrorizado. Todo lo aterrorizado que pueda estar una piedra. Se echó el prisionero a la espalda como si tal cosa y se fue calle arriba. El tal Severard, por su parte, sonrió con sus ojos, hizo una reverencia y luego siguió a su compañero a paso lento, silbando desafinadamente.

El párpado izquierdo del Inquisidor empezó a temblar y unas lágrimas resbalaron por su pálida mejilla. Se llevó el dorso de la mano a la mejilla y se la limpió con sumo cuidado.

—Por favor, les ruego que me disculpen. Mal están las cosas cuando un hombre ya ni siquiera es capaz de controlar sus propios ojos, ¿no creen? Maldita

secreción. A veces pienso que debería hacer que me lo sacaran y arreglármelas con un parche —a Jezal se le revolvieron las tripas—. ¿Cuánto hace de la última vez, West? ¿Siete años? ¿Ocho?

Un músculo temblaba en la sien del comandante West.

—Nueve.

—¡Hay que ver! ¡Quién lo diría! Si parece que fue ayer. Fue en la cresta de aquella colina donde nos separamos, ¿no?

—En la cresta, sí.

—Tranquilo, West. No te culpo en absoluto —Glokta le dio una palmada afectuosa en el brazo—. De eso no, desde luego. Trataste de disuadirme, lo recuerdo muy bien. Después de todo, en Gurkhul tuve tiempo de sobra para pensar en ello. Mucho tiempo para pensar, sí. Siempre te portaste conmigo como un buen amigo. Y ahora el joven Collem West se ha convertido en todo un señor comandante de la Guardia Real, qué cosas —Jezal no tenía ni la más remota idea de lo que estaban hablando. Lo único que deseaba era vomitar e irse a la cama.

El Inquisidor Glokta se volvió hacia él con una sonrisa, que de nuevo puso al descubierto los horribles huecos de su dentadura.

—Y éste debe ser el capitán Luthar, el hombre en el que hay depositadas tantas esperanzas para el próximo Certamen. Un maestro muy severo el Mariscal Varuz, ¿eh? —y agitando débilmente su bastón en dirección a Jezal, añadió—: pinche, pinche, ¿eh, capitán? Pinche, pinche.

Jezal sintió que se le subía la bilis. Carraspeó y agachó la cabeza, anhelando que el mundo se estuviera quieto de una maldita vez. El Inquisidor los fue mirando a todos uno por uno en actitud expectante. West estaba pálido; Jalenhorm, cubierto de barro y con cara de pocos amigos. Y Kaspa seguía sentado en medio de la calle. Ninguno parecía tener nada que decir.

Glokta carraspeó.

—En fin, el deber me llama —dijo inclinándose rígidamente—, pero confío en volver a verles a todos. Pronto —Jezal se dio cuenta de que él, al menos, lo que deseaba era no volver a verle jamás.

—Tal vez podríamos practicar un poco de esgrima algún día —musitó West.

Glokta sonrió afablemente.

—Ah, no sabes cuánto me gustaría, West, pero, de veras, últimamente ando un poco... lisiado. Si te apetece pelear, estoy seguro de que el Practicante Frost estará encantado de complacerte —dijo volviendo la vista hacia

Jalenhorm—, pero debo advertirte una cosa, él no lucha como un caballero. En fin, buenas noches a todos —volvió a ponerse el sombrero, se volvió lentamente y se alejó renqueando por la sórdida callejuela.

Los tres oficiales le vieron irse, sumidos en un prolongado y embarazoso silencio. Kaspa se acercó a ellos andando a trompicones.

—¿Qué pasaba? —preguntó.

—Nada —dijo West apretando los dientes—. Y lo mejor será olvidarnos incluso de que ha ocurrido.

Dientes y dedos

Hay poco tiempo. Debemos darnos prisa. Glokta hizo una seña a Severard, que sonrió y le quitó a Sepp dan Teufel la bolsa de la cabeza.

El Maestre de la Ceca era un hombre robusto y de aspecto noble. Pero su rostro ya empezaba a amoratarse.

—¿Qué significa esto? —rugió lleno de indignación y jactancia—. ¿Saben quién soy?

Glokta dio un resoplido de desdén.

—Claro que sabemos quién es. ¿Acaso cree que tenemos por costumbre raptar a la gente por la calle al azar?

—¡Soy el Maestre de la Ceca del Rey! —aulló el prisionero, tratando de librarse de sus ataduras. El Practicante Frost lo contemplaba impasible con los brazos cruzados. Los hierros ya estaban al rojo vivo en el brasero—. ¿Cómo se atreven a...?

—¡Basta ya de interrupciones! —gritó Glokta. Frost descargó una brutal patada en la espinilla de Teufel, que lanzó un alarido de dolor—. ¿No pretenderás que nuestro prisionero firme el pliego de confesión con las manos atadas? Haz el favor de soltarle.

Mientras el albino lo desataba, Teufel miraba receloso a su alrededor. De pronto sus ojos se posaron en un cuchillo de carnicero. Su hoja pulida brillaba como un espejo bajo la cruda luz de los faroles. *Un objeto verdaderamente bello. Te gustaría cogerlo, ¿verdad Teufel? Apuesto a que te encantaría cortarme con él la cabeza.* Glokta casi deseaba que lo hiciera, la mano derecha del prisionero parecía querer alcanzarlo, pero, en lugar de ello, la utilizó para apartar de un golpe el pliego.

—Ah —dijo Glokta—, el Maestre de la Ceca es un caballero diestro.

Teufel miraba al otro lado de la mesa con los ojos entornados.

—¡Le conozco! Es usted Glokta, ¿no? El que capturaron en Gurkhul, aquel al que torturaron. Sand dan Glokta, ¿me equivoco? Pues bien, le puedo

asegurar que esta vez ha ido usted demasiado lejos. Demasiado lejos. En cuanto se entere de esto el Juez Marovia...

Glokta se levantó de un salto haciendo chirriar la silla contra las losas. El pie izquierdo le dolía horriblemente, pero lo ignoró por completo.

—¡Mire esto! —bufó y, acto seguido, se abrió la boca, proporcionando al horrorizado prisionero una perfecta visión de su dentadura. *O de lo que queda de ella*— ¿Ha visto esto? ¿Lo ha visto? Cuando me arrancaban un diente de arriba me dejaban el de abajo, y cuando me arrancaban uno de abajo me dejaban el de arriba, así hasta el fondo de la boca. ¿Ve? —Glokta se ensanchó los carrillos con los dedos para que Teufel pudiera verlo mejor—. Lo hicieron con un minúsculo cincel. Un poquito cada día. Tardaron meses en acabar —Glokta tomó asiento con un movimiento rígido y luego sonrió de oreja a oreja—. Excelente trabajo, ¿eh? ¡Qué ironía! ¡Te dejan la mitad de los dientes, pero de tal forma que ninguno sirva para nada! La mayor parte de los días sólo puedo tomar sopa —el Maestre de la Ceca tragó saliva. Glokta vio que una gota de sudor le resbalaba por el cuello—. Y los dientes sólo fueron el principio. Tengo que orinar sentado, sabe, como las mujeres. Tengo treinta y cinco años y necesito ayuda para levantarme de la cama —volvió a recostarse en su asiento y estiró la pierna con un gesto de dolor—. Cada día es para mí como un pequeño infierno. Cada día. Así que, dígame, ¿realmente cree que algo que pueda usted decir va a asustarme?

Glokta estudió a su prisionero, tomándose su tiempo. *Ya no tiene las cosas tan claras.*

—Confiese —susurró—. Luego le embarcaremos para Angland y así podremos dormir un poco esta noche.

El rostro de Teufel se había vuelto casi tan pálido como el de Frost, pero no dijo nada. *El Archilector no tardará en llegar. Seguro que ya está de camino. Si para cuando llegue no está lista la confesión... iremos todos aparar a Angland. Con suerte.* Glokta cogió su bastón y se puso de pie.

—Me gusta considerarme como una especie de artista, pero las obras de arte llevan su tiempo y hemos perdido la mitad de la noche buscándole por todos los burdeles de la ciudad. Afortunadamente, el Practicante Frost tiene el olfato muy desarrollado y un excelente sentido de la orientación. Es capaz de oler una rata en un estercolero.

—Una rata en un estercolero —repitió Severard, cuyos ojos reflejaban el resplandor anaranjado del brasero.

—Vamos muy mal de tiempo, así que me disculpará si soy un poco brusco. En diez minutos va usted a confesar.

Teufel soltó un resoplido y cruzó los brazos.

—Nunca.

—Sujétalo —Frost agarró al prisionero por detrás y le estrujó, inmovilizándole el brazo derecho contra el costado. Severard le cogió la muñeca izquierda y le extendió los dedos sobre la superficie rayada de la mesa. Glokta enroscó la mano sobre el suave mango del cuchillo de carnicero y lo fue acercando hacia el prisionero arrastrándolo por la mesa. Luego bajó la vista y miró la mano de Teufel. *Hermosas uñas. Tan largas, tan lustrosas. Con unas uñas como esas no se puede trabajar en una mina.* Glokta alzó el cuchillo.

—¡Espere! —chilló el prisionero.

¡Bang! La pesada hoja se clavó en la mesa, rozando la uña del dedo medio de Teufel. La respiración del prisionero se había acelerado y su frente estaba bañada en sudor. *Ahora veremos de qué pasta estás hecho.*

—Me parece que ya empieza a comprender de qué va el asunto —dijo Glokta—. Sabe, esto mismo se lo hicieron a un cabo que capturaron conmigo; un corte al día. Era un tipo duro, muy duro. Cuando murió, andaban ya por encima del codo —Glokta levantó de nuevo el cuchillo.

—No puede...

¡Bang! El cuchillo cortó de un tajo la punta del dedo medio de Teufel. Un borbotón de sangre se derramó sobre la mesa. Los ojos de Severard sonrieron iluminados por los faroles. Teufel estaba boquiabierto. *Aun tardará un poco en sentir el dolor.*

—Confiesa —bramó Glokta.

¡Bang! El cuchillo arrancó la punta del anular de Teufel y una lámina circular del dedo medio rodó un instante por la mesa antes de ir a parar al suelo. El rostro de Frost era una talla de mármol.

—¡Confiesa!

¡Bang! La punta del índice de Teufel voló por los aires. El dedo medio quedó cercenado a la altura de la primera articulación. Glokta se detuvo para secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano. La pierna empezaba a palpitarle debido al esfuerzo. La sangre goteaba sobre las baldosas con un monótono plop, plop, plop. Teufel miraba sus dedos acortados con los ojos fuera de las órbitas.

Severard sacudió la cabeza con un gesto de admiración.

—Un trabajo excelente, Inquisidor —dijo mientras lanzaba un trozo de dedo sobre la mesa—. ¡Qué precisión! Estoy asombrado.

—¡Aaaargh! —aulló el Maestre de la Ceca. *Por fin se ha dado cuenta.* Glokta volvió a alzar el cuchillo.

—¡Confesaré! —chilló Teufel—. ¡Confesaré!

—Estupendo —dijo muy alegre Glokta.

—Estupendo —dijo Severard.

—Eztupendo —apostilló el Practicante Frost.

El vasto y desolado Norte

Los Magos constituyen una anciana y misteriosa orden, conocedora de los secretos del mundo, versada en los caminos de la magia y dotada de una sabiduría y un poder fuera del alcance de los hombres. Esos, al menos, eran los rumores. A alguien de esas características no debería de resultarle difícil encontrar a un hombre, incluso a un hombre solo perdido en medio del vasto y desolado Norte. Pero si era así, se lo estaba tomando con mucha calma.

Logen se rascó la enmarañada barba y caviló sobre las razones que podían haber hecho que el gran personaje se estuviera retrasando tanto. Tal vez se hubiera perdido. Una vez más se preguntó si no habría sido mejor quedarse en el bosque, al menos allí había comida en abundancia. Pero los espíritus le habían mandado al sur, y si se iba al sur desde las colinas se llegaba a aquellos páramos yermos. Y allí estaba, esperando en medio de las zarzas y el barro, con un tiempo de perros y sintiéndose cada vez más hambriento.

Como de todos modos las botas las tenía ya medio destrozadas, había decidido quedarse allí y montar su mísero campamento cerca del camino, para que de esa forma le resultara más fácil ver venir al Mago. Desde los tiempos de las guerras, el Norte estaba infestado de escoria: desertores convertidos en bandoleros, campesinos huidos de sus campos asolados, hombres desesperados y carentes de líderes que no tenían nada que perder. Pero eso a Logen no le preocupaba gran cosa. Aquel lugar era el culo del mundo; a nadie se le había perdido nada allí. A nadie, excepto al Mago y a él.

Así pues, se sentaba y esperaba, iba a buscar comida, no encontraba nada, y volvía a sentarse a esperar un rato más. En aquella época del año era bastante habitual que los páramos se quedaran encharcados debido a los aguaceros, pero de noche, siempre que podía, cogía unas cuantas zarzas y encendía un pequeño fuego para levantarse un poco el ánimo y para llamar la atención de cualquier Mago que pudiera pasar por allí. Aquella tarde había llovido, pero hacía ya un rato que había escampado y la tierra estaba lo bastante seca para poder hacer una hoguera. En aquel momento tenía el puchero puesto al fuego y estaba cocinando el único trozo que le quedaba de la carne que había traído del bosque. A la mañana siguiente tendría que emprender la marcha para

buscar algo de comer. Ya le cogería más tarde el Mago, eso si no se había olvidado ya de él.

Estaba revolviendo su escasa comida y tratando de decidir si al día siguiente debía regresar al norte o proseguir hacia el sur, cuando oyó un ruido de pezuñas en el camino. Un caballo avanzaba lentamente. Se recostó sobre su zamarra y aguardó. Se oyó un relincho, luego el tintinear de un arnés. Un jinete apareció en lo alto de la loma. La luz mortecina del sol, que comenzaba a ponerse a sus espaldas, no permitía a Logen verle con claridad, pero sí advirtió que su postura sobre la silla era rígida y torpe, como si fuera un hombre poco habituado a andar por los caminos. El hombre espoleó suavemente su montura en dirección a la hoguera y la frenó a unos pocos metros de distancia.

—Buenas tardes —dijo.

No tenía absolutamente nada que ver con lo que Logen había esperado. Un joven pálido y demacrado, de aspecto enfermizo y pronunciadas ojeras, que tenía el pelo pegado a la cabeza a causa de la lluvia y le miraba con una sonrisa nerviosa. Parecía más mojado que sabio, y desde luego no tenía aspecto de poseer unos poderes que quedaran fuera del alcance de los hombres. De lo que sí tenía aspecto era de estar hambriento, helado y enfermo. De hecho, su aspecto y la forma en que se sentía Logen coincidían bastante.

—¿Tenía entendido que ustedes solían llevar una especie de bastón?

El joven pareció sorprendido.

—Bueno, yo no... quiero decir que... Hummm... Verá, yo no soy un Mago. —El joven se interrumpió y se mordió nervioso el labio.

—Los espíritus me dijeron que tenía que esperar a un Mago, pero, claro, suelen equivocarse bastante.

—Oh... bueno, yo sólo soy un aprendiz. Pero mi Maestro, el gran Bayaz —y al pronunciar aquel nombre inclinó respetuosamente la cabeza—, no es otro que el Primero de los Magos, conocedor del Gran Arte, versado en las más profundas sabidurías. Fue él quien me mandó que le buscara para llevarle a... —una expresión de duda asomó a su rostro—. Oiga, usted es Logen Nuevededos, ¿no?

Logen alzó su mano izquierda y miró al pálido joven a través del hueco que debía haber ocupado su dedo medio.

—Ah, muy bien —el aprendiz suspiró aliviado, pero, de pronto, se interrumpió—. Bueno, quiero decir que... en fin, siento lo del dedo.

Logen se puso a reír. Era la primera vez desde que salió arrastrándose del río. No es que fuera muy divertido, pero se rió a carcajadas. Resultaba muy reconfortante. El joven sonrió y se bajó penosamente de la silla.

—Me llamo Malacus Quai.

—¿Malacus qué?

—Quai —dijo mientras se acercaba al fuego.

—¿Qué clase de nombre es ese?

—Provengo del Viejo Imperio.

Logen jamás había oído hablar de aquel lugar.

—Un imperio, ¿eh?

—Bueno, en tiempos lo fue. Era la nación más poderosa del Círculo del Mundo —el joven se agachó trabajosamente y se puso en cuclillas al lado del fuego—. Pero hace ya mucho que se desvanecieron sus pasadas glorias. En la actualidad no es más que un inmenso campo de batalla —Logen conocía muy bien el aspecto que tenía ese tipo de lugares—. Está muy lejos. En el occidente del mundo —el aprendiz señaló distraídamente con la mano.

Logen se volvió a reír.

—Eso es el este.

Quai sonrió con tristeza.

—Soy un vidente, aunque, al parecer, no uno de los mejores. El Maestro Bayaz me encomendó que le encontrara, pero las estrellas no me han sido propicias; el tiempo empeoró y me perdí —se quitó el pelo de los ojos y extendió las manos—. Traía un caballo de carga, con comida y algunos pertrechos, y también otro caballo para usted, pero lo perdí todo en medio de la tormenta. Me temo que no soy hombre de campo.

—Eso parece, desde luego.

Quai se sacó una petaca del bolsillo y se inclinó hacia delante para ofrecérsela. Logen la cogió, la abrió y echó un trago. El ardiente licor descendió por su garganta y le calentó hasta las raíces del cabello.

—Bueno, Malacus Quai, puede que hayas perdido esos víveres, pero has conservado algo mucho más importante. Últimamente no resulta demasiado fácil hacerme reír. Sé bienvenido a mi hoguera.

—Gracias —el aprendiz hizo una pausa y acercó las palmas al precario fuego—. Llevo dos días sin comer —sacudió la cabeza y su cabellera se agitó—. Ha sido... muy duro —luego se humedeció los labios y clavó los ojos en el puchero.

Logen le pasó la cuchara. Malacus Quai le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Ya ha comido usted?

Logen asintió. No era cierto, pero el desdichado aprendiz parecía hambriento y apenas si había suficiente para una persona. Agarró la petaca y echó otro trago. De momento se conformaba con eso. Quai atacó el estofado con fruición. Cuando terminó, rebañó el puchero, lamió la cuchara y después repasó con la lengua el borde del cazo por si acaso quedaba algo. Finalmente, se recostó sobre una gran roca que tenía detrás.

—Le estaré eternamente agradecido, Logen Nuevededos, me ha salvado la vida. Nunca habría imaginado que iba a ser usted tan hospitalario.

—Para serte honesto, tú tampoco eres lo que yo había esperado —Logen tiró de nuevo de la petaca y se relamió—. ¿Quién es el tal Bayaz?

—El Primero de los Magos, conocedor del Gran Arte y versado en las más profundas sabidurías. Me temo que estará muy disgustado conmigo.

—Un sujeto de cuidado, ¿eh?

—Bueno —respondió con voz apagada el aprendiz—, digamos que tiene el genio un poco vivo.

Logen echó otro trago. El calor se iba extendiendo poco a poco por su cuerpo; hacía semanas que no sabía lo que era sentir calor. Durante un rato se hizo el silencio.

—¿Qué es lo que quiere de mi, Quai?

No obtuvo respuesta. Desde el otro lado del fuego le llegó un leve ronquido. Logen sonrió y, envolviéndose en su zamarra, se tumbó y se dispuso también a dormir.

El aprendiz despertó súbitamente aquejado de un ataque de tos. Era muy temprano y aquel mundo desolado se hallaba envuelto en una densa niebla. Probablemente era mejor así. Tampoco había mucho que ver; sólo kilómetros y más kilómetros cubiertos de barro, rocas y unas raquíticas matas marrones de tojo. Una película de agua impregnaba la atmósfera, pero Logen se las había arreglado para mantener viva una triste lengua de fuego. Quai tenía el cabello pegado a su pálida cara. Rodó sobre un costado, tosió y arrojó un esputo al suelo.

—Aaargh —graznó. Tosió de nuevo y lanzó otro escupitajo.

Logen estaba asegurando lo que quedaba de su exiguo equipaje a la silla del desdichado caballo.

—Buenos días —dijo y, levantando los ojos al cielo blanquecino, añadió—, aunque no parece que éste vaya a ser muy bueno.

—Voy a morir. Voy a morir, al menos así ya no tendré que moverme más.

—No tenemos comida, de modo que si nos quedamos aquí desde luego que morirás. Así podré comerte y cruzar luego las montañas.

El aprendiz esbozó una sonrisa.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer? ¿Dónde está el tal Bayaz?

—En la Gran Biblioteca del Norte.

Logen no había oído hablar nunca de ella, lo cual tampoco era raro, pues nunca le habían interesado demasiado los libros.

—¿Que está, dónde?

—Al sur, a unos cuatro días a caballo, junto a un gran lago.

—¿Conoces el camino?

El aprendiz se puso de pie tambaleándose y se quedó un rato quieto, oscilando levemente y tomando aire con respiración entrecortada. Estaba pálido como un fantasma y una película de sudor le recubría la piel.

—Creo que sí —musitó, pero bastaba mirarle para darse cuenta de que no estaba muy seguro.

Ni Quai ni su caballo aguantarían cuatro días sin comer, eso contando con que no se perdieran. La comida tenía que ser lo primero. Seguir el camino que atravesaba el bosque en dirección sur era la mejor opción, a pesar de que entrañaba más riesgos. Podían morir a manos de los bandoleros, pero el forraje sería bastante mejor, y del otro modo lo que les mataría sería el hambre.

—Será mejor que vayas a caballo —dijo Logen.

—Fui yo quien perdió los caballos. Lo justo sería que fuera a pie.

Logen le puso una mano en la frente. Estaba caliente y sudorosa.

—Tienes fiebre. Será mejor que vayas a caballo.

El aprendiz no intentó discutir. Bajó los ojos y miró las andrajosas botas de Logen.

—¿Le valdrían mis botas?

Logen negó con la cabeza.

—Demasiado pequeñas —luego se arrodilló sobre los restos humeantes

del fuego y frunció la boca.

—¿Qué hace?

—Las hogueras contienen espíritus. Guardaré éste debajo de la lengua y lo utilizaré luego para encender otro fuego —Quai se encontraba demasiado mal para sorprenderse. Logen sorbió el espíritu; el humo le dio tos y el sabor amargo hizo que se estremeciera— ¿Listo para partir?

El aprendiz alzó los brazos con gesto abatido.

—Ya está hecho el equipaje.

A Malacus Quai le encantaba hablar. Habló mientras cruzaban los páramos camino del sur, habló mientras el sol ascendía por el cielo turbio, habló cuando al caer la tarde se internaron por fin en el bosque. Su enfermedad no parecía afectar a su charlatanería, y a Logen no le molestaba en absoluto. Hacía mucho que nadie le hablaba, y además eso le ayudaba a no pensar en sus pies. Estaba hambriento y agotado, pero el verdadero problema eran los pies. Sus botas habían quedado reducidas a unos cuantos jirones de cuero desgastado, tenía los pies machacados y llenos de cortes, y aún le dolía el mordisco que le había dado el Shanka en la espinilla. Cada paso era una auténtica tortura. En tiempos le habían considerado el hombre más temible de todo el Norte. Pero ahora, hasta las piedras y los palos más pequeños del camino le asustaban. Bien pensado, el asunto no dejaba de tener su gracia. Logen tropezó con un canto y su cara se retorció de dolor.

—... así que me pasé siete años estudiando con el Maestro Zacharus. Es uno de los grandes Magos, el quinto de los doce aprendices de Juvens, un gran hombre, sí —a Quai todo lo que guardara relación con los Magos le parecía grande—. Pensaba que yo ya estaba preparado para estudiar con el Maestro Bayaz en la Gran Biblioteca del Norte, para así poder obtener mi báculo. Pero las cosas no me están resultando nada fáciles. El Maestro Bayaz es muy exigente y...

El caballo se detuvo, lanzó un resoplido, dio un leve respingo, titubeó y retrocedió un paso. Logen venteó el aire y frunció el ceño. Había hombres cerca, y no muy limpios que digamos. Debería haberlo advertido antes, pero estaba demasiado concentrado en sus pies. Quai bajó la vista y le miró.

—¿Qué sucede?

A modo de respuesta, un hombre salió de detrás de un árbol, a unos diez pasos de donde estaban ellos, y otro apareció un poco más adelante en el camino. Escoria, sin duda. Unos tipos sucios y barbudos, ataviados con una

abigarrada y andrajosa indumentaria hecha de jirones de piel y de cuero. Un aspecto bastante similar al de Logen, en su conjunto. El de la izquierda, que era el más flaco, tenía una lanza con la punta dentada. El grande de la derecha llevaba una pesada espada salpicada de roña y se cubría con un viejo casco abollado, rematado con un pincho. Se acercaban a ellos, sonriendo. Un ruido sonó por detrás; Logen, con el corazón encogido, volvió la cabeza. Un tercer hombre, con un enorme forúnculo en la cara, se acercaba cautelosamente por el camino armado con una pesada hacha.

Quai, con los ojos dilatados por el miedo, se inclinó desde la silla de montar.

—¿Son salteadores?

—Desde luego eres un jodido vidente —musitó Logen apretando los dientes.

Cuando estuvieron a dos pasos, se detuvieron. El del casco parecía ser el que llevaba la voz cantante.

—Hermoso caballo —gruñó—. ¿Podríais prestárnoslo? —El de la lanza sonrió y agarró la brida.

Su situación había experimentado un cambio a peor. Hacía un rato eso habría parecido casi imposible, pero el destino se las había ingeniado para encontrar la manera. Logen tenía serias dudas de que Quai pudiera serle de alguna utilidad en el combate que se avecinaba. Eso suponía que tendría que enfrentarse él solo contra los tres, armado únicamente con un cuchillo. Pero si no hacía nada, les robarían y lo más seguro es que también les mataran. En este tipo de asuntos más vale ser realista.

Volvió a echar un vistazo a los salteadores. No parecía que esperaran encontrar resistencia, no de dos hombres desarmados: la lanza estaba de lado, la espada apuntaba al suelo. Del hacha no sabía nada, así que a ese respecto iba a tener que confiarse a la suerte. Es una triste verdad, pero lo cierto es que quien golpea primero, golpea dos veces, de modo que Logen se volvió hacia el tipo del casco y le escupió el espíritu a los ojos.

Al entrar en contacto con el aire se inflamó y se abalanzó vorazmente sobre su presa. La cabeza del hombre quedó envuelta en llamas y la espada cayó al suelo. Se echó las manos a la cara desesperado y se le prendieron también los brazos. Corrió despavorido soltando alaridos.

Al ver las llamas, el caballo de Quai se encabritó y se puso a lanzar resoplidos. El flaco soltó un grito ahogado y, al intentar retroceder, tropezó. Logen se abalanzó sobre él, agarró el asta de la lanza con una mano y le dio un cabezazo en la cara. La frente de Logen le estrujó la nariz y el tipo se tambaleó

hacia atrás chorreando sangre por la barbilla. Logen dio un tirón a la lanza para atraerlo hacia sí, echó para atrás la mano derecha trazando un amplio arco y le descargó un puñetazo en el cuello. El tipo se desplomó gorgoteando y Logen le arrebató la lanza de las manos.

Sintió un movimiento a su espalda, se tiró al suelo y rodó hacia la izquierda. El hacha pasó silbando por encima de su cabeza y dio un tajo al caballo en la ijada, salpicando de sangre el suelo y soltando la hebilla de la cincha. El tipo del forúnculo giraba sobre sí agarrado al hacha. Logen se dispuso a saltar sobre él, pero al levantarse se retorció el tobillo en una piedra y se tambaleó como un borracho, aullando de dolor. Una flecha disparada desde algún lugar situado en el tramo de bosque que tenía a su espalda le pasó zumbando junto a la cara y se perdió entre los matojos que había al otro lado del camino. El caballo, con los ojos desorbitados por el terror, resoplaba y coceaba. De pronto, se lanzó por el camino con un galope frenético. La silla resbaló del lomo y Malacus Quai soltó un gemido y aterrizó en una mata de arbustos.

Ahora no había tiempo de ocuparse de él. Logen lanzó un rugido y cargó contra el hombre del hacha, apuntando la lanza al corazón. El tipo levantó el hacha a tiempo y desvió la punta, pero no lo bastante lejos. La lanza le penetró por el hombro y le hizo girarse en redondo. El asta se quebró con un sonoro chasquido. Logen perdió el equilibrio y se precipitó hacia delante, derribando al tipo del forúnculo sobre el camino. La punta de lanza que sobresalía de su espalda le hizo un profundo tajo en el cuero cabelludo cuando cayó sobre él. Logen agarró con ambas manos la maraña de pelo del hombre del hacha, le echó la cabeza hacia atrás y se la machacó contra una roca.

Tambaleándose, con la cabeza dándole vueltas, se puso de pie y se limpió la sangre de los ojos justo a tiempo de ver cómo una flecha salía disparada de entre los árboles y se clavaba en un tronco a dos pasos de donde él estaba. Logen corrió hacia el arquero. Ahora le veía; era un chaval de no más de catorce años y ya se disponía a coger otra flecha. Logen sacó el cuchillo. El muchacho estaba colocando la flecha en el arco, pero sus ojos estaban dilatados de pánico. Se le escapó la cuerda y, sorprendido, vio cómo la flecha se le clavaba en la mano.

Logen se le echaba encima. El muchacho le arrojó el arco, pero él lo esquivó agachándose y saltó hacia delante blandiendo el cuchillo con ambas manos. La hoja le entró al chico por la barbilla, alzándolo en vilo, y se quebró dentro del cuello. El muchacho cayó encima de Logen y una esquirla del cuchillo le hizo un profundo corte en el brazo. Había sangre por todas partes; la que brotaba del corte que Logen tenía en la cabeza, la del corte del brazo, la del enorme tajo abierto en el cuello del muchacho.

Apartó de un empujón el cadáver, se apoyó en un árbol y trató de recobrar el aliento. El corazón le latía con fuerza, la sangre le retumbaba en la cabeza, el estómago le daba vueltas. «Sigo vivo —susurró—, sigo vivo.» Los cortes de la cabeza y del brazo empezaban a palpitar. Dos nuevas cicatrices. Podía haber sido mucho peor. Se restregó los ojos para limpiárselos de sangre y se acercó cojeando al camino.

Malacus Quai estaba de pie, contemplando lívido los tres cadáveres. Logen le sujetó los hombros y lo miró de arriba abajo.

—¿Te has hecho daño?

Quai ni siquiera levantó la vista de los cadáveres.

—¿Están muertos?

El cuerpo del grandullón del casco seguía echando humo y desprendía un olor perturbadoramente apetitoso. Logen se fijó en sus botas; eran buenas, mucho mejores que las suyas. El del forúnculo tenía el cuello demasiado torcido hacia un lado para estar vivo, y, por si eso fuera poco, tenía ensartada la lanza rota. Logen le dio la vuelta con el pie al flaco. Su rostro ensangrentado estaba congelado en una expresión de sorpresa: miraba al cielo con la boca abierta.

—Debo de haberle machacado la tráquea —masculló Logen. Sus manos estaban teñidas de sangre. Se agarró la una con la otra para que dejaran de temblar.

—¿También el de los árboles?

Logen asintió.

—¿Qué ha pasado con el caballo?

—Ha volado —musitó apesadumbrado Quai—. ¿Qué hacemos?

—Veamos si tienen algo de comer —Logen señaló al cadáver humeante—. Pero antes ayúdame a quitarle a ése las botas.

Prácticas de esgrima

—¡Presiónele, Jezal, presiónele! ¡No me sea apocado!

Jezal estaba deseando complacerle. Se lanzó hacia delante, entrando a fondo con la derecha. West, que ya estaba desequilibrado, se tambaleó hacia atrás con la forma descompuesta, pero logró desviar la acometida con su acero corto. Aquel día usaban hojas de medio filo, para darle un poco más de emoción al asunto. No servían para ensartar a un hombre, pero, con un poco de empeño, se le podía hacer algún que otro rasguño. Y Jezal estaba empeñado en hacerle un rasguño al comandante para vengarse de la humillación que había sufrido el día anterior.

—¡Así, no le dé respiro! ¡Pinche, pinche, capitán! ¡Pinche, pinche!

West realizó un torpe intento de contraataque, pero Jezal lo vio venir y desvió el acero de su rival, sin dejar de lanzar estocadas con todas sus fuerzas. West logró pararlas a la desesperada, pero, al dar un paso atrás, se chocó contra la pared y se tambaleó. Ya era suyo. Jezal soltó una risa socarrona y le acometió con el acero largo, pero, de una forma tan súbita como sorprendente, West consiguió salir del paso. Se apartó y desvió con increíble firmeza la estocada. Jezal se precipitó hacia delante, perdió el equilibrio y, con un grito de asombro, vio cómo la punta de su espada se clavaba en una grieta entre dos piedras. El acero se le escapó de las manos y se quedó vibrando en la pared.

West salió disparado hacia delante, se coló por debajo del acero que le quedaba a Jezal y le embistió con el hombro.

—Uf —exhaló Jezal, luego tropezó y se estrelló contra el suelo, dejando escapar su acero corto. El arma resbaló por el enlosado y el Lord Mariscal la detuvo con el pie. La punta roma de la espada de West se cernía a escasos milímetros del gaznate de Jezal—. ¡Mierda! —maldijo Jezal mientras el comandante, todo sonriente, le tendía la mano.

—Usted lo ha dicho —murmuró Varuz soltando un hondo suspiro—, una auténtica mierda. ¡Un espectáculo aún más deplorable que el de ayer, si es que eso es posible! —Jezal apartó de un golpe la mano de West y, lanzándole

una mirada iracunda, se puso de pie— ¡El comandante no ha perdido en ningún momento el control del asalto! ¡Pero usted ha caído en la trampa y se ha dejado desarmar! ¡Desarmar! ¡Ni siquiera mi nieto habría cometido ese error, y sólo tiene ocho años! —Varuz golpeó el suelo con su vara— ¿Quiere hacer el favor de explicarme, capitán Luthar, cómo piensa ganar un combate de esgrima tumbado bocabajo y sin sus aceros? —Jezal torció el gesto y se frotó la cabeza—. ¿No quiere? Pues si en el futuro se cae usted alguna vez desde lo alto de un precipicio con sus aceros, espero verle espachurrado en el fondo sujetando firmemente sus armas con sus dedos muertos, ¿me oye?

—Sí, Mariscal Varuz —mascullo huraño Jezal, mientras hacía votos por que fuera el viejo cascarrabias quien se cayera desde lo alto de un precipicio. O, mejor aún, desde la Torre de las Cadenas. Y acompañado de West a ser posible.

—¡El exceso de confianza es el peor pecado que puede cometer un espadachín! Tiene que enfrentarse a cada uno de sus rivales como si fuera el último. Y en cuanto a su juego de piernas —Varuz frunció la boca con una expresión de asco—, brillante cuando va usted hacia delante, pero en cuanto echa el pie atrás, todo se va al traste. Ha bastado que el comandante le rozara para que se desmayara usted como una niña.

West miró sonriente a Jezal. Se estaba divirtiendo. La estaba gozando el muy cabrón.

—Dicen que la pierna de apoyo de Bremer dan Gorst es firme como un pilar de acero. ¡Como un pilar de acero, eso es lo que dicen! Sería más fácil derribar la Casa del Creador que a él —el Lord Mariscal señaló la silueta de la enorme torre que se alzaba sobre los edificios que rodeaban el patio—. ¡La Casa del Creador! —remachó indignado.

Jezal soltó un resoplido y le dio una patada al suelo con su bota. Por enésima vez acarició la posibilidad de mandarlo todo al diablo y no volver a coger una espada en su vida. Pero ¿qué diría la gente? Su padre se sentía ridículamente orgulloso de él y no perdía la ocasión de presumir de su destreza cuando encontraba a alguien dispuesto a escucharle. Su mayor ilusión era ver a su hijo combatir en la Plaza de los Mariscales delante de una multitud enfervorizada. Si Jezal lo mandaba todo a paseo, su padre se moriría de vergüenza, y él tendría que despedirse de su capitanía, de su asignación, de todas sus ambiciones. A no dudarlo, sus hermanos estarían encantados.

—El equilibrio es la clave —peroraba Varuz—. ¡La fuerza viene de las piernas! A partir de ahora añadiremos a su entrenamiento una hora en la barra de equilibrios. ¡Diaria! —la cara de Jezal se contrajo en un gesto de angustia— Veamos: una carrera, ejercicios con el mazo, formas, un combate de entrenamiento de una hora, de nuevo formas, y otra hora en la barra de

equilibrios —el Lord Mariscal movió la cabeza satisfecho—. Con eso será suficiente, de momento. Quiero verle aquí mañana por la mañana a las seis, y completamente sobrio —Varuz frunció el ceño—. Completamente sobrio.

—Ya no aguanto más, ¿sabes? —dijo Jezal mientras regresaba al cuartel renqueante y entumecido—. ¿Cuánta mierda se supone que debe tragar un hombre?

West sonrió.

—Esto no es nada. Nunca he visto al viejo cascarrabias tratar tan bien a nadie. Debes de haberle caído en gracia. Conmigo no fue ni la mitad de agradable.

Jezal no sabía si creerle.

—¿Fue peor que esto?

—A mí ni se molestó en enseñarme los rudimentos del arte, cosa que sí ha hecho contigo. Me hacía sostener la barra sobre la cabeza toda la tarde hasta que se me caía encima —el comandante hizo un gesto de desagrado, como si el mero hecho de recordarlo le resultara doloroso—. Me hacía subir y bajar corriendo la Torre de las Cadenas con la armadura puesta. Me obligaba a entrenarme un montón de horas, todos los días.

—¿Cómo pudiste aguantarlo?

—No tenía elección. Yo no soy noble. La espada era la única forma que tenía de destacar. Pero al final valió la pena. ¿Conoces muchos plebeyos que sean oficiales de la Guardia Real?

Jezal se encogió de hombros.

—Muy pocos, la verdad —como buen noble que era, consideraba que lo mejor sería que no hubiera ninguno.

—Tú, en cambio, vienes de una buena familia y ya eres capitán. A saber adónde llegarás si logras ganar el Certamen. El Lord Chambelán Hoff, el Juez Marovia, el propio Varuz, todos ellos fueron campeones en su momento. Un campeón con la sangre adecuada puede aspirar a lo más alto.

Jezal resopló con desdén. —¿Y qué me dices de tu amigo el coronel Glokta?

La mención de aquel nombre cayó como una losa.

—Bueno... casi siempre.

—¡Comandante West! —sonó una voz áspera a sus espaldas. Un fornido sargento con una cicatriz en la mejilla venía hacia ellos corriendo.

—¿Qué tal, sargento Forest? —preguntó West, dando al soldado una afectuosa palmada en la espalda. Se entendía muy bien con los campesinos, claro que a Jezal siempre se le estaba olvidando que en realidad West no era mucho mejor que un campesino. Cierto que era una persona con educación, un oficial y todas esas cosas, pero, bien pensado, seguía teniendo más en común con el sargento que con Jezal.

El sargento sonrió de oreja a oreja.

—Muy bien, gracias, señor —luego saludó a Jezal inclinando respetuosamente la cabeza—. Buenos días, capitán.

Jezal se avino a responderle bajando mínimamente la cabeza y, luego, le dio la espalda y se puso a contemplar la avenida. No veía ningún motivo para que un oficial diera un trato familiar a un simple soldado. Y, por si fuera poco, aquél era feo y tenía una cicatriz. Jezal no soportaba a la gente fea.

—¿Qué puedo hacer por usted? —era West quien hablaba.

—El mariscal Burr quiere verle. Se trata de una reunión urgente, señor. Están convocados todos los oficiales veteranos.

A West se le nubló el semblante.

—Ahora mismo voy para allá —el sargento le hizo un saludo y se alejó a paso vivo.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó Jezal despreocupadamente, sin dejar de mirar a un funcionario que perseguía un papel que se le había volado.

—Angland. Ese Rey del Norte, Bethod —al pronunciar aquel nombre, West había torcido el gesto, como si le dejara un regusto amargo en la boca—. Según parece, ha derrotado a todos sus enemigos en el Norte y ahora anda buscando camorra con la Unión.

—Bueno, si anda buscando camorra, la tendrá —dijo Jezal en tono displicente. Las guerras le parecían muy bien, constituían una excelente oportunidad para adquirir gloria y conseguir ascensos. El papel pasó volando junto a una de sus botas mecido por una suave brisa y seguido de cerca por el jadeante funcionario. Jezal sonrió abiertamente al verle pasar corriendo a su lado, medio doblado en su torpe intento de atraparlo.

El comandante cazó al vuelo el mugriento documento y se lo entregó a su propietario.

—Gracias —dijo el funcionario con su sudoroso rostro iluminado por una lastimera expresión de gratitud—, un millón de gracias, señor.

—No tiene importancia —dijo West en un murmullo. El funcionario hizo una leve pero muy aduladora reverencia y siguió apresuradamente su camino. Jezal se quedó bastante chafado. Le estaba divirtiendo la persecución—. Puede que haya guerra, pero en este momento no es eso lo que más me preocupa —West exhaló un profundo suspiro—. Mi hermana está en Adua.

—No sabía que tuvieras una hermana.

—Pues sí que la tengo, y está aquí.

—¿Y? —A Jezal no le entusiasmaba en absoluto la idea de oír hablar de la hermana del comandante. Tal vez West hubiera ascendido en la escala social, pero el resto de su familia quedaba claramente fuera del ámbito de sus intereses. Lo que sí le interesaba era conocer plebeyas pobres, de las que pudiera aprovecharse, y nobles ricas, con las que cabía plantearse la posibilidad de un matrimonio. Todo lo que quedara entre medias le traía sin cuidado.

—Verás, mi hermana puede ser una persona encantadora, pero a veces se comporta de una forma muy poco... convencional. Cuando le da la vena puede ser muy difícil. A decir verdad, prefiero vérmelas con una partida de guerreros del Norte antes que con ella.

—Venga, West —soltó con voz ausente, sin apenas darse cuenta de lo que decía—. Seguro que no es para tanto.

Al comandante se le iluminó el semblante.

—Hombre, me alegra oírte decir eso. Siempre ha tenido muchas ganas de visitar Agriont, y llevo años diciéndole que cuando viniera se lo enseñaría. De hecho, teníamos pensado hacerlo hoy mismo —a Jezal se le cayó el alma a los pies—. Pero, ahora, con esta dichosa reunión...

—¡Pero ya sabes lo ocupado que estoy últimamente! —protestó Jezal.

—Te devolveré el favor, prometido. Nos vemos dentro de una hora en mis aposentos.

—Espera... —pero West se alejaba ya avanzando a grandes zancadas.

Por favor, que no sea demasiado fea, pensaba Jezal mientras se acercaba lentamente a la puerta del comandante West y alzaba de mala gana el puño para llamar. Me conformo con que no sea demasiado fea. Y, a poder ser, tampoco demasiado estúpida. Cualquier cosa antes que perder la tarde con una chica estúpida. Estaba a punto de llamar cuando de repente se dio cuenta de que, al otro lado de la puerta, se oía el ruido de unas voces. Se quedó inmóvil en el pasillo con aire culpable y su oreja se fue acercando más y más a la puerta

con la esperanza de oír algún comentario halagador hacia su persona.

—¿... y dónde has dejado a tu doncella? —sonó amortiguada la voz del comandante West con tono irritado.

—Tuve que dejarla en la casa; había un montón de cosas que hacer. Hace siglos que nadie va por ahí —la hermana de West. Jezal se hundió en la miseria. Una voz grave; seguro que era gorda. No podía soportar la idea de que le vieran pasear por Agriont con una gorda cogida del brazo. Podía arruinarle su reputación.

—¡Pero no puedes ponerte a dar vueltas por la ciudad tú sola!

—He llegado hasta aquí sin ningún problema, ¿o no? Me parece que se te ha olvidado quiénes somos, Collem. Me las puedo arreglar perfectamente sin una criada. A fin de cuentas, para la mayoría de la gente de aquí no soy mucho mejor que una criada. Y, además, ya está tu amigo el capitán Luthar para cuidar de mí.

—¡Peor me lo pones, bien lo sabes tú!

—Bueno, cómo quieres que supiera que ibas a estar tan ocupado. Me había imaginado que sacarías tiempo para poder ver a tu hermana —no daba la impresión de ser imbécil, y eso ya era algo, pero además de ser gorda tenía mal genio— ¿Qué pasa, es que no estoy a salvo con tu amigo?

—Es una buena persona; la pregunta es: ¿está él a salvo contigo? —Jezal no estaba muy seguro de qué quería decir el comandante con aquel pequeño comentario—. Un paseo a solas por Agriont con un desconocido. ¡No te hagas la inocente, que nos conocemos! ¿Qué pensará la gente?

—Me importa un carajo lo que piensen —Jezal se apartó bruscamente de la puerta. No estaba acostumbrado a oír ese tipo de palabras de labios de una señorita. Gorda, malhumorada y, para colmo, ordinaria; qué desastre. La cosa iba a resultar aún peor de lo que se había imaginado. Se volvió hacia el pasillo y, mientras preparaba una buena excusa, contempló la posibilidad de una huida en el último momento. Mala suerte, alguien subía por las escaleras. No había forma de salir sin que le vieran. No quedaba más remedio que hacer de tripas corazón y llamar. Apretó los dientes y, embargado de un hondo resentimiento, aporreó la puerta.

Las voces cesaron al instante y en el semblante de Jezal se dibujó una sonrisa de una cordialidad bastante poco convincente. Que empiece la tortura. La puerta se abrió.

Por alguna razón, había esperado encontrarse con una versión en femenino del propio comandante West, sólo que más gruesa, más baja y ataviada con un vestido. Pero se había equivocado de pleno. Tal vez tuviera una

figura un poco más rellena de lo que mandaban los cánones, considerando que las mujeres flacas eran el último grito, pero gorda desde luego no era, ni mucho menos. Tenía el cabello oscuro y la tez morena, tal vez un poco más morena de lo que solía considerarse ideal. Sabía que una señorita debía exponerse al sol lo menos posible, pero, al mirarla a ella, no conseguía recordar la razón. Sus ojos eran muy oscuros, casi negros, y aquella temporada los ojos azules hacían furor, pero no podía negarse que el brillo de aquellos ojos a la tenue luz del umbral tenía un embrujo especial.

La muchacha le sonrió. Una sonrisa un tanto extraña, más elevada por un lado que por el otro. Le producía una cierta sensación de incomodidad, como si ella supiera algo muy divertido que él desconocía. Pero los dientes eran perfectos, blancos y relucientes. El enfado de Jezal se esfumaba por momentos. Cuanto más la miraba, más dentro se le iba metiendo su aspecto y más vacía se le iba quedando la cabeza.

—Hola —dijo ella.

Jezal abrió maquinalmente la boca, pero no consiguió pronunciar ni una sola palabra. Su mente era una página en blanco.

—Usted debe de ser el capitán Luthar, ¿no?

—Hummm...

—Yo soy Ardee, la hermana de Collem —de pronto, se dio una palmada en la frente—. Pero, qué tonta soy. Seguro que Collem le habrá hablado mucho de mí. Ya sé que son muy buenos amigos.

Jezal lanzó una mirada apurada al comandante, que le contemplaba con el ceño fruncido y con aspecto de sentirse un tanto molesto. Lo último que debía decir era que hasta esa misma mañana ignoraba por completo su existencia. Se esforzó por dar con una respuesta mínimamente ingeniosa, pero no se le ocurrió nada.

Ardee le cogió del codo y le atrajo hacia la habitación sin parar de hablar en ningún momento.

—Ya sé que es usted un excelente espadachín, pero me han dicho que su ingenio es todavía más agudo que su espada. Tan agudo, que con los amigos sólo emplea la espada, porque su ingenio resultaría demasiado letal —la muchacha le miró expectante. Silencio.

—Bueno —masculló Jezal—, practico un poco la esgrima, sí. —Patético. Absolutamente lamentable.

—¿Es éste el hombre que esperábamos o es el jardinero? —le miró de arriba abajo con una expresión extraña y nada fácil de interpretar. Tal vez se pareciera un poco al tipo de expresión que solía poner Jezal cuando examinaba

un caballo para decidir si valía la pena comprarlo: cautelosa, inquisitiva, penetrante y un tanto desdeñosa—. Al parecer, aquí hasta los jardineros tienen unos uniformes espléndidos.

Jezal estaba prácticamente seguro de que aquello era poco menos que un insulto, pero estaba demasiado ocupado tratando de pensar en algo ingenioso que decir como para darle mucha importancia. Sabía que si no hablaba ahora se pasaría el resto de la tarde sumido en un embarazoso silencio, así que abrió la boca y se abandonó a su suerte.

—Disculpe que me haya quedado sin habla, pero ¿cómo iba yo a pensar que alguien tan poco atractivo como el comandante West tuviera una hermana tan hermosa?

West soltó una risotada. Su hermana arqueó una ceja y se puso a contar con los dedos.

—Ligeramente insultante para mi hermano, lo cual no está mal. Más o menos gracioso, lo cual tampoco está mal. Sincero, lo cual siempre resulta reconfortante. Y enormemente halagador para mí, lo cual, por supuesto, es estupendo. Un poco tarde, pero merecía la pena esperar —miró a Jezal a los ojos—. Puede que la tarde no esté echada a perder.

Jezal no estaba muy seguro de que le hubiera gustado ese último comentario, como tampoco estaba muy seguro de que le gustara la forma en que le miraba, pero a él desde luego le encantaba mirarla y estaba dispuesto a perdonar muchas cosas. Las mujeres con las que solía tratar rara vez hacían un comentario inteligente, sobre todo las más atractivas. Jezal daba por sentado que las habían entrenado para sonreír, asentir y escuchar mientras los hombres se encargaban de llevar todo el peso de la conversación. En términos generales, compartía esa visión de las cosas, pero a la hermana de West le sentaba bien la inteligencia y había despertado en él algo más que una simple curiosidad. La gordura y el malhumor se habían caído del menú, de eso no había duda. Y en cuanto a la ordinariez, bueno, la gente guapa nunca resulta ordinaria, ¿no? Simplemente es... poco convencional. Empezaba a pensar que, como ella misma había dicho, no iba a ser una tarde echada a perder.

West se dirigió hacia la puerta.

—Me parece que os voy a dejar para que podáis hacer el ridículo a gusto. El Lord Mariscal Burr me espera. Sólo una cosa, no hagáis nada que yo no haría, ¿eh? —el comentario parecía dirigido a Jezal, pero a quien miraba el comandante era a su hermana.

—Lo cual quiere decir que podemos hacer prácticamente lo que nos dé la gana —dijo ella, echándole una mirada a Jezal, que, para gran asombro suyo, se dio cuenta de que se había sonrojado como una niñita, y soltó una tos mientras

se miraba la punta de los zapatos.

West alzó los ojos.

—¡Qué el cielo nos asista! —dijo y, acto seguido, cerró suavemente la puerta.

—¿Le apetece beber algo? —preguntó Ardee, que ya había empezado a servir vino en una copa.

Estaba a solas con una mujer hermosa. Nada nuevo, en realidad, se dijo Jezal, pero lo cierto era que su habitual seguridad en sí mismo parecía haberse esfumado.

—Sí, gracias, muy amable.

Un trago, sí, justo lo que necesitaba para controlar los nervios. La muchacha le tendió la copa que tenía en la mano y se sirvió otra para ella. Jezal tenía serias dudas de que una señorita debiera beber a esas horas, pero más valía ahorrarse cualquier comentario. Al fin y al cabo, no era su hermana.

—Dígame, capitán, ¿conoce bien a mi hermano?

—Bueno, es el jefe de mi unidad y solemos practicar esgrima juntos —el cerebro empezaba a funcionarle de nuevo—. Pero... eso ya lo sabe.

La muchacha le sonrió.

—Claro que sí, pero mi gobernanta siempre me decía que hay que dejar que los hombres participen también en la conversación.

A Jezal le entró una inoportuna tos al ir a dar un trago y se le vertió un poco de vino en la guerrera.

—Oh, vaya —dijo.

—Ande, sujéteme esto un momento —la muchacha le dio su copa y él la cogió sin pensárselo y se encontró con las dos manos ocupadas. Cuando ella se puso a frotarle suavemente el pecho con un pañuelo blanco no pudo hacer nada para resistirse, aunque le pareció que aquello era un poco atrevido. En honor a la verdad, tal vez se hubiera resistido si ella no hubiera sido tan rematadamente guapa. Por un instante, Jezal se preguntó si Ardee no sería consciente de la generosa visión que le estaba ofreciendo de su escote. Pero, no, ¿cómo iba a serlo? Todo aquello era nuevo para ella, no estaba acostumbrada a los modales de la corte, se comportaba con la ingenuidad propia de una chica de campo... pero, para qué negarlo, la vista no estaba nada mal—. Así está mejor —dijo ella, aunque, a decir verdad, pese a todo aquel frotamiento no se advertía ningún cambio significativo en la guerrera. Luego le quitó las dos copas de las manos, se bebió la suya con un diestro movimiento de la cabeza y las dejó encima de la mesa—. ¿Nos vamos?

—Sí... claro. Ah —Jezal le ofreció el brazo.

Ardee le condujo por el pasillo y luego escaleras abajo, hablando animadamente. Era una auténtica tunda de golpes dialécticos y, como bien había señalado el Mariscal Varuz, la defensa de Jezal era bastante floja. Mientras cruzaban la Plaza de los Mariscales trató desesperadamente de montar un contraataque, pero apenas pudo meter baza. Parecía como si fuera Ardee quien llevaba años viviendo allí y Jezal fuera el paleto de provincias.

—El Cuartel General está ahí detrás, ¿no? —dijo ella señalando con la cabeza el imponente muro que separaba los cuarteles del ejército de La Unión del resto de Agriont.

—Así es. Allí es donde tienen sus despachos los Lores Mariscales y todo eso. Y también hay barracones y arsenales, y hummm... —no pudo seguir. No se le ocurría nada más que decir, pero Ardee acudió al rescate.

—Entonces, mi hermano debe andar por ahí. Eso si es que realmente es el famoso soldado que yo me imagino. El primero en atravesar la brecha de Ulrioch y todas esas historias.

—Oh, sí, el comandante West goza de mucho respeto aquí...

—Ya, pero a veces es un pelmazo, ¿no cree? Le gusta tanto hacerse el misterioso y el preocupado —esbozó una sonrisa ausente y se rascó pensativamente la barbilla, con un gesto que bien podría haber hecho su hermano. Le había calado a la perfección, y Jezal no pudo menos de soltar una risa, aunque, a decir verdad, empezaba a preguntarse si estaba bien que aquella muchacha caminara tan pegada a él y le cogiera el brazo de una forma tan íntima. No es que a él le importara. Todo lo contrario, pero la gente empezaba a mirar.

—Ardee... —dijo.

—Y esto debe ser la Vía Regia.

—Hummm, sí, escuche Ardee...

La muchacha había alzado la vista para contemplar la imponente estatua de Harod el Grande, cuyos severos ojos parecían mirar a un punto muy lejano.

—¿Harod el Grande? —preguntó.

—Hummm, sí. En las Edades Oscuras, antes de que existiera La Unión, luchó para unir los Tres Reinos. Fue el primero de los Grandes Reyes —no seas imbécil, pensó Jezal, eso ya lo sabe ella, todo el mundo lo sabe—. Esto, Ardee, creo que a su hermano no le...

—Y éste es Bayaz, el Primero de los Magos, ¿no?

—Sí, era el más leal consejero de Harod. Escuche Ardee...

—¿Es cierto que todavía guardan un asiento vacío para él en el Consejo Cerrado?

Jezal se quedó desconcertado.

—Había oído decir que tenían allí una silla sin ocupar, pero no sabía que...

—Qué pinta más grave tienen todos, ¿verdad?

—Hummm... supongo que eran tiempos muy graves —dijo sonriendo sin mucha convicción.

De pronto, se oyó un gran estruendo y, a lomos de un robusto y sudoroso caballo, apareció por la avenida un Correo del Rey con las alas doradas de su casco destellando al sol. Los secretarios que pululaban por la calle se hicieron a un lado para dejarle paso y Jezal intentó apartar suavemente a Ardee de su trayectoria. Pero, para su consternación, no se dejó mover. El caballo pasó como una centella a escasos centímetros de ella; tan cerca, que los cabellos de la muchacha golpearon a Jezal en la cara. Cuando se volvió hacia él, tenía las mejillas coloradas de la emoción, pero no daba ninguna muestra de que le hubiera afectado haber estado a punto de sufrir un serio percance.

—¿Un Correo del Rey? —preguntó, cogiendo a Jezal del brazo y volviendo a tirar de él por la Vía Regia.

—Sí —dijo en tono chirriante Jezal mientras trataba desesperadamente de mantener su voz bajo control—, los Correos del Rey tienen encomendada una tarea de gran responsabilidad. Son los que se encargan de hacer llegar los mensajes del Rey a todos los territorios de la Unión —al menos, parecía que el corazón ya había dejado de martillearle el pecho—. Incluso van más allá del Mar Circular, hasta Angland, Dagoska y Westport. Su voz vale tanto como la voz del propio Rey, y por eso tienen prohibido abrir la boca si no es para tratar de los asuntos del Rey.

—En el barco que me trajo hasta aquí coincidí con Fedor dan Haden. Es un Correo del Rey. Nos pasamos horas y horas hablando —Jezal, sin mucho éxito, intentó disimular su sorpresa—. Hablamos de Adua, de la Unión, de su familia. Ahora que recuerdo, también mencionó su nombre —Jezal volvió a fracasar en su intento de aparentar despreocupación—. Fue a propósito del próximo Certamen —Ardee se le pegó aún más—. Fedor cree que Bremer dan Gorst le va a hacer a usted picadillo.

A Jezal se le escapó una tos atragantada, pero rápidamente se repuso.

—Me temo que mucha gente comparte esa misma opinión.

—Pero usted no, confío.

—Hummm...

La muchacha se detuvo, le cogió de la mano y le miró a los ojos con una expresión muy seria.

—Estoy convencida de que le ganará, da igual lo que diga la gente. Mi hermano habla maravillas de usted, y no suele ser muy pródigo en halagos.

—Hummm... —volvió a musitar Jezal. Sentía un agradable cosquilleo en los dedos. Los grandes ojos oscuros de Ardee le miraban fijamente, y Jezal se sentía incapaz de decir nada. Aquella chica tenía una forma de morderse el labio inferior que hacía que su mente se pusiera a divagar. Unos labios deliciosamente carnosos. De hecho, no le hubiera importado darles él también un mordisquito—. En fin, gracias —dijo con una sonrisa embobada.

—Así que éste es el parque —dijo Ardee dándole la espalda para admirar aquella masa de verdor—. Es aún más hermoso de lo que había imaginado.

—Hummm... sí.

—Es maravilloso estar en el lugar donde se cuece todo. Me he pasado demasiado tiempo viviendo en la periferia. Son tantas las decisiones importantes que se toman aquí, tanta la gente importante... —Ardee pasó la mano por la fronda de un sauce que crecía junto al camino—. A Collem le preocupa que pueda estallar una guerra en el Norte. Teme por mi seguridad. Creo que por eso quería que viniera. Pero a mí me parece que exagera. ¿Qué opina usted, capitán Luthar?

Hasta hacía un par de horas había permanecido en la más supina ignorancia de la situación política, pero, obviamente, aquello no valía como respuesta.

—Bueno —dijo, esforzándose por recordar el nombre, y al instante añadió muy aliviado—: creo que el tal Bethod se ha ganado un buen rapapolvo.

—Según dicen, tiene a sus órdenes veinte mil hombres del Norte —Ardee se inclinó hacia él—. Bárbaros —murmuró—. Salvajes —añadió en un susurro—. He oído que despellejan vivos a los prisioneros.

Jezal tenía la impresión de que aquel no era un tema de conversación apropiado para una señorita.

—Escuche, Ardee... —empezó a decir.

—Pero estoy segura de que, contando con la protección de hombres como mi hermano y usted, las mujeres no tenemos nada que temer. —Y, dicho aquello, se dio la vuelta y siguió andando por el sendero. Una vez más Jezal

tuvo que apretar el paso para cogerla.

—¿Es esa la Casa del Creador? —Ardee señaló con la cabeza la adusta silueta de una inmensa torre.

—Ah, sí, claro.

—¿Nunca entra nadie?

—Nunca. O al menos yo en mi vida he visto entrar a nadie. El puente está siempre cerrado a cal y canto —Jezal frunció el ceño. Ahora que lo pensaba, era raro que aquello no le hubiera chocado antes. Para los residentes de Agriont, el edificio era una presencia familiar. Estaba ahí y punto—. Según tengo entendido, el edificio está sellado.

—¿Sellado? —Ardee se pegó a él. Jezal miró nervioso a su alrededor, pero no había nadie mirando—. ¿No le parece un poco raro que nunca entre nadie? ¿No es un poco misterioso? —Jezal casi podía sentir su aliento en el cuello—. Quiero decir, ¿cómo es que a nadie se le ha ocurrido derribar la puerta?

A Jezal le resultaba terriblemente difícil concentrarse teniéndola tan cerca. Durante un instante, atemorizado y excitado a partes iguales, se preguntó si no estaría flirteando con él. No, no, eso era imposible. Lo que pasaba es que desconocía las costumbres de la corte. Era la típica ingenuidad de una chica de campo... pero, qué demonios, estaba *demasiado* cerca. Si por lo menos no fuera tan atractiva o no tuviera tanta seguridad en sí misma. Si no fuera tan... hermana de West.

Carraspeó y echó un vistazo al sendero con la vana esperanza de ver algo que distrajera su atención. Había unas cuantas personas paseando, pero ningún conocido, a menos que... El hechizo de Ardee se desvaneció como por ensalmo y Jezal sintió que se le helaba la piel. Una figura encorvada, excesivamente abrigada para un día soleado como aquél, se les acercaba cojeando apoyado en un grueso bastón. Estaba casi doblado, y cada paso que daba venía acompañado de un gesto de dolor. Los paseantes que caminaban por el sendero con un paso más vivo daban un rodeo para evitar cruzarse con él. Jezal trató de desviar a Ardee antes de que los viera, pero ella se resistió muy garbosamente y avanzó en línea recta hacia el Inquisidor.

Al verlos acercarse, levantó de golpe la cabeza y sus ojos lanzaron un destello de reconocimiento. A Jezal se le cayó el alma a los pies. Ya no había forma de evitarle.

—¡Hombre, si es el capitán Luthar, qué inmenso placer! —exclamó con cordialidad Glokta, y acto seguido se acercó renqueando y le estrechó la mano—. Me sorprende que Varuz le haya dejado libre a estas horas del día. Los

años deben de haberle ablandado.

—El Lord Mariscal sigue siendo un hombre extremadamente exigente— le espetó Jezal.

—Espero que mis Practicantes no le molestaran la otra noche —el Inquisidor sacudió la cabeza con un gesto de pesar—. No tienen modales. Ningún tipo de modales. Ahora bien, en lo suyo, ¡son los mejores! Puedo asegurarle que el Rey no tiene dos servidores más valiosos.

—Supongo que cada cual sirve al Rey a su manera —Jezal había conferido a sus palabras un tono más hostil de lo que pretendía.

Pero si Glokta se sintió ofendido, no lo demostró.

—Así es. Por cierto, me parece que no me ha presentado a su amiga.

—No. Ésta es...

—En realidad ya nos conocemos —dijo Ardee tendiéndole la mano al Inquisidor, ante la sorpresa de Jezal—. Soy Ardee West.

Glokta arqueó las cejas.

—¡No puede ser! —exclamó y, luego, se inclinó trabajosamente para besarle la mano. Al levantarse, Jezal le vio torcer el gesto, pero de inmediato recuperó su desdentada sonrisa—. ¡La hermana de Collem West! ¡Vaya un cambio!

—A mejor, espero —dijo, soltando una carcajada. Jezal se sentía horriblemente incómodo.

—¿Cómo? ¡Pues claro que sí! —dijo Glokta.

—Usted también está cambiado, Sand —el semblante de Ardee había cobrado de pronto una expresión de profunda tristeza—. No se imagina lo preocupada que estuvo toda nuestra familia. Nunca perdimos la esperanza de que regresara sano y salvo —Jezal advirtió un súbito temblor en el rostro de Glokta—. Luego nos enteramos de lo que le había pasado... ¿Cómo está?

El Inquisidor miró a Jezal; la expresión de sus ojos era tan fría como una muerte lenta. A Jezal se le hizo un nudo en la garganta y bajó la vista. No había ninguna razón para que temiera a aquel maldito lisiado. Pero lo cierto es que en aquel momento hubiera preferido seguir en las prácticas de esgrima. El ojo izquierdo de Glokta palpitaba mientras miraba fijamente a Ardee, que le sostenía impertérrita la mirada con una expresión de sosegada tristeza.

—Estoy bien. Todo lo bien que cabía esperar dadas las circunstancias —su expresión resultaba francamente extraña. Jezal cada vez se sentía más incómodo—. Gracias por preguntar. De veras. Nadie lo hace.

Se produjo un tenso silencio. El Inquisidor estiró el cuello hacia un lado y se oyó un sonoro chasquido.

—Ajá, así está mejor —dijo—. En fin, ha sido un placer volver a veros a los dos, pero el deber me llama —les obsequió con otra repulsiva sonrisa y siguió adelante arrastrando el pie izquierdo por la gravilla.

Ardee torció el gesto mientras veía cómo su espalda encogida se alejaba cojeando por el sendero.

—Qué pena —musitó.

—¿Cómo? —Jezal pensó en el monstruoso gigante blanco de ojos rosáceos que había visto en la calle. En el prisionero de la bolsa en la cabeza. Cada cual sirve al Rey a su manera. Y qué lo dijera. No pudo reprimir un escalofrío.

—Mi hermano y él estaban muy unidos. Pasó un verano con nosotros. Mi familia estaba tan orgullosa de tenerle de invitado que resultaba un tanto embarazoso. Todos los días hacía prácticas de esgrima con mi hermano, y siempre ganaba. Cómo se movía; era algo digno de verse. Sand dan Glokta, entonces no había una estrella más rutilante en todo el firmamento —volvió a poner aquella medio sonrisa de complicidad suya y añadió—: Ahora, según parece, lo es usted.

—Hummm... —dijo Jezal, que no estaba del todo seguro de si lo decía para halagarle o para burlarse de él. No conseguía desembarazarse de la sensación de que había sufrido dos derrotas en un mismo día a manos de cada uno de los hermanos.

Y tenía la impresión de que, de los dos, había sido la hermana quien le había propinado una paliza más grande.

El ritual matinal

Era un luminoso día de verano y el parque estaba lleno hasta los topes de un colorido público con ganas de diversión. El coronel Glokta se dirigía con paso resuelto a una reunión de la máxima importancia entre gentes que inclinaban respetuosamente la cabeza y se hacían a un lado para dejarle pasar. A la mayoría, los ignoraba, y a los más importantes los obsequiaba con una radiante sonrisa. Encantados de que hubiera reparado en ellos, los pocos agraciados respondían sonriendo de oreja a oreja.

—Supongo que cada cual sirve al Rey a su manera —gimoteó el capitán Luthar echando mano de su espada; pero Glokta era demasiado rápido para él. La hoja de su acero centelleó en el aire y se clavó en el cuello del jactancioso patán.

Una rociada de sangre salpicó el rostro de Ardee West. La joven aplaudió entusiasmada mientras contemplaba a Glokta con los ojos brillantes.

Luthar parecía sorprendido de que le hubieran matado.

—Ja. No es para menos —dijo Glokta sonriendo. El capitán se fue de bruces contra su cara, echando sangre a borbotones por el cuello. La muchedumbre rugió enardecida, y Glokta la recompensó con una garbosa y pronunciada reverencia. Los vítores se redoblaron.

—Oh, coronel, no debería hacer eso —susurró Ardee cuando Glokta empezó a lamerle la sangre de la mejilla.

—¿Cómo que no? —gruñó, y, rodeándola con sus brazos, la echó hacia atrás y la besó salvajemente. La multitud estaba arrebatada. Cuando se retiró, la joven exhaló un suspiro y se le quedó mirando embelesada con sus ojazos negros y la boca ligeramente entreabierta.

—El Arziector quiere verle —dijo la muchacha con una sonrisa encantadora.

¿Cómo? Maldita sea, la multitud había enmudecido y a él se le estaba quedando dormido un costado.

Ardee le acarició tiernamente la mejilla.

—¡El Arziector! —gritó.

Un golpe enérgico sonó en la puerta. Glokta pestañeó y abrió los ojos.

¿Dónde estoy? ¿Quién soy?

Oh, no.

Oh, sí. Al instante se dio cuenta de que había dormido en una mala postura: tenía el cuerpo retorcido bajo las mantas y la cara aplastada contra la almohada. Todo su lado izquierdo estaba como muerto.

Los golpes sonaron con más fuerza que antes.

—¡El Arziector! —chilló Frost desde el otro lado de la puerta.

Una punzada de dolor recorrió el cuello de Glokta al tratar de separar la cabeza de la almohada. *Ah, no hay nada como el primer espasmo del día para poner la mente a trabajar.*

—¡Ya voy! —gruñó— ¡Maldita sea, dame un minuto!

Los pesados pasos del albino se alejaron por el pasillo. Glokta permaneció unos instantes sin moverse; luego, con sumo cuidado, comenzó a mover lentamente el brazo derecho, jadeando por el esfuerzo, y trató de ponerse de espaldas. Al sentir que el pinchazo comenzaba a ascender por la pierna izquierda, apretó el puño. *Si al menos la muy cabrona siguiera dormida.* Pero el dolor venía lanzado. Y, además, empezaba a percibir un olor desagradable. *Maldita sea. He vuelto a cagarme encima.*

—¡Barnam! —aulló Glokta. Con la respiración entrecortada y su lado izquierdo palpitando de dolor, aguardó unos instantes—. ¡Barnam! —volvió a gritar a pleno pulmón.

—¿Se encuentra bien, señor? —llegó la voz del sirviente desde el otro lado de la puerta.

¿Bien? ¿Bien, pedazo de idiota? ¿Cuándo demonios crees que fue la última vez que estuve bien?

—¡No, maldita sea! ¡He manchado la cama!

—Ya he calentado el agua para el baño, señor. ¿Puede levantarse?

En una ocasión anterior, Frost había tenido que derribar la puerta. *Tal vez debería dejarla abierta durante la noche. Pero, entonces, ¿cómo iba a poder dormir?*

—Creo que sí —masculló Glokta. Apretó la lengua contra sus encías

desnudas y, entre temblores, se levantó de la cama y se dejó caer en la silla que había al lado.

Su pierna izquierda, una grotesca masa de carne sin un solo dedo, daba pequeñas sacudidas sin que pudiera controlarla aún. Glokta le clavó una mirada llena de odio. *Maldita hija de puta. Trozo de carne repulsivo e inútil. ¿Por qué no te amputaron sin más? ¿Y por qué no lo he hecho yo todavía?* Pero sabía muy bien la razón. Mientras siguiera teniendo la pierna podía pretender que era a medias un hombre. Lanzó un puñetazo a su muslo atrofiado e inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho. *Estúpido, estúpido.* El dolor le subió por la espalda con una intensidad algo superior a la de antes, pero iba creciendo por momentos. *Venga, venga. No nos peleemos.* Empezó a frotarse suavemente su carne inerte. *No ves que estamos condenados a estar juntos, ¿por qué me torturas así?*

—¿Puede llegar hasta la puerta, señor? —Glokta, asqueado por el olor, arrugó la nariz y, agarrando su bastón, se puso de pie lenta y dolorosamente. Se dirigió renqueando hacia la puerta y estuvo a punto de resbalarse a mitad de camino, aunque en el último momento logró enderezarse con una atroz punzada de dolor. Descorrió el cerrojo, se apoyó en la pared para no perder el equilibrio y tiró de la puerta.

Al otro lado le aguardaba Barnam con los brazos extendidos para poder cogerle. *Qué ignominia. Pensar que Sand dan Glokta, el más grande espadachín que ha dado La Unión, necesita que un anciano le conduzca al baño para que pueda limpiarse su propia mierda. Todos esos idiotas a los que vencí deben de estar partiéndose de risa, eso si es que se acuerdan de mí. Yo mismo me reiría, si no doliera tanto.* De todos modos, liberó del peso a su pierna izquierda y pasó un brazo alrededor de los hombros de Barnam sin rechistar. *¿Qué ganaría con ello? Más vale que me ponga las cosas fáciles. Todo lo fáciles que pueda.*

Glokta respiró hondo.

—Ve con calma, la pierna aún no se ha despertado del todo —dando pequeños saltos, avanzaron a trompicones por el pasillo, que apenas era lo bastante ancho para que pudieran pasar los dos. El cuarto de baño parecía encontrarse a un kilómetro de distancia. *O más. Preferiría caminar cien kilómetros en mi anterior estado que ir al cuarto de baño en mi estado actual. En fin, es mi triste sino. Nunca se puede volver atrás. Nunca.*

El vapor produjo una deliciosa sensación de calor a la viscosa piel de Glokta. Ayudado de Barnam, que le sujetaba por debajo de los brazos, levantó lentamente la pierna derecha y la introdujo con cautela en el agua. *Maldita sea, sí que está caliente.* El anciano sirviente le ayudó a meter la otra pierna y, luego, le cogió de las axilas y lo fue bajando como si fuera un niño hasta que el agua le llegó al cuello.

—Ahhh —una sonrisa desdentada rasgó el semblante de Glokta—. Está caliente como la fragua del Creador, Barnam. Justo como a mí me gusta —ahora que el calor le iba penetrando en la pierna, el dolor comenzaba a remitir. *No desaparece. Nunca desaparece. Pero mejor. Mucho mejor.* Glokta casi empezaba a sentirse capaz de afrontar un nuevo día. *Hay que aprender a valorar las pequeñas cosas de la vida, como los baños calientes. Hay que valorar esas pequeñas cosas cuando no se tiene nada más.*

En el minúsculo comedor del piso de abajo le aguardaba el Practicante Frost, que se las había arreglado para embutir su voluminoso cuerpo en una silla baja que había pegada a la pared. Glokta se dejó caer en la otra silla que había y percibió el olorcillo de un humeante cuenco de papilla del que sobresalía inclinada sin apoyarse en los bordes una cuchara de madera. Le sonaron las tripas y la boca se le inundó de saliva. *En otras palabras, todos los síntomas de una náusea incontenible.*

—¡Hurra! ¡Otra vez papilla! —gritó Glokta, volviéndose para mirar la hierática figura del Practicante— ¡Papilla y miel, comida de caballeros, mejor que dinero, papilla y miel!

Los ojos rosáceos de Frost ni siquiera pestañearon.

—Es una canción que solía cantarme mi madre de niño. Pero ni siquiera así consiguió que me comiera esta bazofia. Ahora, en cambio —dijo metiendo la cuchara en el cuenco—, siempre me quedo con ganas de repetir.

Frost le devolvió la mirada.

—Es sana —Glokta se embutió en la boca una cucharada de la dulzona papilla y luego introdujo de nuevo la cuchara en el cuenco—. Deliciosa —añadió, metiéndose otra— y, lo más importante de todo —concluyó, tras atragantarse un poco con el siguiente bocado—, no hay que masticarla —apartó el cuenco, que seguía medio lleno, y tiró la cuchara a la mesa—. Mmmmm —se relamió—. No hay nada como un buen desayuno para empezar el día, ¿no crees?

Era como mirar una pared encalada, aunque bastante menos emocionante.

—De modo que el Archilector quiere verme otra vez, ¿eh?

El albino asintió con la cabeza.

—¿Y qué crees tú que puede querer de gente como nosotros nuestro ilustre jefe?

Un encogimiento de hombros.

—Hummm —Glokta se sacó con la lengua los trozos de papilla que se le habían quedado metidos en las encías—. ¿Te pareció que estaba de buen humor?

Otro encogimiento de hombros.

—Vamos, vamos, Practicante Frost, no me lo digas todo de una vez. No doy abasto.

Silencio. Barnam entró en la sala y retiró el cuenco.

—¿Desea algo más, señor?

—Pues claro. Un buen trozo de carne medio cruda y una manzana crujiente —Glokta miró al Practicante Frost—. De niño me gustaban las manzanas.

¿Cuántas veces he hecho esta gracia? Frost le miraba impasible; ni asomo de risa. Glokta se volvió hacia Barnam, y el anciano le devolvió una hastiada sonrisa.

—Oh, venga —suspiró Glokta—. Un hombre no puede perder nunca la esperanza, ¿no?

—Desde luego, señor —dijo el sirviente y, acto seguido, se dirigió a la puerta.

¿No puede?

El despacho del Archilector se encontraba en la última planta del Pabellón de los Interrogatorios, y para llegar a él había que subir un buen trecho. Peor aún, a esa hora los pasillos estaban atestados de Practicantes, secretarios e Inquisidores, que pululaban por todas partes como hormigas en un hormiguero a punto de desmoronarse. Cada vez que se sentía observado, Glokta proseguía su renqueante marcha con una sonrisa, manteniendo la cabeza bien alta. Cada vez que se sabía solo, se paraba para tomar aliento, perjuraba, maldecía y se frotaba y se palmeaba la pierna para tratar de devolverle un poco de vida.

¿Por qué tiene que estar tan arriba?, se preguntaba mientras avanzaba renqueando por los lúgubres salones y las escaleras de caracol del laberíntico edificio. Cuando por fin llegó a la antecámara estaba exhausto, respiraba con suma dificultad y tenía la mano izquierda tan irritada que le costaba sujetar la empuñadura del bastón.

Atrincherado detrás de un oscuro escritorio que ocupaba la mitad de la sala, el secretario del Archilector le examinaba con una mirada suspicaz. Enfrente había unas cuantas sillas para que la gente pudiera ponerse nerviosa mientras esperaba, y dos Practicantes gigantescos, tan inmóviles e inexpresivos que parecían formar parte del mobiliario, flanqueaban las enormes puertas del despacho.

—¿Tiene cita? —inquirió el secretario con voz chillona. *Sabes perfectamente quién soy, engreído de mierda.*

—Por supuesto —le espetó Glokta—. ¿Cree que he venido arrastrándome hasta aquí para admirar su escritorio?

El secretario le lanzó una mirada displicente. Era un joven pálido y bien parecido con una mata de pelo rubio. *¿El hinchado quinto vástago de un noble de segunda dotado de una entrepierna hiperactiva se cree con derecho a tratarme con condescendencia?*

—¿Su nombre es...? —preguntó con sorna el secretario.

La ascensión había acabado con la paciencia de Glokta. Estrelló el bastón contra la mesa y el secretario estuvo a punto de saltar de la silla.

—¿Qué es usted, un maldito imbécil? ¿Cuántos Inquisidores tullidos tienen ustedes aquí?

—Er... —dijo el secretario moviendo nervioso la boca.

—¿Er? ¿Er? ¿Qué es eso, un número? ¿Hable claro?

—Bueno, yo...

—¡Soy Glokta, pedazo de asno! ¡El Inquisidor Glokta!

—Sí, señor, yo...

—¡Mueva el culo, cretino! ¡No me haga esperar ni un minuto más! —el secretario se levantó de un salto, corrió hacia la puerta, empujó una de las hojas y se hizo respetuosamente a un lado—. Así está mejor —gruñó Glokta renqueando detrás de él. Al pasar junto a los Practicantes, levantó la vista. Estaba casi seguro de que uno de ellos tenía una leve sonrisa.

La sala apenas había cambiado desde la última vez que había estado allí, hacía ya seis años. Era un amplio espacio circular, cubierto por una cúpula decorada con unos rostros de gárgola, y desde cuya única ventana se podía contemplar una espléndida vista de los chapiteles de la Universidad, un buen tramo del perímetro externo de la muralla de Agriont y, un poco más a lo lejos, la imponente silueta de la Casa del Creador.

La cámara estaba prácticamente forrada de estantes y armarios llenos

hasta los topes de archivadores y documentos cuidadosamente ordenados. Unos pocos retratos miraban desde las paredes blancas, entre ellos uno enorme que representaba al actual monarca de la Unión de joven, con aspecto prudente y severo. *Salta a la vista que lo pintaron mucho antes de que se convirtiera en un viejo chocho. En los últimos tiempos tiene bastante menos aire de autoridad y se le caen bastante más las babas.* En el centro de la sala había una mesa redonda, con un mapa de la Unión muy detallado pintado en su superficie. Todas las ciudades en las que había una sección de la Inquisición aparecían señaladas con una piedra preciosa y en el centro se alzaba una diminuta réplica en plata de Adua.

El Archilector se hallaba sentado detrás de la mesa en una silla alta y vetusta, enfrascado en una conversación con otro hombre: un vejestorio enjuto, encalvecido y de semblante avinagrado, que vestía una toga negra. Mientras Glokta se acercaba cojeando hacia ellos, Sult alzó la vista y le sonrió; la expresión del otro hombre apenas experimentó cambio alguno.

—Ah, Inquisidor Glokta, me alegra mucho que haya podido acompañarnos. ¿Conoce al Supervisor General Halleck?

—No he tenido el gusto —dijo Glokta. *Aunque no me da la impresión de que vaya a suponer ningún gusto.* El anciano burócrata se levantó y estrechó la mano de Glokta con escaso entusiasmo.

—Es Sand dan Glokta, uno de mis Inquisidores.

—Sí, claro —susurró Halleck—. Tengo entendido que en tiempos estuvo en el ejército. Si no me equivoco, una vez le vi en un combate de esgrima.

Glokta se dio un golpecito en la pierna con el bastón.

—No debió de ser hace poco.

—No —durante unos instantes reinó el silencio.

—Es probable que dentro de no mucho se conceda al Supervisor General un nombramiento muy importante —dijo Sult—. Un puesto en el Consejo Cerrado, nada menos. —*¿El Consejo Cerrado? ¿Es eso posible? Un nombramiento verdaderamente importante, sin duda.*

Halleck, sin embargo, no parecía demasiado entusiasmado.

—Sólo lo daré por hecho cuando Su Majestad tenga a bien comunicármelo —le espetó—, no antes.

Sult sorteó hábilmente aquel terreno escabroso.

—Estoy convencido de que el Consejo considera que es usted el único candidato que merece su recomendación, sobre todo ahora que Sepp dan Teufel ha quedado descartado. —*¿Nuestro viejo amigo Teufel? ¿Descartado para qué?*

Halleck frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Teufel. Estuve diez años trabajando con ese hombre. Nunca me gustó *—ni él ni nadie, a juzgar por tu aspecto—*, pero jamás se me hubiera ocurrido pensar que fuera un traidor.

Sult sacudió apesadumbrado la cabeza.

—A todos nos dejó consternados, pero aquí está su confesión, en negro sobre blanco —y, a continuación, levantó un pliego doblado con gesto compungido—. Me temo que la corrupción está más arraigada de lo que pensábamos. ¿Quién puede saber eso mejor que alguien como yo, cuya ingrata tarea es limpiar el jardín de malas hierbas?

—Cierto, cierto —masculló Halleck asintiendo con gravedad—. Merece usted nuestro máximo reconocimiento. Y usted también, Inquisidor.

—Oh, yo no he hecho nada —dijo humildemente Glokta. Los tres hombres se miraron con fingido respeto.

Halleck echó hacia atrás su silla.

—Bueno, los impuestos no se recaudan solos. Debo regresar al trabajo.

—Disfrute de los pocos días que le quedan en su puesto —dijo Sult—. Le doy mi palabra de que el Rey no tardará en mandarle llamar.

Halleck tan sólo se permitió esbozar una mínima sonrisa y, a continuación, inclinó levemente la cabeza y se fue sin decir palabra. El secretario le acompañó hasta la salida y luego cerró tras de sí las pesadas puertas. Una vez más se hizo el silencio. *Que me aspen si soy yo el que lo rompe.*

—Imagino que se estará preguntando de qué iba todo esto, ¿no es así, Glokta?

—Esa pregunta se me ha pasado por la cabeza, Eminencia.

—Seguro que sí —Sult se levantó majestuosamente de la silla y se dirigió hacia la ventana entrelazando a su espalda sus manos enguantadas de blanco—. El mundo cambia, Glokta, el mundo cambia. El viejo orden se desmorona. Lealtad, deber, orgullo, honor; todos esos conceptos están pasados de moda. ¿Y qué los ha reemplazado? —volvió un instante la cabeza y frunció la boca—. La codicia. Los mercaderes son el nuevo poder de la nación. Los banqueros, los tenderos, los comerciantes. Hombres pequeños con mentes pequeñas y pequeñas ambiciones. Hombres que sólo son leales a sí mismos, cuyo único deber es el que tienen contraído con su propia bolsa, cuyo único orgullo es estafar a sus superiores, cuyo único honor es el que se puede pesar en monedas de plata. *—Sobra que le pregunte cuál es su postura con respecto de la clase de los mercaderes.*

Sult contempló la vista con el ceño fruncido y luego se volvió hacia la sala.

—Se diría que hoy en día cualquiera puede recibir una educación, montar un negocio y hacerse rico. Los gremios mercantiles, los Sederos, los Especieros, y varios otros como ellos, disponen cada vez de más riqueza e influencia. Unos plebeyos petulantes y arribistas pretenden dar órdenes a sus superiores naturales. Sus dedos, gruesos y codiciosos, comienzan a tantear los hilos del poder. Resulta muy difícil de soportar —el Archilector se estremeció mientras daba vueltas por la sala—. Le voy a hablar con total sinceridad, Inquisidor —el Archilector hizo un elegante gesto con la mano como indicando que su sinceridad era un obsequio de inestimable valor—: La Unión nunca había parecido tan poderosa como ahora, nunca había dominado tantos territorios, y, sin embargo, bajo esa fachada, somos débiles. No es ningún secreto que el Rey ya no es capaz de tomar decisiones por sí mismo. El Príncipe Heredero, Ladisla, es un petimetre, rodeado de aduladores y cretinos, al que sólo importan el juego y los trapos. El Príncipe Raynault está bastante más capacitado para reinar, pero es el hermano menor. El Consejo Cerrado, cuya misión debería ser guiar este navío que hace aguas, está lleno de impostores e intrigantes. Puede que algunos sean leales, pero otros ciertamente no lo son, y todos ellos están resueltos a atraer al Rey hacia sus posiciones. —*Qué frustrante, porque supongo que lo que usted querría sería atraerle hacia las suyas.*

»Entretanto, la Unión se encuentra acosada por sus enemigos, tanto fuera como dentro de nuestras fronteras. Gurkhul tiene un nuevo y vigoroso Emperador, que está preparando a su país para otra guerra. Los Hombres del Norte también se han alzado en armas y merodean por las fronteras de Angland. En el Consejo Cerrado, los nobles reclaman antiguos privilegios, mientras que en las aldeas los campesinos reclaman otros nuevos —el Archilector exhaló un hondo suspiro—. Sí, el viejo orden se desmorona, y nadie tiene el ánimo o las agallas suficientes para sustentarlo.

Sult hizo una pausa y levantó los ojos hacia uno de los retratos: un hombre calvo y corpulento vestido de blanco. Glokta sabía muy bien quién era. Zoller, el más grande de los Archilectores. Infatigable defensor de la Inquisición, héroe de torturadores y azote de traidores. Miraba torvamente desde la pared como si aún después de muerto pudiera quemar a los traidores con una simple mirada.

—Zoller —gruñó Sult—. Las cosas eran distintas en su época, no lo dude. Entonces no había campesinos quejosos, ni mercaderes estafadores, ni nobles descontentos. Si a alguien se le olvidaba cuál era su puesto, se le recordaba con hierro candente, y si algún juez entrometido osaba protestar por ello, no se volvía a tener noticias suyas. La Inquisición era una institución noble que se

nutría de los mejores y los más capaces. Servir al Rey y erradicar la corrupción eran sus únicas aspiraciones y su única recompensa. —*Ah, todo era magnífico en los viejos tiempos.*

El Archilector volvió a tomar asiento y se inclinó sobre la mesa.

—Ahora nos hemos convertido en un lugar donde los terceros vástagos de las familias nobles empobrecidas pueden llenarse los bolsillos con los sobornos, donde una escoria de pseudocriminales puede dar rienda suelta a su pasión por la tortura. Nuestra influencia sobre la persona del Rey se ha visto seriamente mermada y nuestro presupuesto ha sufrido constantes recortes. Hubo un tiempo en que éramos una institución respetada y temida, Glokta, pero ahora... —*Somos una triste sombra de lo que fuimos.* Sult frunció el ceño—. Ya no tanto. Las intrigas y las traiciones están a la orden del día, y me temo que la Inquisición ha dejado de estar a la altura de la tarea que tiene encomendada. Hay demasiados Superiores en los que ya no se puede confiar. El interés del Rey ya no les preocupa, ni el del Estado ni cualquier otro que no sea el suyo propio. —*¿Que no se puede confiar en los Superiores? Me deja usted anonadado.* El ceño de Sult se arrugó más aún—. Y ahora que Feekt ha muerto...

Glokta alzó la vista. *Eso sí que es una noticia.*

—¿El Lord Canciller?

—Se hará público mañana por la mañana. Murió repentinamente hace un par de noches, mientras usted se ocupaba de su amigo Rews. Sigue habiendo algunos puntos oscuros en relación con su muerte, pero no hay que olvidar que el hombre tenía casi noventa años. Lo realmente sorprendente es que durara tanto. El Canciller Dorado le llamaban, el más grande político de su tiempo. Ya han empezado a labrar su efigie en piedra para colocar su estatua en la Vía Regia —Sult resopló—. El más alto honor al que cualquiera de nosotros puede aspirar.

Los ojos del Archilector se entornaron hasta quedar reducidos a dos ranuras azules.

—Si es usted tan ingenuo como para pensar que la Unión la gobiernan el Rey o esas cotorras de sangre azul del Consejo Abierto, ya puede ir quitándose esa idea de la cabeza. Es el Consejo Cerrado quien tiene las riendas del poder. Sobre todo desde la enfermedad del Rey. Doce hombres, yo uno de ellos, sentados en doce sillas tan enormes como incómodas. Doce hombres con puntos de vista muy diferentes que, durante veinte años, en tiempo de paz y de guerra, Feekt mantuvo en equilibrio. Enfrentaba a la Inquisición con los jueces, a los banqueros con los militares. Era el eje que hacía girar el Reino, los cimientos en que se asentaba, y su muerte ha dejado un gran vacío. En realidad, una gran cantidad de vacíos que mucha gente ansia llenar. Tengo la sensación

de que ese asno quejumbroso de Marovia, ese juez de corazón blando, ese autoproclamado defensor de los plebeyos, será el primero de la cola. Se trata de una situación muy fluida y extremadamente peligrosa —el Archilector plantó con firmeza los puños en la mesa—. Debemos asegurarnos de que no saquen provecho de ella las personas menos indicadas.

Glokta asintió. *Me parece que le entiendo, Archilector. Debemos asegurarnos de que somos nosotros y no otros quienes saquen provecho de la situación.*

—No hace falta que le recuerde que el cargo de Lord Canciller es uno de los más influyentes del reino. La recaudación de impuestos, el tesoro, las cecas reales, quedan bajo sus auspicios. Dinero, Glokta, dinero. Y dinero significa poder. No hace falta que se lo diga. Mañana se designará al nuevo Canciller. El principal candidato era el otrora Maestre de la Ceca, Sepp dan Teufel. —*Entiendo. Algo me dice que esa posibilidad ha sido descartada.*

Sult frunció la boca.

—Teufel mantenía una estrecha vinculación con los gremios de mercaderes, con los Sederos principalmente —su gesto de desaprobación fue sustituido por otro de profundo desdén—. Además de eso, fue colega del Juez Supremo Marovia. Ya ve que difícilmente podía considerársele el hombre más indicado para cubrir ese cargo. *Difícilmente, sin duda* —el Supervisor General Halleck parece la mejor elección, en mi opinión.

Glokta volvió la vista hacia la puerta.

—¿Él? ¿Lord Canciller?

Sult se levantó sonriendo y se acercó a uno de los armarios de la pared.

—No hay ninguna otra opción. Todo el mundo le odia, y él odia a todo el mundo, excepto a mí. Es más, se trata de un conservador furibundo que desprecia al estamento de los mercaderes y todo lo que significan —abrió el armario y sacó dos copas y un decantador muy historiado—. Aunque no suponga exactamente contar con una cara amiga en el Consejo, sí será al menos una cara complaciente, y hostil hacia todos los demás grupos. No se me ocurre otro candidato mejor.

Glokta asintió.

—Parece honrado. *Aunque no tan honrado como para que le confiara la tarea de meterme en el baño. ¿Lo haría usted, Eminencia?*

—Sí —dijo Sult—, nos será muy útil —a continuación, sirvió dos copas de vino tinto—. Y para rematar la faena he conseguido que se nombre también un nuevo Maestre de la Ceca muy complaciente. Según tengo entendido, los Sederos están que echan las muelas. Y tampoco parece que el cabrón de Marovia ande muy contento —Sult se rió entre dientes—. Son buenas noticias, y

es a usted a quien se las debemos —dicho aquello, alzó una de las copas.

¿Veneno? ¿Una muerte lenta retorciéndome y vomitando en el espléndido suelo de mosaico del Archilector? ¿O mi cabeza se desplomará instantáneamente sobre esta mesa? Pero no había más opción que coger el vaso y echar un buen trago. El vino tenía un sabor un tanto peculiar, pero estaba delicioso. *Probablemente provenga de algún lugar paradisíaco y lejano. Si me muero aquí, al menos ya no tendré que bajar todos esos malditos escalones.* Pero el Archilector, todo cortesías y sonrisas, también estaba bebiendo. *Vaya, parece que voy a pasar de esta tarde.*

—Sí, nuestro primer paso ha sido bastante bueno. Corren tiempos peligrosos, pero no es menos cierto que el peligro y la oportunidad suelen ir de la mano. —Glokta sintió que un extraño escalofrío le subía por la espalda. *¿Es miedo, ambición, o un poco de las dos cosas?* Necesito a alguien que me ayude a poner orden. Alguien que no tema a los Superiores, ni a los mercaderes, ni siquiera al Consejo Cerrado. Alguien de quien se pueda esperar que actúe con sutileza y discreción, pero que sepa ser implacable a la vez. Alguien cuya lealtad a la Unión esté fuera de toda sospecha, pero que no tenga amistades en el gobierno. *¿Alguien a quien todo el mundo aborrezca? ¿Alguien que cargue con las culpas si las cosas se tuercen? ¿Alguien cuya muerte pocos lamentarán?*

—Necesito un Inquisidor que goce de total inmunidad, Glokta. Alguien que pueda actuar al margen del control de los Superiores, pero con el pleno respaldo de mi autoridad. Alguien que sólo rinda cuentas ante mí —el Archilector arqueó una ceja, como si se le acabara de ocurrir algo—. Y yo diría que usted reúne todos los requisitos para desempeñar esta tarea. ¿Qué opina?

Opino que la persona que ocupe un puesto como ése tendrá una caterva de enemigos y un solo amigo. Glokta levantó los ojos y miró al Archilector. *Y que ese amigo tampoco será muy de fiar. Opino que la persona que ocupe ese puesto no durará mucho.*

—¿Podría tomarme un tiempo para pensármelo?

—No.

El peligro y la oportunidad suelen ir de la mano.

—Muy bien, acepto.

—Perfecto. Estoy convencido que éste es el inicio de una larga y fructífera relación —Sult le miró por encima del borde de la copa, y sonrió—. Sabe, Glokta, de todos los mercaderes que trapichean por ahí, a quienes menos soporto es a los Sederos. Su influencia fue determinante para que Westport se integrara en la Unión. Y fue el dinero de Westport lo que nos permitió ganar la guerra de Gurkhul. Como cabía esperar, el Rey los recompensó concediéndoles unos derechos comerciales de un valor incalculable, pero desde entonces su

arrogancia se ha vuelto insufrible. A juzgar por los aires que se dan y las libertades que se toman, cualquiera diría que fueron ellos mismos quienes lucharon en el campo de batalla. El honorable Gremio de los Sederos —dijo con sorna—. Se me ocurre que ahora que su amigo Rews nos ha proporcionado el medio para echarles el anzuelo, sería una lástima dejar que se nos escaparan.

Glokta estaba perplejo, pero creía estar disimulándolo bastante bien. *¿Ir más lejos? ¿Para qué? Si los Sederos se escapan, seguirán soltando dinero, y eso hace feliz a mucha gente. Si se dejan las cosas como están, seguirán asustados y debilitados: preguntándose qué nombres habrá dado Rews, quién será el siguiente en ir a parar al potro. Si vamos más lejos, se les hará un gran daño o se acabará con ellos. Entonces dejarán de soltar dinero y mucha gente se sentirá muy disgustada. Incluso en este mismo edificio.*

—No me resultaría difícil proseguir con mis pesquisas, si Vuestra Eminencia lo estima conveniente —Glokta tomó otro sorbo. Verdaderamente era un vino excelente.

—Debemos ser cautos. Cautos y muy rigurosos. El dinero de los Sederos mana como la leche. Cuentan con muchos amigos, incluso en las más altas esferas de la nobleza. Brock, Heugen, Isher y muchos otros más. Algunos de los hombres más influyentes del país. Todos ellos han mamado de esa teta alguna que otra vez, y cuando a un bebé se le retira la leche, llora —una mueca cruel asomó al rostro de Sult—. Pero para que un niño aprenda disciplina, a veces hay que hacerle llorar... ¿Qué nombres mencionó el gusano de Rews en su confesión?

Glokta se inclinó dolorosamente hacia delante, le acercó el pliego de la confesión de Rews, lo desdobló y empezó a repasar la lista de nombres de arriba abajo.

—A Sep dan Teufel ya lo conocemos.

—Oh, sí, Inquisidor, lo conocemos y lo apreciamos —dijo Sult con una sonrisa radiante—, pero me parece que ya podemos tacharlo de la lista. ¿Quién más hay?

—Bueno, veamos —Glokta observó detenidamente el pliego—. También está Harod Polst, un sedero. *Un don nadie.*

Sult agitó el brazo con impaciencia.

—Ese es un don nadie.

—Solimo Scandi, un sedero de Wesport. *Otro don nadie.*

—No, no, Glokta, tiene que haber algo mejor que ese Solimo como-se-llame. Esos Sederos de poca monta no nos sirven de nada. Arranca la raíz, y las hojas caerán por sí solas.

—Sin duda, Archilector. Tenemos también a Villem dan Robb, un hombre de la baja nobleza que tiene un cargo subalterno en las aduanas —Sult pareció pensárselo, pero finalmente negó con la cabeza—. Luego está...

—¡Un momento! Villem dan Robb... —el Archilector chasqueó los dedos—. Su hermano, Kiral, es uno de los caballeros del séquito de la Reina. Me desairó en una recepción —Sult sonrió—. Sí. Traiga a Villem dan Robb.

Empezamos a profundizar.

—Sirvo y obedezco a Vuestra Eminencia. ¿Hay algún nombre en concreto que deba ser mencionado? —Glokta depositó en la mesa su copa vacía.

—No —el Archilector se volvió y agitó con impaciencia la mano—. Cualquiera de ellos, todos ellos, me es igual.

El Primero de los Magos

La superficie del lago, plana, gris y salpicada por la lluvia, se extendía entre empinadas rocas y húmeda vegetación hasta donde alcanzaba la vista. Aunque, a decir verdad, con el tiempo que hacía, la vista de Logen tampoco alcanzaba demasiado lejos. La otra orilla no debía de encontrarse a más de doscientos pasos, pero las aguas, pese a su aspecto apacible, parecían profundas. Muy profundas.

Hacía mucho que Logen había abandonado cualquier intento de mantenerse seco; el agua le chorreaba por el pelo y la cara, le goteaba desde la nariz, desde los dedos, desde la barbilla. Estar mojado, agotado y hambriento ya formaba parte de su vida. Aunque, bien pensado, casi siempre había sido igual. Cerró los ojos, sintió el repiqueteo de la lluvia en su piel, oyó el ruido del agua que lamía los cantos de la orilla. Luego se arrodilló junto al lago, quitó el tapón de su petaca, la sumergió y se entretuvo viendo cómo estallaban las burbujas mientras se iba llenando.

Malacus Quai salió de la maleza dando tumbos y resollando. Se dejó caer de rodillas, gateó hasta las raíces de un árbol, soltó una tos y lanzó un esputo sobre los guijarros del suelo. Ahora su tos sonaba bastante peor. Le brotaba directamente de las entrañas y hacía retemblar toda su caja torácica. Estaba más pálido aún que cuando se encontraron por primera vez y mucho más flaco. También Logen estaba más flaco. Corrían tiempos de vacas flacas, de eso no cabía duda. Se acercó al demacrado aprendiz y se puso en cuclillas.

—Deme un momento —Quai cerró sus ojos rehundidos y echó la cabeza hacia atrás—. Sólo un momento —su boca colgaba inerte y sus tendones se destacaban en la piel de su esquelético cuello. Su aspecto era ya el de un cadáver.

—No descanses demasiado; puede que no vuelvas a levantarte.

Logen le tendió la petaca. Quai ni siquiera alzó el brazo para cogerla, así que Logen tuvo que ponérsela en los labios e inclinarla un poco. El aprendiz echó un trago con una mueca de dolor, tosió de nuevo y, luego, su cabeza se desplomó.

—¿Tienes idea de dónde estamos? —preguntó Logen.

El aprendiz levantó la cabeza y, al ver el agua, parpadeó como si no se hubiera fijado en ella hasta entonces.

—Esto debe ser el extremo norte del lago... debería de haber una senda en alguna parte —su voz se redujo a un susurro—. En el extremo sur hay un camino señalado con dos monolitos —soltó una violenta tos y tragó saliva—. Siga el camino, cruce un puente y ya habrá llegado.

Los ojos de Logen recorrieron la playa hasta alcanzar los árboles chorreantes de agua.

—¿A qué distancia está? —no hubo respuesta. Agarró el esquelético hombro del enfermo y lo sacudió. Los párpados de Quai temblaron, levantó sus ojos empañados y trató de enfocar la vista—, ¿a qué distancia?

—Sesenta kilómetros.

Logen se pasó la lengua por los dientes. Quai no estaba en condiciones de hacer sesenta kilómetros a pie. Ya sería una suerte si lograba dar cuarenta pasos por su cuenta. Lo sabía muy bien, se le veía en los ojos. No tardaría en morir. Logen calculó que, como mucho, aguantaría dos días. Había visto a hombres más fuertes morir de fiebres.

Sesenta kilómetros. Logen lo consideró detenidamente mientras se frotaba la barbilla con el pulgar. Sesenta kilómetros.

—Mierda —susurró.

Se acercó el petate arrastrándolo por el suelo y lo abrió. Aun les quedaba algo de comida, pero no mucha. Unas cuantas tiras correosas de cecina y un trozo mohoso de pan negro. Echó un vistazo al lago; cuánta calma. Al menos, de momento no parecía que fueran a quedarse sin agua para beber. Sacó su pesado puchero y lo depositó sobre los cantos del suelo. Llevaban mucho tiempo juntos, pero ya no había nada que cocinar. No se le puede coger cariño a las cosas, no si uno vive a la intemperie. Arrojó la cuerda entre la maleza y se cargó al hombro el macuto aligerado.

Los ojos de Quai habían vuelto a cerrarse y apenas si respiraba. Logen aún recordaba la primera vez que tuvo que abandonar a alguien, la recordaba como si fuera ayer. Era extraño, el nombre del muchacho se le había borrado de la mente, pero su cara no la había olvidado.

Los Shanka le habían arrancado un trozo de muslo. Un buen trozo. No paraba de gemir mientras proseguían la marcha; no podía andar. La herida empeoraba y, de todos modos, se estaba muriendo. Había que abandonarlo. Nadie le echó la culpa a Logen. El muchacho era demasiado joven, nunca debería haberles acompañado. Era un simple caso de mala suerte, podía haberle

ocurrido a cualquiera. Sus gritos les siguieron mientras la banda, apesadumbrada, silenciosa, cabizbaja, desaparecía por la ladera de la siguiente colina. Incluso cuando ya se encontraban bastante lejos, Logen creía seguir oyendo sus gritos. Aún los seguía oyendo.

En las guerras era distinto. Constantemente había hombres que se desgajaban de la columna en las largas marchas de los meses fríos. Primero iban a parar a la cola, luego se rezagaban y al final acababan en el suelo. Los hombres ateridos de frío, los enfermos, los heridos. Logen se estremeció y encorvó los hombros. Al principio tratas de prestarles auxilio. Luego te limitas a dar gracias por no ser uno de ellos. Finalmente, pasas por encima de los cadáveres sin prestarles atención. Se acaba aprendiendo a distinguir a los que no se volverán a levantar. Miró a Malacus Quai. Una muerte más en medio de aquellas tierras salvajes no tenía nada de particular. Al fin y al cabo, hay que ser realista.

El aprendiz despertó sobresaltado de su dormitar y trató de incorporarse. Las manos le temblaban. Levantó la cabeza y miró a Logen con un brillo febril en los ojos.

—No me puedo levantar —masculló.

—Lo sé. Me sorprende que hayas llegado tan lejos —aquello ya no tenía sentido. Logen sabía el camino. Si conseguía dar con la senda, podía llegar a recorrer veinte kilómetros al día.

—Si me deja algo de comida... tal vez... cuando haya llegado a la biblioteca, alguien podría...

—No —dijo Logen, encajando las mandíbulas—. Necesito la comida.

Quai hizo un ruido extraño, mitad tos, mitad sollozo.

Logen se agachó, posó su hombro derecho en el estómago de Quai y le rodeó la espalda con un brazo.

—No puedo cargar contigo sesenta kilómetros sin ella —y, dicho aquello, se echó al aprendiz al hombro y se irguió. Luego, manteniendo sujeto a Quai con la zamarra, comenzó a andar por la orilla clavando sus botas en los húmedos guijarros del suelo. El aprendiz ni siquiera se movía, colgaba como un saco de trapos viejos, con sus brazos inertes golpeando por detrás las piernas de Logen.

Tras recorrer unos treinta pasos, Logen se dio media vuelta y echó la vista atrás. El puchero yacía abandonado junto al lago y ya empezaba a llenarse de agua de lluvia. Habían vivido muchas cosas juntos aquel puchero y él.

—Adiós, viejo amigo.

El puchero no le respondió.

Logen depositó suavemente su tembloroso fardo a un lado del camino y estiró su espalda entumecida, luego se rascó el mugriento vendaje de su brazo y echó un trago de agua de la petaca. Lo único que había pasado por sus labios agrietados ese día era agua, y el hambre le roía las tripas. Al menos había dejado de llover. Hay que aprender a valorar las pequeñas cosas de la vida, como disponer de un par de botas secas. Hay que valorar esas pequeñas cosas cuando no se tiene nada más.

Logen lanzó un escupitajo y se frotó los dedos para tratar de reanimarlos un poco. Había dado con el lugar, de eso no cabía duda. Junto al camino se alzaban dos vetustos y agujereados monolitos salpicados de manchas de musgo en la base y de líquenes grises en la parte superior. Estaban cubiertos de unas inscripciones borrosas, renglones de letras de una escritura que Logen no comprendía ni lograba reconocer. Había algo en su aspecto que resultaba intimidatorio, y, más que dar la bienvenida, parecían lanzar una advertencia.

—La Primera Ley...

—¿Cómo? —dijo sorprendido Logen. Desde que dejaron atrás el puchero, hacía ya dos días, Quai había permanecido en un esta do de inquieta duermevela. Durante todo ese tiempo el puchero podría haber proferido unos sonidos más inteligibles que los suyos. Aquella mañana, cuando Logen se despertó, apenas respiraba. En un primer momento lo había dado por muerto, pero aquel muchacho se aferraba a la vida con las pocas fuerzas que le quedaban. No era de los que se rinden fácilmente, había que reconocerlo.

Logen se arrodilló y apartó los cabellos empapados que cubrían el rostro de Quai. De pronto, el aprendiz le agarró la muñeca y se incorporó.

—¡Está prohibido tocar el Otro Lado! —susurró con los ojos muy abiertos.

—¿Eh?

—Hablar con los demonios —susurró, aferrándose a la desgastada zamarra de Logen—. ¡Los seres del mundo subterráneo son todo mentiras! ¡No lo haga!

—No lo haré —masculló Logen, preguntándose si alguna vez había llegado a comprender las cosas de las que le hablaba el aprendiz—, si así te quedas más tranquilo, no lo haré.

Pero no pareció que Quai se quedara más tranquilo. Había vuelto a

sumirse en una agitada duermevela. Logen se mordisqueó el labio. Confiaba en que el aprendiz volviera a despertarse, aunque no le parecía muy probable. Quizás el tal Bayaz pudiera hacer algo al respecto; después de todo, era el Primero de los Magos, conocedor de la gran sabiduría y todo eso. Logen volvió a echarse a Quai al hombro y, con paso vacilante, cruzó entre los dos vetustos monolitos.

El camino, resaltado en algunos trechos y otras veces excavado en el suelo pedregoso, se iba empinando a medida que ascendía por el roquedal que se extendía por encima del lago. Estaba en un estado de total abandono, sembrado de agujeros y comido de hierbajos. Daba constantes vueltas y revueltas, y Logen no tardó en empezar a jadear y a sudar, mientras las piernas comenzaban a arderle del esfuerzo. Su paso cada vez era más lento.

Estaba empezando a cansarse. No ya de la ascensión o de la agotadora caminata que se había dado aquel día con el moribundo aprendiz al hombro, ni de la caminata del día anterior o de la escaramuza en el bosque. Estaba empezando a cansarse de todo. De los Shanka, de las guerras, de toda su vida.

—No puedo estar siempre caminando, Malacus, no puedo pasarme todo el tiempo luchando ¿Cuánta mierda se supone que tiene que tragar un hombre? Necesito sentarme un rato. ¡En una silla decente, me cago en la puta! ¿Es mucho pedir? —en ese estado mental, maldiciendo y despotricando a cada paso y con la cabeza de Quai rebotándole contra el trasero, llegó al puente.

Era tan antiguo como el camino, una estructura sencilla y esbelta, comida por plantas trepadoras, que trazaba un arco de unas veinte zancadas sobre un precipicio de vértigo. Abajo, a lo lejos, saltando entre aristadas peñas, discurría impetuoso un torrente que llenaba el aire de ruido y de brillantes gotas de rocío. Al otro extremo, encajonado en una descomunal pared de roca, se alzaba un elevado muro, erigido con tal maestría que casi resultaba imposible distinguir donde terminaba la pared natural y donde empezaba la que era obra del hombre. En su centro se abría una puerta de una sola hoja, reforzada con unas planchas de cobre, que la humedad y el paso de los años habían recubierto de verdín.

Mientras avanzaba con sumo cuidado por el escurridizo suelo de roca, Logen, por pura costumbre, se preguntó si sería posible tomar al asalto un lugar como ese. No, no era posible. Ni siquiera contando con un millar de hombres especialmente escogidos. El bordillo que había delante de la puerta era demasiado estrecho para levantar una escala o balancear un ariete. El muro tenía por lo menos diez zancadas de alto y la puerta daba la impresión de ser terriblemente sólida. Además, si a los defensores se les ocurría echar abajo el puente... Logen se asomó al borde y tragó saliva. Había un largo trecho hasta el fondo.

Respiró hondo y aporreó el húmedo cobre verdoso con el puño. Cuatro sonoros golpes. Así había llamado a las puertas de Carleon después de la batalla, y sus habitantes se habían apresurado a rendirse. Pero aquí nadie se apresuró a hacer nada.

Aguardó. Volvió a llamar. Aguardó. Se fue empapando más y más con el rocío del agua del río. Apretó los dientes. Alzó el brazo para llamar de nuevo. De pronto se abrió una estrecha rejilla y un par de ojos legañosos le miraron con frialdad tras unas gruesas barras.

—¿Quién es ahora? —soltó una voz bronca.

—Logen Nuevededos es mi nombre. Yo...

—No le conozco.

Desde luego, no era el tipo de recibimiento que Logen esperaba.

—Vengo a ver a Bayaz —no hubo respuesta—. El Primero de los...

—Sí. Está aquí —pero la puerta seguía sin abrirse—. No recibe visitas. Ya se lo dije al último mensajero.

—Yo no soy un mensajero. Traigo a Malacus Quai.

—¿Malaca qué?

—Quai, el aprendiz.

—¿Aprendiz?

—Está muy enfermo —dijo lentamente Logen—. Puede morir.

—¿Enfermo, dice? ¿Y que puede morir?

—Sí.

—Y cómo ha dicho usted que se llamaba...

—¡Abra la maldita puerta! —Logen, frustrado, lanzó un puñetazo contra la rejilla— Por favor.

—Aquí no puede entrar cualquiera. A ver, levante el brazo y enséñeme las manos.

—¿Cómo?

—Sus manos —Logen levantó las manos. Los ojos llorosos repasaron uno a uno los dedos—. Son nueve. Falta uno, ¿ve? —dijo arrimando el muñón a la rejilla.

—En efecto, son nueve. Haber empezado por ahí.

Se oyó un ruido de cerrojos y la puerta se abrió lentamente. Un hombre mayor, doblado por el peso de la armadura que llevaba puesta, le miraba

suspicazmente desde el otro lado del umbral. En la mano sostenía una larga espada demasiado pesada para él. Pese a sus intentos de mantenerla recta, la punta bailoteaba en el aire.

Logen alzó los brazos.

—Me rindo.

No pareció que al anciano guardián le hiciera mucha gracia la broma. Dejó escapar un agrio gruñido mientras Logen pasaba junto a él, luego forcejeó con la puerta hasta cerrarla, corrió los cerrojos, se dio la vuelta y se puso a andar trabajosamente sin molestarse en dirigirle la palabra. Logen le siguió por un valle estrecho, flanqueado por unas extrañas casas, destartaladas y cubiertas de musgo, que se incrustaban en la empinada pared de roca fundiéndose casi con la ladera de la montaña.

Delante de uno de los portales, una mujer de semblante adusto que hilaba con una rueca frunció el ceño al ver pasar a Logen con el aprendiz inconsciente al hombro. Logen le dirigió una sonrisa. No podía decirse que fuera una belleza, pero había pasado mucho tiempo. La mujer se metió rápidamente en su casa y cerró la puerta de una patada, dejando fuera la rueca girando. Logen suspiró. La vieja magia seguía viva.

La siguiente casa era una panadería, rematada por una rechoncha chimenea que echaba humo. El aroma del pan horneado hizo retumbar el estómago vacío de Logen. Un poco más adelante, una pareja de chiquillos de cabellos oscuros reían y jugaban dando vueltas alrededor de un árbol achaparrado. A Logen le recordaron a sus hijos. No se les parecían en nada, pero estaba de un humor morboso.

A decir verdad, se sentía un poco decepcionado. Había esperado un lugar de aspecto más intelectual y con una presencia mucho más nutrida de barbas. Aquellas gentes no tenían pinta de ser excesivamente sabias. Tenían la misma pinta que suelen tener en todas partes los campesinos. De hecho, el aspecto del lugar recordaba bastante al que tenía su propia aldea antes de que se presentaran los Shanka. Logen empezaba a preguntarse si no se habría equivocado de sitio. Entonces doblaron un recodo del camino.

Empotradas en la montaña, unidas por la base pero separadas a medida que ascendían, se alzaban tres gigantescas torres puntiagudas cubiertas de hiedra oscura. Parecían aún más antiguas que el viejo puente y el camino, tan viejas como la propia montaña. A sus pies se amontonaba un abigarrado conjunto de edificios, que se distribuían desordenadamente en torno a un amplio patio en el que había varias personas afanándose en sus tareas cotidianas. Una mujer delgada batía leche en un portal. Un fornido herrero probaba una herradura a una yegua que se revolvía inquieta. Un viejo carnicero

calvo, con un mandil salpicado de manchas, acababa de descuartizar a algún animal y se estaba lavando los antebrazos en un abrevadero.

Y en lo alto de una amplia grada que había delante de la más alta de las tres torres se encontraba sentado un anciano de porte majestuoso. Iba vestido todo de blanco, tenía la barba larga, la nariz ganchuda, y sus blancas guedejas sobresalían por debajo del casquete blanco que cubría su cabeza. Logen, por fin, estaba impresionado. Tenía que reconocer que el Primero de los Magos daba la talla. Mientras Logen avanzaba hacia él con paso vacilante, el hombre levantó la vista, se puso de pie de un salto y se le acercó corriendo con los faldones de su toga blanca ondeando en el aire.

—Póngale aquí —susurró, señalando un trozo de hierba que había junto a un pozo. Logen se arrodilló y soltó al aprendiz en el suelo con toda la suavidad de que fue capaz, considerando lo mucho que le dolía la espalda. El anciano se inclinó y posó su nudosa mano sobre la frente de Quai.

—Le he traído a su aprendiz —murmuró muy gratuitamente Logen.

—¿Mi aprendiz?

—¿No es usted Bayaz?

El anciano soltó una carcajada.

—Oh, no, yo soy Wells, el mayordomo mayor de la Biblioteca.

—Yo soy Bayaz —dijo una voz a su espalda. El carnicero se les acercaba lentamente, limpiándose las manos en un paño. Parecía tener unos sesenta años, pero era de complexión fuerte, tenía un rostro enérgico, surcado de arrugas, y en torno a su boca crecía una barba gris corta. Tenía la cabeza completamente pelada y su calva resplandecía bajo la luz del atardecer. No era ni bien parecido ni majestuoso, pero, a medida que se acercaba, se apreciaba que aquel hombre tenía algo especial. Transmitía firmeza, un aire de autoridad. Un hombre acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido.

El Primero de los Magos agarró la mano izquierda de Logen entre sus manos y la estrechó cordialmente. Luego se la dio la vuelta y examinó el muñón del dedo que le faltaba.

—Logen Nuevededos, pues. También conocido como el Sanguinario. Incluso encerrado aquí en mi biblioteca me han llegado historias sobre usted.

Logen torció el gesto. Podía imaginarse el tipo de historias que habría oído el anciano.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Naturalmente. Todos tenemos un pasado, ¿eh? No tengo por costumbre fundar mis juicios en habladurías —Bayaz sonrió. Era una sonrisa

amplia, cristalina, radiante. Su semblante se iluminó con unas cordiales arrugas, pero en el color verde brillante de sus ojos rehundidos persistía una expresión dura. Dura como la piedra. Logen le devolvió la sonrisa, pero ya había llegado a la conclusión de que no le gustaría tener a aquel hombre por enemigo.

—Ya veo que ha traído a nuestra oveja perdida de vuelta al rebaño —Bayaz miró a Malacus Quai, que permanecía inmóvil sobre la hierba, y frunció el ceño—. ¿Cómo está?

—Creo que vivirá, señor —dijo Wells—, pero deberíamos resguardarlo del frío.

El Primero de los Magos chasqueó los dedos y el eco de aquel crujido seco resonó entre los edificios del patio. El herrero se acercó rápidamente, cogió a Quai de los pies, y entre Wells y él metieron al aprendiz por la puerta que conducía a la biblioteca.

—Bueno, maese Nuevededos, le he llamado y usted ha acudido, lo cual indica que tiene usted buenos modales. Es posible que los buenos modales estén pasados de moda en el Norte, pero quiero que sepa que yo, al menos, sí que los valoro. Siempre he pensado que a la cortesía hay que responder con cortesía. Pero, bueno, ¿qué pasa ahora? —el anciano guardián, todo sofocado, se les acercaba corriendo por el patio—. Dos visitas en un día. ¿Qué será lo siguiente?

—¡Maestro Bayaz! —resolló el guardián— ¡Hay jinetes en la puerta, cabalgan buenas monturas y están bien armados! ¡Dicen que traen un mensaje urgente de parte del Rey de los Hombres del Norte!

Bethod. No podía ser otro. Los espíritus habían dicho que se había otorgado a sí mismo un sombrero de oro, ¿quién sino él iba a tener la osadía de proclamarse Rey de los Hombres del Norte? Logen tragó saliva. Del último encuentro que tuvo con él había salido con poco más que su vida, y, a pesar de eso, había salido mejor parado que la mayoría, mucho mejor parado.

—¿Qué hago, Maestro, les digo que se vayan? —preguntó el guardián.

—¿Quién los manda?

—Un joven muy emperifollado con cara de vinagre. Dice que es el hijo del Rey y no sé qué historias.

—¿Era Calder o Scale? Los dos son bastante avinagrados.

—El más joven, creo.

Calder, pues. Era preferible. Los dos eran unos malos bichos, pero Scale era con mucho el peor. Vérselas con los dos a la vez era una experiencia que convenía evitar. Bayaz pareció pensárselo durante unos instantes.

—El Príncipe Calder puede pasar, pero sus hombres permanecerán al otro lado del puente.

—Al otro lado del puente, sí, señor —el guardián se alejó resoplando. A Calder no le haría demasiada gracia. Logen se divirtió imaginándose al presunto príncipe desgañitándose inútilmente delante de la rejilla.

—¡El Rey del Norte, hay que ver! —Bayaz lanzó una mirada distraída al valle—. Conocí a Bethod cuando no se daba tantas ínfulas. Usted también, ¿no es así, maese Nuevededos?

Logen torció el gesto. Había conocido a Bethod cuando era un don nadie, un jefe de clan como tantos otros. Logen había acudido a él en busca de ayuda contra los Shanka, y Bethod se la había dado a cambio de un precio. Por aquel entonces, el precio parecía llevadero y digno de ser pagado. Lo único que había que hacer era luchar. Matar a unos cuantos hombres. A Logen siempre le había resultado fácil matar, y Bethod parecía un hombre por el que valía la pena luchar: osado, orgulloso, implacable, brutalmente ambicioso. Todas ellas cualidades que Logen admiraba por aquel entonces, todas ellas cualidades que él mismo creía poseer. Pero el tiempo les había cambiado a los dos, y el precio había subido.

—Solía ser mejor persona —caviló Bayaz en voz alta—. Pero hay gente a la que no le sientan bien las coronas. ¿Conoce a sus hijos?

—Más de lo que quisiera.

Bayaz asintió.

—Son una calamidad ¿verdad? Y me temo que ahora ya no mejorarán nunca. ¿Se imagina a ese cabeza de chorlito de Scale convertido en rey? ¡Puag! —el Mago se estremeció—. Casi entran ganas de desearle larga vida al padre. Pero sólo casi.

La niña a la que Logen había visto jugar se acercó correteando hasta ellos. Llevaba en la mano una cadenilla de flores amarillas, y se la ofreció al anciano Mago.

—Mira lo que he hecho —dijo. Logen oyó el apresurado retumbar de unas pezuñas que venían por el camino.

—¿Es para mí? Qué preciosidad —Bayaz cogió las flores—. Un trabajo espléndido, cariño. El Maestro Creador no lo habría hecho mejor.

El jinete irrumpió en el patio, detuvo violentamente su montura y saltó de la silla. Calder. Los años le habían tratado mejor que a Logen, eso saltaba a la vista. Estaba primorosamente vestido con un tejido negro ribeteado con pieles oscuras. Había crecido y estaba más relleno; no era más que la mitad de grande que Scale, aunque no por ello dejaba de ser un hombre corpulento. Pero su cara,

pálida y orgullosa, seguía siendo tal y como la recordaba Logen, y sus finos labios parecían congelados en un gesto permanente de desdén.

Arrojó las riendas a la mujer que estaba haciendo mantequilla y luego avanzó por el patio a grandes zancadas, lanzando miradas despectivas a diestro y siniestro, con su melena ondeando al viento. Cuando se encontraba a unos diez pasos, reconoció a Logen. La boca se le abrió. Sorprendido, retrocedió medio paso y acercó la mano a su espada. Luego sus labios dibujaron una sonrisa, una leve y gélida sonrisa.

—No sabía que ahora te dedicaras a la cría de perros, Bayaz. Yo que tú tendría cuidado con ése. Tiene fama de ser de los que muerden la mano de su amo —sus labios se retorcieron un poco más—. Puedo encargarme de sacrificarlo, si quieres.

Logen se encogió de hombros. Sólo los idiotas y los cobardes recurren a las palabras gruesas. Puede que Calder fuera lo uno y lo otro, pero Logen desde luego no era ninguna de las dos cosas. Si de lo que se trata es de matar a alguien, hay que hacerlo sin más en lugar de ponerse a hablar del tema. Lo único que se consigue hablando es que el otro hombre tenga tiempo de prepararse, y eso es lo último que se desea. Logen no dijo nada. Si Calder lo tomaba como un signo de debilidad, tanto mejor. Las peleas salían al encuentro de Logen con deprimente asiduidad, pero hacía ya mucho tiempo que él había dejado de buscarlas.

El segundo hijo de Bethod desvió su desdén hacia el Primero de los Magos.

—¡Esto no le va a hacer ninguna gracia a mi padre, Bayaz! ¡Hacer esperar a mis hombres fuera es una falta de consideración!

—Me temo que es una de las muchas cosas que me faltan, Príncipe Calder —dijo tranquilamente el Mago—. Pero te ruego que no te desanimes. Al último mensajero que enviaste ni siquiera se le permitió cruzar el puente. Como ves, vamos progresando.

Calder torció el gesto.

—¿Por qué no has respondido a los mensajes de mi padre?

—Son tantas las cosas que requieren mi tiempo... —Bayaz le mostró la cadenilla de flores—. Una cosa así no se hace sola, ¿sabes?

Al Príncipe no pareció hacerle ninguna gracia.

—¡Mi padre, Bethod, Rey de los Hombres del Norte —tronó—, te ordena que te reúnas con él en Carleon! —Calder carraspeó— No tolera... —soltó una tos.

—¿Cómo? —inquirió Bayaz— ¡Habla más alto, muchacho!

—Ordena que... —el Príncipe volvió a toser, resopló, se atragantó. Luego se llevó la mano a la garganta. El aire parecía haberse quedado completamente inmóvil.

—Conque me ordena, ¿eh? —Bayaz frunció el entrecejo—. Tráeme si puedes al gran Juvens de la tierra de los muertos. Él sí que puede ordenarme. Él y nadie más —su ceño se acentuó, y Logen tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir un extraño deseo de echarse hacia atrás—. Tú no. Ni tampoco tu padre, por muchos nombres que se ponga.

Las rodillas de Calder cedieron y se derrumbó lentamente con el rostro congestionado y los ojos llenos de lágrimas. Bayaz lo miró de arriba abajo.

—Qué atavío más solemne, ¿quién es el muerto? Toma —y arrojó la cadenilla de flores sobre la cabeza del Príncipe—. Un poco de color te alegrará el ánimo. Dile a tu padre que venga él en persona, no pierdo mi tiempo con idiotas ni con niños pequeños. Puede que esté un poco chapado a la antigua. Pero me gusta hablarle a la cabeza del caballo, no al culo. ¿Me has oído, muchacho? —Calder estaba reclinado sobre un costado con los ojos rojos y desorbitados. El Primero de los Magos sacudió una mano—. Puedes irte.

El Príncipe lanzó una arcada, tosió y se puso de pie tambaleándose. Luego se dirigió dando tumbos hacia su caballo y se aupó a la silla con bastante menos gallardía de la que había empleado antes para desmontar. Mientras se dirigía hacia la puerta, lanzó una mirada asesina por encima del hombro, pero aquella cara roja que parecía un trasero que acababa de recibir una azotaina restó bastante fuerza a su gesto. Logen se descubrió a sí mismo sonriendo de oreja a oreja. Hacía mucho que no se divertía tanto.

—Tengo entendido que puede hablar con los espíritus.

Las palabras del Mago le pillaron desprevenido.

—¿Eh?

—Hablar con los espíritus —Bayaz sacudió la cabeza—. Un don nada común en los tiempos que corren. ¿Cómo están?

—¿Quién, los espíritus?

—Sí.

—Disminuyendo.

—Pronto todos dormirán, ¿eh? La magia está desapareciendo del mundo. Es el curso natural de las cosas. Con los años, mis conocimientos han ido aumentando y, sin embargo, mi poder ha disminuido.

Calder parecía bastante impresionado.

—Bah —Bayaz agitó la mano quitándole importancia al asunto—. Es una nadería. Un pequeño truco de aire y carne de muy fácil ejecución. No, créame, la magia retrocede. Es un hecho. Una ley natural. Lo cual no quita para que siga habiendo muchas otras maneras de cascar un huevo, ¿eh, amigo mío? Si nos falla una herramienta, siempre podemos probar con otra —Logen ya no estaba muy seguro de lo que estaban hablando, pero se sentía demasiado cansado para hacer preguntas.

—En efecto —murmuró el Primero de los Magos—. Hay muchas maneras de cascar un huevo. Y ya que hablamos de ello, ¿tiene hambre?

La boca de Logen se inundó de saliva al oír la palabra hambre.

—Sí —mascullό—. Sí... no me vendría mal comer algo.

—Naturalmente —Bayaz le palmeó cordialmente la espalda—. ¿Y qué tal si luego se da un baño? No es que su olor nos desagrade, desde luego, pero encuentro que hay pocas cosas más reconfortantes que un buen baño caliente después de una larga caminata, y sospecho que se ha dado usted una caminata bien larga. Acompáñeme, maese Nuevededos, aquí está a salvo.

Comida. Un baño. A salvo. Mientras acompañaba al anciano a la biblioteca, Logen tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le saltaran las lágrimas.

El labriego Heath

Fuera hacía un calor infernal y por los ventanales se colaba un sol radiante que proyectaba un entramado de sombras sobre el entarimado de la cámara de audiencias. Era media tarde y la sala estaba caldeada como una sopa y con un ambiente tan cargado como el de una cocina.

Embutido en un traje de ceremonias con ribetes de pieles, Fortis dan Hoff, el Lord Chambelán, tenía la cara roja, sudaba copiosamente y se encontraba de un humor que no había parado de empeorar a medida que avanzaba la tarde. Harden Morrow, el Subsecretario de las Audiencias, parecía encontrarse aún más incómodo, pues, en su caso, además del calor, tenía que soportar el terror que le producía Hoff. Aunque cada uno a su manera, ambos parecían enormemente fastidiados, pero ellos al menos estaban sentados.

El comandante West, embutido en su uniforme de gala, sudaba a mares. Llevaba dos horas de pie en la misma posición, las manos a la espalda, los dientes apretados, mientras Lord Hoff obsequiaba a los solicitantes y a todos los presentes con un despliegue de gruñidos, refunfuños y bramidos. West deseó fervientemente, y no por primera vez aquella tarde, encontrarse tumbado a la sombra de un árbol del parque con una bebida bien cargada. O tal vez debajo de un glaciar, sepultado en el hielo. Con tal de no estar allí, daba igual el lugar.

Montar guardia en esas insufribles audiencias no era precisamente una de las obligaciones más gratas de West, pero lo cierto es que podía haber sido aún peor. No había más que pensar en los ocho soldados que se distribuían a lo largo de la pared en posición de firmes: llevaban la armadura al completo. West estaba convencido de que tarde o temprano alguno de ellos acabaría por desmayarse y se estrellaría contra el suelo provocando un estruendo similar al de un aparador repleto de cacerolas, un hecho que, a no dudarlo, causaría un profundo enojo al Lord Chambelán, pero de momento parecía que se las estaban arreglando para mantenerse en pie.

—¿Se puede saber por qué esta maldita sala nunca tiene una temperatura adecuada? —inquirió Hoff como si el calor fuera una afrenta dirigida exclusivamente contra su persona— ¡Durante la mitad del año hace demasiado

calor y durante la otra mitad demasiado frío! ¡No sopla el aire, no sopla ni una brizna de aire! ¿Por qué no se pueden abrir esas ventanas? ¿Por qué no se puede disponer de una sala más grande?

—Mmm... —musitó abrumado el subsecretario, subiéndose los anteojos por su sudorosa nariz—, las peticiones de audiencia siempre se han celebrado aquí, Milord Chambelán —al toparse con la furibunda mirada de su superior se interrumpió—. Mmm... es... ¿la tradición?

—¡Ya lo sé, maldito imbécil! —tronó Hoff con el rostro púrpura de calor y de ira— ¿Le ha pedido alguien su maldita opinión?

—Sí, señor, no, señor —se trabó Morrow—. Quiero decir que tiene usted mucha razón, Milord.

Hoff sacudió la cabeza frunciendo el entrecejo de forma imponente y echó un vistazo a la sala buscando algún otro motivo de enojo.

—¿Cuántos más tenemos que soportar hoy?

—Mmm... cuatro más, Excelencia.

—¡Maldita sea! —rugió el Chambelán, revolviéndose en su inmensa silla y abanicándose con las solapas de su cuello de piel— ¡Esto es insoportable! —West asintió en silencio. Hoff agarró una copa dorada y sorbió un buen trago de vino. Lo de beber no se le daba nada mal; de hecho, no había parado de hacerlo en toda la tarde. No puede decirse que aquello hubiera contribuido a mejorar su humor— ¿Quién es el siguiente idiota? —inquirió.

—Mmm... —Morrow se caló los lentes y escudriñó un extenso documento, recorriendo con su dedo entintando la enojosa caligrafía—. El siguiente es el labriego Heath. Un campesino de...

—¿Un campesino? ¿Un campesino ha dicho? ¿Nos va a tocar permanecer sentados con este calor demencial escuchando cómo un maldito plebeyo se lamenta de los perniciosos efectos del mal tiempo en sus ovejas?

—Verá, Milord —musitó Morrow—, parece que el tal Heath tiene una queja justificada contra su... mmm... arrendador y...

—¡Que se vayan todos al cuerno! ¡Estoy harto de oír quejas! —el Lord Chambelán tomó otro trago de vino—. ¡Que hagan pasar a ese idiota!

Se abrieron las puertas y Heath fue conducido a su presencia. Para recalcar el equilibrio de poder que reinaba en la sala, la mesa del Chambelán se alzaba sobre una tarima, de tal modo que, aun estando de pie, el pobre hombre tenía que alzar la vista para mirarle. Era un rostro honesto, aunque bastante demacrado. Sus manos temblorosas sostenían por delante un sombrero raído. West alzó incómodo los hombros al sentir que una gruesa gota de sudor le

resbalaba por la espalda.

— Recibe usted el nombre de Heath, ¿correcto?

—Sí, Milord —musitó el campesino con su acento rústico— de...

Hoff le cortó en seco.

—Y comparece ante nosotros para solicitar una audiencia de su Augusta Majestad, el Gran Rey de la Unión, ¿no es así?

El labriego se humedeció los labios. West se preguntó si habría sido muy largo el camino que había tenido que recorrer para venir allí a que se rieran de él. Muy largo probablemente.

—Han expulsado a mi familia de nuestras tierras. El hacendado dice que no hemos pagado el arriendo, pero...

El Lord Chambelán le indicó con la mano que se callara.

—Es evidente que este asunto es competencia de la Comisión de Tierra y Agricultura. Su Augusta Majestad, el Rey, se cuida del bienestar de todos sus súbditos, por más baja que sea su condición —West estuvo a punto de hacer una mueca de dolor ante aquella muestra de desprecio—, pero no puede ocuparse en persona de cualquier asunto sin importancia. Su tiempo es muy valioso, como también lo es el mío. Buenas tardes —eso fue todo. Dos de los soldados abrieron las puertas para que Heath saliera.

El rostro del campesino había empalidecido y sus nudillos retorcían el ala de su sombrero.

—Milord —tartamudeó—, ya he estado en la Comisión...

Hoff alzó bruscamente la vista, interrumpiendo de golpe el tartamudeo del granjero.

—¡Buenas tardes he dicho!

Los hombros del campesino se vinieron abajo. Antes de salir echó un último vistazo a la sala. Morrow observaba con gran interés algo que parecía haber en la pared de enfrente y evitaba mirarle. El Lord Chambelán, indignado por aquella imperdonable pérdida de tiempo, le dirigía una mirada feroz. Y West se sentía asqueado de formar parte de todo aquello. Heath se dio media vuelta y, con la cabeza gacha, salió de la sala arrastrando los pies. Las puertas se cerraron tras él.

Hoff descargó un puñetazo sobre la mesa.

—¿Han visto eso? —preguntó paseando sus ojos por la sudorosa concurrencia— ¡Qué desfachatez! ¿Lo ha visto, comandante West?

—Sí, Milord Chambelán, lo he visto todo —repuso West con sequedad—.

Es una vergüenza.

Afortunadamente, Hoff no captó el pleno significado de sus palabras.

—¡Eso es, comandante West, una vergüenza! ¿Por qué demonios todos los jóvenes prometedores tienen que acabar en el ejército? ¡Quiero saber quién es el responsable de que se deje entrar aquí a esos pordioseros! —lanzó una mirada asesina al subsecretario, que tragó saliva y clavó la vista en sus papeles—. ¿Quién viene ahora?

—Mmm... Coster dan Kault —balbuceó Morrow—. Es el Maestre del Gremio de los Sederos.

—¡Maldita sea, ya sé quién es! —le espetó Hoff mientras se limpiaba una nueva película de sudor que acababa de formársele en la cara—. ¡Cuando no son los malditos campesinos, son los malditos mercaderes! —rugió dirigiéndose a los soldados que custodiaban la puerta con una voz lo bastante alta para que se oyera desde el pasillo—. ¡Que pase ese maldito sacacuartos!

El aspecto del Maestre Kault contrastaba vivamente con el del anterior suplicante. Era un hombre fornido y relleno, con unas facciones tan suaves como duros eran sus ojos. Las vestiduras púrpura propias de su cargo llevaban un bordado de hilo dorado tan ostentoso que habría hecho enrojecer al mismísimo Emperador de Gurkhul. Venía acompañado de dos notables Sederos, ataviados con unos ropajes casi igual de majestuosos. West se preguntó si las ganancias que obtuviera el labriego Heath en diez años bastarían para comprar uno de esos trajes. Y concluyó que, ni aun en el caso de que hubiera conservado sus tierras, habría podido pagarlo.

—Milord Chambelán —dijo en tono solemne Kault mientras hacía una alambicada reverencia. Hoff respondió al saludo del presidente del Gremio de los Sederos de la forma más escueta que le fue humanamente posible: alzó una ceja y realizó un imperceptible movimiento con los labios. Durante unos instantes, Kault aguardó en vano a que se produjera un saludo más acorde con su rango. Luego se aclaró ruidosamente la garganta y dijo:

—Vengo a solicitar una audiencia con su Augusta Majestad...

El Lord Chambelán soltó un resoplido.

—El propósito de esta sesión es determinar quién merece recibir la atención de Su Majestad. Si no quiere, se ha equivocado usted de sala.

Estaba claro que aquella entrevista iba a resultar tan infructuosa como la anterior. Aunque de una forma particularmente cruel, aquello era una forma de justicia, supuso West. Los grandes y los humildes recibían exactamente el mismo trato. El Maestre Kault entrecerró levemente los ojos, pero prosiguió:

—El honorable Gremio de los Sederos, del que soy su humilde

representante... —Hoff le dio un ruidoso sorbo a su copa de vino y Kault se vio obligado a hacer una pausa—... ha sido objeto de la más infame y perversa agresión...

—Lléneme esto, ¿quiere? —aulló el Lord Chambelán, agitando su copa vacía delante de las narices de Morrow. El subsecretario se apresuró a levantarse y fue a coger el decantador. Kault apretó los dientes mientras el vino caía a borbotones en la copa.

—¡Prosiga, no dispongo de todo el día! —soltó Hoff haciendo un gesto con la mano.

—Una agresión perversa y taimada...

El Lord Chambelán le escrutó con suspicacia.

—¿Ha dicho una agresión? ¡Si no se trata más que de una simple agresión, el caso es competencia de la Guardia Urbana!

El Maestre Kault hizo una mueca de disgusto. Tanto él como sus dos compañeros ya habían empezado a sudar.

—No se trata de una agresión de ese tipo, Milord Chambelán, sino de una agresión insidiosa y taimada, cuyo objetivo es mancillar la intachable reputación de nuestro Gremio y perjudicar nuestros intereses comerciales en la Ciudad Libre de Estiria e incluso en todo el ámbito de la Unión. Una agresión perpetrada por ciertos elementos indeseables de la Inquisición de Su Majestad, y...

—¡Ya he oído bastante! —el Lord Chambelán alzó su enorme mano reclamando silencio—. Si se trata de una disputa comercial, debe ser tratada por la Comisión Mercantil y Comercial de Su Majestad —Hoff hablaba con la puntillosa parsimonia de un maestro que se dirigiera a su alumno menos aventajado—. Si se trata de una cuestión jurídica, entonces debe ser tratada por el departamento del Juez Marovia. Y si afecta al funcionamiento interno de la Inquisición de Su Majestad, entonces debe usted concertar una cita con el Archilector Sult. Pero, en todo caso, no es en absoluto una cuestión que requiera la atención personal de Su Augusta Majestad.

El representante del Gremio de los Sederos abrió la boca para decir algo, pero el Lord Chambelán se le adelantó alzando aún más la voz.

—¡Nuestro Monarca crea una Comisión, elige a un Juez Supremo y nombra a un Archilector para no tener que ocuparse personalmente de cualquier insignificancia! Y, dicho sea de paso, por esa misma razón concede ciertos derechos a algunos gremios de mercaderes, y no para que se llenen los bolsillos... —sus labios se retorcieron en un gesto de desdén—, ¡el estamento de los comerciantes! Buenas tardes —las puertas volvieron a abrirse.

El rostro de Kault había empalidecido de ira al oír aquel último comentario.

—Puede estar seguro, Lord Chambelán —dijo con tono gélido—, de que acudiremos a otras instancias para obtener una reparación, y que lo haremos con la máxima tenacidad.

Durante unos instantes, Hoff le miró fijamente con una expresión de profunda animadversión.

—Acuda adonde quiera —gruñó—, y con toda la tenacidad que quiera. Pero no aquí... ¡Buenas... tardes! —si hubiera sido posible apuñalar a alguien en la cara con la expresión «buenas tardes», en ese mismo momento la cabeza del presidente del Gremio de los Sederos yacería muerta en el suelo.

Kault parpadeó un par de veces y luego, hecho una furia, se dio media vuelta y salió de la sala con toda la dignidad de la que fue capaz. Sus dos lacayos le siguieron, arrastrando tras de sí los largos faldones de sus trajes. Las puertas se cerraron.

Hoff volvió a dar un puñetazo en la mesa.

—¡Esto es un ultraje! —barboteó— ¡Malditos puercos arrogantes! ¿Qué se ha creído esta gente, que se puede desacatar la justicia de Su Majestad y luego buscar el auxilio del Rey cuando las cosas se ponen feas?

—En fin, no —dijo Morrow—, desde luego que...

El Lord Chambelán hizo caso omiso del subsecretario y se volvió hacia West con una sonrisa sardónica.

—A pesar de lo bajo que es el techo, me parece que ya vislumbro unos cuantos buitres trazando círculos sobre ellos, ¿eh, comandante West?

—Ciertamente, Milord Chambelán —masculló West, que se sentía horriblemente incómodo y estaba deseando que aquella tortura acabara de una maldita vez. Así podría volver con su hermana. Pensar en ella le abatía. Era aún más alocada de como él la recordaba. Cierto que era muy inteligente, puede que incluso demasiado inteligente. Ojalá se casara con un buen hombre que la hiciera feliz. Bastante delicada era ya su propia situación en la corte para que encima fuera ella por ahí dando la nota.

—Buitres, buitres —murmuraba Hoff para sí—. Unos pájaros de un aspecto bastante repulsivo, pero no exentos de utilidad. ¿Quién es el siguiente?

—Tenemos un grupo de... —el sudoroso subsecretario parecía sentirse más incómodo aún que antes mientras trataba de dar con las palabras adecuadas—... ¿embajadores?

El Lord Chambelán se detuvo cuando estaba a punto de llevarse la copa

a los labios.

—¿Embajadores? ¿De quién?

—Mmm... de ese al que llaman el Rey de los Hombres del Norte, Bethod.

Hoff estalló en una carcajada.

—¿Embajadores? —dijo con una risa socarrona— ¡Salvajes, querrá decir!

El subsecretario soltó una risita forzada.

—Ah, sí, Milord, ja, ja. Salvajes, por supuesto.

—Pero peligrosos, ¿eh, Morrow? —le espetó el Lord Chambelán, cuyo buen humor se había evaporado como por ensalmo. La risa del subsecretario se quebró con un gorgoteo—. Muy peligrosos. Debemos actuar con suma cautela. ¡Que pasen!

Eran cuatro. Los dos más bajos eran unos hombretones barbudos de aspecto feroz, recubiertos de cicatrices y enfundados en unas armaduras llenas de abolladuras. Como es natural, les habían desarmado en las puertas de Agriont, pero aun así transmitían una sensación de peligro, y West tenía la impresión de que debían de haber entregado una gran cantidad de armas enormes y bastante usadas. Ésta era la clase de gente que se agolpaba ávida de guerra junto a las fronteras de Angland, no lejos de donde se encontraba el hogar de West.

Los acompañaba un hombre más mayor, enfundado también en una armadura, con una larga melena y una poblada barba blanca. Una cicatriz amoratada le cruzaba la cara y atravesaba uno de sus ojos, que estaba completamente blanco. No obstante, el hombre aquel lucía una amplia sonrisa y tenía un aire cordial que contrastaba vivamente con el de sus dos adustos compañeros, y más aún con el del cuarto hombre, que fue el último en entrar.

Pese a que el dintel se encontraba a no menos de dos metros del suelo, tuvo que agacharse para pasar por la puerta. Llevaba una capucha y estaba embozado en una capa marrón que le tapaba completamente las facciones. Cuando se irguió de nuevo, su figura descolló por encima de la de todos los presentes, creando la absurda sensación de que la sala estaba atestada de gente. Aunque sólo fuera por su tamaño, aquel hombre habría resultado intimidante, pero había algo más, algo que parecía desprenderse de su persona y expandirse en oleadas enfermizas a su alrededor. Los soldados que se alineaban a lo largo de la pared lo sintieron y se rebulleron inquietos. El subsecretario de las Audiencias lo sintió y, bañado de sudor, se puso a revolver sus papeles con gesto nervioso. El comandante West sin duda lo sintió también. A pesar del calor que hacía, la piel se le había quedado helada y, bajo su humedecido uniforme, el vello se le había erizado.

Sólo Hoff parecía inmune a su influjo. Miró de arriba abajo a los cuatro Hombres del Norte con expresión ceñuda, sin dar ninguna muestra de que el gigante encapuchado le impresionara más que el labriego Heath.

—De modo que son ustedes mensajeros de Bethod —retuvo unos instantes las palabras en la boca y luego las escupió—. El Rey de los Hombres del Norte.

—Así es —dijo el risueño anciano, haciendo una pronunciada reverencia—. Soy Hansul Ojo Blanco —tenía una voz bien timbrada, rotunda, afable y sin ningún acento, nada que ver con lo que había esperado West.

—¿Y usted es el emisario de Bethod? —preguntó Hoff antes de echar otro trago a la copa. Por primera vez West se alegró de que el Lord Chambelán estuviera en la sala, pero, al alzar la vista y volver a fijarse en el hombre encapuchado, su inquietud regresó.

—Oh, no, yo sólo soy el intérprete —dijo Ojo Blanco—. El emisario del Rey de los Hombres del Norte es él —su ojo bueno señaló la oscura figura de la capa con un parpadeo nervioso, como si a él mismo le asustara—, Fenris —alargó la «s» final del nombre haciéndola silbar en el aire—. Fenris el Temible.

Un nombre muy idóneo, desde luego. Al comandante West le vinieron a la memoria las canciones que había oído en su infancia, historias de gigantes sedientos de sangre que habitaban en las montañas del lejano Norte. La sala quedó en silencio durante unos instantes.

—¡Ajá! —dijo sin inmutarse el Lord Chambelán— ¿Y están aquí para solicitar una audiencia con Su Augusta Majestad, el Gran Rey de La Unión?

—Así es, Milord Chambelán —respondió el viejo guerrero—. Bethod, nuestro señor, lamenta profundamente la enemistad que existe entre nuestras dos naciones. Su único deseo es mantener buenas relaciones con sus vecinos del sur. Traemos una propuesta de paz de parte de mi Rey para el suyo, así como un presente, en testimonio de nuestra buena fe. Eso es todo.

—Bien, bien —dijo Hoff sonriendo de oreja a oreja mientras se recostaba en el elevado respaldo de su silla—. Una gentil petición realizada con suma gentileza. Mañana, en el Consejo Abierto, podrán ver al Rey y presentarle su propuesta y su regalo en presencia de los principales pares del reino.

Ojo Blanco se inclinó respetuosamente.

—Os quedamos muy agradecidos, Milord Chambelán. —Dicho aquello, se volvió hacia la puerta, seguido de los dos adustos guerreros. La figura embozada se demoró unos instantes, luego se volvió lentamente y cruzó el umbral agachándose. Hasta que no se cerraron las puertas, West no pudo respirar con normalidad. Sacudió la cabeza y encogió los hombros, estaban

empapados de sudor. ¿Canciones sobre gigantes? Simples leyendas. Un tipo grande enfundado en una capa, eso era todo. Claro que, bien mirado, la puerta aquella era francamente alta...

—¿Ha visto, maese Morrow? —Hoff parecía enormemente satisfecho de sí mismo—. ¡Nada que ver con esos salvajes de los que usted hablaba! Tengo la impresión de que estamos muy cerca de solucionar nuestros problemas en el norte, ¿no le parece?

El subsecretario no parecía estar nada convencido:

—Mmm... Sí, Milord, por supuesto.

—Pues claro que sí. Mucho ruido y pocas nueces. Ya ve en qué queda todo ese pesimismo derrotista de nuestros asustadizos conciudadanos del norte, ¿Guerra? ¡Bah! —Hoff volvió a descargar su mano contra la mesa, haciendo que el vino se saliera de la copa y se vertiera sobre la superficie de madera—. ¡Esos Hombres del Norte jamás osarían declararnos la guerra! ¡La próxima vez vendrán a pedirnos que les dejemos integrarse en la Unión! ¿Tengo o no razón, comandante West?

—Mmm...

—¡Bien! ¡Estupendo! ¡Al menos hemos podido hacer algo de provecho hoy! ¡Uno más y podremos abandonar este maldito horno! ¿Quién nos queda, Morrow?

El subsecretario frunció el ceño y se caló las gafas.

—Mmm... Tenemos a un tal Yoru Sulfur —dijo bregando con aquel nombre tan inusual.

—¿Quién ha dicho?

—Mmm... Sulfir, o Sulfor, o algo así.

—Nunca había oído ese nombre —refunfuñó el Lord Chambelán—, ¿qué clase de hombre es? ¿Un tipo del sur? ¡Mientras no sea otro campesino!

El subsecretario revisó sus notas y tragó saliva.

—Un emisario.

—Vale, vale, pero, ¿de quién?

Morrow estaba literalmente encogido, como un niño que teme que le vayan a soltar un cachete.

—¡De la Gran Orden de los Magos! —soltó de una tirada.

Se produjo un instante de anonadado silencio. Las cejas de West se alzaron y la boca se le quedó abierta, y, aunque no podía verlo, supuso que tras

sus viseras los soldados debían de lucir idéntica expresión. De forma instintiva, hizo una mueca de dolor, anticipando la reacción del Lord Chambelán, pero Hoff sorprendió a todos soltando una monumental carcajada:

—¡Estupendo! Por fin vamos a divertirnos un poco. ¡Hace siglos que no teníamos aquí un Mago! ¡Hagan pasar al brujo ese! ¡No debemos hacerle esperar!

Yoru Sulfur resultó un poco decepcionante. Las ropas que llevaba eran bastante sencillas y estaban muy sucias; de hecho, apenas vestía mejor que el labriego Heath. Su báculo no estaba revestido de oro ni lucía en su empuñadura una reluciente bola de vidrio. Sus ojos no refulgían con una fuerza misteriosa. Parecía un hombre de lo más normal, un tipo de unos treinta y pico años, con aspecto de haber realizado un largo viaje, pero que, por lo demás, parecía sentirse absolutamente a sus anchas en presencia del Lord Chambelán.

—Buenas tardes, caballeros —dijo apoyándose en su báculo.

A West le estaba costando bastante trabajo adivinar su procedencia. De la Unión no, desde luego, tenía la piel demasiado oscura, y de Gurkhul o del lejano sur tampoco, su piel era demasiado clara. Del Norte y de Estiria tampoco. Debía de venir de más lejos, pero, ¿de dónde? Al mirarlo con más atención, West se percató de que tenía los ojos de distinto color, uno azul y el otro verde.

—Buenas tardes a usted también, caballero —dijo Hoff sonriendo como si realmente se las deseara—. Mi puerta siempre está abierta a la Gran Orden de los Magos. Dígame, ¿tengo el placer de estar hablando con el gran Bayaz en persona?

Sulfur parecía desconcertado.

—No, ¿es que me han anunciado mal? Soy Yoru Sulfur. El Maestro Bayaz es un caballero calvo —y, acto seguido, se pasó una mano por la mata rizada de cabellos castaños que cubría su cabeza—. Afuera, en la avenida, hay una estatua suya. Pero tuve el honor de estudiar con él varios años. Es un maestro muy sabio y poderoso.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! ¿Qué podemos hacer por usted?

Yoru Sulfur se aclaró la garganta, como si se dispusiera a relatar una historia:

—A la muerte del Rey Harod el Grande, Bayaz, el Primero de los Magos, abandonó la Unión. Pero juró regresar algún día.

—Sí, sí, así es —dijo entre risas Hoff—. Muy cierto, hasta los niños pequeños lo saben.

—Y declaró que antes de que eso sucediera vendría un heraldo que

anunciaría su llegada.

—Cierto también.

—Pues bien —dijo Sulfur sonriendo ampliamente—. Ése soy yo.

El Lord Chambelán estalló en un torrente de carcajadas:

—¡Ése es usted! —aulló dando golpes en la mesa. Harlen Morrow se permitió soltar una risita, pero se calló de inmediato cuando la sonrisa de Hoff comenzó a desvanecerse.

—Durante mi mandato como Lord Chambelán he recibido a tres miembros de la Gran Orden de los Magos que solicitaban audiencia con el Rey. Dos de ellos, evidentemente, estaban fuera de sus cabales, y el otro era un impostor de un descaro asombroso —apoyó los codos en la mesa, estiró los dedos y se inclinó hacia delante—. Dígame, maese Sulfur, ¿a qué clase de Magos pertenece usted?

—A ninguna de esas dos.

—Ya. En tal caso, traerá algún tipo de acreditación.

—Por supuesto. —Sulfur metió una mano en su zamarra y sacó una pequeña carta con un sello blanco que tenía estampado un extraño símbolo. Luego la dejó caer descuidadamente sobre la mesa delante del Lord Chambelán.

Hoff frunció el entrecejo. Cogió el documento y lo dio la vuelta. Examinó atentamente el sello, se secó la cara con la manga de la toga, rompió la cera, desdobló el grueso papel y se puso a leer.

Yoru Sulfur no daba ninguna muestra de nerviosismo. Ni siquiera parecía que le afectara el calor. Se puso a pasear por la habitación, saludó con la cabeza a los guardias encorazados y no pareció molestarle no obtener ninguna respuesta. De pronto, se volvió hacia West.

—Vaya un calor que hace aquí. Es sorprendente que estos pobres chicos no se desmayen y se estrellen contra el suelo montando un estruendo similar al de un aparador repleto de cacerolas —West parpadeó. Era exactamente lo mismo que él había pensado.

El Lord Chambelán depositó la carta sobre la mesa con sumo cuidado; su buen humor parecía haberse esfumado.

—No creo que el Consejo Abierto sea el lugar indicado para tratar de este asunto.

—Soy de la misma opinión. Tenía la esperanza de obtener una audiencia privada con el Lord Canciller Feekt.

—Me temo que eso no será posible —Hoff se humedeció los labios—. Lord Feekt ha muerto.

Sulfur torció el gesto.

—Es una auténtica desgracia.

—Cierto, cierto. Todos hemos sentido enormemente su pérdida. Pero estoy seguro de que otros miembros del Consejo Cerrado podrán atenderle.

Sulfur inclinó la cabeza.

—Me dejo guiar por usted, Lord Chambelán.

—Trataré de concertar una reunión para esta misma noche. Entretanto, le buscaremos en Agriont un alojamiento... acorde con su condición —hizo una seña a los guardias y las puertas se abrieron.

—Muchas gracias. Lord Hoff, maese Morrow, comandante West —Sulfur les fue saludando uno por uno con una elegante inclinación de cabeza, y luego se dio la vuelta y salió. Las puertas se cerraron una vez más. West, entretanto, no paraba de preguntarse cómo era posible que aquel hombre supiera su nombre.

Hoff se volvió hacia el subsecretario de Audiencias.

—Vaya inmediatamente a ver al Archilector Sult y dígale que tengo que verle cuanto antes. Luego vaya a por el Juez Marovia y el Lord Mariscal Varuz. Dígales que es un asunto de la máxima importancia, y no diga ni una palabra de esto a nadie más que a ellos tres —y agitando el dedo delante de la sudorosa cara de Morrow, añadió—: ¡Ni una palabra!

El subsecretario, que tenía los anteojos torcidos, se le quedó mirando.

—¡Ahora mismo! —rugió Hoff. Morrow se puso de pie de un salto, se tropezó con el dobladillo de su toga y luego salió apresuradamente por una puerta lateral. A West se le había quedado la boca seca, y tragó saliva.

Hoff dirigió a cada uno de los presentes una severa y prolongada mirada.

—En cuanto a ustedes, ¡ni una palabra de esto a nadie o tendrán que atenerse a las consecuencias! —los soldados abandonaron ruidosamente la sala.

West no necesitaba que lo animaran y los imitó, dejando al Lord Chambelán cavilando en su sitial. Mientras cerraba la puerta, una confusa maraña de pensamientos sombríos se agolpaba en su mente. Retazos de las viejas leyendas sobre los Magos, temores de guerra en el Norte, imágenes de un gigante encapuchado que se alzaba hasta casi tocar el techo. Ese día, Agriont había recibido unos visitantes extraños y siniestros, y aquel cúmulo de

preocupaciones empezaban a pesar en su ánimo. Trató de desembarazarse de ellas, diciéndose que no eran más que tonterías, pero entonces lo único en que pudo pensar fue en su hermana retozando por Agriont como una idiota.

West gruñó para sus adentros. Seguro que en ese preciso momento estaba con Luthar. ¿Por qué demonios se le había ocurrido presentarlos? Había esperado encontrarse a la misma jovencita patosa, enervante y deslenguada que recordaba de unos años atrás. Pero se había llevado una buena sorpresa cuando aquella mujer se presentó en sus aposentos. Casi no la había reconocido. Era una mujer hecha y derecha y, lo que era peor, muy atractiva. Luthar era arrogante, rico, apuesto y tenía el mismo autocontrol que cabe esperar de un niño de seis años. Sabía que habían vuelto a verse, y más de una vez. Sólo como amigos, claro. Ardee no conocía a nadie más allí. Sólo como amigos.

—¡Mierda! —maldijo. Era como poner a un gato junto a un plato de crema, confiando en que no se le ocurriría meter la lengua. ¿Por qué no lo había pensado mejor? ¡Aquello podía acabar en desastre! ¿Pero, a esas alturas, qué podía hacer él? Levantó la vista y miró hacia el fondo del pasillo.

No hay nada como contemplar la desgracia ajena para olvidarse de la propia, y al labriego Heath, desde luego, daba pena verlo. Estaba sentado a solas en un largo banco, pálido como un cadáver y con la mirada perdida. A falta de algún otro lugar adonde ir, debía de haber estado ahí sentado esperando inútilmente mientras los Sederos, los Hombres del Norte y el Mago entraban y salían. West echó un vistazo a ambos lados del pasillo. No se veía a nadie. Heath ni siquiera había advertido su presencia: tenía la boca abierta, los ojos vidriosos y en sus rodillas descansaba su desgastado sombrero.

No podía dejar así a aquel hombre, no tenía tripas para hacerlo.

—Buen hombre —dijo acercándosele. El campesino, sorprendido, alzó la cabeza, trató de coger torpemente su sombrero e hizo ademán de levantarse mientras murmuraba una disculpa.

—No, por favor, no se levante —West tomó asiento a su lado y bajó la vista para no tener que mirar a aquel hombre a los ojos. Durante unos instantes se hizo un silencio embarazoso—. Tengo un amigo en la Comisión de Tierra y Agricultura. Tal vez pueda hacer algo por usted... —se interrumpió azorado y miró de reojo al pasillo.

El campesino le dirigió una sonrisa apenada.

—Le agradeceré mucho cualquier cosa que pueda hacer.

—Claro, claro, desde luego. Haré lo que pueda —no serviría de nada, y ambos lo sabían. West hizo una mueca y se mordió el labio—. Será mejor que acepte esto —y, dicho aquello, metió su portamonedas entre los dedos

encallecidos del campesino. Heath entreabrió la boca y le miró a los ojos. West esbozó una sonrisa forzada y se puso de pie. Estaba deseando salir de allí.

—¡Señor! —le llamó, pero West se alejaba ya a toda prisa por el pasillo, y no se dio la vuelta.

En la lista

¿Por qué lo hago?

La negra silueta de la residencia de Villen dan Robb se recortaba sobre el despejado cielo nocturno. El edificio no tenía nada de particular: una casa de dos plantas con un muro bajo y una verja en la parte delantera, como tantas otras que había en esa misma calle. *Nuestro viejo amigo Rews vivía en una mansión palaciega cerca del mercado. Desde luego, Robb debería haberse mostrado un poco más ambicioso cuando se dejó sobornar por él. Claro que a nosotros nos viene muy bien que no fuera así.* En otras zonas de la ciudad, las grandes avenidas permanecían brillantemente iluminadas hasta el amanecer, repletas de juerguistas borrachos. Pero aquella callejuela quedaba muy apartada de las luces brillantes y las miradas indiscretas.

Podemos trabajar sin que nos molesten.

En una estrecha ventana del primer piso que había en uno de los costados del edificio ardía una luz. *Bien. Nuestro amigo está en casa. Pero aún despierto: no hay que meter ruido.* Se volvió hacia el Practicante Frost y le señaló el costado de la casa. El albino asintió con la cabeza y se deslizó sigiloso hacia el otro lado de la calle.

Glokta aguardó hasta que llegó al muro y desapareció entre las sombras que envolvían el costado de la casa, luego se volvió hacia Severard y señaló la entrada. Los ojos del desgarbado Practicante sonrieron un instante, y, a continuación, corrió agachado hasta el muro, lo saltó y cayó al otro lado sin hacer ruido.

De momento, todo perfecto. Pero ahora me toca a mí moverme. Glokta se preguntó por qué se le había ocurrido venir. Frost y Severard eran perfectamente capaces de ocuparse ellos solos de Robb, y su presencia allí sólo serviría para retrasarles. *Incluso podría pasar que me cayera de culo y alertara a ese imbécil. Entonces, ¿por qué he venido?* Pero sabía muy bien por qué. La excitación ya había empezado a subirle por la garganta. Casi le hacía sentirse vivo.

Llevaba la punta del bastón envuelta en un trapo para poder acercarse

renqueando hasta el muro sin armar demasiado escándalo. Severard había abierto la verja, sujetando sus goznes con su mano enguantada para que no hiciera ningún ruido. *Bien hecho. Para alguien como yo, ese pequeño muro es como tener que escalar una pared de treinta metros.*

Arrodillado en los escalones que había delante de la puerta de la casa, Severard hurgaba ya en la cerradura: la oreja pegada a la madera, los ojos entrecerrados en un gesto de concentración, las manos enguantadas moviéndose con soltura. El corazón de Glokta latía acelerado, la piel le hormigueaba debido a la tensión. *Ah, la emoción de la caza.*

Se oyó un leve clic y luego otro. Severard se metió las ganzúas en el bolsillo, alargó la mano y empezó a girar el picaporte, con mucha suavidad, con extrema lentitud. La puerta se abrió silenciosamente. *Qué tipo más útil. Si no los tuviera a Frost y a él, no sería más que un lisiado. Son mis manos, mis brazos, mis piernas. Pero yo soy su cerebro.* Severard se deslizó dentro y Glokta, gesticulando de dolor cada vez que apoyaba la pierna izquierda, lo siguió.

El vestíbulo estaba a oscuras, pero desde lo alto de las escaleras caía un haz de luz que proyectaba sobre el suelo de madera la distorsionada sombra del pasamanos. Glokta señaló las escaleras, y Severard asintió con un gesto y comenzó a avanzar de puntillas pegado a la pared. Le llevó una eternidad alcanzarlas.

Al apoyar su peso sobre el tercer peldaño se produjo un leve crujido. Glokta hizo una mueca de dolor. Severard se quedó paralizado. Aguardaron, quietos como estatuas. Desde el piso de arriba no llegó ningún ruido. Glokta respiró de nuevo. Severard continuó ascendiendo paso a paso. Cuando se encontraba cerca del final, se pegó a la pared y se asomó con cuidado, luego subió el último peldaño y se perdió de vista sin hacer ni el más mínimo ruido.

Frost surgió de entre las sombras al otro extremo del pasillo. Glokta le interrogó alzando las cejas, pero el Practicante hizo un gesto negativo. *No hay nadie en el piso de abajo.* Se volvió hacia la puerta de entrada y empezó a cerrarla poco a poco. Sólo cuando estuvo cerrada del todo, soltó muy lentamente el picaporte para que el pestillo regresara a su posición sin hacer ruido.

—Tiene que ver esto.

Ante aquel sonido imprevisto, Glokta dio un respingo y se volvió bruscamente: una aguda punzada de dolor le recorrió la espalda. Severard se encontraba de pie en lo alto de las escaleras con los brazos en jarras. El Practicante se dio la vuelta y se dirigió hacia el lugar de donde provenía la luz. Frost, renunciando a todo intento de no hacer ruido, subió corriendo las escaleras.

¿Por qué la gente no se queda nunca en el piso de abajo? Siempre tienen que

estar arriba. Al menos no tenía que preocuparse de no hacer ruido mientras ascendía penosamente detrás de sus Practicantes, con su pie derecho dando golpes secos y su pie izquierdo arrastrándose por los tablones de las escaleras. El pasillo de arriba estaba iluminado por un chorro de luz que salía de una puerta abierta. Glokta se dirigió hacia ella. Al cruzar el umbral se detuvo un instante para recobrar el aliento.

Señor, qué desbarajuste. Una enorme estantería había sido arrancada de cuajo de la pared, y, desparramados por el suelo, había gran cantidad de libros, unos abiertos y otros cerrados. Volcada sobre un escritorio, había una copa de vino, cuyo contenido había convertido los papeles arrugados que había por encima en unos guiñapos teñidos de rojo. La cama estaba hecha un desastre: las mantas y las sábanas estaban a medio quitar, y las almohadas y el colchón habían sido rajados y soltaban plumas. Había un armario con las dos puertas abiertas, una de ellas medio desencajada. Dentro quedaban algunas prendas hechas jirones, pero la mayoría de ellas se apilaban en el suelo formando un montón de harapos.

Debajo de la ventana había un apuesto joven, tendido de espaldas, que miraba al techo con el rostro pálido y la boca abierta.

Huelga decir que le habían rebanado el pescuezo. El tajo había sido tan brutal que la cabeza se encontraba casi separada del tronco. Había sangre por todas partes: en las ropas desgarradas, en el colchón acuchillado, por todo el cuerpo del joven. En una de las paredes se veían las huellas de unas manos teñidas de rojo, y buena parte del suelo estaba cubierto por un gran charco de sangre todavía húmeda... *Lo han matado esta misma noche. Puede que hace sólo un par de horas. Tal vez hace sólo unos minutos.*

—No parece que esté en condiciones de responder a nuestras preguntas —dijo Severard.

—En efecto. Tiene toda la pinta de estar muerto —Glokta repasó el destrozo con la mirada—. Pero, ¿cómo ha ocurrido?

Frost alzó una de sus pálidas cejas y sus ojos rosáceos le miraron fijamente.

—¿Veneno?

Severard lanzó una carcajada bajo su máscara. Incluso Glokta se permitió soltar una risita.

—Desde luego. Pero, ¿cómo ha logrado entrar nuestro querido amigo veneno?

—Abriendo una ventana —mascculló Frost señalando al suelo.

Glokta entró en la habitación, procurando que ni sus pies ni su bastón

entraran en contacto con la pegajosa mezcolanza de sangre y plumas.

—De modo que, al igual que hemos hecho nosotros, el tal veneno vio que había luz, entró por la ventana del piso de abajo y, luego, subió silenciosamente las escaleras —Glokta dio la vuelta a las manos del cadáver con la punta del bastón. *Unas cuantas gotas de sangre provenientes del corte del cuello, pero ni rastro de heridas en los nudillos o en los dedos. No hubo lucha. Le cogieron desprevenido.* Se inclinó hacia abajo, apoyándose en el bastón, y echó un vistazo a la raja del cuello.

—Un solo tajo, pero muy profundo. Con un cuchillo, probablemente.

—Y, ni corto ni perezoso, el bueno de Villem dan Robb empezó a perder el preciado líquido a borbotones.

—Dejándonos a nosotros sin un confidente —caviló Glokta en voz alta. No había sangre en el pasillo. *A pesar de todo este caos, nuestro hombre se cuidó mucho de no mancharse los pies mientras registraba la habitación. No estaba furioso ni asustado. Simplemente trataba de hacer bien su trabajo.*

»El asesino era un profesional —murmuró Glokta—, entró aquí con el expreso propósito de matarle. Luego, tal vez intentó que el asunto pareciera un robo, ¿quién sabe? Sea como sea, el Archilector no se dará por satisfecho con un cadáver —alzó la vista hacia los dos Practicantes— ¿Quién es el siguiente de la lista?

Esta vez sí que había habido lucha, de eso no cabía duda. *Aunque, desde luego, bastante desigual.* Solimo Scandi se encontraba de cara a la pared, desplomado sobre un costado, como si le avergonzara el estado de destrozo en que se encontraba su camisón. Tenía los antebrazos surcados de profundos cortes. *Al tratar de zafarse de la cuchilla inútilmente.* Se había arrastrado por el suelo, dejando tras de sí un reguero de sangre en la pulida madera. *Mientras intentaba alejarse inútilmente.* No lo había conseguido, desde luego. Las cuatro profundas cuchilladas que tenía en la espalda habían acabado con él.

Mientras contemplaba el cadáver ensangrentado, el rostro de Glokta comenzó a palpitar. *Un cadáver puede ser una casualidad. Dos, son una conspiración.* Sus párpados se agitaron con un temblor. *Quienquiera que haya hecho esto sabía que vendríamos, cuándo vendríamos y a por quién vendríamos. Nos llevan la delantera. Lo más probable es que a estas alturas nuestra lista de cómplices se haya convertido en una lista de cadáveres.* Sonó un crujido a su espalda y la cabeza de Glokta se volvió rápidamente, haciendo que su rígido cuello se viera sacudido por un latigazo de dolor. No era más que la ventana, movida por la brisa. *Calma, ten*

calma y piensa bien las cosas.

—Se diría que el honorable Gremio de los Sederos ha estado poniendo en orden su propia casa.

—¿Cómo han podido enterarse? —mascullό Severard.

Valiente pregunta.

—Tienen que haber visto la lista de Rews o haber recibido información sobre los nombres que figuraban en ella. *Lo cual significa...* —Glokta se chupó las encías—. Alguien de la Inquisición se ha ido de la lengua.

Por una vez los ojos de Severard no sonreían.

—Si saben quién figura en la lista, tienen que saber también quién la escribió. Saben quiénes somos.

¿Tres nombres añadidos a la lista tal vez? ¿Justo al final? Glokta sonrió. *Muy emocionante.*

—¿Estás asustado?

—Contento, desde luego, no estoy —bajó la vista hacia el cadáver—. Acabar con un cuchillo clavado en la espalda no entra dentro de mis planes.

—Ni de los míos, Severard, puedes estar seguro. —*Desde luego que no. Si me matan nunca sabré quién nos ha traicionado.*

Y quiero saberlo.

Hacía un soleado día de primavera, y el parque estaba repleto de petimetres y ociosos de las más variadas especies. Sentado muy quieto en un banco, a la balsámica sombra de un frondoso árbol, Glokta contemplaba el resplandeciente verdor, las aguas centelleantes y a la feliz, achispada y muy colorida multitud. La gente se apretujaba en los bancos que bordeaban el estanque, y, desperdigados por la hierba, se veían grupos y parejas que bebían y charlaban, disfrutando del sol. No parecía haber sitio para nadie más.

Aun así, nadie venía a sentarse al lado de Glokta. De tanto en tanto, aparecía alguna persona que, sorprendida de la inmensa suerte que había tenido al dar con un sitio libre tan estupendo, se acercaba corriendo al banco. Pero, en cuanto le veían, les cambiaba la cara y, de inmediato, daban un rodeo o pasaban de largo como si nunca hubieran tenido la intención de sentarse allí. *Huyen de mí como de la peste. Bueno, tal vez sea mejor así. No necesito su compañía.*

Se fijó en un grupo de jóvenes soldados que remaban en un bote en el estanque. Uno de ellos estaba de pie y se balanceaba sobre la cubierta con una

botella en la mano. El bote se mecía peligrosamente y sus compañeros le gritaban que se sentara. Vagas ráfagas de alegres carcajadas, ligeramente desfasadas debido a la distancia, llegaban flotando por el aire. *Son como niños. Qué jóvenes se les ve. Qué inocentes. Así era yo hace no tanto tiempo. Pero ahora parece que hubieran pasado mil años. O más, Parece como si fuera un mundo distinto.*

—Glokta.

Se hizo sombra con una mano y alzó la vista. Era el Archilector Sult, que por fin había llegado: su silueta espigada y oscura se recortaba sobre el cielo azul. Mientras el Archilector le dirigía una mirada gélida, Glokta pensó que su rostro parecía estar más fatigado, arrugado y demacrado que de costumbre.

—Más vale que se trate de algo importante —Sult sacudió hacia atrás los faldones de su largo gabán marrón y se sentó muy dignamente en el banco—. Los plebeyos han vuelto a alzarse en armas cerca de Keln. ¡A un asno de terrateniente se le ocurre ahorcar a unos cuantos campesinos y ahora tenemos montado un buen follón! ¿Tan difícil es manejar un pedazo de tierra con unos cuantos campesinos? ¡No hace falta tratarlos bien, pero tampoco se les puede ahorcar sin más! —Su boca formaba una línea recta mientras fulminaba con la mirada las praderas de hierba—. Más vale que se trate de algo importante, maldita sea.

Bien, procuraré no decepcionarle.

—Villen dan Robb ha muerto —como si pretendiera recalcar su afirmación, el soldado borracho se resbaló y cayó por un costado del barco yendo a parar al agua. Al cabo de unos instantes, las carcajadas de sus amigos llegaron a oídos de Glokta—. Le han asesinado.

—Hummm, esas cosas ocurren a veces. Vaya a por el siguiente de la lista —Sult se levantó con cara de pocos amigos—. No pensé que fuera a solicitar mi aprobación para cualquier pequeño detalle. Por eso le elegí para este trabajo. ¡Siga con ello! —le espetó antes de darse media vuelta.

A qué vienen esas prisas, Archilector. Ese es el problema que tiene la gente que dispone de un buen par de piernas, que siempre van corriendo a todas partes. En cambio, cuando a uno no le resulta tan fácil moverse, sólo lo hace en el momento preciso.

—El siguiente de la lista también ha sufrido un percance.

Sult se volvió y arqueó levemente una ceja.

—¿En serio?

—Todos lo han sufrido.

El Archilector frunció la boca y volvió a sentarse en el banco.

—¿Todos?

—Todos.

—Hummm —musitó Sult—. Interesante. Los Sederos están haciendo limpia, ¿no es así? La verdad, no esperaba que se mostraran tan implacables. Está claro que los tiempos están cambiando, ciertamente están... —se interrumpió y comenzó a torcer el gesto—. Cree que alguien les ha dado la lista de Rews, ¿me equivoco? Cree que uno de los nuestros se ha ido de la lengua. Por eso me ha pedido que viniera, ¿verdad?

¿No pensará que lo he hecho para ahorrarme los escalones?

—¿Todos asesinados? ¿Todos los nombres de la lista? ¿La misma noche que fuimos a arrestarlos? No creo demasiado en las coincidencias. *¿Y usted, Archilector?*

Él tampoco, estaba claro. Su rostro había adquirido una expresión sombría.

—¿Quién ha visto la confesión?

—Yo, y mis dos Practicantes, por supuesto.

—¿Son de su total confianza?

—Absolutamente —se produjo un breve silencio. El bote iba a la deriva. Los soldados daban vueltas por la cubierta con los remos alzados y el hombre que estaba en el agua reía y los salpicaba.

—La confesión permaneció algún tiempo en mi despacho —murmuró el Archilector—. Es posible que algunos de mis subordinados la viera. Sí, es posible.

—¿Son de su total confianza, Eminencia?

Sult miró fijamente a Glokta durante un gélido instante.

—No se atreverían. Saben cómo me las gasto.

—Entonces sólo nos queda el Superior Kalyne —dijo Glokta bajando la voz.

El Archilector habló sin apenas mover los labios.

—Más vale que sepa por dónde pisa, Inquisidor, más vale. Se está usted metiendo en un terreno bastante resbaladizo. Pese a lo que pueda parecer, los idiotas no suelen llegar a Superiores de la Inquisición. Kalyne tiene muchos amigos, tanto dentro del Pabellón de los Interrogatorios como fuera de él. Amigos poderosos. Cualquier acusación contra él tiene que estar respaldada por pruebas muy concluyentes —Sult hizo una pausa esperando a que pasara de largo un grupo de señoras—. Muy concluyentes —susurró una vez que se alejaron—. Encuéntreme a ese asesino.

Eso se dice pronto.

—Por supuesto, Eminencia, pero me temo que mi investigación ha llegado a un punto muerto.

—No del todo. Todavía nos queda un as en la manga. Rews.

¿Rews?

—Pero, Archilector, a estas alturas ya estará en Angland. —*Sudando la gota gorda en las profundidades de un mina o algo por el estilo. Suponiendo que haya aguantado tanto.*

—No. Se encuentra aquí, en Agriont, encerrado bajo siete llaves. Pensé que sería mejor tenerlo cerca. —Glokta hizo todo lo posible por disimular su sorpresa. *Astuto. Muy astuto. Al parecer, los idiotas tampoco llegan a Archilectores*—. Rews será su señuelo. Haré llegar a Kalyne un mensaje a través de mi secretario informándole de que he decidido aflojar un poco las tuercas. Que voy a permitir que los Sederos sigan actuando, aunque bajo un control más estricto. Y que, como gesto de buena voluntad, he dejado libre a Rews. Si Kalyne es la fuente de la filtración, seguro que hará saber a los Sederos que hemos soltado a Rews. Seguro que enviarán al asesino para que le haga pagar por haberse ido de la lengua. Y seguro que usted podrá atraparlo cuando lo intente. Si el asesino no se presenta, tal vez tengamos que buscar a nuestro traidor en alguna otra parte, pero, en cualquier caso, no habremos perdido nada.

—Un plan excelente, Eminencia.

Sult le miró con frialdad.

—Naturalmente. Tendrá que operar desde fuera del Pabellón de los Interrogatorios. Me ocuparé de hacerle llegar los fondos necesarios, haré que entreguen a Rews a sus Practicantes y le comunicaré el momento en que la noticia llegue a Kalyne. Encuentre a ese asesino, Glokta, encuéntrele y estrújele bien. Estrújele hasta que las pepitas crujan —el bote daba violentos bandazos mientras los soldados trataban de subir a bordo a su empapado compañero. De pronto, el bote se volcó y todos cayeron al agua.

—Quiero nombres —susurró Sult lanzando una mirada ceñuda a los soldados que chapoteaban en el agua—. Nombres, pruebas, documentos y gente que esté dispuesta a presentar una acusación ante el Consejo Abierto —se levantó del banco—. Manténgame informado —dicho aquello, se alejó a grandes zancadas en dirección al Pabellón de los Interrogatorios, arrancando leves crujidos a la gravilla del sendero. Glokta le siguió con la vista. *Un plan excelente. Me alegro de que esté de mi parte, Archilector. ¿Porque está de mi parte, no?*

Los soldados habían conseguido sacar el bote volcado a la orilla y estaban de pie junto a él, chorreando y chillándose los unos a los otros. Del

buen humor de antes ya no había ni rastro. Uno de los remos había quedado abandonado en el agua y flotaba a la deriva hacia el lugar en el que la corriente salía del estanque. Pronto pasaría bajo el puente y sería arrastrado por debajo de las murallas de Agriont hasta desembocar finalmente en el foso. Mientras avanzaba por el agua girando lentamente, Glokta lo siguió un rato con la vista. *Un error. Hay que cuidar los pequeños detalles. Es fácil pasar por alto las cosas pequeñas: un bote sin remos no sirve de nada.*

Dejó que su vista vagara por los rostros que poblaban el parque. Sus ojos se posaron en una atractiva pareja que se encontraba sentada en uno de los bancos que había junto al estanque. Un joven, con semblante serio y apenado, decía algo en voz baja a una muchacha. De pronto, la chica se levantó como un resorte y se alejó cubriéndose el rostro con ambas manos. *Ah, el dolor de la amante despechada. La pérdida, la rabia, la vergüenza. Crees que nunca conseguirás superarlo. ¿Qué poeta fue el que escribió que no había nada que doliera tanto como un corazón roto? Sentimentalismo barato. No le habría venido mal pasar algún tiempo en las mazmorras del Emperador.* Sonrió, abrió la boca y se lamió las encías que antiguamente ocuparon sus dientes delanteros. *Los corazones rotos se recuperan con el tiempo, los dientes rotos no se recuperan jamás.*

Glokta miró al joven. Contemplaba a la muchacha que se alejaba llorando con una leve expresión de regodeo. *¡El muy cabrón! Me pregunto si habrá roto tantos corazones como rompí yo en mi juventud. Ahora me parece casi increíble. Necesito lo menos media hora para hacer acopio del valor suficiente para ponerme de pie. De un tiempo a esta parte, a las únicas mujeres a las que hago llorar es a las esposas de los hombres que exilio a Angland...*

—Sand.

Glokta se volvió.

—Lord Mariscal Varuz, qué honor.

—Oh, por favor, no te levantes —dijo el anciano soldado, sentándose en el banco con los movimientos ágiles y precisos de un maestro de esgrima—. Se te ve bien —dijo sin tan siquiera mirarle. *Bien lisiado, querrás decir*—. ¿Cómo estás, viejo amigo? —*Estoy lisiado, maldito asno pomposo. ¿Cómo me has llamado? ¿Amigo? Hace años que volví y en todo ese tiempo no has venido a verme ni una sola vez. ¿A eso le llamas amistad?*

—Bastante bien, gracias, Lord Mariscal.

Varuz se rebulló intranquilo en el banco.

—Quisiera hablarte de mi actual pupilo, el capitán Luthar... no sé si lo conoces.

—Hemos sido presentados.

—Deberías ver sus formas —Varuz sacudió la cabeza con pesar—. Tiene talento, de eso no hay duda, pero nunca llegará a ser como tú, Sand. —*Nunca se sabe. Tal vez algún día llegue a estar igual de lisiado que yo*—. Pero tiene talento, suficiente para ganar incluso. Lo malo es que lo está malgastando. Lo desaprovecha. —*Oh, qué trágico. Me pone tan triste que me parece que voy a vomitar, ¿Qué he comido esta mañana?*

»Es perezoso, Sand, y muy tozudo. Le falta coraje. Le falta dedicación. No pone el corazón en lo que hace, y el tiempo se está agotando. Me preguntaba si no te importaría, en caso de que no estés demasiado ocupado, por supuesto —Varuz miró a Glokta a los ojos durante un instante—, hacerme el favor de hablar con él.

¡Me muero de ganas! Soltarle una charla a ese asno llorica es el sueño de mi vida. Arrogante botarate, ¿cómo te atreves a pedirme nada? Labraste tu reputación con mis éxitos, y, cuando necesité tu ayuda, me dejaste en la estacada. ¿Y ahora acudes a mí y me llamas amigo?

—Cómo no, Mariscal Varuz, estaré encantado de hablar con él. Lo que sea por un viejo amigo.

—Estupendo, estupendo. ¡Estoy seguro de que tú le harás cambiar! Entrenamos todas las mañanas en el patio que hay junto a la Casa del Creador, en el mismo sitio donde solía entrenar contigo... —el anciano Mariscal se interrumpió azorado.

—Iré en cuanto me lo permitan mis obligaciones.

—Tus obligaciones, claro, claro... —Varuz ya había empezado a levantarse; era obvio que estaba deseando largarse. Glokta le tendió la mano, obligando al anciano soldado a detenerse un instante. *No hay de qué preocuparse, Lord Mariscal, no es contagioso.* Varuz se la estrechó fláccidamente, como si tuviera miedo de que fuera a romperse, y, luego, se excusó con un susurro y se alejó a buen paso con la cabeza erguida. Los empapados soldados del bote se inclinaron y lo saludaron mientras pasaba junto a ellos con gesto aturdido.

Glokta estiró una pierna y trató de decidir si debía intentar levantarse. *¿Para ir adónde? El mundo no se acabará si me quedo aquí un rato más. Qué prisa hay. Qué prisa.*

Una propuesta y un obsequio

—¡Adelante! —bramó el Mariscal Varuz.

En un intento desesperado de conservar el equilibrio, Jezal enroscó la punta de los pies sobre el borde de la barra, avanzó bamboleándose hacia su maestro y lanzó un par de torpes ataques para que pareciera que tenía la cabeza puesta en lo que estaba haciendo. Las cuatro horas de entrenamiento diario le estaban pasando factura y su estado físico hacía tiempo que había superado ya el mero agotamiento.

Varuz frunció el ceño, desvío el acero romo de Jezal y empezó a avanzar por la barra con la misma soltura que si se tratara del sendero de un jardín.

—¡Atrás!

Jezal se apoyó en los talones, hizo unos ridículos movimientos con el brazo izquierdo para no perder el equilibrio y se trastabilló hacia atrás. De rodillas para arriba le dolía todo el cuerpo. Pero de rodillas para abajo era aún peor. Varuz, pese a tener más de sesenta años, no daba muestras de fatiga. Ni siquiera sudaba mientras se desplazaba por la barra como un danzarín, azotando el aire con sus aceros. Jezal, en cambio, jadeaba sin parar, estaba completamente desequilibrado, y, mientras paraba los ataques a la desesperada con su mano izquierda, tanteaba el aire con su pie derecho buscando apoyo en el tramo de barra que tenía detrás.

—¡Y adelante! —Jezal cambió de dirección, sintió un agudo dolor en las pantorrillas y lanzó un golpe contra el exasperante anciano. Pero Varuz, en lugar de retroceder, se coló por debajo de las desesperadas estocadas de Jezal y le barrió los pies con el dorso del brazo.

Jezal soltó un alarido mientras el patio daba una vuelta de campana por encima de su cabeza. Se golpeó la pierna contra el borde de la barra, cayó de bruces sobre la hierba y su barbilla se estampó contra el césped haciendo que le castañetearan los dientes. Rodó un trecho por el suelo y, finalmente, se quedó de espaldas, boqueando como un pez recién sacado del agua, y con la pierna palpitando en el lugar donde había recibido el impacto de la barra. A la mañana

siguiente habría añadido un feo moratón a su colección.

—Horroroso, Jezal, horroroso —gritó el veterano soldado aterrizando en la hierba de un ágil salto—. ¡Se tambalea usted más que si estuviera andando por la cuerda floja! —Jezal se dio media vuelta en el suelo, soltó una maldición y se puso trabajosamente de pie—. ¡Este bloque de roble macizo es lo bastante ancho como para perderse en él! —para demostrarlo, el Lord Mariscal le dio a la barra un tajo que hizo saltar numerosas astillas.

—Creí que había dicho hacia delante —se quejó Jezal.

Varuz enarcó bruscamente las cejas.

—¿Realmente cree usted, capitán Luthar, que alguien como Bremer dan Gorst proporciona a sus contrincantes información fiable sobre sus intenciones?

¡Bremer dan Gorst tratará de vencerme, maldito viejo! ¡Y se supone que usted me está ayudando para que sea yo quien le venza a él! Eso era lo que pensaba Jezal, pero no era tan imbécil como para soltarlo. Se limitó a permanecer en silencio, sacudiendo la cabeza.

—¡No, desde luego que no! ¡Hace todo lo que esté en su mano para engañar y confundir a su contrincante, como deben hacer todos los grandes espadachines! —el Lord Mariscal caminaba de un lado para otro, negando con la cabeza. Jezal volvió a plantearse la posibilidad de mandarlo todo a paseo. Estaba harto de caer exhausto en la cama todas las noches a una hora a la que debería estar empezando a emborracharse. Estaba harto de despertarse amoratado y dolorido todas las mañanas y tener que afrontar cuatro interminables horas de carrera, barra de equilibrio, mazo y formas. Estaba harto de que el comandante West le diera golpes en el trasero. Y, por encima de todo, estaba harto de tener que sufrir el escarnio de aquel viejo idiota.

—... una actuación decepcionante, capitán, muy decepcionante. De hecho, estoy convencido de que va usted a peor...

Jamás ganaría el Certamen. Nadie lo esperaba, y él menos que nadie. ¿Por qué no mandarlo todo a paseo y retomar sus juegos de cartas y sus noches de juerga? ¿Acaso no era lo único que le pedía a la vida? Pero entonces, ¿qué le diferenciaría de tantos otros miles de jóvenes vástagos de la nobleza? Hacía mucho que había decidido que quería llegar a ser alguien. Un Lord Mariscal tal vez, y, luego, Lord Chambelán. Alguien grande e importante en todo caso. Quería disponer de un sitial en el Consejo Cerrado y tomar decisiones trascendentales. Quería que todo el mundo le adulara, le sonriera y estuviera pendiente de cada una de sus palabras. Quería que, al verle pasar, la gente susurrara: «¡Mira, mira, ese es Lord Luthar!». ¿Se conformaría con ser durante el resto de su vida una versión más rica, inteligente y apuesta del teniente Brint? ¡Puaj! No quería ni pensarlo.

—... Nos queda un trecho enormemente largo que recorrer, y, a no ser que cambie usted de actitud, no habrá tiempo para alcanzar los objetivos que nos habíamos marcado. Sus combates de entrenamiento son lamentables, su resistencia sigue siendo insuficiente y, en cuanto a su equilibrio, mejor ni hablar...

¿Y qué pensaría la gente si lo mandaba todo a paseo? ¿Cómo reaccionaría su padre? ¿Qué dirían sus hermanos? ¿Y el resto de los oficiales? Le tomarían por un cobarde. Y luego estaba Ardee West. Últimamente no podía quitársela de la cabeza. ¿Se le pegaría tanto si dejaba la esgrima? ¿Le hablaría en ese tono tan dulce? ¿Le reiría los chistes? ¿Alzaría sus ojazos negros para mirarle, acercándose a él hasta casi hacerle sentir su aliento en la cara...?

—¿Oye lo que le digo, muchacho? —tronó Varuz. Jezal casi notaba su aliento en la cara, unas gotitas de saliva incluso.

—¡Sí, señor! ¡Combates de entrenamiento lamentables, insuficiente resistencia! —Jezal tragó saliva con nerviosismo—. ¡Y del equilibrio, mejor ni hablar!

—¡Exacto! No quiero ni pensarlo, pero empiezo a tener la impresión de que después de todas las molestias que me ha causado resulta que no tiene interés en esto —dijo fulminando *a Jezal* con la mirada—. ¿Qué opina usted, comandante?

No hubo respuesta. West se encontraba medio tirado en una silla, con los brazos cruzados y la mirada ausente.

—¿Comandante? —le espetó el Lord Mariscal.

West alzó la vista de golpe, como si acabara de advertir su presencia.

—Lo siento, señor, estaba distraído.

—Ya lo he notado —Varuz apretó los dientes y tomó aire—. Parece que esta mañana nadie es capaz de concentrarse —era un alivio que parte de la ira del viejo se hubiera desviado hacia otro lugar, pero la felicidad de Jezal fue de corta duración.

—Muy bien —dijo bruscamente el viejo Mariscal—, usted se lo ha buscado. A partir de mañana iniciaremos el entrenamiento con una sesión de natación en el foso. Uno o dos kilómetros será suficiente —Jezal apretó los dientes para no pegar un grito—. El agua fría es ideal para agudizar los sentidos. Y tal vez convenga que empecemos un poco más temprano, para que su disposición mental sea la más adecuada. En otras palabras, empezaremos a las cinco. Entretanto, capitán Luthar, le sugiero que se plantee si está aquí para ganar el Certamen o simplemente para disfrutar de mi compañía —y, dicho aquello, se volvió sobre sus talones y se alejó hecho una furia.

Jezal esperó a que Varuz saliera del patio para perder los estribos, pero una vez que estuvo seguro de que el anciano ya no podía oírle, lleno de rabia, estrelló los aceros contra el muro.

—¡Maldita sea! —gritó, mientras las espadas rebotaban contra el suelo con un repiqueteo—. ¡Mierda! —se dio media vuelta y buscó algún objeto al que pudiera propinar una patada sin hacerse demasiado daño. Sus ojos se posaron en la pata de la barra de equilibrios, pero calculó mal el puntapié y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para refrenar la apremiante necesidad de agarrarse su lastimado pie y ponerse a dar botes a la pata coja como un idiota—. ¡Mierda, mierda! —rabiaba.

Para su decepción, West no parecía en absoluto impresionado. Se levantó con el gesto torcido e hizo ademán de seguir al Mariscal Varuz.

—¿Adónde vas? —inquirió Jezal.

—Lejos —dijo West por encima del hombro—. Ya he visto bastante.

—¿Qué quieres decir con eso?

West se detuvo y se volvió para encararle.

—Por increíble que te parezca, en el mundo hay problemas más importantes que éste.

Jezal se quedó boquiabierto, mientras West se alejaba por el patio.

—¿Quién te crees que eres? —le gritó cuando estuvo seguro de que ya estaba lo bastante lejos—. ¡Mierda, mierda! —Estuvo tentado de propinarle otra patada a la barra, pero se lo pensó mejor.

Jezal estaba de tan mal humor que había decidido regresar al acuartelamiento evitando las zonas más concurridas de Agriont y había enfilado por las callejuelas y los jardines más tranquilos que bordeaban la Vía Regia. Como medida adicional para ahuyentar cualquier encuentro social, caminaba mirándose los pies con el ceño fruncido. Pero aquel día la suerte no estaba de su lado.

—¡Jezal! —era Kaspa, que estaba paseando con una joven rubia ataviada con unas prendas de aspecto bastante caro. Les acompañaba una mujer de mediana edad y semblante severo, seguramente la gobernanta de la chica. Se habían detenido para admirar una insulsa escultura que decoraba un patio bastante poco frecuentado—. ¡Jezal! —volvió a gritar Kaspa, haciendo ondear su sombrero por encima de su cabeza. No había manera de esquivarlos. Dibujó en su rostro una sonrisa forzada y se dirigió hacia ellos. Cuando estuvo cerca, la

muchacha pálida le sonrió; pero si lo que pretendía era cautivarle, fracasó estrepitosamente—. ¿Qué, Luthar, vienes de darle al esgrima? —preguntó banalmente Kaspa.

Jezal estaba empapado de sudor y llevaba los dos aceros en las manos. Era bien sabido que se entrenaba todas las mañanas. No hacía falta tener muchas luces para hacer esa deducción, lo cual era una suerte, porque Kaspa, desde luego, no las tenía.

—Sí. ¿Cómo lo has adivinado? —no era intención de Jezal matar la conversación de una forma tan brusca, pero desdramatizó el asunto soltando una risa forzada, y, de inmediato, volvieron a aparecer las sonrisas en el semblante de las dos damas.

—Ja, ja —río Kaspa, predispuesto como siempre a ser el blanco de todas las bromas—. Jezal, permíteme que te presente a mi prima, Lady Ariss dan Kaspa. Este es mi oficial superior, el capitán Luthar. —Así que ésta era la famosa prima. Una de las más ricas herederas de La Unión, perteneciente además a una excelente familia. Kaspa nunca se cansaba de decirles lo guapa que era, pero a Jezal le pareció una criatura pálida, flaca y de aspecto enfermizo. La joven esbozó una sonrisa y le tendió flácidamente su blanca mano. Jezal la rozó con los labios con un beso mecánico.

—Encantado —musitó sin ningún entusiasmo—. Debo pedirle disculpas por mi aspecto. Vengo de hacer prácticas de esgrima.

—Ah, sí. He oído decir que es usted un gran espadachín —dijo con voz aguda y chillona la joven, una vez que estuvo segura de que él ya había acabado de hablar. Se produjo un instante de silencio mientras la muchacha encontraba algo más que decir, pero, de pronto, se le iluminaron los ojos—. Dígame, capitán, ¿es muy peligroso eso de la esgrima?

Por favor, qué sosería.

—Oh, no, señorita, para luchar en el círculo sólo empleamos espadas romas —podría haber dicho algo más, pero no tenía ni la más mínima intención de tomarse la molestia. Acompañó sus palabras con una tenue sonrisa. Y ella se la devolvió. La conversación amenazaba con irse a pique.

Agotado el tema de la esgrima, Jezal se disponía ya a dar una excusa y a largarse, cuando Ariss le interrumpió sacando otro tema.

—Y dígame, capitán, ¿es cierto que puede estallar una guerra en el Norte? —su voz casi se había desvanecido al llegar al final de la frase, pero la carabina la miraba con gesto aprobatorio, encantada sin duda de las dotes comunicativas de su protegida.

Piedad.

—Bueno, me parece que... —comenzó a decir Jezal. Los ojos azul claro de Lady Ariss le miraban expectantes. Los ojos azules son una auténtica basura, se dijo Jezal para sus adentros. ¿De qué tema sabría menos aquella chica, de esgrima o de política?— ¿Usted qué piensa?

El ceño de la carabina se arrugó levemente. Lady Ariss, por su parte, parecía un tanto desconcertada, y, mientras trataba de dar con las palabras, se sonrojó un poco.

—Bueno, mmm... en fin... estoy segura de que todo... ¿acabará bien?

¡Benditos sean los hados, estamos salvados!, pensó Jezal. Tenía que largarse de allí como fuera.

—Claro que sí, todo acabará bien —se forzó a sonreír una vez más—. Ha sido un placer conocerla, pero mi turno de guardia empieza dentro de poco, así que me temo que voy a tener que dejarles —acto seguido, se inclinó con gélida cortesía—: Teniente Kaspa, Lady Ariss.

Kaspa, tan cordial como de costumbre, le dio una palmada en el brazo. La desvalida e ignorante prima sonrió con aire vacilante. La gobernanta, en cambio, le lanzó una mirada torva cuando pasó por su lado. Jezal pasó olímpicamente de ella.

Jezal llegó a la Rotonda de los Lores justo en el momento en que los miembros del Consejo regresaban del receso de la hora de la comida. Saludó a los guardias del vestíbulo con un seco movimiento de cabeza y luego atravesó el enorme portal y bajó por el pasillo central. Mientras bordeaba la pared curva para acceder a su puesto tras la mesa presidencial, una deslavazada columna integrada por los pares del reino le pisaba los talones, llenando el amplio espacio con los ecos de sus pasos, gruñidos y murmullos.

—¿Qué tal ha ido la esgrima, Jezal? —era Jalenhorm, que por una vez había llegado pronto y no quería desaprovechar la oportunidad de charlar un poco antes de que llegara el Lord Chambelán.

—He tenido mejores mañanas. ¿Y tú?

—Oh, yo me lo he pasado estupendamente. He conocido a la prima esa de Kaspa. Ay, ¿cómo se llama? —Jalenhorm trató de dar con el nombre.

Jezal suspiró.

—Lady Ariss.

—¡Sí, eso es! ¿La has visto?

—He tenido la suerte de toparme con ellos hace un momento.

—¡Guau! —exclamó Jalenhorm frunciendo la boca—. ¿No me digas que no es una preciosidad?

—Hummm —Jezal, aburrido, miró para otro lado y vio cómo los notables del reino, ataviados con sus togas ribeteadas de pieles, desfilaban lentamente en dirección a sus escaños. O al menos vio un muestrario de sus hijos menos favorecidos y de sus apoderados a sueldo. En los últimos tiempos era bastante raro que los magnates acudieran en persona al Consejo Abierto, a no ser que tuvieran alguna queja importante que presentar. De hecho, muchos de ellos ni siquiera se molestaban en enviar a alguien para que los representara.

—Te juro que es una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida. Ya sé que Kaspa siempre está hablando maravillas de ella, pero para mí que se queda corto.

—Hummm.

Los consejeros empezaron a desperdigarse para dirigirse a sus respectivos escaños. La Rotonda de los Lores estaba concebida como si fuera un teatro, en el que los principales nobles de La Unión ocupaban el lugar destinado al público: un amplio hemiciclo de bancos escalonados con un pasillo que lo cruzaba por el centro. Como suele ocurrir en los teatros, no todos los sitios eran igual de buenos. Los menos importantes se sentaban al fondo, en la parte más alta, y la importancia de los ocupantes de los escaños crecía conforme se avanzaba hacia delante. La fila delantera estaba reservada a las cabezas de los principales linajes, o a quienquiera que enviaran en su lugar. Los representantes del sur, las gentes de Dagoska y de Westport se situaban a la izquierda, muy cerca de donde se encontraba Jezal. Al otro extremo, a la derecha, se situaban los del norte y los del oeste, las gentes de Angland y Starikland. El grueso de los escaños, que se encontraban entre medias, correspondía a la vieja nobleza de Midderland, el corazón de La Unión. La Unión propiamente dicha, según ellos lo veían. Y según lo veía el propio Jezal.

—Qué porte, qué gracia —peroraba extasiado Jalenhorm—, esos maravillosos cabellos dorados, esa piel blanca como la leche, esos fantásticos ojos azules.

—Y esa enorme cantidad de dinero.

—Bueno, sí, eso también —el corpulento teniente sonrió—. Kaspa dice que su tío es aún más rico que su padre. ¡Imagínate! Y es hija única. Heredará hasta el último marco. ¡Hasta el último marco! —Jalenhorm apenas podía contener su entusiasmo—. ¡Afortunado el hombre que pueda conseguirla! ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Ariss —dijo agriamente Jezal.

Arrastrando los pies y soltando gruñidos, los lores, o sus apoderados, iban accediendo ya a sus respectivos escaños. No podía decirse que la asistencia fuera muy nutrida: ni siquiera estaban ocupados la mitad de los escaños. Aunque, a decir verdad, eso era lo más que solía llenarse. Si la Rotonda de los Lores hubiese sido un verdadero teatro, sus empresarios andarían desesperados buscando una nueva obra.

—Ariss, Ariss —Jalenhorm se relamió como si el nombre le dejara un regusto dulce en los labios—. Afortunado el hombre que la consiga.

—Muy afortunado, desde luego —a condición, claro está, de que prefiera el dinero contante y sonante a la conversación. Jezal pensó que tal vez hubiera preferido casarse con la gobernanta. Al menos parecía tener algo más de carácter.

El Lord Chambelán acababa de entrar en la sala y se dirigía al estrado donde se encontraba la mesa de la presidencia, que ocupaba el lugar que habría correspondido al escenario de haber sido la Rotonda un teatro. Le seguían un enjambre de secretarios y funcionarios vestidos con togas negras, todos ellos cargados en mayor o menor medida de gruesos volúmenes y documentos de aspecto oficial. Con los faldones de su traje de ceremonias aleteando a su espalda, a lo que más se parecía Lord Hoff era a una majestuosa ave exótica que se deslizara perseguida por una bandada de cuervos marrulleros.

—Ahí está ese viejo avinagrado —susurró Jalenhorm deslizándose hacia el otro lado de la mesa para situarse en su puesto. Jezal se puso las manos a la espalda y adoptó la postura habitual: los pies algo separados y la barbilla alzada. Luego miró de soslayo a los soldados que se distribuían a intervalos regulares a lo largo del muro circular: todos estaban inmóviles e impecablemente enfundados en sus armaduras, como siempre. Respiró hondo y se preparó mentalmente para soportar varias horas de un tedio mortal.

El Lord Chambelán se dejó caer en su sitial y pidió que le trajeran vino. Los secretarios ocuparon sus puestos en torno a él, dejando un espacio libre en el centro para el Rey, que, para no perder la costumbre, estaba ausente. Luego se pusieron a manosear los documentos, a abrir sus cartapacios, a afilar las plumas y a mojarlas en los tinteros. El Heraldo avanzó hasta un extremo de la mesa y descargó el bastón de mando contra el suelo reclamando silencio. El murmullo de los nobles y de sus apoderados, y el del escaso público que asistía a la sesión desde la galería de la planta alta, comenzó a desvanecerse. Finalmente, la vasta cámara quedó en silencio.

El Heraldo hinchó el pecho.

—La sesión... —dijo con la parsimonia y la solemnidad propia de un

panegírico funerario—... del Consejo Abierto de la Unión... —añadió haciendo una pausa innecesariamente larga y marcada. Los ojos del Lord Chambelán le lanzaron una mirada furibunda, pero el Heraldo no estaba dispuesto a que le hurtaran su momento de gloria. Hizo esperar a todos un momento más y luego concluyó—... se reanuda.

—Gracias —dijo secamente Hoff—. Si no recuerdo mal, cuando hicimos el receso para almorzar, había pedido la palabra el Lord Gobernador de Dagoska —el rascar de las plumas de dos secretarios que tomaban nota de todas sus palabras acompañaba su voz, y el resonar de las plumillas se fundía con el eco de sus palabras en la gran bóveda del techo.

Un anciano que sostenía con manos temblorosas un fajo de papeles se levantó trabajosamente en una de las filas que había delante de Jezal.

—¡El Consejo Abierto —anunció con voz monocorde el Heraldo con toda la parsimonia que pudo— concede la palabra a Rush dan Thuel, representante acreditado de Sand dan Vurms, Lord Gobernador de Dagoska!

—Gracias, señor —la voz cascada de Thuel sonaba ridículamente apagada en aquel vasto espacio. Jezal, pese a que se encontraba a no más de diez pasos de él, apenas si alcanzaba a oírla—. Milores... —comenzó.

—¡Más alto! —gritó alguien desde las filas de atrás. Acto seguido, se produjo una cascada de risas. El anciano se aclaró la garganta y empezó de nuevo.

—Milores, traigo un mensaje urgente del Lord Gobernador de Dagoska —su voz había vuelto a caer al nivel apenas audible de antes y, encima, cada una de sus palabras venía acompañada del incesante rascar de las plumas. Desde la galería del público empezó a levantarse un murmullo que hizo que fuera aún más difícil entenderle—. La amenaza que representa para esa gran ciudad el Emperador de Gurkhul aumenta día a día.

Desde el extremo opuesto de la cámara, el lugar ocupado por los representantes de Angland, se levantó un vago murmullo de desaprobación, si bien el grueso de los consejeros simplemente parecían estar muertos de aburrimiento.

—Los continuos ataques a nuestros barcos, el acoso a nuestros mercaderes y las demostraciones de fuerza frente a nuestras murallas han impelido al Lord Gobernador a enviarme....

—¡Qué suerte la nuestra! —gritó alguien. Se produjo otra oleada de risas, en esta ocasión algo más sonora que la anterior.

—¡Nuestra ciudad se alza sobre una estrecha península —insistía el anciano, esforzándose por hacerse oír pese al creciente ruido de fondo—, unida

a un territorio dominado por nuestros implacables enemigos, los gurkos, y separada de Midderland por una vasta extensión de agua salada! ¡Nuestras defensas no son tan poderosas como debieran! El Lord Gobernador tiene una necesidad acuciante de que se aumenten los fondos...

La alusión a los fondos desencadenó al instante un alboroto en el hemiciclo. La boca de Thuel seguía moviéndose, pero ya no había forma de oírle. El Lord Chambelán frunció el ceño y echó un trago a su copa. El secretario que se encontraba más apartado de Jezal había dejado la pluma y se restregaba los ojos con el índice y el pulgar manchados de tinta. El que tenía más cerca, por su parte, acababa de terminar una línea. Jezal se inclinó para ver qué había puesto. Simplemente decía:

Gritos.

El Heraldo descargó su bastón contra el enlosado con un gesto de honda satisfacción. El barullo fue remitiendo, pero ahora resultaba que Thuel se había visto acometido por un ataque de tos. Trató de hablar, pero le fue imposible y, finalmente, agitó la mano y se sentó con la cara enrojecida mientras su vecino de escaño le palmeaba la espalda.

—Con su venia, Lord Chambelán —exclamó poniéndose de pie un joven muy peripuesto que se sentaba en la primera fila del extremo opuesto de la sala. Las plumas de los secretarios volvieron a ponerse en marcha—. A mi parecer...

—¡El Consejo Abierto —le interrumpió el Heraldo— concede la palabra a Hersel dan Meed, tercer vástago y representante de Fedor dan Meed, Lord Gobernador de Angland!

—¡A mi parecer —prosiguió el apuesto joven, un tanto enojado por la interrupción—, nuestros amigos del sur siempre están esperando un ataque en toda regla del Emperador! ¡Un ataque que nunca se materializa! —las voces discrepantes se alzaban ahora desde el otro extremo de la cámara—. ¿No derrotamos a los gurkos hace unos pocos años, o es que me engaña la memoria? —arreciaron los abucheos—. ¡Este alarmismo está provocando una sangría inaceptable de los recursos de la Unión! —había empezado a gritar para que se le oyera—. ¡Angland tiene miles de kilómetros de frontera y muy pocos soldados que la custodien, y la amenaza que plantean Bethod y sus Hombres del Norte es muy real! Si hay alguien aquí que necesite fondos...

El griterío se redobló. En medio del alboroto se distinguían vagamente gritos de «¡Eso, eso!», «¡Tonterías!», «¡Cierto!», «¡Mentira!». Varios representantes se desgañitaban puestos en pie. Unos asentían enérgicamente moviendo la cabeza y otros la sacudían expresando su desacuerdo. Muchos se limitaban a bostezar mientras miraban hacia uno y otro lado. En la parte central de las filas de atrás Jezal descubrió a un tipo que tenía toda la pinta de estar

dormido y parecía estar en inminente riesgo de desplomarse sobre el regazo de su vecino.

La mirada de Jezal vagó por los rostros que se alineaban tras la barandilla de la galería del público. De pronto, sintió una extraña tensión en el pecho. Allí estaba Ardee West, mirándole fijamente. Sus miradas se cruzaron, y la joven sonrió y le saludó con la mano. También él sonrió, pero, mientras hacía ademán de levantar la mano para devolverle el saludo, se acordó de dónde estaba. Se llevó la mano a la espalda y, con gesto nervioso, echó un vistazo a su alrededor; por fortuna, no parecía que nadie importante hubiera advertido aquel desliz. Aun así, la sonrisa se negaba a abandonar su semblante.

—¡Milores! —rugió el Lord Chambelán, estrellando la copa contra la mesa presidencial. Jezal jamás había oído una voz así de potente. El propio Mariscal Varuz podría aprender de Hoff un par de cosas sobre el arte de gritar. El durmiente de las filas de atrás se incorporó de un salto y se puso a resoplar y a parpadear. Casi al instante se desvaneció el estruendo. Los representantes que aún seguían de pie miraron a su alrededor con gesto culpable y se apresuraron a sentarse, como si fueran unos niños a los que hubieran pillado haciendo una travesura. Los murmullos de la galería del público enmudecieron. El orden se había restaurado.

—¡Milores, puedo asegurarles que nada preocupa más al Rey que la seguridad de sus súbditos, se encuentren donde se encuentren! ¡La Unión no tolera agresiones, ni contra sus gentes ni contra sus propiedades! —Hoff recalcó cada aseveración descargando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Ya vengan del Emperador de Gurkhul, de esos salvajes del Norte o de cualquier otra parte! —al hacer esta última afirmación golpeó con tal fuerza la mesa que uno de los tinteros se volcó, inundando de tinta el pulcro documento de uno de los secretarios. Las efusiones patrióticas del Lord Chambelán fueron acogidas con gritos de apoyo y entusiastas muestras de asentimiento—. ¡En cuanto a las circunstancias específicas de Dagoska! —Thuel, cuyo pecho temblaba debido a la tos contenida, alzó esperanzado la cabeza— ¿Acaso no posee dicha ciudad uno de los sistemas defensivos más sólidos y extensos del mundo? ¿No es cierto que hace menos de una década resistió durante más de un año un asedio de los gurkos? ¿Qué ha sido de esas murallas, caballero, qué ha sido de ellas? —la amplia sala quedó en silencio mientras todo el mundo se disponía a hacer un esfuerzo para escuchar la respuesta.

—Lord Chambelán, las defensas se encuentran en mal estado y los soldados de que disponemos son insuficientes para custodiarlas adecuadamente —el resuello de Thuel quedó prácticamente ahogado cuando un secretario pasó la página de su cartapacio y empezó a escribir en la siguiente—. El Emperador no ignora ninguna de estas circunstancias —susurró

en un tono casi inaudible—. Le ruego que... —en ese momento le sobrevino un nuevo ataque de tos y se dejó caer en su escaño entre las burlas contenidas de la delegación de Angland.

El ceño de Hoff se acentuó.

—Tenía entendido que el mantenimiento de las defensas de la ciudad corría a cargo de los ingresos recaudados localmente y de las tasas impuestas al Honorable Gremio de los Especieros, que lleva siete años operando en Dagoska bajo una licencia exclusiva y altamente rentable. Si ni siquiera es posible obtener recursos para mantener las murallas —Hoff barrió la sala con una mirada siniestra—, tal vez haya llegado el momento de volver a sacar a concurso esa licencia —una andanada de enfurecidos murmullos surgió de la galería del público—. ¡En todo caso, en estos momentos la Corona no se encuentra en condiciones de realizar un desembolso adicional de dinero! —desde el lado de Dagoska se alzaron abucheos de enojo, desde el de Angland, silbidos de aprobación—. ¡Y en cuanto a las circunstancias específicas de Angland —tronó el Lord Chambelán girándose hacia Meed—, creo que dentro de poco vamos a recibir buenas noticias, para que usted pueda luego comunicárselas a su padre, el Lord Gobernador! —una oleada de excitados murmullos ascendió hasta la dorada cúpula que cubría la sala. El apuesto joven parecía gratamente sorprendido, y no era para menos. Era muy raro salir de una sesión del Consejo Abierto con buenas noticias; de hecho, era raro salir con cualquier tipo de noticias.

Thuel, que parecía haber recobrado el control sobre sus pulmones, había abierto la boca para hablar, pero unos porrazos en la enorme puerta que se alzaba detrás de la mesa presidencial le interrumpieron. Los Lores, sorprendidos y expectantes, alzaron la vista. El Lord Chambelán sonrió, como lo haría un ilusionista que acabara de ejecutar con éxito un truco particularmente complicado. Hizo una seña a los guardias, y éstos descorrieron los pesados cerrojos de hierro; las enormes puertas de taracea emitieron un crujido y se abrieron lentamente.

Enfundados en unas armaduras lustrosas, con los rostros ocultos tras unos cascos altos y relucientes, y ataviados con unas fastuosas capas púrpura que lucían en la parte de atrás la imagen dorada de un sol, descendieron por las escaleras ocho caballeros de la Escolta Regia y se distribuyeron a ambos lados de la mesa presidencial. Los seguían cuatro trompeteros que, dando un firme paso adelante, se llevaron a los labios sus resplandecientes instrumentos y lanzaron una atronadora fanfarria. Jezal entrecerró los ojos y apretó los dientes, para ver si así conseguía que le dejaran de castañetear. Finalmente, el resonante estruendo se desvaneció. El Lord Chambelán se volvió furioso hacia el Heraldo, que contemplaba boquiabierto a los recién llegados.

—¿A qué espera? —bufó Hoff.

El Heraldo volvió de golpe a la vida.

—¡Ah... sí, claro! ¡Miladies, milores, tengo el honor de anunciarles... —hizo una pausa y respiró hondo—... a Su Alteza Imperial, Rey de Angland, Starikland y Midderland, Protector de Westport y Dagoska, Su Augusta Majestad, Guslav Quinto, Gran Rey de La Unión! —un rumor llenó la sala mientras todos, hombres y mujeres, se levantaban de sus asientos y doblaban una rodilla.

El palanquín real cruzó con parsimonia las puertas a hombros de otros seis caballeros sin rostro. Sentado en un trono dorado y recostado en unos lujosos almohadones, el Rey se balanceaba suavemente de lado a lado. Miraba en todas direcciones con la misma expresión asombrada de un hombre que se hubiera ido a dormir borracho y hubiera despertado en una habitación que no era la suya.

Su aspecto era lamentable. Un hombre inmensamente gordo, cuyo cuerpo parecía una enorme colina, envuelta en pieles y sedas escarlatas, y cuya cabeza se encontraba rehundida en los hombros debido al peso de una magnífica y reluciente corona. Unas pronunciadas ojeras bordeaban sus ojos saltones y vidriosos, y la punta rosácea de su lengua asomaba repetidas veces entre sus pálidos labios con gesto nervioso. Los carrillos colgaban flácidos de las mandíbulas y una gruesa papada de grasa envolvía su cuello, produciendo la impresión de que su carne se estaba derritiendo y había empezado a resbalar desde el cráneo. Así era el Gran Rey de la Unión, pero eso no impidió que, al aproximarse a Jezal, éste lo saludara con una leve inclinación de cabeza.

—Ah —dijo Su Augusta Majestad, como si acabara de acordarse de algo—, por favor, levántense —un rumor volvió a alzarse en la sala mientras todo el mundo se ponía de pie y volvía a tomar asiento. El Rey se volvió hacia Hoff con el ceño fruncido, y Jezal le oyó decir—: ¿Qué hago aquí?

—Los Hombres del Norte, Su Majestad.

—¡Ah, sí! —los ojos del Rey se iluminaron. Hizo una breve pausa y preguntó—: ¿Qué les pasa?

—Mmm... —pero el Lord Chambelán se libró de responder, pues en ese momento las puertas que había al otro lado de la sala, las mismas por las que había entrado Jezal, se abrieron. Dos hombres de aspecto extraño las atravesaron y avanzaron por el pasillo.

Uno de ellos era un guerrero de pelo canoso, con una cicatriz y un ojo ciego, que traía consigo una caja plana de madera. El otro vestía un manto provisto de una capucha que le ocultaba el rostro y era tan alto que hacía que

toda la sala pareciera desproporcionada en comparación. De pronto, los escaños, las mesas, incluso los propios guardias, parecieron versiones en miniatura de sí mismos, destinados a servir de juguete a los niños. Dos representantes que se encontraban al lado del pasillo se encogieron y retrocedieron unos pasos cuando pasó junto a ellos. Jezal torció el gesto. Dijera lo que dijera Lord Hoff, aquel gigante encapuchado no tenía pinta de ser un portador de buenas noticias. Un murmullo entre irritado y suspicaz resonó en la bóveda mientras los dos Hombres del Norte se situaban en el enlosado frente a la mesa presidencial.

—¡Majestad —dijo el Heraldo, realizando una reverencia tan exagerada que hizo que se viera obligado a apoyarse en su bastón para no caerse—, el Consejo Abierto concede la palabra a Fenris el Temible, emisario de Bethod, Rey de los Hombres del Norte, y a su intérprete, Hansul Ojo Blanco!

El Rey llevaba un rato contemplando abstraídamente uno de los ventanales de la pared curva, tal vez admirando los haces de luz que se filtraban a través de las fastuosas vidrieras, pero, cuando el viejo guerrero tuerto comenzó a hablar, sus carrillos temblaron y se volvió hacia él.

—Majestad, os traigo un fraternal saludo de mi señor, Bethod, Rey de los Hombres del Norte —la Rotonda se había sumido en un profundo silencio y el ruido de las plumas de los secretarios había adquirido un volumen absolutamente desproporcionado. Con una sonrisa tensa, el viejo guerrero señaló con la cabeza la gigantesca figura del encapuchado—. Fenris el Temible es portador de una propuesta de Bethod para Su Majestad; de Rey a Rey. Del Norte a la Unión. Una propuesta y un obsequio —a continuación alzó la caja de madera.

El Lord Chambelán sonrió muy ufano.

—Háblenos primero de la propuesta.

—Se trata de una propuesta de paz. Una paz perpetua entre nuestras dos grandes naciones —Ojo Blanco volvió a hacer una reverencia. Tenía unos modales exquisitos, Jezal no pudo menos de reconocerlo. Nada que ver con lo que cabía esperar de unos salvajes del frío y lejano Norte. La buena voluntad de su discurso habría bastado para despejar las inquietudes de la cámara, de no haber sido por la presencia de la sombra amenazante del hombre encapuchado que se alzaba junto a él.

No obstante, al oír la palabra paz, el semblante del Rey se retorció formando una leve sonrisa.

—Bien —musitó—. Magnífico. Paz. Excelente. Es buena la paz, sí.

—Sólo pide una pequeña cosa a cambio —dijo Ojo Blanco.

De pronto, el semblante del Lord Chambelán había adquirido una expresión adusta, pero ya era demasiado tarde.

—No tiene más que decirlo —dijo el Rey sonriendo con indulgencia. El encapuchado dio un paso adelante.

—Angland —siseó.

Se produjo un momento de absoluto silencio y luego la sala estalló en un verdadero estruendo. De la galería del público llegó una oleada de risas de incredulidad. Meed, con el rostro rojo de ira, estaba de pie pegando alaridos. Thuel se levantó del escaño tambaleándose e inmediatamente un nuevo ataque de tos le hizo caerse hacia atrás. Los bramidos de furia se fundían con los abucheos. El Rey miraba en todas direcciones con la misma dignidad de un conejo asustado.

Jezal no le quitaba los ojos de encima al encapuchado. Vio cómo sacaba una mano enorme de la manga y agarraba el broche de su manto. Jezal parpadeó sorprendido. ¿Era azul esa mano? ¿O es que la luz filtrada por las vidrieras le había engañado la vista? El manto cayó al suelo.

Jezal, con el corazón retumbándole en los oídos, tragó saliva. Era como mirar una herida horrible: cuanto mayor era la repulsión que sentía, más le costaba apartar la vista. Murieron las risas, murieron los gritos, y el enorme espacio volvió a quedar sumido en un profundo silencio.

Despojada de su manto, la figura de Fenris el Temible, descollante junto a su empequeñecido intérprete, parecía aún más descomunal. Jezal estaba seguro de que en su vida había visto a un hombre más grande, eso suponiendo que se tratara de un hombre. Su rostro se convulsionaba adoptando todo tipo de muecas de desdén. Sus ojos saltones no paraban de palpitar y parpadear mientras lanzaba a la concurrencia unas miradas dementes. Sus finos labios sonreían, gesticulaban y se fruncían por turnos. Pero todo aquello resultaba normal en comparación con su rasgo más extraño.

Su costado izquierdo estaba cubierto de letras de la cabeza a los pies.

Una densa maraña de runas tatuadas se extendía por el lado izquierdo de su cabeza rapada, atravesándole el párpado, el labio, el cuero cabelludo, la oreja. Una minúscula escritura azul recorría su robusto brazo izquierdo, desde su prominente hombro hasta la punta de sus dedos huesudos. Incluso su pie descalzo estaba cubierto de extraños caracteres. Un monstruo tatuado, gigantesco e inhumano, se alzaba en el mismísimo corazón del gobierno de La Unión. Jezal estaba boquiabierto.

En torno a la mesa había catorce Caballeros de la Escolta, todos ellos consumados guerreros de sangre noble. Cerca de cuarenta guardias de la

propia compañía de Jezal, todos ellos curtidos veteranos, se distribuían a lo largo de la pared. Superaban a aquellos dos Hombres del Norte en una proporción de veinte a uno y estaban armados con los mejores aceros que podían suministrar las Reales Armerías. Fenris el Temible estaba desarmado. Por muy extraño y grande que fuera, no podía representar ninguna amenaza para ellos.

Pero Jezal no se sentía seguro. Se sentía solo, débil, desvalido y terriblemente asustado. Tenía una especie de hormigueo en la piel y la boca se le había quedado completamente seca. Sintió unas ganas irresistibles de salir corriendo, de esconderse y no volver a salir jamás.

Y aquel extraño efecto no se limitaba a él ni a los que se encontraban en el entorno de la mesa presidencial. Las risas indignadas se fueron tornando en gorgoteos de espanto conforme el monstruo tatuado se giraba lentamente en el centro del suelo circular, mirando a la multitud con sus ojos palpitantes. Meed se encogió en su escaño, de su anterior furia no quedaba ni rastro. Dos notables de la primera fila llegaron incluso a trepar por el respaldo de sus escaños para irse a la fila de detrás. Otros apartaban la vista o se tapaban la cara con las manos. La lanza de un soldado se estrelló ruidosamente contra el suelo.

Fenris el Temible se volvió lentamente hacia la mesa presidencial, alzó uno de sus enormes puños tatuados, abrió el pozo negro de su boca y un horrible espasmo sacudió su semblante.

—¡Angland! —soltó con un grito mucho más aterrador y potente que cualquiera de los proferidos por el Lord Chambelán. Los ecos de su voz rebotaron en la cúpula del techo y resonaron en las paredes curvas, llenando el amplio espacio de un estruendo que taladraba los oídos.

Uno de los Caballeros de la Escolta dio un paso atrás, se resbaló y su pierna chocó con el borde de la mesa presidencial con un eco metálico.

El Rey se encogió y se cubrió el rostro con una mano; entre sus dedos asomaba un ojo aterrorizado y la corona temblaba sobre su cabeza.

La pluma de uno de los secretarios resbaló entre sus dedos paralizados. Otro se había quedado con la boca abierta, mientras su mano, por pura inercia, seguía moviéndose sobre el papel. Sobre los esmerados renglones que llevaba escritos garabateó una palabra:

Angland.

El rostro del Lord Chambelán estaba pálido como la cera. Alargó lentamente la mano para agarrar la copa y se la llevó a los labios. Estaba vacía. Con mucho cuidado, volvió a dejarla en la mesa, pero las manos le temblaban, y la base repiqueteó sobre la madera. Esperó unos instantes, respirando

pesadamente por la nariz, y luego dijo:

—Obviamente, esa propuesta es inaceptable.

—Es una lástima —dijo Ojo Blanco—, pero aún nos queda el obsequio. —Todas las miradas se volvieron hacia él—. En el Norte tenemos una tradición. Cuando la ocasión lo requiere, cuando existe una rencilla entre dos clanes o hay amenaza de guerra, cada uno de los bandos presenta un campeón que combatirá por su gente para que de esa forma la disputa se resuelva... con una sola muerte. —A continuación, levantó con mucha parsimonia la tapa de la caja de madera. Dentro había un puñal muy largo con una hoja reluciente como un espejo—. Su Majestad Bethod no ha enviado al Temible solamente en calidad de emisario, sino también para que sea su campeón. Si se acepta su desafío, luchará por Angland y os ahorrará una guerra que no podéis ganar —acto seguido, alzó la caja y se la presentó al monstruo tatuado—. Ése es el obsequio que os hace mi amo, y no puede haber otro mejor... vuestras vidas.

La mano derecha de Fenris salió disparada, arrancó el puñal de la caja y lo sostuvo en alto: su hoja refulgía iluminada por la luz de los ventanales. Los caballeros tendrían que haberse abalanzado sobre él. Jezal debería haber desenvainado. Todos deberían haber corrido a defender al Rey, pero lo cierto es que nadie se movió. Todas las bocas estaban abiertas, todos los ojos contemplaban hipnotizados aquella punta de acero resplandeciente.

La hoja se precipitó hacia abajo. Su punta atravesó limpiamente la piel y la carne hasta quedar hundida a la altura de la empuñadura. Luego emergió goteando sangre por el dorso del brazo tatuado de Fenris. El rostro del gigante se contrajo, aunque tampoco mucho más de lo que estaba antes. Mientras estiraba los dedos y alzaba el brazo para que todo el mundo pudiera verlo, la hoja oscilaba grotescamente. Un constante goteo de sangre salpicaba el suelo de la Rotonda de los Lores.

—¿Quién va a luchar conmigo? —gritó, tensando todos los tendones del cuello. Su voz casi hacía daño al oído.

Silencio absoluto. En ese momento, el Heraldo, que era quien estaba más cerca del Temible y ya estaba de rodillas, se desmayó y cayó de bruces al suelo. Fenris se volvió. Sus ojos desorbitados se clavaron en el más corpulento de los caballeros formados delante de la mesa, al que, no obstante, sacaba una cabeza.

—¿Tú? —siseó. Los pies del pobre desdichado rasparon el suelo mientras retrocedía; en aquel momento debía de estar deseando haber sido enano de nacimiento.

Bajo el codo de Fenris se iba formando un oscuro charco de sangre.

—¿Tú? —le gruñó a Fedor dan Meed—. La tez del joven adquirió una

leve tonalidad grisácea y los dientes le castañetearon; en aquel momento habría dado lo que fuera por ser hijo de otra persona.

Parpadeando convulsivamente, los ojos del gigante recorrieron los rostros cenicientos de la mesa presidencial. La garganta de Jezal se contrajo cuando los ojos de Fenris se cruzaron con los suyos.

—¿Tú?

—Bueno, me encantaría, pero esta tarde estoy bastante liado. ¿Qué tal mañana? —no le pareció que fuera su propia voz la que había dicho aquello. Desde luego, no había sido su intención decirlo. Pero ¿quién iba a ser si no? Las palabras se esparcieron plácidamente por el aire, ascendiendo hacia la dorada cúpula del techo.

Se oyeron unas cuantas risas aisladas y alguien gritó: «Bravo», desde algún lugar situado a su espalda, pero el Temible seguía con los ojos clavados en Jezal. Esperó a que se apagaran los murmullos y luego retorció la boca formando una horrible mueca lasciva.

—Mañana, pues —susurró. Jezal sintió que se le revolvían las tripas. La gravedad de la situación se abatió sobre él con la contundencia de una tonelada de rocas. ¿Luchar él, con eso?

—No —era el Lord Chambelán. Seguía estando pálido, pero su voz había recobrado buena parte de su vigor. Jezal se animó un poco y luchó virilmente por mantener sus intestinos bajo control—. ¡No! —gritó de nuevo Hoff— ¡No va a haber ningún duelo! ¡No hay ninguna disputa que resolver! ¡Según la ley antigua, Angland forma parte de La Unión!

Hansul Ojo Blanco soltó una carcajada.

—¿Qué ley antigua? Angland pertenece al Norte. Hace doscientos años los hombres del Norte vivían allí en libertad. ¡Pero ustedes necesitaban hierro, así que cruzaron el mar, acabaron con ellos y les robaron las tierras! Debo suponer, por tanto, que se refiere a la ley más antigua que existe: la ley del más fuerte —sus ojos se entrecerraron—. ¡También nosotros nos guiamos por esa ley!

Fenris el Temible se arrancó el puñal del brazo. Cayeron unas pocas gotas más en las losas del suelo, pero eso fue todo. No se apreciaba ninguna herida en la carne tatuada. No había dejado ninguna señal. El puñal se estrelló ruidosamente contra las baldosas y quedó tirado en medio del charco de sangre. Fenris echó una última mirada a la asamblea con sus frenéticos ojos y, a continuación, se dio la vuelta, cruzó a grandes zancadas el suelo y empezó a ascender por el pasillo. Al verlo venir, los Lores y los apoderados se apresuraron a apartarse. Hansul Ojo Blanco hizo una pronunciada reverencia.

—Tal vez llegue el momento en que lamenten no haber aceptado nuestra propuesta o nuestro obsequio. Tendrán noticias nuestras —dijo con voz tranquila y, luego, dirigiéndose al Lord Chambelán, alzó tres dedos—. Cuando llegue el momento, enviaremos tres señales.

—¡Por mí como si envían trescientas —ladró Hoff—, pero esta pantomima se ha terminado!

Hansul Ojo Blanco inclinó cortésmente la cabeza.

—Tendrán noticias nuestras —se dio la vuelta y, siguiendo a Fenris el Temible, abandonó la Rotonda. Las enormes puertas se cerraron con un golpe seco. La pluma del secretario más cercano rascó débilmente el papel.

Tendrán noticias nuestras.

Fedor dan Meed, que tenía las mandíbulas apretadas y sus agraciadas facciones contraídas de rabia, se volvió hacia el Lord Chambelán.

—¿Éstas eran las buenas noticias que tenía que llevar a mi padre? —aulló.

El Consejo Abierto estalló. Todo el mundo bramaba, chillaba y soltaba imprecaciones a diestro y siniestro: un caos de la peor especie.

Hoff se levantó de un salto, tirando la silla hacia atrás, y articuló un torrente de palabras iracundas que quedaron ahogadas por el tumulto que reinaba en la cámara. Meed le dio la espalda y abandonó el recinto hecho un basilisco. Otros delegados de Angland se levantaron con gesto sombrío y siguieron al hijo de su Lord Gobernador. Hoff, lívido de furia, se los quedó mirando mientras sus labios seguían pronunciando palabras inaudibles.

Jezal vio cómo el Rey se quitaba lentamente la mano del rostro y se inclinaba hacia el Lord Chambelán.

—¿Cuándo dicen que van a venir esos Hombres del Norte? —susurró.

El Rey de los Hombres del Norte

Logen respiró hondo y contempló la vista, disfrutando de la desacostumbrada sensación que producía el frescor de la brisa en sus mejillas recién afeitadas.

Comenzaba a alborear la mañana. Las neblinas del amanecer ya casi se habían disipado y, desde el balcón de la habitación que ocupaba en lo alto del lateral de una de las torres de la biblioteca, se divisaba un vasto paisaje. El amplio valle se extendía a sus pies, dividido en una serie de estratos perfectamente diferenciados. En lo alto quedaban los grises y los blancos desleídos del cielo velado. Luego venía la franja aristada que formaban los oscuros riscos que bordeaban el lago, tras la que asomaban las pálidas tonalidades pardas de otras montañas aún más lejanas. Seguía el verde oscuro de las colinas arboladas y, luego, la estrecha curva gris de los guijarros de la playa. El paisaje entero, como si fuera un difuso universo paralelo de imágenes invertidas, quedaba reflejado a su vez en el espejo inmóvil de las aguas del lago, que ocupaba la parte inferior.

Logen bajó la vista y miró sus manos, que descansaban en la desgastada piedra de la baranda con los dedos extendidos. Ni rastro de suciedad, ni siquiera había sangre seca bajo sus uñas agrietadas. Se las veía pálidas, suaves, rosáceas, desconocidas. Hasta las costras y los rasguños de sus nudillos estaban casi curados. Hacía tanto tiempo que no estaba limpio, que había olvidado lo que era tener esa sensación. Ahora que había perdido su habitual capa de mugre, grasa y sudor reseco, sus nuevas ropas le resultaban ásperas al tacto.

Mientras contemplaba las mansas aguas del lago, limpio y bien alimentado, se sentía un hombre nuevo. Por un instante se preguntó qué tal resultaría aquel nuevo Logen, pero la piedra desnuda de la baranda le devolvió la visión del hueco que había dejado su dedo perdido. Eso no se curaría nunca. Seguía siendo Nuevededos, el Sanguinario, y jamás dejaría de serlo. A no ser que perdiera más dedos. Pero al menos olía mejor, de eso no había duda.

—¿Ha dormido bien, maese Nuevededos? —Wells se encontraba en el umbral mirando hacia el balcón.

—Como un niño —Logen no se sintió capaz de decirle al viejo

mayordomo que había dormido al aire libre. El primer día había probado la cama, pero le había resultado imposible acostumbrarse a la comodidad del colchón y al abrigo de las mantas, y se había pasado toda la noche dando vueltas. Luego había probado el suelo. Había supuesto una ligera mejora. Pero el aire le seguía pareciendo demasiado confinado, insípido, viciado. Las pesadas piedras del techo se le venían encima como si fueran a aplastarle. Sólo cuando se tumbó en las duras losas del balcón, abrigado con su vieja zamarra y bajo la única cobertura de las nubes y las estrellas, consiguió conciliar el sueño. No es fácil romper con ciertos hábitos.

—Tiene visita —dijo Wells.

—¿Yo?

La cabeza de Malacus Quai asomó por el marco de la puerta. Tenía los ojos un poco menos hundidos y sus ojeras ya no estaban tan marcadas. Su piel tenía un poco más de color y sus huesos un poco más de carne. Ya no parecía un cadáver, solamente un poco demacrado y enfermizo, más o menos como cuando se encontraron la primera vez. Logen supuso que el aprendiz no debía de tener nunca un aspecto más saludable que ese.

—¡Ja! —rió Logen— ¡Has sobrevivido!

El aprendiz avanzó hacia él asintiendo con gesto cansado. Iba envuelto en una gruesa manta que arrastraba por el suelo y le impedía caminar con soltura. Entró en el balcón y se quedó parpadeando y aspirando el frescor del aire matinal.

Logen no se había imaginado que se alegraría tanto de verlo. Pecando tal vez de un exceso de cordialidad, le palmeó en la espalda como si fuera un viejo camarada. El aprendiz se tambaleó, se enredó los pies con la manta y, de no haberle sostenido Logen con un brazo, habría ido a parar al suelo.

—Me parece que todavía no estoy listo para el combate —musitó Quai esbozando una sonrisa.

—Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi.

—También usted. Veo que ha perdido la barba y también el olor. Con unas cuantas cicatrices menos parecería casi un ser civilizado.

Logen alzó las manos.

—Eso jamás.

Wells se agachó para traspasar el umbral y salió a la brillante luz matinal. En una mano traía un trapo enrollado y un cuchillo.

—¿Me permite que eche un vistazo a ese brazo, maese Nuevededos?

Logen ya casi se había olvidado del corte. No había sangre fresca en la venda, y cuando se la quitaron, apareció una larga costra de un marrón rojizo, bordeada de piel rosácea, que casi le llegaba desde la muñeca hasta el codo. No dolía, sólo picaba un poco. La costra atravesaba dos cicatrices anteriores. Si no recordaba mal, una de ellas, una auténtica obra de arte de bordes irregulares y color grisáceo, se la había hecho combatiendo con Tresárboles hacía un montón de años. Logen sonrió al recordar la tunda que se habían propinado el uno al otro. La segunda, que se encontraba algo más arriba y no resaltaba tanto, no recordaba cuándo se la había hecho. Ocasiones, desde luego, no le habían faltado.

Wells se inclinó y examinó la carne que rodeaba la herida mientras Quai se asomaba disimuladamente por encima de su hombro.

—Va bastante bien. Cicatriza usted rápido.

—Tengo mucha práctica.

Wells levantó la vista y examinó el corte que tenía Logen en la cara, que ya se había convertido en otra tenue línea rosada.

—Ya veo. ¿Me tomaría por un idiota si le aconsejara que en el futuro procurara evitar los objetos punzantes?

Logen soltó una risotada.

—Lo crea o no, siempre he procurado evitarlos. Pero, por más empeño que pongo, siempre se las arreglan para dar conmigo.

—En fin, espero que éste sea el último vendaje que necesite —dijo el viejo sirviente, y, acto seguido, cortó un trozo de trapo y envolvió cuidadosamente el antebrazo de Logen.

—Yo también —dijo Logen mientras doblaba los dedos—. Yo también — pero tenía serias dudas.

—Pronto estará listo el desayuno —Wells los dejó a solas en el balcón.

Permanecieron un rato en silencio hasta que de pronto sopló desde el valle una racha de viento frío. Quai se estremeció y se arropó con la manta.

—Allí... en el lago. Podía haberme abandonado. Yo mismo me habría abandonado.

Logen frunció el ceño. Hubo una época en que lo habría hecho sin pensárselo dos veces, pero las cosas cambian.

—En tiempos abandoné a muchas personas. Pero supongo que estoy harto del mal cuerpo que te deja.

El aprendiz frunció la boca y su vista se perdió en el valle, en los

bosques, en las lejanas montañas.

—Nunca antes había visto matar a un hombre.

—Mejor para ti.

—Usted ha visto muchas muertes, ¿verdad?

Logen torció el gesto. De joven, le hubiera encantado responder a esa pregunta. Se habría jactado como un fanfarrón, habría enumerado uno por uno todos los combates en los que había tomado parte, todos los Grandes Guerreros a los que había dado muerte. Ya no sabía decir cuándo se había secado aquel orgullo. Había ocurrido muy poco a poco. A medida que las guerras se fueron volviendo cada vez más sangrientas, a medida que las causas se convertían en meras excusas, a medida que los amigos habían ido volviendo uno por uno al barro. Logen se rascó la oreja y se palpó la muesca que le había dejado la espada de Tul Duru hacía ya tanto tiempo. Podría haberse callado. Pero, por alguna razón, sentía la necesidad de sincerarse.

—He combatido en tres campañas —comenzó—. En siete encarnizadas batallas. En innumerables incursiones, escaramuzas y defensas desesperadas, en todo tipo de acciones sangrientas. He combatido en medio de ventiscas, bajo el azote de los vientos, en mitad de la noche. No ha habido un solo momento de mi vida en que no estuviera luchando con uno u otro enemigo, con uno u otro amigo. Nunca he conocido nada más. He visto matar a un hombre por una palabra, por una mirada, por cualquier tontería. En cierta ocasión, la mujer de un tipo al que había matado me atacó con un cuchillo y la arrojé a un pozo. Y eso no es ni mucho menos lo peor que he hecho. La vida para mí tenía el mismo valor que una mota de polvo. Menos seguramente. Luché en diez combates singulares y los gané todos, pero siempre combatí en el bando equivocado y por razones equivocadas. He sido implacable, brutal, cobarde. He apuñalado a hombres por la espalda, los he quemado vivos, los he ahogado, los he machacado contra una roca. Los he matado mientras dormían, mientras estaban desarmados, mientras trataban de huir. Yo mismo he huido en más de una ocasión. Me he orinado encima de miedo. He rogado con lágrimas en los ojos que no me mataran. Me han herido gravemente en innumerables ocasiones y he gritado y berreado como un bebé al que su madre le retira la teta. Estoy convencido de que el mundo habría sido un lugar más habitable si me hubieran matado hace muchos años, pero no ha sido así, y, la verdad, no logro entender por qué —bajó la vista y miró sus manos, limpias y rosadas sobre la piedra—. Hay pocos hombres que tengan las manos más manchadas de sangre que yo. De los que yo conozco, ninguno. Mis enemigos me llaman el Sanguinario, y tengo muchos. Muchos enemigos y cada vez menos amigos. La sangre sólo trae más sangre. Ahora me sigue a todas partes como si fuera mi sombra, y al igual que sucede con mi sombra, nunca podré librarme de ella. Además, no sería

justo. Me lo he ganado. Me lo merezco. Yo me lo busqué. Es mi condena.

Eso fue todo. Logen soltó un suspiro entrecortado y se quedó contemplando el lago. No se sentía capaz de mirar al hombre que tenía a su lado, no quería ver la expresión de su rostro. ¿A quién puede agradarle saber que anda en compañía del Sanguinario? De un hombre que ha causado más muertes que una epidemia y con idéntica o mayor indiferencia. Con todos esos cadáveres de por medio ya no podrían ser amigos.

Sintió la mano de Quai palmeándole el hombro.

—Bueno, bueno —dijo el aprendiz sonriendo de oreja a oreja—, el caso es que a mí me salvó la vida, y yo le estoy infinitamente agradecido por ello.

—Este año he salvado a un hombre y sólo he matado a cuatro, he vuelto a nacer —los dos se rieron a gusto. Un alivio.

—Hombre, Malacus, de modo que ya está otra vez con nosotros.

Se dieron la vuelta. Quai, tropezando con la manta y con un leve gesto de angustia. El Primero de los Magos, vestido con una larga camisa blanca que llevaba arremangada hasta los codos, se encontraba de pie en el umbral. A Logen seguía pareciéndole que tenía más pinta de carnicero que de Mago.

—Maestro Bayaz... esto... ahora mismo iba a ir a verle —tartamudeó Quai.

—¡No me diga! Entonces ha sido una suerte para los dos que se me haya ocurrido pasarme por aquí —el Mago entró en el balcón—. Se me ocurre que un hombre que se encuentra lo bastante bien para hablar, reír y aventurarse a salir fuera con el fresco que hace debe de encontrarse también lo bastante sano para leer, estudiar y desarrollar su minúsculo cerebro. ¿A usted qué le parece?

—Indudablemente...

—¡Indudablemente, sí! Dígame, ¿progresa usted en sus estudios? —al desdichado aprendiz se le veía bastante confuso—. A decir verdad, me parece que están un tanto... ¿estancados?

—¿No progresó su lectura de los *Principios del Arte* de Juvens mientras anduvo perdido por las colinas a causa del mal tiempo?

—Hummm... no mucho... la verdad.

—¿Y qué me dice de su conocimiento de las historias? ¿Progresó mucho mientras maese Nuevededos le traía a la biblioteca al hombro?

—Hummm... me temo que... tampoco.

—Pero seguro que ha practicado sus ejercicios y meditaciones mientras estuvo inconsciente la semana pasada, ¿eh?

—Hummm... bueno... no, la inconsciencia me lo... mmm...

—Dígame una cosa, ¿cree que, por así decirlo, va usted bastante adelantado en sus estudios? ¿O más bien retrasado?

Quai agachó la cabeza.

—Ya estaba retrasado cuando partí.

—En tal caso, tal vez pueda decirme dónde piensa pasar el resto del día.

El aprendiz levantó la vista esperanzado.

—¿En mi escritorio?

—¡Excelente! —en el rostro de Bayaz se dibujó una amplia sonrisa— ¡Iba yo a sugerírselo, pero se me ha adelantado usted! ¡Su interés por aprender dice mucho en su favor! —Quai asintió moviendo enérgicamente la cabeza y salió disparado hacia la puerta, arrastrando el faldón de la manta por las losas.

—Bethod está de camino —susurró Bayaz—. Llegará hoy mismo —a Logen se le borró la sonrisa de los labios y sintió que se le formaba un nudo en la garganta. No había olvidado su último encuentro. Se vio caído de bruces en el suelo del gran salón de Bethod en Carleon: machacado, roto, encadenado de los pies a la cabeza, chorreando sangre sobre un montón de paja y deseando una sola cosa, que acabaran con él cuanto antes. Luego, sin darle ninguna explicación, le había dejado marchar. Le arrojaron por las puertas de la fortaleza, junto con el Sabueso, Tresárboles, el Flojo y los demás, y le dijeron que no regresara nunca. Nunca. Era la primera vez que Bethod mostraba un atisbo de compasión, y Logen no albergaba ninguna duda de que también sería la última.

—¿Hoy? —preguntó, tratando de que su voz no sonara alterada.

—Sí, y bien pronto. El Rey de los Hombres del Norte. ¡Ja! ¡Será arrogante! —Bayaz miró de reojo a Logen—. Viene a pedirme un favor, y me gustaría que usted estuviera presente.

—No creo que le haga mucha gracia.

—De eso se trata.

El viento parecía más frío que antes. No volver a ver a Bethod jamás ya sería verlo demasiado pronto. Pero hay cosas que no se pueden evitar. Es mejor hacerlas sin más para no tener que vivir con ese miedo. Eso es lo que habría dicho el padre de Logen. Respiró hondo y se irguió.

—Allí estaré.

—Estupendo. Entonces ya sólo queda una cosa por hacer.

—¿El qué?

Bayaz esbozó una sonrisa cómplice. —Va a necesitar un arma.

Los sótanos de la biblioteca eran un lugar muy seco, muy oscuro y extremadamente desconcertante. Habían subido y bajado escaleras, doblado recodos, atravesado varias puertas, tirado unas veces a la izquierda, otras a la derecha. Parecía una madriguera laberíntica. Logen confiaba no perder de vista la tenue luz de la antorcha del Mago, porque, si no, podía pasarse el resto de sus días encerrado debajo de la biblioteca.

—Un ambiente muy seco el de aquí abajo, muy seco, sí, señor —iba diciendo para sí Bayaz. Al hablar su voz resonaba por los pasadizos fundiéndose con el suave golpeteo de sus pisadas—. No hay nada peor para los libros que la humedad —de pronto, se detuvo delante de una pesada puerta—. Ni para las armas —empujó levemente la puerta, que se abrió sin hacer ruido—. ¿Ha visto? ¡Llevaba años sin abrirse, pero los goznes siguen estando tan suaves como la mantequilla! ¡A eso le llamo yo un trabajo bien hecho! ¿Por qué nadie se preocupará ya por hacer bien las cosas? —Bayaz pasó adentro sin esperar respuesta y Logen lo siguió.

La antorcha del Mago iluminó una alargada sala de techo bajo y muros labrados con sillares de piedra basta cuyo fondo se perdía entre las sombras. Una sucesión de baldas y estantes se alineaba a ambos lados de la sala y el suelo estaba repleto de cajas y percheros, todo ello lleno a rebosar con un caótico conjunto de armas y armaduras. Mientras Bayaz avanzaba por el enlosado sorteando armas y echando un vistazo a su alrededor, las hojas, las puntas y las pulidas superficies de madera y metal atrapaban la luz vacilante de la antorcha.

—Hermosa colección —murmuró Logen mientras seguía al Mago por en medio de aquel desorden.

—Un montón de chatarra, en su mayor parte, pero debe de haber alguna que otra cosa que valga la pena —Bayaz cogió el casco de una avejentada armadura de chapa dorada y lo contempló con el ceño fruncido—. ¿Qué le parece esto?

—Las armaduras no son lo mío.

—No, claro, no es usted esa clase de persona. Ningún problema si se va a caballo, supongo, pero un incordio si hay que marchar a pie —arrojó el casco al perchero de donde lo había cogido y, luego, miró pensativamente la armadura—. Una vez que se ha metido uno dentro, ¿cómo se orina?

Logen frunció el ceño.

—Mmm... —dijo, pero Bayaz avanzaba ya por la sala llevándose consigo

la luz.

—Debe haber utilizado un buen número de armas en su época, maese Nuevededos. ¿Tiene alguna preferencia?

—La verdad es que no —dijo Logen agachándose para no darse con una alabarda roñosa que sobresalía de un perchero—. Un campeón nunca sabe con qué arma se le va a pedir que combata.

—Claro, claro —Bayaz cogió una lanza muy larga con una amenazadora hoja dentada y la agitó en el aire. Logen dio un paso atrás por si las moscas—. Muy mortífera, sin duda. Es fácil mantener a raya a un hombre con una cosa así. Pero un hombre provisto de una lanza necesita contar con muchos compañeros y que ellos también estén provistos de lanzas —Bayaz la volvió a meter en la balda y reemprendió la marcha.

—Ésta de aquí tiene un aspecto que asusta —el Mago agarró el mango nudoso de una enorme hacha de doble hoja—. ¡Demonios! —exclamó tensando las venas del cuello al levantarla—. ¡Vaya si pesa! —la soltó en su sitio con un golpe seco que hizo vibrar la balda—. ¡Con un armatoste como ése es fácil matar a un hombre! ¡Incluso partirle en dos de un tajo! ¡Siempre que se esté quieto, claro!

—Esto es mejor —dijo Logen. Se trataba de una espada bastante sencilla y de aspecto sólido que estaba enfundada en una desgastada vaina de cuero marrón.

—Oh, sí, sin duda. Muchísimo mejor. Esa hoja la forjó el Maestro Creador Kanedias con sus propias manos —Bayaz le entregó a Logen la antorcha y sacó la alargada espada de la balda.

—Dígame una cosa, maese Nuevededos, ¿se ha fijado alguna vez lo distinta que es una espada de todas las demás armas? Las hachas, las mazas y todo ese tipo de cosas cuelgan del cinto como seres inanimados —Bayaz recorrió con la mirada la empuñadura, una simple pieza de metal, surcada de muescas para mejorar el agarre, que resplandecía bajo la luz de la antorcha—. En cambio, las espadas... las espadas tienen voz.

—¿Eh?

—Envainada poco puede decir, desde luego, pero basta con poner la mano sobre la empuñadura para que comience a susurrarle al oído a tu enemigo —sus dedos ciñeron con firmeza la empuñadura de la espada—. Un leve aviso. Una palabra de advertencia. ¿La oye?

Logen asintió moviendo lentamente la cabeza.

—Bien —murmuró Bayaz—, ahora compare esa voz y la de la espada a medio desenvainar —medio metro de metal salió de la vaina emitiendo un siseo

y dejando al descubierto una letra de plata que brillaba cerca de la empuñadura. La hoja propiamente dicha era mate, pero el filo desprendía un gélido resplandor—. Ya habla más alto, ¿verdad? Susurra una funesta amenaza. Hace una mortífera promesa. ¿La oye?

Logen asintió de nuevo mientras contemplaba hipnotizado el resplandeciente filo del arma.

—Ahora compárela con la voz de la espada completamente desenvainada —la espada salió entera de la vaina con un leve tintineo y Bayaz la alzó hasta dejarla suspendida a unos pocos centímetros del rostro de Logen—. Ahora grita, ¿verdad? ¡Grita retadora! ¡Brama su desafío! ¿La oye?

—Hummm —dijo Logen echándose hacia atrás y bizqueando un poco para poder ver la brillante punta de la espada.

Para gran alivio de Logen, Bayaz bajó la espada y volvió a enfundarla suavemente en su vaina.

—Sí, las espadas tienen voz. Las hachas, las mazas y otras armas por el estilo serán todo lo letales que se quiera, pero una espada es un arma sutil, adecuada para un hombre sutil. Usted, maese Nuevededos, es un hombre bastante más sutil de lo que aparenta —Logen frunció el ceño mientras Bayaz le tendía la espada. Le habían acusado de muchas cosas a lo largo de su vida, pero nunca de ser sutil—. Considérelo un obsequio. Una forma de darle las gracias por sus buenos modales.

Logen se quedó pensativo. No había dispuesto de un arma decente desde que cruzó las montañas, y no le hacía demasiada gracia volver a tener una. Pero iba a venir Bethod, y bien pronto. Mejor tenerla, aunque no la quisiera, que no tenerla y luego echarla en falta. Mil veces mejor. Con ese tipo de cosas más vale ser realista.

—Se lo agradezco —dijo Logen, cogiendo la espada de manos de Bayaz y devolviéndole la antorcha—. Creo.

El pequeño fuego que chisporroteaba en la chimenea caldeaba la sala y creaba una atmósfera cómoda y acogedora.

Pero Logen no se sentía nada cómodo. Se encontraba de pie junto a la ventana, mirando el patio que había debajo en un estado de nerviosismo, inquietud y aprensión bastante parecido al que solía asaltarle antes de entablar un combate. Bethod ya no tardaría en llegar. Estaba ahí fuera, en alguna parte. En el camino que cruzaba los bosques, pasando entre los dos monolitos, atravesando el puente o franqueando las puertas.

El Primero de los Magos, en cambio, no parecía estar nada tenso. Se encontraba cómodamente sentado en su silla, con los pies apoyados en una

mesa donde reposaba una larga pipa de madera, hojeando un pequeño libro de tapas blancas con una sonrisa en los labios. Costaba trabajo imaginar a alguien con un aire más tranquilo, pero eso sólo servía para que Logen se sintiera aún peor.

—¿Es bueno? —preguntó Logen.

—¿Es bueno el qué?

—El libro.

—Oh, sí. Es el mejor de los libros. *Los Principios del Arte* de Juvens, la piedra angular de mi orden —Bayaz señaló con la mano que tenía libre los estantes que cubrían dos de las paredes y los cientos de libros idénticos a aquel que se distribuían ordenadamente por ellos—. Son todos el mismo. Un solo libro.

—¿Uno? —Los ojos de Logen recorrieron los gruesos lomos blancos que llenaban la estantería—. Un libro bien largo, desde luego. ¿Lo ha leído entero?

Bayaz se rió.

—Oh, sí, varias veces. Todos los miembros de mi orden tienen que leerlo y, llegado el momento, hacerse su propia copia manuscrita —dio la vuelta al libro para que Logen pudiera verlo. Sus páginas estaban repletas de unos renglones con unos símbolos tan primorosamente trazados como ininteligibles—. Yo copié éste hace mucho. También usted debería leerlo.

—No soy muy aficionado a la lectura.

—¿No? —preguntó Bayaz—. Una pena —pasó de página y continuó leyendo.

—¿Y ése de ahí? —en lo alto de uno de los estantes, separado del resto, había un libro tumbado, un grueso volumen negro con el lomo bastante desgastado—. ¿También lo escribió Juvens?

Bayaz levantó la vista y frunció el ceño.

—No. Ése lo escribió su hermano —se puso de pie, se estiró y lo bajó de la estantería—. Éste trata de otro tipo de conocimiento —abrió el cajón de su escritorio, metió el libro dentro y lo cerró de golpe—. Mejor dejarlo solo —dijo. Luego, tomó asiento y volvió a abrir *Los Principios del Arte.*

Logen respiró hondo, posó su mano izquierda en la empuñadura de la espada y sintió el tacto del frío metal en la palma de la mano. No era una sensación demasiado tranquilizadora. Soltó la mano, se volvió hacia la ventana y miró hacia abajo. Al instante sintió cómo el aire se le quedaba atorado en la garganta.

—Ya está aquí Bethod.

—Bien, bien —musitó Bayaz con tono ausente—. ¿Quién viene con él?

Logen escudriñó las tres figuras que había en el patio.

—Scale —dijo frunciendo el ceño—. Y una mujer. No la reconozco. Están desmontando —Logen se humedeció los labios—. Ya entran.

—Sí, sí —murmuró Bayaz—, es la forma habitual de llegar a una reunión. Trate de calmarse, amigo mío. Respire hondo.

Logen apoyó la espalda en el muro encalado, cruzó los brazos y tomó aire. No le sirvió de nada. El nudo que tenía en el pecho se tensó aún más. Oyó unos pasos pesados que se acercaban por el pasillo. El pomo de la puerta giró.

Scale fue el primero en entrar. El hijo mayor de Bethod siempre había sido corpulento, incluso de niño, pero desde la última vez que le viera Logen se había vuelto un auténtico monstruo. Su cabeza roqueña parecía casi un añadido de última hora, destinado a coronar aquella masa de músculos, y el cráneo era considerablemente más estrecho que el cuello. Tenía las mandíbulas cuadradas, la nariz era una especie de taco grueso y los ojos, pequeños y saltones, tenían una mirada iracunda y arrogante. Al igual que su hermano Calder, sus finos labios estaban retorcidos en un rictus permanente de desdén, sólo que en ellos se percibía mucha menos astucia y bastante más brutalidad. De su cadera colgaba un pesado sable y su mano carnosa se mantenía próxima a él mientras miraba a Logen con cara de pocos amigos.

Luego entró la mujer. Era alta, esbelta y de una palidez casi enfermiza. Sus ojos rasgados eran tan estrechos y fríos como los de Scale eran saltones e iracundos, y la espesa capa de maquillaje negro de la que estaban rodeados resaltaba aún más esa estrechez y frialdad. En sus largos dedos llevaba anillos de oro; en sus finos brazos, dorados brazaletes, y en su pálido cuello, cadenas doradas. Nada más entrar, sus glaciales ojos azules inspeccionaron la sala, y cada cosa en la que se fijaba no hacía sino acrecentar su expresión de repugnancia y desdén. El mobiliario primero, luego los libros, muy especialmente Logen y, por encima de todo, Bayaz.

Por fin entró el sedicente Rey de los Hombres del Norte, y lo hizo con un porte más magnífico que nunca, engalanado con ricos tejidos de colores y exóticas pieles blancas. Una gruesa cadena de oro rodeaba sus hombros y su cabeza estaba ceñida por un aro de oro con un solitario diamante del tamaño de un huevo. En su cara risueña había más arrugas de las que recordaba Logen, y tanto su cabellera como sus barbas estaban jaspeadas de gris, pero seguía igual de alto, igual de enérgico e igual de apuesto, y, además, parecía haber adquirido un aire de autoridad y sabiduría, de majestad incluso. Un gran hombre de los pies a la cabeza, un hombre sabio, un hombre justo. Un rey en

toda la extensión de la palabra. Pero Logen no se dejaba engañar.

—¡Bethod! —dijo cordialmente Bayaz cerrando de golpe el libro— ¡Mi viejo amigo! No te imaginas cuánto me alegro de volver a verte —bajó los pies de la mesa y señaló la cadena de oro y el deslumbrante diamante—. ¡Y de ver lo bien que te van las cosas! Aún recuerdo aquellos tiempos en que no te importaba venir a verme a solas. Pero supongo que los grandes hombres necesitan acompañarse de gentes que les atiendan, ya veo que has traído alguna... compañía. A tu encantador hijo ya le conozco, por supuesto. Bueno, Scale, se ve que te has estado alimentando bien.

—*Príncipe* Scale —rugió el gigantesco hijo de Bethod desorbitando aún más los ojos.

—Hummm —musitó Bayaz alzando una ceja—. Me parece que no tengo el gusto de conocer a la otra persona que te acompaña.

—Soy Caurib —Logen pestañeó. La voz de aquella mujer era la cosa más hermosa que había oído en su vida. Balsámica, acariciante, embriagadora—. Soy hechicera —salmodió, y, acto seguido, echó hacia atrás la cabeza con una sonrisa desdeñosa—. Una hechicera de los confines del Norte —Logen se había quedado paralizado y la contemplaba con la boca entreabierta. Todo el odio que le embargaba se había evaporado. Estaba entre amigos. Más que amigos. No podía, no quería quitarle los ojos de encima. Todas las demás personas que había en la habitación habían desaparecido. Era como si sólo hablara para él, y lo único que deseaba su corazón era que no dejara de hablar jamás.

Pero Bayaz se limitó a soltar una carcajada.

—¡Una auténtica hechicera y, por si fuera poco, dotada del don de la voz dorada! ¡Qué maravilla! Hace mucho tiempo que no la oía, pero no creo que aquí vaya a servirle de mucho —la mente de Logen se despejó, y el odio, ardiente y reconfortante, volvió a embargarle—. Dígame, ¿hay que estudiar para ser hechicera o basta con llenarse de joyas y embadurnarse la cara con afeites? —Caurib entornó los ojos hasta reducirlos a dos ranuras azules, pero el Primero de los Magos no le dio tiempo de responder—. ¡Y de los *confines* del Norte, ni más ni menos! —Bayaz se estremeció levemente—. Debe de hacer mucho frío ahí arriba en esta época del año. Eso es malo para los pezones, ¿eh? ¿Ha venido a vernos para disfrutar de nuestro clima o por alguna otra razón?

—Voy a donde me ordena mi Rey —siseó alzando un poco más su puntiaguda barbilla.

—¿Su Rey? —inquirió Bayaz, echando un vistazo alrededor como si esperara encontrar a alguien más escondido en un rincón.

—¡Mi padre es ahora el Rey de los Hombres del Norte! —gruñó Scale.

Luego miró con desdén a Logen— ¡Deberías arrodillarte ante él, Sanguinario! — Y dedicando idéntica mirada a Bayaz, añadió—: ¡Y tú también, viejo!

El Primero de los Magos extendió las mano como disculpándose.

—Verás, me temo que no me arrodillo ante nadie. Estoy demasiado viejo para eso. Ya sabes, rigidez en las articulaciones.

Scale estampó su bota contra el suelo e hizo ademán de adelantarse mientras sus labios se disponían a soltar una maldición, pero su padre le detuvo posándole una mano en el hombro.

—Cálmate, hijo, no hace falta que nadie se arrodille —hablaba con una voz tan fría y tan plana como la nieve recién caída—. No nos peleemos por tonterías. ¿No compartimos acaso los mismos intereses? ¿La paz? ¿La paz en el Norte? Sólo he venido para solicitar que me ayudes con tu sabiduría, Bayaz, como hice en otro tiempo. ¿Qué hay de malo en pedir ayuda a un viejo amigo? —No se podía imaginar una voz más sincera, más razonable, más digna de confianza. Pero Logen no se dejaba engañar.

—¿Pero es que no hay ya paz en el Norte? —Bayaz se recostó en su silla con las manos a la espalda—. ¿Es que no se han extinguido ya todas las enemistades? ¿No fuiste tú el vencedor? ¿Acaso no tienes todo lo que quieres y aún más? ¿Eh, Rey de los Hombres del Norte? ¿Para qué vas a necesitar ya mi ayuda?

—Mis planes sólo los comparto con los amigos, Bayaz, y últimamente tú no te estás comportando como un amigo. Echas a mis mensajeros, incluso a mi propio hijo. Y das cobijo a mis más acérrimos enemigos —miró a Logen con expresión ceñuda y frunció los labios—. ¿Sabes quién es ese al que tienes aquí? ¡El Sanguinario! ¡Un perro! ¡Un cobarde! ¡Un perjuro! ¿Es ese el tipo de compañía que prefieres? —Bethod se volvió hacia Bayaz con una sonrisa afable, pero sus palabras encerraban un inequívoco tono de amenaza—: Me temo que ha llegado la hora de que decidas si estás de mi lado o en contra de mí. No hay lugar para las medias tintas. O formas parte de mi futuro, o eres una mera reliquia del pasado. Tuya es la elección, amigo mío —Logen ya había visto a Bethod plantear ese tipo de elecciones con anterioridad. Algunos se habían doblegado. Los demás habían vuelto al barro.

Pero Bayaz no parecía tener prisa.

—¿Qué elegir? —se inclinó lentamente hacia delante y agarró la pipa que había en la mesa—. ¿El futuro o el pasado? —luego se acercó al fuego, se puso en cuclillas, dando la espalda a los tres huéspedes, cogió una tea de la chimenea, la metió en la cazoleta y, con mucha parsimonia, se puso a dar caladas. Parecía como si la pipa no fuera a encenderse nunca—. ¿A tu favor o en tu contra? —musitó mientras regresaba a su silla.

—¿Y bien? —inquirió Bethod.

Bayaz levantó la vista al techo y expulsó una tenue nube de humo amarillento. Caurib miraba al Mago de arriba abajo con una gélida expresión de desprecio, Scale se revolvía inquieto, Bethod aguardaba con los ojos entrecerrados. Finalmente, Bayaz exhaló un hondo suspiro.

—Muy bien, estoy de tu lado.

El semblante de Bethod se iluminó con una sonrisa, y Logen se sintió acometido por una honda decepción. Había esperado otra cosa del Primero de los Magos. Maldito idiota, cuándo aprendería a dejar de tener esperanzas.

—Bien —murmuró el Rey de los Hombres del Norte—, sabía que al final verías las cosas a mi manera —luego se repasó los labios con la lengua, como un hombre al que acabaran de traer un suculento plato de comida —. Voy a invadir Angland.

Bayaz alzó una ceja, soltó una risita y, a continuación, estampó un puñetazo en la mesa.

—¡Ésa sí que es buena, buena de verdad! No crees que a tu reino le siente demasiado bien la paz, ¿no es así Bethod? Los clanes no están acostumbrados a ser aliados, ¿verdad? Se odian entre sí y también te odian a ti, ¿me equivoco?

—Bueno —sonrió Bethod—, digamos que andan un poco revueltos.

—¡Apuesto a que sí! Pero si se les lanza contra la Unión, actuarán como una sola nación, ¿eh? Unidos contra el enemigo común, cómo no. ¿Y si ganas? ¡Serás el hombre que logró lo que todo el mundo creía imposible! ¡El hombre que expulsó a los malditos sureños del Norte! Te amarán o, cuando menos, te temerán más que nunca. Y, si pierdes, bueno, al menos mantuviste ocupados a los clanes durante un tiempo y, de paso, socavaste su poder. ¡Ya recuerdo por qué solía apreciarte! ¡Es un plan magistral!

Bethod sonreía ufano.

—Por supuesto. Y además no podemos perder. La Unión es débil, arrogante y no está preparada. Con tu ayuda...

—¿Mi ayuda? —le interrumpió Bayaz—. Me parece que estás yendo demasiado lejos.

—Pero tú...

—Oh, eso —el Mago se encogió de hombros—. Soy un mentiroso.

Bayaz se llevó la pipa a la boca. Durante unos instantes reinó un tenso silencio. Luego los ojos de Bethod se entornaron. Los de Caurib se dilataron. Las pobladas cejas de Scale se arrugaron en un gesto de desconcierto. Y la sonrisa

volvió a los labios de Logen.

—¿Un mentiroso? —siseó la hechicera—. ¡Algo más que eso, diría yo! —su voz seguía teniendo un tono musical, pero la melodía que entonaba ahora era muy diferente: dura, chirriante, mortíferamente afilada—. ¡Viejo gusano! ¡Te escondes detrás de tus muros, de tus sirvientes, de tus libros! ¡Tu tiempo ha pasado, maldito iluso! ¡No eres más que polvo y palabras! —el Primero de los Magos frunció tranquilamente la boca y echó una bocanada de humo—. ¡Palabras y humo, viejo gusano! Ya veremos quién ríe el último. ¡Asaltaremos tu biblioteca! —el Mago depositó la pipa en la mesa con sumo cuidado y una rosca de humo emergió de la cazoleta—. ¡Caeremos sobre tu biblioteca, derribaremos a golpes sus muros, pasaremos por la espada a tus sirvientes y arrojaremos tus libros al fuego! Hasta que...

—Silencio —Bayaz la miraba con una expresión aún más torva que la que había empleado con Calder en el patio hacía unos días. Logen volvió a sentir de nuevo un apremiante deseo de apartarse, pero en esta ocasión de forma aún más acusada si cabe. Casi sin darse cuenta se encontró mirando a su alrededor en busca de un lugar donde ocultarse. Los labios de Caurib seguían moviéndose, pero lo único que salía de ellos era un balbuceo incoherente.

—¿Derribar mis muros, dices? —murmuró Bayaz. Sus cejas grises se curvaron hacia dentro y unos profundos surcos se le dibujaron sobre el caballete de la nariz.

—¿Matar a mis sirvientes, dices? —inquirió Bayaz. A pesar de los leños que ardían en la chimenea, el aire de la sala estaba helado.

—¿Quemar mis libros, dices? —tronó Bayaz—. ¡Eso es mucho decir, bruja! —las rodillas de Caurib se doblaron. Se agarró al marco de la puerta con una de sus blancas manos y sus abalorios tintinearon mientras se derrumbaba contra la pared.

—¿Palabras y polvo, eso dices que soy? —Bayaz alzó cuatro dedos—. Cuatro obsequios obtuviste de mí, Bethod: el sol en invierno, una tormenta en verano y dos cosas más que nunca habrías conocido sin mi arte. ¿Y qué he obtenido yo a cambio, eh? Este lago y este valle, que ya me pertenecían de antes, eso, y una sola cosa más —los ojos de Bethod miraron brevemente a Logen y luego se desviaron—. ¿Sigues en deuda conmigo, y, a pesar de eso, me envías mensajeros, me vienes con exigencias, te atreves a *darme* órdenes? No es ése el concepto que yo tengo de la cortesía.

Scale ya había recuperado el hilo y parecía como si los ojos fueran a salírsele de las órbitas.

—¿Cortesía? ¿Qué le importa a un Rey la cortesía? ¡Un Rey toma lo que quiere! —y, dando un pisotón, avanzó hacia la mesa.

En materia de tamaño y crueldad, Scale, sin duda, daba la talla. No sería fácil encontrar un hombre más adecuado para propinar una patada a alguien que estuviera caído en el suelo. Pero Logen, de momento, no lo estaba; lo que sí que estaba era harto de oír a aquel presuntuoso patán. Dio un paso adelante y se interpuso en su camino, posando una mano sobre la empuñadura de su espada.

—Quieto ahí.

El Príncipe clavó sus ojos saltones en Logen, alzó uno de sus macizos puños y apretó los dedos hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—¡No me tientes Nuevededos! ¡Tus días han terminado, maldito perro! ¡Puedo cascarte como a un huevo!

—Puedes intentarlo si quieres, pero no tengo intención de permitírtelo. Sabes cómo trabajo. Un paso más y me pondré a trabajar contigo, maldito puerco seboso.

—¡Scale! —le espetó Bethod—. Está claro que no se nos ha perdido nada aquí. Nos vamos —el gigantesco príncipe encajó sus enormes mandíbulas, abrió y cerró los puños y dejó caer los brazos mientras lanzaba a Logen una mirada teñida del odio más brutal que pueda imaginarse. Luego rió desdeñosamente y retrocedió unos pasos.

Bayaz se inclinó hacia delante.

—Dijiste que traerías la paz al Norte, Bethod, ¿y cuál ha sido el resultado? ¡Una guerra detrás de otra! ¡Tu orgullo y tu brutalidad han desangrado al país! ¿El Rey de los Hombres del Norte? ¡Ja! ¡No mereces mi ayuda! ¡Pensar que en tiempos deposité en ti mis esperanzas!

Bethod se limitó a arrugar el ceño mientras a sus ojos asomaba una expresión tan gélida como el diamante que llevaba en la frente.

—Me has convertido en tu enemigo, Bayaz, y soy muy mal enemigo. El peor que existe. Te arrepentirás de lo que has hecho hoy —luego volcó su desprecio en Logen—. Y en cuanto a ti, Nuevededos, ¡no esperes nunca más mi clemencia! ¡A partir de ahora no habrá un hombre en el norte que no sea tu enemigo! ¡Te odiarán, te darán caza, te maldecirán allá donde vayas! ¡Ya me encargaré yo de que sea así!

Logen se encogió de hombros. Aquello no suponía ninguna novedad. Bayaz se levantó de su silla:

—¡Ya has dicho todo lo que tenías que decir. Ahora, coge a tu bruja y lárgate de aquí!

Caurib, resollando y dando tumbos, fue la primera en salir. Scale lanzó

una última mirada a Logen y luego se dio media vuelta y se fue dando pisotones. El presunto Rey de los Hombres del Norte, tras hacer una leve inclinación de cabeza y barrer la sala con una mirada asesina, salió también. Cuando sus pasos se perdieron por el pasillo, Logen respiró hondo, procuró tranquilizarse un poco y soltó la mano de la empuñadura.

—Bueno —dijo alegremente Bayaz—, todo ha salido a pedir de boca.

Una calle entre dos dentistas

Era más de medianoche y la Vía Media estaba oscura y bastante maloliente. Siempre olía mal en las proximidades de los muelles: a agua salada, a peces podridos, a alquitrán, a sudor, a excrementos de caballo. Dentro de unas pocas horas esa misma calle sería un hervidero de ruido y actividad. Vociferantes tenderos, estibadores maldiciendo bajo el peso de sus cargas, mercaderes pululando de acá para allá, cientos de carros y carretas traqueteando sobre la capa de mugre del adoquinado. Habría una auténtica marea humana subiendo o bajando en tropel de los barcos, gentes llegadas de todas las partes del mundo, profiriendo gritos en todas las lenguas imaginables. Pero de noche reinaba la calma. La calma y el silencio. *Un silencio sepulcral y un olor tan fétido como el de una tumba.*

—Es por aquí —dijo Severard dirigiéndose hacia la entrada de un sombrío callejón encajonado entre dos imponentes almacenes.

—¿Os ha causado muchos problemas? —preguntó Glokta mientras le seguía arrastrando penosamente la pierna.

—No muchos —el Practicante se ajustó la máscara para que le entrara un poco de aire por detrás. *Con todo el aliento y el sudor que se acumula ahí dentro debe de ponerse muy pegajosa. No es de extrañar que los Practicantes suelan tener mal genio*—. La tomó con el colchón de Rews; lo cosió a puñaladas. Entonces Frost le soltó un mamporro en la cabeza. Es curioso, pero basta que ese muchacho le suelte a alguien un golpe en la cabeza para que de inmediato se le quiten todas las ganas de causar problemas.

—¿Y qué hay de Rews?

—Sigue con vida —la luz de la lámpara de Severard iluminó un montón de restos de comida podrida. Glokta oyó el chillido de unas ratas que salían huyendo en medio de la oscuridad.

—Te conoces los mejores barrios de la ciudad, ¿eh Severard?

—Para eso me paga, Inquisidor —su sucia bota negra pisó inadvertidamente la pestilente papilla. Glokta se levantó los faldones del abrigo

con la mano que tenía libre y la esquivó renqueando—. Yo me crié bastante cerca de este barrio —prosiguió el Practicante—. La gente de por aquí no suele hacer preguntas.

—Exceptuándonos a nosotros. —*Nosotros siempre tenemos alguna pregunta que hacer.*

—Claro —Severard dejó escapar una risa apagada—. Por algo somos la Inquisición. —Su lámpara iluminó una verja abollada que flanqueaba un muro erizado de roñosos pinchos—. Aquí es. —*Qué bien, nuestra nueva dirección tiene un aspecto muy prometedor.* Era evidente que a la verja no se le daba demasiado uso, sus goznes parduzcos emitieron un chillido de protesta cuando el Practicante giró la llave y la abrió de un tirón. Glokta tuvo que realizar una incómoda maniobra para salvar un charco que se había formado en un surco del suelo y, al ver que el faldón de su gabán se arrastraba por las aguas estancadas, profirió una maldición.

Los goznes volvieron a chirriar mientras Severard, con la frente arrugada por el esfuerzo, bregaba con la pesada verja para volver a cerrarla. Luego levantó la visera del farol e iluminó un amplio patio profusamente ornamentado cuyo suelo estaba invadido de escombros, trozos de madera y malas hierbas.

—Ya hemos llegado —dijo Severard.

En tiempos debió de ser un edificio magnífico, en su estilo. *¿Cuánto habrán costado todas esas ventanas? ¿O esas decoraciones en piedra? Quienes lo visitaban debían de quedar impresionados por la riqueza de su propietario, aunque no tanto por su buen gusto.* Pero ya no, desde luego. Las ventanas estaban cegadas con planchas de madera carcomida, las volutas de piedra estaban comidas por el musgo y salpicadas de excrementos de pájaro. El fino revestimiento de mármol verde de los pilares se encontraba cuarteado y lleno de descascarillados por los que asomaba la escayola podrida que había debajo. No había nada que no estuviera desmoronado, cascado o en un avanzado estado de deterioro. Por todas partes había trozos caídos de la fachada que proyectaban alargadas sombras sobre los altos muros del patio. La cabeza partida de un angelote miró desconsoladamente a Glokta desde el suelo cuando pasó renqueando a su lado.

Había esperado encontrarse con un lúgubre almacén o un sótano frío y húmedo próximo al agua.

—¿Qué clase de lugar es éste? —preguntó alzando la vista para mirar el ruinoso palacio.

—Lo construyó hace años un mercader —Severard apartó de una patada un fragmento de escultura, que rodó retumbando por el patio y se perdió en la oscuridad—. Un hombre rico, muy rico. Quería residir cerca de sus almacenes y

de sus embarcaderos para tener el negocio vigilado —ascendió unos agrietados escalones cubiertos de musgo para dirigirse a un descascarillado portalón—. Pensó que a lo mejor cundía el ejemplo. ¿A quién se le ocurre? ¡Nadie viviría en un sitio como éste a menos que no le quedara más remedio! Luego, como suele ocurrirles a los mercaderes, se arruinó. A sus acreedores no les está resultando nada fácil encontrar un comprador.

Glokta se fijó en una fuente rota que se encontraba vencida hacia un lado y estaba medio llena de agua estancada.

—No es de extrañar.

La lámpara de Severard apenas lograba horadar las tinieblas del vasto vestíbulo. Dos enormes escaleras curvas a medio derrumbar se alzaban frente a ellos envueltas en sombras. Una amplia galería recorría los muros a la altura del primer piso, pero buena parte de ella se hallaba hundida y sobresalía entre los húmedos tablones del suelo, cercenando una de las escaleras, que quedaba suspendida sobre el vacío. Sobre el suelo húmedo se desparramaban trozos de escayola, tejas caídas, maderos astillados, todo ello cubierto por una salpicadura gris de excrementos de pájaros. A través de los numerosos agujeros del tejado asomaba el cielo nocturno. Glokta oyó el tenue sonido de unas palomas que se arrullaban entre las sombras de las vigas y un lento goteo de agua que llegaba desde alguna otra parte.

Vaya un sitio. Glokta tuvo que reprimir una sonrisa. *En cierto modo me recuerda a mí. Los dos fuimos grandes en tiempos y los dos hemos dejado definitivamente atrás nuestros mejores años.*

—Está bien de tamaño, ¿no le parece? —preguntó Severard, cuya lámpara proyectaba oscilantes sombras mientras se abría paso entre los escombros en dirección a un enorme arco que había debajo de la escalera desmoronada.

—Yo diría que sí, siempre y cuando no tengamos más de mil prisioneros a la vez. —Glokta renqueaba tras él apoyándose con fuerza en el bastón por temor a que aquel suelo pegajoso le hiciera dar unos traspiés. *Si resbalara, me caería de culo sobre toda esa mierda de pájaro. Sería perfecto.*

El arco daba acceso a un salón ruinoso, de cuyas paredes colgaban largas tiras de escayola que dejaban al descubierto los húmedos ladrillos que había debajo. Un lúgubre vano se abría a cada uno de sus lados. *El típico lugar que pondría nervioso a un hombre propenso al nerviosismo. Inmediatamente empezaría a imaginarse desagradables presencias en las cámaras que quedan más allá de la luz del farol u horripilantes hechos que tienen lugar en la oscuridad.* Miró a Severard, que caminaba con aire desenvuelto delante de él, silbando desafinadamente bajo la máscara una melodía apenas audible, y frunció el ceño. *Pero nosotros no somos*

propensos al nerviosismo. Tal vez porque esas presencias desagradables somos nosotros. Tal vez porque somos nosotros los autores de esos hechos horripilantes.

—¿Cómo de grande es este sitio? —preguntó Glokta mientras avanzaba penosamente por el salón.

—Treinta y cinco habitaciones sin contar los aposentos del servicio.

—Un verdadero palacio. ¿Cómo demonios diste con él?

—Solía dormir aquí algunas noches. Fue después de que muriera mi madre. Encontré la forma de colarme dentro. Por entonces el techo estaba casi intacto y era un lugar donde se podía dormir seco. Seco y seguro. Bueno, más o menos. —*Ah, qué mal te ha tratado la vida. Tu nueva profesión de torturador y matón supone todo un ascenso, ¿verdad? Todo hombre tiene su excusa, y cuanto más vil se ha vuelto, más conmovedora tiene que ser la historia. Me pregunto cuál será la mía.*

—Eres una persona llena de recursos, ¿eh, Severard?

—Para eso me paga, Inquisidor.

Accedieron a un amplio espacio vacío: otro salón tal vez, quizás un despacho, puede incluso que una sala de baile, a juzgar por su tamaño. De las paredes colgaban medio sueltos unos paneles de madera que en tiempos debieron de ser bastante aparentes, pero cuyo revestimiento de pintura dorada estaba descascarillado y recubierto de moho. Severard se acercó a uno que seguía en su sitio y, posando la mano, empujó con firmeza uno de sus lados. Se oyó un leve clic y el panel cedió, dejando al descubierto un oscuro pasadizo. *¿Una puerta secreta? Qué maravilla. Qué siniestro. Qué apropiado.*

—Este lugar es una auténtica fuente de sorpresas, igual que tú —dijo Glokta, renqueando dolorosamente hacia la abertura.

—No me creería si le dijera lo que ha costado.

—¿Lo hemos comprado?

—Oh, no. Lo he comprado yo. Con el dinero de Rews. Y ahora se lo alquilo a usted —los ojos de Severard chispearon iluminados por la luz del farol—. ¡Este lugar es una mina de oro!

—¡Ja! —rió Glokta mientras bajaba despacio los escalones. *Y ahora resulta que además tiene buena cabeza para los negocios. Cualquier día de estos me veré trabajando a las órdenes del Archilector Severard. Cosas más raras se han visto.* Caminando como un cangrejo y palpando los rugosos sillares de piedra con la mano derecha en busca de huecos que le sirvieran de apoyo, Glokta descendía hacia la oscuridad precedido por su sombra.

—Hay varios kilómetros de sótanos —dijo Severard a sus espaldas—. Disponemos de una salida privada a los canales, y también a las cloacas, por si

acaso le interesan las cloacas —dejaron atrás un oscuro hueco que se abría a su izquierda y luego otro a la derecha, avanzando siempre en sentido descendente—. Frost me ha dicho que se puede ir desde aquí hasta Agriont sin tener que salir ni una sola vez al aire libre.

—Eso puede sernos útil.

—Seguramente, si el olor resulta soportable.

La lámpara de Severard iluminó una pesada puerta provista de una mirilla con pequeños barrotes.

—Ya estamos en casa —dijo y, acto seguido, descargó cuatro golpes rápidos en la puerta. Al cabo de un momento, el rostro enmascarado de Frost apareció en la mirilla—. Somos nosotros —los ojos del albino no dieron ni la más mínima muestra de reconocimiento o de cordialidad. *Nada nuevo, en realidad.* Desde el otro lado les llegó el ruido de unos pesados cerrojos que se descorrían y, al instante, la puerta se abrió suavemente.

Dentro había una mesa, una silla y varias antorchas nuevas en los muros, si bien, ninguna de ellas estaba encendida. *Antes de que llegáramos nosotros con el farol esto debía de estar oscuro como boca de lobo.* Glokta miró al albino.

—¿Has estado todo este tiempo sentado en la oscuridad? —el gigantesco Practicante se encogió de hombros, y Glokta sacudió la cabeza—. A veces me preocupa usted, Practicante Frost, se lo digo sinceramente.

—Lo tenemos aquí mismo —dijo Severard mientras avanzaba por el enlosado con paso desenvuelto, produciendo un leve eco con los tacones de sus botas. En tiempos, el lugar debía de haber sido una bodega: dispuestas a ambos lados había varias cámaras abovedadas cerradas con robustas rejas.

—¡Glokta! —los dedos de Salem Rews se aferraban a los barrotes y su rostro asomaba entre ellos.

Glokta se detuvo delante de la celda y dejó en reposo su dolorida pierna.

—Hombre, Rews, ¿cómo te van las cosas? La verdad, no esperaba volver a verte tan pronto —había perdido peso, y en su piel, flácida y pálida, aún se distinguían las señales de algunas heridas. *No tiene buen aspecto, no tiene buen aspecto en absoluto.*

—¿Qué es lo que ocurre, Glokta? Dime por favor por qué estoy aquí.

Pero, bueno, de qué se queja éste.

—Al parecer el Archilector cree que todavía puedes serle de alguna utilidad. Quiere que declares... —Glokta se inclinó sobre los barrotes— ante el Consejo Abierto —susurró.

El rostro de Rews se puso todavía más pálido.

—¿Y luego qué?

—Ya veremos —*Angland, Rews, Angland.*

—¿Y si me niego?

—¿Si te niegas a obedecer al Archilector? —Glokta soltó una risa—. No, no, Rews. Tú no quieres hacer algo así —se dio la vuelta y siguió a Severard.

—¡Ten piedad! ¡Esto está muy oscuro!

—¡Ya te acostumbrarás! —gritó Glokta girando la cabeza por encima del hombro. *Es sorprendente, pero a todo se acostumbra uno.*

En la última cámara se encontraba su más reciente captura. Encadenado a un saliente del muro, desnudo y, como no podía ser menos, con la cabeza enfundada en una bolsa. Era un tipo bajo y fornido, tirando a gordo, y en sus rodillas se advertían unas heridas frescas que debía de haberse hecho cuando le arrojaron contra las duras piedras de la celda.

—Así que éste es nuestro asesino, ¿eh? —al oír la voz de Glokta, el hombre rodó por el suelo, se puso de rodillas y se adelantó, tensando las cadenas. Un poco de sangre había rezumado por la parte delantera de la bolsa y, al secarse, había dejado una mancha marrón en la lona.

—Tiene malas pulgas —dijo Severard—. Pero ahora no parece demasiado terrible, ¿verdad?

—Nunca lo parecen cuando se les tiene cogidos. ¿Dónde vamos a trabajar?

La sonrisa de los ojos de Severard se acentuó.

—Ah, le va a encantar el sitio, Inquisidor.

—Un poco teatral —dijo Glokta—, pero eso tampoco supone ningún inconveniente.

Era una gran sala circular abovedada, cuyas paredes curvas estaban completamente cubiertas por un extraño mural. El cuerpo de un hombre que sangraba por varias heridas yacía sobre la hierba con un bosque a sus espaldas. Alejándose de él había once figuras de perfil vestidas de blanco, seis a un lado y cinco al otro, representadas en extrañas poses pero con los rasgos poco definidos. Todas ellas se volvían hacia un hombre de negro que tenía las manos extendidas y cuya figura se destacaba sobre una colorida mancha que debía de representar un fuego. La cruda luz de siete brillantes faroles no lograba hacer

que la obra pareciera mejor. *No es nada del otro mundo, desde luego, una obra más decorativa que artística, aunque no exenta de cierto atractivo.*

—No tengo ni idea de lo que representa —dijo Severard.

—Al Maeztro Creador —mascculló el Practicante Frost.

—Claro —dijo Glokta levantando la cabeza para contemplar la oscura figura del muro y las llamas que tenía detrás—. Practicante Severard, hay que poner al día esos conocimientos de historia. Ese es Kanedias, el Maestro Creador —se volvió y señaló al moribundo que había en la pared opuesta—. Y ése es el gran Juvens, su víctima —luego señaló con la mano a las figuras de blanco—. Y esos son los aprendices de Juvens, los Magos, que se aprestan a vengarle. —*Cuentos de miedo para asustar a los niños.*

—¿A quién se le puede ocurrir gastarse los cuartos en decorar los muros de su sótano con una porquería como ésta? —se preguntó Severard sacudiendo la cabeza.

—Bueno, se trata de un motivo que en tiempos gozó de bastante popularidad. En el palacio real hay una sala decorada así. Esto no es más que una copia, y bastante mala, por cierto —la mirada de Glokta se posó en el sombrío rostro de Kanedias, que contemplaba la sala con expresión severa, y luego en el sangriento cadáver que había al otro lado del muro—. Aun así, no deja de resultar un tanto inquietante, ¿no crees? —*O lo resultaría, si no me trajeran al fresco todas estas historias*—. Sangre, fuego, muerte, venganza. No logro imaginarme por qué razón querría alguien tener una cosa así en su sótano. En fin, puede que nuestro amigo el mercader tuviera un lado oscuro.

—Todos los ricos tienen un lado oscuro —sentenció Severard— ¿Y esos dos, quiénes son?

Glokta frunció el ceño y echó un vistazo a la imagen que tenía delante. Bajo los brazos del Creador, una a cada lado, había dos figuras pequeñas bastante borrosas.

—¡Vete a saber! Tal vez sean sus Practicantes.

Severard soltó una carcajada. Incluso Frost, desde detrás de su máscara, dejó escapar una leve bocanada de aire, aunque sus ojos no reflejaban la más mínima alegría. *Por favor, este hombre necesita unas buenas cosquillas.*

Glokta se acercó renqueando a la mesa que había en el centro de la sala. A ambos lados de la pulida superficie de madera había dos sillas frente a frente. Una era un trasto duro y austero, similar a los que había en el Pabellón de los Interrogatorios, pero la otra era mucho más imponente, un trono casi, con amplios reposabrazos y un respaldo alto tapizado en cuero.

Apoyó el bastón en la mesa y, con la espalda atenazada de dolor, dejó

que su cuerpo fuera descendiendo lentamente.

—Oh, esta silla es magnífica —musitó, y, tras recostarse en el mullido cuero, estiró la pierna, bastante dolorida tras la caminata. Pero, al hacerlo, se chocó con algo. Miró debajo de la mesa y vio una banqueta que hacía juego con la silla. Glokta echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—¡Oh, qué maravilla! ¡No teníais que haberos molestado! —posó la pierna en la banqueta y exhaló un suspiro de satisfacción.

—Era lo menos que podíamos hacer —dijo Severard cruzando los brazos y apoyándose en la pared junto a la figura ensangrentada de Juvens—. No nos ha ido mal con el amigo Rews, nada mal. Usted siempre nos ha tratado bien y eso es algo que no olvidamos.

—Ajá —dijo Frost asintiendo con la cabeza.

—Me malcriáis —Glokta acarició la tersa madera del reposabrazos. *Mis queridos muchachos. ¿Dónde estaría si no fuera por vosotros? En casa, metido en la cama, recibiendo los mimos de mi madre, que no pararía de preguntarse cómo se las iba a arreglar ahora para encontrar una buena chica que quisiera casarse conmigo.* Echó un vistazo a los instrumentos que había en la mesa. Su caja, por supuesto, estaba ahí, pero también algunas otras herramientas, bastante usadas, aunque todavía útiles. Se fijó especialmente en un par de tenacillas con un mango bastante largo. Alzó la cabeza y miró a Severard—. ¿Para los dientes?

—Me pareció que no estaría mal empezar por ahí.

—Estupendo —Glokta se pasó la lengua por las encías y luego se estiró los dedos uno a uno—. Pues empezaremos por los dientes.

Nada más quitarle la mordaza, el prisionero se puso a gritarles en lengua estiria, mientras escupía, maldecía y trataba de zafarse inútilmente de las cadenas. Glokta no entendía ni una sola palabra de lo que decía. *Pero más o menos pillo el significado. Algo bastante insultante, desde luego. Algo relacionado con nuestras madres y otras lindezas por el estilo. Da igual, yo no soy una persona que se ofenda fácilmente.* Era un tipo de aspecto rudo, con la cara picada de viruelas y la nariz rota en varios lugares y completamente deformada. *Qué decepción. Tenía la esperanza de que al menos en esta ocasión los Sederos hubieran tirado de la gama alta, pero con los mercaderes ya se sabe, siempre andan a la busca de una ganga.*

El Practicante Frost puso fin a aquel torrente de insultos ininteligibles con un certero puñetazo en el estómago. *Eso le dejará sin aliento durante unos instantes. Justo el tiempo necesario para que nosotros podamos meter baza.*

—Ojo, amigo —dijo Glokta—, aquí no nos gustan esas tonterías. Sabemos que eres un profesional y, por lo tanto, alguien de quien se espera que sea capaz de pasar desapercibido a la hora de hacer su trabajo. Y difícilmente podría pasar desapercibido alguien que no hablara la lengua del país, ¿no crees?

El prisionero ya había recobrado el aliento.

—¡Mal rayo os parta, hijos de puta!— dijo con un resuello.

—¡Perfecto! La lengua común nos vendrá de perlas para la pequeña charla que queremos tener contigo. Aunque tengo la impresión de que al final tendremos más de una. ¿Hay algo que quieras saber sobre nosotros antes de que empecemos? ¿O te parece que vayamos directamente al grano?

El prisionero alzó la vista y miró con desconfianza la imagen del Maestro Creador, que se cernía sobre la cabeza de Glokta.

—¿Dónde estoy?

—Estamos cerca de la Vía Media, junto al mar —Glokta torció el gesto al sentir una súbita punzada en los músculos de la pierna. La estiró cuidadosamente hasta que oyó el chasquido de su rodilla y luego prosiguió—. La Vía Media, ya sabes, una de las principales arterias de la ciudad; la atraviesa por el centro, de lado a lado, desde Agriont hasta el mar. Cruza numerosos barrios y contiene gran cantidad de edificios notables. Algunas de las mejores zonas residenciales de la ciudad se encuentran bastante cerca de aquí. Aunque, para mí, no es más que una calle entre dos dentistas.

El prisionero entrecerró los ojos y lanzó una mirada a los instrumentos que había en la mesa. *Se acabaron los insultos. Parece que la alusión dental le ha llamado la atención.*

—Un poco más arriba, al otro extremo de la avenida —Glokta señaló vagamente hacia el norte—, se encuentra una de las zonas más caras de la ciudad; allí, frente a los jardines públicos, en una hermosa mansión blanca, a la sombra del mismísimo Agriont, tiene su consulta el Maestro Farrad. Seguro que has oído hablar de él.

—Que te jodan.

Glokta alzó las cejas. *Más quisiera.*

—Según dicen, el Maestro Farrad es el mejor dentista del mundo. Es natural de Gurkhul, creo, pero huyó de la tiranía del Emperador y se vino a La Unión en busca de una vida mejor, librando así a nuestros conciudadanos más pudientes de los terribles padecimientos de una mala dentadura. Yo mismo, cuando regresé de mi única y breve visita al Sur, fui enviado a verle por mi familia para ver si podía hacer algo por mí —Glokta sonrió ampliamente

mostrando al asesino la naturaleza del problema—. La cosa, por supuesto, no tenía arreglo. Los torturadores del Emperador se cuidaron muy bien de que fuera así. Pero eso no quita para que sea un excelente dentista. Todo el mundo lo dice.

—¿Y a mí qué?

La sonrisa de Glokta se desvaneció.

—Justo al otro extremo de la Vía Media, a orillas del mar, entre la inmundicia, la mugre y el cieno de los muelles, estoy yo. Puede que los alquileres de por aquí no sean muy altos, pero estoy convencido de que cuando llevemos un rato juntos quedarás convencido de que mi talento no desmerece al del afamado Maestro Farrad. Ocurre, simplemente, que mi talento y el suyo son de distinta naturaleza. El Maestro Farrad alivia el dolor de sus pacientes mientras que yo soy un dentista... —Glokta se inclinó lentamente hacia delante— de otro tipo.

El asesino se le rió a la cara.

—¿Creéis que me vais a asustar cubriéndome la cabeza con una bolsa y mostrándome unas pinturas de mierda? —luego volvió la vista hacia Frost y Severard—. ¡Hatajo de engendros!

—¿Que si creo que te asustamos? ¿Nosotros tres? —Glokta dejó escapar una risa—. Estás solo, inerme y absolutamente inmovilizado. ¿Aparte de nosotros, quién sabe que estás aquí o a quién le importa? No tienes ninguna posibilidad de escapar y nadie va a venir a liberarte. Aquí todos somos profesionales. Así que, mal que bien, ya te imaginas lo que te espera —Glokta sonrió perversamente—. Claro que te asustamos, no te hagas el idiota. Lo disimulas muy bien, debo reconocerlo, pero eso no durará. Llegará el momento, y no tardará mucho, en que nos ruegues que volvamos a ponerte la bolsa.

—No me sacarás nada —gruñó el asesino mirándole a los ojos—. Nada. —*Un tipo duro. Muy duro. Pero tampoco es tan difícil serlo cuando la faena aún no ha empezado. Nadie lo sabe mejor que yo.* Glokta se frotó suavemente la pierna. La sangre corría ya con fluidez y el dolor casi había desaparecido.

—Empezaremos por algo muy sencillo. Nombres, eso es todo lo que te pido, de momento. Sólo nombres. ¿Por qué no comenzamos por el tuyo? Al menos no podrás decirnos que no lo sabes.

Aguardaron. Severard y Frost miraron al prisionero. Los ojos verdes sonreían, los ojos rosáceos, no. Silencio.

Glokta suspiró.

—Está bien —Frost plantó sus puños a ambos lados de la mandíbula del prisionero y empezó a apretar hasta que éste no tuvo más remedio que separar

los dientes. Entonces Severard introdujo entre medias el extremo de las tenacillas y le separó las mandíbulas hasta dejárselas en una posición extremadamente incómoda. Al asesino se le salían los ojos de las órbitas. *¿Verdad que duele? Pues esto no es nada, créeme.*

—Cuidado con la lengua —dijo Glokta—, queremos que hable.

—No se preocupe —masculló Severard asomándose a la boca del asesino. Pero de inmediato se echó para atrás—. ¡Puaj! ¡Le apesta el aliento!

Vergonzoso, aunque no me sorprende nada. El aseo diario no suele contarse entre las prioridades de los asesinos a sueldo. Glokta se levantó lentamente y rodeó la mesa.

—Veamos —murmuró suspendiendo una mano sobre los instrumentos— ¿con qué empezamos? —cogió una aguja provista de un mango, se estiró hacia delante, agarrando firmemente con la otra mano la empuñadura del bastón, y palpó delicadamente los dientes del asesino. *Un conjunto nada atractivo, desde luego. Creo que si me dieran a elegir, preferiría mis dientes a éstos.*

—Pero qué espanto, si están hechos una pena. Podridos de arriba abajo. No es de extrañar que te apeste el aliento. Es imperdonable en un hombre de tu edad.

—Aaay —aulló el prisionero al tocar Glokta un nervio. Trató de hablar, pero con las tenacillas encajadas en la boca, lo que dijo resultaba tan ininteligible como las palabras del Practicante Frost.

—Silencio ahora, ya tuviste antes la oportunidad de hablar. Puede que más adelante te demos otra. Todavía no he tomado una decisión al respecto —Glokta dejó la aguja en la mesa y sacudió la cabeza con gesto compungido—. Tienes los dientes hechos un desastre. Un auténtico asco. Yo diría que están a punto de caerse por sí solos. Sabes una cosa —dijo mientras cogía de la mesa un martillito y un cincel—, estoy seguro de que te sentirás mucho mejor sin ellos.

Los Cabezas Planas

Una mañana gris en la gélida humedad de los bosques, y allí sentado estaba el Sabueso, pensando en tiempos mejores. Sentado y ocupado con el asador, dándole de vez en cuando una vuelta, haciendo lo posible para que la espera no le pusiera demasiado nervioso. La actitud de Tul Duru no se lo estaba poniendo nada fácil. Avanzaba a grandes zancadas por la hierba hasta las viejas piedras y luego volvía a empezar, desgastando tontamente sus enormes botas y dando muestras de no tener más paciencia que un lobo en celo. El Sabueso se fijó en los pisotones que pegaba: plom, plom, plom. Había aprendido hace mucho que los grandes luchadores sólo sabían hacer una cosa: luchar. Para todo lo demás, para esperar sobre todo, eran unos perfectos inútiles.

—Oye Tul, ¿por qué no te sientas un rato? —masculló el Sabueso—. Hay un montón de piedras buenas para eso. Aquí arrimado al fuego se está más caliente. Para ya de dar sacudidas con esos pedazos de pies que tienes, me pones nervioso.

—¿Que me siente? —tronó el gigantón, acercándose al Sabueso hasta cernirse sobre él como si fuera un maldito edificio— ¿Cómo quieres que me siente y cómo puedes estar sentado tú? —frunció sus pobladas cejas y lanzó una mirada torva a las ruinas y a los árboles que había detrás—. ¿Seguro que es éste el sitio?

—Seguro —el Sabueso echó una mirada a las piedras derrumbadas. Mierda, ojalá no estuviera equivocado. Claro que tampoco podía negar que de momento nadie había dado señales de vida—. Ya llegarán, no te preocupes. —Mientras no les hubieran matado a todos, pensó, pero tuvo la sensatez de no decirlo. El tiempo que llevaba marchando con Tul Duru, Cabeza de Trueno, le había enseñado una cosa: no era un hombre al que conviniera buscar las cosquillas. A no ser que a uno no le importara acabar con la cabeza rota.

—Sólo te digo una cosa, más vale que vengan pronto —las manazas de Tul se cerraron formando unos puños capaces de partir una roca en dos—. ¡No me hace ninguna gracia estar aquí parado dándole el culo al viento!

—Ni a mí —dijo el Sabueso mostrándole la palma de las manos en un

intento desesperado de que las cosas no se salieran de madre—. Venga, grandullón, no te inquietes. No tardarán en aparecer, todo va a salir según lo planeamos. Éste es el sitio —echó un ojo al cebón, que crepitaba sobre el fuego chorreando una grasa de aspecto muy suculento. La boca se le hacía agua y su olfato estaba impregnado del aroma de la carne y... de algo más. Era sólo un olorcillo, pero... Alzó la cabeza y venteó el aire.

—¿Hueles algo? —inquirió Tul, escrutando el bosque.

—Puede ser —el Sabueso se inclinó y posó una mano sobre su arco.

—¿Qué es? ¿Shanka?

—No estoy seguro, puede —de nuevo volvió a olfatear el aire. Olía a hombre, un olor acre y fuerte.

—¡Malditos cabrones, podría haberos matado a los dos!

El Sabueso se volvió tan deprisa que a punto estuvo de desplomarse y de que se le cayera el arco de las manos. Detrás de él, a no más de diez zancadas en la dirección del viento, se encontraba Dow el Negro avanzando sigilosamente hacia la hoguera. Pegado a su hombro venía Hosco, con el mismo semblante inexpresivo de siempre.

—¡Maldita sea! —aulló Tul— ¡No aparezcáis así, casi me cago encima!

—Estupendo —repuso Dow con sorna—. No te vendría mal perder un poco de grasa.

El Sabueso respiró hondo y dejó el arco en el suelo. Era un alivio saber que después de todo sí que estaban en el lugar convenido, aunque desde luego hubiera preferido ahorrarse el susto. Desde que vio a Logen resbalar por el borde del precipicio se sobresaltaba por cualquier cosa. Había caído al vacío sin que nadie pudiera hacer nada para impedirlo. Le podía haber ocurrido a cualquiera; un buen día la palmas y se acabó la historia.

Hosco trepó por las piedras y se sentó en una que había junto al Sabueso, al que saludó con un imperceptible movimiento de la cabeza.

—¿Carne? —ladró Dow y, apartando a Tul, se echó junto al fuego, arrancó una de las piernas del cebón y la desgarró de una dentellada.

Eso fue todo. No hubo más efusiones tras haberse pasado más de un mes separados.

—Está claro, quien tiene un amigo tiene un tesoro —dijo entre dientes el Sabueso.

—¿Cómo dices? —le espetó Dow, girando hacia él sus gélidos ojos, con la boca llena de cebón y su barbilla mal afeitada reluciente de grasa.

El Sabueso volvió a abrir las manos.

—Nada que pueda ofenderte —el tiempo que llevaba con Dow le había enseñado una cosa: antes que enfadar a aquel hijo de la gran puta era preferible rebanarse uno mismo el pescuezo—. ¿Algún problema mientras estuvimos separados? —preguntó para cambiar de tema.

Hosco asintió.

—Alguno.

—¡Los cabrones de los Cabezas Planas! —refunfuñó Dow, salpicando la cara del Sabueso con una lluvia de trozos de carne— ¡Esos hijos de puta andan por todas partes! —blandió la pata del cebón por encima de la hoguera como si fuera la hoja de una espada—. ¡Ya estoy harto de toda esta mierda! ¡Me vuelvo al sur! ¡Aquí hace un frío de cojones y está lleno de Cabezas Planas! ¡Los muy cabrones! ¡Me voy al sur!

—¿Tienes miedo? —inquirió Tul.

Dow se volvió hacia él con una sonrisa biliosa, y el Sabueso hizo una mueca de dolor. A quién se le ocurre hacer una pregunta tan tonta. Dow el Negro no había tenido miedo en su vida. Esa palabra no tenía ningún significado para él.

—¿Miedo de unos cuantos Shanka? ¿Yo? —Y soltó una risa agria—. Mientras vosotros dos roncabais, nosotros estábamos dándoles una buena lección. Les preparamos un lecho bien caliente para que pudieran dormir a gusto. Caliente de cojones.

—Los quemamos —masculló Hosco. Con aquello ya había cumplido su cupo de conversación de un día.

—Quemamos una pila entera de ellos —siseó Dow con una sonrisa, como si imaginar un montón de cadáveres ardiendo fuera el chiste más gracioso del mundo—. Ni me asustan ellos ni me asustas tú, grandullón, pero no pienso quedarme aquí sentado esperando a que a Tresárboles le dé por levantar su fofo culo de la cama. ¡Me voy al sur! —Y, dicho aquello, arrancó con los dientes otro trozo de carne.

—¿Quién has dicho que tiene el culo fofo?

El Sabueso sonrió al ver a Tresárboles acercarse al fuego a grandes zancadas. Se puso de pie y estrechó la mano de su viejo camarada. Forley el Flojo venía con él, y el Sabueso le dio una palmada en la espalda mientras pasaba a su lado. Casi le derriba, pero es que estaba muy contento de ver que todos seguían vivos y que habían logrado sobrevivir un mes más. Además, tampoco les venía mal tener a alguien que pusiera un poco de orden en el campamento. Por una vez se los veía a todos contentos, intercambiando

sonrisas, apretones de mano y todo ese tipo de cosas. A todos menos a Dow, por supuesto. Seguía sentado, mirando el fuego, chupando un hueso y con la cara más agria que la leche pasada.

—Es una alegría volver a veros, muchachos, y de una pieza, por si fuera poco —Tresárboles se sacó de los hombros su enorme rodela y la apoyó en los restos de un muro en ruinas—. ¿Cómo estáis?

—Con un frío de cojones —dijo Dow sin molestarse en levantar la vista—. Nos vamos al sur.

El Sabueso suspiró. Apenas llevaban unos segundos todos juntos y ya había empezado la gresca. Ahora que Logen no estaba allí para poner orden iba a ser una cuadrilla muy difícil de gobernar. Muy difícil, y con una peligrosa propensión al derramamiento de sangre. Pero Tresárboles no se apresuró a responder. Se tomó un momento para pensárselo. Era una de esas personas a las que les gusta tomarse su tiempo. Por eso era tan peligroso.

—Al sur dices, ¿eh? —dijo Tresárboles tras haberse pasado cerca de un minuto dándole vueltas al asunto—. ¿Y se puede saber cuándo se ha tomado esa decisión?

—No hay nada decidido —dijo el Sabueso extendiendo una vez más las palmas de las manos. Tenía la impresión de que de ahora en adelante iba a tener que recurrir a ese gesto con mucha frecuencia.

Tul Duru dirigió una mirada torva a la espalda de Dow.

—Absolutamente nada —tronó, indignado de que alguien hubiera decidido por él.

—Si es nada, me vale —dijo Tresárboles con la misma lentitud y firmeza con que crece la hierba—. Si no recuerdo mal, aquí las cosas se deciden votando.

Dow no necesitó ni un instante para pensárselo. No era de los que se tomaban su tiempo. Por eso era tan peligroso. Arrojó el hueso al suelo y, levantándose de un salto, se encaró con Tresárboles lanzándole una mirada retadora.

—¡He dicho... al sur! —gruñó con unos ojos tan hinchados como los borbotones de un potaje.

Tresárboles no dio ni un paso atrás. No era propio de él. Pero se tomó un tiempo y, luego, dio un paso adelante hasta que su nariz y la de Dow casi se tocaron.

—Si querías ser tú el que llevara la voz cantante deberías haber vencido a Logen en lugar de haber perdido como nos ocurrió a todos los demás.

Al oír aquello, el rostro de Dow se tornó tan oscuro como el alquitrán. No le hacía gracia que le recordaran sus derrotas.

—¡El Sanguinario ha vuelto al barro! —le espetó—. El Sabueso lo vio, ¿verdad?

El Sabueso tuvo que asentir.

—Sí, es verdad —masculló.

—¡Así que no hay más que hablar! ¡No hay ninguna razón para que nos quedemos al norte de las montañas mientras los Cabezas Planas andan pisándonos el culo! ¡Nos vamos al sur!

—Puede que Nuevededos esté muerto —dijo Tresárboles con el rostro pegado al de Dow—, pero tu deuda sigue en pie. Nunca entenderé por qué consintió que un inútil como tú siguiera con vida, pero te recuerdo que fue a mí a quien nombró su segundo —y dándose un golpe en el pecho, añadió—, ¡y eso significa que quien lleva la voz cantante soy yo! ¡Yo y nadie más!

El Sabueso dio un paso atrás en previsión de lo que pudiera ocurrir. Aquellos dos no iban a tardar en ponerse a soltar golpes y no quería salir del tumulto con una nariz ensangrentada. No sería la primera vez. Forley terció para intentar mantener la paz.

—Vamos, amigos —dijo con voz suave—, no os pongáis así —es posible que lo de matar no se le diera muy bien, pero Forley era el mejor a la hora de evitar que la gente se matara entre sí. El Sabueso le deseó la mejor de las suertes—. Venga, por qué no...

—¡Cierra la maldita boca! —le espetó Dow apuntando un dedo mugriento a la cara de Forley—. ¡Tú sí que no pintas un carajo, Flojo!

—¡Déjale en paz! —tronó Tul poniendo su gigantesco puño bajo la barbilla de Dow— ¡O te daré una buena razón para que sigas chillando!

El Sabueso casi ni podía mirar. Dow y Tresárboles siempre andaban a la gresca. Se calentaban rápido y se apagaban con idéntica celeridad. Pero Cabeza de Trueno era un bicho de otra especie. Nada podía parar a aquel buey gigantesco cuando se le subía la sangre a la cabeza. Nada que no fueran diez hombres bien fornidos provistos de una buena soga. El Sabueso trató de pensar qué habría hecho Logen en esa situación. Seguro que él habría sabido detener la pelea, de no haber estado muerto.

—¡Joder! —gritó el Sabueso, levantándose del fuego de un salto—. ¡Los malditos Shanka se nos están echando encima! ¡Bastantes problemas tenemos ya como para encima crearnos otros! ¡Logen ya no está, y Tresárboles es su segundo, la suya es la única voz a la que pienso obedecer! —hizo una serie de gestos admonitorios con el dedo, sin dirigirlos a nadie en particular y luego

aguardó con la esperanza de que el truco hubiera surtido efecto.

—Así es —gruñó Hosco.

Forley subía y bajaba la cabeza como si fuera un pájaro carpintero.

—¡El Sabueso tiene razón! ¡Pelearnos entre nosotros nos viene tan bien como que se nos pudra la verga! Tresárboles era el segundo de Logen. Y ahora él es el jefe.

Se produjo un instante de silencio, y Dow clavó los ojos en el Sabueso con la misma mirada fría, vacua y asesina con la que un gato contempla al ratón que tiene entre sus garras. Muchos hombres, de hecho la mayoría, ni siquiera se habrían atrevido a sostener la mirada de Dow el Negro. El apodo le venía por tener la reputación más negra del Norte, por su tendencia a presentarse de improviso en medio de la oscuridad de la noche y por su afición a dejar las aldeas por las que pasaba negras como el carbón. Ésos eran los rumores. Ésos eran también los hechos.

El Sabueso tuvo que echar mano de todos sus redaños para no bajar los ojos. Estaba a punto de hacerlo, cuando Dow apartó la vista y se puso a mirar a los demás uno por uno. La mayoría de los hombres no habría aguantado una mirada como esa, pero aquellos hombres no pertenecían a la mayoría. No sería fácil encontrar en el mundo un grupo de hombres más sanguinarios que aquellos. Ni uno solo se amilanó o contempló la posibilidad de hacerlo. Exceptuando, desde luego, a Forley el Flojo, que ya se había puesto a mirar la hierba mucho antes de que le llegara su turno.

Una vez que Dow se dio cuenta de que todos estaban en contra de él, su rostro se iluminó con una alegre sonrisa como si allí no hubiera pasado nada.

—Muy bien —dijo dirigiéndose a Tresárboles sin el más mínimo atisbo de resentimiento—. ¿Adónde vamos entonces, jefe?

Los ojos de Tresárboles se volvieron hacia los bosques. Sorbió por la nariz y se repasó los dientes con la lengua. Luego se rascó la barba mientras se tomaba un tiempo para pensarlo. Finalmente, los miró a todos uno por uno con gesto pensativo.

—Al sur —dijo.

Ya los había olido bastante antes de verlos, claro que, tratándose de él, eso no suponía ninguna novedad. Tenía buen olfato el Sabueso, de ahí le venía el nombre. Aunque, para ser honestos, cualquiera los hubiera olido. Apestaban.

Había doce abajo en el claro. Comían sentados, gruñéndose unos a otros

en su sucio y repulsivo idioma, enseñando sus dientes amarillentos, vestidos con apestosos retazos de pieles, trozos de cuero hediondo, roñosos restos de armadura. Shanka.

—Malditos Cabezas Planas —dijo para sus adentros el Sabueso. De pronto, oyó un siseo a sus espaldas y, al darse la vuelta, vio a Hosco asomado detrás de un arbusto. Alzó una mano para decirle que se detuviera, se palmeó la coronilla para indicarle que se trataba de Cabezas Planas, abrió y cerró el puño y levantó dos dedos para que supiera que eran doce y luego señaló al sendero por donde debía de venir el resto de los compañeros. Hosco asintió con la cabeza y se perdió en el bosque.

El Sabueso echó un último vistazo a los Shanka para asegurarse de que seguían estando desprevenidos. Lo estaban. Se deslizó por el tronco del árbol y se alejó de allí.

—Están acampados en un recodo del camino, he visto doce, pero puede que haya más.

—¿Nos buscan? —preguntó Tresárboles.

—Tal vez, pero no parecen poner mucho empeño.

—¿No podríamos esquivarlos? —preguntó Forley, siempre presto a escaquearse del combate.

Dow, presto como siempre a no perderse ni uno, escupió al suelo.

—¡Doce no es nada! ¡Será coser y cantar!

El Sabueso miró a Tresárboles, que se estaba tomando un tiempo para pensarlo. Doce no era nada, todos lo sabían, y además era mejor ocuparse de ellos ahora que dejarlos campar libremente a sus espaldas.

—¿Qué hacemos, jefe? —preguntó Tul.

Tresárboles encajó las mandíbulas.

—Con armas.

Un guerrero que no tenga sus armas limpias y preparadas es un insensato. El Sabueso ya había estado ocupándose de las suyas hacía menos de una hora. Nadie se va a morir por echarlas un ojo y, en cambio, si no se hace, eso es exactamente lo que puede suceder.

Silbaba el acero frotado sobre el cuero, crujía la madera, chacoloteaba el metal. El Sabueso miró a Hosco, que tensaba la cuerda de su arco y revisaba las plumas de sus saetas. Se fijó en Tul Duru, que pasaba el pulgar por el filo de su pesada espada, tan alta casi como Forley, y cloqueaba como una gallina enojada al advertir una pequeña mota de herrumbre. Se fijó en Dow el Negro, que

frotaba con un paño la cabeza de su hacha y observaba su filo con una mirada tan tierna como la de un hombre enamorado. Se fijó en Tresárboles, que sacudía el aire con la centelleante hoja de su espada.

El Sabueso exhaló un suspiro, tensó las cuerdas de la muñequera del brazo izquierdo y comprobó que la madera de su arco estaba libre de grietas. Luego se cercioró de que todos sus cuchillos estaban en su sitio. Nunca se tienen suficientes cuchillos, eso era lo que solía decir Logen, y él se lo había tomado muy en serio. Luego miró a Forley, que revisaba torpemente su daga, tragando saliva y con los ojos humedecidos por el miedo. Al verlo, a él mismo se le aceleró el corazón. Echó una mirada a los demás. Una colección de jetas sucias, cicatrices y pobladas barbas. El miedo estaba totalmente ausente de aquellos rostros, pero tampoco era algo de lo que uno tuviera que avergonzarse. Todo hombre tiene su propia forma de hacer las cosas y para tener valor, antes hay que haber tenido miedo, le había dicho Logen en cierta ocasión. También se había tomado eso muy en serio. Se acercó a Forley y le dio una palmada en el hombro.

—Para tener valor, antes hay que haber tenido miedo.

—¿De veras?

—Eso dicen, y confío que sea cierto —el Sabueso se pegó a él para que nadie más pudiera oírle—. Porque yo estoy que me cago. —Suponía que algo así sería lo que habría dicho Logen, y ahora que su jefe había vuelto al barro, era a él a quien le tocaba ocuparse de esas cosas. Forley esbozó una sonrisa, pero casi de inmediato se le borró y pareció aún más asustado que antes. En fin, al menos lo había intentado.

—Atención, muchachos —dijo Tresárboles una vez que todo el equipo estuvo revisado y a punto—, esto es lo que vamos a hacer. Hosco y el Sabueso, uno a cada lado de su campamento, entre los árboles. Esperad a que dé la señal y luego disparad a todos los Cabezas Planas que lleven arco. Y si no es posible, a los que tengáis más cerca.

—Bien pensado, jefe —dijo el Sabueso. Hosco asintió moviendo la cabeza.

—Tul, tú y yo iremos de frente, pero aguarda a que dé la señal, ¿eh?

—Bien —tronó el gigante.

—Dow, Forley y tú iréis por detrás. Cuando nos veáis salir, salís vosotros. ¡Pero por una vez espera a que hayamos salido! —bufó Tresárboles, apuntándole con el dedo.

—Claro, jefe —Dow se encogió de hombros como dando a entender que él siempre obedecía las órdenes.

—Perfecto, eso es todo —dijo Tresárboles—, ¿alguna duda? ¿Algún cabeza hueca alrededor de este fuego? —el Sabueso masculló algo y dijo que no con la cabeza. Los demás le imitaron—. Muy bien. Ah, una cosa más —el viejo guerrero se inclinó hacia delante y los miró a todos uno por uno—: ¡Esperad... a... la... maldita... señal!

El Sabueso se dio cuenta cuando ya estaba oculto detrás de un matojo con el arco en la mano y una flecha lista. No tenía ni idea de cuál era la señal. Miró a los Shanka; seguían desprevenidos, sentados, gruñendo, chillando, armando un buen alboroto. Maldita sea, se estaba orinando. Siempre le venían las ganas antes de entrar en combate. ¿Habrían dado ya la señal? A saber.

—Mierda —susurró, y en ese preciso momento Dow salió lanzado de entre los árboles, blandiendo un hacha en una mano y una espada en la otra.

—¡Cabezas Planas, hijos de puta! —chilló descargando en la cabeza del que tenía más cerca un tajo terrorífico que lanzó una lluvia de sangre sobre el claro. Nunca era fácil adivinar lo que pensaba un Shanka, pero todo parecía indicar que aquéllos se habían llevado una monumental sorpresa. El Sabueso decidió que aquello tendría que valer como señal.

Disparó una flecha contra el Cabeza Plana más cercano, antes de que le diera tiempo de agarrar su maza, y observó satisfecho cómo el venablo se hundía en la axila del enemigo con un ruido seco.

—¡Ja! —exclamó. Vio a Dow ensartando su espada en la espalda de otro, pero también a un Shanka enorme que estaba a punto de arrojarle su lanza. De pronto, una flecha surgió serpenteando del bosque y le acertó en el cuello. El bicho lanzó un aullido y cayó de espaldas. El bueno de Hosco tenía una puntería endemoniada.

Tresárboles salió rugiendo desde los matorrales que había al otro lado del claro y los cogió por sorpresa. Golpeó con el escudo a un Shanka en la espalda, arrojándolo de bruces sobre el fuego, y ensartó a otro con la espada. El Sabueso disparó otra flecha y acertó a un enemigo en la barriga. El Shanka cayó de rodillas y, antes de que se desplomara, Tul le rebanó la cabeza de un tajo.

El combate se había vuelto un tumulto vertiginoso: una caótica sucesión de tajos, gruñidos, roces y golpes de metal. La sangre volaba por todas partes, las armas barrían el aire, los cuerpos se desplomaban a tal velocidad que al Sabueso ya no le daba tiempo a apuntar sus flechas. Finalmente sólo quedaron unos pocos Shanka que aullaban y barboteaban rodeados por los tres guerreros. Tul Duru hacía molinetes con su espada para mantenerlos a raya. Tresárboles, de un mandoble, le segó a uno las piernas, mientras Dow acababa con otro que se había girado hacia su compañero.

El último que quedaba lanzó un alarido y corrió hacia el bosque. El

Sabueso le disparó, pero iba tan deprisa que no logró acertarle. La flecha perdida casi alcanza a Dow en la pierna, aunque afortunadamente él no se dio cuenta. El Shanka estaba a punto de perderse en la maleza cuando, de pronto, pegó un chillido y cayó de espaldas retorciéndose. Forley, oculto entre los matorrales, le había apuñalado.

—¡Me he cargado a uno! —gritó.

Durante unos instantes, mientras el Sabueso bajaba al claro y todos echaban vistazos a su alrededor para asegurarse de que no quedaba nadie con quien combatir, reinó el silencio, pero, de pronto, Dow soltó un bramido y agitó sus armas ensangrentadas por encima de su cabeza.

—¡Hemos acabado con esos cabrones!

—¡Y tú, maldito idiota, casi acabas con nosotros! —gritó Tresárboles.

—¿Eh?

—¿Qué te dije de la señal?

—¡Me pareció oírte gritar!

—¡Narices!

—¿No gritaste? —preguntó Dow perplejo— Además, ¿cuál demonios era la señal?

Tresárboles exhaló un suspiró y hundió la cabeza entre las manos.

Forley seguía mirando asombrado a su espada.

—¡Me he cargado a uno! —volvió a decir. Ahora que el combate había acabado, el Sabueso estaba a punto de reventar, así que se dio media vuelta y se puso a orinar en un árbol.

—¡Los hemos liquidado! —exclamó Tul propinándole una palmada en la espalda.

—¡Ten cuidado! —aulló el Sabueso mientras un chorro de orina le mojaba la pierna. Todos se rieron de él. Incluso Hosco dejó escapar una risa.

Tul cogió a Tresárboles por los hombros y le dio una sacudida.

—¡Los hemos liquidado, jefe!

—A éstos, sí —dijo con gesto amargo—, pero habrá muchos más. Muchos miles más. Tampoco a ellos les debe hacer mucha gracia estar aquí arriba, al otro lado de las montañas. Tarde o temprano tirarán para el sur. Tal vez en el verano, cuando los pasos estén transitables, o tal vez un poco más tarde. Dentro de no mucho, en cualquier caso.

El Sabueso miró a sus compañeros: se les veía inquietos y preocupados

tras haber oído aquellas palabras. El brillo de la victoria había sido bastante fugaz. Siempre lo era. Se volvió y echó un vistazo a los cuerpos de los Cabezas Planas, que yacían en el suelo: mutilados, ensangrentados, desmadejados, ovillados. Bien pensado, había sido una victoria bastante insignificante.

—¿No deberíamos hacer correr la voz, Tresárboles? —preguntó—. ¿No deberíamos tratar de prevenir a alguien?

—Claro —Tresárboles sonrió apesadumbrado—. Pero, ¿a quién?

La senda del amor verdadero

Jezal marchaba penosamente por el gris paisaje de Agriont con los aceros en la mano: bostezando, dando traspiés, refunfuñando y sin haberse repuesto aún de la paliza a correr que se había metido el día anterior. Apenas había visto a nadie mientras se arrastraba hacia el machaque diario con el Lord Mariscal Varuz. Al margen del trinar ocasional de algún pájaro entre los gabletes y del cansino golpeteo de sus botas sobre el pavimento, reinaba el más absoluto silencio. Nadie se levantaba a esas horas. Nadie debería levantarse a esas horas. Y él menos que nadie.

Alzó sus doloridas piernas para subir al arco y atravesó el pasadizo. El sol apenas asomaba en el horizonte y el patio estaba sumido en una densa penumbra. Escrutó la oscuridad y vislumbró la figura de Varuz, que ya estaba sentado junto a la mesa, aguardándole. Había pensado que, por una vez, se le iba a adelantar. ¿Cuándo demonios dormía ese viejo cascarrabias?

—¡Lord Mariscal! —exclamó Jezal iniciando un desganado trote.

—No. Hoy no —Jezal sintió que un escalofrío le recorría el cuello. Aquélla no era la voz de su maestro de esgrima, pero su tono le resultaba desagradablemente familiar—. El Mariscal Varuz tiene asuntos más importantes que atender esta mañana —el Inquisidor Glokta, sentado a la mesa, envuelto en sombras, le miraba con su sonrisa desdentada. Jezal sintió tal asco que le entró un picor en la piel. No se le ocurría que pudiera haber una forma peor de empezar el día.

Aminoró la marcha hasta reducirla a un andar cansino y, al llegar junto a la mesa, se detuvo.

—Sin duda le alegrará mucho saber que hoy no va a haber carreras ni natación ni barra de equilibrios ni mazo —dijo el tullido—. Ni siquiera va a necesitar eso que trae usted ahí —añadió señalando los aceros con el bastón—. Vamos a charlar un rato. Nada más.

De pronto, la idea de pasarse cinco martirizantes horas con Varuz cobró un singular atractivo, pero Jezal no quería que se le notara su incomodidad.

Soltó los aceros, que cayeron en la mesa con un ruido metálico, y se sentó despreocupadamente en la otra silla bajo la atenta mirada de Glokta, que le observaba desde la penumbra. Jezal tenía pensado imponerse a él mirándole fijamente a los ojos, pero fue un intento vano. Tras pasarse unos segundos contemplando aquel rostro atrofiado, aquella sonrisa vacía, aquellos ojos rehundidos en los que anidaba un brillo febril, la superficie de la mesa adquirió para él un interés inusitado.

—Dígame, capitán, ¿por qué decidió dedicarse a la esgrima?

Ah, se trataba de un juego. Una partida de cartas con sólo dos jugadores. Y, por supuesto, todo lo que dijera acabaría por llegar a oídos de Varuz. Tenía que jugar sus cartas con suma cautela, cuidarse de no descubrirlas y andar muy atento.

—Por mi honor, por el de mi familia, por el de mi Rey —dijo fríamente. Pocas pegas iba a poder ponerle a eso aquel maldito tullido.

—Ah, de modo que lo hace usted por el bien de su nación. Debe de ser usted el perfecto patriota. Qué desinterés. Qué ejemplo para todos nosotros —Glokta lanzó un resoplido—. ¡Por favor! Si va a mentir, escoja al menos una mentira que usted mismo pueda creerse. Esa respuesta es un insulto para los dos.

¿Cómo se atrevía esa desdentada gloria del pasado a dirigirse a él con ese tono? Las piernas de Jezal dieron una sacudida: estaba a punto de ponerse de pie y largarse. A la mierda con Varuz y con su deforme marioneta. Pero mientras apoyaba las manos en los brazos de la silla y hacía ademán de levantarse, sus ojos se cruzaron con los del tullido. Glokta le contemplaba con una sonrisa burlona. Irse ahora equivaldría a admitir su derrota. Veamos, ¿por qué había decidido dedicarse a la esgrima?

—Porque era lo que quería mi padre.

—Ya, ya. Me parte usted el corazón. El hijo leal cuyo sentido del deber le fuerza a satisfacer las ambiciones de su padre. Un cuento tan gastado como una de esas viejas poltronas en las que a todo el mundo le gusta sentarse. Diles siempre lo que esperan oír, ¿eh? Como respuesta, es algo mejor que la anterior, pero sigue estando muy alejada de la verdad.

—¡Dígamelo usted, ya que parece saber tanto sobre el tema! —le espetó enfurruñado Jezal.

—Muy bien, eso haré. Nadie se dedica a la esgrima por su Rey, ni por su familia, ni para hacer un poco de ejercicio, añado, por si acaso pretendía soltármelo a ver si colaba. Lo que se busca es el prestigio, la gloria. La promoción personal. Se lucha por uno mismo, si lo sabré yo.

—¿Lo sabe? —repuso Jezal—. Pues no parece que en su caso haya funcionado —nada más decirlo, se arrepintió. Maldita lengua, siempre le estaba metiendo en líos.

Pero la única reacción de Glokta fue volver a poner la misma sonrisa repulsiva de antes.

—Funcionó a la perfección hasta que di con mis huesos en las prisiones del Emperador. ¿Qué excusa tiene usted, señor mentiroso?

A Jezal no le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Estaba demasiado acostumbrado a las partidas de carta fáciles y a los malos jugadores. Parecía como si todo su talento estuviera embotado. Lo mejor sería capear el temporal hasta que le tuviera tomada la medida a su contrincante. Encajó la mandíbula y permaneció en silencio.

—Para ganar un Certamen hay que esforzarse, desde luego. Debería haber visto cómo se entrenaba nuestro común amigo, Collem West. Se pasó meses y meses sudando la gota gorda, trabajando como una bestia mientras los demás nos reíamos de él. Qué hacía ese plebeyo, ese idiota advenedizo, tratando de competir con sus superiores, eso era lo que pensábamos. Pero ahí seguía él, bregando con las formas, dando tumbos sobre la barra de equilibrios a pesar de nuestras constantes burlas. Y ahora mírele a él —Glokta dio unos golpecitos al bastón con un dedo—. Y míreme a mí. ¿Quién ha reído el último, eh, capitán? Ya ve hasta dónde se puede llegar con un poco de esfuerzo. Usted tiene el doble de talento que él y la sangre idónea. No tendría que esforzarse ni la décima parte y, sin embargo, se niega a hacer el más mínimo esfuerzo.

Jezal no estaba dispuesto a dejar pasar por alto aquello.

—¿Ni el más mínimo esfuerzo? Es que acaso no me someto a diario a la tortura que...

Cuando Jezal se dio cuenta de la desafortunada elección de palabras ya era demasiado tarde.

—Estoy bastante puesto en materia de esgrima y de tortura. Y puede creerme si le digo —la siniestra sonrisa del Inquisidor se acentuó— que son dos cosas bien distintas.

—Mmm —murmuró Jezal todavía desconcertado.

—Tiene ambición y los medios necesarios para satisfacerla. Con un poco de esfuerzo sería suficiente. Unos cuantos meses de trabajo duro y lo más probable es que no tenga que volver a dar un palo al agua durante el resto de su vida, si es eso lo que desea. Unos pocos meses y asunto resuelto —Glokta se lamió las encías—. Excluyendo accidentes, claro está. Tiene delante una gran oportunidad. Yo que usted, no la dejaría escapar; claro que, tal vez, además de

ser un mentiroso, sea usted tonto.

—No soy ningún tonto —terció secamente Jezal. No se le ocurrió nada mejor que decir.

Glokta levantó una ceja y, retorciendo la cara en un gesto de dolor, descargó todo su peso en el bastón y se puso lentamente de pie.

—Mire, mándelo todo a paseo si quiere. Puede pasarse el resto de sus días cómodamente sentado jugando a las cartas, bebiendo y charlando de sandeces con otros jóvenes oficiales. Hay un montón de gente que se sentiría feliz con una vida como ésa. Un montón de gente que nunca ha tenido las oportunidades que a usted se le han brindado. Mándelo todo a paseo, sí. El Mariscal Varuz se sentirá defraudado, y el comandante West, también su padre de usted y alguna gente más, pero puede creerme si le digo que a mí, particularmente —y se inclinó hacia él luciendo aún su repelente sonrisa—, me trae absolutamente al fresco. Que tenga un buen día, capitán Luthar —y, dicho aquello, comenzó a renquear en dirección al pasadizo.

Tras aquella entrevista tan poco grata, Jezal se encontró inopinadamente con dos horas libres; el problema era que su estado de ánimo no era el más adecuado para disfrutar de ellas. Vagó sin rumbo por Agriont, recorriendo calles, plazas y jardines vacíos, sumido en sombrías cavilaciones sobre las palabras del tullido y maldiciendo el nombre de Glokta, pero sin poder quitarse de la cabeza la conversación que acababa de mantener. Repasaba cada frase una y otra vez y siempre se le ocurría algo nuevo que podría haber dicho. Si se le hubiera ocurrido en su momento.

—¡Eh, capitán Luthar! —Jezal pegó un respingo y alzó la vista. Sentado en la hierba empapada de rocío, a la sombra de un árbol, había un desconocido que tenía en la mano una manzana mordisqueada y le miraba todo sonriente—. Las primeras horas de la mañana son el mejor momento del día para salir a dar un paseo, o, al menos, a mí me lo parecen. Tranquilas, grises, limpias, solitarias. Nada que ver con esos rojos chillones de las horas del atardecer. Tan abarrotadas, tan llenas de gente pululando de un lado para otro. ¿Quién puede pensar en medio de semejante alboroto? Y ahora resulta que a usted le pasa lo mismo. ¡Qué alegría! —y, acto seguido, le dio un crujiente mordisco a la manzana.

—¿Nos conocemos?

—Oh, no, no —dijo el desconocido poniéndose de pie y limpiándose las manos en la culera de los pantalones—, todavía no. Me llamo Sulfur, Yoru

Sulfur.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le trae a Agriont?

—Digamos que estoy aquí en misión diplomática.

Jezal le miró de arriba abajo, tratando de identificar su lugar de procedencia.

—¿Una misión en representación de quién?

—De mi señor, desde luego —dijo Sulfur dejándole en ascuas. Jezal se fijó que tenía los ojos de distintos colores. Un rasgo desagradable y un tanto repelente, pensó.

—¿Y su señor es?

—Un hombre muy sabio y poderoso —extrajo con los dientes el corazón de la manzana, lo arrojó entre los arbustos y luego se limpió las manos en los faldones de la camisa—. Ya veo que ha estado usted practicando esgrima.

Jezal bajó la vista y miró sus aceros.

—Sí —dijo, dándose cuenta de que en ese preciso momento acababa de tomar la decisión definitiva—, por última vez. Voy a dejarlo.

—¡Pero, por favor, no haga usted eso! —el desconocido le agarró del hombro—. ¡Por lo que más quiera, no lo haga!

—¿Cómo?

—¡No, no! Si se enterara mi señor, se quedaría horrorizado. ¡Horrorizado! ¡Si renuncia a la esgrima habrá renunciado usted a muchas cosas más! No hay mejor forma de hacerse notar a los ojos de la gente, ¿sabe? Y, en última instancia, es ella la que tiene la última palabra. ¡Sin el pueblo llano no hay nobleza, ningún tipo de nobleza! ¡Ellos tienen la última palabra!

—¿Qué? —Jezal echó un vistazo al parque con la esperanza de ver un guarda al que pudiera informar de que había un loco suelto en Agriont.

—¡No, bajo ningún concepto debe renunciar usted! ¡No quiero ni oír hablar de ello! ¡Ni se le ocurra! ¡Estoy seguro de que al final seguirá usted adelante! ¡Tiene que hacerlo!

Jezal se sacudió del hombro la mano de Sulfur.

—¿Quién es usted?

—Sulfur. Yoru Sulfur, para servirle. ¡Hasta luego, capitán, ya nos veremos en el Certamen, o tal vez antes, quién sabe! —y se despidió de él agitando la mano por encima del hombro mientras se alejaba.

Jezal se le quedó mirando con la boca entreabierta.

—¡Maldita sea! —gritó arrojando los aceros al suelo. Todo el mundo se creía con derecho a meterse en sus asuntos, hasta un chiflado del parque.

Cuando consideró que ya era lo bastante tarde, Jezal fue a visitar al comandante West. Sabía que siempre estaba dispuesto a escuchar con actitud comprensiva y, además, tenía la esperanza de engatusarle para que fuera él quien se encargara de comunicarle la mala noticia al Lord Mariscal Varuz. Si era posible, prefería ahorrarse esa escena. Llamó a la puerta y aguardó unos instantes. Luego volvió a llamar. La puerta se abrió.

—¡Capitán Luthar! ¡Qué gran honor, no sé si seré capaz de soportarlo!

—Ardee —musitó Jezal un tanto sorprendido de encontrarla allí—, me alegro de volver a verte —por una vez, lo decía de verdad. Era una chica interesante, sí, desde luego que lo era. Sentir interés por lo que dijera una mujer era para él una experiencia nueva y estimulante. Y no podía negarse que además era bastante atractiva; de hecho, cada vez que la veía se lo parecía más. Claro, que eso tampoco quería decir que fuera a haber nada entre los dos. West era su amigo y todo eso, pero ¿qué había de malo en mirar?— Hummm.. ¿está tu hermano en casa?

Ardee se tiró en el banco que había arrimado a la pared, estiró una pierna y puso cara de pocos amigos.

—No, no está. Ha salido. Siempre está ocupado. Demasiado ocupado para pasar un rato conmigo —sus mejillas tenían un color rojo inconfundible. Los ojos de Jezal se posaron en un decantador. Tenía el tapón quitado y el vino estaba por la mitad.

—¿Estás bebida?

—Un poco —dijo Ardee bizqueando para mirar un vaso medio lleno que había a la altura de su codo—, pero más que nada estoy aburrida.

—Ni siquiera son las diez.

—¿Es que no puedo aburrirme antes de las diez?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Deja las charlas morales para mi hermano. Le pegan más. Anda, sírvete una copa —señaló la botella con una mano—. Tienes aspecto de necesitarla.

En eso, desde luego, no se equivocaba. Se sirvió una copa y tomó asiento en una silla de cara a Ardee, mientras ella le contemplaba con los ojos

entornados. La muchacha cogió su vaso de la mesa. Junto a él, bocabajo, había un libro muy grueso.

—¿Qué tal está ese libro? —preguntó Jezal.

—*La caída del Maestro Creador,* obra en tres tomos. Uno de los grandes clásicos de la historia, según dicen. Un auténtico coñazo —soltó con sorna—. Repleto de sapientísimos Magos, adustos caballeros provistos de enormes espadas y damas provistas de pechos aún más enormes. Magia, violencia y aventuras en proporciones iguales. Una verdadera porquería —dio un manotazo al libro que, con un batir de páginas, aterrizó en la alfombra.

—¿No puedes hacer algo para mantenerte entretenida?

—¿Ah, sí? ¿Qué me sugieres?

—Mis primas se pasan el día bordando.

—Vete a tomar por culo.

—Hummm —dijo Jezal con una sonrisa. La afición de Ardee a las palabrotas ya no le resultaba tan desagradable como al principio—. ¿Qué hacías cuando estabas en tu casa de Angland?

—Ah, mi casa —recostó la cabeza en el respaldo del banco—. Y yo que pensaba que allí me aburría como una ostra. Estaba deseando venir a este magnífico lugar donde se cuecen todos los asuntos importantes. Y ahora lo único que deseo es volver, casarme con un granjero y tener una docena de crios. Al menos así tendría alguien con quien charlar —cerró los ojos y suspiró—. Pero Collem no me deja. Se siente responsable ahora que nuestro padre ha muerto. Cree que es demasiado peligroso. Preferiría que no me mataran los Hombres del Norte, pero su sentido de la responsabilidad no va más allá. Y desde luego no incluye pasarse diez minutos haciéndome compañía. Conclusión, que estoy aquí atrapada entre un montón de esnobs arrogantes como vosotros.

Jezal rebulló inquieto en el asiento.

—No parece que él se sienta tan a disgusto.

—¡Por supuesto que no! —repuso Ardee— ¡Collem West es un tipo estupendo! ¿Acaso no ganó un Certamen? ¿No fue el primero en entrar en Ulrioch? ¡Nunca será uno de los nuestros, claro, no tiene ningún abolengo, pero es un tipo estupendo... para ser un plebeyo! En cambio, la advenediza de su hermana, se debe de creer muy lista. ¡Pero si hasta dicen que bebe! —susurró— No sabe cuál es su lugar. ¡Qué vergüenza! Lo mejor será hacer como si no existiera —volvió a suspirar—. Todo el mundo se alegrará cuando me vaya.

—Yo no —maldita sea, ¿había dicho eso en voz alta?

Ardee se rió de una forma muy poco agradable.

—Bueno, es muy generoso de tu parte decir eso. Por cierto, ¿cómo es que no estás practicando esgrima?

—El Mariscal Varuz tenía otras ocupaciones hoy —hizo una pausa—. De hecho, esta mañana tuve de maestro de esgrima a tu amigo Sand dan Glokta.

—¿De veras? ¿Y qué se contaba?

—Entre otras cosas, que yo era un idiota.

—Será posible.

Jezal torció el gesto.

—Pues sí. Mira, estoy tan harto de la esgrima como lo puedas estar tú de ese libro. De eso es de lo que quería hablar con tu hermano. Estoy pensando en dejarlo.

Ardee estalló en un torrente de carcajadas. Unas carcajadas estridentes, atropelladas. Todo el cuerpo le temblaba. Parte del vino se salió del vaso y se derramó por el suelo.

—¿Qué tiene de gracioso? —inquirió Jezal.

—Verás —dijo mientras se secaba las lágrimas—, es que tenía una apuesta con Collem. Él estaba convencido de que no lo dejarías. Pero, según parece, mi fortuna acaba de incrementarse en diez marcos.

—No estoy muy seguro de que me agrade ser objeto de vuestras apuestas —dijo con acritud Jezal.

—Y yo no estoy muy segura de que me importe tres pepinos.

—Esto es serio.

—¡Qué va a serlo! —le espetó— ¡Para mi hermano sí que era serio, él no tenía elección! Nadie se fija en ti si no tienes un «dan» en tu apellido, ¡nadie sabe eso mejor que yo! Desde que estoy aquí, tú eres la única persona que me ha hecho un poco de caso, y sólo porque te lo ha pedido mi hermano. Tengo muy poco dinero y ni una sola gota de sangre azul, y eso hace que a los ojos de la gente como tú sea un cero a la izquierda. Los hombres me ignoran y las mujeres me dejan con el saludo en la boca. Nada me retiene aquí, nada ni nadie, ¿y ahora vas tú y me dices que tu vida es muy dura? ¡Por favor! Tal vez sea yo quien debiera dedicarse a la esgrima —dijo amargamente—. Pregúntale al Mariscal Varuz si aceptaría otro pupilo, ¿quieres? ¡Al menos así tendré alguien con quien hablar!

Jezal parpadeó. Aquello no era interesante. Aquello era una grosería.

—Un momento, no tienes ni idea de lo que significa tener que...

—¡Oh, deja de lloriquear! ¿Qué edad tienes? ¿Cinco añitos? ¡Anda, nene, vete con tu mamá para que te dé teta!

Jezal apenas daba crédito a lo que estaba oyendo. ¿Cómo se atrevía a hablarle así?

—Mi madre está muerta —dijo. ¡Ja! Ahora se sentiría culpable y se vería obligada a pedirle disculpas. Pero no fue así.

—¿Muerta? ¡Mejor para ella, así no tendrá que soportar tus lloriqueos! Los niños ricos soy todos unos malcriados. ¡No os falta de nada, pero si tenéis que hacer un pequeño esfuerzo para conseguir algo os da una pataleta! ¡Eres patético! ¡Me pones enferma!

Jezal la miraba con los ojos desorbitados. La cara le ardía como si le hubieran dado una bofetada. De hecho, habría preferido mil veces la bofetada. Jamás le habían hablado de esa forma. ¡Jamás! Era peor que lo de Glokta. Mucho peor, y mucho más inesperado. De pronto, se dio cuenta de que tenía la boca abierta. La cerró de golpe, apretó los dientes, estampó el vaso en la mesa y se levantó para irse. Cuando estaba a punto de salir, la puerta se abrió y se encontró cara a cara con el comandante West.

—¡Jezal! —dijo West, primero con un tono de sorpresa, pero, luego, tras ver a su hermana repantigada en el banco, con un deje de desconfianza—. ¿Qué haces aquí?

—Mmm... la verdad es que había venido a verte.

—¿Ah, sí?

—Sí. Pero puede esperar. Tengo cosas que hacer —y, dicho aquello, Jezal apartó a su amigo y tiró por el pasillo.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —le oyó decir a West mientras se alejaba de la habitación—. ¿Estás borracha?

La furia de Jezal iba creciendo a cada paso que daba, hasta que finalmente le dejó al borde de la asfixia. ¡Había sido objeto de una agresión! ¡Una agresión brutal y absolutamente injustificada! Se detuvo en medio del pasillo: temblando de rabia, resoplando por la nariz como si viniera de correr diez kilómetros, apretando los puños hasta hacerse daño. ¡Y de manos de una mujer! ¡De una mujer! ¡Y una plebeya, encima! ¿Cómo se había atrevido? ¡Pensar que él le había dedicado su tiempo, que le había reído las gracias, que la había encontrado atractiva! ¡Debería sentirse honrada de que se hubiera fijado en ella!

—¡Maldita zorra! —gruñó para sus adentros. Estaba tentado de darse media vuelta y decírselo a la cara, pero ya no era posible. Echó un vistazo a su alrededor para ver si había algo a lo que pudiera dar un golpe. ¿Cómo podía

hacérselo pagar? ¿Cómo? Y entonces se le ocurrió.

Demostrándole que estaba equivocaba.

Ésa era la solución. Le demostraría que estaba equivocada, y también a ese cabrón tullido de Glokta. Les demostraría lo mucho que podía llegar a esforzarse. Les demostraría que no era un idiota, que no era un mentiroso, que no era un niño malcriado. Cuanto más lo pensaba, mejor le parecía la idea. ¡Ganaría el maldito Certamen, sí señor! ¡Eso haría que se les borrara la sonrisa de los labios! Embargado de una novedosa y extraña sensación, reemprendió la marcha por el pasillo.

Tenía un objetivo. Sí. Puede que aún estuviera a tiempo de echarse una carrera.

Cómo se educa a un perro

Totalmente inmóvil, en completo silencio, casi invisible en medio de las sombras, el Practicante Frost permanecía pegado a la pared como si formara parte del edificio. El albino llevaba más de una de hora con los ojos clavados en la calle de enfrente, sin moverse ni un solo milímetro, sin cambiar los pies de posición, sin respirar siquiera, o, si lo había hecho, Glokta al menos no lo había advertido.

Él, en cambio, maldecía, se revolvía incómodo, torcía el gesto, se rascaba la cara, se chupaba las encías. *¿Por qué se retrasan? Si tardan un poco más me quedaré dormido, me caeré en ese apestoso canal y me ahogaré. Un final muy apropiado.* Bajó la vista y contempló el movimiento ondulante de las aguas, malolientes, aceitosas. *Hallado un cuerpo flotando junto a los muelles, hinchado por el agua y absolutamente irreconocible...*

Frost le tocó el brazo en la oscuridad y luego señaló la calle con su dedo blanquecino. Tres hombres avanzaban lentamente hacia ellos con el andar patizambo que suelen adoptar quienes pasan mucho tiempo a bordo de un barco para que el bamboleo de la cubierta no les haga perder el equilibrio. *Bueno, ahí viene la mitad de nuestra cuadrilla. Más vale tarde que nunca.* Una vez que estuvieron en medio del puente, los tres marineros se detuvieron y se quedaron aguardando a no más de veinte pasos de donde estaban ellos. Glokta distinguía los tonos de sus voces: vulgares, desabridos, resueltos. Arrastró los pies y se pegó un poco más a la pared para que las sombras le ocultaran mejor.

De pronto, desde el lado contrario, se oyó el ruido de unos pasos que se acercaban, unos pasos apresurados. Aparecieron otros dos hombres, avanzando deprisa por la calle. Uno de ellos, un tipo alto y flaco, vestido con un abrigo de pieles de aspecto caro, lanzaba miradas a su alrededor con gesto desconfiado. *Ese debe ser el ilustre sedero Gofred Hornlach. Nuestro hombre.* Su acompañante llevaba una espada al cinto y un pesado leño cargado al hombro. *Sirviente, guardaespaldas o ambas cosas a la vez. No nos interesa.* Cuando se acercaron al puente, Glokta comenzó a sentir una especie de hormigueo en el vello de la base del cuello. Hornlach intercambiaba unas palabras con uno de los marineros, un tipo con una poblada barba castaña.

—¿Listo? —le susurró a Frost. El Practicante asintió.

—¡Alto ahí, en nombre de Su Majestad! —gritó Glokta a pleno pulmón—. El sirviente de Hornlach se volvió e hizo ademán de sacar la espada, mientras el tronco que llevaba al hombro caía de golpe sobre el puente. El silbido de una cuerda sonó entre las sombras del otro extremo de la calle. El sirviente puso cara de sorpresa, lanzó un resoplido y cayó de bruces. Al instante, el Practicante Frost salió de la oscuridad y avanzó con paso sigiloso por la calle.

Hornlach, con los ojos muy abiertos, miró el cuerpo caído de su guardaespaldas y luego volvió la vista hacia el albino. Acto seguido, se volvió hacia los marineros:

—¡Ayúdenme! —gritó— ¡Deténganle!

El jefe de la cuadrilla le sonrió.

—Me parece que no va a ser posible —sus dos compañeros se dirigieron sin prisas a bloquear el puente. El sedero se alejó andando a trompicones y dio un paso vacilante hacia las sombras que había junto al canal al otro lado del puente. Severard surgió de un portal con una ballesta apoyada en los hombros. *Bastaría sustituir la ballesta por un ramo de flores para que pareciera un tipo que va de boda. Nadie diría que acaba de matar a un hombre.*

Al verse rodeado, Hornlach no pudo hacer otra cosa que mirar estupefacto a su alrededor con los ojos dilatados en una expresión de miedo y sorpresa, mientras los dos Practicantes se le acercaban, seguidos de la figura renqueante de Glokta.

—¡Pero yo les pagué! —gritó desesperado Hornlach dirigiéndose a los marineros.

—Me pagó por un camarote —dijo el capitán—. La lealtad no estaba incluida en el precio.

La manaza blanca del Practicante Frost se estrelló sobre el hombro del mercader, forzándole a ponerse de rodillas. Severard pasó por encima del guardaespaldas, introdujo la sucia puntera de su bota bajo el cuerpo y lo dio la vuelta. Con los ojos vidriosos y las plumas de la saeta sobresaliéndole del cuello, el cadáver se quedó mirando el cielo nocturno. La sangre que le rodeaba la boca se veía negra a la luz de la luna.

—Muerto —masculló innecesariamente Severard.

—Suele ocurrir cuando se tiene una saeta clavada en el cuello —dijo Glokta—. Quítalo de en medio, ¿quieres?

—Eso está hecho —agarró los pies del guardaespaldas y los aupó sobre el pretil, luego lo cogió de las axilas y, soltando un gruñido, lo arrojó por el

borde del puente. *Qué finura, qué limpieza, qué desenvoltura. Salta a la vista que no es la primera vez que lo hace.* El cadáver se hundió de un chapuzón en las viscosas aguas de los muelles. Frost ya tenía a Hornlach con las manos amarradas a la espalda y con la cabeza metida en la bolsa. Mientras le ponían de pie, el prisionero dejó escapar un chillido desde detrás de la lona. Glokta, con las piernas entumecidas tras la larga espera en el callejón, se acercó renqueando a los tres marineros.

—Aquí tiene —dijo y, acto seguido, sacó una pesada bolsa del bolsillo interior de su gabán y la mantuvo suspendida sobre la palma del capitán—. Pero antes, dígame, ¿qué ha ocurrido aquí esta noche?

El viejo marinero sonrió y su rostro ajado se arrugó como si fuera una bota vieja.

—La carga se estaba echando a perder y teníamos que salir con la primera marea. Ya se lo había dicho yo. Estuvimos esperando junto a ese apestoso canal hasta pasada la medianoche, pero me creerá si le digo que el muy cabrón no se presentó.

—Muy bien. Ésa es la historia que debe contar en Westport si alguien le pregunta.

La advertencia pareció molestar al capitán.

—Eso es lo que sucedió, Inquisidor. ¿Qué otra historia iba a haber?

Glokta soltó la bolsa, y el dinero que había dentro tintineó.

—Cortesía de Su Majestad.

El capitán calibró en su mano el peso de la bolsa.

—¡Siempre es un placer prestar un servicio a Su Majestad! —y, acto seguido, sus dos compañeros y él, todo sonrientes, se dieron la vuelta y se dirigieron hacia los muelles.

—Bien —dijo Glokta—, vamos a lo nuestro.

—¿Dónde están mis ropas? —gritó Hornlach retorciéndose en su silla.

—Debo pedirle disculpas por eso. Ya sé que resulta un tanto incómodo, pero las ropas pueden servir para ocultar alguna cosa. Si le dejas a un hombre sus ropas, le dejas su orgullo, su dignidad y muchas otras cosas que en un lugar como éste están de sobra. Nunca interrogo a los prisioneros vestidos. ¿Se acuerda de Salem Rews?

—¿Quién?

—Salem Rews. Uno de los suyos. Un sedero. Descubrimos que evadía los tributos de la Corona. Confesó y dio una serie de nombres. Traté de hablar con ellos, pero todos habían muerto.

Los ojos del mercader miraron de soslayo a izquierda y derecha. *Calibra sus opciones, trata de adivinar qué es lo que sabemos realmente.*

—La gente suele morirse.

Glokta miró la imagen del cadáver de Juvens, que se encontraba detrás del prisionero sangrando pintura roja por la pared. *La gente suele morirse.*

—Desde luego, pero no de una forma tan violenta. Mi impresión es que alguien quería verlos muertos, que alguien ordenó esas muertes. Y yo diría que ese alguien fue usted.

—¡No tiene ninguna prueba! ¡Ninguna! ¡No se saldrá con la suya!

—Las pruebas no significan nada, Hornlach, pero voy a ser condescendiente con usted. Rews sigue con vida. De hecho, lo tenemos ahí abajo, abandonado por todos sus amigos, lloriqueando sin parar y dando los nombres de todos los Sederos que se le ocurren o, para ser más exactos, que se nos ocurren a nosotros —el prisionero entornó los ojos, pero ésa fue su única reacción—. Lo utilizamos para capturar a Carpi.

—¿Carpi? —dijo el sedero tratando de aparentar indiferencia.

— No me diga que ya se ha olvidado usted de su asesino. ¿Un estirio algo fofo? ¿El de la cara picada de viruela? ¿Ese que suda a mares? También lo tenemos. Nos contó toda la historia. Que fue usted quien lo contrató, cuánto le pagó y lo que le pidió que hiciera. Todo —Glokta sonrió—. Para ser un asesino tiene una memoria excelente y muy precisa.

El semblante del prisionero dejó asomar un atisbo de preocupación, pero se mantuvo firme.

—¡Esto es una afrenta a mi Gremio! —gritó con toda la autoridad de la que puede hacer acopio una persona desnuda que se encuentra atada a una silla—. ¡Nuestro Maestre, Costar dan Kault, no se quedará de brazos cruzados, es muy amigo del Superior Kalyne!

—Olvídese de eso, el cabrón de Kalyne está acabado. Y, además, Kault piensa que está usted a salvo, a bordo de un barco rumbo a Westport y fuera de nuestro alcance. Tardará varias semanas en echarle en falta —las facciones del mercader se habían desencajado—.Y entretanto pueden ocurrir muchas cosas... muchas cosas.

La lengua de Hornlach asomó un instante entre sus labios y luego lanzó una mirada furtiva a Frost y a Severard, que estaban ligeramente inclinados

sobre él. *Bien. Ahora viene el intento de llegar a un trato.*

—Inquisidor —dijo Hornlach con voz zalamera—, si algo he aprendido en esta vida es que no hay hombre que no desee algo. Todo hombre tiene un precio, ¿no? Y nuestros bolsillos tienen mucho fondo. Basta con que lo diga. Dígalo y será suyo. ¿Qué es lo que quiere?

—¿Lo que quiero? —preguntó Glokta acercándose a él como si fuera a hacerle una confidencia.

—Sí. No se haga de rogar. ¿Qué es lo que quiere? —Hornlach le sonreía con una sonrisita tímida, coqueta, astuta. *Vaya una idea más peregrina, pero tu dinero no te va a sacar de ésta.*

—Quiero que me devuelva mis dientes.

Al mercader se le empezó a borrar la sonrisa del rostro.

—Quiero que me devuelva mi pierna.

Hornlach tragó saliva.

—Quiero que me devuelva la vida.

El prisionero se había puesto extremadamente pálido.

—¿No puede? En tal caso, tal vez me conforme con que me dé su cabeza ensartada en un palo. No tiene ninguna otra cosa que pueda interesarme, por mucho fondo que tengan sus bolsillos —Hornlach ya había empezado a temblar un poco. *¿Se acabaron ya las bravatas? ¿Se acabaron los tratos? Muy bien, entonces podemos empezar.* Glokta cogió un papel que tenía delante de él y leyó la primera pregunta—. ¿Cuál es su nombre?

—Escuche, Inquisidor, yo... —Frost descargó un puñetazo en la mesa y Hornlach se encogió en su silla aterrorizado.

—¡Cabrón hijo de puta, responde a la pregunta! —le aulló Severard a la cara.

—Gofred Hornlach —chilló el mercader.

Glokta asintió con la cabeza.

—Bien. ¿Es usted un miembro destacado del Gremio de los Sederos?

—¡Sí, sí!

—¿Uno de los adjuntos del Maestre Kault, de hecho?

—¡Bien lo sabe usted!

—¿Ha conspirado junto con otros Sederos para defraudar a la Hacienda de Su Majestad el Rey? ¿Contrató a un asesino con el expreso propósito de que acabara con la vida de diez súbditos de Su Majestad? ¿Le ordenó Coster dan

Kault, Maestre del Gremio de los Sederos, que lo hiciera?

—¡No! —gritó Hornlach con un estridente tono de pánico. *No es ésa la respuesta que buscamos.* Glokta se volvió hacia el Practicante Frost. El enorme puño del albino se hundió en las tripas del mercader, que lanzó un leve suspiro y se resbaló hacia un lado de la silla.

—Mi madre tiene perros, ¿sabe? —dijo Glokta.

—Perros —bisbiseó Severard al oído del mercader mientras lo volvía a colocar recto en la silla.

—Los adora. Les enseña todo tipo de trucos —Glokta frunció los labios— ¿Sabe cómo se educa a un perro?

Hornlach seguía aovillado en la silla con los ojos vidriosos e incapaz de hablar por el momento. *Aún se encuentra como un pez al que acaban de sacar del agua. Abre y cierra la boca, pero no consigue emitir ningún sonido.*

—Haciéndole repetir las cosas —dijo Glokta—. Repite, repite, repite. Tienes que hacer que el perro repita cien veces el mismo truco y luego hacer que lo repita otras cien veces más. Todo consiste en hacerle repetir las cosas. Y si además quieres que el perro sólo ladre cuando tú se lo ordenes, entonces no debes de escatimar el uso del látigo. Quiero que ladre para mí ante el Consejo Abierto, Hornlach.

—¡Está loco —gritó el sedero mirando a su alrededor—, todos ustedes están locos!

Glokta le miró con una sonrisa vacua.

—Si eso le hace ilusión. Si eso le sirve de consuelo, considérelo así —luego volvió la vista al papel que tenía en la mano—. ¿Cuál es su nombre?

El prisionero tragó saliva.

—Gofred Hornlach.

—¿Es usted un miembro destacado del Gremio de los Sederos?

—Sí.

—¿Uno de los adjuntos del Maestre Kault, de hecho?

—¡Sí!

—¿Ha conspirado junto con otros Sederos para defraudar a la Hacienda de Su Majestad el Rey? ¿Contrató a un asesino con el expreso propósito de que acabara con la vida de diez súbditos de Su Majestad? ¿Le ordenó Coster dan Kault, Maestre del Gremio de los Sederos, que lo hiciera?

Hornlach miró desesperado a su alrededor. Frost le devolvió la mirada.

Y Severard hizo otro tanto.

—¿Y bien? —inquirió Glokta.

El mercader cerró los ojos.

—Sí —gimió.

—¿Cómo ha dicho?

—¡Sí!

Glokta sonrió.

—Estupendo. Ahora, dígame, ¿cuál es su nombre?

Té y venganza

—Hermosa comarca, ¿no le parece? —preguntó Bayaz mientras contemplaba el agreste páramo que se extendía a ambos lados del camino.

El lento golpear de las pezuñas de sus caballos marcaba un ritmo monótono que contrastaba vivamente con el estado de inquietud de Logen.

—¿Sí?

—Bueno, desde luego que se trata de una comarca dura para quien no sepa cómo se las gasta. Una comarca dura e implacable. Aunque no exenta de cierta nobleza —el Primero de los Magos abarcó con un brazo el paisaje y aspiró con fruición una bocanada de aire fresco—. Posee honestidad, integridad. El mejor acero no siempre es el que más brilla —balanceándose suavemente sobre la silla, miró a Logen—. Usted debería saberlo.

—La verdad, yo no veo esa belleza.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que ve?

Logen dejó que sus ojos vagaran por las empinadas laderas de hierba, salpicadas de matas de juncia y tojo y tachonadas de peñascos y pequeñas arboledas.

—Veo un buen terreno para una batalla. A condición de que sea uno el primero en llegar.

—¿De veras? ¿Y eso por qué?

Logen señaló la abrupta cima de una colina.

—Un grupo de arqueros que se situara entre esos riscos no podría ser visto desde el camino, y en esas rocas de allá se podría ocultar también la mayor parte de los soldados de a pie. Un grupo de infantería ligera se dispondría en las laderas, para que atrajeran al enemigo hacia esas pendientes de ahí.

Logen señaló las espinosas matas que cubrían las laderas más bajas.

—Habría que dejarles avanzar un trecho y, luego, cuando se estuvieran abriendo paso entre esa maraña de tojos, empezarían a lloverles las flechas. Una

flecha que cae desde arriba no es para tomársela a broma. Cae con más fuerza, alcanza más lejos y se clava más hondo. Eso haría que se dispersaran. Para cuando hubieran alcanzado las rocas estarían muertos de cansancio y con la disciplina seriamente mermada. Ése sería el momento de cargar contra ellos. Un destacamento de Caris de refresco que saliera de esas rocas, cargando desde arriba, llenos de entusiasmo y gritando como demonios bastaría para acabar con ellos.

Logen entornó los ojos y miró la ladera de la colina. Había experimentado ese tipo de encerronas en ambos lados, y en ninguno de los dos casos el recuerdo que guardaba de ellas era grato.

—Pero si siguieran con ánimo de resistir, unos cuantos jinetes que salieran de esos árboles de allí los liquidarían. Un pequeño grupo de los Mejores Guerreros, unos cuantos hombres curtidos surgidos de donde menos se espera sembrarían el pánico. Eso los pondría en desbandada. Pero con el cansancio que llevarían encima, no podrían correr demasiado rápido. Lo cual significa que se harían prisioneros, y los prisioneros significan rescates o, al menos, unos enemigos a los que se puede matar a bajo coste. Dependiendo del bando que le haya tocado a uno, veo una carnicería o una batalla digna de ser cantada. Eso es lo que veo.

Bayaz sonrió asintiendo con la cabeza con el ritmo pausado que le marcaba el caballo.

—¿No fue Stolicus quien dijo que un general tiene que hacer del terreno su mejor aliado porque, en caso contrario, se convertirá en su peor enemigo?

—Nunca había oído hablar de él, pero tenía mucha razón. Éste es buen terreno para un ejército, siempre y cuando consiga llegar primero. Ésa es la clave, llegar primero.

—Sin duda. Pero nosotros no tenemos ejército.

—Esos árboles son mucho mejores para ocultar detrás un grupo de jinetes pequeño que uno grande —Logen miró de reojo al mago. Estaba tranquilamente inclinado en la silla de montar, disfrutando de un grato paseo a caballo por el campo—. No creo que a Bethod le haya hecho mucha gracia su consejo, y conmigo ya tiene varias cuentas pendientes. Está herido donde más le duele: en su orgullo. Querrá vengarse. Querrá vengarse a toda costa.

—Ah, la venganza es el pasatiempo más extendido en el Norte. Su popularidad jamás decrece.

Logen contempló con gesto sombrío los árboles, las rocas, los pliegues de las laderas del valle, los numerosos lugares que podían servir de escondite.

—En esas colinas habrá gente buscándonos. Pequeños grupos de

hombres diestros y curtidos en mil batallas, provistos de buenas monturas y buenas armas y grandes conocedores del terreno. Ahora que Bethod ha liquidado a todos sus enemigos, no hay ni un solo lugar del Norte que escape a su control. Podrían estar acechándonos allí —Logen señaló un grupo de rocas que había junto al camino—, o tras esos árboles, o en esos otros de más allá —Malacus Quai, que cabalgaba delante de ellos con el caballo de carga, miró nervioso a su alrededor—. Podrían estar en cualquier parte.

—¿Eso le asusta? —preguntó Bayaz.

—Todo me asusta, y menos mal que es así. El miedo es el mejor amigo del fugitivo, gracias a él me he mantenido con vida durante todo este tiempo. Los muertos no le temen a nada, y yo no tengo ningún interés en unirme a ellos. También mandará un destacamento a la biblioteca.

—Oh, sí, para quemarme los libros y todas esas cosas.

—¿Eso le asusta?

—No mucho. Las piedras de la entrada tienen grabadas las palabras de Juvens, y eso es algo que ni siquiera en estos tiempos puede pasarse por alto. Nadie que tenga la intención de cometer actos violentos puede acercarse a ellas. Los hombres de Bethod vagarán por el entorno del lago hasta que se les acaben las provisiones, preguntándose una y otra vez cómo es posible que no consigan dar con una cosa tan grande como una biblioteca. No —dijo alegremente el mago rascándose la barba—, creo que sólo debemos preocuparnos de nuestros propios apuros. ¿Qué cree usted que ocurrirá si nos capturan?

—Que Bethod nos matará, y de la forma más desagradable que se le ocurra. A no ser que haya decidido mostrarse clemente y nos deje marchar con una simple advertencia.

—Lo cual no parece muy probable.

—Yo diría que no. La mejor opción es dirigirse al Torrente Blanco, tratar de cruzar el río para llegar a Angland y confiar en que tengamos la suerte de que no nos vean —no le gustaba tener que confiarse a la suerte, el mero hecho de pronunciar esa palabra le dejaba un regusto amargo en la boca. Logen levantó la vista y miró el cielo encapotado—. Un poco de mal tiempo no nos vendría nada mal. Un buen chaparrón bastaría para ocultarnos —el cielo llevaba meses orinándosele encima y ahora que necesitaba que lloviera no le daba la gana de soltar ni una sola gota.

Malacus Quai volvió la cabeza, sus ojos estaban dilatados con una expresión de honda inquietud.

—¿No sería mejor que fuéramos un poco más deprisa?

—Tal vez —dijo Logen palmeando el cuello de su montura—, pero eso

cansaría a los caballos, y puede que más adelante necesitemos toda la velocidad que nos puedan proporcionar. Podríamos ocultarnos durante el día y viajar de noche, pero entonces correríamos el riesgo de perdernos. Será mejor seguir como hasta ahora —Logen oteó con expresión ceñuda la cima de la colina—. Esperemos que no nos hayan visto todavía.

—Hummm —musitó Bayaz—, tal vez haya llegado el momento de que le diga una cosa. La bruja esa, Caurib, no es ni mucho menos esa idiota que yo intenté que pareciera.

A Logen se le cayó el alma a los pies.

—¿No?

—No. Pese a su maquillaje, su oro y su cháchara sobre los confines del Norte, sabe lo que se hace. El ojo largo, lo llaman. Es un viejo truco, pero muy eficaz. Nos ha estado vigilando.

—¿Sabe dónde estamos?

—Sabe cuando partimos, eso es casi seguro, y sabe qué dirección hemos tomado.

—Lo cual reduce bastante nuestras posibilidades de salir con bien de ésta.

—Eso creo yo.

—Mierda —Logen advirtió un movimiento en un grupo de árboles que tenían a su izquierda y su mano se cerró con fuerza sobre la empuñadura de la espada. Una pareja de pájaros remontó el vuelo. Aguardó unos instantes con el corazón en un puño. Nada. Luego soltó la mano—. Deberíamos haber acabado con ellos cuando se nos presentó la oportunidad. Con los tres.

—Pero el caso es que no lo hicimos —Bayaz miró a Logen—. Si al final nos encuentran, ¿cuál es su plan?

—Salir pitando. Y confiar en que nuestros caballos sean más rápidos que los suyos.

—¿Y ésta? —preguntó Bayaz.

A pesar de estar rodeada de árboles, el viento soplaba con fuerza en la hondonada, haciendo bailotear las llamas de la hoguera. Malacus Quai encogió los hombros y se arropó con la manta. Luego, arrugando la frente en un gesto de concentración, miró atentamente el pedúnculo que Bayaz sostenía en alto delante de sus ojos.

—Hummm.. —aquélla era la quinta planta que le mostraba, y el desdichado aprendiz aún no había acertado ni una— ¿ilyth... tal vez?

—¿Ilyth? —repitió el mago, sin que su semblante dejara traslucir si era la respuesta correcta. En el trato con sus aprendices se mostraba tan implacable como Bethod.

—¿Tal vez?

—Ni parecida —el aprendiz cerró los ojos y exhaló el quinto suspiro de la noche. Logen lo sentía por él, lo sentía de verdad, pero bien poco podía hacer—. Ursilum, en la antigua lengua, de la variedad de hojas redondeadas.

—Ah, sí, claro, Ursilum, lo tenía en la punta de la lengua.

—Dado que tenía el nombre en la punta de la lengua, seguro que los usos de la planta no pueden andar muy lejos, ¿eh?

El aprendiz entornó los ojos y miró al cielo nocturno, como si esperara encontrar la respuesta escrita en las estrellas.

—Es para... ¿el dolor de articulaciones?

—Ciertamente, no. Me temo que sus doloridas articulaciones van a seguir dándole a usted la lata —Bayaz hizo girar lentamente el tallo entre sus dedos—, el Ursilum no tiene ningún uso, que yo sepa. No es más que una vulgar planta —y, dicho aquello, la arrojó entre los arbustos.

—Una vulgar planta —repitió Quai, sacudiendo la cabeza. Logen suspiró y se restregó sus fatigados ojos.

—Lo siento, maese Logen, ¿le aburrimos?

—¿Qué sentido tiene esto? —preguntó Logen alzando las manos— ¿A quién puede importarle conocer el nombre de una planta que no tiene ninguna utilidad?

Bayaz sonrió.

—Interesante observación. Díganos, Malacus, ¿qué sentido tiene esto?

—Quienquiera que aspire a transformar el mundo, antes deberá comprenderlo —el aprendiz soltó las palabras de carrerilla, como si se las supiera de memoria, y manifiestamente satisfecho de que por fin le hicieran una pregunta que se sabía—. El herrero debe conocer el comportamiento de los metales, y el carpintero el de las maderas, porque, de no ser así, su trabajo carecerá de valor. La magia pura es incontrolable y peligrosa, pues proviene del Otro Lado, y todo lo que proviene del mundo inferior conlleva innumerables riesgos. Los Magos atemperan la magia con el conocimiento, y de ahí surge el Gran Arte; pero, al igual que el herrero y el carpintero, sólo deben intentar

modificar aquello cuyo comportamiento comprenden. Con cada nuevo conocimiento que adquieren aumenta su poder. Y de ahí que los Magos deban esforzarse por aprenderlo todo, para así llegar a comprender el mundo en su totalidad. Un árbol es tan fuerte como lo sea su raíz, y el conocimiento es la raíz de todo poder.

—No me sople: *Los Principios del Arte* de Juvens.

—Las primeras líneas —dijo Bayaz.

—Siento decírselo, pero llevo más de treinta años en este mundo y aún no he conseguido comprender ni una sola cosa de las que he visto. ¿Comprender el mundo en su totalidad? ¿Comprenderlo todo? ¡Qué clase de tarea es ésa!

El Mago soltó una carcajada.

—Una tarea imposible, sin duda. El simple hecho de conocer y entender a fondo una brizna de hierba puede llevar toda una vida, y, por si fuera poco, el mundo está en perpetuo cambio. Por eso solemos especializarnos.

—¿Y qué eligió usted?

—El fuego —dijo Bayaz mientras miraba con gesto satisfecho las llamas, que bailoteaban reflejadas en su monda cabeza—. El fuego, la fuerza, la voluntad. Pero incluso dentro de mi especialidad, a pesar de los largos años de estudio, sigo siendo un principiante. Cuanto más se aprende, más cuenta se da uno de lo poco que sabe. Aun así, el propio esfuerzo compensa. Al fin y al cabo, el conocimiento es la raíz de todo poder.

—¿Quiere eso decir que, con el conocimiento suficiente, ustedes los Magos pueden hacer cualquier cosa?

Bayaz frunció el ceño.

—Hay límites. Y reglas también.

—¿Como la Primera Ley? —maestro y aprendiz alzaron la vista al unísono— Está prohibido hablar con los demonios, ¿no es así? —Quai le miraba con los ojos muy abiertos, estaba claro que no recordaba su febril arrebato. Bayaz, por su parte, se limitó a entornar los ojos con un leve atisbo de suspicacia.

—Así es, en efecto —dijo el Primero de los Magos—. Está prohibido tocar directamente el Otro Lado. La Primera Ley es de cumplimiento obligatorio para todo el mundo. Como también lo es la Segunda.

—¿Qué es?

—La prohibición de comer carne humana.

Logen alzó una ceja.

—Ustedes los magos se dedican a unas cosas bastante raras.

Bayaz sonrió.

—Oh, si usted supiera —a continuación, se volvió hacia su aprendiz, sosteniendo en alto una bulbosa raíz de color marrón—. Veamos, maese Quai, tendría la amabilidad de decirme qué es esto.

Logen no pudo impedir que una sonrisa asomara a sus labios. Ésa la conocía.

—Vamos, vamos, maese Quai, no disponemos de todo el día.

Logen ya no pudo seguir aguantando más la desdicha del aprendiz. Haciendo que iba a atizar el fuego con un palo, se inclinó hacia él, tosió para tapar sus palabras y le susurró: «Botón de oro». Bayaz se encontraba algo alejado y el rumor del viento seguía sonando entre los árboles. Era imposible que el Mago le hubiera oído.

Quai interpretó muy bien su papel. Permaneció un rato observando la raíz con la frente arrugada.

—¿Podría tratarse de un botón de oro? —se aventuró a decir.

Bayaz parecía sorprendido.

—Pues, sí, eso es. Felicidades, Malacus. ¿Y podría decirme cuáles son sus usos?

Logen tosió de nuevo.

—Heridas —susurró tapándose la boca con una mano mientras contemplaba la maleza con gesto ausente. Tal vez no supiera mucho de plantas, pero en materia de heridas era todo un experto.

—Creo que es buena para las heridas —dijo lentamente Quai.

—Excelente, Maese Quai. Botón de oro era la respuesta correcta. Y, en efecto, es bueno para las heridas. Me alegro mucho de que después de todo vaya usted haciendo algunos progresos. Aunque no deja de ser curioso que haya empleado usted ese nombre. A esta planta sólo se la conoce con el nombre de botón de oro al norte de las montañas. Estoy seguro de que yo jamás se lo he enseñado. Me pregunto si no conocerá usted a alguien que provenga de esa parte del mundo —se volvió para mirar a Logen—. Dígame, maese Nuevededos, ¿se ha planteado alguna vez la posibilidad de dedicarse a las artes mágicas? —el Mago volvió a mirar a Quai y entornó los ojos—. Puede que dentro de no mucho vaya a quedar vacante un puesto de aprendiz.

Malacus agachó la cabeza.

—Lo siento, Maestro Bayaz.

—Más le vale. Tal vez no le importaría hacernos el favor de limpiar los cacharros. Puede que sea una tarea más acorde con sus habilidades.

Quai se quitó de mala gana la manta, recogió los cacharros sucios y, arrastrando los pies, se metió entre los arbustos para dirigirse al arroyo. Bayaz se inclinó sobre el cazo que tenían puesto al fuego y añadió unas hojas secas al agua hirviendo. El parpadeo de las llamas iluminó la parte inferior de su cara y el vapor se enroscó en torno a su calva. No se podía negar que en ese momento estaba muy en su papel.

—¿Qué es eso? —preguntó Logen mientras cogía su pipa—. ¿Algún tipo de conjuro? ¿Una poción? ¿Algún truco del Gran Arte?

—Es té.

—¿Eh?

—Las hojas de una planta que se toma hervida en agua. En Gurkhul lo tienen por un artículo de lujo —luego vertió la infusión en una taza— ¿Le apetece probarlo?

Logen lo husmeó desconfiado.

—Huele a pies.

—Allá usted —Bayaz sacudió la cabeza y se recostó junto al fuego, rodeando con ambas manos la taza humeante—. Pero se pierde uno de los regalos más grandes que la naturaleza ha concedido a los seres humanos —tomó un sorbo y chasqueó satisfecho los labios—. Relajante para la mente, vigorizante para el cuerpo. Hay pocos males que no se puedan sobrellevar con una buena taza de té.

Logen metió un trozo de chagga en la cazoleta de su pipa.

—¿Qué me dice de un hachazo en la cabeza?

—Bueno, ése debe de ser uno de esos pocos —reconoció sonriendo Bayaz—. Dígame, maese Nuevededos, ¿de dónde viene ese resentimiento que hay entre Bethod y usted? ¿No luchó a su lado en muchas ocasiones? ¿Por qué ese odio?

Logen dejó de dar caladas a la pipa y lanzó una bocanada de humo.

—Tenemos nuestras razones —dijo secamente. Las heridas de aquella época aún no habían cicatrizado. No le gustaba que nadie hurgara en ellas.

—Ah, las razones —Bayaz miró su taza de té—. ¿Y cuáles son las suyas? Porque el resentimiento es mutuo, ¿no es así?

—Tal vez.

—Pero usted está dispuesto a esperar, ¿no?

—No me queda más remedio.

—Hummm. Es usted muy paciente para ser un norteño.

Logen pensó en Bethod, en sus detestables hijos y en la gran cantidad de buenos hombres que habían matado para satisfacer su ambición. También en los hombres que él mismo había matado para que ellos pudieran satisfacer su ambición. Pensó en los Shanka, y en su propia familia, y en las ruinas de la aldea junto al mar. Pensó en todos sus amigos muertos. Sorbió entre dientes y clavó los ojos en el fuego.

—Ya saldé muchas cuentas en su momento, pero sólo sirvió para que surgieran otras nuevas. La venganza sienta muy bien, pero es un lujo. Ni te llena las tripas ni impide que te caiga encima la lluvia. Además, para poder enfrentarme a mis enemigos, necesitaría tener amigos, y a mí ya no me queda ninguno. Hay que ser realista. Hace tiempo que mis ambiciones se limitan a seguir vivo cada día.

Bayaz, con los ojos brillantes por el fuego, soltó una carcajada.

—¿Qué pasa? —preguntó Logen mientras le tendía la pipa.

—No se enfade, pero es que es usted una fuente inagotable de sorpresas. No se parece en nada a lo que yo esperaba. Es usted un auténtico acertijo.

—¿Yo?

—¡Oh, sí! El Sanguinario —susurró abriendo mucho los ojos—. Vaya una reputación más nefasta que tiene usted, amigo mío. ¡Todas esas historias que cuenta la gente! ¡Si hasta las madres las utilizan para asustar a sus niños! —Logen no abrió la boca. No había nada que rebatir. Bayaz dio un par de caladas a la pipa y luego lanzó una larga columna de humo— Últimamente he estado pensando bastante en el día en que el príncipe Calder nos hizo aquella visita.

Logen soltó un resoplido.

—Yo procuro no dedicarle demasiado tiempo a esas cosas.

—Yo también, pero lo que me interesó no fue el comportamiento de Calder, sino el suyo.

—¿Ah, sí? No recuerdo haber hecho nada de particular.

Desde el otro lado de la hoguera, Bayaz apuntó a Logen con la boquilla de la pipa.

—De eso se trata, precisamente. He conocido cantidad de guerreros: soldados, generales, campeones y no sé cuántas cosas más. Un gran guerrero debe actuar de forma rápida, decidida, ya sea con su arma o con el ejército que

tenga a su mando, porque normalmente quien golpea primero, golpea dos veces. Por eso los guerreros acaban por fiarlo todo a sus instintos más primitivos, a reaccionar siempre de forma violenta, a volverse orgullosos, brutales —Bayaz devolvió la pipa a Logen—. Pero, diga lo que diga su leyenda, usted no es así.

—Conozco muchas personas que no compartirían esa opinión.

—Puede ser, pero el hecho es que, a pesar de que Calder le desairó, usted no hizo nada. Lo cual indica que sabe cuándo debe actuar, y actuar rápidamente, pero también sabe cuando no debe hacerlo. Eso demuestra que sabe contenerse y que posee una mente muy calculadora.

—Tal vez lo único que pasaba es que tenía miedo.

—¿De él? Oh, venga. No me pareció que tuviera usted miedo de Scale, que es bastante más preocupante. Y, por si eso fuera poco, caminó sesenta kilómetros con mi aprendiz cargado a la espalda, y eso demuestra que también posee valor y compasión. Una combinación muy poco común. Violencia y contención, cálculo y compasión... y, encima, habla con los espíritus.

Logen, sorprendido, alzó una ceja.

—No muy a menudo, y sólo cuando no tengo compañía. Su conversación es bastante aburrida y mucho menos halagadora que la suya.

—Ja. Eso es cierto. Los espíritus tienen poco que contarles a los hombres, o, al menos, eso tengo entendido, porque yo nunca he hablado con ellos; yo no poseo ese don. Hoy en día son muy pocos los que lo poseen —echó otro sorbo de té y miró a Logen por encima del borde de la taza—. Aparte de usted, ahora mismo no se me ocurre ningún otro que esté vivo.

Malacus, tiritando de frío, surgió a trompicones de entre los árboles y dejó los cacharros húmedos en el suelo. Luego agarró su manta, se envolvió en ella y miró esperanzado el cazo humeante que había en el fuego.

—¿Es eso té?

Bayaz ni se molestó en contestarle.

—Hay algo que me intriga, maese Nuevededos; desde que llegó a mi biblioteca no me ha preguntado ni una sola vez por qué envié por usted ni qué hacemos ahora deambulando por el Norte con gran riesgo para nuestras vidas. Me resulta un poco raro, la verdad.

—No tiene nada de raro. No se lo he preguntado porque no quiero saberlo.

—¿No quiere saberlo?

—Me he pasado toda la vida queriendo saber un montón de cosas. ¿Qué hay al otro lado de las montañas? ¿Qué estarán pensando mis enemigos? ¿Qué armas usarán contra mí? ¿En qué amigos puedo confiar? —Logen se encogió de hombros—. Puede que el conocimiento sea la raíz de todo poder, pero en mi caso cada cosa nueva que he aprendido me ha dejado peor de lo que estaba —volvió a darle una calada a la pipa, pero se había apagado—. Sea lo que sea lo que usted quiera de mí, lo haré, pero no quiero saber nada hasta que llegue el momento. Estoy harto de ser siempre yo el que toma las decisiones. Nunca acierto. La ignorancia es la más dulce de las medicinas, eso solía decir mi padre. No quiero saber nada.

Bayaz le miró fijamente. Era la primera vez que Logen veía al Primero de los Magos sorprendido. Malacus Quai carraspeó.

—A mí sí me gustaría saberlo —dijo con un hilo de voz mirando esperanzado a su maestro.

—Seguro —murmuró Bayaz—, pero usted no tiene autorización para hacer esa pregunta.

Fue hacia el mediodía cuando todo se torció. Logen empezaba a pensar que a lo mejor lograban llegar al Torrente Blanco e incluso salir vivos de aquella semana. Por un momento fue como si perdiera la concentración. Por desgracia, fue en el momento decisivo.

No puede negarse, sin embargo, que lo tenían todo muy bien preparado. Habían elegido con sumo cuidado el lugar; incluso habían enfundado con trapos las pezuñas de los caballos para amortiguar el ruido. Puede que Tresárboles, de haber estado con ellos, los hubiera visto venir: no había nadie como él a la hora de avizorar el terreno. También era posible que de haber estado con ellos, el Sabueso los hubiera olfateado: tenía un olfato capaz de eso y de mucho más. Pero ninguno de ellos estaba allí. Y los muertos no suelen servir de mucha ayuda.

Al doblar un recodo ciego del camino se encontraron aguardándoles tres jinetes: bien armados, enfundados en sendas armaduras, de rostros sucios pero armas relucientes y todos ellos curtidos veteranos. El de la derecha era un tipo grande y fornido que apenas tenía cuello. El de la izquierda era un tipo alto y chupado, con los ojos pequeños y la mirada dura. Ambos se cubrían con unos cascos redondeados, llevaban unas cotas de malla bastante desgastadas y tenían las lanzas bajadas en posición de ataque. Su jefe se repantigaba sobre la silla de montar como si fuera un saco de nabos, con la soltura propia de un consumado jinete. Saludó a Logen moviendo la cabeza.

—¡Nuevededos! ¡El Brynn! ¡El Sanguinario! Me alegro de volver a verte.

—Pienegro —masculló Logen, forzándose a sonreír—. También yo me alegraría de verte si fueran otras las circunstancias.

—Pero son las que son —mientras hablaba, los ojos del viejo guerrero inspeccionaban lentamente a Bayaz, Quai y Logen, apercibiéndose de las armas que tenían, o no tenían, para calibrar el peligro de las piezas que se iba a cobrar. De haberse tratado de un enemigo más estúpido, tal vez se podría haber equilibrado la balanza, pero Pienegro era uno de los Mejores Guerreros y no tenía nada de tonto. Al ver que la mano de Logen ascendía lentamente por su cuerpo en dirección a la empuñadura de su espada, sacudió la cabeza—. Nada de trucos, Sanguinario. Sabes que os tenemos atrapados —y señaló con la cabeza los árboles que tenían a sus espaldas.

El ánimo de Logen se hundió un poco más. Otros dos jinetes aparecieron detrás de ellos y se acercaron al trote para acabar de cerrar la trampa; las pezuñas enfundadas de sus monturas apenas hacían ruido mientras avanzaban por la tierra blanda que bordeaba el camino. Logen se mordisqueó el labio. Maldita sea, Pienegro tenía razón. Los cuatro jinetes se aproximaron: las puntas de las lanzas bajadas oscilando en el aire, los rostros impasibles, las mentes concentradas en la tarea que tenían entre manos. Malacus Quai los miraba fijamente mientras su caballo retrocedía unos cuantos pasos. Bayaz sonreía plácidamente, como si aquellos hombres fueran viejos amigos suyos. A Logen no le habría importado que el mago le hubiera cedido un poco de su compostura. El corazón le martilleaba el pecho, la boca se le había llenado de un regusto amargo.

Pienegro, sosteniendo con una mano el mango del hacha y apoyando la otra en una rodilla, espoleó suavemente a su caballo y lo hizo avanzar sin molestarse siquiera en coger las riendas. Era un consumado jinete, de reconocida fama. Algo nada raro en un hombre que había perdido todos los dedos de un pie a causa del frío. Cabalgar es más rápido que andar, eso está claro, aunque Logen prefería combatir con los pies apoyados firmemente en el suelo.

—Será mejor que vengáis con nosotros —dijo el viejo guerrero—, mucho mejor.

Logen, desde luego, no era de la misma opinión, pero las circunstancias no podían serle más desfavorables. Puede que Bayaz estuviera en lo cierto cuando decía que las espadas tenían voz, pero para desmontar a un jinete no hay nada mejor que una lanza, y tenía cuatro muy cerca de él. Estaba atrapado: le superaban en número, le habían cogido con la guardia bajada y con las herramientas menos idóneas para la tarea. Daba igual. Había que ganar tiempo

y confiar en que se presentara una circunstancia más propicia. Logen se aclaró la garganta y procuró que su voz no reflejara el miedo que sentía.

—Jamás habría pensado que alguien como tú, Pienegro, haría las paces con Bethod.

El viejo guerrero se rascó su enmarañada barba.

—A decir verdad, fui uno de los últimos, pero al final tuve que hincar la rodilla, igual que todos los demás. Mentiría si dijera que me gusto hacerlo, pero así son las cosas. Mejor será que me des tu acero, Nuevededos.

—¿Qué fue del Viejo Yawl? ¿No pretenderás hacerme creer que él también se ha sometido a Bethod? ¿No será que encontraste un señor que te agradaba más?

La reprensión no pareció afectar a Pienegro. Simplemente se le veía triste y cansado.

—Yawl está muerto, bien lo sabes. Casi todos lo están. Bethod no me agrada en absoluto como señor, ni tampoco sus hijos. A ningún hombre puede agradarle tener que lamer el fofo culo de Scale ni el culo huesudo de Calder, deberías saberlo. Venga, entrégame de una vez esa espada, estamos perdiendo un tiempo precioso y tenemos un largo camino por delante. Podemos seguir hablando igual de bien cuando estés desarmado.

—¿Yawl ha muerto?

—Así es —dijo con recelo Pienegro—. Desafió a Bethod a un duelo. ¿No te enteraste? El Temible combatió en su nombre.

—¿El Temible?

—¿Dónde has estado todo este tiempo, metido dentro de una montaña?

—Más o menos. ¿Quién es el Temible ese?

—No sé quién es ni lo que es —Pienegro se inclinó sobre la silla y lanzó un escupitajo al suelo—. Hay quien dice que ni siquiera es humano. Cuentan que esa perra, Caurib, lo desenterró de debajo de una colina. ¿Quién sabe? En todo caso, es el nuevo campeón de Bethod, y resulta bastante más terrible que el anterior, dicho sea sin ánimo de ofender.

—No es ninguna ofensa —dijo Logen. El hombre que no tenía cuello se había acercado un poco más. Tal vez demasiado: la punta de su lanza se encontraba suspendida en el aire a sólo medio metro de él. Lo bastante cerca para que Logen pudiera agarrarla. Con un poco de suerte—. El Viejo Yawl era un gran guerrero.

—Cierto. Por eso le seguíamos. Pero no le sirvió de nada. El Temible lo

machacó. Lo machacó brutalmente, como si fuera un simple perro. Aunque lo dejó con vida, si es que a eso se le puede llamar vida, para que los demás aprendiéramos la lección. De todas formas, poco después murió. La mayoría de nosotros doblamos la rodilla entonces, todos los que teníamos mujeres e hijos en los que pensar. No tenía sentido postergarlo. Arriba en las montañas aún quedan unos cuantos que se niegan a someterse a Bethod. Ese loco adorador de la luna de Crummock-i-Phail y sus montaraces, y algunos otros más. Pocos, en cualquier caso. Y para esos pocos Bethod ya tiene trazado un plan —Pienegro alargó una de sus callosas manazas—. Será mejor que me des esa espada, Sanguinario. Sólo con la mano izquierda, si no te importa, lento lentísimo y sin trucos. Será mucho mejor.

Ya estaba. El tiempo se había agotado. Logen rodeó la empuñadura con tres dedos de la mano izquierda y sintió en la palma de la mano el tacto frío del metal. La lanza del grandullón se acercó un poco más. El alto, en cambio, parecía haber bajado un poco la guardia, pensando que ya le tenían en sus manos. No había forma de saber lo que estaban haciendo los dos de detrás. El deseo de echar un vistazo por encima del hombro era casi irresistible, pero Logen se sobrepuso y mantuvo la vista al frente.

—Siempre he sentido un gran respeto por ti, Nuevededos, aunque hayamos luchado en bandos opuestos. No tengo nada personal contra ti. Pero Bethod arde en deseos de vengarse, y yo he jurado servirle —Pienegro le miró a los ojos con una expresión de pesar—. Siento tener que ser yo. Puedes creerme.

—Lo mismo te digo —musitó Logen—. Yo también siento que tengas que ser tú —la espada iba saliendo lentamente de la vaina—. Puedes creerme — y desenvainado de golpe, estrelló el pomo de la espada contra la boca de Pienegro. El viejo guerrero lanzó un aullido cuando la roma pieza de metal le machacó los dientes, y se cayó de la silla hacia atrás soltando el hacha, que salió disparada y se estrelló contra el camino. Logen ya tenía agarrada el asta de la lanza del grandullón por encima de la hoja.

—Corre —le gritó a Quai, pero el aprendiz se limitó a devolverle la mirada parpadeando atónito. El hombre sin cuello dio un fuerte tirón de la lanza, y aunque estuvo a punto desmontar a Logen, su pulso se mantuvo firme. Se alzó apoyándose en los estribos y levantó la espada por encima de la cabeza. El tipo sin cuello abrió mucho los ojos, soltó una de las manos de la lanza y, en un movimiento instintivo, trató de protegerse con ella. Logen descargó la espada con todas sus fuerzas.

Le sorprendió que tuviera un filo tan cortante. Arrancó el brazo de su enemigo a la altura del codo y luego se la hundió en el hombro, atravesando las pieles y la cota de malla, y descendió hasta la boca del estómago partiéndole casi en dos. Una lluvia de sangre cayó al camino y salpicó la cara del caballo de

Logen. La bestia estaba educada para la monta, pero no para el combate: se encabritó, se puso a caracolear y empezó a soltar coces aterrorizada. Logen no pudo hacer otra cosa que tratar de mantenerse encima de aquel bicho endemoniado. Por el rabillo del ojo vio cómo Bayaz daba un manotazo en la grupa a la montura de Quai, que acto seguido salía disparada con el aprendiz dando botes en la silla, seguida al galope por el caballo de carga.

Lo que vino luego fue un tumulto de bestias que caracoleaban y relinchaban, de metales que entrechocaban, de maldiciones y gritos. Una batalla. Un entorno bastante familiar, pero no por ello menos terrorífico. Mientras su caballo corcoveaba y se revolvía, Logen aferraba las riendas con la mano derecha y lanzaba molinetes con su espada, más para asustar a sus enemigos que con el propósito de infligirles algún daño. De un momento a otro esperaba sentir un golpe seco, al que seguiría el punzante dolor de una lanza que se le clavaba, luego el suelo ascendería hacia él y se estrellaría contra su cara.

Vio que Bayaz y Quai galopaban por el camino, seguidos muy de cerca por el jinete alto, que los perseguía con la lanza en ristre. Vio que Pienegro, escupiendo sangre por la boca, se ponía de pie y se apresuraba a recoger su hacha. Vio que los dos hombres que habían venido por detrás bregaban con sus encabritadas monturas mientras sus lanzas daban sacudidas en el aire. Vio que el cuerpo del enemigo al que acababa de matar, partido casi en dos, caía lentamente de la silla inundando de sangre el suelo embarrado.

Sintió una lanzada en la parte de atrás del hombro, soltó un chillido y a punto estuvo de salir despedido por encima de la cabeza de su caballo. Pero al instante se dio cuenta de que seguía con vida y que ahora estaba enfilado hacia el camino. Clavó las espuelas en las ijadas del animal y el caballo salió disparado, arrojando barro con las pezuñas sobre los rostros de los hombres que tenía detrás. Se cambió la espada a la mano derecha y, al hacerlo, casi se le sueltan las riendas y da con sus huesos en el suelo. Encogió el hombro, no parecía que la herida fuera muy profunda: aún podía mover el brazo.

—Sigo vivo, sigo vivo —el camino pasaba como una exhalación por debajo y el viento le azotaba los ojos. Le estaba ganando terreno al jinete alto: los trapos que cubrían las pezuñas de su caballo resbalaban en el barro y le impedían ir demasiado deprisa. Logen agarró con fuerza la empuñadura de la espada y la alzó. Su enemigo volvió de golpe la cabeza, pero ya era demasiado tarde. La espada impactó contra el metal del casco con un ruido hueco y lo hendió profundamente haciendo caer al hombre del caballo. Uno de sus pies seguía enganchado al estribo, se golpeó la cabeza contra el suelo, quedó suelto y rodó por la hierba con los brazos y las piernas desmadejados. El caballo sin jinete siguió galopando y cuando Logen lo adelantó le miró con los ojos

desorbitados de espanto.

—Sigo vivo —Logen volvió la vista atrás. Pienegro había vuelto a montar y le perseguía al galope, agitando el hacha por encima de la cabeza y con sus cabellos ensortijados ondeando al viento. Los otros dos lanceros venían detrás aguijoneando sus monturas, pero aún les llevaba bastante ventaja. Logen soltó una carcajada. Parece que iba a lograrlo. Justo antes de internarse en un bosque que había al fondo del valle, se despidió de Pienegro agitando su espada.

—¡Sigo vivo! —dijo a voz en grito, pero, de pronto, su caballo se paró en seco y estuvo a punto de salir despedido por encima de su cabeza. Sólo lanzando un brazo alrededor del cuello de la bestia logró que no le descabalgara. En cuanto volvió a caer sobre la silla se percató de lo que pasaba, y era algo bastante serio.

Atravesados en medio del camino había varios troncos con las ramas cortadas y los muñones afilados como pinchos apuntando en todas direcciones. Delante había otros dos Caris enfundados en sendas cotas de malla y con las lanzas en posición de combate. Ni siquiera el mejor de los jinetes habría podido salvar una barrera como ésa, y Logen, desde luego, no era el mejor de los jinetes. Bayaz y su aprendiz parecían haber llegado a la misma conclusión. Estaban sentados muy quietos sobre las sillas de montar delante de la barrera, el anciano con cara de desconcierto y el joven asustado sin más.

Logen acarició con los dedos la empuñadura de su espada y miró a su alrededor buscando desesperadamente alguna vía de escape entre los árboles. Entonces vio que había más hombres. Arqueros. Primero uno, luego dos, después otros tres más. Avanzaban cautamente a ambos lados del camino, con las flechas en los arcos y las cuerdas tensadas.

Logen se volvió en la silla, pero Pienegro y sus dos compañeros se acercaban al trote: no había forma de escapar por ahí. Cuando se encontraron a unas cuantas zancadas, tiraron de las riendas para mantenerse fuera del alcance de su espada. Logen dejó caer los hombros. La caza había terminado. Pienegro se inclinó hacia delante y lanzó un escupitajo sanguinolento al suelo.

—Muy bien, Sanguinario, hasta aquí has llegado.

—Tiene gracia —masculló Logen, mirando las motas de sangre que salpicaban la hoja gris de su espada—. Después de haberme pasado tanto tiempo luchando contra ti a las órdenes de Bethod, ahora resulta que eres tú quien está a sus órdenes y lucha conmigo. Tiene gracia.

—Mucha gracia, sí —rezongó Pienegro con los labios ensangrentados. Pero nadie se rió. Pienegro y sus Caris le contemplaban con semblante fúnebre. Y Quai parecía estar a punto de ponerse a llorar. Sólo Bayaz, por alguna razón incomprensible, mantenía su buen humor de siempre—. Muy bien,

Nuevededos, baja del caballo. Bethod te quiere vivo, pero si no hay más remedio también te aceptará muerto. ¡He dicho que bajes!

Logen sopesó mentalmente las posibilidades que tendrían de escapar una vez que se hubieran rendido. No era fácil que Pienegro cometiera un error una vez que los tuviera en sus manos. Lo más probable es que si intentaba algo después de la guerra que les había dado, le reventaran a patadas hasta dejarle medio muerto; eso si es que no le arrancaban las rótulas. Los atarían a todos como si fueran un hatajo de pollos listos para el matadero. Se imaginó tirado en un suelo de piedra, con el cuerpo rodeado por una cadena kilométrica, mientras Bethod le contemplaba sonriente desde lo alto de su trono y Calder y Scale se entretenían aguijoneándole con algún objeto punzante.

Logen echó un vistazo alrededor. Miró las frías puntas de las flechas, las frías puntas de las lanzas, los fríos ojos de los hombres que les apuntaban con ellas. No había manera de escapar de ese pequeño trozo de tierra.

—De acuerdo, tú ganas —Logen arrojó la espada al suelo con la punta por delante. Se había hecho la idea de que se clavaría en la tierra y se quedaría de pie oscilando levemente, pero, en lugar de ello, se volteó en el aire y se estrelló contra el suelo. Estaba visto que no era su día. Pasó lentamente una pierna sobre la silla y resbaló hasta el suelo.

—Así está mejor. Ahora los demás —Quai bajó de inmediato del caballo y se quedó mirando con gesto nervioso a Bayaz; pero el Mago no se movió. Pienegro frunció el ceño y alzó su hacha—. Usted también, viejo.

—Prefiero ir a caballo —Logen hizo una mueca de dolor. No era eso lo que suponía que tenía que responder. De un momento a otro, Pienegro daría las órdenes pertinentes. Las cuerdas de los arcos cantarían y el Primero de los Magos caería a tierra con el cuerpo acribillado a flechazos y muy probablemente con su enervante sonrisa congelada en su rostro de difunto.

Pero las órdenes no llegaron nunca. No se oyó ninguna voz de mando, tampoco un extraño conjuro, ni siquiera un gesto misterioso. El aire que rodeaba los hombros de Bayaz pareció titilar, como el aire sobre la tierra en un día caluroso, y Logen sintió de pronto una extraña sacudida en las entrañas.

Entonces se oyó un estallido, y un abrasador muro de llamas blancas se alzó entre los árboles. Los troncos reventaron, las ramas se resquebrajaron con ensordecedores crujidos, arrojando al aire brillantes llamaradas y nubes de vapor hirviendo. Una flecha en llamas pasó volando por encima de la cabeza de Logen y, un segundo después, los arqueros habían desaparecido, escaldados en aquel horno infernal.

Logen jadeaba al borde de la asfixia mientras se cubría el rostro con el brazo para tratar de protegerse de aquel calor abrasador y retrocedía

aterrorizado. La barricada escupía lenguas de fuego y cegadoras chispas, y los dos hombres que la custodiaban rodaban por el suelo convertidos en antorchas humanas, profiriendo unos gritos que el ensordecedor estruendo hacía inaudibles.

Los caballos corcoveaban encabritados lanzando resoplidos de pavor. Pienegro cayó a tierra por segunda vez; su hacha en llamas se le escapó de las manos, y su caballo se tambaleó, dio unos traspiés y se le derrumbó encima. Uno de sus compañeros tuvo peor suerte, su montura le arrojó directamente a la cortina de llamas que se abría a un lado del camino y sus gritos de desesperación se cortaron en seco. En pie sólo quedaba un jinete, que, para su fortuna, llevaba guantes. Por puro milagro, seguía empuñando el asta en llamas de su lanza.

Cómo pudo tener la presencia de ánimo suficiente para lanzarse a la carga mientras el mundo ardía a su alrededor, es algo que Logen no llegaría a saber nunca. En medio del fragor del combate suelen ocurrir cosas extrañas. Tomó como blanco a Quai, y, soltando un gruñido, se lanzó contra él, apuntándole al pecho con su lanza de fuego. El aterrorizado aprendiz se quedó clavado en el sitio. Logen salió disparado hacia él con la espada en alto y, de un empujón, envió al aprendiz rodando por el camino con la cabeza entre las manos, mientras asestaba un tajo brutal a las patas del caballo cuando pasaba como una exhalación a su lado.

El acero se le escapó de las manos y resbaló por el suelo, luego una pezuña le golpeó en el hombro herido y le derribó. Se le cortó el aliento y el paisaje en llamas giró vertiginoso a su alrededor. Pero su golpe había surtido efecto. Tras avanzar un poco más por el camino, las manos heridas del caballo cedieron: el animal se precipitó irremisiblemente hacia delante y, tras dar una voltereta, montura y jinete desaparecieron entre las llamas.

Logen palpó el suelo en busca de su espada. Oleadas de hojas crepitantes barrían el camino y se le clavaban en la cara y en las manos. El calor era como un enorme peso que le aplastaba, arrancándole sudor de la piel. Localizó la empuñadura ensangrentada de su arma y la aferró con sus dedos desgarrados. Tambaleándose, se levantó y empezó a dar tumbos mientras profería incomprensibles gritos de furia. Pero ya no quedaba nadie con quien luchar. Las llamas habían desaparecido con la misma rapidez con que surgieron, dejando a Logen tosiendo y parpadeando en medio de una maraña de humo.

Tras el estruendo anterior, aquel silencio resultaba sumamente espeso, y la leve brisa que soplaba parecía fría como el hielo. En un amplio perímetro, los árboles habían quedado reducidos a un montón de tocones destrozados y carbonizados, como si hubieran estado ardiendo varias horas. La barricada no era más que un montón gris de cenizas y astillas ennegrecidas. Junto a ella

yacían achicharrados hasta los huesos dos bultos deformes a los que difícilmente cabía identificar como personas. Las hojas renegridas de sus lanzas estaban caídas en el suelo, pero de las astas no quedaba ni rastro. Tampoco de los arqueros. Eran pavesas desperdigadas por el viento. Quai estaba caído de bruces con la cabeza hundida entre las manos y, un poco más allá, desplomado sobre un costado, se encontraba el caballo de Pienegro: una de sus patas se estremecía en silencio, la otra permanecía inmóvil.

—Bueno —al oír la voz apagada de Bayaz, Logen pegó un respingo. Casi había dado por sentado que ya no volvería a oír ningún ruido—. Asunto concluido —el Primero de los Magos pasó una pierna por encima de la silla y desmontó. El caballo permaneció en su sitio, calmado, obediente. Durante todo aquel tiempo no se había movido de allí—. En fin, maese Quai, ¿ha visto lo que se puede llegar a hacer con un buen conocimiento de las plantas?

La voz de Bayaz sonaba tranquila, pero las manos le temblaban. Le temblaban convulsivamente. Se le veía demacrado, enfermo, viejo, como un hombre que llevara diez kilómetros tirando de un carro. Logen le miró fijamente mientras su cuerpo oscilaba de lado a lado y la espalda daba sacudidas en el aire colgada de una de sus manos.

—Así que esto es el Arte, ¿no? —su propia voz le sonó muy tenue, muy lejana.

Bayaz se pasó una mano por la cara para limpiarse el sudor.

—Una de sus variantes. Aunque no una de las más sutiles, a decir verdad. Claro que —añadió señalando con su bota uno de los cuerpos carbonizados— es una pérdida de tiempo emplear la sutileza con los norteños —hizo una mueca de asco, se frotó sus fatigados ojos y oteó el camino—. ¿Dónde demonios han ido a parar esos malditos caballos?

Logen oyó un quejido entrecortado que provenía de la montura caída de Pienegro. Avanzó hacia ella con paso inseguro, tropezó, cayó de rodillas, volvió a levantarse y siguió caminando a trompicones. El hombro le dolía horriblemente, el brazo izquierdo se le había quedado insensible y sus dedos estaban llenos de desgarrones y teñidos de sangre, pero el estado en que se encontraba Pienegro era aún peor. Mucho peor. Se sostenía apoyándose en sus codos, tenía las piernas aplastadas bajo el caballo hasta la altura de las caderas y sus manos eran dos muñones carbonizados. Una expresión de perplejidad asomaba en medio de su cara ensangrentada mientras pugnaba inútilmente por salir de debajo del caballo.

—¡Me has jodido vivo! —susurró contemplando con la boca abierta el estropicio de sus manos—. Estoy acabado. No saldré de ésta, y aunque lo hiciera, ¿de qué me serviría? —Pienegro soltó una risa desesperada—. La

clemencia de Bethod es cosa del pasado. Será mejor que me mates ahora, antes de que empiece a doler. Mucho mejor —y luego se derrumbó sobre el suelo.

Logen miró a Bayaz, pero no encontró ninguna ayuda en él.

—Las curas no son lo mío —le espetó el mago, lanzando una ojeada al paisaje de tocones destrozados—. Ya le expliqué que solemos especializarnos —luego cerró los ojos y, apoyando las manos en las rodillas, se inclinó y respiró hondo.

Logen pensó en el suelo del salón de Bethod, en los dos príncipes carcajeándose y aguijoneando a su víctima.

—De acuerdo —murmuró, poniéndose de pie y levantando la espada—. De acuerdo.

Pienegro sonrió.

—Tenías razón, Nuevededos. Nunca debería haberme sometido a Bethod. Nunca. Me cago en él y en el cabrón del Temible. Habría sido mejor morir en las montañas, luchando hasta la última gota de sangre. Habría sido un hermoso final. Ya he tenido bastante. Me entiendes, ¿verdad?

—Te entiendo —musitó Logen—. Yo también he tenido bastante.

—Un hermoso final —dijo Pienegro alzando la vista hacia el cielo gris—. Ya he tenido bastante. Supongo que me lo he ganado. EJS de justicia —luego alzó la barbilla—. Anda, muchacho, vamos allá.

Logen alzó la espada.

—Me alegro de que seas tú, Nuevededos —musitó Pienegro entre dientes—, puedes creerme.

—Yo no —Logen descargó la hoja de su espada.

Los tocones achicharrados seguían ardiendo lentamente, soltando unos anillos de humo que se elevaban hacia el cielo, pero ahora la temperatura era extremadamente fría. Logen tenía un regusto salado en la boca, como de sangre. Puede que en algún momento se hubiera mordido la lengua sin darse cuenta. O tal vez fuera la sangre de otro. Arrojó la espada, que rebotó en el suelo salpicando la tierra de motas rojas. Quai echó un vistazo alrededor e inmediatamente se dobló y vomitó junto al camino. Logen bajó la vista y contempló el cuerpo decapitado de Pienegro.

—Era un buen tipo. Bastante mejor que yo.

—La historia está repleta de cadáveres de buenos tipos —Bayaz se arrodilló trabajosamente, recogió la espada y limpió la hoja en la zamarra de Pienegro. Luego escudriñó el camino, tratando de vislumbrar algo en medio de

la humareda—. Tenemos que ponernos en marcha. Puede que no tarden en llegar otros.

Logen se miraba sus manos ensangrentadas, dándoles una y otra vez la vuelta. Sí, eran sus manos, no había duda. Les faltaba un dedo.

—Nada ha cambiado —musitó.

Bayaz se irguió y se limpió el polvo de las rodillas.

—¿Es que alguna vez cambia algo? —el Mago tendió a Logen la espada por la empuñadura—. Me parece que va a seguir necesitándola.

Logen miró un instante la hoja de la espada. Estaba limpia, con el mismo color gris mate de siempre. A diferencia de él, el duro trabajo al que había sido sometida aquel día no había dejado en ella ninguna mella. No quería cogerla. Nunca más.

Pero la cogió.

PARTE II

«La vida, tal y como realmente es,
no consiste en una lucha entre lo bueno y lo malo,
sino entre lo malo y lo peor.»
JOSEPH BRODSKY.

El verdadero rostro de la libertad

La punta de la pala se hincó en el suelo con el característico sonido que produce el metal al raspar la tierra. Un sonido que le era muy familiar. A pesar de la fuerza del impulso, no se hincó mucho, pues se trataba de un terreno pedregoso y endurecido por el sol.

Pero un suelo un poco duro no la iba a arredrar.

Había cavado infinidad de hoyos, incluso en terrenos bastante más difíciles de excavar que aquél.

Cuando el combate acaba, si sigues con vida, te pones a cavar. A cavar las tumbas de los camaradas muertos. Se merecen esa postrer muestra de respeto, aunque tal vez no se lo tuvieras en vida. Cavas todo lo hondo que te apetezca, luego los tiras dentro, les echas un poco de tierra encima, ellos se pudren y tú los olvidas. Siempre se ha hecho así.

Impulsó hacia arriba los hombros, y una paletada de suelo arenoso voló por los aires. Siguió con la mirada los terrones de tierra, las piedrecillas. Vio cómo se esparcían por el aire y luego caían sobre la cara de uno de los soldados. Uno de sus ojos pareció mirarla con un gesto de reproche. El otro estaba atravesado por una de las flechas que le había lanzado. Una pareja de moscas revoloteaba perezosamente en torno a su rostro. Para él no habría entierro, ella sólo cavaba tumbas para los suyos. Ése y los cabrones de sus amigos yacerían al aire bajo la despiadada luz del sol.

También los buitres tienen derecho a alimentarse.

La hoja de la pala silbó en el aire y volvió a hincarse en el suelo. Otro terrón salió dando vueltas. Se irguió y se limpió el sudor de la frente. Luego entrecerró los ojos y miró al cielo. El sol que ardía en lo alto absorbía cualquier vestigio de humedad que quedara en el polvoriento paisaje; la sangre que teñía las rocas comenzaba a secarse. Contempló las dos tumbas que tenía a su lado. Acabaría la que estaba excavando ahora, echaría un poco de tierra sobre esos tres idiotas, descansaría un instante y luego se largaría.

No tardarían en venir otros a buscarla.

Dejó la pala clavada en la tierra, cogió el odre y le quitó el tapón. Tomó un par de tragos de agua tibia e incluso se permitió el lujo de verter un chorrito en sus palmas resecas para salpicarse la cara. Al menos, la prematura muerte de sus camaradas había puesto fin a las interminables peleas por el agua.

Ahora habría de sobra para seguir la marcha.

—Agua... —suspiró un soldado que yacía junto a las rocas. Era sorprendente, pero seguía vivo. No le había acertado en el corazón con su flecha, pero daba igual, lo había matado, sólo que no tan rápido como ella había pretendido. Había conseguido arrastrarse hasta las rocas, pero sus días de bestia reptante habían tocado a su fin. Las piedras que le rodeaban ya estaban cubiertas por una oscura capa de sangre. Por mucho aguante que tuviera, el calor y la flecha no tardarían en dar cuenta de él.

Ella no tenía sed, pero había agua de sobra y no iba a poder cargar con toda. Tomó un par de tragos más, y dejó que rebosaran en su boca y le chorrearan por el cuello. Todo un lujo desperdiciar así el agua en aquellas estepas yermas. Una brillante llovizna de gotas oscureció la tierra reseca. Luego se echó un poco más de agua en la cara, se relamió los labios y miró al soldado.

—Por piedad... —gimió. Tenía una mano apretada junto a la flecha que le sobresalía del pecho y la otra tendida débilmente hacia ella.

—¿Piedad? ¡Ja! —volvió a poner el tapón en el odre y lo tiró junto a la tumba— ¿Es que no sabes quién soy? —volvió a agarrar el mango de la pala e hincó la punta en el suelo.

—¡Ferro Maljinn! —dijo una voz a sus espaldas— ¡Yo sí sé quién eres!

Una nueva e inoportuna complicación.

Mientras volvía a alzar la pala su mente trabajaba a toda velocidad. Desde allí no podía alcanzar el arco, lo había dejado tirado junto a la primera tumba que había excavado. Lanzó una paletada de tierra. Aquella presencia invisible le provocaba una especie de comezón en sus hombros sudorosos. Echó un vistazo al soldado moribundo. Miraba a un determinado punto a espaldas de ella, y eso le permitió hacerse una idea bastante aproximada de dónde se encontraba su nuevo adversario.

Hincó de nuevo la punta de la pala y, de pronto, la soltó, saltó fuera del hoyo, rodó por el suelo, agarró el arco, le metió una flecha y, de un solo movimiento, tensó la cuerda. De pie, a unas diez zancadas, había un anciano. No se movía, no llevaba armas. Simplemente estaba ahí quieto mirándola con una expresión benévola.

La flecha salió disparada.

Pocas personas podían presumir de ser tan letales como Ferro con un

arco en las manos. Los diez soldados muertos bien podrían haberlo corroborado, de haber estado en condiciones de hacerlo. Seis de ellos tenían sus flechas clavadas, y en ese combate no había fallado ni una sola vez. Que ella recordara, por más rápido que hubiera tenido que disparar, jamás había fallado en las distancias cortas, y había matado hombres que se encontraban diez veces más lejos que aquel viejo de mierda.

Pero esta vez falló.

Pareció como si la flecha se desviara de su trayectoria mientras surcaba el aire. Una pluma en mal estado, tal vez, pero aun así resultaba bastante raro. El anciano no se movió ni un ápice. Permaneció sonriendo en su sitio mientras la flecha le pasaba rozando y luego se perdía por la ladera de la colina.

Eso concedió a todos un tiempo para reconsiderar la situación.

Un tipo raro, el anciano aquel. Tenía la piel muy oscura, negra como el carbón, eso significaba que provenía del lejano sur, más allá del vasto y desolado desierto de arena. No era un viaje que se pudiera tomar a la ligera, y rara vez había visto Ferro a alguien que viniera de allí. Alto, flaco, de brazos largos, nervudos, y por todo vestido una simple sarga. En los brazos llevaba unos extraños brazaletes que le cubrían desde las muñecas hasta la mitad de los antebrazos. Refulgían bajo la intensa luz solar emitiendo unos destellos de tonalidades claras y oscuras.

El cabello le caía por la cara formando un amasijo de cordeles grises, algunos de los cuales le llegaban casi hasta la cintura, y sus afiladas mandíbulas estaban recubiertas por una barba gris corta. Llevaba un odre de buen tamaño cruzado sobre el pecho y se ceñía con un cinturón del que colgaban varias bolsas de cuero. Eso era todo. Ni rastro de armas. Muy raro en una persona que vagaba por aquellas tierras desérticas. Las únicas gentes que se internaban en aquel lugar dejado de la mano de Dios eran los fugitivos y sus perseguidores. Y tanto los unos como los otros iban siempre armados hasta los dientes.

No era un soldado de Gurkhul, no era un bellaco que venía a por la recompensa que habían puesto por su cabeza. No era un salteador, no era un esclavo fugitivo. ¿Qué era entonces? ¿Y qué hacía allí? Tenía que haber venido a por ella. Sí, tal vez fuera uno de esos.

Un Devorador.

¿Quién si no vagaría desarmado por aquellas estepas? No sabía que tuvieran tantas ganas de atraparla.

El tipo permanecía inmóvil frente a ella, sonriéndola. Ferro cogió lentamente otra flecha, y los ojos del hombre siguieron su movimiento sin mostrar el más mínimo signo de alarma.

—No hace falta que hagas eso —dijo pausadamente el anciano con voz grave.

Ferro colocó la flecha en el arco. El hombre ni se movió. Ferro se encogió de hombros y esta vez se tomó un tiempo para apuntar. El anciano seguía sonriendo, como si aquello no le preocupara en absoluto. Ferro soltó la cuerda. Otra vez volvió a fallar por unos pocos centímetros, en esta ocasión la flecha se fue por el otro lado y de nuevo se perdió en la ladera.

Fallar una vez entraba dentro de lo posible, pero fallar dos veces ya era demasiado. Si había algo que Ferro sabía hacer, lo único que sabía hacer, era matar. A esas alturas aquel ridículo anciano tenía que estar ya desangrándose en el suelo con dos flechas clavadas en el cuerpo. Pero ahí seguía, quieto, sonriente, como diciendo: «No eres tan lista como te crees, yo soy mucho más listo que tú».

Era exasperante.

—¿Maldito viejo de mierda, quién eres?

—Me llaman Yulwei.

—¡Pues yo te voy a llamar viejo de mierda! —arrojó el arco al suelo y dejó caer los brazos a los costados para que su propio cuerpo impidiera al anciano ver lo que hacía con la mano derecha. Luego giró la muñeca y una daga curva resbaló por su manga y le cayó en la mano. Hay muchas formas de matar a un hombre, y si una de ellas falla, hay que probar otra.

Ferro no era de esas personas que se rinden ante el primer tropiezo.

Pisando suavemente las rocas con sus pies descalzos, Yulwei comenzó a avanzar lentamente hacia ella. A cada paso que daba sus brazaletes tintineaban. Ahora que lo pensaba, aquello sí que era extraño. Si armaba ese escándalo, cómo había podido acercársele tanto sin que ella se diera cuenta.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero ayudarte —se acercó hasta que estuvo a poco más de un brazo de ella y luego se detuvo y la miró con gesto sonriente.

Con un cuchillo en las manos Ferro era tan rápida como una serpiente y el doble de letal, una circunstancia que el último soldado en morir sin duda habría corroborado, de haber podido hacerlo. Impulsada con toda su fuerza y su rabia, la hoja de la daga surcó el aire convertida en una mancha luminosa. Si aquel hombre hubiera estado donde ella creía, a esas alturas su cabeza se encontraría prácticamente desprendida del tronco. El problema era que el hombre ya no estaba allí. Se encontraba un paso a la izquierda.

Ferro lanzó un grito de guerra y se abalanzó sobre él, apuntando al

corazón. Pero la brillante punta de la daga se clavó en el aire. El hombre, inmóvil, sonriente, estaba otra vez en el lugar de antes. Muy raro. Lentamente, con mucha cautela, deslizando sus sandalias por el polvo del suelo, Ferro rodeó al hombre; la mano derecha adelantada trazaba círculos en el aire, la izquierda agarraba la empuñadura de la daga. Había que ir con cuidado: aquello debía de ser cosa de magia.

—No hace falta que te pongas así. Estoy aquí para ayudarte.

—Vete a la mierda con tu ayuda —bufó Ferro.

—Pero la necesitas, y mucho. Vienen a por ti, Ferro. Hay soldados en las colinas, muchos soldados.

—No podrán cogerme, los despistaré.

—Son demasiados. No puedes despistarlos a todos.

Ferro echó un vistazo a los cuerpos asaeteados que yacían en el suelo.

—Pues los convertiré en pasto para los buitres.

—Esta vez no podrás. No están solos. Traen refuerzos —al pronunciar la palabra «refuerzos» su voz se hizo aún más grave.

Ferro torció el gesto.

—¿Sacerdotes?

—Sí, pero no sólo —los ojos del hombre se dilataron—. También hay un Devorador —susurró—. Te quieren viva. El Emperador pretende darte un castigo ejemplar. Ha pensado exhibirte.

Ferro soltó un resoplido.

—Que se joda el Emperador.

—Bastante jodido le tienes ya.

Ferro dejó escapar un gruñido y volvió a alzar la daga, pero ya no había tal daga. Lo que había era una mortífera serpiente, que silbaba y abría sus fauces dispuesta a morderla.

—¡Arhg! —se la quitó de encima sacudiendo la mano y, cuando cayó a tierra, le aplastó la cabeza con el pie; pero fue su daga lo que aplastó. La hoja se quebró con un crujido seco y se partió en dos.

—Te cogerán —dijo el anciano—. Te cogerán y después te quebrarán las piernas a martillazos en la plaza mayor para que así no puedas volver a escaparte. Luego, desnuda y con la cabeza rapada, te pasearán por las calles de Shaffa sentada de espaldas a lomos de un asno, y la gente se congregará a lo largo del recorrido para insultarte. —La mujer le lanzó una mirada asesina,

pero Yulwei no se interrumpió—. Te encerrarán en una jaula delante del palacio y dejarán que te mueras de hambre y te ases al sol, mientras las buenas gentes de Gurkhul se mofarán de ti y te arrojarán excrementos por entre los barrotes. Si tienes un poco de suerte, te darán orina para beber. Cuando por fin mueras, dejarán que tu cuerpo se pudra y que las moscas lo devoren a pedazos, para que así los demás esclavos vean cuál es el verdadero rostro de la libertad y decidan que prefieren seguir como están.

Ferro ya se había hartado de aquella historia. Que vinieran todos, incluso el Devorador. Jamás moriría enjaulada. Antes se rebanaría su propio pescuezo. Soltó un gruñido y dio la espalda a Yulwei. Luego agarró la pala y se puso a cavar con furia la última tumba. Poco tiempo después ya había alcanzado la profundidad deseada.

Ferro se dio la vuelta. Yulwei se encontraba arrodillado junto al soldado moribundo dándole de beber del odre que llevaba cruzado sobre el pecho.

—¡Mierda! —gritó, y, aferrando el mango de la pala, avanzó hacia él a grandes zancadas.

Antes de que le alcanzara, el anciano se levantó. —Por compasión... —gimió el soldado estirando una mano.

—¡Ya te daré yo a ti compasión! —Y, acto seguido, le hundió el filo de la pala en el cráneo. El cuerpo dio una sacudida y luego se quedó inmóvil. Ferro se volvió hacia el anciano con una expresión de triunfo. Yulwei la miraba apenado. Había algo raro en sus ojos. Compasión tal vez.

—¿Qué pretendes lograr con eso, Ferro Maljinn?

—¿Cómo?

—¿Por qué lo has hecho? —Yulwei señaló al hombre que acababa de matar— ¿Qué es lo que pretendes?

—Vengarme —la palabra brotó de sus labios como un escupitajo.

—¿De todos ellos? ¿De todo el pueblo de Gurkhul? ¿De todos sus hombres, mujeres y niños?

—¡De todos!

El anciano recorrió con la mirada los cadáveres que había esparcidos por el suelo.

—En tal caso debes estar muy contenta con el trabajo que has realizado hoy.

Ferro se forzó a sonreír.

—Sí —pero no estaba contenta. Ya no sabía en qué consistía eso. Su

sonrisa le resultó una cosa rara, desconocida, torcida.

—¿Es vengarte en lo único que piensas a cada minuto del día, es eso lo único que deseas?

—Sí.

—¿Hacerles daño? ¿Matarlos? ¿Acabar con todos ellos?

—¡Sí!

—¿No deseas nada para ti misma?

Ferro permaneció en silencio un instante.

—¿Qué?

—Algo para ti misma. ¿Qué deseas *para ti?*

Miró al anciano con desconfianza, pero de sus labios no salió ninguna respuesta. Yulwei sacudió la cabeza con pesar.

—Me parece, Ferro Maljinn, que en este momento sigues siendo tan esclava como pudieras serlo antes. O como lo puedas llegar a ser nunca —luego se sentó en una roca con las piernas cruzadas.

Por un instante, Ferro le miró desconcertada. Pero de inmediato una oleada de rabia, caliente y reconfortante, volvió a embargarla.

—¿No dice que ha venido a ayudarme?, pues ayúdeme a enterrarlos —exclamó señalando los tres cuerpos ensangrentados que se alineaban junto a las tumbas.

—Ah, no. Eso forma parte de tu trabajo.

Ferro dio la espalda al anciano, mientras lo maldecía para sus adentros, y se acercó a sus antiguos compañeros. Agarró el cuerpo de Shebed por debajo de los brazos y lo levantó. Mientras tiraba de él hacia la primera tumba, los talones del cadáver se arrastraban por el suelo marcando dos pequeños surcos. Cuando llegó al hoyo, lo empujó dentro. Después le tocó el turno a Alugai. Un reguero de tierra corrió sobre él cuando reposó en el fondo de su tumba.

Luego volvió para coger el cadáver de Nasar. Una espada le había destrozado el rostro. A Ferro le pareció que aquello suponía una notable mejora en su aspecto.

—Ése tiene pinta de buena persona —dijo Yulwei.

—Éste es Nasar —Ferro soltó una risa sin alegría—. Un violador, un ladrón, un cobarde —carraspeó para desprender unas cuantas flemas y las escupió al rostro del cadáver. El gargajo resbaló suavemente por la frente del muerto—. Era, de largo, el peor de los tres —luego bajó la vista hacia las

tumbas—. Aunque todos ellos eran basura.

—Te rodeas de gente muy agradable.

—Un fugitivo no se puede permitir el lujo de elegir a sus compañeros —Ferro contempló el rostro ensangrentado de Nasar—. Se coge lo primero que se encuentra.

—Si tanto te desagradan, ¿por qué no se los dejas a los buitres como has hecho con los otros? —el brazo de Yulwei señaló los soldados que yacían mutilados en el suelo.

—A tu gente la entierras —replicó y, acto seguido, metió a Nasar en el hoyo de una patada. El cadáver se giró en el aire y cayó de bruces en la tumba agitando los brazos—. Siempre se ha hecho así.

Ferro agarró la pala y empezó a echar paletadas de tierra sobre la espalda del cadáver. Mientras trabajaba en silencio, el sudor se le acumulaba en la cara y luego caía goteando al suelo. Yulwei la estuvo observando hasta que los hoyos quedaron cubiertos. Tres nuevos montones de tierra emergían en medio de la estepa. Ferro arrojó la pala, que rebotó en uno de los soldados y luego cayó retumbando entre las piedras. El pequeño enjambre de moscas que rodeaba al cadáver zumbó enfurecido y se alejó de su presa, pero al cabo de un instante estaba otra vez de vuelta.

Recogió el arco y las flechas y se los colgó al hombro. Luego agarró el odre, calibró su peso y se lo echó también al hombro. Después se puso a registrar los cadáveres de los soldados. Uno de ellos, el que parecía ser el jefe, tenía un espléndido sable curvo. Su flecha le había atravesado el cuello antes de que tuviera tiempo de desenvainarlo. Ahora fue Ferro quien lo desenvainó y lo probó lanzando un par de mandobles al aire. Una buena arma: bien equilibrada, el filo mortífero de su larga hoja centelleaba y el metal de la empuñadura refulgía al sol. Además, tenía un cuchillo a juego. Cogió las dos armas y se las metió en el cinto. Aunque no parecía que hubiera mucho que pudiera valerle, registró también el resto de los cadáveres. Además, siempre que no resultara demasiado difícil, procuraba arrancar las flechas a los cuerpos. Encontró unas cuantas monedas y las tiró al suelo. Sólo le servirían para añadirle más peso y, además, ¿qué iba a comprar en medio de aquella estepa? ¿Polvo?

Eso era lo único que había allí, y era gratis.

Llevaban encima algunas sobras de comida, que difícilmente les habrían servido para aguantar otro día. Eso significaba que debía de haber más de los suyos, muchos más seguramente, y que no andaban demasiado lejos. Yulwei no le había mentido, pero eso no cambiaba las cosas.

Se dio la vuelta y, dejando atrás al anciano, comenzó a andar en

dirección contraria a las colinas, hacia el gran desierto de arena que se extendía al sur.

—Ése no es el camino —dijo él.

Ferro se detuvo y le miró entrecerrando los ojos para protegerse del intenso sol.

—¿No decía que venían soldados?

Los ojos de Yulwei chispearon.

—Hay muchas formas de pasar desapercibido, incluso en un sitio como éste.

Ferro volvió la vista hacia la llanura pelada que se extendía hacia el norte. En esa dirección estaba Gurkhul. No se veía ni una colina, ni un árbol, casi ni un arbusto. Ningún lugar donde ocultarse.

—¿Desapercibido incluso para un Devorador?

El anciano se rió.

—Sobre todo para esos puercos arrogantes. No son ni la mitad de listos de lo que ellos se creen. ¿Cómo piensas que he conseguido llegar hasta aquí si no? Pasé por en medio de ellos, entre ellos, alrededor de ellos, yo voy adonde me place, y llevo conmigo a quién quiero.

Ferro se hizo sombra con la palma de la mano y oteó el sur. Las arenas del desierto se perdían en la distancia. Mal que bien se las había arreglado para sobrevivir en las estepas, pero, ¿podría hacerlo en ese crisol de arenas cambiantes y calor implacable?

El anciano pareció leerle los pensamientos.

—Las arenas son interminables. Yo las he cruzado alguna vez. Puede hacerse. Pero tú no lo lograrías.

Aquel viejo tenía razón. Ferro era tan fibrosa y resistente como un buen arco, pero eso sólo significaba que estaría más tiempo vagando sin rumbo antes de caer rendida sobre la arena. Puestos a morir, el desierto estaba mejor que la jaula frente al palacio, aunque tampoco mucho mejor. Y ella quería seguir viva.

Aún le quedaban algunas cosas que hacer.

El viejo seguía sentado con las piernas cruzadas, mirándola con una sonrisa. ¿Qué era ese tipo? Ferro no se fiaba de nadie, pero, si aquel hombre hubiera tenido la intención de entregarla al Emperador, podría haberla derribado de un golpe en la cabeza mientras estuvo cavando, en vez de haber proclamado a los cuatro vientos su presencia. Además, tenía poderes mágicos, bien lo había comprobado ella, y contar con una oportunidad, por pequeña que

fuera, era mejor que no tener ninguna.

Pero ¿qué le pediría a cambio? El mundo jamás le había dado nada gratis y no creía que fuera a empezar a hacerlo ahora. Ferro entornó los ojos.

—¿Qué es lo que quiere de mí, eh, Yulwei?

El anciano soltó una carcajada. Aquellas risas empezaban a resultar bastante cargantes.

—Digamos, simplemente, que si te guío te habré hecho un favor. Y que, más adelante, tú puedes devolvérmelo haciéndome otro.

La respuesta era bastante parca en detalles, pero cuando lo que está en juego es la propia vida hay que tomar lo que a uno se le ofrece. No le hacía ninguna gracia ponerse en manos de otra persona, pero no parecía tener otra opción. Al menos, si quería prolongar su vida una semana más.

—¿Qué hacemos?

—Hay que esperar a que se haga de noche —Yulwei echó un vistazo a los cuerpos retorcidos que había esparcidos por el suelo y arrugó la nariz—. Aunque tal vez sea mejor no hacerlo aquí.

Ferro se encogió de hombros y se sentó sobre la tumba del medio.

—Aquí está bien. Quiero ver cómo se alimentan los buitres.

El cielo estaba sembrado de brillantes estrellas y el aire se había vuelto fresco, casi frío. Abajo, en la oscura y polvorienta llanura, ardían varias hogueras: una línea curva de fogatas que parecían acorralarles empujándoles hacia el borde del desierto. Yulwei, los diez cadáveres, las tres tumbas y ella estaban atrapados en la ladera de la colina. Al día siguiente, cuando las primeras luces del amanecer comenzaran a ascender por la tierra árida, los soldados abandonarían las hogueras y avanzarían sigilosamente en dirección a las colinas. Si Ferro seguía aún allí para cuando llegaran, la matarían con total seguridad, o, peor aún, la capturarían. Ni aun en el caso de que no hubieran contado con un Devorador, habría podido enfrentarse ella sola contra tantos enemigos. Le irritaba profundamente reconocerlo, pero lo cierto es que ahora su vida estaba en manos de aquel hombre.

Yulwei oteó el cielo nocturno.

—Ya es hora —dijo.

Descendieron por la pedregosa ladera en la oscuridad, poniendo mucho cuidado de no perderse entre los grandes bloques de roca y los achaparrados

matojos que salpicaban el terreno. Avanzaban hacia el norte, en dirección a Gurkhul. Yulwei se desplazaba con una velocidad pasmosa y, para poder seguirle, Ferro casi se veía obligada a correr, a la vez que mantenía la vista baja para que las rocas resecas no le hicieran perder el equilibrio. Al llegar a la base de la colina, levantó la vista y vio que Yulwei avanzaba hacia el extremo izquierdo de la línea, que era el lugar donde la concentración de hogueras era mayor.

—Espere —susurró agarrándolo del hombro. Ferro señaló el lado derecho. Ahí había menos hogueras, así que sería más sencillo colarse entre ellas—. ¿Por qué no vamos por ahí?

A la luz de las estrellas, Ferro alcanzó a ver los dientes blancos de Yulwei, estaba sonriendo.

—Oh, no, Ferro Maljinn. Ahí es donde hay más soldados, por no mencionar a nuestro querido amigo —Yulwei no ponía ningún empeño en bajar la voz al hablar y estaba consiguiendo ponerla nerviosa—. Es por ahí por donde esperan que pases, si decides ir hacia el norte. Pero en realidad no creen que vayas a hacerlo. Piensan que te dirigirás hacia el sur para morir en el desierto porque no querrás arriesgarte a que te capturen, es decir, justo lo que habrías hecho de no haber estado yo aquí.

Yulwei se dio media vuelta y siguió caminando. Ferro lo siguió sigilosamente procurando mantenerse lo más agachada posible. Cuando estuvieron más cerca de las hogueras, constató que el anciano estaba en lo cierto. Había algunas figuras sentadas en torno a ellas, pero estaban bastante desperdigadas. El anciano se dirigió con paso firme hacia un grupo de cuatro hogueras que quedaba a la izquierda y de las que sólo una estaba guarnecida. No se cuidaba de caminar agachado, sus brazaletes se entrechocaban emitiendo un leve campanilleo y las pisadas de sus pies desnudos resonaban con fuerza sobre la tierra reseca. Los tenían tan cerca que casi se podían distinguir las facciones de los tres hombres que había en torno al fuego. De un momento a otro, verían a Yulwei, estaba segura. Le siseó para llamar su atención, convencida de que la iban a oír.

Yulwei se dio la vuelta; su cara, iluminada por la tenue luz de las llamas, tenía una expresión de desconcierto.

—¿Qué pasa? —dijo. Ferro hizo una mueca de dolor. Pensaba que los soldados se pondrían de pie de un salto, pero, para su sorpresa, siguieron charlando como si tal cosa. Yulwei se volvió hacia ellos—. No nos verán ni nos oirán, a no ser que se te ocurra ponerte a chillarles al oído. No corremos ningún riesgo —luego se volvió y reemprendió la marcha, dando un rodeo para esquivar a los soldados. Ferro lo siguió, manteniéndose agachada y en silencio,

por pura costumbre.

Al irse acercando a ellos, Ferro comenzó a distinguir las palabras de la conversación que mantenían. Aminoró el paso para escuchar. Y, de pronto, se dio la vuelta y se dirigió hacia la hoguera. Yulwei echó la vista atrás.

—¿Qué haces? —preguntó.

Ferro contempló a sus tres enemigos. Uno era un veterano de aspecto rudo, el otro un tipo flacucho con pinta de comadreja, y, el tercero, un jovenzuelo con cara de buena persona, que apenas parecía un soldado. Sus armas estaban desperdigadas por el suelo, envainadas y envueltas, como si no esperaran tener que usarlas. Los rodeó con cautela, aguzando el oído.

—Dicen que la mujer esa no está bien de la cabeza —le susurraba el flacucho al joven, tratando de asustarle—. Dicen que ha matado a más de cien hombres. Y que si eres un tipo apuesto, te corta los huevos cuando aún estás vivo —acompañó sus palabras apretándose la entrepierna— y luego se los come delante de ti.

—Cállate de una vez —soltó el grandullón—, por aquí no la vamos a ver el pelo —y señalando al punto donde las hogueras estaban más espaciadas, añadió con un susurro—: Si se le ocurre coger esta dirección, irá por donde esté *él*.

—Bueno, pues espero que no se le ocurra —terció el joven—. Vive y deja vivir, ése es mi lema.

El tipo flacucho frunció el ceño.

—¿Y qué me dices de toda esa pobre gente a la que ha matado? ¿Mujeres y niños incluidos? ¿Es que no se merecían ellos que se les dejara vivir también? —Ferro apretó los dientes. Que ella recordara, nunca había matado niños.

—Claro que es terrible, yo no digo que no haya que capturarla —el joven miró nervioso a su alrededor—. Sólo que espero que no nos toque a nosotros.

Al oír aquello, el grandullón soltó una carcajada, pero al tipo flaco no pareció hacerle ninguna gracia.

—¿Qué eres tú, un cobarde?

—No —repuso enfadado el joven—, pero tengo mujer e hijos y prefiero salir de ésta con vida, eso es todo —sonrió—. Vamos tener un hijo. A ver si esta vez es niño.

El grandullón asintió con la cabeza.

—Mi hijo ya está hecho todo un hombre. Crecen tan rápido...

Aquella charla sobre niños, familias y esperanzas hizo que la rabia que

ardía en el pecho de Ferro se acrecentara aún más. ¿Por qué podían tener ellos una vida cuando ella no tenía nada, cuando habían sido precisamente ellos y los suyos los que le habían quitado todo lo que tenía? Ferro desenvainó la daga.

—¿Qué haces? —le susurró Yulwei.

El joven volvió la vista hacia ellos.

—¿No habéis oído algo?

El grandullón se rió.

—Sí, me parece que he oído cómo te cagabas encima —el flaco dejó escapar una risita, y el joven, azorado, sonrió. Ferro se puso justo detrás de él. Estaba a sólo dos pasos, iluminada de pleno por la hoguera, pero ninguno de los soldados la miraba. Alzó la daga.

—¡Ferro! —gritó Yulwei. El joven se levantó de golpe y escudriñó la oscura planicie apretando las cejas. Miró a Ferro a los ojos, pero su mirada parecía dirigirse a algún punto lejano situado a sus espaldas. Ferro sentía su aliento en el rostro. La hoja de la daga brillaba a medio palmo del gaznate del soldado.

Ahora. Ahora era el momento. Podía matarlo al instante y luego ocuparse de los otros antes de que tuvieran tiempo de dar la alarma. Sabía que podía hacerlo. Ellos estaban desprevenidos, pero ella estaba preparada. Ahora era el momento.

Pero su mano no quiso moverse.

—¿Qué te pasa? —preguntó el grandullón— Ahí no hay nada.

—Juraría que he oído algo —dijo el joven mirando a Ferro a la cara.

—¡Esperad! —gritó el flaco levantándose de un salto y señalando con el dedo— ¡Ahí está, es ella! ¡Justo delante de ti! —Ferro se quedó paralizada durante un instante, mirando a los ojos del soldado, pero de inmediato el grandullón y el flaco se pusieron a reír. El joven, avergonzado, se dio la vuelta y volvió a sentarse.

—Os aseguro que me pareció oír algo.

—Ahí no hay nadie —dijo el grandullón. Ferro comenzó a retroceder lentamente. Tenía ganas de vomitar, la boca se le había llenado de una saliva amarga y la cabeza le retumbaba. Envainó la daga, se dio media vuelta y reemprendió a trompicones la marcha, seguida de cerca por Yulwei.

Cuando la luz de las fogatas y el sonido de la charla se perdieron en la distancia, Ferro se detuvo y se dejó caer en el duro suelo. Un viento gélido barría la planicie yerma. Una lluvia de polvo le punzó la cara, pero ella apenas

lo notó. El odio y la furia se habían evaporado de momento, pero le habían dejado un enorme hueco, y no tenía nada con qué rellenarlo. Se sentía vacía, helada, enferma, sola. Se abrazó a sí misma y se meció de atrás adelante con los ojos cerrados. Pero la oscuridad no le proporcionó ningún alivio.

De pronto, sintió la mano del anciano apoyada en su hombro.

En circunstancias normales, se habría revuelto, lo habría derribado y, de ser posible, habría acabado con él. Pero se había quedado sin fuerzas. Parpadeó y alzó la vista.

—No me queda nada. ¿Qué soy ya? —se apretó la mano contra el pecho, pero apenas la sintió— No tengo nada dentro.

—Me extraña que digas eso —Yulwei miró el cielo estrellado y sonrió—. Porque yo estoy empezando a pensar que a lo mejor sí que hay algo ahí dentro que merezca la pena salvarse.

La justicia del Rey

Nada más llegar a la Plaza de los Mariscales, Jezal se dio cuenta de que allí pasaba algo raro. No era normal que estuviera tan concurrida para una sesión del Consejo Abierto. Se le había hecho un poco tarde, y aunque estaba casi sin aliento tras la larga serie de entrenamientos, apretó el paso mientras echaba un vistazo a los corrillos de gente elegantemente vestida que había en la plaza: hablaban en murmullos y sus rostros estaban tensos y expectantes.

Se abrió paso entre la multitud y accedió a la Rotonda de los Lores, echando una suspicaz ojeada a los guardias que flanqueaban las grandes puertas taraceadas de la entrada. Al menos ellos estaban como siempre: impasibles tras sus pesadas viseras. Cruzó la antecámara, una sala decorada con unos tapices de vividos colores que se mecían levemente movidos por las corrientes de aire, y luego traspasó las puertas que conducían al amplio espacio interior. El eco de sus pasos resonó en la cúpula dorada mientras recorría a toda prisa el pasillo en dirección a la mesa presidencial. Jalenhorm, cuyo rostro estaba salpicado con los colores de las vidrieras, se encontraba de pie bajo uno de los ventanales mirando con gesto ceñudo un banco con un riel metálico en la base que había a un lado del enlosado.

—¿Qué pasa aquí?

—¿Es que no te has enterado? —le susurró Jalenhorm preso de una gran excitación—. Hoff ha difundido la especie de que hoy se va a tratar un asunto de la mayor importancia.

—¿Qué tipo de asunto? ¿Angland? ¿Los Hombres del Norte?

El corpulento teniente sacudió la cabeza.

—Ni idea, pero pronto lo sabremos.

Jezal torció el gesto.

—No me gustan las sorpresas —sus ojos se posaron en el misterioso banco—. ¿Para qué es eso?

En ese momento las grandes puertas de la sala se abrieron y un torrente

de consejeros inundó el pasillo de acceso. La mezcolanza de siempre, supuso Jezal, aunque tal vez con un grado de determinación un poco superior al habitual. Terceros vástagos de la nobleza, apoderados a sueldo... pero, de pronto, se le cortó la respiración. Al frente venía un hombre muy alto, cuya majestuosa vestimenta le hacía destacar incluso en medio de tan augusta compañía. De sus hombros colgaba una gruesa cadena de oro y su semblante lucía un ceño no menos grueso.

—Pero si es Lord Brock —susurró Jezal.

—Y, mira, ahí va Lord Isher —Jalenhorm señaló con la cabeza a un anciano de aspecto apacible que venía justo detrás de Brock—, y también están Heugen, y Barezin. Esto tiene que ser algo muy gordo.

Jezal respiró hondo mientras cuatro de los nobles más poderosos de La Unión tomaban asiento en la primera fila. Nunca había visto una concurrencia tan notable en una sesión del Consejo Abierto. En el hemiciclo destinado a los consejeros apenas si había un escaño vacío. Y, más arriba, en la galería del público, asomaba un anillo ininterrumpido de rostros impacientes.

Por fin, Hoff irrumpió en la sala y comenzó a avanzar por el pasillo. Pero no iba solo. A su derecha, deslizándose por el suelo, venía un hombre espigado y de aspecto orgulloso, enfundado en una impecable toga blanca y con una mata de blancos cabellos. El Archilector Sult. A su izquierda, algo encorvado y apoyándose en un bastón, venía un hombre con una poblada barba gris que vestía una toga de tonos negros y dorados. Marovia, el Juez Supremo. Jezal no daba crédito a lo que veían sus ojos. Tres miembros del Consejo Cerrado, allí.

Jalenhorm se apresuró a ocupar su sitio antes de que los secretarios acabaran de disponer sus cartapacios y sus documentos sobre la pulida superficie de la mesa. El Lord Chambelán se dejó caer en medio de ellos e inmediatamente pidió que le trajeran vino. El jefe de la Inquisición de Su Majestad se deslizó en una silla a su lado, sonriendo para sí. El Juez Marovia, con el ceño fruncido, se acomodó lentamente en otra. Los murmullos ansiosos subieron de volumen, los magnates sentados en la primera fila miraban a su alrededor con semblantes adustos y recelosos. El Heraldo ocupó su sitio delante de la mesa: no se trataba del idiota de siempre con sus ropajes chillones, sino de un tipo barbudo y fornido vestido de oscuro. Alzó su bastón y golpeó las losas del suelo con una fuerza capaz de despertar a un muerto.

—Queda abierta la sesión del Consejo Abierto —bramó. El alboroto que reinaba en la sala fue remitiendo poco a poco.

—Esta mañana sólo hay un asunto que debatir —dijo el Lord Chambelán, escudriñando con mirada severa la sala bajo sus espesas cejas—, un asunto que hace referencia a la justicia del Rey —se alzaron unos cuantos

murmullos—. Un asunto relativo a la licencia regia para comerciar en la ciudad de Westport —el ruido se acrecentó: susurros de indignación, el inquieto rebullir en sus escaños de una multitud de aristocráticos traseros, el habitual ruido de las plumas que rascaban las grandes hojas de los cartapacios. Jezal vio que Lord Brock juntaba las cejas y que las comisuras de los labios de Lord Heugen se curvaban hacia abajo. No parecía que aquello les hiciera mucha gracia. El Lord Chambelán sorbió por la nariz y se echó un trago de vino mientras esperaba a que cesaran los murmullos—. No obstante, dado que yo no soy la persona más capacitada para tratar de este asunto...

—¡Y que lo diga! —soltó Lord Isher con gesto desdeñoso mientras se revolvía en su asiento de la primera fila.

Hoff le lanzó una mirada asesina.

—¡Solicito la comparecencia de alguien que sí lo está! Mi colega del Consejo Cerrado, el Archilector Sult.

—¡El Consejo Abierto concede la palabra al Archilector Sult! —tronó el Heraldo. Tras descender garbosamente los escalones del estrado, el jefe de la Inquisición se situó en el enlosado y dirigió una seductora sonrisa a los rostros que se volvían indignados hacia él.

—Milores —comenzó a decir con voz lenta y melodiosa, acompañando sus palabras con gráciles movimientos de las manos—, durante estos últimos siete años, desde que tuvo lugar nuestra gloriosa victoria en la guerra contra Gurkhul, el honorable Gremio de los Sederos ha gozado en exclusiva de la licencia para comerciar en la ciudad de Westport.

—¡Y han hecho un trabajo excelente! —exclamó Lord Heugen.

—¡Gracias a ellos ganamos la guerra! —gruñó Barezin descargando un puñetazo en el escaño de al lado.

—¡Un trabajo excelente!

—¡Excelente! —exclamaron varias voces más.

El Archilector asentía con la cabeza, aguardando a que cesara el tumulto.

—Desde luego —dijo dando unos pasos de bailarín al son de las plumas que registraban sus palabras—. No pretendo negarlo. Un trabajo excelente, en efecto —de pronto se volvió en redondo, haciendo revolotear los faldones de su toga, y su rostro se contrajo en una mueca de rabia—. ¡Un excelente trabajo a la hora de evadir los tributos de la Corona! —bramó. Sus palabras fueron recibidas con una exclamación colectiva de estupor.

—¡Un excelente trabajo a la hora de transgredir las leyes de la Corona! —las expresiones de estupor se redoblaron—. ¡Un excelente trabajo de alta

traición! —se levantó una tempestad de protestas, se alzaban numerosos puños, se arrojaban papeles al suelo. Una sucesión de rostros lívidos miraban hacia abajo desde la galería, y, otros, enrojecidos, despotricaban y bramaban desde los escaños situados frente a la mesa presidencial. Jezal miraba a uno y otro lado, preguntándose si no le habrían engañado sus oídos.

—¡Cómo se atreve, Sult! —le gritó Lord Brock al Archilector, que subía los peldaños que conducían al estrado con una sonrisa en los labios.

—¡Exigimos pruebas! —aulló Lord Heugen—. ¡Exigimos justicia!

—¡La justicia del Rey! —se gritaba desde las filas de atrás.

—¡Tiene que presentar pruebas! —bramó Isher mientras el tumulto empezaba a remitir.

El Archilector se echó para atrás su toga para sentarse y su delicado tejido blanco se hinchó en torno a él.

—¡No es otra nuestra intención, Lord Isher!

El pesado cerrojo de una pequeña puerta lateral se descorrió con un resonante estrépito. La sala se llenó con el rumor de los Lores y apoderados que se giraban, se levantaban y se adelantaban para ver qué era lo que pasaba. En su afán por ver qué estaba ocurriendo, el público de la galería se inclinaba peligrosamente sobre la barandilla. De pronto, el hemiciclo quedó sumido en un profundo silencio. Jezal tragó saliva. Desde el otro lado de la puerta llegaban unos chirridos y tintineos mezclados con un ruido de pasos, y, un instante después, un insólito y siniestro cortejo surgía de la oscuridad.

Sand dan Glokta fue el primero en aparecer. Caminaba con su habitual cojera, descargando su peso en el bastón, pero llevaba la cabeza alta y una sonrisa deforme y desdentada iluminaba su rostro vacío. Detrás venían tres hombres, encadenados entre sí por las manos, que arrastraban los pies por el suelo mientras avanzaban hacia la mesa presidencial emitiendo un leve tintineo. Llevaban las cabezas rapadas y vestían estameñas pardas. La vestimenta de los penitentes. De los traidores confesos.

El primer preso se chupaba los labios y miraba a uno y otro lado con una expresión de pavor. El segundo, más bajo y más grueso, arrastraba la pierna izquierda y avanzaba a trompicones con el tronco echado hacia delante y la boca abierta. Jezal vio cómo un hilillo rosáceo de babas se desprendía de sus labios y caía al enlosado. El tercero, un hombre extremadamente delgado y con profundas ojeras, no paraba de parpadear mientras miraba con parsimonia a su alrededor sin que sus ojos parecieran captar nada de lo que veía. Jezal reconoció de inmediato al hombre que venía detrás de los tres presos: era el gigante albino que se había encontrado una noche en la calle. Preso de una súbita sensación de

frío e inquietud, Jezal se balanceó sobre uno y otro pie para aliviar la tensión.

Ahora ya estaba claro cuál era el propósito de aquel banco. Los tres prisioneros se dejaron caer en él, y el albino se arrodilló y fue amarrando los grilletes a la barra que había a lo largo de la base. La cámara seguía la operación en absoluto silencio. Todos los ojos estaban clavados en el Inquisidor tullido y en sus tres prisioneros.

—Hace ya unos cuantos meses que iniciamos nuestras pesquisas —dijo el Archilector inmensamente complacido de haber conseguido captar la atención de todos los presentes—. En principio parecía una cuestión rutinaria, un simple caso de irregularidades contables, no les aburriré con los detalles —y dirigiéndose con una sonrisa a Brock, Isher y Barezin, añadió—: No ignoro que son ustedes unos hombres muy ocupados. ¿Quién hubiera pensado entonces que un asunto tan insignificante iba a conducirnos hasta aquí? ¿Quién iba a suponer que la traición había echado unas raíces tan profundas?

—Bien, bien —dijo con impaciencia el Lord Chambelán, mirando por encima de su copa—. Inquisidor Glokta, tiene usted la palabra.

El Heraldo golpeó con el bastón las losas del suelo.

—¡El Consejo Abierto de La Unión concede la palabra a Sand dan Glokta, Inquisidor Exento!

Apoyado en su bastón en medio del enlosado y sin dar ninguna muestra de emoción pese a la trascendencia del momento, el tullido aguardó cortésmente a que cesara el rasguear de las plumas de los secretarios.

—Póngase en pie y vuélvase hacia el Consejo Abierto —dijo dirigiéndose al primer prisionero.

El aterrorizado preso se levantó de un salto, haciendo repicar sus cadenas, y, tras humedecerse los labios, miró con los ojos muy abiertos a los Lores de la primera fila.

—Diga su nombre —exigió Glokta.

—Salem Rews.

A Jezal se le hizo un nudo en la garganta. ¿Salem Rews? ¡Él conocía a ese hombre! ¡Su padre había tenido negocios con él en el pasado, y en tiempos había visitado con frecuencia su finca! El espanto de Jezal crecía por momentos mientras estudiaba al aterrorizado traidor de cabeza rapada. Le vino a la mente la figura rellena y bien vestida de un mercader que siempre tenía un chiste en la boca. Era él, no cabía duda. Sus miradas se cruzaron un instante, y Jezal, angustiado, desvió la vista. ¡Su padre había charlado con ese hombre en el salón de su casa! ¡Le había estrechado la mano! Un cargo de alta traición era como una enfermedad contagiosa: ¡se podía contraer por el simple hecho de

compartir la misma habitación con un infectado! Sus ojos se veían arrastrados una y otra vez hacia ese rostro familiar e irreconocible a un tiempo. ¿Cómo se le había podido ocurrir al muy hijo de puta ser un traidor?

—¿Es usted un miembro del honorable Gremio de los Sederos? —prosiguió Glokta pronunciando con cierto retintín la palabra «honorable».

—Lo fui —musitó Rews.

—¿Cuál era su función dentro del Gremio? —el sedero rapado lanzó una mirada desesperada a su alrededor—. ¿Su función? —inquirió Glokta con tono amenazante.

—¡Conspirar para defraudar a la Hacienda del Rey! —gritó el mercader retorciéndose las manos. Una oleada de conmoción se expandió por la sala. Jezal ingirió un trago de saliva amarga y vio a Sult dirigir una sonrisa de suficiencia al Juez Marovia. El rostro del anciano permanecía impasible, pero sus puños estaban apretados sobre la mesa—. ¡Me acuso de haber cometido traición! ¡Por dinero! He hecho contrabando, he sobornado, he mentido... ¡todos hacíamos lo mismo!

—¡Todos hacían lo mismo! —Glokta se volvió hacia la asamblea con una sonrisa siniestra—. Y a aquellos de ustedes que alberguen alguna duda, les diré que tenemos libros de cuentas, documentos, cifras. Ocupan una sala entera del Pabellón de los Interrogatorios. Una sala llena de secretos, culpas, mentiras —sacudió lentamente la cabeza—. Una lectura nada edificante, se lo puedo asegurar.

—¡No tuve más remedio que hacerlo! —chilló Rews—. ¡Me obligaron! ¡No tenía elección!

El Inquisidor tullido frunció el ceño sin dejar de mirar a su público.

—Por supuesto que le obligaron. No ignoramos que usted no era más que un ladrillo de esa inmensa mansión de la infamia. Hace poco atentaron contra su vida, ¿no es así?

—¡Me intentaron asesinar!

—¿Quién?

—¡Ese hombre! —gimió Rews con voz quebrada señalando con un dedo tembloroso al prisionero que tenía a su lado, mientras trataba de alejarse de él todo lo que le permitían las cadenas—. ¡Fue él! ¡Él! —los grilletes cascabeleaban mientras agitaba el brazo y escupía saliva por la boca. De nuevo arreciaron las voces de indignación en la sala, esta vez con mayor intensidad aún. Jezal vio que el prisionero de en medio inclinaba la cabeza y luego se desplomaba hacia un lado, pero, al instante, el monstruoso albino lo agarró y volvió a enderezarlo.

—¡Despierte, maese Carpi! —gritó Glokta. El preso alzó lentamente la cabeza. Era un rostro desconocido, extrañamente hinchado y con la piel picada de viruelas. Jezal, asqueado, advirtió que, al igual que a Glokta, le faltaban los cuatro dientes de delante.

—Es usted natural de Talins, en Estiria, ¿no es así? —el hombre asintió bajando lentamente la cabeza con un gesto maquinal, como si estuviera adormilado—. Es usted un asesino a sueldo, ¿me equivoco? —volvió a asentir—. ¿No es cierto que le contrataron para que asesinara a diez subditos de Su Majestad, entre ellos, al traidor confeso Salem Rews? —de la nariz del prisionero brotó un hilo de sangre y sus ojos se pusieron en blanco. El albino le cogió del hombro, le dio una sacudida y el hombre volvió en sí y asintió mecánicamente— ¿Qué ha sido de los otros nueve? —silencio—. Los mató usted, ¿no es cierto? —al bajar de nuevo la cabeza, el cuello del prisionero produjo un extraño chasquido.

Glokta recorrió con expresión ceñuda los rostros absortos de los consejeros.

—Villem dan Robb, oficial de aduanas, un tajo de oreja a oreja —se pasó un dedo por el cuello y una mujer de la galería soltó un chillido—. Solimo Scandi, sedero, cuatro puñaladas en la espalda —alzó cuatro dedos y luego se los hundió en el vientre, imitando el gesto de alguien que fuera a vomitar—, y así hasta completar una sangrienta nómina. Todos ellos fueron asesinados con el único objetivo de obtener mayores beneficios. ¿Quién le contrató?

—Él —graznó el asesino, girando su rostro abotargado para mirar al tipo de rostro demacrado y ojos vidriosos que se encontraba semidesplomado sobre el banco, ajeno a todo lo que le rodeaba.

El bastón de Glokta resonó en la sala mientras se acercaba renqueando al prisionero.

—¿Cuál es su nombre?

El prisionero levantó la cabeza de golpe y sus ojos se clavaron en el semblante contraído del Inquisidor:

—¡Gofred Hornlach! —respondió de inmediato con voz chillona.

—¿Es usted un miembro destacado del Gremio de los Sederos?

—¡Sí! —ladró mientras parpadeaba mirando a Glokta con gesto obnubilado.

—¿Uno de los adjuntos del Maestre Kault, de hecho?

—¡Sí!

—¿Ha conspirado junto con otros Sederos para defraudar a la Hacienda

de Su Majestad el Rey? ¿Contrató a un asesino con el expreso propósito de que acabara con la vida de diez súbditos de Su Majestad?

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Por qué lo hizo?

—Teníamos miedo de que se fueran de la lengua... de que contaran lo que sabían... lo que sabían de... lo que... —los ojos vacíos de Hornlach se desviaron hacia una de las vidrieras. Poco a poco su boca dejó de moverse.

—¿Lo que sabían de...? —le apuntó el Inquisidor.

—i... de las traicioneras maquinaciones del Gremio! —el sedero se trabó—. ¡De nuestras traiciones! De las maquinaciones del Gremio... de nuestras traiciones...

Glokta le interrumpió bruscamente:

—¿Actuaba en solitario?

—¡No! ¡No!

El Inquisidor dio un golpe en el suelo con el bastón y se inclinó hacia él.

—¿Quién daba las órdenes? —siseó.

—¡El Maestre Kault! —gritó al instante Hornlach—. ¡Él dio la órdenes! —la concurrencia contuvo el aliento. La sonrisa suficiente del Archilector Sult se acentuó— ¡Fue idea del Maestre! —las plumas rasgaban implacables el papel—. ¡Fue Kault! ¡Él dio las órdenes! ¡Todas las órdenes! ¡El Maestre Kault!

—Gracias, eso es todo, Maese Hornlach.

—¡El Maestre! ¡Él dio las órdenes! ¡El Maestre Kault! ¡Kault! ¡Kault! ¡Kault!

—¡Ya es suficiente! —le espetó Glokta. El prisionero se calló de golpe. La sala entera permanecía en suspenso.

El Archilector Sult alzó un brazo y señaló a los tres prisioneros.

—¡Milores, ahí tienen las pruebas que solicitaban!

—¡Esto es una farsa! —bramó Lord Brock poniéndose de pie de un salto—. ¡Una afrenta intolerable!

Pero pocas voces lo secundaron, y las que lo hicieron, no se mostraron excesivamente entusiastas. Especialmente elocuente fue el silencio de Lord Heugen, que parecía estar estudiando con sumo interés el espléndido cuero de sus zapatos. Barezin estaba tan encajonado en su escaño que parecía como si en apenas un minuto su tamaño se hubiera reducido a la mitad. Lord Isher miraba a la pared mientras jugueteaba distraídamente con su cadena de oro, como si el

destino del Gremio de los Sederos hubiera perdido para él todo interés.

Brock apeló al propio Juez Supremo, que permanecía inmóvil en su asiento de la mesa presidencial.

—¡Lord Marovia, se lo ruego! ¡Usted es un hombre sensato! ¡No consienta que sigan adelante con esta parodia!

La sala aguardó expectante la respuesta del anciano magistrado. Marovia frunció el ceño y se acarició sus pobladas barbas. Luego miró al sonriente Archilector. Y se aclaró la garganta:

—No le quepa la menor duda de que comparto su pesadumbre, Lord Brock, pero tengo la impresión de que hoy no es el día de los hombres sensatos. El Consejo Cerrado ha examinado el caso y se ha dado por satisfecho. Tengo las manos atadas.

Brock abrió y cerró la boca degustando el amargo sabor de la derrota.

—¡Qué clase de justicia es ésta! —gritó volviéndose hacia sus pares—. ¡Es evidente que estos hombres han sido torturados!

Los labios del Archilector Sult se contrajeron en un gesto desdeñoso.

—¿Qué trato pretende que demos a unos traidores, a unos criminales? —gritó con voz atronadora—. ¿Acaso pretende alzar un escudo protector que sirva de cobijo a los súbditos desleales? —descargó un puñetazo en la mesa, como si también ella fuera culpable de alta traición—. ¡Yo, desde luego, no pienso quedarme de brazos cruzados mientras nuestra gran nación es entregada a sus enemigos! ¡Ni a sus enemigos exteriores, ni a sus enemigos internos!

—¡Abajo los Sederos! —gritó alguien desde la galería del público.

—¡Justicia implacable para los traidores!

—¡La justicia del Rey! —bramó un hombre grueso desde las filas de atrás. La sala expresó su asentimiento con una oleada de gritos de indignación y peticiones de justicia implacable y castigos ejemplares.

Brock recorrió con la vista la primera fila en busca de aliados, pero no halló ninguno. El Lord cerró los puños.

—¡Aquí no hay justicia! —gritó señalando a los tres prisioneros—. ¡Esto no vale como prueba!

—¡Su Majestad no es de la misma opinión! —bramó Hoff—. ¡Y no creo que necesite pedirle a usted permiso! —acto seguido, blandió en alto un voluminoso documento—. ¡Este documento certifica la disolución del Gremio de los Sederos! ¡Su licencia queda revocada por edicto real! En los meses

venideros la Comisión de Comercio e Intercambios de Su Majestad revisará las solicitudes que se presenten con objeto de adjudicar los derechos comerciales con la ciudad de Westport. Hasta que se encuentren unos candidatos idóneos las rutas comerciales serán gestionadas por unas manos de probaba capacidad y *lealtad*. Las manos de la Inquisición de Su Majestad.

El Archilector Sult inclinó humildemente la cabeza, haciendo caso omiso de las protestas que proferían los representantes y el público de la galería.

—¡Inquisidor Glokta! —prosiguió el Lord Chambelán—, el Consejo Abierto os queda muy agradecido por vuestra diligencia y os encomienda una misión más en relación con este asunto —Hoff alzó un documento algo más pequeño que el anterior—. Aquí tenéis una orden rubricada por el Rey para proceder al arresto del Maestre Kault. Os pedimos que la llevéis a efecto de inmediato —Glokta se inclinó trabajosamente y cogió el documento que le tendía el Lord Chambelán—. Usted —dijo Hoff mirando a Jalenhorm.

—¡Teniente Jalenhorm a sus órdenes, señor! —exclamó el grandullón dando un firme paso adelante.

—No me cuente historias —le espetó Hoff con impaciencia—, coja a veinte hombres de la Escolta Regia y escolte al Inquisidor Glokta a la sede del Gremio de los Sederos. ¡Y asegúrese de que nada ni nadie sale del edificio sin su expresa autorización!

—¡A sus órdenes, milord! —Jalenhorm atravesó la sala y subió por el pasillo a la carrera en dirección a la salida, agarrando la empuñadura de su espada con una mano para impedir que le golpeara en la pierna. Glokta le siguió tanteando los escalones con el bastón y aferrando con el puño la orden de arresto del Maestre Kault. El monstruoso albino, entretanto, había puesto de pie a los prisioneros, que ahora le seguían, traqueteando y dando tumbos, en dirección a la puerta por la que habían accedido al hemiciclo.

—¡Lord Chambelán! —aulló Brock a la desesperada. Jezal se preguntó cuánto dinero habría ganado gracias a los Sederos. Y cuánto había esperado ganar en el futuro. Mucho, evidentemente.

Pero Hoff ni se inmutó.

—¡Milores, se cierra la sesión! —antes de que el Lord Chambelán acabara la frase, Marovia, que evidentemente estaba ansioso por salir de allí, ya se había puesto de pie. Los cartapacios se cerraron de golpe. El destino del Honorable Gremio de los Sederos había quedado sellado. La sala volvió a llenarse de excitados murmullos, que iban creciendo de volumen, y a los que pronto se unió el ruido de los representantes que se levantaban de sus escaños y comenzaban a abandonar la sala. El Archilector Sult permanecía sentado, contemplando a sus adversarios derrotados, que abandonaban de mala gana la

primera fila. Los ojos de Jezal volvieron a cruzarse una vez más con la mirada desesperada de Salem Rews mientras éste era conducido hacia la pequeña puerta, pero, de pronto, el Practicante Frost dio un tirón de la cadena, y el mercader desapareció en la oscuridad.

Fuera, la plaza estaba aún más concurrida que antes y el grado de excitación de la muchedumbre iba creciendo a medida que se extendía la noticia de la disolución del Gremio de los Sederos entre las personas que no habían asistido a la sesión. Los había que se quedaban paralizados del asombro; otros, en cambio, corrían de un lado para otro: asustados, sorprendidos, desconcertados. A Jezal le llamó la atención un hombre que le miraba fijamente, aunque no parecía verle. Tenía la cara pálida y las manos le temblaban. Un sedero, quizás, o un hombre comprometido con los Sederos, tan comprometido que tal vez su ruina fuera también la suya. A partir de ahora iban a proliferar mucho los hombres como ése.

De repente, Jezal sintió una especie de cosquilleo en la piel. Ardee West estaba apoyada tranquilamente en un muro que había un poco más adelante. Llevaban cierto tiempo sin verse, en concreto desde el pequeño arrebato alcohólico de la joven, y Jezal se quedó un tanto sorprendido de que le alegrara tanto habérsela encontrado. Probablemente ya la había castigado bastante, se dijo. Al fin y al cabo, a todo el mundo hay que darle la oportunidad de disculparse. Dibujó una sonrisa en sus labios y se apresuró a acercarse a ella. Pero, de pronto, se dio cuenta de que no estaba sola.

—¡El muy cabrón! —dijo entre dientes.

El teniente Brint, vestido con su uniforme de tres al cuarto, charlaba animadamente con Ardee, a una distancia que a Jezal le pareció totalmente indecorosa, subrayando sus comentarios con aparatosos gestos de las manos. Ella asintió, sonrió y, luego, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, mientras propinaba una juguetona palmada al pecho del teniente. El mierda de Brint también se rió. Los dos se reían. Sin que supiera muy bien por qué, Jezal sintió una intensa punzada de rabia.

—Hombre, Jezal, ¿cómo estás? —exclamó Brint sin dejar de reír.

Jezal se acercó a ellos.

—¡Para usted soy el capitán Luthar! —le espetó—. ¡Y cómo esté o deje de estar no es de su incumbencia! ¿Qué pasa, es que no tiene nada que hacer?

Durante un instante, Brint se le quedó mirando estúpidamente con la boca abierta, pero luego sus cejas se fruncieron en un gesto hosco.

—Sí, señor —masculló, y, a continuación, se dio la vuelta y se fue. Mientras se alejaba, Jezal lo miró con un desdén todavía más profundo que el que solía sentir por él.

—Bueno, desde luego eres todo un encanto —dijo Ardee—. ¿Es ésa la forma de comportarse delante de una dama?

—No sé. ¿Por qué lo dices? ¿Es que había alguna mirando?

Al volverse hacia Ardee, le pareció advertir una sonrisa ufana en el rostro de la joven. Una expresión bastante desagradable, como si le hubiera hecho gracia el pronto que había tenido. Durante un estúpido instante se preguntó si no habría sido ella quien había planeado aquel encuentro, si no se habría colocado aposta en aquel lugar en compañía de ese cretino para que él sintiera celos al verlos... pero entonces Ardee le sonrió, soltó una carcajada y el enfado de Jezal comenzó a evaporarse. Estaba muy guapa, pensó, su tez morena reverberaba al sol mientras se reía a placer sin importarle lo que dijera la gente. Muy guapa, sí. Más que nunca, de hecho. En fin, había sido un encuentro casual, ¿qué otra cosa iba a ser? Ardee le miró a la cara con sus grandes ojos oscuros y todas sus suspicacias se desvanecieron.

—¿Hacía falta que te mostraras tan duro con él? —le preguntó.

Jezal encajó las mandíbulas.

—Ese advenedizo arrogante es un don nadie, el hijo bastardo de algún ricachón, probablemente. No tiene ni sangre ni dinero ni modales....

—Seguro que tiene más que yo de esas tres cosas.

Jezal se maldijo por ser tan bocazas. En lugar de arrancarle una disculpa ahora le iba tocar disculparse a él. Buscó desesperadamente una salida para la trampa que él mismo se había tendido.

—¡Ah, pero es que él además es un cretino! —dijo en tono plañidero.

—Tengo que reconocer —y Jezal vio aliviado que las comisuras de los labios de Ardee se curvaban hacia arriba esbozando una sonrisa— que en eso tienes razón. ¿Damos un paseo? —sin darle tiempo de responder, le metió una mano por el brazo y tiró de él en dirección a la Vía Regia. Jezal se dejó guiar entre la multitud de gentes asustadas, excitadas, furiosas.

—¿Entonces es cierto? —preguntó ella.

—¿Es cierto el qué?

—Que los Sederos están acabados.

—Eso parece. Tu viejo amigo Sand dan Glokta ha estado metido en todo el ajo. Una actuación brillante, para un tullido como él.

Ardee bajó la vista.

—Tullido o no, estoy segura de que a nadie le hace ninguna gracia tenerlo como enemigo.

—No —Jezal recordó la mirada de espanto que le había dirigido Salem Rews antes de desaparecer en la oscuridad—. Desde luego que no.

Siguieron paseando en silencio por la avenida, pero no era un silencio incómodo. Le gustaba pasear con ella. Ya no parecía hacer falta que ninguno de los dos se disculpara. Después de todo, era posible que ella tuviera razón en lo de la esgrima, un poco, cuando menos. Ardee pareció leerle los pensamientos.

—¿Qué tal te va con las espadas? —preguntó.

—No muy mal. ¿Y a ti con la bebida?

Ardee alzó una de sus oscuras cejas.

—Inmejorablemente. Ojalá existiera también un Certamen de eso todos los años. Estoy segura de que no tardaría en granjearme el favor del público —Jezal soltó una carcajada, la miró caminar a su lado, y ella le dirigió una sonrisa. Era tan lista, tan aguda, tan audaz. Y tan rematadamente guapa. Jezal empezaba a preguntarse si habría en el mundo alguna mujer que se le pudiera comparar. Qué pena que su sangre no fuera la adecuada, pensó, y que no tuviera un poco más de dinero. Bueno, mucho más dinero.

Vías de escape

—¡Abran la puerta en nombre de Su Majestad! —tronó el teniente Jalenhorm por tercera vez, aporreando la madera con su rollizo puño. *Maldito zoquete. Por qué será que los hombres corpulentos suelen tener unos cerebros minúsculos. Quizá se deba a que recurren en exceso a sus músculos y el cerebro se les acaba secando como una ciruela puesta al sol.*

La sede del Gremio de los Sederos era un edificio imponente situado en una plaza bastante concurrida que se encontraba en las proximidades de Agriont. La presencia de Glokta y su escolta ya había atraído a un nutrido grupo de mirones: gentes curiosas, temerosas y fascinadas, cuyo número no paraba de crecer. *Cualquiera diría que huelen la sangre.* La pierna de Glokta palpitaba de dolor debido a la premura con que habían llegado hasta allí, pero aun así dudaba mucho que fueran a pillar a los Sederos completamente desprevenidos. Con gesto impaciente, miró a la escolta de guardias con armaduras, a los Practicantes enmascarados, a los ojos gélidos de Frost, al joven oficial que golpeaba la puerta.

—Abran...

Ya está bien de tanta tontería.

—Escuche, teniente, me parece que le oyen, pero que han decidido no abrirle —dijo secamente Glokta—. ¿Le importaría echar la puerta abajo?

—¿Qué? —Jalenhorm le miró boquiabierto— ¿Cómo voy a...?

El Practicante Frost pasó a su lado como una centella. Se oyó un ruido ensordecedor y un crujir de maderas. La embestida del fornido hombro de Frost había arrancado de sus goznes una hoja de la puerta enviándola contra el suelo de la sala que había al otro lado.

—Tal que así —masculló Glokta mientras traspasaba el umbral entre las astillas que aún flotaban en el aire. Jalenhorm, mudo de asombro, lo siguió, y detrás de él entraron en tropel una docena de soldados.

Un oficial del Gremio les cerraba el paso del corredor que tenían enfrente.

—No pueden... ¡ufff! —soltó al recibir un empellón de Frost que lo estampó contra la pared.

—¡Arresten a ese hombre! —gritó Glokta señalando con el bastón al aturdido oficial. Uno de los soldados lo agarró con su guantelete de hierro y lo arrojó fuera del edificio sin más contemplaciones. Los Practicantes, armados de estacas y con los ojos ardiendo de furia tras sus máscaras, irrumpieron por la puerta destrozada—. ¡Arresten a todo el mundo! —gritó Glokta volviendo la cabeza mientras renqueaba lo más rápido que podía por el pasillo internándose en las entrañas del edificio tras las anchas espaldas de Frost.

Detrás de una puerta abierta vio a un mercader vestido con unos ropajes de vivos colores y con la cara empapada de sudor arrojando desesperadamente pilas de documentos a un fuego.

—¡Cogedle! —chilló Glokta. Una pareja de Practicantes entró en la sala de un salto y la emprendieron a palos con él. El hombre lanzó un grito y cayó al suelo, volcando una mesa y tirando de una patada un montón de libros de cuentas. La sala se llenó de papeles sueltos y de cenizas en llamas que volaban por el aire mientras las estacas subían y bajaban.

Glokta se apresuró a seguir adelante. Los golpes y los gritos se iban extendiendo por todo el edificio. El lugar empezaba a impregnarse de un olor a humo, a sudor, a miedo. *Todas las salidas están custodiadas, pero no cabe descartar que Kault tenga una vía de escape secreta. Es un tipo bastante escurridizo. Ojalá no hayamos llegado demasiado tarde. ¡Esta maldita pierna mía! Ojalá...*

Glokta exhaló un suspiro, hizo una mueca de dolor y se tambaleó. Alguien le había agarrado del gabán.

—¡Ayúdeme! —le aulló un hombre pegándosele a la cara—. ¡Soy inocente! —un rostro rechoncho cubierto de sangre. Se había agarrado con tal fuerza a sus ropas que amenazaba con hacerle caer.

—¡Quitádmelo de encima! —gritó Glokta golpeándolo débilmente con el bastón mientras trataba de aferrarse a la pared para no perder el equilibrio. Uno de los Practicantes se acercó de un salto y descargó un estacazo en la espalda del hombre.

—¡Confieso! —tuvo tiempo de gemir el mercader antes de recibir otro estacazo en la cabeza. El Practicante agarró el cuerpo por los brazos antes de que se desplomara y lo arrastró hacia la entrada. Glokta se apresuró a reemprender la marcha, seguido de Jalenhorm, que caminaba a su lado con los ojos muy abiertos. De pronto se encontraron ante una amplia escalinata, y los ojos de Glokta la miraron con profunda aversión. *Mis viejas enemigas siempre me están esperando.* Emprendió la penosa ascensión mientras hacía una seña al Practicante Frost con la mano que tenía libre, indicándole que se adelantara. Un

perplejo mercader al que conducían a rastras pasó junto a ellos pateando los peldaños con los talones y gritando algo relacionado con sus derechos.

De pronto, Glokta se resbaló y estuvo a punto de caerse de bruces, pero alguien le agarró del codo y lo mantuvo derecho. Era Jalenhorm, su rostro, grueso y honesto, seguía reflejando un profundo desconcierto. *Vaya, va a resultar que los hombres corpulentos sí que sirven para algo.* El joven oficial le ayudó a subir el resto de los escalones. Glokta no se sentía con fuerzas para rehusar su ayuda. *¿Qué mas da? Un hombre debe ser capaz de reconocer sus propias limitaciones. Más infamante es caerse de bruces. Si lo sabré yo.*

Al final de las escaleras se abría una espaciosa antecámara ricamente decorada, con el suelo enmoquetado y las paredes recubiertas de tapices de vivos colores. Dos guardas vestidos con los colores distintivos del Gremio de los Sederos custodiaban una gran puerta con las espadas desenvainadas. Delante de ellos estaba Frost, con las manos cerradas formando dos puños blancos. Nada más llegar al descansillo, Jalenhorm sacó su acero y, dando un paso adelante, se situó junto al albino. Glokta no pudo reprimir una sonrisa. *El torturador sin lengua y la flor de la caballería. Extraña alianza.*

—Traigo una orden de detención contra Kault firmada por el Rey en persona —Glokta levantó el documento para que los guardas pudieran verlo—. Los Sederos están acabados. No ganáis nada interponiéndoos en nuestro camino. ¡Entregad las espadas! ¡Tenéis mi palabra de que no se os hará ningún daño!

Los dos guardas se miraron el uno al otro sin saber qué hacer.

—¡Entregadlas!— gritó Jalenhorm arrimándose un poco más a ellos.

—¡Está bien! —Uno de los hombres se agachó y empujó la espada por el suelo. Frost la detuvo pisándola con el pie.

—¡Ahora tú! —le gritó Glokta al otro.

—¡Ya voy! —el guarda obedeció; arrojó el arma al suelo y levantó los brazos. Un segundo después, el puño de Frost se estrellaba contra su barbilla y lo estampaba contra la pared dejándolo fuera de combate.

—Pero... —gritó el primer guarda. Frost le agarró de la pechera y lo tiró por las escaleras. Cayó rodando, golpeándose una y otra vez contra los escalones, y finalmente se derrumbó inerte en el piso de abajo. *Sé muy bien lo que es eso.*

Jalenhorm, inmóvil y con la espada aún en alto, parpadeaba con incredulidad.

—Pero no había dicho que...

—Qué más da. Frost, busca otra entrada.

—Zí —el albino se alejó sigilosamente por el pasillo. Glokta le dio un tiempo y luego se inclinó hacia delante y probó a abrir la puerta. El pomo giró y, para su sorpresa, la puerta se abrió.

La sala era el colmo de la opulencia y tenía casi las dimensiones de un granero. El artesonado del techo estaba recubierto de pan de oro, los lomos de los libros de la biblioteca tenían piedras preciosas incrustadas y el descomunal mobiliario brillaba como un espejo. Todo era exageradamente grande, recargado y caro. *Bueno, tampoco hace falta tener buen gusto cuando se tiene dinero de sobra.* Había varios ventanales de un nuevo diseño —unos largos paneles de cristal separados por finas varillas de plomo— a través de los cuales se contemplaba una espléndida vista de la ciudad, la bahía y los barcos que navegan por ella. El Maestre Kault, ataviado con los fastuosos ropajes de su cargo, sonreía sentado tras un enorme escritorio dorado que había delante del ventanal del medio, ensombrecido parcialmente por un inmenso armario en cuyas puertas aparecían grabadas las armas del honorable Gremio de los Sederos.

Así que no ha escapado. Ya es mío, ya... Atada alrededor de una de las gruesas patas del armario había una soga. Glokta siguió con la mirada la serpenteante trayectoria de la cuerda por el suelo. El otro extremo estaba atado alrededor del cuello del Maestre. *Vaya, después de todo va a resultar que sí que tenía una vía de escape.*

—¡Inquisidor Glokta! —Kault soltó una chirriante risa nerviosa—. ¡No sabe cuánto me alegro de que por fin nos conozcamos! ¡He oído hablar mucho de sus investigaciones! —dicho aquello, tiró del nudo de la soga para asegurarse de que estaba bien atado.

—¿Le aprieta el cuello de su traje, Maestre? ¿No sería mejor que se lo quitara?

Kault soltó otro chillido de júbilo.

—¡Oh, no creo que sea necesario! ¡Muchas gracias, pero no tengo la intención de responder a ninguna de sus preguntas! —por el rabillo del ojo Glokta vio entreabrirse una puerta que había en un lateral. Un instante después, unos enormes nudillos blancos se doblaban sobre el marco. *Frost. Todavía hay una posibilidad de atraparlo. Tengo que hacer que siga hablando.*

—No hay ninguna pregunta que hacer. Lo sabemos todo.

—¡No me diga! —dijo el Maestre dejando escapar una risita. El albino penetró sigilosamente en la sala, pegado a las sombras de la pared y oculto a los ojos de Kault por la mole del armario.

—Sabemos lo de Kalyne. Ese pequeño trato que tenían con él.

—¡Imbécil! ¡No había ningún trato! ¡Era demasiado honrado para poder comprarle! ¡Jamás quiso aceptar ni un marco de mí! —*En tal caso cómo es que...* Kault sonreía con una sonrisa enfermiza—. El secretario de Sult —dijo soltando otra risita—. ¡En sus propias narices, sí, y también en las suyas, inútil lisiado! —*Idiota, idiota. ¡Era el secretario quien pasaba la información, había visto la confesión, estaba al tanto de todo! Siempre me dio mala espina ese lameculos. Kalyne era leal entonces.*

Glokta se encogió de hombros.

—Todos cometemos errores.

El Maestre hizo una mueca de desdén.

—¿Errores, dice? ¡No ha hecho usted otra cosa, maldito imbécil! ¡Ni siquiera sabe en qué bando está! ¡Ni siquiera sabe qué bandos existen!

—Yo estoy con el Rey, y usted no. No necesito saber nada más —Frost ya había llegado al armario y estaba pegado a él mirando intensamente con sus ojos rosáceos y tratando de asomarse por el recodo sin que le viera Kault. *Un poco más de tiempo, sólo un poco más...*

—¿Qué es lo que sabe usted, maldito tullido? ¿Unos pequeños trapicheos con los tributos, algún que otro soborno sin importancia, es de eso de lo que somos culpables?

—De eso y de otro asunto insignificante: los nueve asesinatos.

—¡No teníamos elección! —chilló Kault—. ¡Jamás la tenemos! ¡Había que pagar a los banqueros! ¡Ellos nos prestaron el dinero y nosotros teníamos que devolvérselo! ¡Llevamos años pagándoles! ¡Esas malditas sanguijuelas de Valint y Balk! ¡Se lo dimos todo, pero siempre querían más!

¿Valint y Balk? ¿Unos banqueros? Glokta repasó con la mirada la ridícula opulencia de la sala.

—No parece que esté usted con el agua al cuello.

—¡No parece! ¡No parece! ¡Todo esto es polvo! ¡Mentiras! ¡Todo es propiedad de los banqueros! ¡Hasta nuestras propias personas! ¡Les debemos miles, qué miles, millones de marcos! —Kault se rió para sí—. Pero me imagino que ya no podrán cobrárselos, ¿no?

—Supongo que no.

Kault se inclinó hacia delante, y la soga descendió sobre el escritorio y se deslizó sobre su cubierta de cuero.

—¿Busca usted criminales, Glokta? ¿Quiere traidores? ¿Enemigos del

Rey y del Estado? ¡Busque en el Consejo Cerrado! ¡Busque en el Pabellón de los Interrogatorios! ¡Busque en la Universidad! ¡Busque en los bancos, Glokta! —en ese momento vio a Frost, que acababa de salir de detrás del armario y se encontraba a no más de cuatro zancadas de él. Los ojos de Kault se dilataron en un gesto de sorpresa y se levantó de golpe de la silla.

—¡Cógele! —aulló Glokta. Frost se abalanzó sobre el escritorio y agarró el dobladillo de la toga del Maestre mientras éste se giraba y se precipitaba hacia el ventanal. *¡Ya es nuestro!*

Se oyó el ruido estridente de un tejido que se desgarraba y Frost se quedó con un trozo del traje de Kault en las manos. Por un instante, la figura de Kault pareció quedar paralizada en el aire mientras el costoso cristal se hacía añicos en torno a él, arrojando una lluvia de esquirlas que centelleaban en el aire. Luego desapareció y la soga se tensó de un golpe seco.

—¡Puzzzz! —siseó Frost contemplando el ventanal roto.

—¡Se ha tirado! —Jadeó Jalenhorm con la boca abierta.

—Muy perspicaz —Glokta se acercó renqueando al escritorio y cogió de las manos de Frost el trozo del vestido del Maestre. Visto de cerca, no parecía tan fastuoso: muchos colorines pero muy mal tejido.

—¡Quién lo iba decir! Un tejido de pésima calidad —murmuró Glokta. Luego se acercó al ventanal y se asomó por el hueco. Unos seis metros más abajo, la cabeza del Maestre del honorable Gremio de los Sederos se mecía lentamente en el aire mientras su toga bordada en oro aleteaba agitada por una leve brisa. *Ropas baratas y ventanas caras. Si el tejido hubiera sido más resistente, le habríamos cogido. Y si las ventanas hubieran tenido más plomo, también. A veces la vida depende de esos pequeños detalles.* Una multitud horrorizada comenzaba a congregarse en la calle: señalaban hacia arriba, parloteaban y levantaban la vista para contemplar al ahorcado. Una mujer soltó un chillido. *¿De miedo o de excitación? Suenan igual.*

—Teniente, ¿quiere hacer el favor de bajar a dispersar a esa muchedumbre? Luego podemos soltar a nuestro amigo y llevárnoslo —Jalenhorm le miró sin comprender—. Muerto o vivo, la orden del Rey se ha de cumplir.

—Desde luego —el corpulento oficial se limpió el sudor de la frente y, avanzando con paso vacilante, se dirigió a la puerta.

Glokta volvió a asomarse al ventanal y echó un vistazo al cadáver que se balanceaba en el vacío. El eco de las últimas palabras del Maestre Kault aún resonaba en su cabeza.

¡Busque en el Consejo Cerrado! ¡Busque en el Pabellón de los Interrogatorios!

¡Busque en la Universidad! ¡Busque en los bancos, Glokta!

Tres señales

West cayó de culo y uno de los aceros se le escapó de las manos y resbaló por los adoquines.

—¡Un toque perfecto! —gritó el Mariscal Varuz— ¡Un toque decisivo! ¡Así se lucha, Jezal, así se lucha!

West empezaba a estar harto de perder. Era más fuerte, más alto y tenía mejor alcance que Jezal, pero aquel gallito de mierda era rápido. Jodidamente rápido y, encima, cada vez lo era más. Ya se sabía prácticamente todos los trucos de West, y, a ese paso, no tardaría en ganarle siempre. Jezal también lo sabía. Mientras le tendía la mano para ayudarle a levantarse, su semblante lucía una irritante sonrisa de suficiencia.

—¡Esto empieza a marchar! —Varuz, encantado, le propinó un golpecito en la pierna con su vara—. Parece que a lo mejor tenemos entre nosotros a un campeón, ¿eh, comandante?

—Es muy probable, señor —dijo West mientras se frotaba la magulladura que se había hecho en el codo al caerse. Miró de soslayo a Jezal, que estaba saboreando el comentario elogioso del Mariscal.

—¡Pero no debemos dormirnos en los laureles!

—¡No señor! —dijo enfáticamente Jezal.

—Claro que no —remachó Varuz—. El comandante West es sin duda un espadachín muy capaz, y es un privilegio para usted tenerle de compañero, pero, en fin —añadió sonriéndole a West—, la esgrima es cosa de jóvenes, ¿eh, comandante?

—Desde luego, señor —masculló West—. Cosa de jóvenes.

—Bremer dan Gorst, es de suponer, será un contrincante de otro tipo, como también lo serán los demás participantes en el Certamen de este año. Sin la astucia de los veteranos, pero con todo el vigor de la juventud, ¿eh, West? —West sólo tenía treinta años y se sentía bastante vigoroso, pero no tenía sentido ponerse a discutir. Era consciente de que nunca había sido el espadachín más

dotado del mundo—. Hemos hecho grandes progresos en este último mes, grandes progresos. Si mantiene la concentración, tiene posibilidades de ganar. ¡Muchas posibilidades! ¡Felicidades! Les veré a los dos mañana —y, dicho aquello, el anciano Mariscal se alejó muy ufano por el patio soleado.

West fue a recoger el acero caído, que estaba tirado sobre los adoquines junto al muro. Aún le dolía el costado y le costó trabajo agacharse para recogerlo.

—Yo también tengo que irme —gruñó mientras se enderezaba, procurando disimular su malestar.

—¿Algún asunto importante?

—El Mariscal Burr quiere verme.

—¿Habrá guerra, entonces?

—Puede. No lo sé —el comandante miró a Jezal de arriba abajo. Por alguna razón trataba de evitar mirar a West a la cara—. ¿Y tú? ¿Qué planes tienes para hoy?

Jezal se puso a juguetear nerviosamente con sus aceros.

—Mmmm, no tengo ningún plan... nada realmente —respondió lanzándole una mirada furtiva. Era sorprendente que a alguien que jugaba tan bien a las cartas se le diera tan mal mentir.

West sintió un hormigueo de inquietud.

—Ardee no formará parte de tu falta de planes, confío.

—Mmm..

El hormigueo se transformó en una gélida palpitación.

—¿Y bien?

—Quizás —soltó Jezal—, bueno... sí.

West dio un paso adelante y se pegó al joven.

—Jezal —se oyó decir lentamente con los dientes apretados—. Espero que no tengas la intención de tirarte a mi hermana.

—Oye, un momento...

La palpitación se convirtió en estallido. Las manos de West se clavaron en los hombros de Jezal.

—¡Óyeme *tú!*—le espetó—. No quiero verte jugar con sus sentimientos, ¿entendido? ¡Ya la hicieron daño una vez y no quiero que nadie se lo vuelva a hacer! ¡Ni tú, ni nadie! ¡No lo permitiré! No quiero que la añadas a tu lista de trofeos, ¿me oyes?

—¡Vale! ¡Vale! —dijo Jezal, que había empalidecido—. ¡No ando detrás de ella! Somos amigos, eso es todo. ¡Me cae bien! ¡No conoce a nadie aquí y... en fin, puedes confiar en mí... no hay nada malo en ello, de verdad! ¡Ay! ¡Suéltame!

West se dio cuenta de que estaba apretando el brazo de Jezal con todas sus fuerzas. ¿Qué le había pasado? Sólo pretendía tener unas palabras con él y ahora resultaba que había ido demasiado lejos. ¡Ya la hicieron daño una vez... maldita sea! ¡Cómo podía habérsele escapado eso! Soltó a Jezal y se echó hacia atrás, tragándose su rabia.

—No quiero que vuelvas a verla, ¿entendido?

—Eh, un momento West, quién eres tú para...

La rabia de West se reavivó.

—Jezal —masculló—, soy amigo tuyo y como amigo te lo pido —volvió a dar un paso adelante y se pegó aún más a Jezal—. Pero también soy su hermano y, como hermano, te prevengo: ¡Mantente alejado de ella! ¡No respondo de mí si no lo haces!

Jezal retrocedió hasta pegarse al muro.

—¡Vale... vale! ¡De acuerdo, es tu hermana!

West se dio la vuelta y se dirigió con paso vivo hacia el arco del pasadizo, frotándose la base del cuello y con la sensación de que la cabeza le iba a estallar.

El Lord Mariscal Burr se encontraba sentado mirando por la ventana cuando West entró en su despacho. Era un hombre grande, adusto, fornido, con una poblada barba castaña y vestido con un uniforme bastante sencillo. West se preguntó cómo de malas serían las noticias. Si el semblante del Mariscal podía servir de pista, debían de ser bastante malas, desde luego.

—Comandante West —dijo levantando la vista por debajo de sus espesas cejas—, gracias por venir.

—No hay de que darlas, señor —West se fijó en tres toscas cajas de madera que había en una mesa que se encontraba arrimada a la pared. Burr se dio cuenta de que las estaba mirando.

—Unos regalos de nuestro amigo del Norte, Bethod —le informó en tono agrio.

—¿Unos regalos?

—Para el Rey, según parece —el Mariscal soltó un resoplido y se pasó la lengua por los dientes—. Ande, écheles un vistazo.

West se acercó a la mesa, alargó una mano y levantó con cuidado la tapa

de una de las cajas. Un olor desagradable, como a carne podrida, salió fuera, sin embargo, lo único que había dentro era una especie de polvo marrón. Abrió la siguiente caja. El olor era aún peor. Dentro había más polvo marrón, endurecido y pegado a los bordes de la caja, y un mechón de pelo rubio. West tragó saliva y se volvió hacia el Mariscal, que le contemplaba con el ceño fruncido.

—¿Esto es todo, señor?

Burr resopló.

—El resto tuvimos que enterrarlo.

—¿Enterrarlo?

El Mariscal cogió un papel que había sobre el escritorio.

—Capitán Silber, capitán Hoss, coronel Arinhorm. ¿Le dicen algo esos nombres?

West sintió una náusea. Por alguna razón, el olor aquel le había hecho pensar en Gurkhul en el campo de batalla.

—Conozco al coronel Arinhorm de oídas —musitó mirando fijamente las tres cajas—. Es el oficial al mando de la plaza fuerte de Dunbrec.

—Lo era —le corrigió Burr—, y los otros dos estaban al mando de dos puestos avanzados cercanos situados en la frontera.

—¿La frontera? —musitó West, que ya se imaginaba lo que vendría a continuación.

—Son sus cabezas, comandante. Los Hombres del Norte nos han enviado sus cabezas —West tragó saliva y miró el mechón rubio que había dentro de la caja—. Dijeron que cuando llegara el momento enviarían tres señales —Burr se levantó de la silla y se asomó por la ventana—. Los puestos avanzados no eran gran cosa, unas cuantas cabanas de madera con un foso y una empalizada custodiadas por una pequeña guarnición. Carecían de importancia estratégica. Pero Dunbrec es otra historia.

—Domina los vados del Torrente Blanco —dijo West como hipnotizado—, la mejor vía de salida de Angland.

—Y la mejor vía de acceso. Un enclave vital. En la construcción de sus defensas se emplearon unos recursos y un tiempo más que considerables. Se utilizaron las técnicas más avanzadas, se recurrió a nuestros mejores arquitectos. Una guarnición de trescientos hombres, con almacenes de armas y de víveres suficientes para aguantar un año de asedio. Lo creíamos inexpugnable, era el eje de nuestro sistema defensivo en la frontera —Burr frunció el ceño y dos profundos surcos se le marcaron en el caballete de la nariz—. De todo eso ya no queda nada.

A West empezaba a dolerle otra vez la cabeza.

—¿Cuándo ha sucedido, señor?

—Ese «cuándo» es la clave. Considerando lo que han tardado en llegarnos estos «regalos», los hechos debieron de producirse hace menos de dos semanas. Me llaman derrotista —dijo con amargura—, pero mi impresión es que los Hombres del Norte nos han desbordado y a estas alturas ya deben haber invadido la mitad del norte de Angland. De momento sólo habrán caído uno o dos poblados mineros y unas cuantas colonias penales, nada de importancia, ninguna ciudad significativa, pero están en camino, West, y avanzan muy rápido, de eso puede estar seguro. Si alguien se molesta en enviarles a sus enemigos unas cabezas decapitadas no es para ponerse luego a esperar tranquilamente su respuesta.

—¿Qué se está haciendo al respecto?

—¡Bien poco! Angland, desde luego, está en ebullición. El Lord Gobernador Meed ha empezado a reclutar a todos los hombres útiles con el propósito de emprender una expedición y derrotar a Bethod él solo. ¡El muy idiota! Los informes son contradictorios, unos sitúan a los Hombres del Norte aquí y otros allá, y sus números varían desde unos cuantos millares a cientos de miles. Los puertos están colapsados por los civiles que tratan de huir desesperadamente, por todas partes corren rumores de que la comarca está infestada de espías y asesinos, y el populacho busca a los ciudadanos con sangre del Norte para apalearlos, robarlos o hacerles cosas aún peores. En pocas palabras, reina el caos. Y, entretanto, aquí estamos nosotros sentados sobre nuestros gordos traseros, esperando.

—Pero... ¿no estábamos prevenidos? ¿Acaso no sabíamos lo que podía pasar?

—¡Claro que sí! —Burr agitó una de sus manazas en el aire— ¡Podrá creerme si le digo que nadie se lo tomó en serio! ¡Un bárbaro tatuado se clava un puñal delante del Consejo Abierto, nos desafía delante del mismísimo Rey, y nadie mueve un dedo! ¡Así funciona el gobierno por comisiones! ¡Cada una va a lo suyo! ¡Sólo se puede reaccionar, nunca adelantarse a los acontecimientos! —el Mariscal tosió, eructó y lanzó un escupitajo al suelo—. ¡Puaj! ¡Maldita sea! ¡Esta indigestión! —se sentó en su silla y se frotó el estómago con gesto contrariado.

West apenas si sabía qué decir.

—¿Y qué vamos a hacer? —murmuró.

—Tenemos órdenes de partir inmediatamente hacia el norte, lo cual quiere decir en cuanto alguien se tome la molestia de suministrarme los hombres y las armas necesarios. El Rey, mejor dicho, ese borracho de Hoff, me

ha ordenado que meta en cintura a los Hombres del Norte. Dispondremos de doce regimientos de la Guardia Real: siete de infantería y cinco de caballería, reforzados con levas de los nobles y con cualquier contingente que no hayan dilapidado los angleses para cuando lleguemos allí.

West se rebulló en su silla.

—Una fuerza impresionante.

—Hummm —gruñó el Mariscal—. Más vale que sea así. Viene a ser todo lo que tenemos, y eso me inquieta —West frunció el ceño—. Estoy pensando en Dagoska, comandante. No podemos hacer frente a los gurkos y a los Hombres del Norte al mismo tiempo.

—Pero ¿no cree usted que es demasiado pronto para que los gurkos se decidan a embarcarse en otra guerra contra nosotros? Pensaba que hablaban por hablar.

—Eso espero. —Burr empujó con gesto distraído unos papeles que había sobre el escritorio—. Pero Uthman, su nuevo emperador, no es lo que nosotros esperábamos. Era el hijo menor, pero cuando se enteró de que su padre había muerto... hizo estrangular a todos sus hermanos. Incluso hay quienes dicen que los estranguló con sus propias manos. Uthman-ul-Dosht le llaman. Uthman el Despiadado. Ya ha manifestado su intención de recuperar Dagoska. ¿Palabras huecas? Tal vez sí. O tal vez no —Burr frunció los labios—. Dicen que tiene espías por todas partes. Es posible que ya esté informado de nuestros problemas en Angland y no me extrañaría que se estuviera preparando para sacar partido de la situación. Debemos acabar pronto con esos Hombres del Norte. Bien pronto. Doce regimientos más las levas de la nobleza. Y lo malo es que, desde ese punto de vista, las cosas no podían haber sucedido en peor momento.

—¿Señor?

—Pienso en el lío que hay montado con los Sederos. Mal asunto. Algunos de los nobles principales andan bastante escocidos. Brock, Isher, Barezin y varios otros más. Están organizando las levas a paso de tortuga. A saber cuándo las enviarán y qué nos enviarán. Probablemente aprovechen para limpiar de escoria sus tierras y tengamos que vérnoslas con un hatajo de mendigos hambrientos y desarmados. Una muchedumbre de inútiles a la que habrá que alimentar, vestir y armar, y, por si fuera poco, no puede decirse que andemos sobrados de buenos oficiales.

—Yo tengo algunos hombres muy buenos en mi batallón.

Burr se revolvió impaciente.

—¡Buenos hombres, oh sí! ¡Hombres honestos, entusiastas, pero sin

ninguna experiencia! La mayoría de los que combatieron en el sur no salieron con demasiadas ganas de repetir. Abandonaron el ejército y no están dispuestos a reengancharse. ¿Se ha fijado en lo jóvenes que son hoy en día los oficiales? ¡Nos hemos convertido en una escuela para señoritos! Y encima resulta que el Príncipe ha expresado su interés en obtener un mando. ¡No sabe ni por dónde se coge una espada, pero anda en busca de gloria y yo no tengo forma de oponerme!

—¿El Príncipe Raynault?

—¡Qué más quisiera! —aulló Burr— ¡Raynault podría sernos de alguna utilidad! ¡Le hablo de Ladisla! ¿Se lo imagina mandando una división? ¡Un hombre que se gasta mil marcos al mes en trapos! ¡Su indisciplina es legendaria! Según he oído, incluso ha forzado a varias sirvientes de palacio, pero el Archilector se las arregló para silenciar a las muchachas.

—No puede ser —dijo West, pese a que él también había oído esos rumores.

—¿Poner en peligro al heredero del trono cuando el Rey no está bien de salud? ¡A quién se le ocurre! —Burr se levantó, soltó un eructo y contrajo la cara en un gesto de dolor—. ¡Maldito estómago! —se acercó malhumorado a la ventana y contempló Agriont con el ceño fruncido.

—Los del Consejo Cerrado se creen que será coser y cantar —dijo en voz baja—. Una pequeña excursión hasta Angland y, antes de que caigan las primeras nieves, el asunto estará resuelto. Y eso después de la catástrofe que ha ocurrido en Dunbrec. Nunca aprenden. Lo mismo dijeron cuando la guerra con los gurkos, y casi acaban con nosotros. Los Hombres del Norte no son esos primitivos que ellos se imaginan. Luché con mercenarios del Norte en Starikland: son gente dura acostumbrada a llevar una vida igualmente dura, hombres criados para el combate, intrépidos, tenaces, expertos en combatir en los montes, en los bosques, en medio del peor frío. No se guían por nuestros códigos, ni siquiera los entienden. Llevarán al campo de batalla un salvajismo y una violencia que haría sonrojar a los propios gurkos —Burr se apartó de la ventana y se volvió hacia West—. Usted nació en Angland, ¿no es así, comandante?

—Sí, señor, al sur, no lejos de Ostenhorm. Mi familia tuvo allí una granja, hasta que murió mi padre... —se interrumpió.

—¿Se crió allí?

—Sí.

—Entonces, conoce el país, ¿no?

West frunció el ceño.

—Esa zona sí, señor, pero no he vuelto desde hace...

—¿Conoce a los Hombres del Norte?

—Algo. Aún quedan muchos en Angland.

—¿Habla su lengua?

—Sí, un poco, pero hablan muchas...

—Verá, estoy organizando mi estado mayor, un grupo de hombres competentes a los que pueda confiar la ejecución de mis órdenes y que sean capaces de impedir que nuestro ejército se desbande sin haber entrado siquiera en contacto con el enemigo.

—Muy bien, señor —West se estrujó los sesos—. El capitán Luthar es un oficial capaz e inteligente. El teniente Jalenhorm...

—¡Bah! —Burr expresó su decepción agitando la mano— ¡Conozco a Luthar, ese muchacho es un cretino! ¡Es uno de esos niñatos rebosantes de entusiasmo de los que le hablaba antes! Es a usted a quien necesito, West.

—¿A mí?

—¡Sí, a usted! Tengo ahí un informe muy elogioso sobre usted, firmado por el propio Mariscal Varuz, el más ilustre soldado de La Unión. Dice que es usted el oficial más responsable, tenaz y trabajador que conoce. ¡Y ésas son las cualidades que yo ando buscando! Cuando era teniente luchó usted en Gurkhul a las .órdenes del coronel Glokta, ¿me equivoco?

West tragó saliva.

—No, señor, así fue.

—Y como todo el mundo sabe, fue usted el primero en entrar en Ulrioch.

—Bueno, uno de los primeros. Yo...

—¡Usted ha mandado hombres en el campo de batalla y su valor está fuera de toda duda! ¡No sea tan modesto, comandante, usted es el hombre que necesito! —Burr sonrió y se recostó en su silla, dando el asunto por zanjado. Volvió a eructar y se llevó la mano a la boca—. Le ruego que me disculpe... ¡maldita indigestión!

—Señor, ¿puedo hablarle con toda franqueza?

—No soy un cortesano, West. Siempre debe hablarme con franqueza. ¡Es una orden!

—Entiéndame, señor, está usted hablando de un nombramiento para formar parte del estado mayor de un Lord Mariscal. Yo soy hijo de un simple hacendado rural. Un plebeyo. Incluso como oficial al mando de un batallón a

veces me resulta difícil ganarme el respeto de los jóvenes oficiales. Si entro a formar parte de su estado mayor, señor, tendré bajo mis órdenes a oficiales veteranos de sangre azul... —hizo una pausa, exasperado. El Mariscal le miraba como si no comprendiera nada de lo que le estaba diciendo—. ¡No lo consentirán!

Las cejas de Burr se juntaron.

—¿Que no lo consentirán?

—Su orgullo no se lo permitirá, señor, su...

—¡A la mierda con su orgullo! —Burr se inclinó hacia delante y clavó sus ojos oscuros en West—. Ahora, escúcheme, y preste mucha atención a lo que le voy a decir. Los tiempos están cambiando. No necesito gente con sangre azul. Lo que necesito son buenos organizadores, gente que sepa trazar planes, dar órdenes y ejecutarlas. En un ejército a mi mando no hay lugar para quienes no sepan obedecer. Me da igual lo nobles que sean. Como miembro de mi estado mayor es usted mi representante, y yo no tolero que se me menosprecie o se me ignore —se le escapó un eructo y luego estrelló un puño contra la mesa—. ¡Los tiempos están cambiando! ¡Puede que haya personas que todavía no se han enterado, pero no tardarán en hacerlo!

West le miraba estupefacto.

—Y, además —Burr agitó la mano con un gesto displicente—, no le estoy pidiendo su opinión, le estoy informando de la decisión que he tomado. Ése es su nuevo destino. Su Rey le necesita, su país le necesita, y no hay más que hablar. Tiene cinco días para entregar el mando de su batallón... —y, dicho aquello, el Lord Mariscal se enfrascó en sus papeles.

—Sí, señor —musitó West.

Salió del despacho, cerró la puerta con mano vacilante y se puso a andar lentamente por el pasillo con los ojos clavados en el suelo. Guerra. Guerra en el Norte. Dunbrec había caído y los Hombres del Norte habían invadido Angland. A su lado pasó corriendo un grupo de oficiales. Uno de ellos le rozó al pasar, pero él ni siquiera se dio cuenta. ¡Había mucha gente en peligro, en serio peligro! Gente a la que tal vez conocía, vecinos de su hogar natal. ¡En ese mismo momento ya se combatía dentro de las fronteras de La Unión! Se frotó las mandíbulas. Podía ser una guerra terrible. Peor incluso que la de Gurkhul, y él iba a estar metido en pleno meollo. Un puesto en el estado mayor del Lord Mariscal. ¿Él? ¿Collem West? ¿Un plebeyo? Aún le costaba creérselo.

West comenzaba a sentir un vergonzante sentimiento de satisfacción. Si había luchado como un perro durante todos aquellos años era precisamente para obtener un nombramiento como aquel. Si lo hacía bien, a saber hasta

dónde podría llegar. Aquella guerra era algo terrible, sin duda. Sin quererlo, en su rostro se dibujó una sonrisa. Algo terrible, sí. Pero también podía suponer su definitiva consagración.

La tienda de utilería

La cubierta crujía y oscilaba bajo sus pies, las lonas ondeaban suavemente, las aves marinas graznaban y clamaban en el aire impregnado de sal.

—Jamás pensé que llegaría a ver una cosa así —masculló Logen.

La ciudad se desplegaba a lo largo de la amplia bahía azul formando una enorme media luna blanca que, a través de varios puentes, minúsculos en la lejanía, se expandía hasta una serie de peñones rocosos que emergían del mar. Entre la confusión de los edificios asomaba el verde de los parques y las finas líneas grises de los canales y los ríos, que relucían al sol. También había una muralla, tachonada de torres, que ceñía los lejanos confines de la ciudad o irrumpía bruscamente entre la maraña de casas. Embobado, boquiabierto, Logen lanzaba miradas a uno y otro lado en un intento inútil de abarcar el vasto panorama.

—Adua —susurró Bayaz—. El centro del mundo. Los poetas la llaman la ciudad de las torres blancas. ¿Verdad que parece hermosa, vista de lejos? —el Mago se inclinó hacia él—. Porque, puede creerme si le digo que más de cerca, apesta.

Encerrada tras unos enormes muros blancos que descollaban sobre el tapiz de edificios, se alzaba una imponente fortaleza, sembrada de cúpulas que refulgían al sol. Logen nunca había imaginado que una obra realizada por el hombre pudiera ser tan grandiosa, tan soberbia, tan magnífica. Una de sus torres, en concreto, se elevaba por encima de todas las otras, formando un puntiagudo racimo de pilares oscuros que parecían sustentar el mismísimo firmamento.

—¿Y Bethod piensa hacerle la guerra a esto? —susurró—. Debe de haberse vuelto loco.

—Puede ser. Pero no es menos cierto que, a pesar de su orgullo y sus muchas limitaciones, Bethod sabe cómo es la Unión —Bayaz señaló la ciudad con la cabeza—. La envidia reina entre sus habitantes. De unión sólo tiene el nombre, ahí dentro todos luchan entre sí con uñas y dientes. La gente humilde

riñe por cualquier nimiedad. Los poderosos libran guerras secretas para conquistar mayores cotas de poder y riqueza, y a eso lo llaman gobernar. Guerras de palabras, de engaños, de tretas, pero no por ello menos sangrientas. Sus víctimas son innumerables —el Mago exhaló un suspiro—. Encerrados tras esas murallas gritan, discuten y se acometen unos a otros por la espalda. Las viejas rencillas nunca se resuelven y echan unas raíces que con el paso del tiempo cada vez son más profundas. Siempre ha sido así. No son como usted, Logen. Allí un hombre puede sonreírte, halagarte, llamarte su amigo, darte un regalo con una mano y luego apuñalarte con la otra. Le va a parecer un sitio muy raro.

A Logen ya le parecía el lugar más raro que había visto en su vida. Era como si no se acabara nunca. A medida que el barco se adentraba en la bahía, la ciudad parecía crecer hasta adquirir unas dimensiones colosales. Un tupido bosque de edificios blancos, salpicados de oscuras ventanas, se cerraba sobre ellos, cubría de torres y tejados las colinas, se amontonaba muro contra muro y parecía avanzar hacia la línea de la costa.

Navíos y embarcaciones de todas clases pugnaban entre sí en medio de la bahía. Las velas ondeaban al viento, las tripulaciones gritaban para hacerse oír entre los golpes de mar mientras correteaban por la cubierta o trepaban por las jarcias. Algunos de los barcos eran incluso más pequeños que su modesto velero de dos palos. Otros, en cambio, eran mucho mayores. Logen miró embobado un enorme bajel que avanzaba hacia ellos hincando la proa en las olas y arrojando grandes cantidades de espuma. Una montaña de madera que parecía flotar en el mar por arte magia. El bajel pasó de largo, dejándolos bamboleándose sobre su estela; pero había más, muchos más, amarrados a los innumerables embarcaderos que se alineaban a lo largo de la costa.

Logen, haciéndose sombra con la mano para protegerse del sol, empezó a distinguir gente en los extensos embarcaderos. También empezó a oírlos: el leve rumor de unas voces que gritaban, el traqueteo de los carromatos, el lejano estrépito de los cargamentos que eran arrojados al suelo. Cientos de figuras diminutas pululaban entre los barcos y los edificios como negras hormigas.

—¿Cuánta gente vive aquí? —preguntó en un susurro.

—Millares —Bayaz se encogió de hombros—. Cientos de miles. Gentes llegadas de todos los lugares del Círculo del Mundo. Hombres del Norte, kantics de tez morena de Gurkhul y de más allá. Gentes del Viejo Imperio de los confines occidentales, mercaderes de las Ciudades Libres de Estiria. E incluso otras llegadas de lugares aún más remotos: de las Mil Islas, de la lejana Suljuk, de Thond, la tierra de los adoradores del Sol. Un número incontable de personas viviendo, muriendo, trabajando, reproduciéndose y aplastándose las unas a las otras. Bienvenido... —Bayaz extendió los brazos para abarcar aquella

bella, monstruosa e interminable ciudad—... a la civilización.

Cientos de miles. Logen trató de hacerse una idea de lo que eso podía suponer. Cientos... de miles. ¿Es que había tanta gente en el mundo? Se quedó mirando asombrado la ciudad que se extendía a su alrededor, frotándose de vez en cuando sus ojos fatigados. ¿Qué impresión producirían cientos de miles de personas?

Una hora más tarde tuvo ocasión de comprobarlo.

Sólo en las batallas se había sentido Logen tan comprimido, estrujado y aplastado por otras personas. Sí, a lo que más se parecían los muelles era a una batalla: los mismos gritos, el mismo furor, los empellones, el miedo, la confusión. Una batalla en la que nadie mostraba la más mínima clemencia y que no tenía ni final ni vencedores. Logen estaba acostumbrado al cielo abierto, a disponer de espacio a su alrededor, a tenerse a él mismo por única compañía. Durante el viaje, cuando Bayaz y Quai cabalgaban a su lado, se había sentido un poco apretujado. Pero ahora había gente por todas partes, gente que se abría paso a empujones, gente que no paraba de gritar. ¡Cientos de personas! ¡Miles! ¡Cientos de miles! ¿Era posible que todos fueran personas? ¿Personas como él, con sus pensamientos, sus sentimientos, sus sueños? Caras hoscas, ansiosas, ceñudas, emergían junto a él y al punto volvían a perderse en aquel mareante torbellino de colores. Logen tragó saliva y parpadeó. Tenía la garganta seca. La cabeza le daba vueltas. Aquel lugar era el mismísimo infierno. Sabía que no se merecía otra cosa, pero, que él recordara, no se había muerto.

—¡Malacus! —masculló desesperado. El aprendiz volvió la vista atrás—. ¡Para un momento! —Logen se aflojó el cuello para que le entrara un poco de aire—. ¡Me ahogo!

Quai sonrió.

—Puede que sea a causa del olor.

Sí, puede que fuera eso. Porque los muelles olían a rayos, no cabía duda. El apestoso olor a pescado, a empalagosas especias, a fruta podrida, a excrementos frescos, al sudor de caballos, muías y hombres, se mezclaba y se cocía lentamente al sol dando lugar a un hedor que superaba con creces al de cada uno de ellos por separado.

—¡Muévase! —Un hombro le apartó bruscamente y luego desapareció entre la multitud. Logen se apoyó en una pared y se limpió el sudor de la cara.

Bayaz sonrió.

—Nada que ver con el vasto y desolado Norte, ¿eh Nuevededos?

—Nada —Logen echo un vistazo a los transeúntes, a los caballos, a las carretas, a la interminable sucesión de rostros. Un hombre que pasó junto a él le

miró con suspicacia. Un niño le señaló con el dedo y gritó algo. Una mujer con una cesta se desvió para no pasar a su lado, manteniendo la vista al frente con cara de miedo mientras se alejaba rápidamente. Ahora que lo pensaba, todo el mundo le observaba, le señalaba, le escrutaba, y no parecía que le miraran con muy buenos ojos.

Logen se inclinó hacia Malacus.

—Soy temido y odiado en todo el Norte. No es que me guste, pero sé por qué —un grupo de marineros se le quedó mirando con cara de muy pocos amigos mientras intercambiaban unas palabras en voz baja. Logen les devolvió la mirada y los marineros desaparecieron tras un carromato que avanzaba traqueteando por la calle—. ¿Por qué se me odia en este lugar?

—Bethod se mueve muy deprisa —masculló Bayaz mirando a la muchedumbre con el ceño fruncido—. Su guerra con la Unión ya ha comenzado. Me temo que en estos momentos el Norte no goza de mucha popularidad en Adua.

—¿Cómo pueden saber de dónde soy?

Malacus, sorprendido, alzó una ceja.

—Digamos que destaca del resto.

Logen se echó atrás para dejar paso a una pareja de jóvenes que pasaron corriendo a su lado soltando carcajadas.

—¿Ah sí? ¿Entre toda esta gente?

—Sólo como lo haría un poste alto y sucio recubierto de arañazos.

—Ah —Logen contempló su figura—. Entiendo.

A medida que se fueron alejando de los muelles, las multitudes se hicieron menos densas, el aire se volvió más respirable y el ruido bajó de intensidad. Seguía siendo un lugar bastante atestado, maloliente y ruidoso, pero al menos Logen podía respirar.

Cruzaron espaciosas plazas pavimentadas, adornadas con plantas y estatuas, de cuyos portales colgaban carteles de madera pintados de brillantes colores: peces azules, cerdos rosados, racimos de uva morados, hogazas marrones. Había sillas y mesas al aire libre llenas de gente que comía en una especie de cazos planos y bebía en copas de cristal verde. Recorrieron serpenteantes callejuelas, encajonadas entre edificios destartalados de madera y yeso, entre cuyos aleros, que casi se juntaban sobre sus cabezas, asomaba una

fina franja de cielo azul. Deambularon por anchas calles adoquinadas atestadas de gente y flanqueadas por descomunales edificios blancos. Logen se pasaba la mayor parte del tiempo parpadeando y mirando boquiabierto cuanto le rodeaba.

En ningún páramo, por más densa que fuera la niebla, en ningún bosque, por muy impenetrable que fuera, se había sentido tan perdido como allí. No tenía ni idea de en qué dirección se encontraba el barco, a pesar de que no hacía ni media hora que lo habían dejado. Los inmensos edificios tapaban el sol, y a él todo le parecía igual. Le aterrorizaba la posibilidad de perder a Bayaz y a Quai en medio de la muchedumbre y quedarse extraviado para el resto de sus días. Avivó el paso, siguiendo la cabeza calva del mago, y, de pronto, se encontró ante un gran espacio abierto. Una calle enorme, mayor que todas las que habían visto hasta entonces, bordeada a ambos lados por unos palacios blancos, encerrados tras altos muros y verjas, y flanqueada por hileras de árboles.

La gente ahí era distinta. Sus ropas eran brillantes y coloridas, y estaban cortadas con unas formas extrañas que no parecían responder a ningún propósito. Las mujeres apenas parecían humanas: unas criaturas pálidas y huesudas, envueltas en tejidos resplandecientes, que paseaban al sol sacudiendo el aire con unos trozos de tela tensados en un palo.

—¿Dónde estamos? —le gritó a Bayaz. Si el mago, le hubiera respondido que aquello era la luna, Logen no se hubiera sorprendido lo más mínimo.

—¡Ésta es la Vía Media, una de las principales arterias de la ciudad! ¡Cruza el casco urbano por el centro y desemboca en Agriont!

—¿Agriont?

—Fortaleza, palacio, acuartelamiento, sede gubernamental. Agriont es una ciudad dentro de la ciudad. El corazón de la Unión. Ahí es a donde vamos.

—¿Ah sí? —Un grupo de jóvenes malcarados miraron con desconfianza a Logen mientras pasaba junto a ellos— ¿Y nos dejarán entrar?

—Oh, sí. Aunque seguramente no les hará mucha gracia.

Logen siguió avanzando entre la multitud. El sol centelleaba reflejado en los cristales de las ventanas; las había a cientos. También había ventanas de cristal en algunos de los edificios principales de Carleon, al menos antes de que saquearan la ciudad. Después, para qué negarlo, quedaron muy pocas. En realidad, quedó muy poco de todo. Al Sabueso le había entusiasmado el ruido que hacía el cristal al romperse. Así que se había dedicado a embestirlas con la lanza, sonriendo encantado cada vez que oía el estallido y el tintineo del cristal.

—Por compasión... —Logen dio un traspié y estuvo a punto de caerse. Tenía algo agarrado a la pierna. Sentada en el suelo, pegada a un muro, había

una mujer. Iba vestida con unos harapos mugrientos y su pálido rostro estaba desencajado por el hambre. En los brazos llevaba algo. Un hato de andrajos. Un bebé—. Por compasión... —no decía más.

La marea de gentes que pasaban a su lado, riendo y charlando, no parecían advertir su presencia.

—Por compasión...

—No llevo nada —musitó Logen. A menos de cinco zancadas, sentado en una mesa en compañía de un amigo, había un hombre con un sombrero alto que reía mientras se disponía a atacar un humeante plato de carne con verduras. Logen miró el plato de comida y luego volvió a mirar a la mujer hambrienta.

—¡Logen! ¡Vamos! —Bayaz le agarró del codo y tiró de él.

—Pero no deberíamos...

—¿Es que no se ha dado cuenta? ¡Está todo lleno! El Rey necesita dinero, así que estruja a los nobles. Los nobles estrujan a sus arrendatarios y los arrendatarios estrujan a los campesinos. Algunos, los más viejos, los más débiles, los hijos y las hijas de sobra, acaban aplastados en el fondo. Demasiadas bocas que alimentar. Los más afortunados se convierten en ladrones o prostitutas, el resto tiene que dedicarse a la mendicidad.

—Pero...

—¡Abran paso! —Logen, tambaleándose, se apartó y se pegó a la pared. Malacus y Bayaz se pusieron a su lado. La multitud se separó y una larga columna de hombres, conducida por una escolta armada, marchó por la vía que habían abierto. Algunos eran jóvenes, casi niños; otros, en cambio, eran muy viejos. Pero todos estaban sucios, todos vestían harapos y eran muy pocos los que tenían pinta de estar sanos. Dos que avanzaban renqueando, eran indudablemente cojos. A uno que había en las filas de delante le faltaba un brazo. Un transeúnte ataviado con una despampanante casaca color púrpura se llevó un trapo cuadrado a la nariz cuando los mendigos pasaron renqueando por delante de él.

—¿Y esta gente, qué son? —le susurró Logen a Bayaz— ¿Delincuentes?

El Mago dejó escapar una risita.

—Soldados.

Logen volvió a contemplarlos: mugrientos, renqueantes, a cada paso que daban soltaban una tos y algunos de ellos ni tan siquiera llevaban un mísero par de botas.

—¿Soldados? ¿Esto?

—Oh, sí. Van a enfrentarse a Bethod.

Logen se frotó las sienes.

—Una vez un clan me mandó a su peor guerrero, un tal Forley el Flojo, para que me retara a un duelo. Pero no era más que una manera de expresar su sometimiento. ¿Por qué envía la Unión a combatir a sus peores hombres? —Logen sacudió la cabeza con gesto sombrío—. Con gente así jamás vencerán a Bethod.

—También enviarán otro tipo de gente —Bayaz le señaló otro grupo algo menos nutrido—. Esos de ahí también son soldados.

—¿Ésos? —Un grupo de espigados jóvenes, ataviados con unos llamativos atuendos de brillantes tejidos verdes y rojos, dos de ellos cubiertos con unos sombreros desproporcionadamente grandes. Al menos éstos llevaban una especie de espadas, pero no tenían ninguna pinta de guerreros. De guerreras si acaso. Logen contempló a ambos con el ceño fruncido. A un lado, los mendigos harapientos; al otro, los jóvenes petimetres. No le resultaba nada fácil decidir cuál de los dos le parecía más raro.

La puerta se abrió, acompañada del tintineo de una campanilla, y Logen atravesó el arco de entrada detrás de Bayaz y seguido de Malacus. Tras la deslumbrante luz de la calle, la tienda parecía muy oscura, y los ojos de Logen tardaron un rato en hacerse a la penumbra. Arrimadas a la pared se veían unas planchas de madera pintadas con unos dibujos pueriles que representaban edificios, bosques y montañas. Junto a ellas, se alzaban unos percheros de los que colgaban extraños ropajes: vaporosas togas, armaduras, enormes cascos y sombreros, anillos y joyas, incluso una pesada corona. También había armas en un pequeño estante, una serie de espadas y lanzas profusamente ornamentadas. Logen se acercó a ellas con el ceño fruncido. Eran de mentira. Nada era real. Las armas eran de madera pintada, la corona estaba hecha de láminas de hojalata, las joyas de cristales de colores.

—¿Qué clase de lugar es éste?

Bayaz estaba echando un ojo a los trajes que había junto a la pared.

—Una tienda de utilería teatral.

—¿Una qué?

—A los habitantes de esta ciudad les encantan los espectáculos. Comedias, dramas, todo tipo de teatro. Esta tienda suministra los materiales necesarios para montar las obras.

—¿Fábulas? —Logen propinó un golpe a una de las espadas—. Algunas personas no saben en qué emplear el tiempo que les sobra.

Un hombre bajo y rechoncho apareció por una puerta que había en la parte de atrás de la tienda y miró con gesto desconfiado a Bayaz, Malacus y Logen.

—¿En qué puedo servirles, caballeros?

Bayaz dio un paso adelante y, cambiando sin aparente esfuerzo a la lengua común, dijo:

—Verá, vamos a montar una obra y necesitamos completar el vestuario. Según nos han dicho, ésta es la tienda de utilería teatral más reputada de todo Adua.

El tendero sonrió con nerviosismo mientras sus ojos se fijaban en sus rostros mugrientos y en sus ropas manchadas por el viaje.

—Cierto, cierto... pero... mmm... la calidad tiene un precio, caballeros.

—Por el dinero no se preocupe —Bayaz sacó una abultada bolsa y la soltó con gesto despreocupado sobre el mostrador. La bolsa se abrió y un reguero de pesadas monedas de oro se desparramó sobre la madera.

Los ojos del vendedor se iluminaron.

—¡Ah, muy bien! ¿Qué es exactamente lo que tienen pensado?

—Necesito una toga espléndida, digna de un mago, de un gran hechicero o algo así. Con un aire misterioso, desde luego. Luego necesitaremos algo similar, aunque no tan imponente, para un aprendiz. Y, por último, algo que sea adecuado para un poderoso guerrero, un príncipe del lejano Norte. Algo que lleve pieles, supongo.

—Bien, no creo que haya ningún problema. Voy a ver lo que tengo —el vendedor desapareció por la puerta que había detrás del mostrador.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Logen.

El Mago sonrió.

—Aquí todo el mundo al nacer tiene una determinada condición social. Están los plebeyos, que se ocupan de ir a la guerra, trabajar la tierra y realizar todos los trabajos manuales. Están los burgueses, que se ocupan de comerciar y de las tareas intelectuales. Está la nobleza, que son los dueños de la tierra y mandan sobre los demás. Y luego, claro, está la realeza... —Bayaz echó una ojeada a la corona de hojalata—... que no recuerdo para qué sirve. En el Norte uno puede encumbrarse tanto como se lo permitan sus méritos. Nuestro común amigo Bethod es un buen ejemplo de ello. Pero aquí las cosas son distintas. Se

espera que las personas permanezcan toda la vida dentro del estamento en que nacieron. Si queremos que nos tomen en serio, debemos aparentar que somos gentes de alcurnia. Vestidos como vamos ahora no conseguiríamos franquear las puertas de Agriont.

El vendedor le interrumpió al aparecer por la puerta cargado con una pila de ropas brillantes.

—¡Una toga mística, digna del más poderoso de los magos! Durante el festival de primavera del año pasado la usaron para interpretar a Juvens en un montaje de *El fin del Imperio.* No está bien que yo lo diga, pero es una de mis creaciones más logradas —Bayaz alzó el reluciente tejido carmesí para que le diera un poco de luz y lo contempló admirado. Crípticos emblemas, caracteres místicos y símbolos del sol, la luna y las estrellas, todo ello bordado en hilo de plata.

Malacus pasó la mano por el brillante tejido de su estrambótica prenda.

—Me parece que no me habría tomado tan a risa si me hubiera presentado en su campamento vestido así, ¿eh Logen?

Logen hizo una mueca de espanto.

—Yo no estaría tan seguro.

—Y aquí tenemos un magnífico atuendo de bárbaro —el vendedor aupó al mostrador una túnica de cuero negro, adornada con unas escarapelas de latón y unos absurdos festones ejecutados con una primorosa cota de malla. Luego señaló un manto a juego—. ¡Auténtica piel de marta cibelina! —Era una prenda ridícula, tan inservible para proporcionar abrigo como para dar protección.

Logen cruzó los brazos sobre su vieja zamarra.

—¿No pretenderá que me ponga eso?

El vendedor tragó saliva con nerviosismo.

—Le ruego que disculpe a mi amigo —intervino Bayaz—. Es un actor de la nueva escuela. Ya sabe, de los que creen que hay que estar siempre metido en el personaje.

—¿De veras? —soltó con voz chillona el tendero mientras miraba a Logen de arriba abajo—. En fin, supongo que los Hombres del Norte son un tema... de palpitante actualidad.

—Muy cierto. Y le puedo asegurar que no hay nadie que se pueda comparar a maese Nuevededos haciendo ese papel —el anciano mago dio un codazo a Logen en las costillas—. Es el mejor. He tenido ocasión de comprobarlo.

—Si usted lo dice —el vendedor no parecía nada convencido—. ¿Puedo preguntarles qué es lo que van a representar?

—Oh, se trata de una obra original —Bayaz se dio unos golpecitos con un dedo en la calva—. Aún estoy dándole vueltas a algunos detalles.

—¿No me diga?

—Pues sí. Verá, en realidad más que de una obra completa se trata de una escena —Bayaz volvió la vista hacia la toga y admiró los reflejos de la luz en los símbolos arcanos—. Una escena en la que se verá cómo Bayaz, el Primero de los Magos, ocupa por fin su puesto en el Consejo Cerrado.

—Ah —el vendedor asintió con gesto cómplice—. Una obra política. ¿Una mordaz sátira quizás? ¿Tendrá un tinte cómico o dramático?

Bayaz miró de reojo a Logen.

—Eso aún está por ver.

Los bárbaros a las puertas

Jezal corría como una centella por el camino que bordeaba el foso. Sus pies retumbaban sobre los desgastados adoquines y la interminable muralla blanca desfilaba a su derecha, torre tras torre, mientras realizaba su circuito diario por el perímetro de Agriont. Desde que había reducido su consumo de alcohol, su resistencia había experimentado una notable mejoría. Apenas notaba que le faltara el aliento. Era temprano y las calles de la ciudad estaban casi desiertas. Las pocas personas con las que se cruzaba levantaban la vista para mirarle e incluso le lanzaban alguna palabra de ánimo, pero Jezal apenas si se fijaba en ellos. Llevaba los ojos clavados en las remansadas aguas del foso y tenía la cabeza en otra parte.

En Ardee. ¿En qué si no? Había pensado que después de que West le advirtiera que se mantuviera alejado de ella, y después de haberla dejado de ver, sus pensamientos no tardarían en centrarse en otros asuntos y en otras mujeres. Se había entregado en cuerpo y alma a la esgrima y había tratado de centrarse en sus obligaciones como oficial, pero le había resultado imposible concentrarse, y las demás mujeres le parecían ahora unas criaturas burdas, sosas, tediosas. Las largas carreras y los monótonos ejercicios con la maza y la barra de equilibrios le daban amplias posibilidades de ponerse a fantasear. El tedio de la vida del soldado en tiempo de paz —la lectura de soporíferos informes, las guardias para vigilar unos lugares que no necesitaban de ninguna vigilancia— eran lo peor de todo. Inevitablemente acababa distrayéndose y su mente volvía al tema de siempre.

Ardee en rústico atuendo, enrojecida y sudorosa por las duras faenas del campo. Ardee, engalanada como una princesa, cubierta de relucientes joyas. Ardee bañándose en la poza de un bosque, mientras él la contemplaba oculto tras unos matojos. Ardee, pudorosa y recatada, alzando tímidamente la vista hacia él y pestañeando. Ardee, convertida en una prostituta de los muelles, haciéndole señas desde un mugriento portal. Las fantasías presentaban infinitas variantes, aunque el final era siempre el mismo.

Completó el recorrido de una hora por Agriont y atravesó ruidosamente el puente para volver a entrar a la ciudadela por la puerta del sur. Jezal

obsequió a los guardas con su ración diaria de indiferencia, trotó por el túnel, subió la larga rampa que daba acceso a la fortaleza y luego enfiló hacia el patio donde le aguardaba el Mariscal Varuz. Durante todo ese tiempo, la imagen de Ardee había seguido rondándole por la cabeza.

Tampoco es que no tuviera nada más en qué pensar. Ya faltaba poco para el Certamen. Muy poco. Pronto estaría combatiendo delante de una enfervorizada multitud, de la que formarían parte su familia y sus amistades. Podría catapultarle a la fama... o hundirle. Lo normal habría sido que permaneciera despierto hasta altas horas de la noche, tenso y sudoroso, repasando una y otra vez las formas, los ejercicios de entrenamiento, los aceros. Pero cuando estaba en la cama no era en eso precisamente en lo que pensaba.

Y luego estaba la guerra. En medio de las soleadas calles de Agriont era fácil olvidarse de que Angland había sido invadida por una horda de bárbaros esclavistas. Pronto marcharía al Norte para entrar en combate al frente de su compañía. Algo así, desde luego, requería toda la atención que uno pudiera prestarle. La guerra era un asunto muy serio, ¿no? Podía quedar malherido, marcado para toda la vida, incluso podían matarle. Jezal trató de evocar el convulso rostro tatuado de Fenris el Temible. Vio legiones de salvajes vociferantes cayendo sobre Agriont. Algo terrible, ciertamente, terrible y muy peligroso.

Hummm.

Ardee era de Angland. ¿Y si Ardee caía en manos de los Hombres del Norte? Jezal, desde luego, correría a rescatarla. No habría sufrido ningún daño. Bueno, nada serio. Tal vez tuviera el vestido un poco desgarrado, un poco, sí. Estaría asustada, y muy agradecida también. Y él, naturalmente, se vería en la obligación de consolarla. ¿Se desmayaría tal vez? Sí, es posible que tuviera que llevarla en brazos, con la cabeza apoyada en sus hombros. Puede que tuviera que tumbarla en algún sitio y aflojarla el vestido. Puede que sus labios se tocaran, un suave roce nada más, entonces Ardee separaría un poco los labios y...

Jezal se paró en seco. Un bulto, pronunciado y placentero a la par, había aparecido en su entrepierna. Muy placentero, sí, pero totalmente incompatible con cualquier tipo de movimiento enérgico. Ya casi había llegado al patio, y en ese estado no podía realizar sus prácticas de esgrima. Miró desesperado a su alrededor en busca de algo que le distrajera y casi se ahogó con su propia lengua. El comandante West, enfundado en su uniforme de esgrima, estaba de pie junto al muro viéndole venir con una expresión extraordinariamente adusta. Por un momento, Jezal se preguntó si su amigo podría adivinar lo que estaba pensando. Tragó saliva con gesto culpable y se dio cuenta de que se había puesto colorado. West no podía saberlo, era imposible. Pero de todas formas

estaba claro que había algo que no le tenía nada contento.

—Luthar —le llamó con un gruñido.

—West —Jezal agachó la cabeza. Desde que había pasado a formar parte del estado mayor del Lord Mariscal Burr sus relaciones no habían sido precisamente buenas. Jezal había tratado de alegrarse por su amigo, pero en el fondo no podía dejar de pensar que él estaba más cualificado para el puesto. Al fin y al cabo, su sangre era inmejorable, tuviera o no experiencia en combate. También se interponía lo de Ardee, la desagradable e innecesaria advertencia que le había hecho. Todo el mundo sabía que West había sido el primero en entrar en Ulrioch. Todo el mundo sabía que tenía un genio de mil pares de demonios. A Jezal siempre le había parecido algo bastante divertido, pero ahora le estaba tocando a él padecerlo.

—Varuz está esperando, y no es el único —West descruzó los brazos y se dirigió a grandes zancadas hacia el arco.

—¡Ah no!

—El Mariscal considera que debes acostumbrarte a tener público.

Jezal frunció el ceño.

—Me sorprende que haya alguien a quien pueda interesarle con todo el asunto este de la guerra.

—Pues te sorprenderás. Los combates, la esgrima y cualquier cosa que suene un poco marcial hacen furor. De un tiempo a esta parte, es raro ver a alguien que no lleve espada, aunque no hayan desenvainado una en su vida. La gente anda revolucionada con el Certamen, créeme.

Al entrar en el soleado patio, Jezal parpadeó. A lo largo de uno de los muros habían levantado una tribuna provisional que estaba absolutamente repleta de gente, lo menos había sesenta personas.

—¡Aquí lo tenemos! —exclamó el Mariscal Varuz. El público lo recibió con una salva de aplausos de cortesía. Una sonrisa asomó al rostro de Jezal: entre la multitud había bastante gente importante. Reconoció al Juez Marovia, que se acariciaba su larga barba. Cerca de él se encontraba Lord Isher, con pinta de estar un tanto aburrido. Incluso el propio Príncipe Heredero Ladisla, que repantigado en la primera fila y enfundado en una reluciente cota de malla, aplaudía con entusiasmo. La gente que se sentaba en los bancos de detrás tenía que inclinarse a un lado para que el bamboleo de la pluma que coronaba su espectacular sombrero no les tapara la vista.

Varuz entregó a Jezal sus aceros, que estaban limpios como una patena.

—¡Más vale que no me deje en ridículo! —le cuchicheó. Jezal tosió

nervioso y luego recorrió con la mirada los rostros expectantes del público. De pronto, se le heló la sangre. En medio de la multitud asomaba el semblante desdentado de Glokta, que le miraba con una sonrisa siniestra, y justo detrás estaba... Ardee West. Su expresión no se parecía en nada a la que solía lucir en sus fantasías: un tercio expresaba irritación, otro tercio reproche y el tercio restante mero aburrimiento. Jezal desvió la mirada y clavó la vista en el muro que tenía enfrente mientras se maldecía por ser tan cobarde. Últimamente parecía incapaz de mirarle a nadie a los ojos.

—¡El asalto se realizará con aceros de medio filo! —tronó el Lord Mariscal—. ¡A tres toques! —West ya había desenvainado sus espadas y se dirigía al círculo de tiza blanco que había marcado sobre la alfombra de césped. El corazón de Jezal latía acelerado mientras desenvainaba atropelladamente sus aceros, incapaz de quitarse de la cabeza que los ojos de toda esa gente estaban puestos en él. Se situó en su marca frente a West, poniendo mucho cuidado en afirmar bien los pies en la hierba. West alzó sus aceros, y Jezal le imitó. Durante unos instantes permanecieron inmóviles cara a cara.

—¡Adelante! —gritó Varuz.

De inmediato quedó claro que West no iba a hacerle el favor de dejarse vencer. Le acometió con una ferocidad inusitada, acosándole con una lluvia de tajos. Los aceros de los dos rivales se entrechocaron a un ritmo vertiginoso. Jezal, incomodado por la presencia de todos esos ojos que le miraban, algunos de ellos, encima, pertenecientes a personas muy ilustres, cedió un poco de terreno, pero cuando West le tenía ya al borde del círculo, los nervios de Jezal se evaporaron y su preparación empezó a rendir sus frutos. Se echó a un lado, para ganar un poco de espacio, y paró los tajos con la izquierda y la derecha moviéndose con un juego de piernas demasiado rápido para que pudieran alcanzarle.

El público desapareció, la propia Ardee se había evaporado. Las hojas de sus aceros parecían moverse por sí solas, atrás y adelante, arriba y abajo. Ni siquiera tenía que molestarse en mirarlas. Concentró toda su atención en los ojos de West, se fijó que miraban alternativamente al suelo, a sus aceros, a su juego de piernas, y trató de adivinar sus intenciones.

Intuyó la acometida incluso antes de que se iniciara. Jezal amagó con echarse hacia un lado y se tiró hacia el lado contrario, deslizándose suavemente por la hierba hasta ponerse detrás de West mientras éste se lanzaba hacia delante con todas sus fuerzas. Le bastó con plantar el pie en la culera del pantalón de su adversario para echarle fuera del círculo.

—¡Un toque! —exclamó el Mariscal Varuz.

La caída de bruces del comandante fue saludada con una cascada de

risas.

—¡Un toque en el trasero! —se carcajeó el Príncipe Heredero mientras su pluma oscilaba alegremente de atrás a delante—. ¡Ventaja para el capitán Luthar! —West con la cara mordiendo el polvo no resultaba ni la mitad de intimidatorio. Jezal saludó al público haciendo una leve reverencia y, al enderezarse, se aventuró a dirigir una sonrisa hacia donde estaba Ardee. Se llevó un buen chasco al comprobar que ni siquiera le miraba. La joven observaba a su hermano revolviéndose en el suelo con una sonrisa en la que se adivinaba un cierto deje de crueldad.

West se puso lentamente de pie.

—Buen toque —dijo entre dientes mientras entraba de nuevo en el círculo. Jezal apenas pudo reprimir una sonrisa cuando volvió a ocupar su marca.

—¡Adelante! —gritó Varuz.

West volvió a acometerle con todas sus fuerzas, pero Jezal ya estaba entregado de lleno a la faena que tenía entre manos. Un creciente murmullo de admiración se alzó entre las filas del público cuando comenzó a bailotear de un lado para otro. Luego empezó a adornar sus movimientos con florituras, y los espectadores reaccionaron al instante acompañando a Jezal con «ohs» y «ahs» mientras desbarataba una tras otra todas las acometidas de West. Nunca había luchado tan bien, nunca se había movido con tanta agilidad. El hombre de mayor estatura comenzaba a estar un poco cansado, sus estocadas ya no eran tan enérgicas como antes. Los aceros largos de los dos rivales chocaron y Jezal imprimió un giro a su muñeca derecha que hizo que los dedos de West soltaran su acero, luego lo embistió y le hizo un tajo con el brazo izquierdo.

—¡Ay! —El rostro de West se retorció de dolor. Dejó caer el acero corto, se apartó de un salto y se agarró el antebrazo. Unas gotas de sangre cayeron al suelo.

—¡Dos a nada! —exclamó Varuz.

El Príncipe Heredero, encantado con la visión de la sangre, se levantó de un salto y el sombrero se le cayó de la cabeza.

—¡Fantástico! —chilló—. ¡Estupendo! —Siguiendo su ejemplo, una parte del público se puso de pie y prorrumpió en un torrente de aplausos. Jezal, henchido de placer ante aquellas muestras de reconocimiento, sonreía de oreja a oreja mientras un hormigueo de satisfacción le recorría todos los músculos. Ahora entendía para qué se había estado entrenando.

—Buen combate, Jezal. Te has vuelto demasiado bueno para mí —masculló West. Jezal se fijó en el hilo de sangre que corría por su antebrazo.

—Siento lo del corte —Jezal sonrió. No lo sentía en lo más mínimo.

—No es nada. Un simple rasguño —West se alejó con gesto ceñudo sujetándose la muñeca. Nadie prestó atención a su partida. Y Jezal menos que nadie. En los espectáculos deportivos sólo cuentan los ganadores.

Lord Marovia fue el primero en abandonar su asiento para acudir a felicitarle.

—Un joven muy prometedor —dijo mientras dirigía una sonrisa a Jezal—. Pero ¿cree usted que podrá derrotar a Bremer dan Gorst?

Varuz descargó una paternal palmada en el hombro de Jezal:

—Estoy convencido de que, si tiene un buen día, puede ganarle a cualquiera.

—Hummm. ¿Ha visto luchar a Gorst?

—No, pero he oído decir que es algo impresionante.

—Sin duda. Es un auténtico demonio —el Juez Supremo alzó sus espesas cejas—. Estoy deseando ver ese encuentro. Dígame, capitán Luthar, ¿ha pensado alguna vez en dedicarse a las leyes?

La pregunta pilló a Jezal por sorpresa.

—Mmm, no, Señoría, quiero decir que... bueno, soy un soldado.

—Desde luego que lo es. Pero las batallas y todas esas cosas acaban por pasar factura a los nervios. Si alguna vez cambia de idea, puede que tuviera algún puesto para usted. Siempre hay un lugar para un joven tan prometedor.

—Mmm, muchas gracias.

—Entonces, hasta el Certamen. Buena suerte, capitán —le dijo volviendo un instante la cabeza mientras se alejaba. Por la forma de decirlo parecía dar a entender que pensaba que le iba a hacer mucha falta. Su Alteza Real el Príncipe Ladisla se mostró bastante más optimista.

—¡Usted es mi hombre, Luthar! —exclamó ensartando el aire con los dedos como si fueran sendos aceros—. ¡Voy a doblar la apuesta que había hecho por usted!

Jezal se inclinó servilmente.

—Su Alteza es demasiado amable.

—¡Usted es mi hombre! ¡Un verdadero soldado! Un espadachín debe luchar por su país, ¿eh, Varuz? ¿Cómo es que Gorst no es un soldado?

—Me parece que sí, Alteza —dijo con tacto el Lord Mariscal—. Es pariente de Lord Brock y sirve en su guardia personal.

—Oh —durante un instante, el Príncipe pareció confundido, pero se repuso de inmediato—. ¡Es lo mismo, usted es mi hombre! —exclamó dirigiéndose a Jezal, mientras volvía a lanzar un pinchazo al aire y la pluma de su sombrero oscilaba furiosamente de un lado a otro—. ¡Usted es el hombre que yo necesito! —Y, dicho aquello, se alejó con paso danzarín hacia el arco del pasadizo lanzando destellos con su cota de malla de adorno.

—Impresionante —Jezal se volvió en redondo y, de inmediato, retrocedió trastabillando. Glokta se le había acercado por un ángulo muerto y le miraba con una sonrisa siniestra. Para ser un tullido, tenía una habilidad pasmosa para acercarse inadvertidamente a la gente—. Es una suerte para todos que al final decidiera no dejarlo.

—Nunca tuve intención de hacerlo —le espetó gélidamente Jezal.

Glokta se chupó las encías.

—Si usted lo dice, capitán.

—Lo afirmo —le dio la espalda sin la más mínima consideración, con la esperanza de no tener que volver a hablar en su vida con aquel ser abominable, y se encontró cara a cara con Ardee, que estaba a apenas un paso de él.

—Mmm... —titubeó volviendo a dar un paso atrás.

—Jezal —dijo la joven—, hace algún tiempo que no te veo.

—Mmm... —Jezal miró nervioso a su alrededor. Glokta se alejaba renqueando. West hacía tiempo que se había esfumado. Varuz estaba muy atareado soltándoles una perorata a Lord Isher y a un grupo de personas que aún seguía en el patio. Nadie se fijaba en ellos. Tenía que decirle algo. Tenía que decirle a las claras que no podía volver a verla. Era lo menos que podía hacer—. Mmm...

—¿Es que no vas a decirme nada?

—Mmm... —Jezal se volvió sobre sus talones y, con la vergüenza cosquilleándole en los hombros, se fue.

Tras aquel cúmulo de emociones inesperadas, el tedioso turno de guardia en la puerta del sur parecía casi una bendición. Jezal estaba deseando que llegara el momento de pasarse varias horas de pie sin hacer otra cosa que ver a la gente entrar y salir de Agriont mientras escuchaba la cháchara insustancial del teniente Kaspa. O, cuando menos, lo estaba hasta que llegó allí.

Kaspa y el cuerpo de guardia, compuesto como era de costumbre por un

grupo de soldados provistos de armadura, se agrupaban en torno a las puertas exteriores frente al puente que cruzaba el foso y daba acceso a las dos enormes torres blancas de la barbacana. Cuando Jezal llegó al final del túnel se dio cuenta de que había alguien con ellos. Un tipo bajo con anteojos que tenía pinta de estar bastante agobiado. Jezal tenía una vaga idea de quién era. Morrow se llamaba, uno de los adláteres del Lord Chambelán. No había ninguna razón para que estuviera allí.

—¡Capitán Luthar, qué feliz coincidencia! —Jezal pegó un bote. El lunático aquel, el tal Sulfur, estaba detrás de él sentado en el suelo con las piernas cruzadas y recostado en el muro de la barbacana.

—¿Qué demonios hace aquí ese tipo? —preguntó Jezal. Kaspa abrió la boca para decir algo, pero Sulfur se le adelantó.

—No se preocupe por mí, capitán. Simplemente estoy esperando a mi señor.

—¿Su señor? —no quería ni imaginarse a qué clase de idiota serviría el idiota aquel.

—Así es. No tardará en llegar —Sulfur entornó los ojos y miró al sol—. Aunque, la verdad, es que se está retrasando un poco.

—¡No me diga!

—Sí —el loco volvió a sonreírle afablemente—. Pero vendrá, Jezal, puede estar seguro.

Que el tipo aquel le llamara por su nombre de pila era ya el colmo. Apenas sabía nada de él, y lo poco que sabía no le gustaba nada. Jezal abrió la boca dispuesto a cantarle las cuarenta, pero entonces Sulfur se puso de pie de un salto, agarró su bastón, que había dejado apoyado en el muro, y se quitó el polvo de unos manotazos.

—¡Ya están aquí! —dijo mirando al otro lado del foso—. Los ojos de Jezal siguieron la mirada del idiota.

Un anciano de porte majestuoso cruzaba el puente con paso decidido, un hombre calvo, con la cabeza erguida, y ataviado con una flamante túnica de refulgentes tonos plateados y carmesíes que se ondulaba mecida por la brisa. Pegado a él venía un joven de aspecto enfermizo, que caminaba con la cabeza ligeramente inclinada, como expresando su reverencia por el anciano, y sostenía ante sí, con las palmas hacia arriba, un largo báculo. Un tipo de aspecto brutal, que sacaba más de una cabeza a los otros dos y vestía un pesado manto de pieles, cerraba la comitiva.

—¿Qué demonios...? —Jezal se interrumpió. Aquel anciano le sonaba de algo. ¿No sería algún Lord del Consejo Abierto? ¿O un embajador? Desde

luego, tenía un aspecto imponente. Jezal se estrujó los sesos mientras se acercaban, pero no consiguió identificarlo.

El anciano se detuvo frente a la barbacana, y sus ojos, de un verde brillante, se fueron posando alternativamente en Jezal, en Kaspa y en el cuerpo de guardia.

—Yoru —dijo.

Sulfur se adelantó e hizo una pronunciada reverencia.

—Maestro Bayaz —dijo respetuosamente en un murmullo.

Ya lo tenía. De eso era de lo que le sonaba. Tenía un gran parecido con la estatua de Bayaz que había en la Vía Regia. Había pasado un montón de veces por delante de esa estatua. Tal vez fuera un poco más gordo, pero aquella expresión que rezumaba severidad y sabiduría e imponía respeto era inconfundible. Jezal torció el gesto. Pero de ahí a hacerse llamar Bayaz mediaba un trecho. Le daba mala espina. Como también se la daba la pinta del desgarbado jovenzuelo del báculo. Y más aún la del otro acompañante del anciano.

West le había dicho muchas veces que los Hombres del Norte que podían verse en Adua, por regla general unos seres desarrapados que solían merodear por los muelles o andar borrachos como cubas por los peores barrios de la ciudad, tenían muy poco que ver con el típico habitante del Norte. Los que vivían en libertad en el lejano Norte, siempre prestos a entrar en combate, enfrascados en interminables disputas y festejos y dedicados a todo aquello que gustaban de hacer los habitantes de aquellas tierras, no se les parecían en nada. Jezal los solía imaginar altos, feroces, apuestos y dotados de un toque de romanticismo. Robustos, pero gallardos. Salvajes, pero nobles. Brutales, pero sagaces. El tipo de hombres cuyos ojos miran siempre a la lontananza.

Pero éste, desde luego, no era uno de ésos.

Jamás había visto un hombre con un aspecto más brutal. Comparado con él, hasta Fenris el Temible parecía un ser civilizado. Su rostro surcado de cicatrices hacía pensar en una espalda a la que se hubiera dado de latigazos. Tenía la nariz quebrada y ligeramente desviada hacia un lado. A una de las orejas le faltaba un trozo de carne. Uno de sus ojos parecía estar un poco más alto que el otro y estaba rodeado de una herida con forma de media luna. No había ni una sola parte de su rostro que no estuviera cascada, cuarteada o deformada en mayor o menor medida, parecía un boxeador que hubiera peleado en demasiados combates. Incluso su expresión evocaba a la de un boxeador sonado. Permanecía embobado frente a las torres de la barbacana, con la frente arrugada y la boca abierta, lanzando miradas a uno y otro lado con una expresión de una estupidez casi animal.

Vestía un gran manto de pieles y una túnica de cuero cuajada de oro, pero aquel despliegue de bárbaro esplendor sólo servía para conferirle un aspecto aún más salvaje, algo que no hacía sino corroborar la enorme espada que llevaba al cinto. Mientras levantaba la vista para admirar los imponentes muros que tenía delante, el norteño se puso a rascarse una inmensa cicatriz rosácea que asomaba tras la barba que cubría sus mejillas. Jezal advirtió que le faltaba un dedo. Como si hiciera falta un testimonio más de una vida preñada de salvajismo y violencia.

¿Iban a dejar que esa bestia primitiva entrara en Agriont cuando estaban en guerra con el Norte? ¡Era impensable! Pero Morrow se deslizaba ya hacia ellos:

—El Lord Chambelán les aguarda, caballeros, si hacen el favor de seguirme... —soltó de un tirón acompañando sus palabras con una pronunciada reverencia.

—Un momento —Jezal agarró al subsecretario del codo y le apartó un poco—. ¿Ése también? —preguntó con incredulidad señalando con la cabeza al salvaje del manto—. ¿Se ha olvidado de que estamos en guerra?

—¡Las órdenes de Lord Hoff son terminantes! —los anteojos de Morrow lanzaron un destello mientras se soltaba el brazo—. ¡Reténgalo aquí, si quiere, pero después tendrá que ser usted quien se las entienda con el Lord Chambelán!

Jezal tragó saliva. La idea no le resultaba nada apetecible. Miró al anciano, pero no pudo sostener su mirada. Tenía un aire misterioso, el aire de alguien que sabe algo que nadie puede adivinar, y aquello resultaba profundamente perturbador.

—¡Tiene... que dejar... aquí... las armas! —exclamó procurando hablar lo más lento y lo más claro posible.

—Muy bien —el hombre del Norte se sacó la espada del cinto y se la tendió. El peso de la espada, un arma grande, sencilla y de aspecto salvaje, hizo que a Jezal se le doblaran un poco las manos. Luego vino un largo cuchillo, después se arrodilló y se sacó otro de la bota. Extrajo un tercero de la parte inferior de la espalda, luego una fina cuchilla de la manga, y los depositó en los brazos extendidos de Jezal. El hombre del Norte sonrió de oreja a oreja. La visión era horripilante: las irregulares cicatrices se fruncieron y se contorsionaron haciendo que la deformidad de su rostro se acentuara aún más.

—Nunca se tienen suficientes cuchillos —gruñó con una voz ronca y chirriante. Nadie se rió, pero a él no pareció importarle.

—¿Vamos? —dijo el anciano.

—Sin demora —respondió Morrow dándose la vuelta.

—Voy con ustedes —Jezal soltó su cargamento de armas en las manos de Kaspa.

—No es necesario, capitán —protestó Morrow.

—Insisto. —Una vez que fuera conducido en presencia del Lord Chambelán, el norteño podía asesinar a quien le viniera en gana: eso ya no era problema suyo. Pero hasta que eso ocurriera, cualquier barbaridad que pudiera hacer sería responsabilidad de Jezal y no estaba dispuesto a que eso sucediese.

Los guardas se hicieron a un lado y la extraña comitiva cruzó las puertas. Delante iba Morrow, que de vez en cuando volvía la cabeza para hacer algún halago insustancial al anciano de la fastuosa túnica. Luego venía el joven paliducho, seguido de Sulfur. A cola, marchando pesadamente, iba el norteño de los nueve dedos.

Detrás de él, con el pulgar metido en el cinto junto a la empuñadura de su espada para poder sacarla rápidamente y atento a cualquier movimiento brusco que pudiera hacer el bárbaro, marchaba Jezal. Pero, tras haberlo seguido durante un rato, tuvo que admitir que aquel hombre no parecía albergar la intención de matar a nadie. Lo que parecía sentir más bien era curiosidad, desconcierto e incluso cierta desazón. Cada dos por tres aminoraba el paso, alzaba la vista para contemplar los edificios que le rodeaban, sacudía la cabeza, se rascaba la cara y murmuraba algo entre dientes. Aparte de aterrorizar a algún que otro viandante al dirigirle una sonrisa, no parecía representar ninguna amenaza, y la vigilancia de Jezal se relajó, hasta que llegaron a la Plaza de los Mariscales.

Entonces el norteño se paró en seco y Jezal buscó a tientas su espada, pero lo único que hizo el salvaje fue quedarse mirando como hipnotizado una fuente que tenía delante. Avanzó lentamente hacia ella y, luego, con suma cautela, alargó uno de sus gruesos dedos y lo metió en el relumbrante chorro. El agua le salpicó la cara y el bárbaro se echó hacia atrás, derribando casi a Jezal.

—¿Un manantial? —susurró— ¿Pero cómo es posible?

¡Por favor! Aquel hombre era como un niño. Un niño de cerca de dos metros de altura y con una cara más machacada que la tabla de un carnicero.

—¡Hay tuberías! —Jezal dio un pisotón en el suelo— ¡Están... bajo... tierra!

—Tuberías —repitió en voz baja el salvaje sin dejar de mirar el espumoso chorro.

Los otros se les habían adelantado un poco y se encontraban ya cerca del imponente edificio que albergaba el despacho de Hoff. Jezal comenzó a alejarse

de la fuente, con la esperanza de que aquel bárbaro descerebrado le siguiera. Con gran alivio, comprobó que así era. El salvaje le seguía sacudiendo la *cabeza* y musitando una y otra vez la palabra «tuberías».

Accedieron a la fresca penumbra de la antesala del despacho del Lord Chambelán. Había varias personas sentadas en los bancos que bordeaban las paredes, algunas de ellas con aspecto de llevar un buen rato esperando. Todos miraron fijamente a Morrow mientras conducía a la singular comitiva directamente a la entrada del despacho de Hoff. El secretario gafudo abrió las pesadas puertas de doble hoja y, haciéndose a un lado, aguardó a que el anciano calvo, su compinche del báculo, el lunático Sulfur y, finalmente, el salvaje de los nueve dedos, pasarán por delante de él.

Jezal hizo ademán de seguirlos, pero Morrow se plantó en medio del umbral para impedirle el paso.

—Gracias por su ayuda, capitán —dijo con una escueta sonrisa—. Ya puede regresar a su puesto. —Jezal echó un vistazo por encima del hombro del secretario y vislumbró la figura ceñuda del Lord Chambelán sentada detrás de un gran escritorio. A su lado estaba el Archilector Sult, con semblante adusto y suspicaz. También estaba el Juez Marovia; en su rostro arrugado se dibujaba una sonrisa. Tres miembros del Consejo Cerrado.

Entonces Morrow le cerró la puerta en las narices.

Luego

—He visto que tiene un secretario nuevo —dijo Glokta como de pasada.

El Archilector sonrió.

—Por supuesto. El antiguo no era de mi agrado. Tenía la lengua muy suelta, ¿sabe? —la mano de Glokta se detuvo antes de llevarse la copa de vino a los labios—. Se dedicaba a filtrar nuestros secretos a los Sederos —prosiguió Sult despreocupadamente, como si aquello fuera de dominio público—. Hace ya algún tiempo que estaba al tanto de ello. Pero no debe preocuparse, nunca se enteró de nada que yo no quisiera que supiera.

Entonces... usted sabía quién era el traidor. Siempre lo supo. Glokta repasó mentalmente los acontecimientos de las últimas semanas, los separó y, probando distintas combinaciones, volvió a juntarlos a la luz de los nuevos datos hasta que todas las piezas encajaron, procurando a su vez que no se le notara lo sorprendido que estaba. *Dejó la confesión de Rews en un lugar donde pudiera verla su secretario. Sabía que los Sederos se enterarían de los nombres que figuraban en la lista y supuso cuál sería su reacción, consciente de que aquello los pondría en sus manos y le proporcionaría la pala con que sepultarlos. Entretanto, permitió que mis pesquisas se orientaran hacia Kalyne, a pesar de que sabía perfectamente quién era el verdadero soplón. Todo salió según sus planes.* El Archilector le miraba con una sonrisa de complicidad. *Apuesto a que sabe lo que estoy pensando ahora. Soy un simple peón de su juego, igual que el miserable gusano de su secretario.* Glokta reprimió las ganas de soltar una risa. *Puestos a ser un peón, ha sido una suerte que me haya tocado serlo en el bando vencedor. No sospechaba nada.*

—Le decepcionaría saber la mísera cantidad de dinero por la que nos traicionó —prosiguió Sult frunciendo asqueado los labios—. Apuesto a que Kault habría estado dispuesto a darle diez veces más si hubiera tenido la agudeza de pedírselo. Las jóvenes generaciones carecen totalmente de ambición. Se creen mucho más listas de lo que son —el Archilector observó a Glokta con sus acerados ojos azules. *Sí, mal que bien, yo también formo parte de esas jóvenes generaciones. Me tengo bien merecida esta cura de humildad.*

—¿Su secretario ha sido sancionado?

El Archilector depositó su copa en la mesa con tal suavidad que la base apenas hizo ruido al entrar en contacto con la madera.

—Oh, sí. Con toda severidad. No hace falta que perdamos más tiempo hablando de él. —*Seguro que no. Hallado un cadáver flotando junto a los muelles...*— Debo decirle que me dejó usted muy sorprendido cuando apuntó al Superior Kalyne como el origen de las filtraciones. Es un hombre de la vieja guardia. Seguro que alguna que otra vez se avenía a hacer la vista gorda en relación con algún asunto sin importancia, pero, ¿traicionar a la Inquisición? —Sult soltó un resoplido—. Eso nunca. Me temo que dejó usted que su animadversión personal afectara su juicio.

—Aparentemente era la única posibilidad —murmuró Glokta, pero de inmediato se arrepintió de haberlo dicho. *Idiota, idiota. En fin, ya no tiene remedio. Será mejor que mantengas la boca cerrada.*

—¿Aparentemente? —el Archilector chasqueó la lengua para expresar su disgusto—. No, no, no, Inquisidor. Aquí no nos dejamos llevar por las apariencias. De ahora en adelante será mejor que se atenga usted a los hechos. Pero tampoco se lo tome demasiado a pecho. Al fin y al cabo, yo mismo le permití que se guiara por su instinto y, visto el resultado, hay que reconocer que su metedura de pata nos ha dejado en una posición mucho más fuerte. Kalyne ha sido cesado —*Hallado un cuerpo flotando...*—, y el Superior Goyle viene desde Angland para ocupar el cargo de Superior de Adua.

¿Goyle? ¿Aquí? ¿Ese cabrón va a ser el nuevo Superior de Adua? Glokta no pudo evitar que se le fruncieran los labios.

—Ustedes dos no son precisamente buenos amigos, ¿no es así, Glokta?

—Es un carcelero, no un investigador. La culpabilidad y la inocencia no le interesan. Tortura por placer.

—Vamos, Glokta. ¿No pretenderá hacerme creer que usted no experimenta ninguna excitación cuando extrae los secretos de sus prisioneros? ¿Cuando los hace cantar? ¿Cuando logra que firmen la confesión?

—No me produce ningún placer. —*Nada me lo produce.*

—Y, sin embargo, lo hace usted muy bien. En todo caso, Goyle está de camino y, al margen de lo que piense usted de él, es uno de los nuestros. Un hombre capaz, digno de toda confianza y dedicado en cuerpo y alma al servicio de la Corona y el Estado. En tiempos fue alumno mío, sabe.

—¿De veras?

—Sí. ¡Le antecedió a usted en el puesto... Así que ya ve que no son tan malas las perspectivas de futuro! —el Archilector se rió de su propia gracia. Glokta esbozó una sonrisa—. En conjunto todo ha salido bastante bien y se

merece usted una felicitación, por la parte que le toca. Ha hecho usted un buen trabajo. —*Lo bastante bueno como para seguir vivo al menos.* Sult alzó su copa y brindaron sin alegría mirándose con suspicacia por encima del borde de sus copas.

Glokta carraspeó.

—El Maestre Kault mencionó algo interesante antes de su lamentable muerte.

—Cuente.

—Al parecer, los Sederos tenían un cómplice en sus maquinaciones. Un cómplice bastante importante. Un banco.

—Hummm, basta con darle la vuelta a un Sedero para encontrarse un banco debajo. ¿Qué pasa con eso?

—Verá, estoy convencido de que esos banqueros estaban al tanto de todo. Del contrabando, de los fraudes, incluso de los asesinatos. Creo que los alentaron, incluso es posible que fueran ellos mismos quienes dieran las órdenes para así poder obtener mejores intereses de sus préstamos. ¿Le parece que inicie una investigación, Eminencia?

—¿Qué banco es?

—El Valint y Balk.

El Archilector pareció pensárselo durante unos instantes mientras miraba a Glokta con sus acerados ojos azules. *¿Está informado de las actividades de los susodichos banqueros? ¿Sabe de ellos mucho más que yo? ¿Qué fue lo que dijo Kault? ¿Quiere traidores, Glokta? Busque en el Pabellón de los Interrogatorios...*

—No —soltó Sult de golpe—. Esos banqueros tienen muy buenos contactos. Hay demasiada gente que les debe favores y sin el testimonio de Kault será muy difícil que podamos probar algo. Ya tenemos lo que necesitábamos de los Sederos y, además, tengo una misión más apremiante para usted.

Glokta alzó la vista. *¿Otra misión?*

—Había pensado interrogar a los prisioneros que hicimos en la Sede del Gremio, Eminencia, puede que...

—No —el Archilector interrumpió a Glokta agitando una de sus manos enguantadas—. Eso puede llevar varios meses. Haré que Goyle se encargue del asunto —miró ceñudo a Glokta—. Si a usted no le parece mal.

¿De modo que soy yo el que ara el terreno, el que planta las semillas y el que riega las cosechas y luego viene Goyle a recoger los frutos? Glokta agachó

humildemente la cabeza:

—Por supuesto que no, Eminencia.

—Bien. Supongo que estará informado de los extraños visitantes que llegaron ayer a Adua.

¿Qué visitantes? La espalda le había estado martirizando bastante durante las últimas semanas. El día anterior se las había arreglado para salir de la cama para ver luchar al cretino de Luthar, pero todo el resto del tiempo se lo había pasado confinado en su minúscula habitación, prácticamente inmovilizado.

—No sabía nada —se limitó a responder.

—Bayaz, el Primero de los Magos —Glokta volvió a esbozar una sonrisa, pero el Archilector no se reía.

—Será una broma, ¿no?

—Ojalá lo fuera.

—Un charlatán, ¿no cree, Eminencia?

—¿Qué iba a ser si no? Pero se trata de un charlatán muy especial. Lúcido, coherente, astuto. La farsa está muy bien montada.

—¿Ha hablado usted con él?

—Lo he hecho, sí. Y resulta increíblemente convincente. Sabe muchas cosas, muchas cosas que no tendría por qué saber. No se le puede desestimar así sin más. Ignoro quién es, pero desde luego tiene recursos y muy buenas fuentes de información —el Archilector torció el gesto—. Le acompaña un renegado del Norte, un pedazo de animal.

Glokta frunció el ceño.

—¿Un norteño? No parece su estilo. Suelen ser más directos.

—Lo mismo pienso yo.

—¿Un espía del Emperador, quizás? ¿De los gurkos?

—Puede ser. Los kantics son muy aficionados a las intrigas, pero suelen actuar en la sombra. No les pega tanta teatralidad. Sospecho que la respuesta puede hallarse bastante más cerca.

—¿Los nobles, Eminencia? ¿Brock? ¿Isher? ¿Heugen?

—Tal vez, tal vez —dijo pensativo Sult—. Andan bastante revueltos. Aunque tampoco cabe descartar a nuestro viejo amigo el Juez Supremo. Parecía muy contento con todo el asunto. Está tramando algo, estoy seguro.

Los nobles, el Juez Supremo, los Hombres del Norte, los gurkbish: podría ser

cualquiera de ellos, o ninguno, pero ¿qué es lo que pretenden?

—Hay algo que no entiendo, Archilector. Si no son más que unos simples espías, ¿para qué tomarse tantas molestias? Sin duda hay formas mucho más sencillas de entrar en Agriont.

—Ahí está el problema —el rostro de Sult se contrajo en la mueca más agria que Glokta recordaba haberle visto nunca—. En el Consejo Cerrado hay un asiento vacío, siempre lo ha habido. Una tradición absurda, una mera cuestión de protocolo, un asiento reservado para una figura mítica o, en todo caso, muerta hace cientos de años. Nadie imaginó que un día se presentaría alguien para reclamarlo.

—¿Y lo ha hecho?

—¿Lo ha hecho? ¡Lo ha exigido! —el Archilector se levantó y se puso a dar vueltas alrededor de la mesa—. ¡Lo sé! ¡Es inconcebible! ¡Un espía, un impostor surgido a saber de dónde, accediendo a las deliberaciones del máximo órgano de gobierno de La Unión! ¡Pero como tiene unos cuantos documentos polvorientos, resulta que somos *nosotros* quienes tenemos que desacreditarle a *él!* ¡Puede creerlo! No, no podía creerlo. *Pero tampoco vale la pena molestarse en decirlo.*

»He solicitado que se me conceda un tiempo para llevar a cabo una investigación —prosiguió Sult—, pero el Consejo Cerrado no puede postergar su decisión indefinidamente. Sólo disponemos de un par de semanas para demostrar que ese supuesto Mago es un impostor. Entretanto, sus acompañantes y él están alojados en unas magníficas estancias en la Torre de las Cadenas y no podemos hacer nada para impedir que deambulen a sus anchas por Agriont, ¡causando todo el mal que les plazca! *Algo podría hacerse...*

—La Torre de las Cadenas es muy alta. Si alguien se cayera desde allí arriba...

—No. Aún no. Ya hemos tentado demasiado a la suerte en determinados círculos. De momento, al menos, debemos procurar no dar ningún paso en falso.

—Siempre cabe la posibilidad de someterlos a un interrogatorio. Si los arrestara no creo que tardara mucho en averiguar para quién trabajan...

—¡Ningún paso en falso, he dicho! Quiero que vigile a ese Mago, Glokta, a él y a sus acompañantes. Averigüe quiénes son, de dónde proceden, qué es lo que buscan. Y, por encima de todo, averigüe quién está detrás de ellos y por qué. Tenemos que desenmascarar a ese Bayaz de pacotilla antes de que pueda causar algún daño irreparable. Una vez que lo haya conseguido, puede usted emplear los métodos que sean más de su agrado —Sult se dio media vuelta y se

acercó a la ventana.

Glokta, entumecido, se levantó trabajosamente de la silla.

—¿Por dónde empiezo?

—¡Sígalos! —gritó impaciente el Archilector—. ¡Vigílelos! Fíjese con quién hablan, a qué se dedican. ¿No es usted Inquisidor, Glokta? —le espetó sin molestarse en darse la vuelta—. ¡Pues haga preguntas!

Peor es la muerte

—Buscamos una mujer —dijo el oficial mirándoles con desconfianza—. Una esclava fugitiva, una asesina muy peligrosa.

—¿Un mujer, jefe? —inquirió perplejo Yulwei arrugando el ceño. —¿Y dice que es muy peligrosa, jefe?

—¡Sí, una mujer! —el oficial, impacientado, agitó un brazo—. Alta, de pelo corto y con una cicatriz en el rostro. Irá bien armada, seguramente con un arco —justo delante de él, con la vista clavada en el polvo del camino, estaba Ferro, alta, de pelo corto, con una cicatriz en el rostro y un arco colgado del hombro—. ¡Las más altas autoridades la buscan! ¡Una ladrona y una asesina, culpable de innumerables crímenes!

Yulwei sonrió con humildad y extendió las manos.

—No hemos visto a nadie así, jefe. Ya ve que mi hijo y yo no llevamos armas —Ferro miró con aprensión la resplandeciente hoja curva de la espada que tenía metida en el cinto. Pero no parecía que el oficial hubiera advertido su presencia. Lanzaba manotazos a una mosca mientras Yulwei proseguía con su perorata—. Ninguno de los dos sabríamos qué hacer con un arco, se lo aseguro. Dios es nuestra única protección, jefe, Dios y los invencibles soldados del Emperador.

El oficial soltó un resoplido.

—Sabia elección, anciano. ¿Qué le trae por aquí?

—Me dedico al comercio, voy a Dagoska a comprar especias —y haciendo una pronunciada reverencia, añadió—, con su amable permiso.

—Comercia usted con los pálidos esos, ¿eh? ¡Maldita Unión! —el oficial escupió al suelo—. En fin, todo el mundo tiene que ganarse la vida, aunque sea de una manera tan vergonzosa. Comercie mientras pueda, porque dentro de no mucho no va a quedar ni rastro de los pálidos. ¡Los vamos a arrojar al mar! —el oficial hinchó el pecho lleno de orgullo—. ¡El Emperador, Uthman-ul-Dosht lo ha jurado! ¿Qué opina de eso, eh, anciano?

—Oh, ése sí que será un gran día —dijo Yulwei volviendo a hacer una pronunciada reverencia—. ¡Quiera Dios que lo veamos pronto, jefe!

El oficial miró a Ferro de arriba abajo.

—Su hijo parece un muchacho fuerte. Tal vez valiera para soldado —dio un paso adelante y le cogió el brazo—. Un brazo fuerte. Yo diría que un brazo así podría tensar un arco si se le enseñara cómo hacerlo. ¿Qué me dices, muchacho? Luchar para más gloria de Dios y de tu Emperador, ese sí que es un trabajo de hombres. ¡Mucho mejor que andar derrengándose para ganar una miseria! —La carne le hervía a Ferro en el punto donde el soldado tenía posado sus dedos. La mano que tenía libre se deslizó hacia el cuchillo.

—Ay —se apresuró a terciar Yulwei—, mi pobre hijo es... tonto de nacimiento. Apenas si sabe hablar.

—Vaya. Una pena. Aunque tal vez llegue el día en que tengamos que recurrir a todos los hombres disponibles. Los pálidos esos serán unos bárbaros, pero saben combatir —el oficial se dio media vuelta y Ferro le miró alejarse con el ceño fruncido—. ¡Está bien, pueden pasar! —y movió la mano indicándoles que siguieran. Los ojos de sus soldados, que estaban tumbados a la sombra de las palmeras que bordeaban el camino, los siguieron mientras pasaban delante de ellos, aunque sin mostrar demasiado interés.

Ferro no abrió la boca hasta que el campamento no fue más que un punto en la lejanía, entonces se encaró con Yulwei:

—¿Dagoska?

—Para empezar —dijo el anciano mientras echaba un vistazo a la árida vegetación de la llanura—. Y luego hacia el Norte.

—¿Hacia el Norte?

—Cruzaremos el Mar Circular para ir a Adua.

—¿Cruzar el mar? —se detuvo en medio del camino—. ¡Y un carajo!

—¿Por qué tienes que ponerle pegas a todo, Ferro? ¿Acaso prefieres quedarte en Gurkhul?

—¡Los del Norte están locos, todo el mundo lo sabe! Pálidos, la Unión o como se llamen. ¡Todos locos! ¡Gente sin Dios!

Yulwei alzó una ceja.

—No sabía que estuvieras tan interesada en Dios, Ferro.

—¡Al menos yo sé que hay uno! —gritó señalando al cielo—. ¡Los pálidos esos no piensan como nosotros, como las personas de verdad! ¡No nos tratamos con los de su calaña! ¡Prefiero seguir entre los gurkos! Además, todavía tengo

muchas cuentas pendientes.

—¿Qué cuentas? ¿Matar a Uthman?

Ferro frunció el ceño.

—Puede.

—Hummm —Yulwei se dio la vuelta y siguió andando—. No sé si te has dado cuenta, Ferro, pero te están buscando. Sin mi ayuda no podrías dar ni diez pasos seguidos. Esa jaula todavía está esperándote, ¿ya te has olvidado? Sí, esa que hay frente al palacio. Están deseando llenarla —Ferro apretó los dientes—. Uthman es el nuevo Emperador. Ul-Dosht le llaman. ¡El poderoso! ¡El despiadado! Ya empiezan a decir que no ha habido un Emperador más grande en los últimos cien años. ¡Matar al Emperador! —Yulwei se rió—. Eres todo un personaje, tengo que reconocerlo. Todo un personaje.

Ferro siguió al anciano colina arriba con el ceño fruncido. No pensaba ser la marioneta de nadie. Yulwei podía hacer que esos soldados sólo vieran lo que él quisiera, y eso era un truco muy bueno, pero lo llevaba claro si se creía que iba a convencerla para que fuera al norte. ¿Qué se le había perdido a ella con esos impíos pálidos?

Yulwei seguía riéndose cuando le dio alcance.

—¡Matar al Emperador! —exclamó sacudiendo la cabeza—. Me temo que el Emperador tendrá que esperar a que estés de vuelta. Me debes un favor, ¿recuerdas?

Ferro lo retuvo agarrándole del brazo.

—¡No recuerdo que dijera nada de cruzar el mar!

—¡Ni yo recuerdo que me lo preguntaras, Maljinn, y deberías alegrarte de no haberlo hecho! —Yulwei se despegó suavemente los dedos de la mujer—. Porque, si lo hubieras hecho, a estas alturas serías un esqueleto secándose bajo el sol del desierto y no una persona de carne y hueso que anda rezongándome al oído. Piensa en eso, ¿quieres?

De momento, aquello bastó para mantenerla callada. Siguió caminando en silencio, mirando con gesto torvo los matorrales mientras sus sandalias rechinaban sobre el polvoriento camino. Sus trucos le habían salvado la vida, eso no podía negarlo.

Pero lo llevaba claro si pensaba que iba a ir al norte.

La fortaleza estaba oculta en una caleta rocosa, pero desde donde

estaban, en lo alto de un acantilado achicharrado por el sol que lucía a sus espaldas, Ferro distinguía con bastante claridad su silueta. Una elevada muralla que circundaba unas hileras bien ordenadas de edificios, lo bastante numerosos como para constituir una pequeña ciudad. Junto a ella, tendidos sobre el agua, había unos embarcaderos alargados. Amarrados a los embarcaderos había barcos.

Unos barcos enormes.

Torres de madera, fortalezas flotantes. Ferro jamás había visto un barco que fuera ni la mitad de grande que aquéllos. Sus mástiles conformaban un bosque oscuro que se recortaba sobre el brillante fondo del agua. Diez de ellos estaban fondeados, pero algo más adentrados en la bahía había otros dos más, que surcaban lentamente las olas con sus enormes velas ondeando al viento, repletos de unas figuras diminutas que pululaban por las cubiertas o trepaban por la tela de araña de los aparejos.

—Yo cuento doce —murmuró Yulwei —, pero tú tienes mejor vista.

Ferro oteó la masa de agua. En un recodo de la costa, a unos treinta kilómetros de distancia, vislumbró otra fortaleza y otro conjunto de embarcaderos.

— Por ahí hay más —dijo—, ocho o nueve, todavía más grandes.

—¿Más grandes que éstos?

—Mucho más grandes.

—¡Por el aliento de Dios! —musitó Yulwei—. Jamás habían construido los gurkos unos barcos de ese tamaño, ni la mitad de grandes siquiera, y menos aún en tal cantidad. En todo el sur no hay madera suficiente para construir semejante flota. Deben de haberla comprado en el norte, a los estirios probablemente.

A Ferro, los barcos, la madera y el norte le daban igual.

—¿Y eso qué?

—Con una flota de estas dimensiones los gurkos pasan a ser una potencia naval. Podrían tomar Dagoska por la bahía, e incluso invadir Westport.

A Ferro aquellos nombres de lugares remotos no le decían nada.

—¿Y eso qué?

—Es que no te das cuenta, Ferro, tengo que prevenir a los demás. ¡Tenemos que darnos prisa! —Se levantó del suelo y regresó apresuradamente al camino.

Ferro soltó un gruñido. Volvió a echar un vistazo a las enormes cubas de madera que discurrían por la bahía y luego se levantó y siguió a Yulwei. Barcos grandes, barcos pequeños... ¡qué más daba! Por ella como si los gurkos convertían en esclavos a todos los pálidos que hubiera sobre la faz de la tierra.

Si eso servía para que dejaran en paz a la gente de verdad...

—¡Apártense del camino! —el soldado espoleó su montura y se acercó a ellos con el látigo en alto.

—¡Mil perdones, jefe! —gimió Yulwei y, tras postrarse en el suelo, se escabulló hacia la hierba que había a un lado del camino arrastrando a su renuente compañera por el codo. Desde los matojos, Ferro observó la columna que desfilaba lentamente por delante de ella. Una sucesión de figuras delgadas, andrajosas, sucias y de expresión ausente, que avanzaban atadas las unas a las otras con los ojos clavados en el suelo. Hombres y mujeres de todas las edades, niños incluso. Lo menos serían cien personas, tal vez más. Seis guardas marchaban a su lado, cabalgando con soltura sobre sus altas sillas de montar con los látigos enrollados en las manos.

—Esclavos —Ferro se pasó la lengua por sus labios resecos.

—En Kadir se han rebelado —dijo Yulwei contemplando ceñudo la desdichada procesión—. Estaban hartos de formar parte de la gloriosa nación Gurkhul y pensaron que la muerte del Emperador les ofrecería la oportunidad de independizarse. Todo parece indicar que estaban equivocados. El nuevo Emperador es aún más duro que el anterior, ¿eh, Ferro? Su revuelta ya ha fracasado. Parece que tu amigo Uthman ha decidido tomar esclavos para que les sirva de escarmiento.

Ferro se fijó en una muchacha escuálida que avanzaba arrastrando sus pies desnudos por el polvo. ¿Qué tendría, trece años? No era fácil saberlo. Su rostro apático estaba cubierto de mugre. Un corte pustuloso le cruzaba la frente y en su espalda se apreciaban varios más. Marcas de látigo. Ferro tragó saliva mientras observaba a la muchacha seguir su penosa marcha. Un anciano que iba justo delante de ella tropezó y cayó de bruces al suelo, haciendo que toda la columna se parara de golpe.

—¡Muévete! —ladró uno de los jinetes, espoleando su caballo para acercarse a él—. ¡Ponte de pie! —el anciano se revolvía en el polvo—. ¡Muévete! —el látigo del soldado restalló en el aire y una larga marca de sangre apareció en la descarnada espalda del anciano. El rostro de Ferro se retorció de dolor y sintió un hormigueo en la espalda.

En el lugar donde ella tenía sus propias cicatrices.

Era como si el latigazo se lo hubieran dado a ella.

Y nadie podía dar un latigazo a Ferro Maljinn y seguir con vida. Ya no. Se sacudió los hombros y el arco cayó en sus manos.

—¡Calma, Ferro! —musitó Yulwei cogiéndola del brazo—. ¡No puedes hacer nada por ellos!

La muchacha se agachó para ayudar a levantarse al anciano esclavo. El látigo restalló de nuevo, los alcanzó a ambos y se oyó un aullido de dolor. ¿Quién había gritado, el anciano, la muchacha?

¿O quizás había sido Ferro? Se sacudió la mano de Yulwei y sacó una flecha.

—¡A ese cabrón sí que lo puedo matar! —gruñó. El soldado volvió la cabeza hacia ellos y los miró con curiosidad. Yulwei volvió a sujetar la mano de Ferro.

—¿Y luego qué? —murmuró—. Aunque mataras a los seis, ¿luego qué? ¿Tienes agua y comida para cien esclavos? ¿Eh? Porque si es así, te lo tenías muy bien guardado. ¿Y qué pasará cuando echen en falta la columna? ¿Eh? ¿Y cuando descubran que han matado a los guardas? ¿Qué pasará entonces? ¿Puedes ocultar a cien esclavos? ¡Porque yo, desde luego, no puedo!

Apretando los dientes y resoplando por la nariz, Ferro clavó la mirada en los oscuros ojos de Yulwei. Quizás debería volver a intentar matarlo.

No.

Tenía razón, maldita sea. Poco a poco, consiguió templar un poco su rabia. Tiró la flecha al suelo y se volvió hacia la columna de esclavos. Una ira intensa como el hambre le roía las entrañas mientras veía al anciano avanzar a trompicones seguido de la muchacha.

—¡Eh, tú! —el soldado se acercaba a ellos espoleando suavemente su montura.

—¡Mira lo que has conseguido! —masculló Yulwei y, acto seguido, hizo una reverencia, sonriendo, restregando los pies en el suelo—. Le pido disculpas, jefe, mi hijo es...

—¡Cierra la boca, viejo! —el soldado contempló a Ferro desde la altura de la silla—. Dime, muchacho, ¿te gusta la chica?

—¿Qué? —masculló entre dientes.

—No seas vergonzoso —dijo risueño el soldado—. Me he fijado en que la estabas mirando —se volvió hacia la columna—. ¡Detenedlos ahí! —gritó, y los

esclavos se pararon en seco. Luego se inclinó hacia la huesuda muchacha y, agarrándola de las axilas, la sacó bruscamente de la columna.

—Está bastante bien —dijo arrastrándola hacia Ferro—. Un poco joven, pero ya está a punto. Si la limpias, quedará perfecta. Cojea un poco, sí, pero eso se cura, les hemos llevado a marchas forzadas. Tiene una dentadura estupenda... ¡enséñale los dientes, zorra! —los labios agrietados de la muchacha se separaron lentamente—. Una buena dentadura. ¿Qué me dices, chico? ¡Te la dejo en diez monedas de oro! ¡A buen precio!

Ferro contempló inmóvil a la muchacha, que le devolvió la mirada con sus grandes ojos inexpresivos.

—¡Mira! —dijo el soldado inclinándose sobre su silla—. ¡Vale el doble y además no hay ningún riesgo! Cuando lleguemos a Shaffa les diré que se murió por el camino. ¡A nadie le sorprenderá, ocurre muy a menudo! ¡Yo gano diez y tú te ahorras diez! ¡Todos salimos ganando!

Todos salimos ganando. Ferro miró al guarda. El soldado se quitó el casco y se limpió el sudor de la cara con el dorso de la mano.

—Calma, Ferro —susurró Yulwei.

—¡Está bien, que sean ocho! —exclamó el soldado—. ¡Tiene una sonrisa muy bonita! ¡Muéstrale cómo sonríes, zorra! —las comisuras de los labios de la muchacha se curvaron levemente hacia arriba—. ¡Lo ves! ¡Ocho, y te la estoy regalando!

Ferro tenía los puños apretados y las uñas de los dedos se le clavaban en la palma de las manos.

—Calma, Ferro —volvió a advertirle Yulwei con un susurro.

—¡Por los dientes de Dios, muchacho, es una ganga! Vale, te la dejo en siete. ¡Siete, y no se hable más! —el soldado, frustrado, agitó su casco en el aire—. ¡Si la usas con un poco de cuidado, dentro de cinco años valdrá mucho más! ¡Es una inversión!

Tenía el rostro del soldado a menos de un metro. Podía distinguir cada una de las gotas de sudor de su frente, cada uno de los pelos de sus mejillas, cada mancha, cada hendidura, cada uno de los poros de su piel. Casi podía olerlo.

La necesidad de beber de una persona verdaderamente sedienta es tan grande que, pese a lo mal que puede sentarle, con tal de saciarla será capaz de beber orina, agua salada o aceite. Ferro había tenido ocasión de comprobarlo cuando estuvo en las estepas. Así era también la necesidad que ella sentía de matar a aquel hombre. Quería desgarrarlo con las manos, arrebatarle la vida, arrancarle la cara a mordiscos. El deseo era tan intenso que apenas podía

resistirlo.

—¡Calma! —susurró Yulwei.

—No puedo pagarla —se oyó decir Ferro.

—¡Ya podías haberlo dicho antes, muchacho, me habría ahorrado las molestias! —el soldado se caló el casco—. En fin, tampoco puedo reprocharte que la miraras, la verdad es que está bastante bien —se agachó, agarró a la muchacha de un brazo y la arrastró hacia donde estaban los demás esclavos—. ¡Pagarán veinte monedas por ella en Shaffa! —gritó girando la cabeza. La columna reemprendió la marcha. Ferro siguió a la muchacha con la vista hasta que los esclavos, cojeando, dando tumbos, arrastrando los pies, desaparecieron tras un promontorio camino de la esclavitud.

Ahora sentía frío y una especie de vacío interior. Tenía que haber matado a ese guarda sin preocuparse de las consecuencias. Al menos habría llenado aquel vacío, aunque sólo fuera durante un rato. Era así cómo funcionaban las cosas.

—Yo caminé en una columna como ésa —dijo lentamente.

Yulwei exhaló un prolongado suspiro.

—Lo sé, Ferro, lo sé, pero el destino decidió salvarte. Muéstrate agradecida por ello, si es que sabes hacerlo.

—Tenía que haberme dejado que lo matara.

—Puaj —basqueó asqueado el anciano—. Apuesto lo que sea a que si pudieras no dejarías a nadie vivo en el mundo. ¿No anida en tu pecho nada aparte de ese deseo de matar, Ferro?

—Hubo más cosas —masculló—, pero me las arrancaron a latigazos. No paran de azotarte hasta que están seguros de que ya no te queda nada dentro —Yulwei permanecía quieto mirándola con gesto compasivo. Era extraño, pero aquella forma de mirarla ya no le irritaba tanto como antes.

—Lo siento, Ferro. Lo siento por ti y por ellos —y, sacudiendo la cabeza, volvió al camino—. Pero peor es la muerte.

Ferro permaneció quieta durante un instante contemplando el polvo que levantaba la columna.

—Es lo mismo —dijo en voz baja.

Bichos raros

Logen se apoyó en el antepecho del balcón, entrecerró los ojos para protegerse de la brillante luz matinal y contempló la vista.

Parecía haber pasado siglos desde que hizo eso mismo en el balcón de su cuarto de la biblioteca. Las dos vistas no podían ser más distintas. Por un lado, el amanecer sobre el quebrado tapiz de edificios: caluroso, brillante, lleno de ruidos de fondo. Por otro, el brumoso paisaje del gélido valle: suave, vacío y silencioso como la muerte. Recordaba aquella mañana, recordaba que se había sentido un hombre diferente. Ahora también se sentía un hombre diferente. Un verdadero estúpido. Empequeñecido, asustado, feo y confuso.

—Logen —Malacus salió al balcón y se puso a su lado. Miró sonriente al sol y luego bajó la vista para admirar la bahía, poblada ya de numerosos barcos— , hermoso lugar, ¿eh?

—Si tú lo dices, pero no estoy muy seguro de que a mí me lo parezca. Toda esa gente... —Logen sintió un escalofrío—. No es normal. Me asusta.

—¿Asustado? ¿Usted?

—Siempre —desde que llegaron, Logen apenas había podido conciliar el sueño. Demasiado calor, demasiadas estrechuras, demasiada peste. Los enemigos pueden ser terroríficos, pero a los enemigos se les puede combatir y acabar con ellos. Logen podía entender que le odiaran. Pero no había forma de combatir el anonimato, la indiferencia y el estruendo de la ciudad. Parecía sentir odio por todo—. Este lugar no es para mí, me alegraré de dejarlo.

—Puede que tardemos algún tiempo en irnos.

—Lo sé —Logen respiró hondo—. Por eso iba bajar para echarle un vistazo a Agriont a ver qué puedo sacar en claro sobre el sitio este. Cuando hay que hacer algo, lo mejor es no demorarlo para no tener que vivir temiéndolo. Eso era lo que solía decirme mi padre.

—Buen consejo. Le acompañaré.

—No —Bayaz estaba en el umbral mirando a su aprendiz con cara de

pocos amigos—. Su progreso durante estas últimas semanas ha sido calamitoso, incluso para alguien como usted —dio un paso y salió al balcón—. Le sugiero que mientras estemos ociosos, aguardando a que Su Majestad tenga la venia de recibirnos, aproveche para seguir estudiando. Puede que tarde bastante en volver a presentarse una ocasión como ésta.

Malacus se metió dentro sin permitirse siquiera echar una mirada atrás. Sabía que no era una buena idea buscarle las cosquillas a su maestro cuando estaba así. Nada más poner el pie en Agriont, el buen humor de Bayaz se había esfumado, y todo parecía indicar que iba a tardar bastante en recobrarlo. Logen, desde luego, no podía reprochárselo; al fin y al cabo, el trato que les habían dispensado era más propio de unos prisioneros que de unos huéspedes. No sabía mucho de protocolo, pero podía imaginar lo que significaba que todo el mundo les mirara con malos ojos y que hubiera soldados custodiando las puertas de sus aposentos.

—No puede imaginarse lo mucho que ha crecido —gruñó Bayaz abarcando con una mirada ceñuda la enorme extensión de la ciudad—. Me acuerdo de cuando Adua no era más que un montón de chozas apiñadas en torno a la Casa del Creador como moscas alrededor de una boñiga fresca. Entonces no eran tan arrogantes, puede creerme. Veneraban al Creador como a un Dios.

Se arrancó ruidosamente un gargajo de la garganta y lo escupió al vacío. Logen vio cómo salvaba el foso y desaparecía entre los edificios blancos que había al otro lado.

—Fui yo quien les di esto —masculló Bayaz. Logen comenzó a sentir la desagradable sensación que solía embargarle siempre que el anciano estaba contrariado—. Les di la libertad, ¿y cómo me lo agradecen? ¿Con el desdén de unos funcionarios? ¿De unos recaderos engreídos? —Una pequeña excursión a ese mundo de locura y recelos de ahí abajo comenzaba a parecer una alternativa bastante apetecible. Logen se escurrió hacia la puerta y se metió en la habitación.

Tal vez estuvieran prisioneros, pero Logen no podía menos de admitir que había conocido prisiones bastante peores que aquella. El salón circular al que daban sus aposentos era digno de un rey o, al menos, a él se lo parecía: robustas sillas de madera oscura primorosamente talladas, paredes decoradas con gruesos tapices con representaciones de bosques y escenas de caza. Seguro que Bethod se habría sentido muy a gusto en una sala como aquélla. Logen, en cambio, se sentía como un pez fuera del agua y andaba siempre de puntillas por miedo a romper algo. En el centro de la cámara, encima de una mesa, había una jarra alta pintada con flores de brillantes colores. Logen la miró con recelo mientras se dirigía a las escaleras para bajar a Agriont.

—¡Logen! —la silueta de Bayaz, enmarcada en el umbral del balcón, le miraba con el ceño fruncido—. Tenga cuidado. El lugar puede parecer extraño, pero sus habitantes lo son aún más.

El agua borboteaba espuma, elevándose en un estrecho chorro que brotaba de un tubo de metal con forma de boca de pez, y luego se desparramaba por una amplia taza de piedra. Una fuente, así la había llamado aquel joven arrogante. Había tuberías bajo tierra, eso había dicho. Logen se imaginó que bajo sus pies discurrían unos arroyos subterráneos que anegaban los cimientos de todo aquel lugar. Sólo de pensarlo le daba vértigo.

La plaza era inmensa: una enorme llanura de losas circundada por los imponentes farallones blancos de los edificios. Unos farallones huecos, llenos de pilares y relieves, sembrados de luminosos ventanales y plagados de gente. Algo raro pasaba aquel día. Alrededor de los lejanos contornos de la plaza estaban erigiendo un enorme armazón inclinado sustentado con vigas de madera. Un auténtico ejército de obreros se desplegaba sobre él dando tajos, pegando martillazos, columpiándose sobre clavijas y juntas y lanzándose imprecaciones unos a otros. Por todas partes había montañas de tablones y troncos, barriles de clavos, pilas de herramientas, en unas cantidades que hubieran bastado para construir diez poderosas murallas, más incluso. En algunos lugares la estructura se elevaba ya bastante sobre el suelo, montada sobre unos postes que se erguían en el aire como los mástiles de unos bajeles enormes hasta igualar la altura de los descomunales edificios que tenían detrás.

Logen, con las manos en las caderas, contemplaba boquiabierto el enorme armazón de madera, su utilidad constituía todo un misterio. Se acercó a un hombre bajo y musculoso que llevaba un delantal de cuero y serraba furiosamente un tablón.

—¿Qué es esto?

—¿Eh? —el tipo ni siquiera levantó la vista de su trabajo.

—Esto. ¿Para qué es?

El serrucho acabó de morder la madera y un trozo del tablón se estrelló contra el suelo. El carpintero aupó el resto del tablón y lo puso en un montón que tenía al lado. Luego se dio la vuelta y miró a Logen con desconfianza mientras se secaba el sudor de la frente.

—Una tribuna. De pie y de asiento —Logen le miró atónito. ¿Cómo se podía estar sentado y de pie a la vez?—. ¡Para el Certamen! —le gritó el carpintero a la cara. Logen retrocedió lentamente. Sandeces. Palabras sin

sentido. Se dio la vuelta y se alejó a toda prisa procurando no pasar demasiado cerca de la estructura de madera y de los hombres que había encaramados a ella.

De pronto, se encontró en medio de una amplia calle, un profundo cañón flanqueado por enormes edificios blancos. A ambos lados, frente a frente, se erguían unas estatuas de tamaño superior al natural que miraban con expresión ceñuda a los transeúntes que deambulaban apresuradamente bajo ellas. La que le quedaba más cerca le resultó extrañamente familiar. Logen se acercó, la miró de arriba abajo y en sus labios se dibujo una sonrisa. El Primero de los Magos había ganado algo de peso desde que lo esculpieron. Tal vez hubiera abusado un poco de la comida durante su estancia en la biblioteca. Logen se volvió hacia un hombrecillo con un sombrero negro que caminaba con un voluminoso libro bajo el brazo.

—Bayaz —dijo señalando a la estatua—. Es amigo mío —el hombre le miró fijamente, luego miró la estatua, volvió a mirarle a él, y, acto seguido, se marchó apresuradamente.

Las estatuas se prolongaban a ambos lados de la avenida. Los reyes de la Unión, supuso Logen, eran los que se alineaban a la izquierda. Algunos llevaban espadas, otros pergaminos o barcos en miniatura. Había uno con un perro a los pies y otro con una gavilla de trigo bajo el brazo, pero quitando esos detalles no había nada que permitiera distinguirlos. Todos llevaban las mismas coronas altas y lucían idéntico gesto ceñudo. Viéndolos así cualquiera diría que de sus labios jamás había salido ninguna estupidez, que nunca habían hecho ninguna tontería, que jamás la habían cagado.

Logen oyó unos pasos apresurados a su espalda y se dio la vuelta justo a tiempo de ver al joven arrogante de la barbacana trotando por la avenida con la camisa empapada de sudor. No conseguía imaginarse a dónde podía ir con tantas prisas, pero con el calor que hacía ni loco iba a ponerse a correr con él para preguntárselo. Además, aún tenía que resolver muchos otros enigmas.

La avenida desembocaba en un inmenso espacio verde. Era como si unas manos gigantes hubieran arrancado un trozo de campo y lo hubieran arrojado en medio de los colosales edificios. Aunque la verdad es que tenía muy poco que ver con el tipo de campo al que Logen estaba acostumbrado. La hierba era muy lisa, un tapiz de un intenso color verde, y estaba cortada casi al raso. Había flores, pero crecían formando hileras, círculos y líneas rectas de brillantes colores. Había lozanos árboles y arbustos, todos ellos apretujados, cercados y recortados con las formas más extrañas que pueda imaginarse. Incluso había agua: burbujeantes arroyuelos que discurrían sobre unos escalones de piedra y también un enorme estanque plano flanqueado por unos árboles de aspecto tristón.

Las minúsculas piedras grises del camino crujían bajo sus botas mientras Logen deambulaba por el cuadrado de verdor. Mucha gente había acudido a aquel lugar para gozar del sol. Se sentaban en las barcas del lago de miniatura y remaban pausadamente dando vueltas y más vueltas sin ir a ninguna parte. O haraganeaban en la hierba mientras bebían y charlaban. Algunos, al ver a Logen, le señalaban con el dedo y soltaban un grito, otros intercambiaban susurros o se escabullían.

El aspecto de aquella multitud le resultaba sumamente extraño, sobre todo el de las mujeres. Unos seres pálidos y fantasmales, envueltos en complicados trajes, que llevaban el cabello recogido en alto con alfileres y peinetas y lucían unos sombreros diminutos o unas plumas tan enormes como extravagantes. Les pasaba lo mismo que a la gran jarra de la cámara circular: era demasiado estrecha y frágil para tener alguna utilidad y el exceso de decoración sólo servía para afearla. Pero como tenía mucho tiempo, cuando pasaba cerca de ellas, probaba suerte y las sonreía. Algunas parecían conmocionadas, otras se quedaban con la boca abierta del espanto. Logen suspiró. La vieja magia seguía viva.

Un poco más adelante, en otra gran plaza, Logen se detuvo para contemplar un grupo de soldados que hacían la instrucción. En este caso no se trataba de mendigos ni de jóvenes afeminados, sino de unos hombres de verdad, provistos de pesadas armaduras, con unos petos y espinilleras relucientes como espejos, y armados de largas picas que llevaban apoyadas al hombro. Estaban formados muy juntos, cada hombre idéntico al de al lado, en cuatro cuadrados de unos cincuenta hombres cada uno, y se movían tan poco como las estatuas de la avenida.

A la voz de mando de un hombre bajo vestido con una casaca roja —su jefe, supuso Logen— la masa de soldados dio media vuelta, emparejó las lanzas y comenzó a avanzar por la plaza, haciendo resonar las botas sobre el pavimento. Todos ellos uniformados de la misma manera, provistos de las mismas armas y moviéndose al unísono. Era un auténtico espectáculo ver un cuadrado de metal reluciente, encrespado de brillantes puntas, avanzar con paso uniforme como si se tratara de un enorme erizo cuadrado con dos centenares de patas. Un arma letal para enfrentarse en terreno llano contra un enemigo que tuviera delante. Logen, sin embargo, albergaba serias dudas sobre su efectividad en un terreno rocoso, bajo el azote de la lluvia o en un enmarañado bosque. Cargados con el peso de sus armaduras, no tardarían en fatigarse, ¿y qué pasaría si el enemigo lograba romper su formación? ¿Cómo reaccionarían unos hombres acostumbrados a tener siempre a alguien pegado al lado? ¿Sabrían combatir solos?

Logen prosiguió su marcha. Avanzando con paso lento y pesado, cruzó

amplios patios, bordeó jardines, pasó junto a burbujeantes fuentes y soberbias estatuas, recorrió cuidadas callejuelas y anchas avenidas. Subió y bajó angostas escalinatas, atravesó puentes que cruzaban arroyos, carreteras u otros puentes más bajos. Vio guardias, ataviados con no menos de una docena de libreas distintas, a cual más espléndida, que custodiaban innumerables verjas, muros y puertas, y ninguno de los cuales se privó de lanzarle una mirada llena de suspicacia. El sol ascendía en el cielo, los altos edificios blancos se sucedían uno tras otro y Logen empezaba a sentir molestias en los pies, estaba desorientado y le dolía el cuello de tanto mirar para arriba.

La única presencia constante durante todo el paseo había sido la monstruosa torre que descollaba sobre todo cuanto la rodeaba, haciendo que hasta los edificios más grandes parecieran pequeños en comparación. Siempre estaba ahí, apareciendo por el rabillo del ojo, asomando en la lejanía por encima de los tejados. Poco a poco, sus pasos se fueron encaminando hacia ella. Por fin, llegó a un descuidado rincón de la ciudadela que se encontraba a su sombra.

Encontró un vetusto banco junto a un trozo de hierba mal cuidada, tras el cual se alzaba un gran edificio en ruinas, comido por el musgo y la hiedra, y cuyo tejado se había desmoronado por el centro y había perdido numerosas tejas. Se dejó caer en el banco, infló los carrillos y contempló con gesto ceñudo la enorme silueta que se alzaba tras los muros: una sombra oscura recortada sobre el cielo azul, una montaña construida por el hombre con una piedra árida, adusta, inerte. Ninguna planta trepaba por la imponente mole, ni siquiera se advertía un mísero mojón de musgo entre los intersticios de los grandes sillares de piedra. La Casa del Creador, así la había llamado Bayaz. No se parecía a ninguna casa que hubiera visto Logen. No tenía tejado y en sus paredes desnudas no se abrían ni puertas ni ventanas. Era simplemente un haz formado por unos descomunales y puntiagudos pilares de roca. ¿Qué necesidad había de construir algo así de grande? ¿Y quién demonios era el tal Creador? ¿Eso era todo lo que había creado? ¿Una casa enorme e inútil?

—¿Le importa que me siente? —Delante de él, mirándole, había una mujer que se ajustaba bastante más a su concepto del sexo femenino que las extrañas criaturas fantasmales que había visto en el parque. Una mujer guapa con un vestido blanco y el rostro enmarcado por una melena morena.

—¿Que si me importa? Claro que no. Es curioso, pero nadie quiere sentarse a mi lado.

La mujer se dejó caer en el extremo opuesto del banco, se agarró la barbilla con las manos, apoyó los codos en las rodillas y, alzando la vista, miró sin mucho interés la torre que se alzaba frente a ella.

—A lo mejor es que le tienen miedo.

Logen se fijó en un hombre que llevaba un fajo de papeles bajo el brazo y que, al pasar por delante de ellos, apretó el paso mientras le miraba con los ojos muy abiertos.

—Eso mismo empezaba a pensar yo.

—La verdad es que tiene usted un aspecto un poco peligroso.

—¿No querrá decir más bien horrendo?

—Yo sé muy bien lo que quiero decir, y quiero decir peligroso.

—Bueno, las apariencias engañan.

La mujer alzó una ceja y lo miró de arriba abajo.

—De modo que es usted un hombre de paz, ¿eh?

—Hummm... no del todo —se estudiaron el uno al otro mirándose de lado. Aquella mujer no parecía tenerle miedo, ni despreciarle; de hecho, ni siquiera parecía que le interesara gran cosa—. ¿Y cómo es que usted no tiene miedo?

—Soy de Angland, conozco a mucha gente como usted. Además —añadió dejando caer la cabeza en el respaldo del banco—, nadie más quiere hablar conmigo. Estoy desesperada.

Logen se miró el muñón de su dedo y lo movió de atrás adelante para ver hasta donde llegaba.

—Sí que debe de estarlo. Yo soy Logen.

—Mejor para usted. Porque yo no soy nadie.

—Todo el mundo es alguien.

—Yo no. No soy nada. Soy invisible.

Logen miró a la mujer con el ceño fruncido: estaba vuelta hacia él, arrellanada en el banco al sol; su cuello, largo y suave, estirado, su pecho subiendo y bajando pausadamente.

—Pues yo la veo.

La mujer alzó la cabeza para mirarle.

—Usted... es un caballero.

Logen soltó una risotada. Le habían llamado muchas cosas en su vida, pero eso nunca. La joven no parecía compartir su regocijo.

—No pertenezco a este lugar —dijo como si hablara consigo misma.

—Ni yo.

—No. Pero éste es mi país —la mujer se levantó—. Adiós, Logen.

—Que le vaya bien, nadie —la mujer se dio media vuelta y se alejó. Logen se la quedó mirando sacudiendo la cabeza. Bayaz tenía razón. El lugar era extraño, pero sus habitantes lo eran aún más.

Logen se despertó sobresaltado, parpadeó y miró desconcertado a su alrededor. Estaba oscuro. No completamente oscuro, por supuesto, ahí seguía el omnipresente resplandor de la ciudad. Le parecía haber oído algo, pero ahora ya no se percibía nada. Hacía calor. Un calor envolvente y sofocante, que el aire pegajoso que entraba por la ventana abierta no contribuía precisamente a aliviar. Soltó un gruñido, se bajó las mantas humedecidas hasta la cintura, se frotó el pecho con las manos para limpiarse el sudor y luego se las secó en la pared que había detrás de la cama. Cerró los ojos, pero la luz le atravesaba los párpados. Aunque tampoco era ése el mayor de sus problemas. Digamos esto de Logen Nuevededos: tenía ganas de orinar.

Por desgracia, en un lugar como aquel no se podía orinar en un simple cacharro. Tenían una cosa especial para eso, una especie de tablón plano con un agujero, que había en una pequeña habitación. Cuando llegaron había estado inspeccionando el agujero tratando de adivinar para que servía. Parecía muy hondo y olía bastante mal. Malacus le había explicado su función. Un invento bárbaro y absurdo. Había que sentarse sobre la dura madera mientras una desagradable corriente de aire te oreaba las partes. Pero, por lo que alcanzaba a entender Logen, en eso consistía la civilización. Unas gentes que, a falta de algo mejor que hacer, empleaban su tiempo en encontrar la manera de que las cosas más sencillas resultaran difíciles.

Salió a trompicones de la cama y avanzó a tientas en la oscuridad en dirección hacia el lugar donde creía que estaba la puerta. Demasiada luz para dormir y demasiada poca para poder ver.

—Maldita civilización —mascullό, y, tras descorrer a tientas el cerrojo, posó sigilosamente sus pies desnudos en el suelo de la gran sala circular a la que daban sus aposentos.

Hacía fresco, bastante fresco. Después de haber padecido el calor húmedo del dormitorio, su piel desnuda agradecía aquella sensación de frescor. ¿Por qué no le habían puesto a dormir allí en lugar de en el horno ese de al lado? Con la cabeza embotada aún por el sueño, escudriñó las oscuras paredes tratando de adivinar cuál de las borrosas puertas era la que daba a la tabla para orinar. Dada la mala suerte que solía tener, lo más probable es que se metiera por error en la habitación de Bayaz y le orinara encima al Primero de los Magos.

Justo lo que faltaba para acabar de agriarle el humor.

Dio un paso adelante. Su pierna chocó con la esquina de una mesa y se oyó un traqueteo. Soltó una maldición, se agarró su espinilla lastimada y, de pronto, se acordó de la jarra. Se echó hacia delante y la cogió por el borde justo antes de que se cayera. Sus ojos ya empezaban a acostumbrarse a la penumbra y pudo distinguir las flores que decoraban su fría y lustrosa superficie. Se disponía a colocarla de nuevo en la mesa, cuando se le ocurrió una idea. ¿Para qué seguir dando vueltas cuando ahí mismo tenía un cacharro que le podía servir a las mil maravillas? Miró furtivamente a uno y otro lado y luego colocó la jarra en posición... entonces se quedó helado.

No estaba solo.

Había alguien más en la sala, una silueta difusa, alta, esbelta. Logró distinguir una cabellera larga que flotaba movida por la leve brisa que entraba por la ventana. Forzó la vista pero no consiguió disipar la oscuridad.

—Logen... —una voz femenina, baja y suave. No le hacía ni pizca de gracia cómo sonaba esa voz. Hacía frío en la habitación, mucho frío. Logen apretó con fuerza la jarra.

—¿Quién eres? —le pareció que su voz ronca atronaba en medio de aquel silencio sepulcral. ¿No estaría soñando? Sacudió la cabeza y agarró con más fuerza la jarra. Parecía real. Horriblemente real.

—Logen... —la mujer se le acercaba lentamente. La tenue luz que entraba por la ventana le iluminó un lado de la cara. Una mejilla blanca, la órbita de un ojo envuelto en sombras, la comisura de unos labios. Luego volvió a hundirse en la oscuridad. Algo tenía esa cara que le resultaba familiar. Sin dejar de mirar a la silueta, Logen retrocedió para interponer la mesa entre ellos mientras hurgaba en su memoria.

—¿Qué quieres? —tenía una sensación fría en el pecho, una mala sensación. Sabía que debería estar pidiendo ayuda a gritos, que debía despertar a los demás, pero por alguna razón antes tenía que adivinar quién era esa mujer. Necesitaba saberlo. El aire era gélido; Logen casi distinguía el vaho de su aliento delante de su cara. Su esposa estaba muerta, lo sabía, muerta y fría. Había vuelto al barro hacía mucho tiempo, en un lugar muy lejano. Había visto con sus propios ojos la aldea incendiada, reducida a cenizas, sembrada de cadáveres. Su esposa estaba muerta, y, sin embargo...

—¿Thelfi? —susurró.

—Logen... —¡Era su voz! ¡Su voz! La boca de Logen se abrió. Iluminada por la tenue luz de la ventana vio la mano que le tendía la mujer. Una mano blanquecina, de dedos pálidos, de uñas blancas. La habitación estaba helada,

completamente helada—. ¡Logen!

—Estás muerta —alzó la jarra dispuesto a rompérsela en la cabeza. La mano se lanzó hacia él con los dedos extendidos.

De pronto, la habitación resplandeció como si fuera de día. Más aún. Resplandecía con un brillo hiriente. Los difusos contornos de las puertas y de los muebles se transformaron en bordes blancos con densas sombras. Logen apretó los ojos, se cubrió con un brazo y retrocedió jadeando hacia la pared. Se oyó un ruido ensordecedor, como si se hubiera producido un corrimiento de tierras, luego un crujido desgarrador como el de un árbol gigantesco que se desplomara, y la sala quedó impregnada de un apestoso olor a madera quemada. Logen entreabrió un ojo y miró por entre los dedos.

La cámara había experimentado una extraña transformación. Estaba otra vez a oscuras, aunque no tanto como antes. En el lugar que ocupara el balcón se abría un enorme boquete por el que se colaba la luz. Dos de las sillas habían desaparecido y una tercera se tambaleaba sostenida sobre tres patas; sus bordes quebrados refulgían como si llevaran un buen rato ardiendo. La mesa, que hacía sólo un instante se encontraba junto a él, estaba partida en dos en el otro extremo de la habitación. Una parte del techo había sido arrancada de cuajo de las vigas y el suelo estaba cubierto de trozos de piedra y escayola, maderas astilladas, fragmentos de cristal. De la misteriosa mujer no había ni rastro.

Bayaz se abrió paso en medio de aquel desbarajuste y, con el faldón de su camisón ondeando en torno a sus gruesas pantorrillas, se acercó al agujero de la pared y se asomó a la noche.

—Parece que la cosa esa se ha ido.

—¿La cosa? —Logen miró hacia el boquete humeante—. Sabía mi nombre...

El mago se acercó tambaleándose a la única silla que quedaba intacta y se dejó caer en ella exhausto.

—Un Devorador, probablemente. Enviado por Khalul.

—¿Un qué? —preguntó desconcertado Logen—. ¿Enviado por quién?

Bayaz se secó el sudor de la frente.

—Creía que había dicho que prefería no saber nada.

—Es verdad —Logen no podía negarlo. Se frotó la barbilla, apartó la vista del cielo nocturno que asomaba por el boquete y se preguntó si no sería un buen momento para cambiar de idea. Pero para entonces ya era demasiado tarde. Alguien estaba aporreando la puerta.

—Abra, ¿quiere? —le pidió Bayaz. Logen, aturdido, avanzó a

trompicones por la sala y descorrió el cerrojo. Un guarda enfurecido, que sostenía un farol en una mano y una espada desenvainada en la otra, irrumpió en la sala apartándole de un empellón.

—¡Qué ruidos eran ésos! —La luz de la lámpara se paseó por los escombros que llenaban la sala hasta dar con el borde irregular de la escayola desgarrada, las piedras quebradas y el vacío del cielo nocturno que se abría al fondo—. ¡Mierda! —susurró.

—Hemos tenido una visita inesperada —masculló Logen.

—Mmm... Debo dar parte... —el guarda parecía absolutamente perplejo—... de esto —dio un paso atrás, tropezó con una viga que había en el suelo y estuvo a punto de caerse. Un instante después, sus pasos atronaban en la escalera.

—¿Qué es un Devorador? —Logen no obtuvo respuesta. El mago tenía los ojos cerrados, un profundo ceño en el semblante y su pecho se movía lentamente. Se había quedado dormido. Logen bajó la vista y se sorprendió de ver que la delicada jarra aún seguía intacta en sus manos. Despejó con cuidado un trozo de suelo y la colocó en medio de los escombros.

De pronto, una de las puertas se abrió de golpe y a Logen le dio un vuelco el corazón. Era Malacus, con los ojos desorbitados y el pelo todo revuelto.

—¿Qué demonios...? —se acercó con paso vacilante al boquete y, tomando muchas precauciones, se asomó a la noche—. ¡Mierda!

—Malacus, ¿qué es un Devorador?

Quai se volvió bruscamente y miró a Logen; su rostro era la viva imagen del espanto.

—Está prohibido comer carne humana —susurró.

Preguntas

Glokta se llenó la boca de papilla a toda prisa con la esperanza de ingerir la mitad de su ración diaria antes de que le entraran las náuseas. La engulló, soltó una tos y se estremeció. Luego apartó de un golpe el cuenco, como si su sola presencia fuera un insulto para la vista. *De hecho, lo es.*

—Más vale que sea algo importante, Severard —refunfuñó.

El Practicante se apartó el pelo de la cara con una de sus manos grasientas.

—Depende de lo que considere importante. Se trata de nuestros mágicos amigos.

—Ah, el Primero de los Magos y sus intrépidos compañeros. ¿Qué pasa con ellos?

—Aparentemente, la otra noche se produjeron ciertos disturbios en sus aposentos. Alguien se coló en su habitación o, al menos, eso es lo que dicen ellos. Hubo una especie de trifulca. Y parece que se produjeron algunos destrozos.

—¿Aparentemente? ¿Alguien? ¿Una especie de trifulca? ¿Algunos destrozos? —Glokta expresó su disgusto sacudiendo la cabeza—. ¿Apariencias? Aquí no nos dejamos llevar por las apariencias, Severard.

—Pues esta vez no va a quedar más remedio. El guarda se ha mostrado muy parco en detalles. Me pareció que estaba seriamente preocupado —Severard se arrellanó un poco más en su silla alzando los hombros hasta que casi le tocaron las orejas—. Alguien debería ir a echar un vistazo, y bien podríamos ser nosotros. Así podría ver cómo son de cerca. E incluso hacerles algunas preguntas.

—¿Dónde están?

—Esto le va a encantar. En la Torre de las Cadenas.

Glokta torció el gesto mientras se sacaba con la lengua algunos restos de papilla de las encías. *Cómo no. Y apuesto a que están en el último piso. Una infinidad*

de escalones.

—¿Eso es todo?

—El norteño salió ayer a dar un paseo, se pasó un buen rato dando vueltas por Agriont. Lo estuvimos vigilando, por supuesto —el Practicante sorbió por la nariz y se ajustó la máscara—. Un tipo horrible, el cabrón ese.

—Ah, la mala fama de los norteños. ¿Hizo alguna atrocidad? ¿Violó a alguien, cometió un asesinato, quemó algún edificio o alguna otra cosa por el estilo?

—La verdad es que no hizo gran cosa. Fue una mañana muy aburrida para todos. Anduvo deambulando de acá para allá mirándolo todo con la boca abierta. Y habló con unas cuantas personas.

—¿Algún conocido nuestro?

—Nadie importante. Con uno de los carpinteros que trabaja en las tribunas del Certamen. Con un funcionario que pasaba por la Vía Regia. Y con una chica, cerca de la Universidad. Fue con ella con la que estuvo hablando más tiempo.

—¿Una chica?

Los ojos de Severard sonrieron.

—Exacto, y bastante guapa por cierto. ¿Cómo se llamaba? —chasqueó los dedos—. Vaya, si yo mismo lo averigüé. Tiene un hermano en la Guardia Real. Ah, ya, West. No sé qué West.

—¿Ardee?

—¡Eso es! ¿La conoce?

—Ajá —Glokta se pasó la lengua por sus encías desnudas. *Me preguntó qué tal estaba. No lo he olvidado*—. ¿De qué hablaron?

El Practicante alzó las cejas.

—Probablemente de nada en particular. Pero ella es de Angland y no lleva mucho tiempo en la ciudad. Puede que tengan alguna conexión. ¿Quiere que la traiga? Seguro que le sacamos algo.

—¡No! —exclamó Glokta—. No. ¡No hace falta! Su hermano fue amigo mío en tiempos.

—En tiempos.

—Ni la toques, Severard, ¿entendido?

El Practicante se encogió de hombros.

—Lo que usted diga, Inquisidor. Lo que usted diga.

—Eso es lo que digo.

Durante un instante los dos permanecieron en silencio.

—Entonces ya no vamos a seguir con los Sederos, ¿no? —la voz de Severard tenía un leve deje nostálgico.

—Así parece. Están acabados. Ya sólo queda darles un repaso final.

—Un repaso lucrativo, me imagino.

—Supongo que sí —dijo agriamente Glokta—. Pero Su Eminencia considera que nuestros talentos tendrán mejor empleo aplicados a otros menesteres —*como vigilar a unos magos de pacotilla*—. Confío que los beneficios de tu pequeña propiedad junto a los muelles no se resientan por ello.

Severard se encogió de hombros.

—No me sorprendería que dentro de no mucho volviera a necesitar un lugar a salvo de miradas indiscretas. Sigue a su disposición. A un precio justo. Pero siempre es una pena dejar un trabajo a la mitad.

Cierto. Glokta permaneció un rato en silencio, cavilando. *Peligroso. El Archilector dijo que lo dejáramos. Desobedecerle sería muy peligroso, pero hay algo que me huele mal. No consigo quitármelo de la cabeza y, además, no me gusta que queden cabos sueltos, ya puede decir lo que quiera Su Eminencia.*

—Tal vez haya algo más.

—¿De veras?

—Sí, pero mantenlo en secreto. ¿Sabes algo de bancos?

—Sí, son unos edificios grandes que se dedican a prestar dinero a la gente.

Glokta esbozó una sonrisa.

—No sabía que fueras un experto en el tema. Me interesa uno en concreto. Valint y Balk se llama.

—No he oído hablar de él, pero puedo preguntar por ahí.

—Bien, pero sé discreto, Severard, ¿entendido? Nadie debe enterarse de esto, lo digo muy en serio.

—La discreción es mi lema, jefe, pregunte a quien quiera. Soy la discreción personificada. Todo el mundo lo sabe.

—Más te vale, Severard. Más te vale. —*Porque nos puede costar a los dos la cabeza.*

Glokta tenía el trasero embutido en una tronera, la espalda recostada sobre las piedras y la pierna izquierda estirada en el suelo: su cuerpo era un palpitante hervidero de dolor. Sabía que le iba a doler, desde luego; al fin y al cabo el dolor no le abandonaba en ningún momento del día. *Pero éste de ahora es un tanto especial.*

Cada vez que inspiraba aire un gemido tembloroso traspasaba sus mandíbulas apretadas, el más mínimo movimiento le suponía un esfuerzo colosal. Recordó que hace años, cuando se preparaba para el Certamen, el Mariscal Baruz le hacía subir esas mismas escaleras. *Las subías y las bajabas de tres en tres sin pensártelo dos veces. Y mírate ahora. ¿Quién te iba a decir entonces que acabarías así?*

El sudor corría por su cuerpo estremecido, sus ojos irritados estaban bañados de lágrimas, su nariz chorreaba mocos. *Suelto agua por todas partes y, sin embargo, estoy muerto de sed. ¿Tiene esto alguna lógica? ¿La tuvo alguna vez? ¿Y si pasa alguien y me ve en este estado? ¿Qué pensaría al ver al terrorífico paladín de la Inquisición con el culo metido en una ventana y sin apenas fuerzas para moverse? ¿Y qué haría yo, conseguiría forzar una sonrisa despreocupada en esta rígida máscara de agonía? ¿Aparentaría que no pasa nada? ¿Diría que tengo por costumbre venir aquí para arrellanarme un rato en las escaleras? ¿O me pondría a gimotear y a mendigar a gritos que me echaran una mano?*

Pero no pasaba nadie. Y allí seguía Glokta, encajonado en aquel hueco, a falta de completar un cuarto de la ascensión a la Torre de las Cadenas, con la nuca apoyada en las frías piedras y las rodillas temblorosas arrimadas al cuerpo. *Sand dan Glokta, maestro de la espada, gallardo oficial de caballería, ¿qué glorioso futuro podría haberle aguardado? En tiempos podía pasarme horas y horas corriendo. Corría sin parar, nunca me cansaba.* Sintió que un hilo de sudor le resbalaba por la espalda. *¿Por qué lo hago? ¿Por qué demonios habría de querer alguien hacer algo así? Podría dejarlo hoy mismo. Podría volver a casa con mi madre. Y luego ¿qué? ¿Qué?*

—Inquisidor, qué bien que esté usted aquí.

Estará bien para ti, maldito cabrón. Pero no para mí. Al llegar a lo alto de las escaleras, Glokta se apoyó en la pared. Los pocos dientes que le quedaban se entrechocaban contra sus encías desnudas.

—Están dentro, en medio del desbarajuste... —la mano de Glokta temblaba y la punta del bastón repiqueteaba sobre el enlosado. La cabeza se le

iba. A través del temblor de sus párpados la figura del guarda no era más que una mancha borrosa—. ¿Se encuentra bien? —el soldado se acercó a él tendiéndole una mano.

Glokta alzó la vista.

—¡Maldito imbécil, abra la puerta!

El hombre dio un salto atrás, se acercó apresuradamente a la puerta y la abrió. Lo único que ansiaba Glokta era mandarlo todo a paseo y tumbarse boca arriba, pero haciendo un supremo esfuerzo de voluntad se mantuvo erguido. Se forzó a poner un pie detrás de otro, se forzó a respirar acompasadamente, se forzó a echar atrás los hombros y a mantener la cabeza alta, y pasó imperioso por delante del guarda mientras todas las partes de su cuerpo aullaban de dolor. Aun así, lo que vio al entrar en la habitación casi acaba con aquel barniz de compostura.

Hasta ayer éstos eran uno de los mejores aposentos de Agriont, reservados para los huéspedes más ilustres y los dignatarios extranjeros de mayor importancia. Hasta ayer. Por un enorme agujero que se abría en el lugar donde debería haber estado la ventana asomaba un trozo de cielo que brillaba con inusitada intensidad tras la penumbra del hueco de las escaleras. Una parte del techo se había derrumbado y sobre la habitación colgaban vigas rotas y tiras de escayola. El suelo estaba sembrado de cascotes, de trozos de cristal, de fragmentos desgarrados de telas de colores. Las venerables antigüedades que componían su mobiliario estaban hechas trizas, astilladas por los bordes, chamuscadas y ennegrecidas como si hubieran estado ardiendo. Lo único que había escapado a la destrucción era una silla, media mesa y un esbelto jarrón decorativo que, por alguna misteriosa razón, seguía intacto entre los escombros que cubrían el suelo.

En medio de tan onerosa devastación se encontraba un joven con pinta enfermiza y una expresión de perplejidad en el semblante. Mientras Glokta rodeaba la puerta y comenzaba a abrirse paso entre los escombros, el joven levantó la vista y, dando muestras evidentes de hallarse al borde de un ataque de nervios, se repasó los labios con la lengua. *¿Cabe imaginar a alguien con más pinta de farsante?*

—Mmm, ¡buenos días! —Los dedos del joven retorcían nerviosos su túnica, una pesada prenda que llevaba bordados unos símbolos de aspecto misterioso. *¡Cómo se le nota lo incómodo que se siente metido en eso! Si este tipo es un aprendiz de mago, yo soy el Emperador de Gurkhul.*

—Soy Glokta. De la Inquisición de Su Majestad. Me han enviado para investigar este... desdichado incidente. Creía que era usted una persona de más edad.

—Oh, sí, disculpe, verá, yo soy Malacus Quai —dijo a trompicones el joven—, el aprendiz del gran Bayaz, el Primero de los Magos, dominador del Gran Arte, versado en las más profundas... *¡Ponte de rodillas en mi presencia! ¡Soy el poderoso Emperador de Gurkhul!*

—¿Malacus... Quai? —le interrumpió bruscamente Glokta—. ¿Es usted del Viejo Imperio?

—Oh, sí —la pregunta pareció animarle un poco—. Conoce usted mi...

—No. En absoluto —el pálido rostro del joven volvió a abatirse—. ¿Estaba usted aquí ayer por la noche?

—Mmm, sí. Dormía en la habitación de al lado. Pero me temo que no vi nada... —Glokta le miró sin pestañear, tratando de descubrir su juego. El aprendiz carraspeó y miró al suelo como si estuviera preguntándose por dónde debía empezar a limpiar. *¿Cómo puede alguien así poner nervioso al Archilector? Jamás había visto un actor más desastroso. Todo en él hiede a falsedad.*

—Pero debe de haber alguien que viera algo, ¿no?

—Bueno, hummm, supongo que maese Nuevededos.

—¿Nuevededos?

—Sí, nuestro compañero del Norte —el joven volvió a animarse—. Un guerrero de renombre, un campeón, un príncipe entre los...

—Usted, del Viejo Imperio. Y él, un norteño. Forman ustedes un grupo muy cosmopolita.

—Pues sí, ja, ja, supongo que sí.

—¿Dónde se encuentra ahora Nuevededos?

—Creo que sigue dormido. Puedo despertarle...

—¿Si no le importa? —Glokta golpeteó el suelo con el bastón—. Hay que subir bastante para llegar hasta aquí y preferiría no tener que volver más tarde.

—No, mmm, claro que no... discúlpeme un momento —el aprendiz se dirigió apresuradamente a una de las puertas, mientras Glokta se daba la vuelta como si tuviera intención de inspeccionar la ancha brecha abierta en la pared. Contrajo la cara en un gesto de dolor, se mordió el labio para no ponerse a berrear como un niño enfermo y se aferró con la mano que tenía libre a las piedras cuarteadas que bordeaban el boquete.

Cuando el espasmo pasó, comenzó a prestarle más atención a los desperfectos que había sufrido el muro. A pesar de estar tan alto, debía de tener cerca de un metro de espesor y su fábrica era bastante sólida: un núcleo de mampostería unida con argamasa y revestida con sillares de piedra. *Para abrir*

una brecha como ésta se necesitaría una poderosísima catapulta capaz de lanzar una roca enorme, eso, o una cuadrilla de fornidos obreros que trabajaran día y noche durante toda una semana. Una enorme máquina de guerra o un nutrido grupo de obreros sin duda habrían llamado la atención del cuerpo de guardia. ¿Cómo han podido hacerlo entonces? Glokta pasó una mano por las piedras cuarteadas. Alguna vez había oído rumores de que en el lejano Sur habían inventado una especie de polvo explosivo. *¿Se puede hacer algo así con un poco de polvo?*

La puerta se abrió y, al darse la vuelta, Glokta vio a un hombre enorme que se agachaba para pasar por debajo del dintel mientras se abotonaba lentamente la camisa. Una lentitud que tenía algo de deliberada. *Como si pudiera hacerlo más rápido pero no lo considerara necesario.* Tenía el cabello revuelto y su cara desfigurada estaba surcada de cicatrices. Le faltaba el dedo corazón de la mano izquierda. *De ahí lo de Nuevededos. Qué original.*

—Duerme hasta tarde, ¿eh?

El norteño asintió.

—Su ciudad es demasiado calurosa para mí. Me quita el sueño por las noches y me lo da por la mañana.

La pierna de Glokta palpitaba de dolor, la espalda se quejaba amargamente y tenía el cuello más rígido que una rama seca. No podía hacer otra cosa si quería que no se notara su sufrimiento. Habría dado lo que fuera por poder tirarse en la única silla que seguía intacta y ponerse a pegar alaridos. *Pero, en lugar de eso, tengo que estar aquí de pie intercambiando unas palabras con estos charlatanes.*

—¿Podría explicarme qué es lo que ha pasado aquí?

Nuevededos se encogió de hombros.

—Salí a mear durante la noche y vi a alguien en la habitación —no parecía que le resultara difícil expresarse en la lengua común, aunque su elección de palabras dejaba mucho que desear.

—¿Pudo identificar a esa persona?

—No. Pero era una mujer. Eso es todo lo que pude ver. —Reacomodó los hombros como si algo le inquietara.

—Conque una mujer, ¿eh? —*A cada segundo que pasa la historia se vuelve más absurda*—. ¿No podría decirme algo más? ¿Algo que nos permitiera circunscribir un poco más la búsqueda para que no comprendiera a la mitad de la población de la ciudad?

—Hacía frío. Mucho frío.

—¿Frío? —*Pues claro, nada más natural en una de las noches más calurosas del*

año.

Glokta se quedó un rato mirando los ojos del norteño, y éste le sostuvo la mirada. Eran unos ojos de un color azul oscuro, fríos y rehundidos. *No son los ojos de un idiota. Puede que parezca un simio, pero no habla como si lo fuera. Antes de decir algo se lo piensa, y sólo dice lo que quiere decir.*

—¿Qué asuntos le han traído a la ciudad, maese Nuevededos?

—He venido para acompañar a Bayaz. Pero si quiere saber cuáles son sus asuntos, será mejor que le pregunte a él. Porque yo, la verdad, no tengo ni idea.

—¿Le paga entonces?

—No.

—¿Le sigue por lealtad?

—No exactamente.

—Pero usted es su sirviente, ¿no?

—No. La verdad es que no —el norteño se rascó lentamente sus mandíbulas mal afeitadas—. En realidad, no sé lo que soy.

Un maldito mentiroso, eso es lo que eres. Pero ¿cómo demostrarlo? Glokta señaló con su bastón la devastación de la sala.

—¿Cómo pudo esa intrusa de la que me habla causar semejante destrozo?

—No lo hizo ella, fue Bayaz.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo?

—Él lo llama Arte.

—¿Arte?

—La magia pura es incontrolable y peligrosa, pues proviene del Otro Lado —salmodió solemnemente el aprendiz como si lo que estaba diciendo tuviera la máxima importancia—, y todo lo que proviene del mundo inferior conlleva innumerables riesgos. Los Magos atemperan la magia con el conocimiento, y de ahí surge el Gran Arte, pero, al igual que el herrero y el...

—¿El Otro Lado? —terció Glokta cortando la sarta de estupideces de aquel joven tarado— ¿El mundo inferior? ¿De qué demonios habla? ¿Magia? ¿Sabe usted algo de magia, maese Nuevededos?

—¿Yo? —el norteño soltó una carcajada—. Claro que no —se quedó pensativo un instante y, luego, como si se lo hubiera pensado mejor, añadió—: Pero puedo hablar con los espíritus.

—¿Con los espíritus? ¡No me diga! —*Esto es el colmo*—. Y no cree que tal

vez ellos pudieran decirnos quién era esa intrusa.

—Me temo que no —Nuevededos sacudió apesadumbrado la cabeza. O no había captado el sarcasmo o había decidido ignorarlo—. Aquí no hay ninguno despierto. Están todos dormidos. Desde hace mucho.

—Ah, claro —*Todos los espíritus se han ido a la cama. Ya está bien de tanta tontería*—. ¿Es usted un hombre de Bethod?

—Podría decirse que sí —ahora era Glokta el sorprendido. Como mucho, había esperado una súbita inspiración de aire, un precipitado intento de ocultación, todo menos una confesión tan directa. Pero Nuevededos ni siquiera pestañeaba—. En tiempos fui su campeón.

—¿Su campeón?

—Luché diez duelos en su nombre.

Glokta no sabía muy bien qué decir.

—¿Y ganó?

—Tuve suerte.

—Me imagino que estará usted informado de que Bethod ha invadido La Unión.

—Desde luego —Nuevededos exhaló un suspiro—. Hace mucho que debería haber matado a ese cabrón, pero entonces yo era joven, y estúpido. Dudo mucho que vuelva a tener otra oportunidad; en fin, así son las cosas. Hay que ser... ¿cómo se dice?

—Realista —le apuntó Quai.

Glokta torció el gesto. Hacía un momento parecía como si de repente todo fuera a encajar, pero el momento había pasado y las cosas ahora estaban aún más embrolladas que antes. Miró fijamente a Nuevededos, pero aquel rostro surcado de cicatrices no ofrecía respuestas, sólo nuevos interrogantes. *Habla con los espíritus. Ha sido el campeón de Bethod pero ahora es su enemigo. Una misteriosa mujer le ataca en medio de la noche. Y ni siquiera sabe qué ha venido a hacer aquí. Cualquier embustero mínimamente astuto procura decir todas las verdades que pueda, pero éste cuenta tantas mentiras que no sé ni por dónde empezar.*

—¡Vaya, tenemos visita! —Un anciano bajo y fornido, con una barba gris corta, entró en la sala frotándose vigorosamente su cabeza calva con un trapo. *Así que éste es Bayaz.* El anciano se dejó caer en la única silla que quedaba en pie con una falta de apostura que se compadecía mal con tan ilustre personaje histórico—. Le ruego que me disculpe. Estaba dándome un baño. Por cierto, que el baño que tienen aquí es excelente. Desde que llegamos a Agriont no he dejado de usarlo ni un solo día. He acumulado tanto polvo durante el viaje, que

siempre que tengo la oportunidad aprovecho para asearme un poco —el anciano se repasó la calva con una mano produciendo un leve chirrido.

Glokta comparó mentalmente sus facciones con las de la estatua de Bayaz que había en la Vía Regia. *El parecido no tiene nada de asombroso, desde luego. No es ni la mitad de imponente y, además, es bastante más bajo. No tardaría ni una hora en encontrar cinco ancianos que dieran más el pego. Hasta el Archilector Sult quedaría mejor si se le pasara una navaja por el cráneo.* Glokta observó la lustrosa calva del anciano. *Me pregunto si no se la rasurará todas las mañanas.*

—¿Usted es...? —inquirió el supuesto Bayaz.

—El Inquisidor Glokta.

—Ah, un miembro de la Inquisición de Su Majestad. ¡Qué gran honor!

—Por favor, el honor es mío. Al fin y al cabo es usted el legendario Bayaz, el Primero de los Magos.

Los ojos verdes del anciano le miraron con extrema severidad. —Calificarme de legendario tal vez sea un tanto excesivo, pero, en efecto, soy Bayaz.

—Su compañero, maese Nuevededos, me estaba narrando los acontecimientos de la otra noche. Un relato muy pintoresco. Según me ha dicho, es usted el causante de... todo esto.

El anciano soltó un resoplido.

—No tengo por costumbre recibir a huéspedes que no han sido invitados.

—Y que lo diga.

—Lo sé, lo sé, la habitación ha sufrido algunos desperfectos. Pero mi experiencia me dice que en estos casos lo mejor es actuar de forma rápida y contundente. Ya habrá tiempo luego de recoger los trozos sueltos.

—Sin duda. Disculpe mi ignorancia, maese Bayaz, pero, ¿podría decirme cómo se produjeron exactamente... los desperfectos?

El anciano sonrió.

—Como comprenderá, no tenemos por costumbre compartir nuestros secretos con cualquiera, y me temo que ya tengo un aprendiz —acto seguido, señaló al artificioso joven.

—Ya hemos sido presentados. ¿No podría decirme algo de una forma sencilla que yo fuera capaz de comprender?

—Supongo que usted lo llamaría magia.

—Magia, ya.

—Así es. A fin de cuentas, por eso somos famosos los Magos.

—Hummm. Me imagino que no sería tan amable de hacerme una demostración.

—¡Oh no! —el supuesto mago se rió con ganas—. No me dedico a hacer trucos.

Este viejo idiota es tan impenetrable como el tipo del Norte. El uno apenas habla y el otro habla sin parar pero no dice nada.

—Debo reconocer que no consigo explicarme cómo se las pudo arreglar esa intrusa para entrar aquí —Glokta echó un vistazo a la habitación examinando las posibles vías de entrada—. El guarda no vio nada, de modo que sólo nos queda la ventana.

Se acercó con cuidado al agujero y se asomó afuera. Del balcón sólo quedaban unos cuantos fragmentos de piedra. Al margen de eso, el muro caía a pico hasta el agua que brillaba abajo a lo lejos.

—Una escalada bastante respetable, más aún si se lleva un vestido. Yo diría que imposible, ¿no le parece? ¿Cómo cree que pudo hacerlo esa mujer?

El anciano soltó un resoplido.

—¿Qué pretende, que le haga su trabajo? ¡A lo mejor trepó por el conducto de la letrina! —la sugerencia pareció inquietar bastante al norteño—. ¿Por qué no la captura y se lo pregunta? ¿No ha venido para eso?

Susceptible, muy susceptible, pero magníficamente interpretado. Muy logrado ese aire de inocencia ofendida. Casi consigue que me crea esa basura. Casi.

—Ahí reside el problema. Su misteriosa intrusa no ha dejado ni rastro. Unos cuantos trozos de madera, restos de muebles, algunas piedras del muro... eso era todo lo que había desparramado por la calle. Pero ni resto de un intruso, ni de un sexo ni del otro.

El anciano le miró fijamente y un profundo ceño comenzó a dibujarse en su semblante.

—Puede que el cuerpo haya quedado reducido a cenizas. Puede que se haya desintegrado en unos trozos tan pequeños que resulten irreconocibles o puede que se haya consumido y se haya evaporado en el aire. Son cosas que ocurren con bastante frecuencia. Sobre todo cuando estoy enojado.

—Me temo, sin embargo, que voy a tener que arriesgarme a enojarle. Verá, estoy empezando a pensar que tal vez no sea usted Bayaz, el Primero de los Magos.

—¿No me diga? —las pobladas cejas del anciano se juntaron.

—Creo que cuanto menos debo contemplar la posibilidad de que sea usted... —la habitación se sumió en un tenso silencio—... un impostor.

—¿Un farsante? ¿Yo? —le espetó el supuesto Mago. El joven paliducho agachó la cabeza y empezó a retroceder hacia la pared. De pronto, Glokta se sintió completamente solo en medio de aquel círculo de escombros, solo y cada vez menos seguro de sí, pero de todos modos se mantuvo al pie del cañón.

—Se me ha ocurrido que todo este asunto bien podría ser un montaje destinado a impresionarnos. Una muy oportuna demostración de sus poderes mágicos.

—¿Oportuna? —bufó el anciano alzando inusitadamente la voz—. ¿Oportuna ha dicho? ¡Lo oportuno sería que me dejaran dormir por la noche sin interrupciones! ¡Lo oportuno sería estar ahora cómodamente sentado en mi asiento del Consejo Cerrado! ¡Lo oportuno sería que en lugar de hacerme un montón de preguntas estúpidas mis palabras fueran ley para los habitantes de esta ciudad como ocurría antes!

De pronto, el parecido entre el anciano y la estatua de la Vía Regia se había acentuado de forma muy notable. El mismo ceño autoritario, el mismo rictus desdeñoso, la misma amenaza de una furia terrible. Las palabras del anciano cayeron sobre Glokta como una losa. Le cortaban la respiración, amenazaban con aplastarle las rodillas, se le hundían en el cráneo y dejaban tras de sí una sombra de duda. Alzó la vista y volvió a mirar el enorme boquete de la pared. *¿Polvo explosivo? ¿Catapultas? ¿Obreros? ¿No habría una explicación más sencilla?* Al igual que le había ocurrido hacía unos días en el despacho del Archilector, tuvo la sensación de que el mundo se había puesto a girar a su alrededor. Su mente revolvía las piezas, las separaba y las volvía a juntar. *¿Y si estuviera diciendo la verdad? ¿Y si...?*

¡No! Glokta desterró la idea de su mente. Alzó la cabeza y lanzó al anciano una mirada desdeñosa para darle también a él algo en qué pensar. *Un actor avejentado con la cabeza rapada y unas maneras más o menos convincentes. Eso es todo.*

—Si es usted quien dice ser, no tiene nada que temer de mis preguntas, ni de sus respuestas.

El anciano sonrió y al instante la extraña opresión se desvaneció.

—Al menos, Inquisidor, su franqueza resulta reconfortante. No dudo que hará cuanto esté en su mano para probar su teoría. Le deseo suerte en el empeño. Yo, como bien dice usted, no tengo nada que temer. Lo único que le pido es que no venga a importunarnos hasta que no tenga alguna prueba

concluyente.

Glokta se inclinó con rigidez.

—Procuraré que sea así —dijo y, a continuación, se dirigió a la puerta.

—¡Una cosa más! —el anciano miraba el boquete de la pared—. ¿Sería demasiado pedir que se nos proporcionaran nuevos aposentos? En éstos hay bastantes corrientes de aire.

—Me encargaré de ello.

—Bien. Y a ser posible que no haya que subir tantos escalones. Mis rodillas ya no están para esos trotes. —*¿De veras? Bueno, en eso al menos coincidimos.*

Glokta echó un último vistazo a los tres impostores. El anciano calvo le sostuvo impertérrito la mirada. El joven desgarbado levantó la vista con nerviosismo y de inmediato la apartó. El norteño seguía mirando con expresión ceñuda la puerta de la letrina. *Charlatanes, impostores, espías. Pero ¿cómo demostrarlo?*

—Que tengan un buen día, caballeros —y, acto seguido, avanzó renqueando hacia las escaleras con la máxima dignidad posible.

Nobleza

Jezal se rasuró los pocos pelos rubios que le quedaban en la mandíbula y lavó la navaja en el cuenco. Luego la secó con un paño, la cerró y la dejó con cuidado en la mesa, admirando los reflejos nacarados del mango.

Se secó la cara y a continuación —su momento favorito del día— se miró en el espejo. Un espejo bastante bueno, recién importado de Viserine, un regalo de su padre, un óvalo de un cristal liso y brillante con un marco de madera primorosamente tallado. Un marco idóneo para el apuesto joven que le contemplaba sonriente desde la pulida superficie. Aunque, a decir verdad, llamarle apuesto era quedarse corto.

—Eres una belleza, ¿eh? —se dijo Jezal sonriendo mientras se repasaba la lustrosa piel de su mandíbula con los dedos. Una señora mandíbula. Todo el mundo le aseguraba que era su mejor rasgo, aunque eso tampoco quería decir que el resto desmereciera en lo más mínimo. Se volvió a derecha e izquierda para poder admirar mejor su espléndida barbilla. No era demasiado pronunciada, no resultaba animal, pero tampoco demasiado fina, ni femenina ni floja. Una genuina mandíbula masculina, con una leve hendidura en la barbilla que transmitía fuerza y autoridad, confiriéndole a la vez un aire sensible y reflexivo. ¿Existía alguna mandíbula que pudiera comparársele? Es posible que en tiempos remotos un rey o algún héroe legendario tuvieran una mandíbula igual de espléndida. No cabía duda, en cualquier caso, que se trataba de la mandíbula de un noble. Un plebeyo jamás podría tener una mandíbula como ésa.

Debía de venirle de su madre, supuso Jezal. La barbilla de su padre era bastante floja. Y la de sus hermanos, ahora que lo pensaba, también. Daban un poco de pena, la verdad, pero era indudable que él era el guapo de la familia.

—Y también el más inteligente —se dijo alegremente. Se apartó de mala gana del espejo, entró en su cuarto, se puso la camisa y empezó a abotonársela. Tenía que ir de punta en blanco. Al pensar en ello, un leve escalofrío, que parecía arrancar de su estómago, le trepó por la tráquea y se le alojó en la garganta.

A esas alturas, las puertas ya estarían abiertas. Un flujo continuo de gente estaría entrando en Agriont y ocupando sus asientos en los grandes bancos de madera de la Plaza de los Mariscales. Millares de personas. Todas las importantes y muchas otras que no lo eran. En ese momento se estaba congregando una multitud que vociferaba excitada, que se hacía sitio a empujones, esperando a que llegara... él. Soltó una tos y se esforzó por desterrar aquella idea de su mente. Ya se había pasado la mitad de la noche despierto dándole vueltas al tema.

Se acercó a la mesa donde le aguardaba la bandeja con su desayuno. Con gesto ausente, cogió una salchicha entre las puntas de los dedos, arrancó un trozo de un mordisco y lo masticó con desgana. Arrugó la nariz y tiró la salchicha al plato. No tenía apetito. Se estaba limpiando las manos con un trapo cuando de repente se fijó que en el suelo, tirado junto a la puerta, había algo: un trozo de papel. Se agachó, lo cogió y lo desdobló. Sólo contenía una línea, escrita con esmerada caligrafía.

Reúnete conmigo esta noche junto a la estatua de Harod el Grande que hay cerca de las Cuatro Esquinas.

A.

—Mierda —murmuró incrédulo mientras repasaba la frase una y otra vez. Volvió a doblar el papel y echó un vistazo a la habitación con gesto nervioso. Esa «A» sólo podía ser una persona. Se había pasado los dos últimos días entrenando y había conseguido quitársela de la cabeza. Pero aquello la volvía a situar en primer plano.

—¡Mierda! —Abrió el papel y lo volvió a leer. ¿Reunirse con ella esta noche? Al pensar en ello, no pudo evitar un súbito sentimiento de satisfacción, que no tardó en convertirse en una inequívoca oleada de placer. Una sonrisa idiota se le dibujó en los labios. ¿Una cita secreta en la oscuridad? Sólo de pensarlo sentía un cosquilleo. Pero los secretos tenían la mala costumbre de acabar aflorando a la superficie. ¿Y si se enteraba su hermano? La idea produjo al instante un rebrote de nerviosismo. Cogió con ambas manos el trozo de papel, dispuesto a partirlo en dos, pero en el último momento lo dobló y se lo metió en el bolsillo.

El estruendo de la multitud le alcanzó cuando aún estaba en el pasadizo. Un rumor extraño y resonante que parecía brotar de las mismísimas piedras. Ya

lo había oído antes, en el Certamen del año pasado, pero entonces era un simple espectador y no había hecho que su piel se empapara de sudor y que se le revolvieran las tripas. Ser parte del público es una cosa, formar parte del espectáculo otra muy distinta.

Fue aminorando la marcha y finalmente se detuvo. Cerró los ojos, se apoyó en el muro y, mientras el ruido de la multitud le atronaba en los oídos, trató de respirar hondo y de recobrar la compostura.

—Tranquilo, sé cómo te sientes —Jezal sintió la mano reconfortante de West posada en sus hombros. Es posible que él hubiera pasado ya por un par de Certámenes, pero a Jezal le parecía bastante poco probable que se hubiera planteado a la vez la posibilidad de tener una cita secreta esa misma noche con la hermana de su mejor amigo. Se preguntó si West se mostraría tan considerado con él si supiera el contenido de la carta que llevaba en el bolsillo de la pechera. Seguramente no.

—Será mejor que vayamos. No querrás que empiecen sin nosotros.

—No —Jezal aspiró una última bocanada de aire, abrió los ojos y lo expulsó con fuerza. Luego se separó del muro y avanzó a buen paso por el túnel. De pronto, sintió una nueva oleada de pánico, ¿dónde estaban sus aceros? Miró desesperado a su alrededor y suspiró aliviado. Los tenía en la mano.

El vestíbulo que había al final del túnel estaba abarrotado de gente: entrenadores, padrinos, amigos, familiares y un nutrido grupo de parásitos. A los contendientes, sin embargo, se los distinguía con mucha facilidad: quince jóvenes que empuñaban con fuerza sus aceros. La atmósfera de miedo era tan patente como contagiosa. Allá donde mirara, Jezal veía semblantes lívidos y nerviosos, frentes bañadas de sudor, ojos inquietos que lanzaban miradas furtivas hacia todas partes. El ominoso ruido de la multitud, que llegaba a oleadas desde el otro lado de las puertas como un mar tempestuoso, no contribuía precisamente a mejorar las cosas.

Sólo había un hombre al que la situación no parecía preocuparle en absoluto. Estaba separado del resto, recostado en la pared con un pie apoyado en el encalado y la cabeza echada hacia atrás, mirando a la concurrencia por encima de la nariz con los ojos entornados. La mayoría de los contendientes eran unos tipos ágiles, nervudos y atléticos. Él era todo lo contrario. Un hombre corpulento y pesado que llevaba el pelo cortado al cero. El cuello era extremadamente grueso y tenía unas mandíbulas tan amplias como el umbral de una puerta: unas mandíbulas propias de un plebeyo, pensó Jezal, pero de un plebeyo enorme, poderoso y con pinta de tener muy malas pulgas. De no haber sido por los aceros que colgaban de sus manos, Jezal le habría tomado por un

sirviente.

—Gorst —le susurró West al oído.

—Puff. Parece un jornalero más que un espadachín.

—Puede. Pero las apariencias engañan —el ruido de la muchedumbre comenzó a remitir y el murmullo nervioso de la sala se fue desvaneciendo. West alzó las cejas—. La alocución del Rey —susurró.

—¡Amigos! ¡Compatriotas! ¡Conciudadanos de la Unión! —resonó una voz perfectamente audible pese al grosor de las puertas.

—Hoff —resopló West—. Hasta para esto sustituye al Rey. ¿Por qué no se deja de tonterías y se ciñe la corona de una maldita vez?

—Hoy hace un mes —se oyó bramar a lo lejos al Lord Chambelán— mis colegas del Consejo Cerrado me plantearon la siguiente pregunta... ¿no sería conveniente que este año no se celebrara el Certamen? —se oyeron los abucheos y los gritos de protesta de la multitud—. ¡Era una pregunta lógica! —gritó Hoff— ¡Estamos en guerra! ¡Luchamos a muerte en el Norte! ¡Esas libertades que tanto valoramos, esas libertades que son la envidia del resto del mundo, nuestro propio modo de vida, se ve amenazado por unos salvajes!

Un secretario comenzó a dar vueltas por la sala separando a los contendientes de sus familiares, entrenadores y amistades.

—Buena suerte —le deseó West palmeando a Jezal en el hombro—. Nos vemos ahí fuera —Jezal tenía la boca seca y sólo pudo responderle asintiendo con la cabeza.

—¡Quienes me hacían esa pregunta eran hombres de probado valor! —rugía la voz de Hoff al otro lado de la puerta—. ¡Hombres sabios! ¡Grandes patriotas todos ellos! ¡Mis fieles colegas del Consejo Cerrado! ¡Y yo comprendía por qué pensaban que tal vez fuera preferible que este año no hubiese Certamen! —se produjo una prolongada pausa—. ¡Pero les dije... no!

Sus palabras fueron recibidas con un frenético estallido de vítores.

—¡No! ¡No! —coreaba la multitud. Jezal y los demás contendientes fueron colocados en una fila de dos en fondo formando ocho parejas. Aunque ya lo había hecho lo menos veinte veces, Jezal se puso a repasar los aceros mientras, fuera, Lord Hoff seguía con su perorata.

—¡No, les dije! ¿Vamos a permitir que esos bárbaros, esas bestias del gélido Norte pisoteen nuestra forma de vida? ¿Vamos a permitir que este rayo de libertad que brilla en medio de la oscuridad del mundo se extinga? ¡No, les dije! ¡Nuestra libertad ni está en venta ni tiene precio! ¡Compatriotas, queridos conciudadanos de La Unión, de una cosa podéis estar seguros... esta guerra la

vamos a ganar!

El público expresó su aprobación con una nueva oleada de vítores. Jezal tragó saliva y miró nervioso a su alrededor. Bremer dan Gorst estaba de pie a su lado y tuvo la osadía de guiñarle un ojo y sonreírle como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

—Cretino de mierda —masculló Jezal cuidándose de no abrir la boca.

—Y, por eso, queridos amigos, por eso —sonaron los alaridos finales de Hoff—, ¿qué mejor momento para celebrar este evento que cuando nos vemos enfrentados a tan grandes peligros? ¡Qué mejor ocasión para celebrar la destreza, la fortaleza y la pericia de algunos de los más bravos hijos de la Unión! ¡Conciudadanos, compatriotas de la Unión, aquí tenéis a vuestros campeones!

Se abrieron las puertas y el rugido de la multitud irrumpió en la sala haciendo que de pronto la vigas del techo vibraran de forma ensordecedora. Los espadachines que iban a la cabeza traspasaron el resplandeciente arco, luego la siguiente pareja, después otra. Jezal estaba seguro de que se iba a quedar paralizado, con la mirada fija, como un conejo asustado, pero, cuando le llegó el turno, sus pies arrancaron virilmente, a la par que los de Gorst, y, haciendo resonar los tacones de sus resplandecientes botas, cruzó el arco.

La Plaza de los Mariscales estaba irreconocible. Un enorme graderío, lleno a rebosar por una enfervorizada multitud, se extendía a lo largo de todo su perímetro y se alzaba hasta alcanzar una enorme altura. Los contendientes avanzaron en fila por el estrecho valle que se abría entre las altísimas gradas para dirigirse al centro de aquel inmenso ruedo, flanqueados por un sombrío bosque de vigas, puntales y pilares hechos de troncos de árboles. Enfrente de ellos, aunque parecía hallarse infinitamente lejos, se hallaba el círculo donde se iban a desarrollar los combates: un pequeño redondel de hierba amarillenta en medio de un mar de rostros.

En la parte de delante, Jezal distinguió los rasgos de los ricos y los nobles. Iban ataviados con sus mejores galas, se hacían visera con la mano para protegerse del sol y, en su conjunto, mostraban un afectado desinterés por el espectáculo que tenían delante. A medida que se iba ascendiendo, las figuras se volvían más difusas y las ropas bastante menos exquisitas. Aunque la mayor parte del público no era más que una masa de borrones y motas de colores, apelotonada en el extremo más lejano del mareante cuenco, los plebeyos compensaban su alejamiento mostrándose extremadamente bulliciosos: gritaban, vitoreaban, se ponían de puntillas y agitaban los brazos. Más arriba, cual islas en medio del océano, emergían los muros y los tejados de los edificios más altos de la plaza, cuyas ventanas y pretiles estaban abarrotados de

minúsculos espectadores.

Jezal parpadeó ante la visión de aquel despliegue de humanidad. Una parte de sí era consciente de que tenía la boca abierta, pero era una parte demasiado pequeña como para hacer que la cerrara. Demonios, se sentía un poco mareado. Sabía que debería haber comido algo, pero ya era demasiado tarde. ¿Y si vomitaba delante de medio mundo? De nuevo se sintió acometido por una oleada de pánico. ¿Dónde había puesto sus aceros? En sus manos, en sus manos. La multitud rugía, suspiraba, aullaba con una miríada de voces distintas.

Los contendientes comenzaron a alejarse del círculo. No todos iban a combatir ese día, la mayoría se limitaría a mirar. Cómo si hubiera necesidad de contar con más espectadores. Los descartados comenzaron a dirigirse hacia las primeras filas, pero, para su desgracia, Jezal no era uno de ellos. Emprendió el camino de los cercados donde los contendientes se preparaban para el combate.

Se dejó caer pesadamente junto a West, cerró los ojos y se secó el sudor de la frente mientras la multitud continuaba con su terrible alboroto. Todo era demasiado brillante, demasiado ruidoso, demasiado apabullante. El Mariscal Varuz estaba cerca de él, apoyado en un lado del cercado para poder chillarle al oído. En un intento vano de encontrar algo que le distrajera un poco, Jezal dirigió la vista hacia el palco real, que se encontraba al otro lado del ruedo.

—Parece que Su Majestad está disfrutando mucho del espectáculo —le susurró West al oído.

—Hummm —el Rey, en realidad, parecía haberse quedado dormido y tenía la corona ladeada. Jezal se preguntó con desgana qué pasaría si finalmente se cayera.

También estaba el Príncipe Ladisla, vestido tan fastuosamente como de costumbre, mirando hacia el ruedo con una sonrisa radiante, como si todos los presentes hubieran acudido para verle a él. El aspecto del Príncipe Raynault no podía ser más distinto: vestía con sencillez y sobriedad y miraba con gesto ceñudo a su semiinconsciente progenitor. A su lado, muy erguida y con la barbilla alzada, se sentaba su madre, la Reina, tratando de aparentar que su marido estaba completamente despierto y que la corona no amenazaba con aterrizar súbita y dolorosamente en su regazo. Entre ella y Lord Hoff, a Jezal le llamó la atención una joven de gran belleza. Vestía con más lujo aún que Ladisla, si es que eso era posible, y llevaba al cuello una cadena de enormes diamantes que relucían al sol.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Jezal.

—Ah, la Princesa Terez —susurró West—. La hija del Gran Duque Orso, el Señor de Talins. Siempre he oído decir que era una mujer bellísima y, por una

vez, parece que los rumores no exageraban.

—Creía que de Talins no podía salir nada bueno.

—Yo también, pero da la impresión de que ella es la excepción, ¿no te parece? —Jezal no estaba del todo convencido. Despampanante sin duda lo era, pero en la expresión de sus ojos se adivinaba una especie de gélido orgullo—. Creo que la Reina tiene en mente casarla con el Príncipe Ladisla —Jezal vio cómo el Príncipe heredero se inclinaba por delante de su madre para obsequiar a la Princesa con algún chiste insustancial y luego se reía encantado de su propia ocurrencia y se palmeaba regocijado las rodillas. La mujer le respondió esbozando una sonrisa glacial, que incluso a esa distancia irradiaba desdén. Ladisla, sin embargo, no pareció percatarse, y en ese momento sucedió algo que atrajo la atención de Jezal. Un hombre alto, vestido con una casaca roja, se aproximaba al círculo avanzando a grandes zancadas. El árbitro.

—Ha llegado la hora —le susurró West.

El árbitro alzó teatralmente un brazo con dos dedos extendidos y se dio lentamente la vuelta esperando a que remitiera el alboroto.

—¡Hoy tendrán el placer de asistir a *dos* asaltos de esgrima! —tronó, y, acto seguido, alzó la otra mano y extendió tres dedos; la multitud aplaudió—. ¡Cada uno de ellos a *tres* toques! —después levantó los dos brazos a la vez—. *¡Cuatro* hombres lucharán ante ustedes! Dos de ellos se retirarán... con las manos vacías —el árbitro dejó caer un brazo mientras sacudía con gesto pesaroso la cabeza; la multitud exhaló un suspiro—. ¡Pero los otros dos pasarán a la ronda siguiente! —La muchedumbre expresó ruidosamente su aprobación.

—¿Listo? —preguntó el Mariscal Varuz inclinándose sobre el hombro de Jezal.

Vaya una pregunta más estúpida. ¿Y si no estaba listo? ¿Qué pasaría? ¿Se suspendería el espectáculo? ¡Disculpen todos, pero es que no estoy listo! ¿Qué tal si nos vemos al año que viene? Pero Jezal sólo fue capaz de decir:

—Ajá.

—¡El primer asalto va a comenzar! —exclamó el árbitro dándose lentamente la vuelta en el centro de la arena.

—¡La guerrera! —le espetó Varuz.

—¡Ah! —Jezal bregó con los botones, se quitó la guerrera y se puso a arremangarse maquinalmente la camisa. Miró de reojo a su contrincante y vio que también él estaba haciendo unos preparativos similares. Era un joven alto y delgado, de brazos largos, con unos ojos apagados y un tanto acuosos. No podía decirse que su aspecto fuera demasiado intimidatorio. Jezal advirtió que sus manos temblaban un poco mientras cogía los aceros que le tendía su

padrino.

—¡Preparado por Sepp dan Vissen, y llegado desde Rostod, en Starikland... —el árbitro hizo una pausa efectista—... Kurtis dan Broya! —El público le dedicó una enardecida ovación. Jezal soltó un resoplido. Aquellos payasos aplaudían a cualquiera.

El joven espigado se levantó de su asiento y avanzó con decisión hacia el círculo con sus aceros centelleando al sol.

—¡Broya! —repitió el árbitro mientras aquel idiota desgarbado se colocaba en su marca. West desenvainó los aceros. El tintineo metálico de sus hojas hizo que a Jezal volvieran a entrarle las ganas de vomitar.

El árbitro señaló de nuevo hacia los cercados de los contendientes:

—¡Y su contrincante de hoy! ¡Un oficial de la Guardia Real, entrenado por el mismísimo Mariscal Varuz! —sonaron unos cuantos aplausos y el rostro del anciano soldado se iluminó con una sonrisa—. Llegado desde Luthar, en Midderland, pero residente en Agriont... ¡el capitán Jezal dan Luthar! —El público prorrumpió en una salva de aplausos bastante más ruidosa que la que había recibido Broya. En medio del barullo se alzó una ráfaga de gritos agudos. Números cantados. Se hacían apuestas. Mientras se ponía lentamente de pie, Jezal volvió a sentir náuseas.

—Buena suerte —West le entregó por el lado de la empuñadura los aceros desnudos.

—¡No la necesita! —bramó Varuz—. ¡Ese Broya es un don nadie! ¡Basta con que le mantenga a distancia! ¡Presiónele, Jezal! ¡Presiónele!

El trayecto hasta aquel círculo de hierba rasa y seca se le estaba haciendo eterno. Mientras avanzaba retorciendo una y otra vez las empuñaduras de sus aceros con sus manos sudorosas, el griterío de la multitud le retumbaba en los oídos, aunque más atronador aún era el palpitar de su propio corazón.

—¡Luthar! —repitió el árbitro sonriendo ampliamente al ver acercarse a Jezal.

Todo tipo de preguntas absurdas e irrelevantes se le pasaban por la cabeza. ¿Estaría Ardee entre el público preguntándose si acudiría a reunirse con ella por la noche? ¿Le matarían en la guerra? ¿Cómo se las habrían ingeniado para trasladar aquel círculo de hierba a la Plaza de los Mariscales? Levantó la vista y miró a Broya. ¿Sentiría lo mismo que él? La multitud había enmudecido por completo. El peso del silencio se abatió sobre Jezal mientras se colocaba en su marca y afirmaba los pies en la hierba seca. Broya encogió los hombros, sacudió la cabeza y alzó sus aceros. A Jezal le entraron de pronto ganas de orinar. Unas ganas enormes. ¿Y si se lo hacía encima? Una gran mancha oscura

extendida por sus pantalones. El tipo que se meó en pleno Certamen. Se pasarían el resto de la vida burlándose de él.

—¡Adelante! —tronó el árbitro.

Pero no ocurrió nada. Los dos hombres permanecían inmóviles frente a frente con los aceros en la posición inicial. Jezal sintió un picor en las cejas. Tenía ganas de rascárselas, pero ¿con qué? Su contrincante se chupó los labios y luego, con mucha precaución, dio un paso a la izquierda. Jezal le imitó. Haciendo crujir suavemente la hierba seca con sus pisadas, se fueron rodeando el uno al otro con suma cautela mientras se iban acercando muy poco a poco. Conforme disminuía la distancia entre ellos, el mundo de Jezal se fue reduciendo cada vez más al espacio que había entre las dos puntas de los aceros largos. Ya estaban sólo a una zancada. Ahora a un metro. Ahora a medio metro. Toda la atención de Jezal estaba concentrada en esas dos puntas brillantes. Tres centímetros. Broya se lanzó hacia delante sin mucha fuerza, y Jezal, sin pensarlo siquiera, desvió el golpe.

Las hojas de los aceros repicaron al entrechocarse y, como si se tratara de una señal acordada previamente, el público recuperó la voz. Primero fueron sólo unos cuantos gritos aislados:

—¡Machácale, Luthar!

—¡Sí!

—¡Pinche! ¡Pinche!

Pero pronto quedaron absorbidos por el furioso y atronador oleaje de la multitud, que subía y bajaba al compás de los movimientos de los contendientes en el círculo.

Cuanto más se fijaba Jezal en aquel imbécil desgarbado, menos imponente le parecía. Su nerviosismo empezó a remitir. Broya intentó una torpe acometida, y Jezal la esquivó casi sin moverse. Broya le lanzó un tajo sin demasiada convicción, y Jezal lo paró sin ningún problema. Broya entró a fondo con un movimiento inepto, desequilibrado y excesivamente extendido, y Jezal lo eludió girándose y tocó a su contrincante en las costillas con la punta roma de su acero largo. Todo había sido muy fácil.

—¡Uno para Luthar! —gritó el árbitro mientras una ovación se extendía por las gradas. Jezal sonrió para sí, regodeándose con la admiración del público. Varuz tenía razón, aquel bobo no le iba a plantear ningún problema. Un toque más y ya habría pasado a la siguiente ronda.

Regresó a su marca, y lo mismo hizo Broya, que se frotaba las costillas con una mano mientras lanzaba a Jezal una mirada torva arrugando las cejas. Jezal no se sintió intimidado en absoluto. Las miradas torvas no sirven de nada

si después la forma de combatir no está a su altura.

—¡Adelante!

Esta vez se acercaron rápidamente e intercambiaron un par de tajos. Jezal estaba sorprendido de la lentitud de su contrincante.

Era como si cada una de sus espadas pesara una tonelada. Broya lanzaba golpes al aire con el acero largo tratando de aprovechar la longitud de sus brazos para alcanzar a Jezal. Hasta el momento apenas había recurrido al acero corto, y todavía menos a un uso coordinado de ambos. Peor aún, a pesar de que sólo llevaban luchando unos pocos minutos, parecía que empezaba a faltarle el aliento. ¿Se habría entrenado aquel paleto? ¿O es que andaban cortos de participantes y habían cogido al primer sirviente que pasaba por la calle? Jezal se apartó de un salto y se puso a bailar alrededor de su rival. Broya trataba de darle alcance de una forma tan obstinada como incompetente. La cosa empezaba a resultar un tanto embarazosa. Los combates tan disparejos no divierten a nadie y la torpeza de aquel patán le estaba impidiendo lucirse.

—¡Oh, venga ya! —gritó Jezal. Una cascada de risas se extendió por las gradas. Broya apretó los dientes y se abalanzó sobre él con todo lo que tenía, que tampoco era mucho. Jezal desbarató sus torpes ataques, se agachó y se deslizó hasta el otro lado del círculo mientras su estúpido contrincante le seguía sin lograr acercársele a menos de tres pasos. Aquel tipo no tenía ni precisión, ni velocidad, ni ideas. Hacía sólo unos minutos la perspectiva de tener que enfrentarse a aquel idiota desgarbado le tenía medio aterrorizado. Pero ahora lo que empezaba a estar era aburrido.

—¡Ja! —Jezal pasó súbitamente al ataque, cogió desequilibrado a su contrincante y le lanzó un tajo brutal que le obligó a echarse hacia atrás tambaleándose. La multitud se reanimó y rugió mostrándole su apoyo. Acto seguido, Jezal descargó sobre su rival una tanda de estocadas. Broya trató de pararlas a la desesperada, perdió por completo el equilibrio, retrocedió trastabillando y, tras parar un último golpe, tropezó, se le desmadejaron los brazos, perdió el acero corto y cayó sentado fuera del círculo.

El público prorrumpió en un torrente de ruidosas carcajadas, al que Jezal no pudo evitar sumarse. El pobre imbécil tenía un aspecto muy gracioso tendido de espaldas con las piernas en el aire como si fuera una tortuga.

—¡El capitán Luthar es el vencedor! —proclamó el árbitro—. ¡Dos a cero! —Las risas se tornaron en abucheos cuando Broya se dio la vuelta en el suelo. El muy patán parecía estar al borde de las lágrimas. Jezal se acercó a él para ofrecerle su mano, pero le resultó imposible borrar de su rostro una sonrisita de suficiencia. El contrincante derrotado rechazó su ayuda y se levantó de golpe, lanzándole una mirada entre dolida y rencorosa.

Jezal se limitó a encogerse de hombros.

—Yo no tengo la culpa de que seas un mierda.

—¿Másh? —preguntó Raspa con los ojos nublados por el alcohol mientras le acercaba la botella con mano temblorosa.

—No, gracias —Jezal apartó suavemente la botella antes de que Kaspa tuviera tiempo de servirle. Durante un instante los ojos empañados del teniente le miraron con perplejidad, luego se volvió hacia Jalenhorm.

—¿Másh?

—Shiempre —el gigantón deslizó su copa por la mesa como queriendo decir: «No estoy borracho», aunque saltaba a la vista que lo estaba, y mucho. Kaspa inclinó la botella y, entornando los ojos, miró la copa como si se encontrara a una enorme distancia. Jezal vio cómo el cuello de la botella oscilaba en el aire y luego repiqueteaba sobre el borde de la copa. El resultado era tan inevitable que casi hacía daño a la vista. El vino se vertió sobre la mesa salpicando el regazo de Jalenhorm.

—¡Estás como una cuba! —se quejó el grandullón mientras se levantaba a trompicones y trataba de limpiarse con sus manos de borracho, haciendo caer la banqueta al suelo. Algunos de los otros parroquianos de la taberna miraron a su mesa con patente desdén.

—Shiempre —dijo Kaspa soltando una risita.

West alzó la vista de su copa:

—Los dos estáis como una cuba.

—No es culpa nuestra —Jalenhorm buscó a tientas su banqueta—. ¡La culpa la tiene él! —Y apuntó con un dedo vacilante a Jezal.

—¡Por ganar! —gorgoteó Kaspa—. Porque ganaste, ¿no? ¡Así que hay que selebrarlo!

Jezal hubiera preferido que no lo celebraran tanto. La situación empezaba a resultar un tanto embarazosa.

—Mi prima Ariss estuvo allí... lo vio todo. Estaba impresionada —Kaspa rodeó a Jezal con el brazo—. La tienesh shiflada... shiflada... shiflada —pegó sus labios humedecidos a la cara de Jezal mientras bregaba con la palabra—. Esh muy rica, ¿shabes? Muy rica. Shiflada la tienes.

Jezal arrugó la nariz. No tenía ningún interés por la fantasmal bobalicona de su prima, por muy rica que fuera, y encima a Kaspa le apestaba el aliento.

—Bien... estupendo —se desembarazó del teniente y le apartó sin demasiados miramientos.

—Bueno, ¿cuándo vamos a empezar con el asunto ese del Norte? —inquirió Brint alzando excesivamente la voz como si estuviera deseando entrar en faena—. Pronto, espero. Así estaremos de vuelta antes del invierno, ¿eh, comandante?

—Hummm —resopló West torciendo el gesto—. Al paso que vamos, bastante suerte tendremos si nos ponemos en marcha antes del invierno.

Brint se quedó un poco desconcertado.

—Bueno, tardemos lo que tardemos, seguro que cuando lleguemos les daremos a esos salvajes una buena paliza.

—¡Una buena paliza! —gritó Kaspa.

—Así se habla —sentenció Jalenhorm asintiendo con la cabeza.

West no participaba de su entusiasmo.

—Yo no estaría tan seguro. ¿No os habéis fijado en el estado en que se encuentran algunas de las levas? Apenas están en condiciones de caminar y menos aún de combatir. Es un desastre.

Jalenhorm desechó el comentario dando un enérgico manotazo al aire.

—¡Esa gente no son más que unos malditos salvajes! ¡Les haremos caer de culo, igual que ha hecho hoy Jezal con el idiota ese! Eh, Jezal. ¡Antes del invierno estaremos de vuelta, todo el mundo lo dice!

—¿Tienes idea de cómo son las cosas ahí arriba? —inquirió West inclinándose sobre la mesa—. Una sucesión interminable de montañas, bosques y ríos. Apenas hay campo abierto, apenas hay caminos para que marche un ejército. Para poder dar una paliza al enemigo, primero hay que cogerlo. ¿Estar de vuelta antes del invierno? Del próximo invierno quizás, eso si es que volvemos.

Brint le miraba horrorizado con los ojos muy abiertos:

—¡No puede decirlo en serio!

—No... no, claro que no —West suspiró y se sacudió el cuerpo—. Todo saldrá bien, seguro. Habrá gloria y ascensos para todos. Y estaremos de vuelta antes del invierno. Pero haríais mejor en llevaros un buen abrigo por si acaso.

Un tenso silencio se abatió sobre el grupo. El semblante de West estaba contraído en un ceño muy característico, un ceño que indicaba que por esa noche ya no cabía esperar más diversión de él. Brint y Jalenhorm exhibían unas expresiones entre hurañas y perplejas. El único que parecía mantener el buen

humor era Kaspa: estaba apoltronado en su silla con los ojos entrecerrados, ajeno a todo cuanto le rodeaba.

Una celebración por todo lo alto.

El propio Jezal se sentía cansado, inquieto, preocupado. Preocupado por el Certamen, preocupado por la guerra... preocupado por lo de Ardee. Ahí mismo, doblada en el bolsillo, tenía la carta. Miró de soslayo a West e inmediatamente desvió la vista. Mierda, se sentía culpable. Era la primera vez en su vida que se sentía culpable, y la sensación no era nada agradable. Si no se reunía con ella se sentiría culpable de haberla dado plantón. Y si acudía a la cita se sentiría culpable por haber quebrantado la promesa que había hecho a West. Era un dilema. Jezal se chupó la uña del dedo pulgar. ¿Qué demonios le pasaba a él con aquella dichosa familia?

—Bueno —dijo bruscamente West—, ya es hora de que me vaya. Mañana tengo que madrugar.

—Hummm —masculló Brint.

—Vale —dijo Jalenhorm.

West miró a Jezal a los ojos.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —Su expresión era seria, grave, casi enojada. A Jezal le dio un vuelco el corazón. ¿Y si se había enterado de lo de la carta? ¿Y si se lo había dicho Ardee? El comandante se dio la vuelta y se dirigió a un rincón donde no había nadie. Jezal miró desesperado a su alrededor buscando alguna forma de huir.

—¡Jezal! —le llamó West.

—Sí, sí —se levantó de mala gana y siguió a su amigo adoptando la que esperaba fuera una sonrisa inocente. Tal vez se tratara de otra cosa. Algo que no tuviera nada que ver con Ardee. Por favor, que fuera otra cosa.

—No quiero que nadie se entere de esto... —West echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie los miraba. Jezal tragó saliva. De un momento a otro recibiría un puñetazo en la cara. Uno al menos. Nunca le habían dado un puñetazo en la cara, uno de verdad. Una vez una chica le había dado un buen bofetón, pero no era lo mismo. Se preparó lo mejor que pudo, apretando los dientes y esbozando un gesto de dolor—. Burr ya ha puesto la fecha. Nos quedan cuatro semanas.

Jezal le miró fijamente.

—¿Cómo?

—Para embarcar.

—¿Embarcar?

—¡Rumbo a Angland, Jezal!

—¡Ah, sí, claro... Angland! ¿Cuatro semanas has dicho?

—Pensé que ya que estás tan volcado en el Certamen debías saberlo para que pudieras irte preparando. Pero no se lo digas a nadie.

—Claro, claro —Jezal se secó el sudor de la frente.

—¿Te encuentras bien? Se te ve muy pálido.

—Estoy bien, estoy bien —Jezal respiró hondo—. Son las emociones, ya sabes, el combate y todo eso.

—No te preocupes, has estado muy bien —West le dio una palmada en un hombro—. Pero aún queda mucho camino por delante. Te quedan tres asaltos para poder proclamarte campeón, y cada vez resultarán más duros. ¡No te relajes, Jezal... y tampoco te emborraches demasiado! —añadió volviendo un instante la cabeza antes de llegar a la puerta. Jezal exhaló un profundo suspiro de alivio y regresó a la mesa donde estaban sentados sus compañeros. Su nariz seguía intacta.

Al comprobar que West no volvía con ellos, Brint ya había empezado a refunfuñar.

—¿A qué demonios venía eso? —preguntó con el gesto torcido señalando a la puerta con el pulgar—. ¡Vale, ya sé que es un héroe y todo eso, pero... no lo entiendo!

Jezal le miró fijamente.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—No sé, pero... ¡esa forma de hablar! ¡Es... es... puro derrotismo! —envalentonado por la bebida, Brint no se mordió la lengua—: ¡En fin... lo que quiero decir es que esa forma de hablar es propia... de un cobarde, sí señor!

—¡Escúchame bien, Brint —le espetó Jezal—, estás hablando de un hombre que ha luchado en tres encarnizadas batallas, de un hombre que fue el primero en entrar en la brecha de Ulrioch! ¡Puede que no sea un noble, pero es un tipo valiente como pocos! ¡Y, además, conoce el ejército, conoce al Mariscal Burr y conoce Angland! ¿Tú, Brint, qué sabes? —Jezal frunció los labios—. ¿Aparte de perder a las cartas y vaciar botellas de vino?

—En mis ordenanzas no dice que haya que saber nada más —soltó Jalenhorm con una risa nerviosa, en un intento de aliviar la tensión—. ¿Dónde está ese vino? —gritó sin dirigirse a nadie en particular.

Jezal se dejó caer en su banqueta. Si el ánimo de la concurrencia ya

estaba algo alicaído antes de que se fuera West, ahora se encontraba bajo mínimos. Brint refunfuñaba. Jalenhorm se balanceaba en su banqueta. Kaspa se había quedado profundamente dormido y estaba desplomado sobre la pringosa superficie de la mesa, emitiendo pequeños eructos al respirar.

Jezal apuró su copa y echó un vistazo a las poco prometedoras caras que tenía a su alrededor. Maldita sea, estaba más aburrido que una ostra. Aunque hasta ahora no se había dado cuenta, resultaba evidente que las conversaciones de borrachos sólo interesaban a los borrachos. Bastaban unas pocas copas de vino para que un compañero hilarante se convirtiera en un pesado insufrible. Se preguntó si también él resultaría tan tedioso como Kaspa, Jalenhorm y Brint cuando estaba borracho.

Esbozó una leve sonrisa mientras miraba a aquel idiota enfurruñado. Si fuera Rey, caviló, castigaría con la pena de muerte a los malos conversadores, o, por lo menos, con largas penas de cárcel. Jezal se levantó de su asiento.

Jalenhorm alzó la vista y lo miró:

—¿Qué haces?

—Será mejor que me vaya a descansar un poco —repuso Jezal—, mañana tengo que entrenar —aquella excusa era la única alternativa posible a salir corriendo.

—¡No, hombre, no! ¿Es que no vas a celebrarlo!

—Sólo ha sido la primera ronda. Todavía tengo que vencer a tres rivales, y bastante mejores que el zoquete de hoy —Jezal cogió su guerrera del respaldo de una silla y se la echó por los hombros.

—Tú verás —dijo Jalenhorm y luego eructó ruidosamente mientras metía la boca en la copa.

Kaspa, con el pelo de uno de los lados aplastado contra el cráneo debido al pringue del vino, se levantó un instante de la mesa.

—¿Te vash ya?

—Ajá —dijo Jezal, y, dándose la vuelta, se alejó apresuradamente.

Fuera soplaba un viento helador que hizo que se sintiera más sobrio aún que antes. Dolorosamente sobrio. Tenía que encontrar como fuera una compañía inteligente, pero a esas horas de la noche ¿dónde iba a encontrarla? Sólo se le ocurría un sitio.

Se sacó la carta del bolsillo y, aprovechando la tenue luz que salía de la taberna, la leyó una vez más. Si se daba prisa, puede que aún la pillara. Se encaminó lentamente hacia las Cuatro Esquinas. Charlarían un rato, nada más. Necesitaba hablar con alguien...

No. Jezal se forzó a pararse. ¿De veras se creía que sólo la quería como amiga? La amistad entre un hombre y una mujer era a lo que se llegaba cuando uno de los dos se había tirado un montón de tiempo detrás del otro y no había llegado a ninguna parte. Ese tipo de arreglos no iban con él.

¿Y entonces qué? ¿El matrimonio? ¿Con una mujer sin alcurnia y sin dinero? ¡Era impensable! Se vio a sí mismo llevando a Ardee a su casa para presentársela a su familia. ¡Te presento a mi esposa, padre! ¿Esposa? ¿Cuál es su ascendencia? Sólo de pensarlo le daban escalofríos.

¿No habría forma de encontrar una solución intermedia que resultara satisfactoria para ambos? Jezal se puso lentamente en marcha. ¿Algo a medio camino entre la amistad y el matrimonio tal vez? Jezal comenzó a avanzar a grandes zancadas en dirección a las Cuatro Esquinas. Podrían reunirse de forma discreta, y charlar, y echarse unas risas, tal vez en algún lugar donde hubiera una cama...

No. No. Jezal volvió a pararse y, frustrado, se dio una palmada en la sien. Él no podría aceptarlo, ni aun en el caso de que Ardee se prestara a ello. Ya no se trataba sólo de West. ¿Qué pasaría si se enteraba más gente? Su reputación estaría a salvo, pero la de ella quedaría arruinada. Completamente arruinada. Sólo de pensarlo se le ponía la carne de gallina. Ardee no se merecía eso. No bastaba con decir que a fin de cuentas era problema suyo. No, en absoluto. ¿Y todo para que él se divirtiera un poco? Qué egoísmo. Le sorprendía no haber pensado en ello antes.

Sus pensamientos habían vuelto a conducirle a un punto muerto, como ya le había sucedido varias veces en ese mismo día: aquel encuentro no podía traer nada bueno. Además, pronto marcharían a la guerra y eso pondría punto y final a aquel ridículo afán. A la cama, pues, y mañana, a pasarse todo el día entrenando. Entrenaría y entrenaría hasta que el Mariscal Varuz le arrancara el recuerdo de Ardee. Respiró hondo, cuadró los hombros, se dio la vuelta y se encaminó hacia Agriont.

La estatua de Harod el Grande se erguía en medio de la oscuridad sobre un pedestal de mármol casi tan alto como Jezal; su tamaño y su solemnidad parecían un poco fuera de lugar en aquella recoleta plazuela que había pegada a las Cuatro Esquinas. Había llegado hasta allí pegando un bote cada vez que veía una sombra, evitando a la gente, haciendo todo lo posible para pasar desapercibido. Pero a esas horas no había prácticamente nadie en la calle. Era bastante tarde y lo más seguro era que Ardee se hubiera hartado de esperar hacía mucho, eso si es que no había decidido finalmente no acudir a la cita.

Rodeó sigilosamente la estatua, escrutando las sombras y sintiéndose un perfecto idiota. Había pasado un millón de veces por aquella plaza y jamás se había fijado en ella. Pero era un lugar público, ¿no? Tenía el mismo derecho que cualquiera a estar ahí, y, sin embargo, se sentía como si fuera un ladrón.

La plaza estaba desierta. Mejor así. Mucho mejor. Como suele decirse, había muy poco que ganar y mucho que perder. Pero ¿por qué se sentía tan abatido? Alzó la vista y miró el rostro de Harod, inmortalizado con ese ceño pétreo que los escultores suelen reservar para los grandes personajes históricos. Tenía una mandíbula fuerte y elegante, casi idéntica a la de Jezal.

—¡Despierta! —le susurró una voz al oído. Jezal chilló como una niñita, se apartó trastabillando, tropezó y sólo consiguió mantener la verticalidad aferrándose al enorme pie del Rey Harod. Detrás de él se erguía una silueta oscura, una silueta encapuchada.

La silueta soltó una carcajada.

—No seas acojonado —musitó Ardee. La muchacha se echó hacia atrás la capucha. La luz de una ventana iluminó sesgadamente la parte inferior de su rostro mostrando una media sonrisa—. Soy yo.

—No te he visto venir —farfulló estúpidamente mientras se apresuraba a soltar el pie de la estatua y trataba de aparentar despreocupación. Tenía que reconocer que no era un buen comienzo. Aquel tipo de embrollos no eran lo suyo. A Ardee, en cambio, se la veía tan en su salsa, que Jezal se preguntó si no sería posible que aquélla no fuera la primera vez.

—Últimamente no te dejas ver mucho —dijo la muchacha.

—Bueno, mmm —mascculló Jezal con el corazón todavía sobresaltado—. Es que he estado bastante liado, ya sabes, con el Certamen y todo eso...

—Ah, el importantísimo Certamen. Por cierto, te he visto combatir hoy.

—¿Ah, sí?

—Muy impresionante.

—Mmm, gracias, yo...

—Mi hermano ha hablado contigo, ¿verdad?

—¿De qué, de esgrima?

—No, tarugo. De mí.

Jezal hizo una pausa tratando de dar con la mejor manera de responder a eso.

—Bueno, él...

—¿Le tienes miedo?

—¡No! —Silencio—. En realidad, sí.

—Pero de todos modos has venido. Supongo que debería sentirme halagada —Ardee se puso a dar una vuelta alrededor de él, mirándole de arriba abajo, desde la frente hasta la punta de los pies y vuelta a empezar—. Pero te has tomado tu tiempo. Es tarde. Dentro de nada tendré que volver a casa.

Había algo en su forma de mirarle que no contribuía precisamente a calmar su corazón desbocado. Más bien al contrario. Tenía que decirle que no podía volver a verla. Era un error. Para ambos. No les traería nada bueno... nada bueno.

Jezal respiraba aceleradamente, tenso, excitado, sin poder apartar la vista del rostro en penumbra de Ardee. Tenía que decírselo ya. ¿No era a eso a lo que había venido? Abrió la boca para decir algo, pero, de pronto, todos sus argumentos le parecieron muy lejanos, válidos sólo para otro tiempo y otras gentes, insignificantes, carentes de peso.

—Ardee... —empezó a decir.

—¿Hummm? —Ardee ladeó la cabeza y se le acercó. Jezal trató de apartarse un poco, pero tenía la estatua justo detrás. Ardee se le arrimó un poco más. Tenía los labios entreabiertos y los ojos fijos en la boca de Jezal. Bueno, después de todo, tampoco tenía nada de malo, ¿no?

Más cerca aún, ahora con la cabeza alzada hacia él. Podía olerla: su mente estaba empapada de su olor. Podía sentir la calidez de su aliento en su mejilla. ¿Qué tenía de malo?

Notó en la piel el tacto de las yemas de sus dedos que le recorrían la cara siguiendo la línea de sus mandíbulas, que se enroscaban en su cabello y tiraban de su cabeza hacia ella. Sus labios, suaves, cálidos, le rozaron la mejilla, luego la barbilla, la boca. Le chupaba suavemente. Se apretó contra él y le rodeó la espalda con la otra mano. Su lengua se movía por sus encías, por sus dientes, por su lengua, mientras producía una especie de ruiditos con la garganta. Es posible que él también los hiciera, no estaba muy seguro. Un cosquilleo, frío y cálido a la vez, le recorría el cuerpo, toda su mente estaba volcada en su boca. Era como si nunca hubiera besado antes a una mujer. ¿Cómo iba a estar mal una cosa así? Sus dientes le mordisqueaban los labios, le hacían un poco de daño, un poco sólo.

Jezal, sin aliento, tembloroso, con las rodillas flojas, abrió los ojos. Ardee le miraba. Distinguía el brillo de sus ojos en la oscuridad, observándole con atención, estudiándole.

—Ardee...

—¿Qué?

—¿Cuándo puedo volverte a ver? —Tenía la garganta seca, la voz ronca. La muchacha bajó la vista y sonrió. Era una sonrisa cruel, como si se hubiera marcado un farol y le hubiera sacado un montón de dinero. Pero a Jezal le daba igual—: ¿Cuándo?

—Oh, ya te lo haré saber.

Tenía que volver a besarla. Al diablo con las consecuencias. Al diablo con West. Al diablo con todo el mundo. Se inclinó hacia ella y cerró los ojos.

—No, no, no —Ardee apartó la boca—. Tenías que haber venido antes — sin dejar de sonreír, se separó de él, se dio la vuelta y se alejó lentamente. Jezal apoyó la espalda en el pedestal pétreo de la estatua y la contempló silencioso, paralizado, fascinado. Jamás había sentido nada igual. Jamás.

Ardee volvió la vista atrás, una sola vez, como si quisiera asegurarse de que seguía mirándola. Sólo de verla, el pecho de Jezal se contrajo dolorosamente. Luego dobló una esquina y la perdió de vista.

Permaneció un rato sin moverse con los ojos muy abiertos, ocupándose tan sólo de respirar. De pronto, una fría ráfaga de viento barrió la plaza y el mundo volvió a hacerse presente. La esgrima, la guerra, su amigo West, sus responsabilidades. Un beso, eso era todo. Un simple beso y toda su determinación se había escurrido como orina en un orinal agrietado. Miró a su alrededor y, de pronto, se sintió culpable, confuso, asustado. ¿Qué demonios había hecho?

—Mierda —dijo.

Trabajo sucio

Un objeto al arder puede desprender todo tipo de olores. El incendio de un árbol vivo, lozano y rebosante de savia no produce el mismo olor que el de un árbol muerto, seco y mustio. Un cerdo y un hombre quemados huelen de forma bastante parecida, aunque detrás de cada uno de ellos haya una historia muy distinta. El olor a quemado que acababa de olfatear el Sabueso era el de una casa incendiada. Las casas no suelen quemarse ellas solas. Normalmente para que eso ocurra tiene que haber habido algún tipo de violencia. Lo cual significaba que debía de haber hombres por los alrededores, y, con toda probabilidad, prestos para el combate. El Sabueso se arrastró con suma cautela entre los árboles, resbaló sobre su vientre hasta el lindero del bosque y se asomó entre los arbustos.

La vista ahora era perfecta. Una alta columna de humo negro se alzaba desde un lugar próximo al río. Una casucha, todavía humeante, pero arrasada hasta los cimientos por el fuego. También debió de haber un granero, aunque ya no era más que un montón de palitroques y de tierra ennegrecida. Unos pocos árboles, un trozo de tierra arada. Ni siquiera en sus mejores momentos debió de proporcionar mucho sustento en unas latitudes como aquellas. Demasiado frío para que rindiera mucho; unos cuantos tubérculos, alguna que otra oveja. Con un poco de suerte, uno o dos cerdos.

El Sabueso sacudió la cabeza. ¿A quién podría habérsele ocurrido quemarles la casa a unas gentes tan pobres? ¿Quién podía tener interés en apropiarse de una parcela tan improductiva? En fin, había gente que se entretenía prendiéndole fuego a las cosas. Poniendo mucho cuidado, sacó un poco la cabeza y oteó el valle a izquierda y derecha, tratando de avistar a los autores de aquel estropicio, pero lo único que vio fueron unas míseras ovejas que pastaban en las laderas de los montes. Retrocedió serpenteando por el suelo y volvió a meterse entre los arbustos.

Cuando se aproximaba sigilosamente al campamento se le cayó el alma a los pies. Se oían gritos, voces que, para no perder la costumbre, discutían. Por un instante estuvo tentado de pasar de largo, estaba hasta las narices de aquellas riñas interminables. Pero, finalmente, optó por no hacerlo. Un

verdadero explorador nunca abandona a los suyos.

—¿Por qué no cierras la boca de una vez, Dow? —era la voz atronadora de Tul Duru—. ¡Querías ir al sur, y cuando tiramos para el sur te pasaste todo el tiempo quejándote de las montañas! ¡Y ahora que ya hemos cruzado las montañas, te pasas todo el día gruñendo porque dices que tienes el estómago vacío! ¡Ya te he aguantado bastante, maldito perro quejica!

Luego se oyó el desagradable gruñido de Dow:

—¿Tienes que tener ración doble sólo porque seas un puerco seboso?

—¡Maldito cabrón! ¡Te voy a aplastar como a un gusano!

—¡Te rebanaré el pescuezo mientras duermes, bola de sebo! ¡Así tendremos comida de sobra y no tendremos que aguantar tus putos ronquidos! ¡Ya entiendo por qué te llaman Cabeza de Trueno, maldito puerco ruidoso!

—¡Cerrad la boca los dos! —el Sabueso oyó rugir a Tresárboles con una voz capaz de despertar a los muertos—. ¡Me tenéis harto!

Ya los veía a los cinco. Tul Duru y Dow el Negro, el uno frente al otro, Tresárboles en medio con las manos levantadas, Forley sentado con aspecto apenado y Hosco revisando sus flechas sin tan siquiera molestarse en mirarlos.

—¡Chiss! —les chistó el Sabueso. Todos se volvieron de golpe.

—Es el Sabueso —dijo Hosco sin apenas levantar la vista de sus flechas. No había quien comprendiera a aquel tipo. Se pasaba días y días sin decir palabra y cuando hablaba era para decir algo que todo el mundo podía ver con sus propios ojos.

Forley, como de costumbre, trató de distraer a sus camaradas. No era fácil adivinar cuánto habrían tardado en matarse unos a otros de no haber sido por él.

—¿Qué has encontrado, Sabueso? —preguntó.

—¡Qué voy a encontrar: cinco estúpidos cabrones en medio de un bosque! —bufó mientras salía de los árboles—. ¡Se les oye a un kilómetro a la redonda! ¡Y se supone que son de los Mejores Guerreros! ¿Puedes creerlo? ¡Debería darles vergüenza! ¡Siempre están peleándose! Cinco estúpidos cabrones...

Tresárboles alzó una mano.

—Tienes razón, Sabueso. Debería darnos vergüenza —y miró furioso a Tul Duru y a Dow, que se habían callado pero seguían mirándose con cara de pocos amigos—. ¿Qué has encontrado?

—Hay gente combatiendo por estas tierras. He visto una casa ardiendo.

—¿Ardiendo, dices? —inquirió Tul.

—Así es.

Tresárboles frunció el ceño.

—Llévanos hasta allí.

El Sabueso no lo había visto cuando echó un vistazo desde el bosque. Desde donde había estado antes no se veía. Había demasiado humo y la distancia era demasiado grande. Pero ahora lo veía perfectamente y hacía que le entraran ganas de vomitar. Todos lo veían.

—Un trabajo sucio —dijo Forley levantando la vista hacia el árbol—. Muy sucio.

—Desde luego —asintió entre dientes el Sabueso. No se le ocurría nada mejor que decir. La rama crujía mientras el anciano se balanceaba lentamente en el aire con los pies desnudos colgando a escasos centímetros del suelo. Debía de haber opuesto resistencia, tenía dos flechas clavadas. La mujer parecía demasiado joven para ser su esposa. Su hija seguramente. El Sabueso supuso que las dos criaturas serían hijos suyos—. ¿Cómo puede haber alguien capaz de ahorcar a un niño? —masculló.

—Se me ocurren algunas personas con una reputación lo bastante negra como para hacer eso —dijo Tul.

Dow lanzó un escupitajo a la hierba.

—¿Lo dices por mí? —gruñó, y de nuevo volvieron a enzarzarse, como un yunque y un martillo—. He quemado alguna que otra granja y también una o dos aldeas, pero había una razón, estábamos en guerra. Y a los niños los dejé con vida.

—No es eso lo que yo he oído —dijo Tul. El Sabueso cerró los ojos y exhaló un suspiro.

—¡Me importa un carajo lo que tú hayas oído o dejado de oír! —ladró Dow— ¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor mi reputación es más negra de lo que me merezco, gigante de mierda!

—¡Sé muy bien lo que te mereces, grandísimo hijo de puta!

—¡Basta! —gruñó Tresárboles sin dejar de mirar con gesto ceñudo el árbol—. ¿Es que no sentís respeto por nada? El Sabueso tiene razón. Ya hemos salido de las montañas y parece que por aquí se está cociendo algo. Se acabaron las riñas. Y punto. De ahora en adelante os quiero ver tan fríos y silenciosos

como el invierno. Somos de los Mejores Guerreros y tenemos un trabajo que hacer.

Satisfecho de que por fin se oyera una voz sensata, el Sabueso asintió con la cabeza:

—Tiene que haber gente luchando por aquí cerca —dijo—. Es la única explicación.

—Aja —dijo Hosco, aunque no resultaba nada fácil determinar qué era con lo que estaba de acuerdo.

Los ojos de Tresárboles seguían mirando fijamente los cuerpos de los ahorcados.

—Tienes razón. Ahora tenemos que centrarnos en eso. Nada más que en eso. Seguiremos la pista de la gente que ha hecho esto y trataremos de averiguar por qué luchan. Poco podemos hacer hasta que no sepamos qué bandos hay.

—Quien ha hecho esto tiene que luchar para Bethod —dijo Dow—. Es su estilo.

—Ya veremos. Tul, Dow, bajadlos y enterradlos. A ver si así se os templan un poco los nervios —los dos se cruzaron una mirada asesina, pero Tresárboles no los hizo ni caso—. Sabueso, a ver si puedes olfatear la pista de los que han hecho esto. Localízalos y esta noche iremos a visitarlos. Les devolveremos la visita que han hecho a esta gente.

—Perfecto —dijo muy satisfecho el Sabueso—. Les devolveremos la visita.

El Sabueso no salía de su asombro. Si los tipos esos andaban combatiendo, si tenían miedo de caer en una emboscada enemiga, cómo es que ponían tan poco empeño en borrar su rastro. Le estaba resultando sencillísimo seguirles la pista. Calculaba unos cinco hombres. Se habían alejado sin ninguna prisa de la granja incendiada, habían avanzado por el valle bordeando el río y luego se habían internado en los bosques. El rastro era tan claro que de vez en cuando tenía la aprensión de que se trataba de una trampa y de que iban a aparecer de pronto entre los árboles para colgarle de una rama. Pero no parecía ser el caso, y, justo antes de que anocheciera, dio con ellos.

Primero le llegó un olor a carne: añojo asado. Luego los oyó: hablaban, gritaban y se reían; no se preocupaban en absoluto de mantenerse en silencio, se les oía perfectamente a pesar del continuo borboteo del río que tenían junto a

ellos. Y, por fin, los vio: sentados en un claro entorno a una gran hoguera, sobre la cual había una oveja despellejada ensartada en un espeto, sin duda fruto del pillaje de la granja. El Sabueso se apretó contra los arbustos y se quedó tan inmóvil y silencioso como deberían haberlo estado ellos. Contó cinco hombres o, para ser más exactos, cuatro y un chaval de unos catorce años. Todos estaban sentados, no había nadie de pie haciendo guardia, no habían tomado ninguna precaución. El Sabueso no salía de su asombro.

—Están ahí delante, tranquilamente sentados —susurró cuando llegó a donde estaban los otros—. Ni centinelas ni nada.

—¿Tranquilamente sentados? —preguntó Forley.

—Ajá. Son cinco. Sentados, riéndose. No me gusta.

—A mí tampoco —dijo Tresárboles—, pero lo que hemos visto en la granja me ha gustado aún menos.

—Con armas —siseó Dow—. Con armas, no hay elección.

Por una vez, Tul se mostró de acuerdo con él.

—Con armas, jefe. Démosles una lección.

Ni siquiera intervino Forley para tratar de evitar el combate, pero aun así Tresárboles se lo pensó, no se precipitó, se tomó su tiempo. Y al poco asintió:

—Con armas será.

No hay forma de ver a Dow el Negro en la oscuridad si él no quiere ser visto. Tampoco se le puede oír; sin embargo, mientras avanzaba arrastrándose entre los árboles, el Sabueso sabía que le tenía cerca. Cuando uno ha pasado mucho tiempo combatiendo junto a un hombre acaba por entenderle. Se entiende su forma de pensar y se aprende a pensar como él. Dow estaba cerca.

El Sabueso tenía un objetivo. Ya veía la silueta del hombre que estaba sentado más a la derecha, una espalda negra recortada sobre la hoguera. De momento sus pensamientos se desentendieron de los otros. Sólo pensaba en su objetivo. Una vez que uno se ha puesto en marcha, o que tu jefe te ha dicho que te pongas en marcha, hay que llegar hasta el final sin volver la vista atrás hasta que se haya cumplido con el objetivo. El tiempo que emplees en pensar en otra cosa será el mismo tiempo que aprovechará tu enemigo para matarte. Era Logen quien se lo había enseñado y se le había quedado grabado. Es la mejor forma de hacer las cosas.

El Sabueso cada vez estaba más cerca. Sentía el calor del fuego en la cara,

el frío tacto metálico del cuchillo en la mano. Maldita sea, ya estaban ahí otra vez esas malditas ganas de orinar. Apenas le separaba una zancada de su objetivo. Al muchacho lo tenía de frente: si hubiera separado durante un instante la vista del trozo de carne que estaba comiendo, le habría visto acercarse, pero por fortuna parecía tener mucha hambre.

—¡Urg! —se oyó gritar a uno de los hombres. Eso quería decir que Dow ya lo había alcanzado, que era como decir que había dejado de existir. El Sabueso dio un salto adelante y clavó el cuchillo en el cuello de su objetivo. El hombre se irguió un instante mientras se llevaba la mano a la raja del cuello, y, luego, se tambaleó y cayó de bruces. Uno de los otros se levantó de un salto, arrojando al suelo la pierna de cordero que tenía en la mano, y una flecha le atravesó el pecho. Hosco, desde el río. Durante un instante pareció sorprendido, luego cayó de rodillas con el rostro contorsionado de dolor.

Ya sólo quedaban dos, uno de ellos el chico, que miraba hipnotizado al Sabueso con un trozo de carne colgando de su boca entreabierta. El otro estaba de pie, respirando agitadamente y blandiendo un cuchillo enorme. Debía de ser el que estaba usando para comer.

—¡Tira ese cuchillo! —bramó Tresárboles. El Sabueso ya veía a su viejo camarada. Avanzaba hacia ellos a grandes zancadas y el borde metálico de su enorme rodela lanzaba destellos a la luz de las llamas. El tipo del cuchillo se mordía los labios mientras miraba alternativamente al Sabueso y a Dow, que se le acercaban lentamente cada uno por un lado. De pronto vio la imponente e inhumana figura de Cabeza de Trueno emerger de la oscuridad del bosque con su enorme espada centelleando sobre su hombro. Aquello ya fue demasiado. Inmediatamente arrojó el cuchillo al suelo.

Dow se abalanzó sobre él, le agarró las muñecas, se las ató rápidamente a la espalda y luego lo puso de rodillas junto al fuego de un empujón. El Sabueso hizo otro tanto con el muchacho, que tenía los dientes muy apretados y estaba mudo como una tumba. Todo había ocurrido en unos pocos segundos, fríamente y en silencio, tal y como les había pedido Tresárboles. El Sabueso tenía las manos ensangrentadas, pero eran gajes del oficio. Ya se acercaban los otros. Hosco cruzaba el río chapoteando mientras volvía a colgarse el arco al hombro. Al pasar junto al hombre al que había alcanzado, le dio una patada, pero el cuerpo no se movió.

—Muerto —sentenció Hosco. Forley, que venía detrás de él, escudriñaba a los dos prisioneros. Dow, por su parte, miraba fijamente al tipo al que acababa de atar, lo miraba con enorme intensidad.

—Yo a este le conozco —dijo como si aquello le causara una inmensa satisfacción—. Tú eres Groa el Fangal, ¿verdad? ¡Qué coincidencia! Hace mucho

tiempo que te tengo metido en la cabeza.

El Fangal miraba al suelo con el ceño fruncido. Una pinta bastante cruel la del tipo aquel, pensó el Sabueso, el típico aspecto de alguien a quien no le importaría ahorcar a unos campesinos.

—Sí, soy el Fangal. ¡Vuestros nombres no hace falta que me los digáis! ¡En cuanto se sepa que habéis matado a unos recaudadores del Rey, todos seréis hombres muertos!

—A mí me llaman Dow el Negro.

El Fangal levantó de golpe la cabeza y lo miró boquiabierto.

—¡Mierda! —susurró.

El muchacho, que estaba arrodillado a su lado, miraba a su alrededor con los ojos desorbitados.

—¿Dow el Negro? ¿Es posible? El mismo Dow el Negro que... ¡Mierda!

Dow asintió moviendo lentamente la cabeza mientras una desagradable sonrisa se iba extendiendo por su semblante, una sonrisa asesina.

—Tienes mucho por lo que pagar, Groa. Te tengo metido en la cabeza desde hace mucho tiempo, pero ahora te tengo delante de mis ojos —y le golpeó suavemente la mejilla—. Y en mis manos también. ¡Qué feliz coincidencia!

El Fangal, pese a estar atado, apartó la cabeza todo lo que pudo.

—¡Te hacía en el infierno, Dow, maldito cabrón!

—Eso creía yo también, pero resulta que sólo estaba al norte de la montañas. Tenemos que hacerte algunas preguntas, Fangal, antes de darte tu merecido. ¿Quién es ese rey? ¿Qué es lo que estáis recaudando para él?

—¡Guárdate tus preguntas!

Tresárboles le soltó un golpe en un lado de la cabeza, bien fuerte y por donde no podía verlo venir. Cuando se volvió para mirarle, Dow le golpeó en el otro lado. La cabeza estuvo un rato yendo de un lado para otro hasta que lo tuvieron lo bastante ablandado para hacerlo hablar.

—¿Contra quién combatís?

—¡No estamos combatiendo! —el Fangal escupió las palabras entre sus dientes rotos—. ¡Malditos cabrones, daría lo mismo que estuvierais muertos! ¿Aún no os habéis enterado de lo que ha pasado?

El Sabueso frunció el ceño. No le gustaba lo que acababa de oír. Parecía que las cosas habían cambiado y en su vida había visto un cambio a mejor.

—Soy yo quien hace las preguntas —dijo Tresárboles—. Limítate a

concentrar tu minúsculo cerebro en la tarea de contestarlas. ¿Quién sigue resistiendo? ¿Quién se niega a someterse a Bethod?

A pesar de estar atado, el Fangal se rió:

—¡No queda nadie! ¡La lucha ha terminado! Bethod es el Rey. ¡El Rey de todo el Norte! Todo el mundo se ha sometido a...

—Nosotros no —rugió Tul Duru inclinándose sobre él—. ¿Y el viejo Yawl?

—Muerto.

—¿Y Sything y el Atronado?

—¡Muertos, todos muertos, malditos idiotas! ¡Ahora sólo se combate en el sur! ¡Bethod ha declarado la guerra a la Unión! ¡Sí! ¡Y los estamos machacando!

El Sabueso no sabía si creérselo o no. ¿Rey? Nunca antes había habido un rey en el Norte. Jamás había hecho falta y, puestos a elegir a alguien, Bethod sería el último en quien pensaría. ¿Declarar la guerra a la Unión? Eso era cosa de locos. Los sureños eran demasiados.

—Si dices que aquí no se combate —preguntó el Sabueso—, ¿por qué habéis matado a esa gente?

—¡Que te jodan!

Tul le cruzó la cara de un fuerte bofetón, y el tipo cayó de espaldas. Dow aprovechó para soltarle una patada y luego lo incorporó.

—¿Por qué los matasteis? —preguntó Tul.

—¡Por los tributos! —gritó el Fangal, que sangraba profusamente por la nariz.

—¿Tributos? —inquirió el Sabueso. Extraña palabra, ni siquiera estaba muy seguro de lo que significaba.

—¡Se negaban a pagarlos!

—¿Para quién eran esos tributos? —preguntó Dow.

—Para Bethod, ¿para quién quieres que fueran? ¡Conquistó todo este territorio, disgregó los clanes y se apoderó de todo! ¡La gente tiene que pagarle tributos! ¡Y nosotros los recaudamos!

—Conque tributos, ¿eh? ¡Un maldito invento del sur, como si lo viera! Y si no pueden pagarlos, ¿qué pasa? —preguntó asqueado el Sabueso— ¿Los ahorcáis y punto?

—¡Si no pagan, podemos hacer con ellos lo que nos plazca!

—¿Lo que os plazca? —Tul le agarró del cuello y se lo apretó con una de sus manazas hasta que al Fangal comenzaron a salírsele los ojos de las órbitas—. ¿Lo que os plazca? ¿Os place mucho ahorcarlos?

—Déjalo, *Cabeza* de Trueno —dijo Dow soltándole los dedos del cuello del prisionero y apartándole suavemente—. Anda, anda, grandullón, déjalo, no es propio de ti matar a un hombre atado —le dio unas palmadas en el pecho mientras con la otra mano sacaba su hacha—. Para hacer este tipo de trabajos ya me tenéis a mí.

El Fangal parecía haberse recuperado algo del amago de estrangulamiento.

—¿Cabeza de Trueno? —soltó entre toses echando un vistazo a su alrededor—. Estáis todos, ¿verdad? ¡Tú eres Tresárboles, y tú Hosco, y ése de ahí es el Flojo! De modo que no os habéis sometido, ¿eh? ¡Estáis jodidos! ¿Dónde está Nuevededos? ¿Eh? —se carcajeó el Fangal—. ¿Dónde está el Sanguinario?

Dow se dio la vuelta y pasó el dedo pulgar por el filo del hacha:

—Ha vuelto al barro, y tú vas a hacerle compañía. Ya has hablado bastante.

—¡Maldito hijo de puta, déjame que me levante! —gritó el Fangal forcejeando con sus ataduras—. ¡No eres mejor que yo, Dow el Negro! ¡Has matado más gente que una peste! ¡Deja que me levante y dame un acero! ¡Vamos! ¿O es que tienes miedo de luchar conmigo, cobarde? No tienes agallas para darme una oportunidad, ¿eh?

—¿Te atreves a llamarme cobarde? —gruñó Dow—. ¿Tú que has matado a unos niños por pura diversión? Tenías un acero y lo tiraste. Ésa fue tu oportunidad, deberías haberla aprovechado. La gente como tú no merece una segunda oportunidad. Si tienes algo más que decir, más vale que lo digas ya.

—¡Me cago en vosotros! —gritó el Fangal—. ¡Me cago en la puta que...!

El hacha de Dow se le hundió entre los ojos de un golpe seco y lo derribó de espaldas. Las piernas dieron un par de sacudidas y luego todo acabó. Nadie derramó una sola lágrima por él: el propio Forley se limitó a contraer la cara en una mueca de dolor cuando cayó la hoja del hacha. Dow se agachó y escupió al cadáver, y el Sabueso apenas pudo reprochárselo. El otro prisionero, en cambio, planteaba más problemas. El muchacho miró el cadáver con los ojos muy abiertos y luego levantó la vista.

—Así que sois vosotros —dijo—. La banda de Nuevededos.

—Sí —dijo Tresárboles —, ésos somos.

—He oído muchas historias sobre vosotros. ¿Qué vais a hacer conmigo?

—Buena pregunta —se dijo el Sabueso. Lo malo es que ya sabía la respuesta.

—No podemos llevarlo con nosotros —dijo Tresárboles—. Ni podemos cargar con ese equipaje ni podemos correr ese riesgo.

—No es más que un muchacho —dijo Forley—. Podríamos dejar que se fuera —bonita idea, pero no se tenía en pie, y todos lo sabían. El rostro del chico se iluminó con un destello de esperanza, pero Tul se ocupó de apagarlo.

—No podemos fiarnos de él. No en un lugar como éste. Haría correr la noticia de que hemos vuelto y empezaría la caza. No podemos hacerlo. Además, él también tomó parte en el asunto de la granja.

—¿Qué podía hacer? —preguntó el muchacho—. ¿Qué? ¡Yo quería ir al sur! Ir al sur para luchar contra la Unión y forjarme un nombre, pero me enviaron aquí a recaudar tributos. Si mi jefe me dice haz esto, yo tengo que hacerlo, ¿no?

—Claro que sí —dijo Tresárboles—. Aquí nadie está diciendo que pudieras hacer otra cosa.

—¡Yo no quería hacerlo! ¡Le dije que dejaran con vida a los niños! ¡Tenéis que creerme!

Forley bajó la vista y miró sus enormes botas.

—Te creemos.

—¿Y a pesar de todo vais a matarme?

El Sabueso se mordió los labios.

—No podemos llevarte con nosotros ni podemos dejarte libre.

—¡Yo no quería hacerlo! —el muchacho agachó la cabeza—. No es justo.

—No, no lo es —dijo Tresárboles—. No es en absoluto justo. Pero así son las cosas.

El hacha de Dow se hundió en la nuca del chico, que cayó de bruces hacia delante. El Sabueso hizo una mueca de dolor y apartó la vista. Sabía que Dow lo había hecho así para que no tuvieran que ver la cara del muchacho. Seguramente era una buena idea, y esperaba que a los demás les hubiera servido de algo, porque, para él, que estuviera boca arriba o boca abajo no suponía ninguna diferencia. Se sentía casi tan asqueado como cuando vio lo de la granja.

No era ni mucho menos el peor día por el que había pasado. Pero no por eso dejaba de ser un mal día.

El Sabueso los veía desfilar por el camino desde un puesto de observación entre los árboles donde no podía ser visto. También se había asegurado de que el viento soplara en contra, porque, la verdad sea dicha, olía que apestaba. Era una procesión bien extraña. Por un lado, parecían guerreros que fueran a reunirse con el grueso de un ejército que se dispusiera a entrar en combate. Pero, por otro, parecían totalmente inadecuados para dicha tarea. Unas cuantas armas, viejas en su mayor parte, y algunos retales de armadura, eso era todo lo que llevaban. Marchaban en formación, pero de una forma bastante desordenada. La mayoría de ellos eran demasiado viejos para ser buenos guerreros, hombres calvos o de cabello cano, y el resto eran tan jóvenes que ni siquiera tenían barba, casi unos niños.

El Sabueso empezaba a tener la impresión de que todo el mundo en el Norte se había vuelto loco. Pensó en lo que había dicho el Fangal antes de que Dow lo matara. Guerra con la Unión. ¿Esa banda de desarrapados iba a la guerra? Si era así, una cosa estaba clara: Bethod estaba echando mano de todo lo que tenía.

—¿Qué hay, Sabueso? —le preguntó Forley cuando llegó al campamento—. ¿Qué ocurre ahí abajo?

—Hombres. Armados, aunque no muy bien, la verdad. Un centenar, tal vez más. Viejos y niños en su mayor parte. Marchan en dirección suroeste —el Sabueso señaló hacia el camino.

Tresárboles asintió con la cabeza.

—Se dirigen a Angland. Eso quiere decir que Bethod va en serio. Se ha lanzado contra la Unión con todas sus consecuencias. Ese cabrón nunca tiene suficiente sangre. Está reclutando a todos los hombres capaces de sostener una lanza —tampoco podía decirse que aquello fuera una novedad. A Bethod no le gustaban las medias tintas. Tenía que ser todo o nada, y no importaba cuánta gente se quedara por el camino—. Todos los hombres... —masculló Tresárboles—. Si a los Shanka se les ocurre cruzar las montañas ahora...

El Sabueso miró a sus camaradas. Rostros sucios, ceñudos, preocupados. Al igual que él, sabían muy bien a qué se refería Tresárboles. Si los Shanka se presentaban ahora que no había nadie en el Norte para enfrentarse a ellos, lo que habían visto en la granja no sería nada en comparación con lo que podía llegar a pasar.

—¡Pero tenemos que prevenir a alguien! —exclamó Forley—. ¡Tenemos que prevenirlos!

Tresárboles hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ya oísteis al Fangal. Ya no está Yawl, ni el Atronado, ni Sything. Todos han muerto, todos han vuelto al barro. Y ahora Bethod es el Rey, el Rey de los Hombres del Norte —Dow el Negro torció el gesto y lanzó un gargajo al suelo—. Escupe cuanto quieras, Dow, pero así son las cosas. No queda nadie a quien podamos prevenir.

—Nadie excepto Bethod —masculló el Sabueso con amargura.

—¡Entonces, hablemos con él! —Forley miró desesperado a sus compañeros—. ¡Será un maldito cabrón, pero al menos es un hombre! Siempre es mejor que los Cabezas Planas, ¿no? ¡Tenemos que decírselo a alguien!

—¡Ja! —ladró Dow—. ¡Ja! ¿Crees que nos hará caso, eh Flojo? ¿Te has olvidado ya de lo que nos dijo? ¿A nosotros y al propio Nuevededos? ¡No volváis nunca! ¿Te has olvidado de que estuvo a punto de matarnos? ¿Te has olvidado del odio que nos tiene?

—Y del miedo —dijo Hosco.

—Nos odia y nos teme —masculló Tresárboles—, y no es para menos. Somos de los Mejores Guerreros, todos nos conocen. La clase de hombres a la que la gente está dispuesta a seguir.

Tul asintió moviendo su gigantesca cabeza.

—Así es, no habrá bienvenida para nosotros en Carleon. No habrá bienvenida que no lleve un buen pincho pegado en la punta.

—¡Yo no soy fuerte! —gritó Forley—. ¡Todo el mundo sabe por qué me llaman el Flojo! Bethod no tiene ningún motivo para temerme, ni para odiarme tampoco. ¡Iré yo!

El Sabueso lo miró sorprendido. Todos lo hicieron.

—¿Tú? —inquirió Dow.

—¡Sí, yo! ¡Tal vez no sea un guerrero, pero tampoco soy un cobarde! Iré y hablaré con él. Tal vez me escuche —el Sabueso le miraba fijamente. Hacía tanto tiempo que no intentaban salir de un aprieto recurriendo a la palabra que casi se había olvidado de que existía esa posibilidad.

—Puede que te escuche, sí —masculló Tresárboles.

—Puede que sí —dijo Tul—. ¡Y puede que luego te mate, Flojo!

El Sabueso sacudió la cabeza.

—Es muy probable.

—Tal vez sí, pero vale la pena intentarlo, ¿no?

Todos se miraron con gesto abatido. Forley tenía agallas, pero al Sabueso no le hacía ninguna gracia el plan. Recurrir a Bethod era dejar que sus esperanzas colgaran de un hilo muy fino. Extremadamente fino.

Pero, como bien decía Tresárboles, no había nadie más.

Palabras y polvo

Kurster, con su larga melena rubia rebotando sobre sus hombros, pegaba brincos alrededor del perímetro exterior del círculo saludando a la multitud con la mano y lanzando besos a las muchachas. El público aclamaba las vistosas vueltas que daba el joven con vítores y aullidos. Era un oficial de la Guardia Real, natural de Adua. *Un paisano, un chico muy popular.*

Bremer dan Gorst estaba apoyado en la barrera, contemplando el bailoteo de su contrincante con los ojos entrecerrados. Sus aceros, unos mazacotes desgastados por el uso, parecían sorprendentemente pesados, tal vez demasiado pesados para resultar rápidos. El propio Gorst parecía demasiado pesado para resultar rápido. Era un tipo grande como un toro, de cuello grueso, que parecía un luchador más que un espadachín. Tenía toda la pinta de llevar las de perder. Y así parecía creerlo la mayor parte del público. *Pero yo no me dejo engañar tan fácilmente.*

Cerca de donde se encontraba Glokta, un corredor de apuestas vociferaba sus números y recogía el dinero de las bulliciosas gentes que se arremolinaban a su alrededor. Casi todas las apuestas eran por Kurster. Sin levantarse de su asiento, Glokta se inclinó hacia él.

—¿Cómo están las apuestas por Gorst?

—¿Por Gorst? —preguntó el corredor—. A la par.

—Apuesto doscientos marcos a su favor.

—Lo siento, amigo, pero no puedo cubrir esa cantidad.

—Cien entonces, cinco a cuatro.

El corredor de apuestas se lo pensó un momento mirando al cielo mientras hacía cuentas.

—Hecho.

El árbitro ya estaba presentando a los contendientes, y Glokta se recostó en su asiento y se fijó en Gorst, que en ese momento estaba arremangándose la camisa. Tenía unos antebrazos anchos como troncos y unos poderosos haces de

músculos que se tensaban cuando movía sus gruesos dedos. Estiró el cuello a uno y otro lado, cogió los aceros que le tendía su padrino y lanzó al aire un par de estocadas de prueba. Muy poca gente entre el público reparó en ello. Estaban demasiado ocupados vitoreando a Kurster, que se disponía a colocarse en su marca. Pero a Glokta no se le pasó por alto. *Es más rápido de lo que aparenta. Mucho más rápido. En sus manos esos aceros ya no parecen tan pesados.*

—¡Bremer dan Gorst! —proclamó el árbitro mientras el grandullón se acercaba pesadamente a su marca. Apenas hubo aplausos. Aquel hombre con pinta de buey no se correspondía con la idea que tenían de un espadachín.

—¡Adelante!

No podía decirse que lo hiciera bonito. Gorst se dedicaba a soltar desmañados tajos con su acero largo, profiriendo sonidos guturales a cada golpe, como si fuera un maestro de la espada cortando troncos. Era una visión insólita. Uno de los dos contendientes participaba en un campeonato de esgrima; el otro, en cambio, parecía estar en un combate a muerte. *¡Basta con que le toques, hombre, no hace falta que lo partas en dos!* Pero, al fijarse mejor, Glokta se dio cuenta de que aquellos tajos brutales no eran tan torpes como parecían. Estaban perfectamente sincronizados y eran muy precisos. Kurster soltó una carcajada mientras eludía con un bailoteo la primera acometida, sonrió al esquivar la tercera, pero cuando llegó la quinta, la sonrisa ya se había borrado de su semblante. *Y no da la impresión de que vaya a regresar.*

Bonito no era, desde luego. *Pero tiene un poderío innegable.* Kurster se agachó desesperado tratando de eludir un nuevo tajo. *Por muy romos que sean los aceros, si ese tajo llega a alcanzarle, le decapita.*

El favorito de las masas hizo todo lo posible por tomar la iniciativa, y lanzó una serie de estocadas con toda su energía, pero Gorst estuvo a la altura. Soltó un gruñido mientras desviaba con gran pericia la acometida con su acero corto y, luego, profirió otro gruñido y descargó un tajo sobre su contrincante con su acero largo. Glokta hizo un gesto de dolor al ver cómo el acero se estrellaba estrepitosamente contra la espada de Kurster, doblándole la muñeca y arrancándole casi el acero de las manos. Fue tal la fuerza del golpe, que Kurster, con el rostro contraído en una mueca de espanto y dolor, se tambaleó hacia atrás.

Se entiende que los aceros de Gorst estén tan desgastados. Kurster trató de eludir la arremetida de su enemigo dando vueltas por el círculo, pero aquel gigante era demasiado rápido. *Condenadamente rápido.* Gorst ya le tenía tomada la medida: se anticipaba a todos los movimientos de su rival mientras lo iba arrinconando con una lluvia incesante de golpes. No había escapatoria.

Dos poderosas estocadas empujaron al desdichado oficial hasta el borde

del círculo y, luego, un revés le arrancó de las manos el acero largo, que quedó incrustado en el césped vibrando brutalmente. Durante un instante, Kurster, con los ojos desorbitados y la mano vacía temblando, se tambaleó; entonces Gorst soltó un rugido, se abalanzó sobre él y le embistió las costillas desprotegidas con su robusto hombro.

Glokta estalló en carcajadas. *Nunca había visto volar por los aires a un espadachín.* Kurster, en efecto, había salido despedido gritando como una niñita. Dio una vuelta de campana en el aire, se estampó contra el suelo y se deslizó cabeza abajo agitando los brazos y las piernas. Finalmente quedó tendido en la arena que bordeaba el círculo, a unas tres zancadas del lugar donde le había embestido Gorst, gimiendo lastimeramente.

La multitud, conmocionada, se hallaba sumida en un silencio tan profundo que las risotadas de Glokta debían de poder oírse desde las últimas filas. El entrenador de Kurster salió a toda prisa del recinto y con mucho cuidado dio la vuelta a su pupilo. El joven pateaba, gimoteaba y se apretaba las costillas. Gorst, con gesto impasible, le miró un instante y luego se encogió de hombros y regresó lentamente a su marca.

El entrenador de Kurster se acercó al árbitro.

—Lo siento —dijo—, pero mi pupilo no puede continuar.

Glokta, incapaz de contenerse, tuvo que taparse la boca con ambas manos. Todo su cuerpo se agitaba con las carcajadas. Cada nuevo borboteo de risa le producía un espasmo de dolor en el cuello, pero le daba igual. A la mayor parte del público, sin embargo, el espectáculo no parecía resultarle tan gratificante. En torno a él comenzaba a alzarse un murmullo de indignación. Cuando sacaron tendido a Kurster entre el preparador y el padrino, los refunfuños se tornaron en abucheos y luego en un coro de gritos airados.

Gorst entornó los ojos y recorrió con mirada cansina las filas del público. Luego volvió a encogerse de hombros y, caminando pesadamente, regresó a su cercado. Una risa retozona seguía acompañando a Glokta mientras abandonaba renqueando la arena con su bolsa bastante más pesada que cuando llegó. Hacía siglos que no se lo pasaba tan bien.

La Universidad se alzaba bajo la sombra de la Casa del Creador en un rincón de Agriont tan abandonado que hasta los pájaros que lo frecuentaban parecían viejos y cansados. El enorme y destartalado edificio estaba cubierto de hiedra semiseca y pertenecía a un estilo propio de otras épocas. Según se decía, era uno de los edificios más antiguos de la ciudad. *Y lo parece.*

En la parte central de la techumbre había varios tejados rehundidos, algunos de ellos con pinta de estar a punto de venirse abajo. Los esbeltos chapiteles estaban cuarteados y amenazaban con derrumbarse sobre los descuidados jardines que había debajo. El enlucido de los muros estaba sucio y desgastado, y se encontraba desprendido en varios tramos por los que asomaban la piedra desnuda y el deslavazado mortero. En otro lugar, una mancha de humedad marrón que arrancaba de un canalón roto recorría el muro de arriba abajo. Hubo un tiempo en que el estudio de las ciencias atrajo a algunos de los hijos más ilustres de la Unión; durante esa época aquel edificio había sido uno de los más imponentes de la ciudad. *Para que luego diga Sult que la Inquisición se está quedando obsoleta.*

Dos estatuas flanqueaban la desvencijada verja de la entrada. Representaban a dos ancianos, uno de ellos sostenía una lámpara y el otro señalaba un libro. *La sabiduría y el progreso o alguna otra sandez por el estilo.* El que sostenía el libro debía de haberse quedado sin nariz en algún momento del siglo pasado y el otro estaba vencido hacia un lado con la lámpara extendida, como si buscara desesperadamente un punto de apoyo.

Glokta alzó un puño y aporreó las vetustas puertas, que retemblaron y se movieron de forma patente como si fueran a desprenderse de sus goznes de un momento a otro. Glokta esperó. Esperó un buen rato.

De pronto, al otro lado de las puertas, se oyó un ruido de cerrojos que se descorrían, una de las hojas tembló y luego se abrió una rendija. El rostro de un anciano asomó por la estrecha abertura y le escudriñó a la luz de un cabo de vela que aferraba con una mano surcada de arrugas. Sus ojos acuosos le examinaron de los pies a la cabeza.

—¿Sí?

—Soy el Inquisidor Glokta.

—Ah, ya, uno de los hombres del Archilector.

Glokta, extrañado, frunció el ceño.

—Sí, eso es. —*No deben de estar tan desconectados del mundo. Parece que saben quién soy.*

Dentro estaba peligrosamente oscuro. A la tenue luz del cabo de vela del portero distinguió el brillo mate de dos enormes candelabros de latón que se alzaban a ambos lados de la puerta, pero no tenían velas y hacía mucho que no se habían limpiado.

—Sígame, señor —resolló el anciano, y, acto seguido, se puso a renquear con el tronco casi doblado por la mitad. Ni siquiera a Glokta le resultó difícil seguir su paso cansino cuando comenzó a abrirse paso en medio de la

oscuridad.

Avanzaron juntos por el sombrío vestíbulo arrastrando los pies. A un lado había unas ventanas muy antiguas, formadas por unos paneles de cristal tan minúsculos y sucios que ni siquiera en un día muy soleado habrían dejado pasar demasiada luz. A esas horas, cuando la tarde estaba a punto de caer, simplemente no dejaban pasar ni un rayo de luz. La vacilante llama de la vela bailoteaba sobre los polvorientos retratos que colgaban de la pared contraria: unos ancianos enfundados en unas túnicas negras y doradas que miraban con ojos desorbitados desde los marcos descascarillados y sostenían en sus avejentadas manos matraces, ruedas dentadas, compases.

—¿Adónde vamos? —peguntó Glokta cuando ya llevaban varios minutos deambulando en la oscuridad.

—Los Adeptos están cenando —dijo con voz cascada el portero, levantando la vista y mirándole con una expresión de infinito cansancio.

El comedor de la Universidad era como una caverna resonante, rescatada de la oscuridad más absoluta gracias a la presencia de unas cuantas velas llenas de churretes. En una enorme chimenea parpadeaba un pequeño fuego que proyectaba sobre las vigas del techo una danza de sombras. El suelo estaba ocupado casi en su totalidad por una mesa gigantesca, satinada por el uso a lo largo de los años y flanqueada por una colección de sillas desvencijadas. Aunque podría haber acomodado sin problemas a ochenta personas, en aquel momento sólo había cinco comensales, apretujados en el extremo más próximo a la chimenea. Al oír el repiqueteo del bastón de Glokta, dejaron de comer, alzaron la vista y le observaron con gran interés. El hombre que se encontraba en la cabecera de la mesa se puso de pie y se le acercó apresuradamente, recogiéndose con una mano el dobladillo de su larga túnica negra.

—Una visita —carraspeó el portero señalando a Glokta con la vela.

—Un hombre del Archilector, ¿verdad? ¡Soy Silber, el Administrador de la Universidad! —Y dicho aquello, estrechó la mano de Glokta. Sus colegas, entretanto, se habían levantado a trancas y barrancas de sus sillas, como si acabara de llegar el invitado de honor.

—Soy el Inquisidor Glokta —dijo paseando su mirada por aquel grupo de ávidos ancianos. *La verdad, no me esperaba tanta deferencia. Es evidente que el nombre del Archilector abre todas las puertas.*

—Glokta, Glokta —farfulló uno de los ancianos—, me suena el nombre, creo que una vez conocí a un Glokta en alguna parte.

—Siempre estás acordándote de gente que conociste en alguna parte, pero luego nunca te acuerdas de dónde —dijo ocurrente el Administrador,

arrancando a los presentes una risa desganada—. Permítame que haga las presentaciones.

Los cuatro científicos, todos ellos ataviados con sendas togas negras, le fueron presentados uno por uno.

—Saurizin, nuestro Adepto Químico —un anciano fornido con la toga salpicada de quemaduras y manchas y con bastantes restos de comida entre los pelos de la barba—. Denka, nuestro Adepto Metálico —el más joven de todos ellos con mucho, aunque estaba bastante lejos de ser joven; un tipo con un rictus arrogante—. Chayle, nuestro Adepto Mecánico —Glokta nunca había visto a un hombre con una cabeza tan grande y una cara tan pequeña. Le llamaron la atención sus orejas, eran gigantescas y estaban llenas de pelos grises—. Y Kandelau, nuestro Adepto Médico —una especie de pájaro esquelético con el cuello largo y unos anteojos que descansaban sobre un apéndice nasal curvo que tenía más de pico que de nariz—. Siéntese con nosotros —el Administrador le señaló una silla vacía encajonada entre los asientos de dos de los Adeptos.

—¿Un poco de vino? —le ofreció obsequioso Chayle. Una sonrisa cortés se dibujó en sus minúsculos labios mientras inclinaba el decantador y llenaba la copa sin esperar su respuesta.

—Muchas gracias.

—En este momento estábamos debatiendo sobre los respectivos méritos de cada una de nuestras disciplinas —susurró Kandelau observando a Glokta a través de sus centelleantes anteojos.

—Para no perder la costumbre —se lamentó el Administrador.

—El cuerpo humano es sin lugar a dudas el único campo digno de ser sometido a un estudio pormenorizado —prosiguió el Adepto Médico—. Antes de volcarse en el conocimiento del mundo exterior hay que conocer los misterios del mundo interior. Todos tenemos un cuerpo, Inquisidor. Las formas de curarlo y los modos de dañarlo tienen una importancia primordial para todos nosotros. El cuerpo humano es mi especialidad.

—¡Cuerpos! ¡Cuerpos! —protestó Chayle frunciendo los labios mientras revolvía la comida que tenía en el plato—. ¡No ves que estamos comiendo!

—¡Cierto! ¡Estás perturbando al Inquisidor con tu repulsiva cháchara!

—Oh, no crean que me perturbo tan fácilmente —Glokta sonrió, ofreciendo al Adepto Metálico una generosa visión de su boca desdentada—. De hecho, el tipo de trabajo que realizo en la Inquisición requiere tener unos conocimientos anatómicos bastante pasables.

Durante unos instantes se produjo un embarazoso silencio. Saurizin cogió la fuente de la carne y se la ofreció. Glokta echó un vistazo a las rojas

lonchas que brillaban en la fuente y se pasó la lengua por sus encías desnudas.

—No, gracias.

—¿Entonces es cierto? —preguntó en un susurro el Adepto Químico asomándose por encima de la fuente—. ¿Se nos asignarán más fondos? Ahora que el asunto de los Sederos ya está solucionado, me refiero.

Glokta frunció el ceño. Todo el mundo aguardaba expectante su respuesta. El tenedor de uno de los ancianos Adeptos estaba suspendido en el aire a mitad de camino de la boca. *Entiendo. Dinero. Pero ¿por qué esperan obtener dinero del Archilector?* La pesada fuente de metal comenzaba a oscilar. *Bueno... si así consigo que me escuchen.*

—La disponibilidad económica dependerá, como es natural, de los resultados.

Un tenue murmullo se extendió por la mesa. La mano temblorosa del Adepto Químico depositó cuidadosamente la fuente en la mesa.

—Últimamente he realizado grandes avances con los ácidos...

—¡Ja! —se burló el Adepto Metálico—. ¡Resultados, eso es lo que quiere el Inquisidor, resultados! ¡Mis nuevas aleaciones serán más resistentes que el acero cuando las haya perfeccionado!

—¡Y dale con las aleaciones! —suspiró Chayle alzando sus minúsculos ojos hacia el techo—. ¡Nadie sabe apreciar la importancia de un sólido pensamiento mecánico!

Los otros tres Adeptos se disponían ya a arremeter contra él, cuando el Administrador se les adelantó.

—¡Caballeros, por favor! ¡El Inquisidor no está interesado en nuestras pequeñas diferencias! Habrá tiempo para que todo el mundo hable de sus últimos trabajos y demuestre sus respectivos méritos. Esto no es una competición, ¿verdad, Inquisidor? —Todas las miradas se volvieron hacia él. Los ojos de Glokta recorrieron lentamente los rostros expectantes de los ancianos, pero no dijo nada.

—He puesto a punto una máquina para...

—Mis ácidos...

—Mis aleaciones...

—Los misterios del cuerpo humano...

Glokta los cortó en seco a todos.

—En realidad el campo en el que estoy interesado se corresponde con lo que supongo que ustedes llamarían sustancias explosivas.

El Adepto Químico se levantó de un salto.

—¡Ése es mi terreno! —gritó mirando triunfalmente a sus colegas—. ¡Tengo muestras! ¡Tengo ejemplos! ¡Haga el favor de acompañarme, Inquisidor! —Arrojó los cubiertos al plato y se dirigió a una de las puertas.

El laboratorio de Saurizin se correspondía hasta en sus más mínimos detalles con lo que cabía esperar de un lugar de esas características. Una habitación alargada con un techo abovedado, oscurecido a trechos por manchas circulares y vetas de hollín. Los muros estaban cubiertos en su mayor parte por unos estantes repletos de cajas, tarros y botellas que contenían polvos, líquidos y láminas de extraños metales. La distribución de los diferentes recipientes no parecía responder a ningún orden predeterminado y la mayoría de ellos carecía de etiquetas. *El orden no parece contarse entre sus prioridades.*

En los bancos de trabajo que había en medio de la sala reinaba una confusión aún mayor: estaban ocupados en su totalidad por unas elevadas estructuras de cristal y cobre roñoso: una maraña de tubos, matraces, platos y lámparas, una de estas últimas ardiendo con una llama viva. La impresión era que, de un momento a otro, todo aquel conjunto podía desmoronarse, vertiendo sobre cualquier desgraciado que tuviera la mala suerte de encontrarse cerca una generosa ración de hirvientes y letales sustancias venenosas. El Adepto Químico rebuscaba en medio de aquel desbarajuste como un topo en su madriguera.

—Veamos —farfulló mesándose su barba grasienta—, los polvos explosivos tenían que andar por aquí...

Mientras Glokta entraba renqueando en la sala lanzó una mirada aprensiva a aquel caos de tubos. Al instante, arrugó la nariz. La atmósfera estaba impregnada de un olor acre y repulsivo.

—¡Aquí está! —cacareó el Adepto blandiendo un tarro polvoriento lleno hasta la mitad de unos gránulos negros. Luego posó su fornido antebrazo sobre uno de los bancos y barrió con estrépito las piezas de cristal y metal para dejar un sitio libre. —¡Es una sustancia muy escasa, sabe Inquisidor, muy escasa! —quitó la tapa y vertió un reguero de polvo negro sobre la madera—. ¡Muy pocos hombres han tenido la suerte de ver cómo actúa esta sustancia! ¡Y usted está a punto de ser uno de ellos!

Glokta, por si las moscas, dio un paso atrás; la imagen del enorme boquete abierto en el muro de la Torre de las Cadenas seguía fresca en su memoria.

—Confío en que no correremos ningún riesgo si nos mantenemos a esta distancia.

—Por supuesto que no —susurró en tono precavido Saurizin, y, acto seguido, extendió el brazo y aplicó una vela encendida al extremo del reguero de polvo—. No hay peligro algu...

El polvo hizo «pum» y luego se produjo una lluvia de chispas blancas. El Adepto Químico pegó un bote hacia atrás, que a punto estuvo de hacerle chocar con Glokta, y dejó caer la vela encendida. Se oyó otro «pum» más fuerte y de nuevo saltaron las chispas. Una hedionda humareda comenzó a esparcirse por el laboratorio. Luego se produjo un destello, un ruidoso estallido, un leve chisporroteo, y ahí se acabó el asunto.

Saurizin sacudió el aire con las holgadas mangas de su toga para tratar de disipar la humareda, que ya había sumido la sala en una profunda oscuridad.

—Impresionante, ¿eh, Inquisidor? —alcanzó a preguntar antes de verse acometido por un ataque de tos.

No tanto. Glokta apagó la vela encendida aplastándola con la bota y luego se abrió paso entre las tinieblas para acercarse al banco. Apartó el montón de cenizas con el dorso de la mano. En la superficie del banco había quedado una marca negra, pero eso era todo. De hecho, lo único verdaderamente impresionante era aquel humo apestoso cuyo picor comenzaba a irritarle la garganta.

—Desde luego, produce mucho humo —dijo con voz ronca.

—Así es —dijo orgulloso el Adepto entre tos y tos—, y su hedor asciende hasta los cielos.

Los ojos de Glokta volvieron a posarse en la mancha negra del banco.

—¿Si se dispusiera de una cantidad suficiente de esta sustancia sería posible, por ejemplo, abrir un boquete en un muro?

—Posiblemente... ¿quién sabe lo que se podría llegar a hacer si se pudiera disponer de una cantidad suficiente? Pero, que yo sepa, nadie lo ha intentado todavía.

—¿En un muro de más de un metro de espesor, por ejemplo?

El Adepto torció el gesto.

—Quizás, ¡pero para eso se necesitarían varios barriles llenos a rebosar! ¡Varios barriles! ¡No hay cantidad suficiente en toda La Unión para eso y, además, el coste sería enorme! Debe de entender, Inquisidor, que los componentes se importan de Kanta, en el lejano sur, y que ni siquiera allí son

muy abundantes. Desde luego, estaría encantado de investigar el asunto, pero para ello necesitaría contar con una subvención bastante considerable...

—Gracias por haberme dedicado su tiempo —Glokta se dio media vuelta y renqueó en dirección a la puerta entre el humo que comenzaba a disiparse.

—¡Últimamente he hecho grandes progresos con los ácidos! —gritó con voz cascada el Adepto—. ¡Seguro que también le interesarán! —tomó aliento y exclamó—: ¡Grandes progresos... dígaselo al Archilector! —luego volvió a acometerle la tos. Glokta cerró lentamente la puerta tras de sí.

Una pérdida de tiempo. Es imposible que el amigo Bayaz introdujera en la sala unos barriles de ese polvo sin que nadie se diera cuenta. Y, además, ¿adónde fue a parar el humo y el tufo insoportable? Una pérdida de tiempo.

Silber estaba al acecho en el vestíbulo.

—¿Hay algo más que podamos enseñarle, Inquisidor?

Glokta se quedó en silencio unos instantes.

—¿Quién hay aquí que sepa algo de magia?

Los músculos de la mandíbula del Administrador se tensaron.

—Lo dice en broma, ¿no?

—No acostumbro a bromear, he dicho magia.

Silber entornó los ojos.

—Debe entender que ésta es una institución científica. En un lugar como éste la práctica de eso que llaman magia sería absolutamente... inadecuada.

Glokta le lanzó una mirada torva. *Maldito imbécil, no le estoy pidiendo que me saque una varita.*

—¡Mi interés es meramente histórico! —le espetó—. ¡Ya sabe, la Orden de los Magos, Bayaz y todas esas cosas!

—Ah, entiendo, un interés meramente histórico —el tenso semblante de Silber se distendió un poco—. En nuestra biblioteca disponemos de un amplio catálogo de textos antiguos, algunos de ellos pertenecientes a unas épocas en las que la magia no era considerada algo tan... chocante.

—¿Quién puede orientarme?

El Administrador alzó las cejas.

—Bueno, supongo que el Adepto Histórico, aunque por desgracia es casi una reliquia.

—Se trata de hablar con él, no de retarle a un combate de esgrima.

—Por supuesto, Inquisidor, sígame.

Glokta agarró el pomo de una vetusta puerta, tachonada de remaches negros, y empezó a girarlo. Pero de inmediato sintió que Silber le retenía el brazo.

—No —le dijo bruscamente mientras tiraba de él hacia el pasillo de al lado—. A la biblioteca se va por aquí.

El Adepto Histórico, en efecto, parecía formar parte de la historia antigua. Su rostro no era más que una máscara de piel arrugada, flácida, casi transparente. Unos cuantos cabellos blancos colgaban despeinados de su cabeza. No tendría ni una cuarta parte de lo que suele ser normal, pero cada uno de ellos era cuatro veces más largo de lo habitual, y, así, sus cejas, a pesar de ser poco pobladas, se expandían en todas direcciones como si fueran los bigotes de un gato. Su boca colgaba laxa, débil, desdentada. Sus manos parecían dos guantes desgastados de una talla varias *veces* mayor que la suya. Sólo en sus ojos, que escudriñaban a Glokta y al Administrador mientras se acercaban, se adivinaba algún signo de vida.

—¿Una visita? —graznó el anciano, dirigiéndose aparentemente a un enorme cuervo que había posado en su escritorio.

—¡Le presento al Inquisidor Glokta! —bramó el Administrador inclinándose sobre la oreja del anciano.

—¿Glokta?

—¡Viene de parte del Archilector!

—¿Ah sí? —Los avejentados ojos del Adepto Histórico escrutaron a Glokta.

—Está un poco sordo —susurró Silber—, pero nadie conoce estos libros mejor que él —luego miró las interminables filas de estanterías que se perdían en la oscuridad y pareció reconsiderar lo que acababa de decir—. Nadie más los conoce.

—Gracias —dijo Glokta—. El Administrador inclinó la cabeza y luego se dirigió hacia las escaleras. Glokta dio un paso para acercarse al anciano y el cuervo alzó el vuelo, soltando una lluvia de plumas, y se puso a aletear frenéticamente pegado al techo. Glokta retrocedió cojeando penosamente. *Maldita sea, creía que estaba disecado.* Se quedó un rato observándolo con desconfianza hasta que por fin el pájaro se posó en lo alto de una de las estanterías y se quedó quieto mirándole con sus ojos amarillos.

Glokta agarró una silla y se dejó caer en ella.

—Necesito obtener información sobre Bayaz.

—Bayaz —musitó el anciano Adepto—. La primera letra del antiguo alfabeto, muy bien.

—No sabía eso.

—El mundo está lleno de cosas que usted desconoce, jovencito —el pájaro soltó un áspero graznido que retumbó en medio del polvoriento silencio de las estanterías—. Lleno a rebosar.

—En tal caso comencemos con mi educación. Quien me interesa es Bayaz el hombre, el Primero de los Magos.

—Bayaz. El nombre que el gran Juvens dio a su primer aprendiz. Una letra, un nombre. Primer aprendiz, primera letra del alfabeto, ¿entiende?

—Ya me doy cuenta. Dígame, ¿existió realmente?

El anciano Adepto torció el gesto.

—Indudablemente. ¿No tuvo usted un tutor de niño?

—Sí, por desgracia.

—¿Y no le enseñó historia?

—Lo intentó, pero yo tenía la cabeza en otras cosas. La esgrima, las chicas.

—Ah, hace mucho que esas cosas dejaron de interesarme.

—A mí también. Pero volvamos a Bayaz.

El anciano exhaló un suspiro.

—Hace mucho tiempo, cuando aún no existía la Unión, Midderland estaba constituida por una serie de pequeños reinos, a menudo enfrentados entre sí, que iban surgiendo y desapareciendo con el paso de los años. En uno de ellos reinaba un hombre llamado Harod, el mismo que más tarde sería conocido como Harod el Grande. Supongo que habrá oído hablar de él, ¿no?

—Por supuesto.

—Un día, Bayaz se presentó en el salón del trono de Harod y prometió convertirle en el rey de todo Midderland si hacía lo que él le dijera. Harod, que era joven y bastante testarudo, no le hizo caso, pero entonces Bayaz partió en dos la gran mesa del salón con su Arte.

—Magia, ¿eh?

—Eso es lo que cuenta la historia. Harod se quedó impresionado...

—Es comprensible.

—... y se avino a aceptar el consejo del Mago.

—¿Que era...?

—Que estableciera su capital aquí, en Adua. Que hiciera las paces con algunos de los reinos, que declarara la guerra a otros, y cuándo y cómo debía de hacerlo —el anciano entornó los ojos y miró fijamente a Glokta—. Oiga, ¿quién cuenta aquí la historia, usted o yo?

—Usted. *Y se lo está tomando con mucha calma, por cierto.*

—Bayaz cumplió su palabra. Transcurrido un tiempo, Midderland se unificó y Harod se convirtió en el primero de los Grandes Reyes. Había nacido la Unión.

—¿Y luego qué ocurrió?

—Bayaz pasó a ser el principal consejero de Harod. Según se dice, todas nuestras leyes y códigos, incluso la propia estructura de nuestro sistema de gobierno, fueron creación suya y apenas han cambiado desde aquellos tiempos lejanos. Fue él quien estableció los dos Consejos, el Cerrado y el Abierto, y también fue él quien creó la Inquisición. A la muerte de Harod abandonó la Unión, pero prometió regresar algún día.

—Ya veo. ¿Y cuánto de esto cree usted que es verdad?

—Es difícil saberlo. ¿Mago? ¿Brujo? ¿Mero ilusionista? —el anciano miró la titilante llama de la vela—. Para un bárbaro esa vela puede ser cosa de magia. La línea que divide la magia del engaño es muy fina, ¿no cree? No cabe duda, en cualquier caso, que Bayaz debió de ser un hombre adelantado a su época.

Todo esto no me sirve absolutamente para nada.

—¿Y qué pasaba antes?

—¿Antes de qué?

—Antes de la Unión. Antes de Harod.

El anciano se encogió de hombros.

—Durante las edades oscuras no se concedía mucha importancia al registro de la historia. El mundo quedó sumido en el caos después de la guerra entre Juvens y su hermano Kanedias...

—¿Kanedias? ¿El Maestro Creador?

—El mismo.

Kanedias. Sus ojos miran hacia abajo desde las paredes de mi pequeño salón en los sótanos de la deliciosa mansión de Severard. Juvens ha muerto y sus once aprendices,

los Magos, se aprestan a vengarlo. Ese cuento ya me lo conozco.

—Kanedias, el Maestro Creador, ¿existió? —susurró Glokta mientras contemplaba mentalmente la oscura figura recortada sobre un fondo de llamas.

—Es difícil saberlo. Supongo que su figura se mueve en la difusa frontera que existe entre el mito y la historia. Probablemente haya algo de verdad en todo ello. Al fin y al cabo, alguien debió de construir esa maldita torre, ¿no le parece?

—¿Qué torre?

—¡La Casa del Creador! —luego el anciano señaló con el brazo la sala en la que estaban—. Y también, según dicen, todo esto.

—¿Cómo, esta biblioteca?

El anciano se rió.

—Todo Agriont o, al menos, los cimientos sobre los que se levanta. La Universidad también, desde luego. La construyó y nombró a los primeros Adeptos para que le ayudaran en sus trabajos, que a saber cuáles serían, y para que investigaran la naturaleza de las cosas. Sí, somos los discípulos del Creador, aunque dudo mucho que allá arriba lo sepan. Él se ha ido, pero su obra continúa.

—Por así decirlo. ¿Y qué fue de él?

—Ja. Murió. Su amigo Bayaz lo mató.

Glokta alzó una ceja.

—¿De veras?

—Eso dice la leyenda. ¿No ha leído *La caída del Maestro Creador?*

—¿Esa bazofia? Creía que no era más que un cuento.

—Lo es. Una paparruchada sensacionalista, pero basada en los testimonios escritos de la época.

—¿Testimonios escritos? ¿Aún se conservan?

El anciano entornó los ojos.

—Algunos.

—¿Algunos? ¿Los tienen aquí?

—Hay uno.

Glokta clavó la mirada en el anciano.

—Tráigamelo.

El vetusto papel crujía entre las manos del Adepto Histórico mientras desenrollaba cuidadosamente el manuscrito y luego lo extendía sobre la mesa. Se trataba de un pergamino amarillento y arrugado, con los bordes endurecidos por el tiempo, y cubierto con una escritura apretada cuyos caracteres resultaban absolutamente ininteligibles para Glokta.

—¿En qué está escrito?

—En la lengua antigua. Hoy en día muy pocos son capaces de entenderla —el anciano señaló con el dedo la primera línea—. Relato de la caída de Kanedias, dice, tercero de los tres.

—¿Tercero de los tres?

—De los tres rollos, supongo.

—¿Dónde están los otros dos?

—Perdidos.

—Hummm —Glokta escudriñó la interminable oscuridad de las estanterías. *Es un auténtico milagro que se pueda encontrar algo en un sitio como éste*—. ¿Qué es lo que cuenta?

El anciano bibliotecario comenzó a inspeccionar la extraña caligrafía a la tenue luz de la vela, pasando su dedo tembloroso por el pergamino y moviendo en silencio los labios.

—Grande era su furor.

—¿Cómo dice?

—Es así como empieza. Grande era su furor —luego continuó leyendo con lentitud—. Los Magos persiguieron a Kanedias, aplastando a aquellos que le seguían siendo fieles. Irrumpieron en su fortaleza, destruyeron sus edificaciones, mataron a sus servidores. El propio Creador, gravemente herido tras el combate con su hermano Juvens, tuvo que refugiarse en su Casa —el anciano desenrolló otro trozo del texto—. Durante doce días y doce noches, los Magos descargaron toda su furia contra las puertas sin conseguir quebrantarlas. Hasta que Bayaz encontró una forma de entrar... —el Adepto, frustrado, dio un manotazo al aire—. La humedad o alguna otra cosa ha desdibujado los caracteres del siguiente capítulo. No consigo descifrarlo... pero parece hacer referencia a la hija del Creador.

—¿Está seguro?

—¡Cómo voy a estarlo! —le espetó el anciano—. ¡Falta todo un capítulo!

—¡Dejémoslo entonces! ¿Qué es lo siguiente de lo que está seguro?

—Bueno, veamos... Bayaz le siguió hasta el tejado y lo arrojó al vacío —el anciano carraspeó ruidosamente—. El Creador cayó envuelto en llamas y se estrelló contra el puente. Los Magos buscaron por todas partes la Semilla, pero no pudieron dar con ella.

—¿La Semilla? —preguntó desconcertado Glokta.

—Eso es lo que pone.

—¿Qué demonios significa eso?

El anciano, que evidentemente estaba encantado de aquella inesperada oportunidad de pontificar sobre su especialidad, se recostó en su silla.

—El fin de la era mítica, el inicio de la era de la razón. Bayaz y los Magos representan el orden. El Creador es una figura semidivina, representa la superstición, la ignorancia. No sé, tal vez haya un fondo de verdad en toda esta historia. A fin de cuentas, alguien debió de construir esa maldita torre, ¿no? —y, acto seguido—, dejó escapar una risa cascada.

Glokta no se molestó en indicarle que hacía unos minutos había hecho ese mismo chiste. *Y ni siquiera entonces tuvo gracia. La repetición es una de las maldiciones de la vejez.*

—¿Qué me dice de la Semilla esa?

—¿Magia, secretos, poder? Una simple metáfora.

No voy a impresionar mucho al Archilector si le voy con una metáfora. Y menos aún con una tan mala como ésa.

— ¿No dice nada más?

—Sigue un poco, veamos —de nuevo volvió a mirar los enigmáticos caracteres—. Se estrelló contra el puente, buscaron la Semilla...

—Ya, ya.

—Tenga paciencia, Inquisidor —el decrépito dedo del Adepto repasó los caracteres—. Sellaron la Casa del Creador. Enterraron a los caídos, incluidos Kanedias y su hija. Eso es todo —escudriñó la hoja con el dedo suspendido sobre las últimas letras—. Y Bayaz se quedó con la llave. Ahora sí que está todo.

Glokta alzó las cejas.

—¿Cómo? ¡Repítame esa última parte!

—Sellaron las puertas, enterraron a los caídos y Bayaz se quedó con la llave.

—¿La llave? ¿La llave de la Casa del Creador?

El Adepto volvió a mirar el pergamino.

—Eso es lo que pone.

No hay ninguna llave. Esa torre lleva siglos sellada, todo el mundo lo sabe. Nuestro impostor no puede tener ninguna llave, eso es seguro. En el rostro de Glokta se fue dibujando una sonrisa. *Es poca cosa, muy poca cosa, pero con una escenificación y un énfasis adecuados puede ser suficiente. El Archilector se sentirá satisfecho.*

—Me lo llevo —Glokta agarró el manuscrito y comenzó a enrollarlo.

—¿Cómo? —el Adepto le miraba con los ojos desorbitados del espanto—. ¡No puede hacerlo! —se levantó de su asiento con una dificultad superior incluso a la que habría mostrado Glokta. Su cuervo se alzó también y se quedó suspendido junto al techo, aleteando y graznando con furia. Pero Glokta hizo caso omiso de ambos—. ¡No puede llevárselo! Es irremplazable —resollaba el anciano lanzando manotazos al aire en un intento inútil de arrebatarle el manuscrito.

Glokta abrió los brazos.

—¡Deténgame! ¡Ande, hágalo! ¡Será divertido verlo! ¿Se lo imagina? ¿Dos lisiados dando trompicones entre los estantes y tirando cada uno de un extremo del manuscrito mientras su pájaro se dedica a cagarnos encima? —soltó un risa maliciosa—. Un espectáculo muy poco edificante, ¿no cree?

El Adepto Histórico, exhausto por sus lastimosos esfuerzos, se derrumbó jadeando en la silla.

—A nadie le importa ya el pasado —susurró—. No se dan cuenta de que sin pasado no puede haber futuro.

Profunda reflexión. Glokta se metió el pergamino enrollado en el bolsillo del gabán y se dio la vuelta para irse.

—¿Quién se ocupará del pasado cuando yo no esté?

—¿A quién le importa? —preguntó Glokta mientras se dirigía apresuradamente hacia las escaleras—. Siempre y cuando no sea yo.

Los notables dones del Hermano Pielargo

Hacía una semana que los vítores de la multitud despertaban a Logen todas las mañanas. Comenzaban muy temprano y le arrancaban del sueño con un estruendo parecido al que produciría una batalla que se estuviera librando allí al lado. De hecho, la primera vez que los oyó pensó que era una batalla, pero ya sabía que se trataba del estúpido deporte que practicaban en aquel maldito lugar. Las cosas mejoraban un poco si se cerraba la ventana, pero entonces el calor resultaba insoportable. Había que elegir entre dormir un poco o no dormir nada. En vista de ello, había optado por dejar la ventana abierta.

Logen se restregó los ojos y se levantó de la cama. Otro sofocante y tedioso día en la Ciudad de las Torres Blancas. En las agrestes soledades de los caminos le bastaba con abrir un ojo para encontrarse totalmente despierto, pero en aquel lugar las cosas eran distintas. El aburrimiento y el calor le volvían lento y perezoso. Bostezando y frotándose las mandíbulas con una mano, cruzó a trompicones el umbral para acceder al salón y, de pronto, se paró en seco.

Había alguien en el salón, un desconocido. Estaba de pie junto a la ventana, bañado por la luz que entraba de fuera, con las manos agarradas a la espalda. Un hombre bajo y menudo, que llevaba el pelo cortado al rape siguiendo el irregular contorno de su cráneo y vestía una extraña prenda con aspecto de estar muy viajada: un tejido holgado y desvaído que daba varias vueltas a su cuerpo hasta envolverlo por completo.

Antes de que Logen tuviera la oportunidad de abrir la boca, el hombre se volvió y se plantó frente a él de un brinco.

—¿Usted es? —inquirió—. Su rostro risueño estaba tan bronceado y curtido como el cuero de un par de botas muy usadas. Una circunstancia que dificultaba mucho la tarea de determinar su edad. Lo mismo podía tener veinticinco que cincuenta años.

—Nuevededos —mascullό Logen, retrocediendo con cautela hacia la pared.

—Ah, Nuevededos, claro —el hombrecillo se pegó a él, agarró una de las

manos de Logen entre las suyas y la estrechó con fuerza—. Es un gran honor y un inmenso privilegio conocerle —dijo cerrando los ojos e inclinando la cabeza.

—¿Ha oído hablar de mí?

—Oh, no, pero todas las criaturas del Señor merecen el máximo respeto —y, dicho aquello, volvió a hacer una reverencia—. Soy el Hermano Pielargo, un viajero perteneciente a la ilustre Orden de los Navegantes. Apenas hay un lugar bajo el sol que no hayan hollado estos pies —señaló sus botas desgastadas y luego extendió los brazos—. ¡Desde las montañas de Thond hasta los desiertos de Shamir, desde las llanuras del Viejo Imperio hasta las aguas plateadas de las Mil Islas! ¡Mi patria es el mundo entero! ¡Sí señor!

Hablaba bastante bien la lengua del Norte, tal vez mejor que el propio Logen.

—¿El Norte también?

—Hice una breve visita en mi juventud. Pero el clima me resultó un tanto desapacible.

—Habla muy bien nuestra lengua.

—Bien pocas son las lenguas que yo, el Hermano Pielargo, no sepa hablar. Uno de los notables dones que atesoro es una habilidad innata para el aprendizaje de idiomas —el tipo sonrió de oreja a oreja—. Dios me ha colmado de bendiciones —añadió.

Logen se preguntaba si todo aquello no sería una especie de broma pesada.

—¿Qué le trae por aquí?

—¡He sido llamado! —Sus ojos oscuros lanzaron un destello.

—¿Llamado?

—¡Desde luego! Por Bayaz, el Primero de los Magos. ¡Él me ha llamado y yo he acudido! ¡Yo soy así! Cierto que, como contraprestación por mis notables dones, ha realizado una generosa aportación a las arcas de la orden, pero aunque no fuera así, yo habría acudido. ¡Aunque no fuera así! ¡Sí señor!

—¿De veras?

—¡Desde luego! —el hombrecillo se apartó de él y se puso a dar vueltas por la sala a un ritmo infernal mientras se frotaba las manos—. ¡El reto que supone esta misión apela tanto al orgullo de nuestra orden como a su largamente atestiguada codicia! ¡Y de todos los Navegantes del Círculo del Mundo ha sido a mí, a mí, a quien han seleccionado para cumplir esta misión! ¡A mí, al Hermano Pielargo! ¡A mí y a nadie más que a mí! ¿Alguien con una

posición como la mía, alguien con mi reputación, podría resistirse a semejante reto? —se detuvo ante Logen y lo miró con gesto expectante como si aguardara respuesta—: Mmm... ¡Yo desde luego que no! —gritó Pielargo iniciando una nueva ronda por la sala—. ¡Yo no me resistí! ¿Por qué iba a hacerlo? ¡Eso no va conmigo! ¿Un viaje a los confines del Mundo? ¡Qué gran historia que contar! ¡Qué inspiración para los demás! ¡Qué...

—¿Los confines del Mundo? —inquirió receloso Logen.

—¡Sí, lo sé! —el extraño hombrecillo le dio una palmada en el brazo—. ¡Los dos estamos profundamente emocionados!

—Usted debe de ser nuestro Navegante —Bayaz acababa de salir de su habitación.

—Así es, el Hermano Pielargo a su servicio. Y usted, imagino, debe de ser mi ilustre patrón, Bayaz, el Primero de los Magos.

—El mismo.

—Es un honor y un gran privilegio conocerle —exclamó Pielargo, y de un brinco se plantó junto al Mago y le estrechó la mano.

—Lo mismo digo. Espero que el viaje le haya resultado grato.

—¡Viajar siempre me resulta grato! ¡Siempre! Lo que llevo peor son los intervalos entre los viajes. ¡Sí señor! —Bayaz interrogó a Logen con el ceño fruncido, pero éste, por toda respuesta, se encogió de hombros—. ¿Puedo preguntarle cuánto tardaremos en partir? ¡Estoy deseando embarcar!

—Pronto, espero. El último miembro de nuestra expedición no tardará en llegar. Pero antes de nada habrá que fletar un barco.

—¡Naturalmente! ¡Será para mí un gran placer ocuparme de ello! ¿Qué ruta debo dar al capitán?

—Rumbo oeste, cruzaremos el Mar Circular hasta llegar a Stariksa y, de allí, seguiremos rumbo a Calcis, en el Viejo Imperio —el hombrecillo sonrió e hizo una pronunciada reverencia—. ¿Le parece bien la ruta?

—Perfecta, aunque hoy en día son pocos los barcos que hacen escala en Calcis. Las interminables guerras del Viejo Imperio han vuelto muy peligrosas esas rutas. Están infestadas de piratas. Tal vez no resulte fácil encontrar un capitán que quiera ir allí.

—Esto debería contribuir a convencerlo —Bayaz arrojó sobre la mesa su bolsa, que andaba tan abultada como siempre.

—Sin duda.

—Asegúrese de que se trata de un barco veloz. Una vez que estemos

listos, no quiero perder ni un solo día.

—De eso puede estar seguro —dijo el Navegante arramblando con la pesada bolsa de las monedas—. ¡Navegar en barcos lentos no va conmigo! ¡No señor! ¡Le encontraré el barco más veloz de todo Adua! ¡Sí señor! ¡Volará tan rápido como el aliento de Dios! Surcará las olas como...

—Con que sea rápido basta.

El hombrecillo inclinó la cabeza.

—¿La fecha de partida?

—Dentro de este mismo mes —Bayaz miró a Logen—. ¿Por qué no le acompaña?

—¿Eh?

—¡Sí! —exclamó el Navegante—. ¡Iremos juntos! —agarró a Logen del codo y tiró de él hacia la puerta.

—¡Espero que haya vueltas, Hermano Pielargo! —le gritó Bayaz antes de que se fuera.

El Navegante se dio la vuelta en el umbral.

—Descuide, que así será. ¡Buen ojo para tasar el valor de las cosas, facilidad para el regateo e inquebrantable tesón a la hora de negociar! ¡Ésos no son sino tres de mis notables dones! —dijo sonriendo de oreja a oreja.

—Magnífico lugar esta ciudad de Adua. ¡Sí señor! Pocas ciudades se le pueden comparar. Shaffa tal vez sea más grande, pero resulta excesivamente polvorienta. Westport y Dagoska, qué duda cabe, tienen muchas cosas que ver. Y hay quien piensa que Ospria, con sus suaves colinas, es la ciudad más bella del mundo. Pero déjeme que le diga una cosa, en el corazón del Hermano Pielargo sólo hay lugar para la grandiosa Talins. ¿Ha estado alguna vez allí, maese Nuevededos? ¿Conoce esa noble población?

—Mmm... —Logen estaba bastante atareado tratando de no perder al hombrecillo en medio de aquella marea interminable de gente.

Pielargo se paró tan de improviso que Logen estuvo a punto de estamparse contra él. El Navegante se dio media vuelta, alzó las manos y le contempló con unos ojos que parecían mirar un punto perdido en la lejanía.

—¡Talins vista desde el océano cuando el sol se pone! He tenido ocasión de ver cosas verdaderamente notables, puede creerme, pero le aseguro que no existe nada en el mundo que se le pueda comparar. ¡El brillo del sol reflejado en

sus infinitos canales, en las cúpulas doradas de la ciudadela del Gran Duque, en los coquetos palacios de los príncipes mercaderes! ¿Dónde termina el resplandeciente mar, dónde acaba la resplandeciente ciudad? ¡Ah! ¡Talins! —volvió a darse media vuelta y salió de estampida. Logen se apresuró a seguirlo—. Pero esta Adua es un hermoso lugar, sin duda, y cada año que pasa crece más. Las cosas han cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí, vaya si han cambiado. Hubo un tiempo en que sólo había nobles y plebeyos. Los nobles eran los dueños de la tierra y, por lo tanto, del dinero y del poder. ¡Ja! ¿Ve qué sencillo?

—Bueno... —a Logen le estaba costando bastante ver otra cosa que no fuera la espalda de Pielargo.

—Pero ahora comercian, y mucho. Hay mercaderes, banqueros y todas esas cosas. Está lleno. Los hay a cientos. Ahora, se da cuenta, un plebeyo puede ser rico. Y un plebeyo rico tiene poder. ¿Qué es entonces? ¿Noble? ¿Plebeyo? ¿O alguna otra cosa? ¡Ja! De repente todo se complica, ¿no cree?

—Mmm..

—Mucha riqueza. Mucho dinero. Pero mucha pobreza también, ¿eh? Multitudes de mendigos, multitudes de pobres. Tanta riqueza y tanta pobreza juntas no parece saludable, pero de todos modos es un bonito lugar, y cada año que pasa crece más.

—Yo lo encuentro demasiado masificado —masculló Logen justo en el momento en que un hombro le daba un empellón—, y demasiado caluroso también.

—¡Bah! ¿Masificado? ¿A esto le llama usted masificado? ¡Debería haber visto el gran templo de Shaffa a la hora del rezo matinal! ¡O la gran plaza que hay frente al palacio del Emperador cuando hay subasta de esclavos! Y en cuanto a lo del calor, ¡no me diga que a esto le llama usted calor! ¡En Ul-Shaffa, en el extremo sur de Gurkhul, hace tanto calor durante los meses de verano que la gente fríe los huevos en el umbral de sus casas! ¡Sí señor! Vamos por aquí. ¡Se llega antes! —Pielargo atajó entre la marea de gente y se dirigió a una callejuela.

Logen le cogió del brazo y escrutó la oscuridad.

—¿Por ahí? ¿Está seguro?

—¿Lo duda? —inquirió Pielargo, que de pronto parecía escandalizado—. ¿Es posible que lo dude? ¡Sepa que el sentido de la orientación tal vez sea el más destacado de mis muy notables dones! ¡Es precisamente ese don el que explica la generosa contribución que el Primero de los Magos ha hecho a nuestras arcas! No puedo creer que usted, pero... un momento, claro, ya lo entiendo —el Navegante levantó una mano, recuperó la sonrisa y luego

golpeteó a Logen en el pecho con su dedo índice—. Lo que pasa es que *usted* todavía no conoce bien al Hermano Pielargo. No, todavía no lo conoce. Mantiene una actitud cauta, vigilante, unas cualidades excelentes siempre que se sepa cuándo han de utilizarse. No puedo esperar de usted la misma fe inquebrantable que *yo* tengo en mis dones. ¡Claro que no! No sería justo. Y la injusticia no es una cualidad admirable. ¡Ah, no! La injusticia no va conmigo.

—Lo que quería decir es que...

—¡Pues le convenceré! —aulló Pielargo—. ¡Vaya si lo haré! ¡Acabará por confiar más en mi palabra que en la suya propia! ¡Sí, señor! ¡Ya verá como por aquí se llega antes! —y enfiló por la sórdida callejuela a una velocidad pasmosa, que obligó a Logen a hacer un considerable esfuerzo para seguirle a pesar de que sus piernas eran casi más del doble de largas—. ¡Ah, los barrios bajos! —iba diciendo el Navegante por encima del hombro mientras avanzaban por unas callejas lúgubres y cochambrosas cuyos edificios parecían abrumarlos cada vez más—. ¡Qué lugar los barrios bajos! —por momentos, los callejones se volvían cada vez más estrechos, más oscuros, más sucios. El hombrecillo giraba a izquierda y derecha, sin hacer ni una sola pausa para decidir la ruta que debía seguir—. ¿Huele eso, maese Nuevededos? ¿Lo huele? Huele a... —sin parar de andar, el Navegante chasqueó los dedos tratando de dar con la palabra— ¡...a misterio! ¡A aventura!

A Logen le olía más bien a rayos. Tirado en el suelo, con la cabeza metida en un desagüe, había un tipo que debía de estar borracho como una cuba o tal vez muerto. Otros deambulaban con paso tambaleante y caras demacradas o estaban parados en los portales formando amenazadores corrillos y pasándose botellas. También había mujeres.

—¡Cuatro marcos y te haré ver el cielo, norteño! —le dijo una a Logen cuando pasó por delante de ella—. ¡No lo olvidarás en la vida! ¡Te lo dejo en tres!

—Prostitutas —susurró Pielargo, sacudiendo la cabeza—, y bastante baratas. ¿Le gustan las mujeres?

—Bueno...

—¡Debería ir a Ul-Nahb, amigo mío! ¡Ul-Nahb, en la costa del Mar del Sur! Ahí se puede comprar una esclava sexual. ¡Vaya si se puede! ¡Cuestan un ojo de la cara, pero es que a esas chicas se tiran años entrenándolas!

—¿Se puede comprar una chica? —preguntó Logen perplejo.

—Y un chico también, si sus gustos van por ahí.

—¿Eh?

—Los entrenan durante años. ¡Sí, señor! Es toda una industria. ¿Le gusta

que sepan trucos? ¡Pues esas chicas se saben unos trucos increíbles! ¡O, si no, vaya usted a Sipani! ¡En esa ciudad hay algunos lugares que..., para qué le voy a contar! ¡Las mujeres de allí son una preciosidad! ¡Sí, señor! ¡Auténticas princesas! Y limpias —masculló echando un vistazo a las desaliñadas mujeres de la calle.

A Logen, en realidad, un poco de suciedad no le molestaba en absoluto. Todo aquello de los trucos y la preciosidad le sonaba demasiado complejo. De pronto, se fijó en una chica que estaba apoyada en el marco de un portal con un brazo en alto. Les miraba pasar con una sonrisa desganada. A Logen le pareció guapa de un modo un tanto desesperado. Desde luego, era bastante más guapa que él y, además, hacía mucho tiempo. Más vale ser realista en ese tipo de asuntos.

Logen se detuvo en medio de la calle.

—¿No dijo Bayaz que habría vueltas? —preguntó.

—Desde luego. Lo dejó muy claro.

—Eso quiere decir que sobra algo de dinero, ¿no?

Pielargo alzó una ceja.

—Bueno, tal vez sí, deje que mire... —sacó la bolsa con un gesto muy alambicado, la abrió y se puso a hurgar dentro. Las monedas comenzaron a tintinear.

—Oiga, ¿cree usted que es una buena idea hacer eso? —Logen miró nervioso a ambos lados de la calle. Varios rostros se habían vuelto hacia ellos.

—¿Cómo dice? —preguntó el Navegante sin dejar de hurgar en la bolsa. Extrajo unas cuantas monedas, las alzó para mirarlas a la luz y luego se las puso a Logen en la palma de la mano.

—Por lo que veo, el disimulo no es uno de sus dones —algunos de los desarrapados, picados por la curiosidad, comenzaban a acercarse lentamente, dos por delante y uno por detrás.

—¡Ah, no! —se rió Pielargo—. ¡Desde luego que no! ¡Eso no va conmigo, a mí me gusta ir a las claras! ¡Sí, señor! Soy un... ¡oh! —acababa de fijarse en las oscuras siluetas que se les aproximaban—. Vaya, hombre. Esto se pone feo.

Logen se volvió hacia la muchacha.

—Le importaría que... —la chica le cerró la puerta en las narices. Otras puertas de la calle comenzaron a cerrarse también—. Mierda —dijo—. ¿Qué tal se le da luchar?

—Dios ha tenido a bien bendecirme con muchos y muy notables dones

—murmuró—, pero ése no es uno de ellos.

Uno de los tipos tenía una bizquera muy desagradable.

—Esa bolsa es demasiado grande para un tipo tan pequeño como tú —dijo acercándose un poco más a ellos.

—Bueno, mmm... —musitó Pielargo y, acto seguido, se metió detrás de Logen.

—Un peso demasiado grande para que cargue con él un hombrecillo como tú —dijo el otro.

—¿Por qué no dejas que te ayudemos a llevarlo?

Ninguno de los dos llevaba armas a la vista, pero por la posición de sus manos estaba claro que sí las tenían. Detrás había un tercer tipo, le sentía avanzar hacia ellos. Estaba cerca. Más cerca que los otros dos. Si pudiera ocuparse primero del tipo de detrás, tendría bastantes posibilidades de salir con bien del asunto. No se podía arriesgar a mirar atrás, eso estropearía el efecto sorpresa. Tenía que actuar y confiar en que todo saliera bien. Como siempre.

Apretó los dientes y lanzó el codo hacia atrás. Se estrelló contra la mandíbula del tipo con un golpe seco, y Logen le cogió la muñeca con la otra mano. Fue una suerte, porque era en esa mano donde tenía el cuchillo listo para clavarlo. Logen le soltó otro codazo en la boca y desprendió sus dedos inertes del cuchillo antes de que el tipo se estrellara contra los mugrientos adoquines de la calle. Luego se giró como una centella, sorprendido de que aún no le hubieran apuñalado por la espalda. Pero los otros dos no habían sido muy rápidos. Ya habían sacado los cuchillos y uno de ellos había avanzado medio paso en su dirección, pero, en cuanto vio a Logen blandiendo el cuchillo en alto, se detuvo.

Como arma resultaba bastante precaria, quince centímetros de hierro roñoso sin tan siquiera un mísero travesaño, pero era mejor que nada. Mucho mejor. Logen lo agitó en el aire, para asegurarse de que todo el mundo lo había visto bien. No iban mal las cosas. Sus posibilidades habían mejorado de forma notable.

—Muy bien —dijo Logen—, ¿quién es el siguiente?

Los dos tipos se separaron, sopesaron sus cuchillos con las manos y trataron de acercársele uno por cada lado, aunque, a decir verdad, no parecían tener mucha prisa por lanzar el ataque.

—¡Es nuestro! —susurró el bizco, pero su amigo no parecía tenerlo tan claro.

—Conformaos con esto —Logen abrió el puño y les mostró las monedas

que le había dado Pielargo—. Y dejadnos en paz. Es todo lo que os pienso dar —volvió a sacudir el aire con el cuchillo para dar un poco más de peso a sus argumentos—. Esto es lo que valéis para mí, ni una moneda más. Vosotros veréis.

El bizco escupió al suelo.

—¡Es nuestro! —siseó de nuevo—. ¡Ve a por él!

—¡Ve tú! —gritó el otro.

—Coged lo que os ofrezco —dijo Logen—, y así nadie tendrá que ir a ninguna parte.

El tipo al que había propinado el codazo emitió un gruñido y rodó por el suelo. El recordatorio de lo que le había pasado acabó de decidirlos.

—¡Está bien, maldito norteño, está bien, tú ganas!

Logen sonrió. Tenía pensado arrojar las monedas a la cara del bizco y apuñalarle luego, aprovechando la distracción. Eso es lo que habría hecho de joven, pero decidió no hacerlo. ¿Para qué molestarse? En lugar de ello, abrió los dedos y arrojó el dinero a su espalda mientras se retiraba hacia el muro más cercano. Los dos ladrones y él se rodearon con cautela: a cada paso que daban ellos se acercaban más al dinero y él a la escapatoria. Poco después ya habían intercambiado sus posiciones, y Logen caminaba de espaldas por la calle sin dejar de blandir el cuchillo. Cuando los tenía ya a unos diez pasos, los dos hombres se agacharon y se pusieron a recoger las monedas que había desperdigadas por el suelo.

—Sigo vivo —se dijo Logen para sus adentros mientras avivaba el paso.

Había tenido suerte, lo sabía. Por muy duro que se sea, sólo un idiota se cree que no puede morir en una pequeña trifulca callejera. Había tenido suerte de acertar al tipo de detrás. Suerte de que los otros dos fueran tan lentos. Pero, al fin y al cabo, él siempre había tenido suerte en los combates. La suerte de haber salido vivo de todos ellos. Aunque no tanta cuando se trataba de evitarlos. En cualquier caso, se sentía satisfecho de cómo habían salido las cosas. Se alegraba de no haber tenido que matar a nadie.

Logen sintió una mano que le palmeaba la espalda y se volvió en redondo blandiendo el cuchillo.

—¡Soy yo! —el Hermano Pielargo alzó los brazos. Logen casi se había olvidado del Navegante. Debía de haber permanecido detrás de él durante todo ese tiempo en el más absoluto silencio—. ¡Qué bien lo ha manejado todo, maese Nuevededos, qué bien! ¡Sí, señor! ¡Ya veo que también usted está dotado de ciertos dones! ¡Estoy deseando viajar con usted, vaya si lo estoy! ¡Los muelles están por aquí! —exclamó poniéndose en marcha de inmediato.

Logen echó un último vistazo a los dos tipos, pero como seguían arrastrándose por el suelo, tiró el cuchillo y se apresuró a seguir a Pielargo.

—¿Qué pasa, es que ustedes los Navegantes nunca pelean?

—Oh, algunos sí, con las manos e incluso con todo tipo de armas. Y los hay muy letales, no crea, pero yo no soy uno de ellos. Ah, no. Eso no va conmigo.

—¿Nunca pelea?

—Nunca. Yo tengo otro tipo de habilidades.

—Pensaba que en sus viajes se habría visto obligado a hacer frente a numerosos peligros.

—Y así es —dijo alegremente Pielargo—, así es. Y es entonces cuando mi notable don para ocultarme resulta más útil.

Las de su especie jamás se rinden

Noche. Frío. El viento salado azotaba la cima de la colina, y las ropas que llevaba Ferro eran finas y estaban hechas jirones. Se abrazó, encogió el cuerpo y contempló el mar con mirada torva. Dagoska no era más que una lejana aglomeración de puntos luminosos apelotonados en la empinada roca que se alzaba entre la curva de la bahía y el reverberante océano. Sus ojos distinguían las vagas siluetas de murallas y torres en miniatura, negras sombras recortadas sobre el cielo oscuro, y el estrecho istmo que unía la ciudad a tierra firme. Era casi una isla. Entre ellos y Dagoska se extendían las hogueras. Campamentos levantados a lo largo del camino. Muchos campamentos.

—Dagoska —susurró Yulwei, que estaba sentado al borde de la roca que Ferro tenía a su lado—. Una pequeña astilla de la Unión, clavada en Gurkhul como una espina. Una espina clavada en el orgullo del Emperador.

—Hummm —gruñó Ferro, encogiéndose un poco más.

—La ciudad está muy vigilada. Hay muchos soldados. Más que nunca. No va a resultar fácil despistarlos a todos.

—Tal vez deberíamos volvernos —masculló Ferro esperanzada.

El anciano hizo caso omiso de la sugerencia.

—*Ellos* también están aquí. Y hay más de uno.

—¿Devoradores?

—Tengo que acercarme más. A ver si puedo encontrar una forma de entrar. Espérame aquí —se calló, aguardando su respuesta—. ¿Me esperarás?

—¡Vale! ¡Vale! —masculló—. ¡Esperaré!

Yulwei resbaló por la roca y se deslizó por la tierra blanda de la ladera; su figura resultaba casi invisible en la impenetrable oscuridad. Cuando el tintineo de sus brazaletes se perdió en la noche, Ferro dio la espalda a la ciudad, respiró hondo y se escurrió por la ladera sur en dirección a Gurkhul.

Ferro podía correr. Rauda como el viento, varias horas seguidas. Había pasado mucho tiempo corriendo. Nada más llegar a la base de la colina, corrió:

sus pies volaban por el campo abierto, su respiración marcaba un ritmo rápido, enérgico. Oyó delante de ella un ruido de agua, bajó resbalando por un terraplén y cayó en la orilla de un río que discurría lentamente. Avanzó chapoteando con el agua por las rodillas.

A ver cómo se las arregla ese maldito viejo para seguirme ahora, pensó.

Al cabo de un rato, hizo un fardo con sus armas, se lo echó a la cabeza y luchó contra la corriente con el brazo que tenía libre. Al llegar a la otra orilla salió a trompicones del río y corrió por su margen mientras se secaba el agua que le chorreaba por la cara.

El tiempo discurría con lentitud y las primeras luces del día comenzaban a asomar en el cielo. El río murmuraba a un lado y las sandalias de Ferro repercutían veloces contra la hierba crecida. Se separó del río y corrió por el llano que comenzaba a pasar del negro al gris. Frente a ella se alzaba un pequeño grupo de árboles achaparrados.

Irrumpió entre los troncos y, casi sin aliento, se dejó caer entre los matojos. Su cuerpo temblaba en la penumbra, el corazón le latía acelerado en el pecho. Más allá de los árboles reinaba el silencio. Perfecto. Metió una mano entre sus ropas y sacó un trozo de pan y una tira de carne. Se habían empapado durante el cruce del río, pero todavía eran comestibles. Sonrió. Durante los últimos días había estado guardando la mitad de las raciones que le daba Yulwei.

—Maldito viejo —se dijo con una risita sofocada mientras se iba metiendo la comida a trozos en la boca—, mira que creerse que iba a poder aprovecharse de Ferro Maljinn.

Estaba muerta de sed. Poco podía hacer de momento, ya encontraría agua más adelante. Pero estaba cansada, muy cansada. Incluso Ferro se cansaba. Descansaría un rato, sólo un rato. Recuperaría la fuerza de las piernas y luego se dirigiría hacia... hacia... Ferro se revolvió inquieta. Ya lo pensaría luego. Iría donde mejor pudiera vengarse. Eso haría, sí.

Se arrastró entre los matojos y se apoyó en un árbol. Los ojos se le fueron cerrando lentamente. Ahora, a descansar un poco. Luego, la venganza.

—Maldito viejo estúpido —masculló. La cabeza se le cayó hacia un lado.

—¡Hermano!

Ferro se despertó sobresaltada y se dio con la cabeza contra el árbol. Había luz, mucha luz. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo?

—¡Hermano! —una voz de mujer, no muy lejos de allí—. ¿Dónde estás?

—¡Por aquí! —Ferro se quedó paralizada con todos los músculos en tensión. Una voz masculina, profunda, fuerte. Y muy cercana. Luego oyó unos cascos de caballo que avanzaban lentamente; varios caballos, a muy poca distancia.

—¿Qué haces, hermano?

—¡Anda por aquí cerca! —gritó la voz masculina. A Ferro se le hizo un nudo en la garganta—. ¡Puedo olería! —Ferro tanteó los matojos para coger sus armas. Se metió en el cinto la espada y un cuchillo, y el otro cuchillo se lo colocó entre los harapos de la única manga que le quedaba—. ¡Ya siento su sabor, hermana! ¡Está aquí al lado!

—Pero ¿dónde? —la voz de la mujer se acercaba—. ¿Crees que puede oírnos?

—¡Es posible! —dijo el hombre riéndose— ¿Estás ahí, Maljinn? —Ferro sacudió el hombro para soltar su carcaj, y agarró el arco—. Te estamos esperando... —cantó la voz del hombre, que sonaba justo al otro lado de los árboles—. Ven Maljinn, ven a saludarnos...

Ferro salió de entre los matorrales como una centella y corrió desesperadamente por el campo abierto.

—¡Mírala! ¡Ahí va! —gritó la voz de mujer a sus espaldas.

—¡Cógela! —gritó el hombre.

Ante Ferro se extendía una pradera cubierta de matojos. No había dónde resguardarse. Soltó un gruñido, se volvió en redondo y metió una flecha en el arco. Cuatro jinetes cabalgaban hacia ella, guerreros gurkos; el metal de sus cascos puntiagudos y las feroces puntas de sus lanzas centelleaban al sol. Detrás de ellos, a cierta distancia, había otros dos jinetes, un hombre y una mujer.

—¡Detente en nombre del Emperador! —gritó uno de los soldados.

—¡Que se joda tu Emperador! —La flecha alcanzó en el cuello al primero de los soldados, que cayó de espaldas emitiendo un gorgoteo y soltando su lanza.

—¡Buen tiro! —gritó la mujer.

El segundo jinete recibió una flecha en el pecho. Su peto aminoró el impacto, pero la flecha se hundió lo bastante como para resultar mortal. El soldado soltó un grito mientras su espada salía despedida y caía en la hierba. Luego agarró la flecha y se dobló sobre la silla.

El tercero ni siquiera tuvo tiempo de emitir ningún sonido. La flecha le

entró por la boca cuando se encontraba a no más de diez zancadas. La punta le atravesó el cráneo y le arrancó el casco. Pero para entonces Ferro ya tenía encima al cuarto jinete. Tiró el arco y se lanzó al suelo justo a tiempo de evitar la embestida. Se levantó corriendo, lanzó un escupitajo y desenvainó la espada.

—¡La queremos viva! ¡Viva! —gritó la mujer picando levemente su montura.

El caballo del soldado se volvió con un bufido y su jinete lo espoleó y se acercó con cautela a Ferro. Era un tipo corpulento con las mejillas cubiertas de un tupido vello negro.

—Espero que estés en paz con Dios, muchacha —dijo.

—¡Que se joda tu Dios! —Ferro correteó de un lado para otro para esquivar su trayectoria, pegándose lo más posible al suelo. El soldado le tiraba lanzadas, manteniéndola a distancia, mientras su caballo piafaba arrojando polvo a la cara de Ferro.

—¡Atízala! —oyó que gritaba la mujer a sus espaldas.

—¡Sí, atízala! —la secundaba su hermano entre risas—. ¡Pero no te pases! ¡La queremos viva!

El soldado soltó un gruñido y espoleó su montura. Ferro le esquivó y se tiró delante de las patas del animal. La punta de la lanza le hizo un rasguño en un brazo y Ferro respondió descargando su espada con todas sus fuerzas.

La hoja curva penetró entre las láminas de la armadura del soldado, le cercenó la pierna a la altura de la rodilla y abrió una profunda herida en la ijada del caballo. El hombre y el animal gritaron al unísono y cayeron al suelo. La tierra se tiñó de sangre.

—¡Le ha alcanzado! —la voz de la mujer sonaba un tanto decepcionada.

—¡Arriba hombre! ¡Arriba y a por ella! —exclamó entre risas su hermano—. ¡Todavía tienes una oportunidad! —el soldado se revolvía en el suelo. Ferro puso fin a sus aullidos hundiéndole la espada en la cara. A unos pasos de donde se encontraba, el segundo jinete agonizaba montado en su silla con las manos aferradas al asta de la flecha. Su caballo agachó la cabeza y se puso a mordisquear la hierba que crecía entre sus pezuñas.

—¡Ha acabado con todos! —dijo la mujer.

—Ya —su hermano exhaló un hondo suspiro—. ¡Al final siempre nos toca hacerlo todo a nosotros!

Ferro los miró mientras devolvía a su cinto la espada ensangrentada. Estaban tranquilamente sentados en sus monturas, de espaldas al sol, no muy lejos de donde ella estaba. Sus rostros, apuestos y crueles, lucían una sonrisa.

Vestían como grandes señores, con unos tejidos de seda que flotaban en torno a ellos mecidos por la brisa, y llevaban numerosas joyas, pero ninguno de los dos iba armado. Ferro echó mano de su arco.

—Ten cuidado, hermano —dijo la mujer mientras se miraba las uñas—. No es mala combatiendo.

—¡Es un auténtico demonio! Pero no te preocupes, hermana, no tiene nada que hacer contra mí —acto seguido, desmontó del caballo—. Bueno, Maljinn, ¿te parece que... —la flecha se le hundió en el pecho con un golpe seco—... empecemos? —el asta vibraba y la punta asomaba reluciente por detrás sin una sola gota de sangre. Comenzó a avanzar hacia ella. La siguiente flecha le atravesó el hombro, pero el hombre, en lugar de detenerse, rompió a correr hacia ella a grandes zancadas. Ferro arrojó el arco y buscó a tientas la empuñadura de su espada. No fue lo bastante rápida. La mano del hombre le agarró del pecho con una fuerza terrible y la estrelló contra el suelo.

—¡Así se hace, hermano! ¡Así se hace! —la mujer aplaudía entusiasmada.

Ferro rodó por tierra tosiendo. Mientras se ponía de pie blandiendo la espada con ambas manos, el hombre la observaba. Trazando un amplio círculo en el aire, Ferro descargó sobre él un tremendo mandoble. La espada se hundió en la tierra. El tipo se las había arreglado para deslizarse hacia un lado. De pronto, como salido de la nada, un pie se incrustó en el estómago de Ferro. Los pulmones se le vaciaron de golpe y se dobló inerme. Sus dedos dieron una sacudida, abandonaron la espada clavada en la tierra y sus rodillas empezaron a temblar.

—Y ahora... —un puñetazo impactó en la nariz de Ferro. Se le combaron las piernas y se estrelló de espaldas contra el suelo. Aturdida, se puso de rodillas mientras todo giraba a su alrededor. Tenía el rostro ensangrentado. Parpadeó y sacudió la cabeza para intentar detener aquel torbellino. La figura del hombre, ladeada y borrosa, avanzaba hacia ella. Se arrancó la flecha del pecho y la arrojó lejos de sí. No había salido sangre, sólo polvo. Una leve nube de polvo que se dispersó en el aire.

Un Devorador. No podía ser otra cosa.

Ferro se levantó tambaleándose y sacó su cuchillo del cinto. Se abalanzó sobre él, falló, volvió a la carga, y de nuevo falló. La cabeza le daba vueltas. Gritando, le lanzó una cuchillada con todas sus fuerzas.

El hombre la agarró de la muñeca con una mano. Sus rostros quedaron a menos de medio metro. Tenía una piel lisa e impoluta como un cristal oscuro. Parecía joven, casi un niño, pero sus ojos eran viejos. Viejos y duros. La miraba con curiosidad, divertido, como un niño que acabara de encontrar un escarabajo muy interesante.

—No se rinde, ¿eh, hermana?

—¡Es una fiera! ¡El profeta quedará encantado!

El hombre olisqueó a Ferro y arrugó la nariz.

—¡Puaj! Antes habrá que lavarla.

Ferro le dio un topetazo en la cara. La cabeza cayó un poco hacia atrás, pero el hombre simplemente soltó una risita. Luego la agarró del cuello con la mano que tenía libre y la apartó a la distancia de su brazo. Ferro trató de arañarle, pero tenía el brazo demasiado largo y no podía alcanzarle. Le estaba soltando los dedos de la empuñadura del cuchillo. La mano que la sujetaba por el cuello era fuerte como una garra de hierro. Ferro apenas podía respirar. Enseñaba los dientes, forcejeaba, gruñía, se revolvía. Todo era inútil.

—¡Hermano, la queremos viva! ¡Viva!

—Viva, pero no ilesa —susurró el hombre.

La mujer dejó escapar una risita. Los pies de Ferro se levantaron del suelo, y se puso a lanzar patadas al aire. Sintió un intenso dolor en un dedo, y el cuchillo cayó a la hierba. La mano se cerró con más fuerza sobre su cuello, y trató de arañarla con sus uñas quebradas. Todo era inútil. El luminoso mundo que la rodeaba comenzó a oscurecerse.

Ferro oyó a la mujer reírse en la lejanía. Un rostro apareció flotando en la oscuridad y una mano le acarició la mejilla. Sus dedos eran suaves, cálidos, delicados.

—Anda, muchacha, estáte quieta —susurró la mujer. Tenía unos ojos oscuros y profundos. Ferro sentía su aliento, cálido y fragante, junto a su rostro—. Estás herida, necesitas descansar. Venga, estate quieta ya... duérmete —a Ferro le pesaban las piernas como el plomo. Casi sin fuerzas, lanzó una última patada y luego su cuerpo se quedó inerte. Los latidos de su corazón se ralentizaron...

—Ahora descansa —Ferro se clavó los dientes en la lengua, y un gusto salado se esparció por su boca.

—Tranquila... —Ferro le escupió sangre a la cara.

—¡Argh! —la mujer soltó un grito de asco y se quitó la sangre de la cara—. ¡Sigue luchando!

—Las de su especie jamás se rinden —la voz del hombre sonaba pegada al oído de Ferro.

—¡Maldita puta, escúchame bien! —bufó la mujer aferrando la mandíbula de Ferro con unos dedos de acero y zarandeándola de un lado a

otro—. ¡Vas a venir con nosotros! ¡Por las buenas o por las malas! ¿Me oyes?

—Ella no va a ninguna parte —otra voz, profunda y melodiosa. Una voz familiar. Ferro parpadeó y, aturdida, sacudió la cabeza. La mujer se había dado la vuelta y miraba a un anciano que se encontraba no muy lejos de ellos. Yulwei. Sus brazaletes tintineaban mientras avanzaba pisando suavemente la hierba—. ¿Estás viva, Ferro?

—Uj —gruñó.

La mujer miró con desdén a Yulwei.

—¿Quién eres tú, viejo de mierda?

Yulwei suspiró.

—Eso, un viejo de mierda.

—¡Largo de aquí, perro! —gritó el hombre—. ¡Somos emisarios del Profeta, del gran Khalul en persona!

—¡Y ella se viene con nosotros!

Yulwei parecía apenado.

—¿No puedo haceros cambiar de opinión?

Los dos hermanos se rieron.

—¡Iluso! —gritó el hombre—. ¡Nosotros jamás cambiamos de opinión! —luego soltó uno de los brazos de Ferro y avanzó cautamente, arrastrándola consigo.

—Es una pena —dijo Yulwei haciendo un gesto negativo con la cabeza—. Os iba a pedir que presentarais mis respetos a Khalul.

—¡El Profeta no se junta con pordioseros como tú!

—Te sorprenderá saberlo, pero en tiempos llegamos a tener bastante trato.

—En tal caso presentaré tus respetos a nuestro señor —se mofó la mujer— ¡y le comunicaré tu reciente fallecimiento! —Ferro hizo girar su muñeca y sintió cómo el cuchillo le caía en la palma de la mano.

—Oh, a Khalul le haría muy feliz la noticia, pero me temo que eso tendrá que esperar. Os habéis condenado. Habéis quebrantado la Segunda Ley. Habéis comido carne humana y tenéis que pagar por ello.

—¡Viejo iluso! —se burló la mujer—. ¡Tus leyes no valen para nosotros!

Yulwei sacudió lentamente la cabeza.

—La palabra de Euz lo gobierna todo. No puede haber excepciones.

Ninguno de los dos saldréis vivos de aquí —en torno al anciano el aire había empezado a reverberar, a retorcerse, a difuminarse. La mujer emitió un gorgoteo y se desplomó de golpe. Más que caerse, pareció disolverse, deslavazarse. Sus negras sedas flotaron en el aire alrededor de su cuerpo desmoronado.

—¡Hermana! —El hombre soltó a Ferro y se abalanzó sobre Yulwei con los brazos estirados. Sólo alcanzó a dar un paso. Soltó un chillido y cayó de rodillas, sujetándose la cabeza con las manos. Haciendo un supremo esfuerzo, Ferro logró que sus pies dieran un paso adelante, luego agarró al hombre del cabello con su mano herida y le hundió el cuchillo en el cuello. Una nube de polvo voló impulsada por el viento. Una cascada de polvo. De la boca del hombre salieron unas lenguas de fuego que le carbonizaron los labios y lamieron ardientes los dedos de Ferro. Atragantada, resoplando, se echó encima de él y lo tiró de espaldas sobre el suelo. La hoja del cuchillo le abrió el vientre, le recorrió las costillas y se le partió en el pecho. Del cuerpo salieron llamas. Llamas y polvo. El hombre había dejado de moverse, pero Ferro, ciega de rabia, seguía acuchillándolo con la hoja quebrada.

De pronto, sintió que una mano se posaba en el hombro.

—Está muerto, Ferro. Los dos están muertos. —Tenía razón. El hombre, con la nariz y la boca carbonizadas, yacía de espaldas mirando al cielo. De sus múltiples heridas brotaban hilos de humo.

—Lo he matado —dijo Ferro con voz quebrada.

—No, Ferro, he sido yo quien lo ha matado. Eran Devoradores jóvenes, débiles e insensatos. Pero aun así, has tenido suerte de que sólo quisieran capturarte.

—He tenido suerte —al abrir la boca, un chorro de saliva sanguinolenta se vertió sobre el cadáver del Devorador. Soltó el cuchillo roto y se alejó gateando. Junto a ella yacía el cuerpo de la mujer, aunque apenas merecía tal nombre. No era más que una masa informe de carne. Sólo se distinguían sus largos cabellos, un ojo, unos labios.

—¿Cómo lo ha hecho? —borboteó con la boca llena de sangre.

—He convertido sus huesos en agua. Y a él lo he quemado por dentro. Agua para una y fuego para el otro. Cualquiera de las dos cosas sirve para acabar con la gente de su calaña —Ferro rodó sobre la hierba y se quedó boca arriba mirando el cielo resplandeciente. Alzó una mano delante de su cara y la agitó en el aire. Uno de sus dedos oscilaba flácido de atrás a delante.

La cara de Yulwei apareció por encima de ella.

—¿Duele?

—No —susurró dejando caer el brazo—. Nunca me duele nada —pestañeó y miró a Yulwei—. ¿Por qué?

El anciano arrugó el entrecejo.

—No van a dejar de perseguirte. ¿Ves cómo tienes que venir conmigo?

Haciendo un supremo esfuerzo, Ferro asintió moviendo lentamente la cabeza.

—Sí —susurró—. Sí... —el mundo volvió a quedar en tinieblas.

Me quiere... no me quiere

—¡Ay! —gritó Jezal al sentir el pinchazo de la punta del acero de Filio en un hombro. Un rictus de dolor asomó a su rostro mientras se tambaleaba hacia atrás soltando una maldición. El estirio le dirigió una mirada risueña y blandió en el aire sus aceros.

—¡Un toque para el Maestro Filio! —proclamó el árbitro—. ¡Empate a dos! —Se oyeron algunos aplausos aislados mientras Filio regresaba pavoneándose al cercado de los contendientes con una irritante sonrisa en la cara—. Maldita víbora escurridiza —murmuró Jezal caminando detrás de él. Tenía que haber visto venir esa acometida. Se había descuidado, y lo sabía.

—¿Dos a dos? —bufó Varuz mientras Jezal se dejaba caer resollando en la silla—. ¿Dos a dos? ¿Contra un don nadie como ése? ¡Si ni siquiera es de la Unión!

Jezal tuvo la sensatez de no recordarle que en la actualidad se suponía que Westport formaba parte de la Unión. Sabía muy bien lo que quería decir Varuz, como también lo sabían todos los asistentes. Por lo que a ellos respectaba, el tipo aquel era un forastero. Agarró el trapo que le tendía West y se secó el sudor de la cara. Un combate a cinco toques era muy largo, y Filio no parecía estar demasiado cansado. Jezal miró en su dirección y lo vio pegando botes sobre las puntas de los pies y asintiendo a los ruidosos consejos que le daba su entrenador en estirio.

—¡Puedes derrotarlo! —le susurró West mientras le pasaba la botella de agua—. ¡Derrótalo y luego ya sólo quedará la final! —La final. En otras palabras, Gorst. Jezal no estaba muy seguro de que la idea le hiciera demasiada gracia.

Varuz, en cambio, lo tenía muy claro.

—¡Vénzalo de una maldita vez! —bufaba el Mariscal mientras Jezal echaba un trago de la botella y se enjuagaba la boca—. ¡Vénzalo, y punto! —Jezal escupió en un cubo la mitad del agua y se tragó el resto. Vénzalo, y punto. Se decía fácil, pero aquel maldito estirio era un auténtico zorro.

—¡Puedes hacerlo! —insistió West mientras le masajeaba el hombro—. ¡Ahora que has llegado hasta aquí!

—¡Macháquelo! ¡Macháquelo, y punto! —el Mariscal Varuz le miraba a los ojos—. ¿Qué es usted, capitán Luthar, un don nadie? ¿He perdido mi tiempo con usted? ¿Eh? ¡Ha llegado el momento de decidirse!

—¡Caballeros, por favor! —les llamó el árbitro—. ¡El último asalto!

Jezal soltó un resoplido, cogió los aceros que le tendía West y se puso de pie. Oyó los gritos de ánimo del entrenador de Filio que se alzaban por encima del atronador rugido de la multitud.

—¡Macháquelo! —gritó por última vez Varuz y, luego, Jezal se encaminó hacia el círculo.

El asalto decisivo. Decisivo en muchos aspectos. ¿Llegaría a la final o no? ¿Llegaría a ser alguien en la vida o no? La verdad es que estaba cansado, muy cansado. Llevaba casi media hora luchando sin parar bajo un calor sofocante, y eso acaba pasando factura. De hecho, ya empezaba a sudar otra vez. Sentía cómo unos gruesos goterones le resbalaban por la frente.

Se dirigió a su marca. Una señal de tiza sobre la hierba seca. Filio estaba allí, esperándole con la misma sonrisa de antes, como si ya anticipara su triunfo. Cretino. Si Gorst había sido capaz de sacar a sus contrincantes del círculo a golpes, él también podía hacer que ese imbécil mordiera la hierba. Apretó la empuñadura de sus aceros y se concentró en la repelente sonrisa de su adversario. Por un instante, deseó que los aceros no fueran romos, hasta que se dio cuenta de que también podía ser él quien recibiera un tajo.

—¡Adelante!

Jezal repasó sus cartas y las fue cambiando de sitio sin tan siquiera fijarse en lo que tenía y sin preocuparse apenas de ocultárselas a los demás.

—Subo a diez —dijo Kaspa dejando caer una moneda sobre la mesa con un gesto que quería decir... algo, seguramente. A Jezal le daba igual, tenía la cabeza en otra parte. Se produjo un prolongado silencio.

—Te toca a ti apostar, Jezal —refunfuñó Jalenhorm.

—¿Ah, sí? Esto, mmm... —Echó un vistazo a los signos que tenía delante sin prestarles apenas atención—. Mmm... esto... No voy. —Jezal arrojó las cartas sobre la mesa. Estaba bajo de moral, más bajo de lo que recordaba haber estado nunca. Puede incluso que por primera vez en su vida. No podía dejar de pensar en Ardee: no paraba de preguntarse cómo podía arreglárselas para acostarse con ella sin que ninguno de los dos sufriera un perjuicio irremediable y, más concretamente, sin que West le matara. Por desgracia, seguía estando muy lejos de dar con la respuesta.

Kaspa arrambló con todas las monedas, sonriendo de oreja a oreja ante tan inesperada victoria.

—Buen combate el de hoy, Jezal. Muy justo, pero saliste del paso, ¿eh?

—Uh —repuso Jezal mientras cogía la pipa de la mesa.

—Te juro que por un instante creí que ya te tenía, pero entonces... —chasqueó los dedos bajo la nariz de Brint— ¡zas! Vas tú y le tiras al suelo. ¡El público estaba entusiasmado! ¡Me reí tanto que casi me meo encima, te lo juro!

—¿Crees que podrás vencer a Gorst? —preguntó Jalenhorm.

—Uh —Jezal se encogió de hombros, encendió la pipa, se recostó en la silla y se puso a mirar al cielo gris mientras daba chupadas.

—Pareces tomártelo con mucha calma —dijo Brint.

—Uh.

Los tres oficiales se miraron, decepcionados por el escaso interés que había despertado el tema. Kaspa optó por elegir otro.

—Eh, muchachos, ¿habéis visto ya a la Princesa Terez?

Brint y Jalenhorm exhalaron un profundo suspiro y, acto seguido, los tres se embarcaron en una babosa ponderación de la dama.

—¿Que si la he visto? ¿Que si la he visto, dices?

—¡La perla de Talins la llaman!

—¡Los rumores que llegaban sobre ella no mentían!

—He oído decir que la boda con el Príncipe Ladisla es cosa hecha.

—¡Vaya suerte que tiene el muy cabrón!

Jezal no se movió de su sitio, seguía recostado en la silla arrojando bocanadas de humo al cielo. Él no tenía las cosas tan claras sobre la tal Terez, por lo poco que había podido ver. De lejos, sin duda, era muy guapa, pero tenía la impresión de que el tacto de su cara sería frío como el cristal: frío, duro, rígido. Nada que ver con el de Ardee...

—De todas formas, Kaspa, debo reconocer que mi corazón sigue perteneciendo a tu prima Ariss —peroraba Jalenhorm—. Donde haya una chica de la Unión, que se quiten todas esas extranjeras.

—Donde haya todo ese dinero, querrás decir —susurró Jezal sin levantar la cabeza del respaldo.

—¡No! —protestó el grandullón—. ¡Es toda una dama! Dulce, recatada, distinguida. ¡Ah! —Jezal se sonrió. Terez sería un cristal frío, pero Ariss era un pescado muerto. Besar a una chica como ésa debía de ser una experiencia tan

mustia y tediosa como darle un beso a un viejo adefesio. Jamás podría besar como Ardee. Nadie podía hacerlo...

—Bueno, las dos son unas bellezas, de eso no cabe ninguna duda —parloteaba Brint—. Unas mujeres estupendas para soñar con ellas, si os conformáis con soñar... —se inclinó hacia delante situándose a una distancia propicia para las confidencias y lanzó una mirada furtiva a su alrededor esbozando una sonrisita, como si se dispusiera a desvelar un excitante secreto. Los otros dos corrieron las sillas hacia delante. Jezal, en cambio, no se movió de su sitio. Le daba igual saber quién era la puta con la que se acostaba ahora el idiota de Brint.

—¿Conocéis a la hermana de West? —susurró Brint. Todos los músculos del cuerpo de Jezal se tensaron—. No tiene ni punto de comparación con ellas, pero dentro de la vulgaridad es muy hermosa... y yo diría que es una chica fácil —Brint se relamió y propinó un codazo a Jalenhorm en las costillas. El grandullón esbozó una sonrisa culpable como un niño al que acabaran de contar un chiste verde.

—Ah, sí, tiene toda la pinta de ser una chica fácil —terció risueño Kaspa. Jezal depositó su pipa en la mesa y se dio cuenta de que le temblaba la mano. La otra mano estaba aferrada con tal fuerza al brazo de la silla que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Si no fuera porque el comandante West me ensartaría con su espada —dijo Brint—, os aseguro que estaría tentado de ensartar a su hermana con la mía, ¿eh? —Jalenhorm se tronchó de risa. Cuando Brint se volvió hacia él, Jezal sintió una palpitación en el ojo—. Dinos, Jezal, ¿qué opinas tú? Porque tú la conoces, ¿no?

—¿Que qué opino? —Mientras contemplaba aquel trío de rostros sonrientes le pareció que su voz llegaba desde algún lugar infinitamente lejano—. Opino que deberías tener más cuidado con lo que dices, maldito hijo de puta.

Se había puesto de pie y tenía los dientes tan apretados que parecía como si fueran a rompérsele en la boca. Las tres sonrisas vacilaron un instante y luego se borraron. Jezal sintió la mano de Kaspa en su brazo.

—Venga, hombre, lo único que...

Jezal se soltó el brazo, agarró el borde de la mesa y la volcó. Monedas, cartas, botellas y vasos volaron por los aires y se desparramaron por la hierba. En la otra mano blandía su espada, afortunadamente enfundada, suspendida unos centímetros por encima de la cabeza de Brint.

—¡Escúchame bien! —le espetó soltando sobre él una rociada de saliva—.

¡Si vuelvo a oírte decir eso, no será de West de quien tengas que preocuparte! —Y apretando la empuñadura de su acero contra el pecho de Brint, añadió—: ¡Porque seré yo mismo quien te trinche como a un pollo!

Los tres hombres le miraban aterrados con la boca abierta y tan atónitos por aquel súbito arrebato de furia como lo estaba el propio Jezal.

—Pero... —alcanzó a decir Jalenhorm.

—¿Pero qué? —chilló Jezal agarrando al grandullón de la chaqueta y medio sacándolo de su asiento—. ¿Qué tienes que decir tú?

—Nada —gimió, alzando las manos—. Nada —Jezal lo dejó caer. Ya empezaba a pasársele la furia. Casi estaba tentado de disculparse, pero al fijarse en el rostro lívido de Brint le vino otra vez a la cabeza su frase, «yo diría que es una chica fácil».

—¡Como a un... maldito pollo! —rugió de nuevo y, acto seguido, se volvió en redondo y se marchó hecho una furia. Cuando estaba ya entrando en el pasadizo se dio cuenta de que se había dejado olvidado el abrigo, pero no estaba de humor para regresar a cogerlo. Se adentró unos pasos en el pasadizo y luego se apoyó en la pared, respirando entrecortadamente y temblando como si acabara de correr diez kilómetros. Ahora entendía lo que significaba tener el genio pronto, vaya si lo entendía. Hasta ese momento ni siquiera sabía que lo tuviera, pero ya no le cabía ninguna duda.

—¿Qué mosca le ha picado? —la voz atribulada de Brint resonó por el pasadizo, apenas un poco más alta que los latidos de su corazón. Jezal tuvo que contener el aliento para poder oír algo.

—Ni idea —era Jalenhorm con un tono de voz aún más sorprendido si cabe. Luego se oyó un traqueteo y un chirrido; debían de estar enderezando la mesa—. No sabía que tuviera tan mal genio.

—Lo que pasa es que tiene muchas cosas en la cabeza —dijo Kaspa dubitativamente—, ya sabes, el Certamen y todo eso.

Brint le cortó en seco:

—¡Eso no es una excusa!

—Bueno, es que West y él están muy unidos, ¿no? Ya sabes, han entrenado mucho juntos y tal. Puede que conozca muy bien a la hermana, en fin, no sé.

—Pues a mí se me ocurre otra explicación —Brint hablaba con el tono de alguien que va a contar la guinda de un chiste—. ¡Y si resulta que está enamorado de la tía esa! —los tres estallaron en un torrente de carcajadas. Un chiste genial. El capitán Jezal dan Luthar enamorado y, para rematarlo, de una

chica de una condición tan inferior a la suya. ¡Qué idea más ridícula! ¡Qué ocurrencia más absurda! ¡Qué chiste más bueno!

—Mierda —Jezal ocultó la cabeza entre las manos. A él no le hacía ninguna gracia. ¿Qué le había hecho esa mujer? ¿Qué? ¿Qué tenía esa chica? Daba gusto mirarla, desde luego, y, además, era lista y divertida, y todo eso, pero eso no explicaba nada—. No puedo volver a verla —se dijo—. ¡Y no la veré! —estampó una mano contra la pared. Tenía una voluntad de hierro. Siempre la había tenido.

Hasta que apareciera la siguiente nota por debajo de la puerta. Gimió y se dio una palmada en la sien. ¿Por qué se sentía así? ¿Por qué... apenas si se atrevía a pronunciar la palabra... le gustaba tanto? Pero, de pronto, lo vio claro. Ya lo sabía.

A ella no le gustaba.

Esas medias sonrisas burlonas. Esas miradas de soslayo que a veces le pillaba. Esas pullas un tanto subidas de tono. Por no hablar de las manifiestas muestras de desprecio. Lo que le gustaba era su dinero, sí, seguramente. Lo que le gustaba era su posición social, por supuesto. Lo que le gustaba era su cuerpo, de eso no había duda. Pero, en el fondo, aquella mujer le despreciaba.

Y ese era un sentimiento que jamás había experimentado. Siempre había dado por sentado que todo el mundo tenía que quererle, nunca había tenido motivos para dudar de que fuera un tipo estupendo, digno del máximo respeto. Pero a Ardee no le gustaba, ahora lo veía con total claridad, y eso le daba que pensar. Dejando a un lado la mandíbula, el dinero y las ropas, ¿había algo en él que valiera la pena?

Sabía que se merecía el desdén de aquella mujer. Y cuanto más desdeñosa se mostraba, más le gustaba.

—Qué extraño —musitó Jezal, recostado lastimosamente en la pared del pasadizo—. Qué extraño.

Le entraban ganas de hacerla cambiar de opinión.

La Semilla

—¿Qué tal estás, Sand?

El coronel Glokta abrió los ojos. La habitación estaba a oscuras. ¡Maldita sea, iba a llegar tarde!

—¡Maldita sea! —exclamó mientras apartaba de golpe las sábanas y salía de la cama. Agarró los pantalones de su uniforme, metió las piernas, forcejeó con el cinturón.

—¡No te preocupes por eso, Sand! —la voz de su madre sonaba entre tranquilizadora e impaciente—. ¿Dónde está la Semilla?

Glokta la miró con el ceño fruncido mientras se ponía la camisa.

—¡Madre, ahora no tengo tiempo para esas tonterías! ¿Por qué tienes que empeñarte siempre en saber qué es lo que más me conviene? —echó un vistazo a su alrededor buscando su espada, pero no la vio por ninguna parte—. Estamos en guerra, ¿sabes?

—¡Vaya si lo estamos! —el coronel alzó la vista sorprendido. Era la voz del Archilector Sult—. En dos guerras. Una se lucha con fuego y acero, y la otra es subterránea: una guerra antigua que lleva luchándose desde hace muchos años. —Glokta torció el gesto. ¿Cómo era posible que hubiera confundido a ese viejo charlatán con su madre? Y, además, ¿qué demonios hacía en su cuarto? ¿Qué hacía sentado en la silla que había a los pies de su lecho perorando sobre antiguas guerras?

—¿Qué demonios hace en mis aposentos? —gruñó el coronel Glokta—. ¿Y dónde ha metido mi espada?

—¿Dónde está la Semilla? —de nuevo una voz de mujer, pero no era la de su madre. Era otra persona. No la reconoció. Escrutó la oscuridad, tratando de ver a la persona que había en la silla. Distinguió una silueta difusa, pero estaba demasiado oscuro para identificarla.

—¿Quién es usted? —preguntó secamente Glokta.

—¿Quién fui? ¿O quién soy? —La figura de la silla se revolvió y se puso

lentamente de pie—. Fui una mujer paciente, pero he dejado de ser una mujer, y, con los años, mi paciencia se ha ido agotando.

—¿Qué es lo que quiere? —la voz de Glokta se quebró mientras retrocedía con paso vacilante.

Al avanzar hacia él, la figura atravesó un rayo de luna que entraba por la ventana. Una forma femenina, esbelta y grácil. Su rostro, no obstante, permanecía envuelto en sombras. Un súbito temor se apoderó de él, y se pegó a la pared, estirando un brazo para mantener a distancia a la mujer.

—Quiero la Semilla —una mano pálida salió disparada hacia delante como una serpiente y le agarró el brazo que tenía extendido. Un tacto suave, pero frío. Frío como una piedra. Glokta se estremeció, soltó un grito sofocado y apretó con fuerza los ojos—. La necesito. No puedes imaginarte lo mucho que la necesito. ¿Dónde está? —Los dedos de la mujer comenzaron a tentarle la ropa, le cachearon, le registraron, le entraron en los bolsillos, se le metieron por debajo de la camisa, rozándole la piel. Estaban fríos. Fríos como el cristal.

—¿La Semilla? —chilló Glokta medio paralizado del terror.

—Sabes muy bien de lo que te hablo, hombre roto. ¿Dónde está?

—El Creador cayó... —susurró. Las palabras brotaron de sus labios sin que Glokta supiera explicarse de dónde venían.

—Lo sé.

—... envuelto en llamas...

—Lo vi —su cara estaba tan cerca que podía sentir su aliento sobre su piel. Frío. Frío como la escarcha.

—... y se estrelló contra el puente...

—Lo recuerdo.

—... buscaron la Semilla...

—Sí... —le apremió la voz susurrándole al oído—, ¿dónde está? —Sintió un roce en la cara, en la mejilla, en el párpado, un roce suave y viscoso. Una lengua. Fría como el hielo. Se le puso la carne de gallina.

—¡No lo sé! ¡No lograron encontrarla!

—¿No lograron encontrarla? —Los dedos se cerraron sobre su cuello, estrangulándole, apretándole, arrancándole el aliento. Fríos y duros como el hierro—. ¿Crees conocer el dolor, hombre roto? ¡Pues no sabes nada! —El gélido aliento le raspaba la oreja, los dedos de hielo apretaban, apretaban—. ¡Pero yo puedo enseñarte! ¡Yo puedo enseñarte!

Glokta gritaba, se revolvía, daba vueltas en la cama. Se levantó atropelladamente y durante un instante vertiginoso se mantuvo en pie, luego se le dobló la pierna y se precipitó hacia el espacio vacío. La habitación se volteó en la oscuridad y el Inquisidor, con los brazos doblados por delante del cuerpo, se estampó contra los tablones con un estruendo espeluznante. Su frente rebotó contra el suelo.

Se agarró a la pata de la cama y, pegándose a la pared, comenzó a levantarse, respirando entrecortadamente, volviendo sus ojos desorbitados hacia el lugar donde estaba la silla sin apenas atreverse a mirar. Por la ventana entraba un rayo de luna que vertía su luz sobre las ropas revueltas de la cama y la madera pulida del asiento. *Vacío.*

Glokta inspeccionó el resto de la habitación; sus ojos trataban de hacerse a la oscuridad mientras escudriñaban todos los rincones. *Nada. Vacía. Un sueño.*

Y entonces, cuando el martilleo de su corazón comenzó a remitir y su aliento agitado se acompasó, llegó el dolor. Le estallaba la cabeza, tenía la pierna en un grito, su brazo palpitaba con una punzada sorda. Un regusto a sangre se fue esparciendo por su boca, los ojos le lloraban y le picaban, las tripas se revolvían convulsivamente. Soltó un gemido agónico, se lanzó hacia la cama y se quedó tendido en el colchón iluminado por la luna, exhausto y empapado de un sudor frío.

Unos golpes apremiantes resonaron en la puerta.

—¿Señor? ¿Se encuentra bien? —La voz de Barnam. Volvió a llamar. *Es inútil. Está cerrada con llave. Siempre lo está, pero me parece que no me voy a mover. Frost tendrá que echarla abajo.* Pero al cabo de un instante, la puerta se abrió, y Glokta tuvo que taparse los ojos para protegerse de la luz rojiza de la lámpara del anciano criado.

—¿Se encuentra bien?

—Me he caído —farfulló Glokta—. El brazo...

El anciano sirviente se sentó al borde de la cama, le cogió suavemente la mano y le arremangó la camisa. Glokta hizo un gesto de dolor. Barnam chasqueó la lengua. El antebrazo estaba surcado de lado a lado por una gran mancha rosácea que ya había empezado a hincharse y a enrojecer por los bordes.

—No parece que esté roto —dijo el sirviente—, pero de todos modos iré a llamar al médico.

—Sí, sí —Glokta apartó a Barnam con la mano sana—. Vaya a llamarlo.

Glokta vio cómo el anciano sirviente traspasaba apresuradamente el umbral con la espalda doblada, luego le oyó renquear por el estrecho pasillo y descender por las angostas escaleras. Al cabo de un rato se oyó un portazo en la entrada y se hizo el silencio.

Sus ojos se volvieron hacia el manuscrito que había arrebatado al Adepto Histórico. Estaba donde lo había dejado, enrollado sobre el aparador, listo para ser entregado al Archilector Sult. *El Creador cayó envuelto en llamas y se estrelló contra el puente. Qué curioso, los sucesos que nos ocurren durante el día acaban colándose en nuestros sueños. El maldito norteño y su intrusa, la mujer fría. De ahí debo de haberlo sacado.*

Glokta se frotó el brazo, presionando la carne dolorida con la yema de los dedos. *Nada. Sólo un sueño.* Y, sin embargo, había algo que le inquietaba. Miró la parte de atrás de la puerta. La llave brillaba en la cerradura reflejando la luz anaranjada de la lámpara. *No está echada, pero es imposible que no la haya echado. Imposible. Nunca se me olvida.* Glokta volvió la vista hacia la silla vacía. *¿Qué fue lo que dijo el idiota del aprendiz? La magia viene del Otro Lado. El mundo inferior. El infierno.*

De algún modo, en ese momento, tras un sueño así, no resultaba tan difícil de creer. Ahora que volvía a estar solo, el miedo crecía de nuevo en su interior. Estiró la mano ilesa en dirección a la silla. Le temblaba y le trepidaba tanto que tardó una eternidad en alcanzarla. Por fin, sus dedos tocaron la madera. *Fresca, pero no fría. No fría. Ahí no hay nada.* Retiró lentamente la mano y apretó contra el pecho su brazo palpitante de dolor. *Nada. Vacía. Un sueño.*

—¿Qué demonios le ha pasado?

Glokta se chupó las encías con gesto avinagrado.

—Me he caído de la cama —luego se rascó distraídamente la venda que cubría su muñeca. Hasta hacía sólo un instante le había estado dando bastante la lata, pero lo que tenía ante él había hecho que el dolor pasara a un segundo plano. *Podía estar peor. Mucho peor*—. No puede decirse que sea una visión demasiado agradable, desde luego.

—Y que lo diga, maldita sea —pese a tener media cara tapada, no era difícil adivinar que el semblante de Severard estaba contraído en una expresión de asco—. Casi vomito cuando lo vi por primera vez. ¡Yo!

Sujetándose al tronco de un árbol con una mano y apartando con la punta del bastón los helechos para poder ver mejor, Glokta contemplaba con gesto ceñudo una masa informe que había en el suelo.

—¿Sabemos siquiera si se trata de un hombre?

—También podría ser una mujer. Pero está claro que es una persona. Eso de ahí es un pie.

—Cierto. ¿Cómo lo han encontrado?

—Fue ese tipo quien lo encontró —Severard señaló con la cabeza a un jardinero de mirada perdida y rostro lívido que estaba sentado en el suelo junto a un vómito seco que había en la hierba—. Entre estos árboles de aquí, escondido en la maleza. Al parecer, quien lo mató trató de ocultarlo, aunque no debió de ser hace mucho. Está fresco. —*Vaya si lo está. Apenas huele y casi no hay moscas todavía. Muy fresco, tal vez de la noche pasada*—. Podría haber tardado varios días en aparecer si no llega a ser porque a un tipo se le ocurrió mandar que podaran esos árboles. Le tapaban la luz o algo así. ¿Ha visto alguna vez algo parecido?

Glokta se encogió de hombros.

—Sólo una vez, en Angland, cuando aún no habías llegado tú. Uno de los cautivos trató de fugarse. Consiguió alejarse unos cuantos kilómetros, pero el frío acabó con él. Luego un oso se cebó con el cadáver. Hizo un verdadero destrozo, aunque éste lo supera.

—No creo que nadie muriera congelado ayer por la noche. Hacía un calor sofocante.

—Hummm —dijo Glokta. *Está por ver que el infierno sea un lugar caliente. Yo siempre me lo imagino frío. Frío como el hielo*—. En todo caso, hay unos cuantos osos en Agriont. ¿Se sabe algo sobre la identidad de esta... persona? —añadió señalando los restos con el bastón.

—Nada.

—¿Alguna desaparición que haya sido denunciada?

—No que yo sepa.

—En otras palabras, que no tenemos ni la más remota idea de quién es la víctima, ¿no? ¿Por qué demonios nos preocupamos entonces? ¿No tenemos un Mago de pacotilla al que vigilar?

—De eso se trata. Sus nuevos aposentos están ahí mismo —la mano enguantada de Severard señaló un edificio que se encontraba a no más de veinte zancadas—. Los estaba vigilando cuando apareció.

Glokta alzó una ceja.

—Entiendo. Sospechas que puede haber alguna conexión, ¿no es así? —el Practicante se encogió de hombros—. ¿Misteriosos intrusos que aparecen en

plena noche, truculentos asesinatos al lado del portal de su casa? Nuestros visitantes atraen los problemas como la mierda a las moscas.

—Ajá —soltó Severard mientras espantaba una mosca con la mano—. También he investigado sobre aquello que me dijo. Lo de los banqueros Valint y Balk.

Glokta alzó la vista.

—¿Ah sí? ¿Y qué hay?

—Poca cosa. Es una casa antigua. Muy antigua y muy respetable. Sus pagarés valen tanto como el oro entre los mercaderes. Tienen delegaciones en todas partes, en Midderland, en Angland, en Starikland, también en Westport y en Dagoska. Incluso fuera de La Unión. Unas gentes muy poderosas, a decir de todos. Me da la impresión de que todo tipo de gente les debe dinero. Lo extraño es que no parece haber nadie que haya conocido personalmente a los tales Valint y Balk. Pero ya se sabe cómo son los bancos. Les encantan los secretos. ¿Quiere que siga escarbando un poco más?

Podría resultar peligroso. Muy peligroso. Si escarbas mucho puede que al final lo que estés escarbando sean nuestras propias tumbas.

—No. Será mejor dejarlo. De momento. Pero mantén los oídos abiertos.

—Mis oídos siempre están abiertos, jefe. Dígame una cosa, ¿quién cree que ganará el Certamen?

Glokta miró al Practicante.

—¿Cómo puedes pensar en eso con esto delante?

El Practicante se encogió de hombros.

—No creo que le importe —Glokta volvió a mirar el cuerpo destrozado. *Supongo que no*—. Ande, dígame, usted tiene que saberlo. ¿Luthar o Gorst?

—Gorst. *Espero que parta en dos a ese maldito imbécil.*

—¿De veras? La gente dice que es más torpe que un buey. Que lo que pasa es que tiene suerte.

—Bien, pues yo digo que es un genio —sentenció Glokta—. Dentro de un par de años todo el mundo luchará como él, aunque está por ver que a eso se le pueda seguir llamando esgrima. ¡No olvides lo que te digo!

—Gorst, ¿eh? Bueno, puede que me anime a hacer una pequeña apuesta por él.

—Hazlo. Pero, de momento, será mejor que recojas estos despojos y te los lleves a la Universidad. Dile a Frost que te eche una mano, tiene buen estómago para estas cosas.

—¿A la Universidad?

—Bueno, no podemos dejarlos aquí tirados. Si pasa por aquí una de esas peripuestas damas que salen a dar una vuelta por el parque, se puede llevar un susto de muerte —Severard soltó una risita—. Y, además, creo que conozco a alguien que puede arrojar un poco de luz sobre este pequeño misterio.

—Ha hecho usted un hallazgo francamente interesante, Inquisidor —el Adepto Médico interrumpió su trabajo y miró a Glokta a través de su refulgente monóculo con un ojo monstruosamente aumentado—. Un hallazgo en verdad fascinante —musitó, y, acto seguido, se volvió de nuevo hacia el cadáver con su instrumental: levantaba los relucientes trozos de carne, los punzaba, los retorcía, los inspeccionaba entrecerrando los ojos.

Glokta echó una mirada al laboratorio, y sus labios se fruncieron en una expresión de asco. Dos de las cuatro paredes estaban ocupadas por una colección de tarros de todos los tamaños imaginables que contenían un líquido en el que flotaban pedazos de carne. Algunos de ellos podían identificarse con partes del cuerpo humano, pero otros no. Incluso él se sentía un poco incómodo en medio de tan macabra colección. *Me pregunto cómo se los habrá agenciado Kandelau. ¿No acabarán sus visitas flotando troceadas en docenas de tarros? ¡Tal vez yo resultara un espécimen interesante!*

—Fascinante —el Adepto aflojó la correa de su monóculo, se lo subió a la cabeza y se frotó el rodal rosáceo que le había dejado alrededor del ojo—. ¿Qué me puede decir al respecto?

Glokta frunció el ceño.

—Estoy aquí para ver qué me puede *usted* decir a *mí.*

—Claro, claro —Kandelau frunció los labios—. Veamos, mmm, en relación con el género de nuestro desdichado amigo, mmm... —se interrumpió.

—¿Y bien?

—Je, je, bueno, ejem, el caso es que los órganos que nos permitirían determinarlo se encuentran... —el Adepto señaló la mesa donde reposaba la carne bajo la cruda iluminación de las llamas que ardían en las lámparas—... ausentes.

—¿Es ésa la única conclusión a la que han llegado sus investigaciones?

—Bueno, hay alguna cosa más, el tercer dedo de un hombre suele ser más largo que el primero, mientras que en el caso de una mujer no tiene por qué ser necesariamente así, pero, ejem, a nuestros restos les faltan demasiados

dedos para poder obtener un veredicto. En lo referente al género, por tanto, y en carencia de los dedos, me temo que estamos, como quien dice, ¡en muñones! —El Adepto celebró su chiste con una risita nerviosa. Glokta no le secundó.

—¿Pertenecen a un joven o a un viejo?

—Bueno, ejem, me temo que eso también es bastante difícil de precisar. Los dientes están en bastante buen estado —el Adepto dio unos golpecitos en el cadáver con sus tenacillas—, y la poca piel que queda parece responder a la de una persona joven, aunque, en fin, tampoco es que eso... je, je...

—Concluyendo, ¿qué me puede decir usted sobre la víctima?

—Mmm... bueno... nada —el Adepto se disculpó con una sonrisa—. ¡Pero he hecho algunos hallazgos muy interesantes sobre la causa de su muerte!

—¡No me diga!

—¡Oh, sí, mire esto! —*Preferiría no hacerlo.* Glokta se acercó aprensivamente al banco y escudriñó el punto que señalaba el anciano.

—¿Lo ve? ¿Ve la forma de esta herida? —El Adepto dio un pinchazo a un cartílago.

—No, no lo veo —dijo Glokta—. *Todo esto me parece una única y monstruosa herida.*

El anciano se inclinó hacia él abriendo mucho los ojos.

—Son de un humano.

—¡Ya sabemos que son de un humano! ¡Eso de ahí es un pie!

—No, no, me refiero a esas marcas de dientes... ¡son de un humano!

Glokta frunció el ceño.

—¿Marcas de dientes... humanos?

—¡Sin lugar a dudas! —la radiante sonrisa de Kandelau desentonaba bastante en un entorno como aquél. *Y con el tema también*—. Este individuo ha muerto por las dentelladas de otra persona y, con toda probabilidad, je, je... —añadió, señalando con gesto triunfal los despojos que había en la mesa—. ¡Ha sido parcialmente devorado!

Durante un instante, Glokta miró fijamente al anciano. *¿Devorado? ¿Por qué demonios cada pregunta que obtiene una respuesta da lugar a otras diez preguntas más?*

—¿Pretende que le vaya al Archilector con eso?

El Adepto se rió nervioso.

—Bueno, je, je, esos son los hechos, tal como yo los veo...

¿Una persona sin identificar, quizás un hombre, quizás una mujer, tal vez joven, tal vez vieja, es atacada en el parque por un agresor desconocido que la mata a dentelladas a menos de doscientas zancadas del Palacio Real y luego la devora parcialmente?

—Mmm... —Kandelau desvió la vista y miró a la puerta con gesto preocupado. Glokta se volvió para echar un vistazo y frunció el ceño. Acababa de entrar alguien, y lo había hecho sin que él lo oyera. En medio de la penumbra, justo fuera del área iluminada por los brillantes faroles, había una mujer con los brazos cruzados. Una mujer alta, de cabello pelirrojo, corto y puntiagudo, cubierta con una máscara, que escrutaba a Glokta y al Adepto con los ojos entornados. *Una Practicante. Pero no me suena, y eso que las mujeres son una rareza en la Inquisición. Creía que...*

—¡Buenas tardes, buenas tardes! —Un hombre entró con paso enérgico en la sala: un tipo enjuto, con una incipiente calvicie, que iba embutido en un largo gabán negro y lucía en su cara una sonrisilla afectada. Una figura desagradablemente familiar. *Goyle, maldito cabrón. Por fin ha llegado el nuevo Superior de Adua. Qué gran noticia*—. ¡Inquisidor Glokta —dijo con voz acaramelada—, cuánto me alegro de volver a verle!

—Lo mismo digo, Superior Goyle. —*Hijo de la gran puta.*

Otras dos figuras entraron pegadas al risueño Superior, haciendo que de pronto la resplandeciente salita pareciera abarrotada. Una de ellas era un fornido kantic de piel oscura, que lucía un grueso aro dorado en una de sus orejas; la otra, un gigantesco norteño con una cara que parecía una losa de piedra. Casi tuvo que doblarse en dos para atravesar el umbral. Ambos llevaban máscaras y estaban enfundados de los pies a la cabeza con el negro uniforme de los Practicantes.

—Le presento a la Practicante Vitari —dijo Goyle con una risilla, señalando a la mujer pelirroja, que se había deslizado hasta el lugar donde se encontraban los tarros y los estaba observando atentamente mientras daba golpecitos al cristal haciendo que los especímenes tembletearan—. Y éstos son el Practicante Halim —el sureño rodeó con paso sigiloso a Goyle y pasó adentro lanzando miradas en todas direcciones— y Byre —el monstruoso norteño, que casi tocaba el techo con la cabeza, bajó la vista para mirar a Glokta—. En su tierra, querrá creerlo, le llaman Quebrantapiedras, pero no creo que eso funcione aquí, ¿eh, Glokta? ¿Practicante Quebrantapiedras, se lo imagina? —se rió para sí mientras hacía un gesto negativo con la cabeza.

¿A esto ha llegado la Inquisición? No sabía que hubiera un circo en la ciudad. Me pregunto si no se dedicaran a hacer equilibrios subiéndose el uno a hombros del otro. O a saltar por anillos de fuego.

—Un surtido muy variado —dijo Glokta.

—Oh, sí —rió Goyle—. Los he ido escogiendo en los distintos lugares adonde me han llevado mis viajes, ¿eh, amigos?

La mujer se encogió de hombros y siguió husmeando entre los tarros. El Practicante de tez oscura inclinó la cabeza. Y el gigantesco norteño permaneció inmóvil en su sitio.

—¡En los distintos lugares adonde me han llevado mis viajes! —repitió entre risas Goyle como si todo el mundo se estuviera riendo con él—. ¡Y tengo varios más! ¡Han sido unos años muy fructíferos! —Se secó una lágrima de alegría y se acercó a la mesa que había en el centro de la sala. Daba la impresión de que todo era una fuente de diversión para él, incluso los despojos que había en la mesa—. ¿Qué es esto? ¡Un cuerpo, si no me equivoco! —Goyle levantó la vista y miró a Glokta con ojos chispeantes—. ¿Un cadáver? ¿Una muerte violenta dentro del perímetro de la ciudad? Entiendo que como Superior de Adua esto entra dentro de mis competencias, ¿no es así?

Glokta hizo una inclinación.

—Naturalmente. No estaba informado de su llegada, Superior Goyle. Y pensé que, dado el carácter excepcional del...

—¿Excepcional? No veo nada de excepcional —Glokta permaneció en silencio. *¿A qué juega este payaso risueño?*

—Coincidirá conmigo en que un grado de violencia como éste es... excepcional.

Goyle encogió ampulosamente los hombros.

—Perros.

—¿Perros? ¿De qué tipo, perros domésticos que se han vuelto locos o perros asilvestrados que han escalado las murallas? —inquirió Glokta, incapaz de contenerse.

El Superior se limitó a sonreír.

—Los que usted prefiera, Inquisidor, los que usted prefiera.

—Me temo que no es posible atribuir esto a unos perros —terció en tono pomposo el Adepto Médico—. Precisamente acababa de señalar al Inquisidor Glokta que... estas marcas de aquí, ¿las ven?, y esas otras que hay en ese trozo de piel, son debidas sin ningún género de dudas a unos dientes humanos...

La mujer se apartó de los tarros, se dirigió lentamente hacia el Adepto y se fue pegando más y más a él hasta que su máscara quedó a unos pocos centímetros de su nariz picuda. Kandelau enmudeció.

—Perros —le susurró y, acto seguido, le ladró a la cara.

El Adepto dio un bote.

—Bueno, puedo haberme equivocado, claro está —retrocedió un paso y se topó con el enorme pecho del norteño, que se había desplazado con pasmosa celeridad para situarse justo detrás de él. Kandelau se volvió lentamente y, alzando la vista, le miró con los ojos muy abiertos.

—Perros —recalcó el gigante.

—Perros, perros, perros —canturreó el sureño con un acento muy marcado.

—Perros, claro, por supuesto —farfulló Kandelau— ¡Cómo he podido ser tan estúpido!

—¡Perros! —exclamó Goyle alzando los brazos encantado—. ¡Misterio resuelto! —Ante el asombro de Glokta, dos de los tres Practicantes prorrumpieron en aplausos. La mujer permanecía en silencio. *Jamás pensé que echaría de menos al Superior Kalyne, pero creo que empieza a invadirme la nostalgia.* Goyle se volvió con lentitud haciendo una leve inclinación—. ¡Sólo llevo aquí un día y ya he cogido el ritmo de trabajo! Ya pueden enterrarlo —añadió señalando los despojos mientras dirigía una sonrisa al acoquinado Adepto—. Estará mejor enterrado, ¿eh? —Luego miró al norteño—. ¡De vuelta al barro, como dicen en tu tierra!

El descomunal Practicante no hizo el más mínimo gesto que indicara que alguien acababa de dirigirse a él. El kantic permanecía inmóvil dándole vueltas al aro que tenía en la oreja. La mujer observaba los despojos mientras los olisqueaba desde detrás de su máscara. El Adepto Médico estaba con la espalda pegada a sus tarros, sudando profusamente. *Basta ya de patochadas. Tengo cosas que hacer.*

—Muy bien —dijo secamente Glokta mientras se encaminaba renqueando hacia la puerta—, misterio resuelto. Me parece que ya no se me necesita aquí.

El Superior Goyle se dio la vuelta para mirarle: su buen humor parecía haberse esfumado de golpe.

—¡En efecto! —bufó mirándole con unos ojos tan iracundos que parecían que iban a salírsele de las órbitas—. ¡Ya.. no.. se... le... necesita!

Nunca apueste con un mago

Logen se sentaba encorvado en su asiento bajo un sol de justicia, y sudaba.

Las ridículas ropas que llevaba no servían de mucho para la cuestión del sudor, ni para ninguna otra cosa, de hecho. Era evidente que la túnica no había sido diseñada para sentarse y, cada vez que trataba de moverse, el rígido cuero se le clavaba dolorosamente en la entrepierna.

—Maldito armatoste —gruñó, despegándose por enésima vez la ropa. Tampoco Quai parecía sentirse muy cómodo con su atuendo de mago: el centelleo del oro y la plata no hacía sino resaltar más la palidez enfermiza de su rostro y el constante parpadeo de sus ojos saltones. Apenas había abierto la boca en toda la mañana. De los tres, tan sólo Bayaz parecía estar pasándoselo bien: su rostro lucía una sonrisa radiante mientras miraba a la enfervorizada multitud y su calva morena relucía al sol.

Sus figuras destacaban en medio del bullicioso público como una fruta podrida, y parecían despertar idéntico entusiasmo. A pesar de que la gente se apelotonaba en las gradas hombro con hombro, en torno a ellos se había ido formado una prudencial zona de seguridad en la que nadie quería sentarse.

El estruendo resultaba aún más abrumador que el calor y la muchedumbre. A Logen le zumbaban los oídos. No le quedaba más remedio que aguantarse, porque la otra solución era taparse las orejas y buscar refugio debajo del banco. Bayaz se inclinó hacia él.

—¿Se parecían sus duelos a esto? —Aunque su boca estaba apenas a unos centímetros de la oreja de Logen, tuvo que gritar.

—¡Uh! —Ni siquiera en su combate contra Rudd Tresárboles, cuando gran parte del ejército de Bethod, gritando, chillando y golpeando sus armas contra los escudos, se había dispuesto a su alrededor formando un semicírculo, y las murallas de Uffrith se alzaban sobre ellos repletas de curiosos, había contado con un público tan numeroso y ruidoso como aquél. No debieron de ser más de treinta los hombres que le vieron acabar con Shama el Cruel, acabar con él y luego abrirle en canal como a un cerdo. Al recordar la escena, Logen

hizo una mueca de dolor, se estremeció y se encogió aún más en su asiento. Entre corte y corte se lamía la sangre de los dedos ante la mirada horrorizada del Sabueso y las risas y los gritos de ánimo de Bethod. El regusto de la sangre le vino a los labios, sintió un escalofrío y se pasó la mano por la boca.

Había mucha menos gente y, sin embargo, lo que estaba en juego era mucho más importante. En primer lugar, la vida de los propios contendientes y, luego, la posesión de numerosas aldeas y ciudades o el futuro de clanes enteros. A su combate con Tul Duru no debieron de asistir más de cien personas, pero en esa sangrienta media hora se había jugado el destino del Norte. Si hubiera perdido entonces, si Cabeza de Trueno le hubiera matado, ¿habrían sido igual las cosas? Si Dow el Negro o Hosco Harding o cualquiera de los otros le hubiera mandado de vuelta al barro, ¿tendría ahora Bethod una cadena de oro, se haría llamar a sí mismo Rey? ¿Estaría la Unión en guerra con el Norte? Sólo de pensar en ello le dolía la cabeza. Todavía más.

—¿Se encuentra bien? —le pregunto Bayaz.

—Hummm —farfulló Logen, pero lo cierto es que a pesar del calor estaba temblando. ¿A qué había venido toda esa gente? Simplemente a divertirse un rato. Muy pocos debieron de encontrar divertidos los combates de Logen, Bethod tal vez fuera la excepción. Pocos más—. Esto no tiene nada que ver con mis combates —se dijo en voz baja.

—¿Decía algo? —le interrogó Bayaz.

—No, nada.

—Ah —el anciano miró risueño a la multitud mientras se rascaba su barba gris—. ¿Quién cree que ganará?

A Logen le traía sin cuidado, pero cualquier cosa que le distrajera un poco de sus recuerdos era bienvenida. Echó un vistazo a los cercados, que quedaban relativamente cerca de donde estaba sentado, y se fijó en los dos contendientes. El joven apuesto y orgulloso que les recibió a las puertas de Agriont era uno de ellos. El otro era un tipo pesado y fornido, con el cuello muy grueso, y con pinta de estar casi aburrido. Logen se encogió de hombros:

—Yo no entiendo de estas cosas.

—Pero ¿qué me dice? ¿Usted? ¿El Sanguinario? ¿Un campeón que ha luchado y vencido en diez combates singulares? ¿El hombre más temido de todo el Norte no tiene opinión? ¡Seguro que los combates son muy parecidos en todas partes!

Logen hizo una mueca de dolor y se humedeció los labios. El Sanguinario. Aquello le quedaba ya muy atrás, aunque no todo lo atrás que a él le hubiera gustado. Aún le volvía a veces a la boca un regusto a sal, a sangre.

Tocar a un hombre con la punta de una espada y abrirle en canal eran cosas muy distintas, pero de todos modos volvió a echar un vistazo. El joven orgulloso se arremangó, luego hizo una flexión hasta tocarse la punta de los pies y se volvió a uno y otro lado, haciendo molinetes con los brazos, todo ello bajo la atenta mirada de un adusto y veterano soldado ataviado con un inmaculado uniforme rojo. Otro hombre, un tipo alto y con cara de preocupación, le tendió dos espadas muy finas, una más larga que la otra, y el joven las hizo centellear en el aire moviéndolas a una velocidad vertiginosa.

Su contrincante estaba apoyado en la barrera de madera de su cercado, estirando lentamente a un lado y a otro su cuello de toro mientras miraba a su alrededor con indiferencia.

—¿Quién es cada cual? —preguntó Logen.

—El asno presuntuoso de la barbacana se llama Luthar. Y el que parece estar medio dormido, Gorst.

Estaba claro cuál era el favorito de las masas. De cuando en cuando, en medio del barullo, se distinguía claramente el nombre de Luthar, y cada uno de los movimientos que hacía con sus finas espadas era saludado con una salva de aplausos. Parecía rápido y hábil y astuto, pero había algo muy mortífero en la actitud desganada con que esperaba el grandullón, algo muy oscuro en sus párpados caídos. A pesar de su velocidad, puestos a elegir, Logen habría preferido tener que vérselas con Luthar.

—Gorst, supongo.

—¿Gorst? ¿Lo dice en serio? —Los ojos de Bayaz chispearon—. ¿Qué tal si hacemos una pequeña apuesta, eh?

Logen oyó a Quai contener ruidosamente el aliento:

—Nunca apueste con un Mago —le susurró el aprendiz.

Logen no veía que eso cambiara mucho las cosas.

—No sé qué demonios quiere que me apueste.

Bayaz se encogió de hombros.

—Bueno, ¿qué le parece si lo dejamos en una mera cuestión de honor?

—Como quiera. —No era algo de lo que Logen anduviera sobrado, y lo poco que tenía le daba igual perderlo.

—¡Bremer dan Gorst! —Los pocos aplausos que se oyeron fueron acallados por una avalancha de pitos y abucheos en el momento en que aquel

pedazo de buey se dirigió con paso cansino hacia su marca, con los ojos entrecerrados mirando al suelo y sus grandes y pesados aceros colgando de sus grandes y pesadas manos. Entre su pelo rapado y el cuello de su camisa, donde debería haber estado su cuello, no había más que un grueso pliegue musculoso.

—Qué feo es el cabrón —murmuró Jezal al verle pasar—. Qué feo es ese maldito cabrón —pero hasta él mismo se daba cuenta de que a sus insultos les faltaba convicción. Le había visto luchar tres combates y aplastar a tres rivales bastante buenos. Uno de ellos seguía guardando cama una semana después. Durante los últimos días, Jezal se había entrenado a fondo para contrarrestar el estilo brutal de Gorst: Varuz y West le habían estado arreando con grandes palos de escoba mientras él los esquivaba moviéndose de un lado para otro. Más de una vez le habían acertado, y aún le escocían los moratones que le habían dejado.

—¡Gorst! —sugirió lastimeramente el árbitro tratando de arrancar algún aplauso más, pero el público no estaba por la labor. Los abucheos arreciaron, y cuando Gorst se dispuso a colocarse en su marca, se unieron a ellos un coro de mofas e imprecaciones.

—¡Eres más torpe que un buey!

—¡Vuélvete a tu granja a tirar del arado!

—¡Bremer el Bruto! —y otras lindezas por el estilo.

El mar de gente se extendía más y más atrás hasta perderse en la oscuridad. Había acudido todo el mundo. Toda la gente del mundo, se diría. Los plebeyos de la ciudad se apelotonaban en las filas más alejadas. Los artesanos y los comerciantes en los bancos de en medio. Los nobles de Agriont, desde los quintos vástagos de los don nadie de alcurnia hasta los grandes magnates de los dos Consejos, se concentraban en la parte delantera. El palco real estaba lleno a rebosar: la Reina, los dos Príncipes, Lord Hoff, la Princesa Terez. Y el Rey, todo un honor, por una vez parecía estar despierto: sus ojos saltones lanzaban miradas en todas direcciones con expresión de asombro. Allí, en alguna parte, estarían también el padre y los hermanos de Jezal, sus amigos y sus camaradas del ejército, poco más o menos todos sus conocidos. Y también Ardee, o al menos eso esperaba.

Un público imponente, en resumidas cuentas.

—¡Jezal dan Luthar! —bramó el árbitro. El confuso murmullo del público dio paso a una ovación atronadora, a una estruendosa manifestación de apoyo. Los gritos y los aullidos resonaban por toda la arena haciendo que el corazón de Jezal latiera acelerado.

—¡Vamos, Luthar!

—¡Luthar!

—¡Mata a ese cabrón!

—Vamos allá, Luthar —le susurró al oído el Mariscal Varuz, dándole una palmada en la espalda y empujándole suavemente en dirección al círculo—, y buena suerte.

Jezal estaba como en una nube. El estruendo de la muchedumbre le penetraba con tal fuerza por los oídos que tenía la sensación de que la cabeza le iba a estallar. Los entrenamientos de los últimos días pasaron fugazmente por su mente. Las carreras, la natación, los ejercicios con el mazo. Los combates, la barra de equilibrios, los interminables ensayos de las formas. Todo para poder llegar hasta allí. A los siete toques. El primero en llegar a cuatro. Al final todo se reducía a eso.

Se colocó en su marca, frente a Gorst, y contempló los ojos entrecerrados de su contrincante. Le devolvían una mirada fría y tranquila que parecía concentrarse en algún punto lejano, casi como si él no estuviera delante. Aquello le sacó de quicio: alzó su noble barbilla e intentó no pensar en ello. No iba a permitir, no *podía* permitir, que ese palurdo le venciera. Demostraría a toda esa gente el valor de su temple, de su sangre, de su talento. Él era Jezal dan Luthar. Ganaría. Era un hecho incontestable. Estaba seguro.

—¡Adelante!

El primer tajo lo dejó tambaleante, acabó con su seguridad en sí mismo, con su aplomo y a punto estuvo de acabar también con su muñeca. Había visto combatir a Gorst y sabía que saldría atacando, pero no había esperado que el primer contacto fuera tan devastador. Al igual que él, la multitud contuvo la respiración al verle trastabillar hacia atrás. Todos los meticulosos planes que había trazado, todos los atinados consejos que le había dado Varuz se evaporaron en el aire. En su rostro se dibujaba un gesto de dolor y aturdimiento, su mano aún vibraba por la fuerza del golpe, sus oídos seguían zumbando tras el estruendo que había producido el choque de los aceros, tenía la boca abierta, las rodillas le temblaban.

No era un comienzo demasiado prometedor, pero la siguiente estocada se abatía ya sobre él con una potencia aún mayor si cabe. Jezal saltó hacia un lado y se escabulló para tratar de hacerse con un poco de espacio y ganar tiempo. Tiempo para elaborar una estrategia, para pensar en alguna treta que pudiera poner coto a aquella implacable lluvia de acero. Pero Gorst no parecía dispuesto a concederle un respiro. Ya había soltado otro gruñido y su acero largo comenzaba a trazar en el aire una parábola destinada a convertirse en un golpe irresistible.

Jezal trataba de esquivar los golpes siempre que podía, y cuando no le

era posible, procuraba pararlos; las muñecas cada vez le dolían más debido al incesante castigo al que se estaban viendo sometidas. En un principio tenía la esperanza de que Gorst acabara cansándose. Nadie podía aguantar mucho tiempo lanzando esos armatostes de metal de la forma en que él lo hacía. Dentro de no mucho aquel ritmo endiablado le pasaría factura, entonces los movimientos del gigantón se ralentizarían, flaquearía y sus pesados aceros perderían buena parte de su mordiente. En ese momento Jezal contraatacaría con tesón, haría sudar la gota gorda a su contrincante y ganaría.

El problema era que Gorst no parecía cansarse. Aquel hombre era una máquina. Llevaban ya luchando varios minutos y en los ojos entrecerrados de su rival seguía sin advertirse el más mínimo signo de fatiga. Las pocas veces que Jezal se había atrevido a apartar la vista de las vertiginosas espadas de su adversario no había descubierto en sus ojos ni un atisbo de emoción. El enorme acero largo subía y bajaba, subía y bajaba, segando brutalmente el aire, y el acero corto siempre estaba presto a frustrar los tímidos contraataques de Jezal, sin titubear ni un instante, sin bajar la guardia ni un solo milímetro. La potencia de sus golpes no decrecía, los sonidos guturales que emanaban de su garganta sonaban tan vigorosos como al principio. La multitud, al no tener nada que celebrar, se había sumido en un apesadumbrado silencio. De hecho, era Jezal quien comenzaba a sentir que sus piernas se movían con más lentitud, que su frente se empapaba de sudor, que el pulso con que cogía sus aceros cada vez era menos firme.

Lo vio venir con bastante antelación pero no pudo hacer nada para impedirlo. Había ido retrocediendo hasta llegar al límite del círculo. Había estado parando y esquivando golpes hasta que los dedos casi se le habían quedado insensibles. Esta vez, cuando alzó su dolorido brazo y los metales se entrechocaron con un estruendo, el cansancio hizo que uno de sus pies resbalara. Jezal soltó un grito, perdió el equilibrio y se precipitó fuera del círculo de costado mientras sus dedos daban una sacudida y dejaban caer el acero corto. Se estampó contra el suelo de cara y se tragó un buen bocado de arena. Una caída dolorosa y bochornosa a partes iguales, pero estaba tan machacado y exhausto que ni siquiera se sintió demasiado desilusionado. En cierto modo era un alivio que el castigo se hubiera interrumpido, aunque sólo fuera momentáneamente.

—¡Uno para Gorst! —exclamó el árbitro. Se oyó una tímida salva de aplausos, que fue acallada de inmediato por una oleada de abucheos. No daba la impresión de que al grandullón le afectara mucho. Regresó a su marca con paso cansino para prepararse para el siguiente asalto.

Jezal se dio la vuelta, se puso a cuatro patas, flexionó sus manos doloridas y se tomó un tiempo para levantarse. Necesitaba un momento para

recuperarse y para tratar de pensar en una estrategia. Gorst le aguardaba: grande, silencioso, inmóvil. Mientras se sacudía la arena de la camisa, la mente de Jezal trabajaba febrilmente. ¿Qué podía hacer para vencerle? ¿Qué? Volvió a colocarse cautamente en su marca y alzó los aceros.

—¡Adelante!

Esta vez Gorst arremetió con más fuerza todavía: sus tajos cortaban el aire como si estuviera segando trigo, y obligaron a Jezal a bailotear alrededor del círculo para esquivarlos. Uno de ellos le pasó tan cerca del lado izquierdo de la cara que pudo sentir en su mejilla el aire que había levantado. El siguiente no le acertó en el lado derecho por un margen apenas mayor. A continuación, Gorst descargó un revés contra su cabeza y, de pronto, Jezal vio un hueco por donde colarse. Se agachó y pasó por debajo, convencido de que la hoja del acero debía de haberle afeitado los pelos de la coronilla. Luego cerró la distancia mientras el golpe del acero pasaba de largo y estaba a punto de dar al árbitro en la cara en el retroceso. El costado derecho de Gorst había quedado desprotegido.

Jezal entró a fondo contra él, convencido de que ya tenía el empate. Pero Gorst detuvo la acometida con su acero corto y la desvió hacia un lado; los guardamanos de ambos aceros se rasparon y luego quedaron engarzados. Jezal atacó ferozmente con su acero corto, pero Gorst consiguió levantar a tiempo su otra espada y detuvo la hoja de Jezal justo antes de que le diera un toque en el pecho.

Durante un instante los cuatro aceros se engarzaron: empuñadura contra empuñadura, los rostros apenas separados por unos centímetros. Jezal enseñaba los dientes y gruñía como un perro, los músculos de su rostro formaban una tensa máscara. Las pesadas facciones de Gorst apenas reflejaban tensión alguna. Parecía un hombre orinando: una tarea rutinaria y un tanto desagradable que conviene quitarse de en medio lo antes posible.

Durante un instante las hojas de sus aceros se engarzaron. Jezal tensaba su desarrollada musculatura y empujaba con todas sus fuerzas: las piernas hacían fuerza contra el suelo, el abdomen hacía fuerza para retorcer sus brazos, los brazos hacían fuerza para empujar sus manos y las manos aferraban la empuñadura de los aceros con ciega determinación. Empleaba cada músculo de su cuerpo, cada tendón, cada fibra. Sabía que su posición era mejor, que el grandullón estaba desequilibrado, que bastaría con hacerle retroceder un paso... un solo milímetro.

Durante un instante sus aceros se engarzaron, pero de pronto Gorst agachó un hombro, lanzó un gruñido y se desembarazó de Jezal como se desembaraza un niño de un juguete del que ya se ha aburrido.

Sorprendido, abriendo desmesuradamente los ojos y la boca, Jezal salió despedido hacia atrás dando patadas contra el suelo y con toda la atención centrada en no perder el equilibrio. Oyó que Gorst volvía a soltar un gruñido y se quedó helado al ver cómo el acero largo de su rival dibujaba una curva en el aire y se precipitaba hacia él. En aquella posición no podía echarse a un lado y, además, ya era demasiado tarde para eso. Alzó instintivamente el brazo izquierdo, pero la gruesa hoja roma le arrancó el acero corto de las manos haciéndolo volar como una paja arrastrada por el viento y luego se estrelló contra sus costillas. El golpe le cortó la respiración y Jezal soltó un gemido de dolor que resonó en medio del silencio de la arena. Sus piernas cedieron y, suspirando como un fuelle cascado, cayó despatarrado sobre la hierba.

Esta vez no hubo aplausos. La multitud manifestó atronadoramente su descontento abucheando y silbando a Gorst con todas sus fuerzas mientras éste regresaba caminando pesadamente a su cercado.

—¡Muérete, Gorst!

—¡Ánimo, Luthar! ¡Ánimo y a por él!

—¡Vete a casa, bestia!

—¡Salvaje!

Los pitos se transformaron en una desganada aclamación cuando Jezal se levantó de la hierba con todo el costado izquierdo dolorido. Si le hubiera quedado una pizca de aliento, habría aullado de dolor. Pese a todos sus esfuerzos, pese a todo su entrenamiento, estaba totalmente superado, y lo sabía. Sólo de pensar que el próximo año tendría que volver a pasar por todo aquello le entraban ganas de vomitar. Mientras regresaba penosamente al recinto hizo todo lo posible por mostrarse imperturbable, pero cuando llegó no pudo evitar desplomarse en la silla y dejar caer en el suelo sus aceros mellados.

West se agachó a su lado y le levantó la camisa para comprobar el alcance de los daños sufridos. Jezal se asomó con aprensión, medio convencido de que se iba a encontrar un enorme agujero abierto en el costado, pero lo único que había era un verdugón rojo que le cruzaba las costillas y cuyos bordes comenzaban ya a amoratarse.

—¿Algo roto? —preguntó el Mariscal Varuz asomándose por encima del hombro de West. Jezal tuvo que hacer un gran esfuerzo para que no se le saltaran las lágrimas mientras el comandante le palpaba el costado—. ¡Parece que no, pero... maldita sea! —West arrojó la toalla al suelo—. ¿Es a esto a lo que llaman el noble deporte de la esgrima? ¿Es que no hay una regla que prohíba usar unos aceros tan pesados?

Varuz, con gesto sombrío, sacudió la cabeza:

—Todos tienen que tener la misma longitud, pero no existe ninguna regla relativa al peso. ¿Para qué iba a querer alguien usar unos aceros así de pesados?

—Pues ahora ya sabemos para qué, ¿no? —le espetó West— ¿No cree que deberíamos parar esto antes de que ese cabrón le arranque la cabeza?

Varuz hizo caso omiso del comentario:

—Escuche, muchacho —dijo el anciano mariscal agachándose para hablarle a Jezal a la cara—: ¡Es a siete toques! ¡El primero que llegue a cuatro gana! ¡Aún está a tiempo!

¿A tiempo de qué? ¿A tiempo de que, por muy romos que fueran los aceros, Jezal acabara partido en dos?

—¡Es demasiado fuerte para mí! —resolló Jezal.

—¿Demasiado fuerte, dice? ¡Nadie es demasiado fuerte para usted! —pero el propio Varuz parecía no tenerlas todas consigo—. ¡Aún está a tiempo! ¡Puede vencerle! —el anciano mariscal se estiró los mostachos—. ¡Puede vencerle!

Pero a Jezal no se le pasó por alto que no le había dicho cómo.

Glokta empezaba a estar preocupado; si no conseguía parar aquel convulsivo ataque de risa, podía llegar a ahogarse. Trató de imaginar algo que le divirtiera más que ver cómo machacaban a Jezal dan Luthar en un combate de esgrima, pero no se le ocurrió nada. En aquel momento el joven retorcía la cara en un gesto de dolor tras haber parado por los pelos el devastador tajo que le había soltado su contrincante. Desde que recibiera aquel golpe en las costillas no parecía manejar muy bien su lado izquierdo, y Glokta casi podía sentir su dolor. *Ah, qué agradable es sentir el dolor ajeno para variar.* Mientras Glokta apretaba las encías para tratar de contener la risa y Gorst hostigaba una y otra vez al favorito de las masas con sus tajos brutales, la multitud, malhumorada, rumiaba en silencio su decepción.

Luthar era un luchador rápido, vistoso y se movía bien una vez que había intuido por dónde le iban a venir los aceros. *Un luchador competente. Sin duda lo bastante bueno para ganar un Certamen en un año con una competencia un poco mediocre. Es rápido de pies y de manos, pero su mente no es lo bastante aguda. No todo lo que debiera de ser. Resulta demasiado previsible.*

La propuesta de Gorst era de una naturaleza completamente distinta. Aparentemente no hacía otra cosa que descargar una sucesión de tajos sin

ningún propósito predeterminado. Pero Glokta no se dejaba engañar por las apariencias. *Es una nueva forma de hacer las cosas. En mis tiempos todo se reducía a lanzar una estocada tras otra. Seguro que el año que viene todo el mundo se dedica a soltar tajos con unos aceros tan pesados como ésos.* Glokta se entretuvo preguntándose si en sus buenas épocas habría podido vencer a Gorst. *Desde luego, habría sido un combate digno de verse, mucho más que este enfrentamiento desigual.*

Gorst desbarató sin mayor dificultad dos tímidos intentos de acometida de Jezal, y, acto seguido, Glokta crispó el rostro y la multitud prorrumpió en pitidos al ver cómo Luthar conseguía desviar por los pelos otro de aquellos tajos de carnicero, cuya fuerza casi le levantó los pies del suelo. Arrinconado en el borde del círculo como estaba, no tenía ninguna posibilidad de esquivar el siguiente golpe, y no le quedó más remedio que saltar a la arena.

—¡Tres a nada! —gritó el árbitro.

Glokta se retorció de felicidad al ver cómo Luthar, en su frustración, descargaba una tanda de golpes contra el suelo lanzando puñados de arena a diestro y siniestro como un niño enrabietado. Su rostro lívido era la viva imagen de la autocompasión. *Ah, mi querido capitán Luthar, me parece que esto se va a resolver con un cuatro a cero. Qué paliza. Qué bochorno. A ver si así aprende a ser un poco más humilde ese arrogante de mierda. A algunas personas no les viene mal que les den una buena paliza. Míreme a mí si no.*

—¡Adelante!

El cuarto asalto comenzó exactamente de la misma manera en que había concluido el tercero. *Con Luthar aguantando un aluvión de golpes.* Glokta lo tenía muy claro, a aquel hombre se le habían acabado las ideas. Su brazo izquierdo se movía con dolorosa lentitud y sus pies parecían haberse vuelto extremadamente pesados. Otro golpe avasallador se estrelló contra su acero largo obligándole a retroceder tambaleándose y jadeando hasta el borde del círculo. Lo único que tenía que hacer Gorst era presionarle un poco más. *Y algo me dice que no es el tipo de hombres que dejan escapar una oportunidad como ésta.* Glokta aferró su bastón y se puso de pie. Aquello estaba ya acabado y no quería que le cogiera el tumulto que se iba a formar cuando la decepcionada multitud saliera en estampida.

El acero largo de Gorst caía como una centella. Ahí estaba, el golpe final. Luthar trataría de pararlo y saldría despedido fuera del círculo. *O puede que le parta en dos esa cabezota que tiene. Con un poco de suerte.* Glokta sonrió y se dispuso a darse la vuelta para irse.

Pero por el rabillo del ojo vio que el tajo fallaba. Los ojos de Gorst parpadearon al ver cómo su acero largo se estrellaba contra la hierba con un

golpe seco, luego gruñó al sentir que Luthar le alcanzaba la pierna con un tajo de su mano izquierda. Era el mayor signo de emoción que había mostrado a lo largo de todo el día.

—¡Uno para Luthar! —gritó tras una breve pausa el árbitro, sin conseguir eliminar del todo el tono asombrado de su voz.

—No —se dijo Glokta mientras la multitud estallaba en un grito de júbilo a su alrededor. *No.* En su juventud había participado en centenares de combates y había asistido a miles de ellos como espectador, pero nunca había visto nada igual, nunca había visto a nadie moverse tan rápido. Luthar era un buen espadachín, lo sabía. *Pero nadie puede ser así de bueno.* Con el ceño fruncido contempló a los dos contendientes, que, tras un breve descanso, volvían a colocarse en sus marcas.

—¡Adelante!

Luthar se había transformado. Antes de que Gorst tuviera tiempo de entrar en faena, le acosó descargando con furia una tanda de estocadas rápidas como una centella. Ahora era el gigantón quien parecía estar al límite de sus posibilidades: parando golpes, esquivándolos, tratando de mantenerse fuera del alcance de su rival. Era como si durante el descanso hubieran sacado a hurtadillas al viejo Jezal y lo hubieran reemplazado por otro completamente distinto, una especie de hermano gemelo más fuerte, más rápido y con más confianza en sí mismo.

Tras haberse visto privada durante tanto tiempo de un motivo de celebración, la muchedumbre se puso a soltar alaridos y a aullar como si les hubieran cortado a todos la yugular. Glokta, desde luego, no participaba de su entusiasmo. *Aquí pasa algo raro. Algo muy raro.* Echó un vistazo a los rostros de la gente que tenía a su alrededor, pero aparentemente nadie había notado nada fuera de lo normal. Sólo veían lo que querían ver: a Luthar propinando una monumental y muy merecida paliza a aquel bruto malcarado. Los ojos de Glokta recorrieron los bancos sin saber muy bien qué es lo que estaba buscando.

Vaya, el presunto Bayaz. Estaba sentado en las filas delanteras, inclinado hacia delante y contemplando a los dos contendientes con un gesto de profunda concentración; su «aprendiz» y el norteño de las cicatrices se sentaban junto a él. No, nadie más lo había advertido, todo el mundo tenía los ojos clavados en los combatientes que tenían delante, pero Glokta sí que lo había notado. Se restregó los ojos y volvió a mirar. *Aquí pasa algo raro.*

—Digamos una cosa del Primero de los Magos: es un maldito tramposo

—refunfuñó Logen.

Las comisuras de los labios de Bayaz se curvaron levemente mientras se secaba el sudor de la frente:

—¿He dicho yo alguna vez que no lo fuera?

Luthar volvía a estar en aprietos. En serios aprietos. Cada vez que paraba uno de los pesados golpes de su rival, el retroceso de sus espadas era mayor y su pulso se hacía menos firme. Cada vez que esquivaba un golpe, acababa un poco más cerca del borde del círculo amarillo.

Entonces, cuando el fin parecía estar cerca, Logen vio por el rabillo del ojo que el aire había empezado a reverberar en torno a los hombros de Bayaz, igual que había sucedido en el camino del sur cuando los árboles ardieron y él tuvo esa extraña sensación en las entrañas.

De repente, Luthar pareció cobrar nuevos bríos. El siguiente golpe lo paró con la empuñadura de su acero corto. Hacía sólo unos instantes ese mismo golpe habría hecho que el arma se le escapara de las manos. Pero ahora retuvo el acero de su rival durante un instante y luego soltó un grito y lo apartó de un golpe, dejando a Gorst desequilibrado. Dio un salto adelante y se lanzó de inmediato al ataque.

—Si le pillaran en el Norte haciendo trampas en un duelo —gruñó Logen haciendo un gesto negativo con la cabeza—, le abrirían el vientre y le arrancarían las entrañas.

—En tal caso es una suerte para mí que no estemos ya en el Norte —dijo Bayaz entre dientes. La calva ya había vuelto a cubrirse de perlas de sudor que le resbalaban por la cara en forma de gruesas gotas. Sus puños apretados temblaban debido al esfuerzo que estaba realizando.

Los furiosos ataques de Luthar se sucedían uno tras otro. Sus dos espadas eran un borrón en el aire. Gorst gruñía y refunfuñaba mientras desviaba los golpes, pero ahora Jezal era demasiado rápido y demasiado fuerte para él. Le fue acosando por el círculo como si fuera un perro rabioso que acosara a una vaca.

—Un maldito tramposo —rezongó de nuevo Logen justo en el momento en que la hoja del acero de Jezal surcaba el aire y dejaba una marca roja en la mejilla de Gorst. Unas gotas de sangre salpicaron a las gentes que había a la izquierda de Logen, que de inmediato prorrumpieron en un torrente de vítores. Por un instante aquello se pareció un poco más a uno de sus propios duelos. El grito del árbitro proclamando el empate a tres apenas pudo oírse. Gorst frunció levemente el ceño y se llevó la mano a la cara.

En medio de la barahúnda, Logen oyó a Quai susurrarle:

—Nunca apueste con un Mago...

Jezal sabía que era bueno, pero nunca se había imaginado que lo fuera tanto. Tenía la agudeza de un gato, la agilidad de una mosca, la fuerza de un oso. Las costillas habían dejado de dolerle, todo resto de cansancio se había esfumado y también todo asomo de duda. Era indomable, incomparable, imparable. El público le aclamaba estruendosamente, pero él distinguía cada una de sus palabras y veía cada uno de los rostros de la multitud. En lugar de sangre, su corazón bombeaba un fuego hormigueante, y sus pulmones tomaban aire en las nubes.

Ni siquiera se molestó en tomar asiento durante el descanso: estaba ansioso por retornar al círculo. La presencia de aquella silla era una afrenta para él. No oía lo que le decían Varuz y West. Dos seres insignificantes. Unas minúsculas figurillas que le miraban con ojos asombrados. No era para menos.

Se encontraban ante el más grande espadachín de todos los tiempos.

El tullido de Glokta jamás habría sospechado cuánta razón tenía: al parecer bastaba que Jezal pusiera un poco de su parte para que pudiera conseguir cuanto se propusiera. Rió entre dientes mientras regresaba bailoteando al círculo. Soltó una carcajada cuando arreciaron los vítores de la multitud. Y cuando Gorst llegó al círculo, le dirigió una amplia sonrisa. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Los ojos que asomaban por encima del pequeño corte rojo que le había hecho Jezal seguían entrecerrados y lucían una mirada indolente, pero se advertía algo más: un atisbo de conmoción, de desconfianza, de respeto. No era para menos.

No había nada que Jezal no pudiera hacer. Era invencible. Era imparable. Estaba a un paso del...

—¡Adelante!

... desastre. El dolor le penetró por el costado y le dejó sin aliento. De pronto sintió miedo y cansancio y debilidad. Gorst lanzó un gruñido y desató sobre él un torrente de golpes brutales que hicieron que los aceros le vibraran entre las manos y le obligaron a retroceder dando saltos como un conejo asustado. De su maestría, de su anticipación, de su coraje no quedaba ni rastro, y la acometida de Gorst era más feroz que nunca. La desesperación se abatió sobre él cuando sintió un zumbido en los dedos y luego vio cómo su acero largo salía volando y se estrellaba contra la barrera. Las rodillas se le doblaron. La multitud contuvo la respiración. Todo había terminado...

... No, todo no. El golpe caía hacia él trazando una amplia parábola en el aire. Era el golpe definitivo. Pero, de pronto, pareció ralentizarse. Caía lento, muy lento, como si estuviera atravesando una capa de miel. Jezal sonrió. Sólo tenía que desviarlo con su acero corto. Sintió que le volvían las fuerzas. Se

levantó de un salto, apartó a Gorst con su mano inerme, desvió un nuevo golpe y luego otro más; los movimientos de su rival era tan lentos que su única espada podía hacer la función de dos. El público contenía el aliento, sólo se oía el veloz entrechocar de los aceros. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. El acero corto volaba por el aire más rápido que su vista, más rápido que sus propios pensamientos, como si tuviera vida propia y le arrastrara consigo.

Se oyó un chirrido metálico y el mellado acero largo de Gorst voló de sus manos, luego otro cuando un nuevo golpe de Jezal hizo otro tanto con el acero corto. Durante un instante todo quedó detenido. El gigante, al verse desarmado y con los talones al borde del círculo, miró a Jezal. La multitud había enmudecido.

Jezal alzó lentamente su acero corto, que de pronto parecía pesar una tonelada, y pinchó suavemente a Gorst en las costillas.

—Uf —dijo en voz baja el grandullón alzando las cejas.

Acto seguido, la multitud prorrumpió en una ensordecedora ovación. El estruendo no paraba de crecer y se volcaba en oleadas sobre Jezal. Ahora que todo había acabado se sentía completamente exhausto. Cerró los ojos, se tambaleó, la espada se le escapó de entre los dedos y se dejó caer de rodillas. Era como si hubiera gastado en un instante todas las energías de una semana. El simple hecho de estar de rodillas le suponía un esfuerzo que no estaba muy seguro de poder mantener durante mucho rato y tenía miedo de no poder volver a levantarse si se caía.

Pero de pronto sintió que unas poderosas manos le agarraban de los brazos y tiraban de él. El ruido de la multitud se intensificó cuando Jezal fue alzado en volandas. Abrió los ojos: una borrosa masa de colores difusos giraba a su alrededor. Era tal el estruendo que la cabeza le retumbaba. Alguien le llevaba a hombros. Una cabeza rapada: Gorst. El gigante le llevaba a hombros, como haría un padre con su hijo, y lo estaba mostrando a la multitud. Su feo rostro le miraba con una amplia sonrisa, y Jezal, casi sin querer, se la devolvió. El momento no podía ser más raro.

—¡Luthar es el vencedor! —proclamaba absurdamente el árbitro con una voz apenas audible—. ¡Luthar es el vencedor!

La ovación se había transformado en un canto machacón: ¡Luthar! ¡Luthar! ¡Luthar! La arena vibraba. La cabeza de Jezal flotaba mecida por su ritmo. Estaba ebrio. Ebrio de victoria. Ebrio de sí mismo.

Cuando los cantos de la multitud comenzaron a remitir, Gorst le bajó al círculo.

—Me has vencido en buena lid —dijo sonriendo de oreja a oreja. Su voz

tenía un tono extraño, suave y agudo, casi femenino—. Quiero ser el primero en felicitarte —acto seguido, inclinó su cabezón y volvió a sonreír mientras se frotaba el corte de la mejilla sin dar la más mínima muestra de rencor—. Mereces ser el campeón —añadió levantándole la mano.

—Gracias —Jezal le lanzó una sonrisa forzada, estrechó su manaza de la forma más apresurada posible y luego se dirigió hacia el cercado. Desde luego que se lo merecía, pero el muy cabrón lo llevaba claro si creía que iba a dejar que siguiera disfrutando un solo minuto más del reflejo de su gloria.

—¡Ha estado magnífico, muchacho, magnífico! —babeó el Mariscal Varuz palmeándole la espalda mientras Jezal se dejaba caer con las piernas temblorosas en la silla—. ¡Estaba seguro de que lo conseguiría!

West sonrió ampliamente al pasarle la toalla:

—Se va a hablar de esto durante años.

La gente se agolpaba junto a la barrera para felicitarle. Un remolino de rostros risueños, uno de ellos el del padre de Jezal, que estaba radiante de orgullo.

—¡Sabía que lo lograrías Jezal! ¡No lo dudé ni un instante! ¡Has llenado de honra a tu familia! —Jezal notó que su hermano mayor no parecía precisamente entusiasmado. Incluso en el momento de mayor gloria de Jezal su semblante lucía la habitual expresión avinagrada y celosa. Maldito envidioso. ¿No podía, aunque sólo fuera un día, alegrarse por su hermano?

—¿Podría felicitar yo también al vencedor? —oyó que decía una voz justo detrás de su hombro. Era el idiota aquel, el de la barbacana, el tipo al que Sulfur llamaba su señor. El que había empleado el nombre de Bayaz. Tenía la calva empapada de sudor, el semblante pálido y los ojos hundidos. Casi como si se hubiera enfrentado con Gorst en un combate a siete toques—. Muy bien hecho, joven amigo, ha sido una actuación casi... mágica.

—Gracias —masculló Jezal. No estaba muy seguro de quién era aquel anciano ni qué era lo que pretendía, pero no le daba buena espina—. Discúlpeme, tengo que...

—Claro, claro, ya hablamos luego —dijo con un tono resolutivo como si fuera algo acordado de antemano. Acto seguido, se dio media vuelta y se perdió entre la multitud. El padre de Jezal le miró alejarse con el rostro demudado. Parecía haber visto un fantasma.

—¿Le conoces, padre?

—Pues...

—¡Jezal! —Varuz, muy excitado, le cogió del hombro—. ¡Venga conmigo!

¡El Rey quiere felicitarle! —Arrebató a Jezal de su familia y lo arrastró hacia el círculo. Una salva de aplausos los acompañó mientras caminaban por la hierba seca en dirección al escenario del triunfo de Jezal. El Lord Mariscal le rodeó paternalmente con el brazo y sonrió a las masas como si él fuera el destinatario de la ovación. Al parecer, todo el mundo quería arrebatarle parte de su gloria, pero, antes de subir los escalones que conducían al palco real, Jezal logró desembarazarse del brazo de Varuz.

El Príncipe Raynault, el hijo menor del Rey, era el primero de la fila. Vestía con sobriedad y su semblante dejaba traslucir un carácter honesto y reflexivo; apenas parecía un miembro de la realeza.

—¡Bien hecho! ¡Muy bien hecho! —gritó imponiéndose al estruendo de la multitud. Parecía alegrarse sinceramente del triunfo de Jezal. Su hermano mayor, no obstante, se mostró bastante más efusivo.

—¡Increíble! —aulló el Príncipe Heredero Ladisla, que vestía una chaqueta blanca con unos botones dorados que centelleaban al sol—. ¡Fantástico! ¡Asombroso! ¡Espectacular! ¡Jamás había visto cosa igual! —Jezal sonrió y se inclinó humildemente al pasar por delante de él, viéndose obligado a encoger los hombros ante la palmada excesivamente enérgica que le propinó el Príncipe—. ¡Estaba seguro de que lo conseguiría! ¡Siempre dije que era usted mi hombre!

La Princesa Terez, hija única del Gran Duque Orso de Talins, miró a Jezal pasar con una minúscula y desdeñosa sonrisa mientras se golpeaba lánguidamente la palma de la mano con dos dedos en una desganadísima imitación de un aplauso. Tenía la barbilla tan levantada que sólo de mirarla producía dolor, y con su gesto parecía querer indicar que el mero hecho de recibir una mirada suya era un honor que él jamás podría apreciar en su justo valor y que, sin lugar a dudas, no se merecía.

Finalmente llegó al sitial de Guslav Quinto, el Gran Rey de la Unión. Estaba caído sobre un costado y comprimido por el peso de su centelleante corona. Sus dedos eran de un palidez enfermiza y temblequeaban sobre la seda púrpura de su manto como si fueran un grupo de babosas blancas. Tenía los ojos cerrados y su pecho subía y bajaba suavemente, acompañado de unos leves resoplidos que hacían brotar de sus flácidos labios un reguero de babas que discurría por su barbilla y se unía al sudor de su prominente papada formando una mancha negra en el elevado cuello de su traje.

No cabía ninguna duda, Jezal se hallaba en presencia de la auténtica grandeza.

—Majestad —murmuró Lord Hoff. El jefe del Estado no reaccionó. La Reina, que se mantenía dolorosamente erguida, contemplaba a su marido con

una sonrisa rígida e inexpresiva emplastada en su rostro profusamente empolvado. Jezal, que ya no sabía dónde poner los ojos, optó por mirarse sus polvorientos zapatos. El Lord Chambelán tosió sonoramente. Bajo la densa capa de grasa que recubría el rostro del Rey, palpitó un músculo, pero el monarca seguía sin despertarse. Hoff hizo una mueca de dolor, miró en todas direcciones para asegurarse de que nadie estaba mirando y pinchó las regias costillas con un dedo.

El Rey dio un respingo y, de repente, sus párpados se abrieron del todo. Su voluminosa papada temblequeó y sus ojos sanguinolentos miraron fijamente a Jezal.

—Majestad, éste es el capitán...

—¡Raynault! —exclamó el Rey—. ¡Hijo mío!

Jezal tragó saliva con nerviosismo, mientras se esforzaba por mantener en su rostro su propia versión de una sonrisa rígida. Maldita sea, aquel viejo senil le había confundido con su hijo menor. Y lo que era peor aún, el Príncipe estaba apenas a dos pasos de ellos. La acartonada mueca de la Reina vaciló mínimamente. Los labios perfectos de la Princesa Terez se retorcieron en un gesto de desdén. El Lord Chambelán carraspeó azorado.

—Mmm, no, Majestad, se trata de...

Pero ya era demasiado tarde. De improviso, el monarca se puso trabajosamente de pie y abrazó emocionado a Jezal. La corona se ladeó y una de sus puntas, que tenía incrustadas varias piedras preciosas, por poco le saca un ojo a Jezal. Lord Hoff, mudo de asombro, contemplaba boquiabierto la escena. Los dos Príncipes miraban con los ojos como platos. Lo único que pudo hacer Jezal fue emitir un gorgoteo de impotencia.

—¡Hijo mío! —lloriqueó el Rey con la voz entrecortada por la emoción—. ¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto, Raynault! Cuando yo ya no esté entre vosotros, Ladisla necesitará tu ayuda. ¡Es tan débil y la carga de la corona es tan pesada! ¡Siempre fuiste el más indicado para recibirla! ¡Tan pesada! —sollozó recostado en el hombro de Jezal.

Era como una pesadilla espantosa. Ladisla y el verdadero Raynault se miraron boquiabiertos y luego se volvieron hacia su padre con el rostro demudado. Terez contemplaba a su futuro suegro por encima de su nariz con un indisimulado gesto de desprecio. Todo iba de mal en peor. ¿Qué demonios se supone que se debe hacer en una situación así? ¿Cómo iba el protocolo a prever cosa semejante? Jezal, abochornado, descargó unas palmaditas en la gruesa espalda del Rey. ¿Qué iba a hacer si no? ¿Apartar de un empujón a aquel idiota senil y tirarle de culo al suelo delante de la mitad de sus súbditos? La verdad es que estuvo tentado de hacerlo.

El único consuelo fue que la multitud interpretó el abrazo del Rey como un sonoro refrendo de la habilidad de Jezal como espadachín y ahogó las palabras del monarca con una nueva oleada de vítores. Al margen de las personas presentes en el palco real, nadie había oído lo que había dicho. Todos se perdieron el verdadero alcance de lo que sin duda había sido el momento más embarazoso que había pasado Jezal en su vida.

El público ideal

El Archilector Sult, tan espigado e imponente como siempre en su inmaculada toga blanca, se encontraba asomado a uno de los ventanales de su despacho cuando entró Glokta. Su vista miraba más allá de los chapiteles de la Universidad y se dirigía hacia la Casa del Creador. Corría por la gran sala circular una agradable brisa que alborotaba la mata de pelo blanco del anciano y hacía crujir y aletear los papeles que cubrían su mesa.

Al oír el renqueante paso de Glokta, se dio la vuelta.

—Inquisidor —se limitó a decir. Luego alargó una de sus manos enguantadas de blanco y la gran piedra preciosa que lucía el anillo de su cargo centelleó con un fuego púrpura al recibir la luz que entraba por la ventana abierta.

—Sirvo y obedezco a Vuestra Eminencia —Glokta cogió la mano que le tendía y, con un gesto de dolor, se agachó para besar el anillo mientras su bastón temblaba debido al esfuerzo que estaba realizando para no perder el equilibrio. .

Sult se deslizó suavemente hacia su sitial, posó los codos en la mesa y entrelazó las manos. Glokta permanecía de pie, la pierna le ardía tras la ascensión de costumbre por el Pabellón de los Interrogatorios y el sudor hacía que le picara el cuero cabelludo, pero no le quedaba más remedio que aguardar a que le invitara a sentarse.

—Haga el favor de tomar asiento —murmuró el Archilector. Una vez que Glokta llegó penosamente a una de las sillas bajas que había dispuestas alrededor de la mesa redonda, volvió a dirigirse a él—: Dígame, ¿han obtenido algún resultado sus investigaciones?

—Alguno. La otra noche se produjeron unos disturbios en los aposentos de nuestros visitantes. Según ellos, se trató de...

—Un intento de conferir mayor credibilidad a su ridícula historia. ¡Magia! —soltó desdeñoso Sult—. ¿Ha averiguado cómo se produjo realmente ese boquete en el muro?

—Me temo que no, Archilector. *¿Cosa de magia, tal vez?*

—Una pena. No nos hubiera venido mal contar con alguna prueba sobre la forma en que llevó a cabo ese truco. En fin —Sult suspiró como dando a entender que se lo esperaba—, no se puede tener todo. ¿Ha hablado con esa... gente?

—Sí, señor. El tal Bayaz, si es que puedo llamarlo así, responde siempre con evasivas. No creo que podamos sacarle nada si no recurrimos a un método más expeditivo que la simple formulación de una serie de preguntas. Y su amigo el norteño también es un caso digno de estudio.

Una arruga surcó la lisa frente de Sult.

—¿Sospecha que existe alguna conexión con ese bárbaro, Bethod?

—Es posible.

—¿Posible? —repitió agriamente el Archilector como si se tratara de una palabra venenosa—. ¿Qué más hay?

—La alegre compañía cuenta con un nuevo miembro.

—Lo sé. El Navegante.

No sé ni para qué me molesto.

—En efecto, Eminencia, un Navegante.

—Pues que les vaya bien. Esos embaucadores sacacuartos sólo sirven para traer problemas. Siempre andan gimoteando sobre su Dios y otras zarandajas por el estilo. No son más que unos bárbaros codiciosos.

—Desde luego que sólo sirven para traer problemas, Archilector, pero aun así me parece que sería interesante averiguar para qué lo han contratado.

—¿Y para qué ha sido?

Glokta hizo una pausa:

—No lo sé.

—Ja —soltó desdeñoso Sult—. ¿Qué más?

—Tras la indeseada visita nocturna nuestros amigos fueron realojados en unos aposentos en las proximidades del parque. Hace unos días, a no más de veinte pasos de sus ventanas, se produjo un asesinato brutal.

—El Superior Goyle ya me ha informado de ello. Me dijo que no era algo de lo que debiera preocuparme, que no existía conexión alguna con nuestros visitantes. He puesto el asunto en sus manos —dirigió a Glokta un mirada torva y añadió—: ¿Cree que he hecho mal?

Oh, por favor, no creo que tenga que pensarme mucho la respuesta.

—Por supuesto que no, Archilector —Glokta inclinó respetuosamente la cabeza—. Si el Superior está convencido de que es así, también lo estoy yo.

—Hummm. En conclusión, lo que me trata de decir es que no tenemos nada.

Algo hay.

—Tenemos esto —Glokta sacó del bolsillo de su gabán el antiguo manuscrito y se lo tendió.

El semblante de Sult dejaba traslucir una leve curiosidad mientras cogía el manuscrito, lo desenrollaba sobre la mesa y luego examinaba sus indescifrables caracteres.

—¿Qué es esto?

Vaya, de modo que hay algo que no sabe.

—Supongo que es lo que suele llamarse un trozo de historia. En ese manuscrito se narra cómo Bayaz derrotó al Maestro Creador.

—Un trozo de historia —Sult se quedó pensativo y tamborileó con los dedos sobre la mesa—. ¿Y de qué nos sirve esto?

De qué le sirve a usted, querrá decir.

—Según este manuscrito, fue nuestro amigo Bayaz quien selló la Casa del Creador —Glokta señaló con la cabeza la imponente silueta que se veía desde la ventana—. La selló... y se llevó la llave.

—¿La llave? Esa torre siempre ha estado sellada. Siempre. Por lo que yo sé, ni siquiera tiene una cerradura.

—Eso es exactamente lo mismo que he pensado yo, Eminencia.

—Hummm —los labios de Sult comenzaron a esbozar una sonrisa—. La salsa de cualquier historia reside en la forma de contarla. Yo diría que eso es algo que nuestro buen amigo Bayaz sabe muy bien. Ha estado usando nuestras historias en su propio beneficio, pero ahora podemos pagarle con la misma moneda. Me gusta la ironía —de nuevo cogió el manuscrito—. ¿Es auténtico?

—¿Eso importa?

—En absoluto —Sult se levantó garbosamente de la silla y con paso lento avanzó hacia el ventanal golpeteando el manuscrito enrollado contra sus dedos. Permaneció unos instantes mirando por la ventana y luego se dio la vuelta: su semblante irradiaba satisfacción.

—Acabo de recordar que mañana tendrá lugar una fiesta para agasajar a nuestro nuevo campeón, el capitán Luthar. —*Maldito gusano tramposo*—. Asistirá la flor y nata de la sociedad: la Reina, los dos príncipes, casi todos los

miembros del Consejo Cerrado y varios de los principales nobles del reino. —*Sin olvidar al Rey. Es significativo que la gente y a ni se moleste en mencionar su asistencia a una cena*—. El público ideal para nuestra pequeña ceremonia de desenmascaramiento, ¿no cree?

Glokta tuvo la precaución de manifestar su asentimiento con una inclinación de cabeza:

—Desde luego, Archilector. El público ideal. —*Siempre y cuando la cosa salga bien. Porque si no es así, puede resultar el peor público imaginable.*

Pero Sult ya estaba anticipando el triunfo:

—Una reunión perfecta, pero conviene que nos demos prisa con los preparativos. Envíe un mensajero a nuestro amigo el Primero de los Magos para hacerle saber que ha sido cordialmente invitado a una cena que tendrá lugar mañana por la noche. Por cierto, usted asistirá, ¿no?

¿Yo? Glokta volvió a inclinar la cabeza.

—No me lo perdería por nada del mundo, Eminencia.

—Bien. Y no se olvide de llevar a sus Practicantes. Puede que nuestros amigos se pongan violentos cuando se descubra el pastel. Con unos bárbaros así, ¿quién sabe lo que puede pasar? —Con un movimiento casi imperceptible de su mano enguantada, el Archilector le dio a entender que la entrevista había concluido. *¿Me ha hecho subir todas esas escaleras para esto?*

Cuando Glokta alcanzó por fin el umbral, Sult tenía la cabeza agachada sobre el manuscrito:

—El público ideal —murmuró mientras se cerraban las pesadas puertas.

En el Norte, los Caris de un jefe acuden todas las noches a su sala para cenar con él. Las mujeres traen la comida en cuencos de madera. Las piezas de carne se sacan ensartándolas con un cuchillo, con ese mismo cuchillo se cortan y luego se cogen los trozos con los dedos y se meten en la boca. Si alguien encuentra un hueso o un cartílago, lo tira a la paja del suelo para que se lo coman los perros. La mesa, si es que la hay, la forman unas cuantas tablas mal encajadas, bastante sucias y con abundantes arañazos y agujeros provocados por los cuchillos. Los Caris se sientan en largos bancos de madera y, como mucho, puede haber unas pocas sillas destinadas a los Mejores Guerreros. La sala, sobre todo durante el invierno, está en penumbra y envuelta en el humo que desprende el fuego del hogar y las pipas de chagga. Con frecuencia se cantan canciones, de vez en cuando se profieren inofensivos insultos, y alguno

que otro no tan inofensivo, y la bebida corre generosamente. Sólo hay una norma de urbanidad: no se puede empezar a comer hasta que no lo haya hecho el jefe.

Logen no tenía ni idea de cuáles eran las normas en aquel lugar, pero le daba la impresión de que debía de haber muchísimas.

Los comensales, no menos de sesenta, se distribuían alrededor de tres largas mesas colocadas en forma de herradura. Cada persona disponía de su propia silla, y la madera oscura de las mesas estaba tan reluciente que Logen podía ver en su superficie el reflejo borroso de su propio rostro a la luz de los cientos de velas que se repartían por las paredes y las mesas. Dispuestos delante de cada comensal había por lo menos tres cuchillos sin filo, así como varios otros utensilios, entre ellos una lustrosa circunferencia plana de metal cuya utilidad constituía un auténtico enigma para Logen.

Gritos no había, y menos aún cantos; lo único que se oía era un leve rumor, similar al ruido de un enjambre de abejas, producido por el cuchicheo de los invitados, que, cuando hablaban, se inclinaban hacia sus vecinos como si estuvieran intercambiando secretos. Los atuendos eran todavía más extravagantes que de costumbre. A pesar del calor que hacía, los ancianos vestían unas pesadas túnicas de tonos negros, rojos y dorados, ribeteadas con lustrosas pieles. Los jóvenes llevaban unas casacas ajustadas de colores carmesí, verde o azul, festoneadas con cordones y lazadas de hilos dorados y plateados. Las mujeres lucían relucientes colgantes, anillos dorados y centelleantes joyas, y llevaban unos extraños vestidos de vivos colores, ridículamente holgados e inflados en algunas partes, dolorosamente ceñidos en otras y dejando también algunas más en una perturbadora desnudez.

Hasta los sirvientes, que pululaban por detrás de las mesas y se inclinaban de cuando en cuando para llenar en silencio las copas con un suave vino dulzón, vestían como grandes señores. Logen ya había dado cuenta de una buena cantidad de vino, y la luminosa sala había adquirido un brillo bastante acogedor.

El problema era que aún no había llegado la comida. No había tomado nada desde por la mañana y su estómago comenzaba a protestar. Llevaba un rato fijándose en las plantas que sobresalían de las jarras que había dispuestas en la mesa delante de los comensales. Tenían unas flores de colores muy vivos y no parecían tener aspecto de ser comestibles, pero ya se sabía que en aquel país comían cosas muy raras.

Mejor probarlas para salir de dudas. Arrancó de una de las jarras un trozo largo de una planta verde que tenía una flor amarilla en la punta. Resultaba bastante insípida y acuosa, pero al menos estaba crujiente. Dio un

mordisco algo mayor y se puso a masticar sin demasiado entusiasmo.

—Me parece que no son para comer —Logen volvió la vista, sorprendido de oír en un lugar como aquel la lengua del Norte y más sorprendido aún de que alguien se hubiera decidido a hablar con él. Su vecino, un tipo alto y de semblante adusto, con un rostro afilado en el que se dibujaban ya algunas arrugas, se había inclinado hacia él y le miraba con una sonrisa azorada. A Logen le sonaba un poco su cara. Le había visto en el juego aquel de las espadas: era el tipo que sostenía los aceros del joven de la barbacana.

—Ah —masculló Logen con la boca llena. Cuanto más masticaba, peor le sabía la cosa aquella—. Disculpe —apostilló una vez que consiguió que el trozo de planta le bajara por la garganta—, no entiendo mucho de estas cosas.

—A decir verdad, yo tampoco. ¿A qué sabía?

—A rayos —Logen contempló indeciso la flor a medio comer que tenía entre los dedos. Las baldosas del suelo estaban inmaculadamente limpias. No le parecía bien tirar la cosa aquella debajo de la mesa. Al fin y al cabo, allí no había perros, y, aun en el caso de que los hubiera habido, tenía serias dudas de que se hubiesen comido una cosa como ésa. Un perro habría tenido bastante más sentido común que él. Dejó los restos de la planta en el plato de metal y se limpió los dedos en el pecho, confiando en que nadie le hubiera visto.

—Me llamo West —dijo el tipo tendiéndole la mano—. Soy de Angland.

Logen le estrechó la mano:

—Nuevededos. Soy un Brynn, de las tierras que hay más al norte de las Altiplanicies.

—¿Nuevededos? —Logen movió un poco el muñón de su dedo y el hombre asintió—. Ah, ya entiendo —luego sonrió como si acabara de recordar algo que le hiciera mucha gracia—. Una vez, en Angland, oí una canción sobre un hombre que sólo tenía nueve dedos. ¿Cómo le llamaban? ¡Ah, ya! ¡El Sanguinario! —Logen notó que la sonrisa se le estaba borrando del rostro—. Era una de esas típicas canciones del Norte, ya sabe, una de esas historias llenas de violencia. El tal Sanguinario se pasaba todo el tiempo cortando cabezas, incendiando ciudades, bebiendo cerveza mezclada con sangre y no sé cuántas barbaridades más. No será usted, ¿verdad?

Lo decía en broma. Logen soltó una carcajada nerviosa:

—No, no. Nunca he oído hablar de ese tipo. Por fortuna, West cambió de tema:

—Oiga, me da la impresión de que en tiempos ha debido usted de ver unas cuantas batallas.

—He tenido algún que otro encontronazo, sí. —De nada servía negarlo.

—¿Conoce a ese tipo al que llaman el Rey de los Hombres del Norte? ¿Al tal Bethod?

Logen echó una mirada de reojo a su alrededor.

—Lo conozco.

—¿Luchó contra él en las guerras?

Logen torció el gesto. La planta parecía haberle dejado un regusto amargo en la boca. Cogió su copa y echó un trago.

—Peor que eso —dijo lentamente mientras volvía a dejar la copa en la mesa—. Luché a su lado.

Aquello no hizo sino despertar aún más la curiosidad de su vecino.

—En tal caso, tiene que saber bastante sobre sus tácticas de combate y sus tropas. Sobre su forma de hacer la guerra —Logen asintió con la cabeza—. ¿Qué me puede decir de él?

—Que no hay enemigo más astuto e implacable y que no tiene ni escrúpulos ni compasión. Entiéndame, odio profundamente a ese hombre, pero desde los tiempos de Skarling el Desencapuchado no ha habido un jefe guerrero que se le pueda comparar. Posee esa cualidad que hace que los hombres le respeten, le teman o, al menos, le obedezcan. Fuerza al máximo a sus hombres para llegar el primero al campo de batalla y así poder elegir el terreno, y ellos se prestan a realizar esas marchas porque están seguros de que les conducirá a la victoria. Sabe cuándo debe mostrarse cauteloso y cuándo debe ser intrépido, y nunca deja nada al azar. Siente pasión por todas las estratagemas de la guerra: las trampas, las emboscadas, los amagos, los engaños, las incursiones que pillan por sorpresa al enemigo. Hay que buscarle donde menos se le espera, y esperar que sea más fuerte donde parezca más débil. Pero sobre todo hay que estar muy prevenido cuando parece que ha emprendido la huida. La mayoría de los hombres le temen, y los que no le temen son unos insensatos.

Logen cogió la flor del plato y la fue desmenuzando.

—Sus ejércitos se agrupan en torno a los jefes de los clanes, muchos de los cuales son también grandes jefes guerreros. El grueso de sus tropas lo componen los Siervos, campesinos alistados a la fuerza provistos de un armamento ligero, lanzas o arcos, que forman pequeños grupos dotados de gran movilidad. Antiguamente se les sacaba de las granjas durante un corto espacio de tiempo y estaban bastante mal preparados, pero las guerras se han prolongado tanto que muchos de ellos han acabado por convertirse en unos guerreros muy duros y poco dados a la compasión.

A continuación, se puso a distribuir los trozos como si fueran grupos de guerreros, utilizando el plato a modo colina.

—Cada jefe cuenta además con sus Caris, las mesnadas de guerreros de su propia casa, hombres provistos de corazas y buenas armas, diestros en el manejo del hacha, la espada y la lanza, y muy disciplinados. Algunos de ellos irán a caballo, pero a ésos Bethod los mantendrá fuera de la vista y los reservará para el momento más adecuado, para cuando haya que hacer una carga o emprender una persecución —arrancó los pétalos amarillos de la flor y los transformó en un grupo de jinetes oculto en los flancos del ejército—. Por último, están los Grandes Hombres, los Mejores Guerreros, que son los que se han labrado una reputación en el campo de batalla. Pueden entrar en combate al frente de una partida de Caris, actuar como exploradores o llevar a cabo incursiones, a veces muy por detrás de las filas del enemigo.

Al fijarse en el plato y advertir que estaba repleto de trozos de planta, se apresuró a barrerlos hacia la mesa.

—Ésa es la forma tradicional de combatir en el Norte, pero Bethod siempre ha sido muy aficionado a las novedades. Ha leído libros y ha estudiado otras formas de combatir, y más de una vez le he oído mencionar la posibilidad de acudir a los mercaderes del sur para adquirir ballestas, armaduras pesadas y corceles de guerra para así poder formar un ejército que despierte el temor de todo el mundo.

Logen se dio cuenta de que llevaba un buen rato sin parar de hablar. Hacía años que no pronunciaba tantas palabras seguidas, aunque, a decir verdad, durante todo ese tiempo West le había estado escuchando absorto.

—Se nota que sabe usted muy bien de lo que habla.

—Bueno, lo que pasa es que ha dado usted con el único tema en el que se me puede considerar un experto.

—¿Qué consejo le daría a un hombre que tuviera que enfrentarse a Bethod en una guerra?

Logen frunció el ceño:

—Que se anduviera con mucho cuidado. Y que nunca descuidara su retaguardia.

Jezal no se lo estaba pasando demasiado bien. En un primer momento, desde luego, la idea le había parecido fantástica, no en vano era lo que siempre había soñado: una fiesta en *su* honor que contara con la asistencia de muchos de

los más grandes gerifaltes de la Unión. Sin duda se trataba del comienzo de su nueva y maravillosa vida como campeón del Certamen. Todas las grandes cosas que le habían pronosticado, que le habían prometido, estaban a punto de caer en su regazo como fruta madura. Los ascensos y la gloria no tardarían en llegar. Quién sabe, puede que esa misma noche le ascendieran a comandante y que partiera para la guerra de Angland al mando de su propio batallón...

Pero, curiosamente, la mayoría de los comensales parecían estar bastante más interesados en sus propios asuntos. Hablaban unos con otros del gobierno, de los negocios de las casas mercantiles, de tierras, de títulos de propiedad, de política. La esgrima, y su notable talento en tan noble arte, apenas se mencionaban. Y nada permitía suponer que su ascenso estuviera al caer. Al parecer, lo único que se esperaba de él era que estuviera ahí sentado con una sonrisa permanente y que, de vez en cuando, aceptara las tibias felicitaciones que le dirigía algún desconocido fastuosamente vestido que ni siquiera se molestaba en mirarle a los ojos. Una figura de cera podría haber hecho igual de bien el papel. A decir verdad, las muestras de admiración de los plebeyos en la arena le habían resultado bastante más gratificantes. Al menos su entusiasmo parecía sincero.

Claro que también era cierto que nunca antes había estado en el complejo palaciego, una fortaleza dentro de la fortaleza de Agriont que muy pocos tenían derecho a pisar. Ahora, en cambio, se encontraba sentado en la mesa presidencial del mismísimo comedor del Rey, aunque Jezal no albergaba ninguna duda de que la mayoría de las veces Su Majestad hacía sus comidas incorporado en la cama y que muy probablemente se las daría algún sirviente a cucharadas.

En la pared que había al otro extremo de la sala habían montado un pequeño escenario. Jezal recordaba haber oído en cierta ocasión que Ostus, el Rey niño, solía tener juglares que actuaban para él durante las comidas. Morlic el Loco, por su parte, prefería amenizar sus cenas montando ejecuciones. También se decía que todas las mañanas el Rey Casamir hacía que unos sosias de sus peores enemigos le gritaran insultos mientras desayunaba para que así su odio por ellos se mantuviera vivo. Pero como de momento el telón permanecía echado, a Jezal no le quedaba más remedio que buscar la diversión en otra parte, aunque, a decir verdad, no había mucho donde escoger.

El mariscal Varuz no paraba de soltarle parrafadas al oído. A él, al menos, le seguía interesando la esgrima. Lo malo era que no parecía tener otro tema.

—Jamás había visto nada igual. En la ciudad no se habla de otra cosa. ¡Nadie recuerda haber visto jamás un combate como ése! ¡Juraría que es usted mejor aún que Sand dan Glokta, y eso que nunca pensé que volvería a ver a

nadie que se le pudiera comparar! ¡En ningún momento sospeché que llevara usted eso dentro, Jezal, jamás tuve el más mínimo presentimiento de que pudiera usted luchar así!

—Hummm —dijo Jezal.

En la cabecera de la mesa, justo al lado del adormilado monarca, se encontraba la deslumbrante pareja formada por el Príncipe Heredero Ladisla y su prometida, Terez de Talins. Parecían ajenos a todo cuanto les rodeaba, aunque no de la forma que suele esperarse de dos jóvenes enamorados: discutían ferozmente sin apenas cuidarse de bajar la voz. Sus vecinos se esforzaban por que no pareciera que se estaban enterando de todo.

—¡... dentro de poco me iré a la guerra de Angland y así ya no tendréis que aguantarme más! —gemía Ladisla—. ¡Puede que me maten! ¿Haría eso más feliz a Su Alteza?

—Os ruego que no os hagáis matar para hacerme un favor —repuso Terez, destilando veneno con su acento estirio—, pero, en fin, si tiene que ser así, que sea, supongo que tendré que aprender a sobrellevar mi dolor...

Un tipo que estaba algo más cerca de Jezal distrajo su atención al descargar un puñetazo sobre la mesa.

—¡Malditos plebeyos! ¡Los campesinos se han alzado en armas en Starikland! ¡Esos perros holgazanes se niegan a trabajar!

—La culpa la tienen esos malditos tributos —refunfuñó su vecino—, son los tributos para la guerra los que los tienen revueltos. ¿Ha oído hablar del tipejo ese al que llaman el Curtidor? ¡Ese maldito campesino que va por ahí pregonando la revolución con todo descaro! Según he oído, uno de los recaudadores del Rey fue asaltado por el populacho a menos de un kilómetro de las murallas de Keln. ¿Puede creerlo? ¡Uno de los recaudadores del Rey! ¡Asaltado por el populacho! ¡Y a menos de un kilómetro de las murallas de Keln!

—¡Maldita sea, nosotros mismos nos lo hemos buscado! —Jezal no podía ver la cara del hombre que acababa de pronunciar aquellas palabras, pero lo reconoció por los puños bordados en oro de su toga. Era el Juez Marovia—. Si se trata a los hombres como si fueran perros, tarde o temprano acabarán por morder, es así de sencillo. Nuestro deber como gobernantes y como nobles es respetar y proteger a los plebeyos, no oprimirlos y despreciarlos.

—¿Quién habla de despreciarlos o de oprimirlos?, Lord Marovia, lo único que yo pido es que se nos pague lo que nos corresponde como dueños de las tierras y como sus señores naturales...

El Mariscal Varuz, entretanto, no había dejado de darle la tabarra ni un

solo instante:

—¡Ha sido impresionante! ¡Un solo acero contra dos y va usted y consigue doblegarlo! —el anciano soldado dio un manotazo al aire—. En la ciudad no se habla de otra cosa. Llegará usted muy lejos, no olvide lo que le digo. Muy lejos. ¡Quién sabe, a lo mejor un día acaba usted ocupando mi puesto en el Consejo Cerrado!

Aquello empezaba a pasar de castaño oscuro. Se había pasado varios meses aguantándole, pero había dado por sentado que si ganaba se libraría de él. En eso, como en tantas otras cosas, se había equivocado. Lo curioso era que hasta ese momento Jezal no se había dado cuenta de que el Lord Mariscal fuera tamaño imbécil. Pero ahora lo veía muy claro, vaya si lo veía.

Para mayor consternación, había varios comensales que, de haber dependido de él, jamás habrían sido invitados a la celebración.

El caso de Sult, el Archilector de la Inquisición, podía pasarse por alto, al fin y al cabo era un miembro del Consejo Cerrado, además de un personaje muy importante, pero Jezal no alcanzaba a comprender cómo se le había ocurrido traer consigo al cabrón de Glokta. Los ojos palpitantes del tullido estaban rodeados por unas profundas ojeras que le conferían un aspecto todavía más enfermizo de lo habitual. Por alguna extraña razón, de vez en cuando se dedicaba a lanzarle unas miradas siniestras y desconfiadas, como si le considerara sospechoso de algún crimen. Un comportamiento intolerable, considerando que aquélla era una fiesta en *su* honor.

Para colmo, al otro extremo de la sala estaba aquel viejo calvo, el tipo que se hacía llamar Bayaz. Jezal no había conseguido todavía desentrañar las extrañas palabras de felicitación que había pronunciado a la conclusión del Certamen, ni tampoco, puestos a ello, la reacción de su padre al ver a aquel hombre. Y, por si fuera poco, su horrendo amigo, el bárbaro de los nueve dedos, estaba sentado junto a él.

El comandante West había tenido la desgracia de que le tocara sentarse al lado de aquel salvaje, aunque al parecer había optado por sacarle el máximo partido a la situación: los dos estaban enfrascados en una animada charla. El norteño, de tanto en tanto, prorrumpía en carcajadas y golpeaba la mesa con su enorme puño haciendo traquetear los vasos. Por lo menos había alguien que se lo estaba pasando bien en su fiesta, pensó amargamente Jezal. Por un momento casi deseó haber estado abajo con ellos.

De todos modos, seguía teniendo claro que algún día quería llegar a ser alguien importante. Quería llevar trajes con muchas pieles y lucir las grandes cadenas de oro que llevaban los altos cargos. Quería que le colmaran de atenciones, que le halagaran. Hacía mucho tiempo que había tomado esa

decisión y se imaginaba que la idea seguía atrayéndole. Lo que pasaba era que aquel mundo, visto de cerca, le parecía insoportablemente falso y aburrido. Habría preferido mil veces estar a solas con Ardee, y eso que ya la había visto la noche anterior. Aquella chica era todo menos aburrida...

—¡... los bárbaros se aproximan a Ostenhorm, dicen! —exclamó alguien a la izquierda de Jezal—. ¡Pero el Lord Gobernador Meed está reclutando un ejército y ha jurado sacarlos a patadas de Angland!

—¿Meed? ¡No me haga reír! ¡Ese estúpido engreído ni siquiera es capaz de sacar una tarta de un molde!

—Lo que usted diga, pero se basta y se sobra para derrotar a esas alimañas del Norte. Un hombre de la Unión vale por diez de los suyos...

Jezal oyó la voz de Terez alzarse chirriante por encima del murmullo general con una potencia suficiente para que se le oyera en la otra punta de la sala:

—¡... por supuesto que me casaré con quien me ordene mi padre, pero eso no quiere decir que tenga que gustarme!

Parecía estar tan furiosa, que Jezal no se hubiera sorprendido en absoluto de ver cómo le clavaba el tenedor en la cara al Príncipe Heredero. En cierto modo, resultaba gratificante comprobar que él no era el único que tenía problemas con las mujeres.

—¡... oh, sí, un combate excepcional! Todo el mundo habla de ello. —Varuz seguía dale que te pego.

Jezal se revolvió en su silla. ¿Faltaría mucho para que acabara aquel suplicio? Se estaba ahogando. Volvió a echar un vistazo a las caras de los presentes y se topó con el rostro deforme de Glokta, que le miraba con una expresión tétrica y suspicaz. Por mucho que fuera una fiesta en su honor, Jezal seguía sintiéndose incapaz de sostener mucho tiempo aquella mirada. ¿Qué tenía contra él ese maldito tullido?

El muy cabrón ha hecho trampas. No sé cómo, pero lo sé. Los ojos de Glokta recorrieron lentamente la mesa que tenía enfrente y se detuvieron al llegar a Bayaz. Ahí estaba ese maldito impostor, con pinta de sentirse como en su casa. *Y él también está en el ajo. Han hecho trampas, los dos. No sé cómo pero lo sé.*

—¡Damas y caballeros! —el murmullo se fue apagando mientras el Lord Chambelán se ponía de pie para dirigirse a la concurrencia—. Quisiera darles la bienvenida a esta humilde reunión en nombre de Su Majestad —el Rey se

rebulló un instante, lanzó una mirada ausente a su alrededor, parpadeó y volvió a cerrar los ojos—. El motivo de esta reunión es, por supuesto, homenajear al capitán Jezal dan Luthar, que acaba de añadir su nombre a la gloriosa lista de los espadachines que han salido victoriosos del Certamen estival —se alzaron unas cuantas copas y se oyó algún que otro murmullo de asentimiento.

»Reconozco entre los presentes a algunos antiguos vencedores del Certamen, muchos de los cuales ocupan hoy en día altos cargos del Estado: el Lord Mariscal Varuz, el comandante en jefe Valdis de los Caballeros de Su Majestad, el comandante West, que en la actualidad forma parte del estado mayor del Mariscal Burr. Yo mismo, en mi época, gané un Certamen —sonrió y se miró su prominente barriga—, aunque de eso hace ya bastante tiempo, desde luego —el comentario fue recibido con una leve cascada de risas de cortesía. *A mino se me menciona, claro. No todos los vencedores del Certamen han tenido un destino tan envidiable, ¿eh?*

»No es nada infrecuente que los vencedores del Certamen acaben realizando grandes cosas —prosiguió el Lord Chambelán—, y deseo, todos deseamos, que ése sea también el caso de nuestro joven amigo el capitán Luthar. —*Lo que yo deseo es que ese maldito tramposo encuentre una muerte lenta en Angland.* A continuación, sin embargo, Glokta levantó su copa y se unió al brindis general en honor de aquel asno arrogante, mientras Luthar permanecía sentado disfrutando intensamente del momento.

Pensar que después de ganar el Certamen yo estuve sentado en esa misma silla, envidiado por todo el mundo, recibiendo aplausos y palmadas en la espalda. Eran otros los hombres ataviados con lujosos vestidos, otros los rostros empapados de sudor, pero, quitando eso, las cosas apenas han cambiado. ¿Era mi sonrisa menos petulante que la suya? Ni mucho menos. Si acaso, lo sería aún más. Pero, al menos, yo me lo merecía.

Era tal la entrega de Lord Hoff, que no paró de hacer brindis hasta que vació la copa. Luego la depositó de un golpe en la mesa y se relamió.

—Y ahora, antes de que llegue la comida, contamos con una pequeña sorpresa que ha preparado mi colega, el Archilector Sult, en honor de otro de nuestros invitados. Espero que les resulte entretenida. —Dicho aquello, el Lord Chambelán se dejó caer en su asiento y tendió la copa vacía para que se la llenaran.

Glokta echó un vistazo a Sult. *¿Una sorpresa del Archilector? Malas noticias para quien yo me sé.*

El pesado telón rojo se descorrió lentamente. En el escenario había un anciano que yacía sobre las tablas con una vestimenta blanca pintarrajeada con chillonas manchas de sangre. Detrás de él, pintado en un amplio lienzo, se veía

un bosque bajo un cielo estrellado. Glokta advirtió que la escena guardaba un desagradable parecido con la que figuraba en el mural que decoraba la sala circular, la sala que había debajo de la destartalada mansión que Severard tenía junto a los muelles.

Un segundo anciano salió de entre bastidores: un tipo alto con unas facciones extraordinariamente finas y afiladas. Tenía el cráneo rasurado y se había dejado una barba blanca corta, pero aun así Glokta lo reconoció al instante. *Iosiv Lestek, uno de los actores más reputados de la ciudad.* Al advertir la presencia del cadáver ensangrentado, expresó su sobresalto con un gesto afectado.

—¡Oooooooh! —soltó un gemido y abrió ampliamente los brazos, en una aproximación actoral al sentimiento de conmocionada desesperación. Convencido de haber captado ya la atención de todos los presentes, Lestek, agitando las manos a diestro y siniestro para expresar las irrefrenables pasiones que agitaban su alma, procedió a recitar su texto.

«Juvens, mi gran maestro, yace aquí inerte
Y, con él, toda esperanza de paz halla también su muerte
Por la vil traición de Kanedias desbaratada.
Cual ocaso de un sol, su caída inesperada
Marca el final de una era.»

El anciano actor echó la cabeza hacia atrás, y Glokta advirtió que tenía los ojos vidriosos. *Notable habilidad esa de poder llorar a voluntad.* Una solitaria lágrima corrió por su mejilla. El público lo contemplaba hipnotizado. Luego se volvió de nuevo hacia el cadáver.

«Un hermano por su hermano muerto.
Jamás la historia
De un crimen más cruento guardó memoria.
Casi espero ver cómo se apagan las estrellas.
¿A qué aguarda la Tierra para arrojar centellas y pavorosas llamas?»

Se hincó de rodillas y empezó a darse golpes en su pecho avejentado.

«¡Oh, sino cruel, cuán grato sería para mí seguir
El camino de mi señor, mas no, no he de partir!
Cuando muere un gran hombre, los que aquí permanecemos,
Aunque en un mundo menguado, seguir adelante debemos,

Venciendo nuestro dolor.»

Lestek levantó lentamente la vista hacia el público y, con idéntica lentitud, se fue poniendo de pie mientras su expresión de hondo pesar daba paso a otra de inquebrantable determinación.

«Por más que la Casa del Creador, toda ella de roca y acero labrada,
Tras impenetrables muros se encuentre guardada y sellada;
Sea aguardando a que la herrumbre el acero rompa,
Sea pulverizando con mis propias manos la roca...
¡Me cobraré venganza!»

Con los ojos echando chispas, el actor se volvió, sacudiendo su toga, y abandonó con paso firme la escena en medio de una ovación atronadora. Era una versión abreviada de una obra muy conocida que solía representarse con bastante frecuencia. *Aunque pocas veces con tanta maestría.* Glokta se sorprendió al descubrirse a sí mismo aplaudiendo. *Una interpretación impecable, de momento. Llena de nobleza, de pasión, de autoridad. Bastante más convincente que la de ese otro falso Bayaz que yo me sé.* Se recostó en su silla, estiró la pierna izquierda por debajo de la mesa y se dispuso a disfrutar del espectáculo.

El semblante de Logen estaba contraído en una mueca que expresaba la más absoluta perplejidad. Aquello debía de ser uno de esos espectáculos de los que le había hablado Bayaz, pero su dominio de la lengua no era lo bastante bueno y había muchos detalles que se le escapaban.

Un grupo de personas, ataviadas con unos ropajes chillones, que se dedicaban a pasear de un lado a otro, suspirando y agitando los brazos, y que, más que hablar, canturreaban. Dos de ellos, intuyó, pretendían pasar por negros, pero resultaba evidente que no eran más que dos hombres blancos con la cara pintada. En otra escena, el tipo que hacía de Bayaz hablaba en susurros con una mujer a través de una puerta y parecía rogarle que la abriera, pero la puerta en cuestión no era sino un trozo de madera pintada, hincada en medio del escenario, y la mujer era un chico con un vestido. Todo habría resultado bastante más sencillo, pensó Logen, si a uno de los dos se le hubiera ocurrido rodear aquel trozo de madera para así poder hablar cara a cara.

Sólo había una cosa que Logen tenía bastante clara: al verdadero Bayaz todo aquello no parecía hacerle ni pizca de gracia. Podía sentir cómo crecía su

enojo a medida que se iban sucediendo las escenas. Su indignación alcanzó el nivel del rechinar de dientes cuando el villano de la obra, un hombretón que llevaba un solo guante y un parche en un ojo, arrojó al chico del vestido por unas almenas de madera. Evidentemente, se suponía que el chico, o la chica, había caído desde una gran altura, pero Logen oyó perfectamente cómo chocaba con algo blando que debía de haber justo detrás del escenario.

—¿Cómo se atreven? —gruñó el verdadero Bayaz. De haber podido, Logen habría abandonado la sala de inmediato, pero tuvo que contentarse con arrastrar su silla hacia donde estaba West para mantenerse lo más alejado posible de la furia del Mago.

Entretanto, en el escenario, el otro Bayaz luchaba con el tipo del guante y el parche, aunque en realidad lo único que hacían era dar vueltas el uno alrededor del otro hablando sin parar. Finalmente, el villano siguió el mismo camino que el chico y cayó por detrás del escenario, pero no sin que antes su adversario le arrebatara una enorme llave dorada.

—Hay muchos más detalles que en el original —masculló el verdadero Bayaz mientras su doble alzaba la llave y soltaba unos cuantos versos más. Logen seguía estando bastante perdido cuando llegó el final de la representación, pero logró entender los dos últimos versos que pronunció el anciano actor antes de hacer una pronunciada reverencia:

«Si en esta historia, que ahora llega a su conclusión,
Habéis hallado ofensa,
Permitirnos decir en nuestra defensa
Que no era esa nuestra intención».

—Y un carajo que no —masculló Bayaz haciendo rechinar sus dientes mientras aplaudía con una sonrisa forzada.

Glokta seguía con la mirada fija en el escenario mientras se corría el telón y Lestek hacía sus últimas reverencias con la llave aún en la mano. Al levantarse el Archilector Sult de su asiento, cesaron los aplausos.

—Me alegro mucho de que este modesto entretenimiento haya sido de su agrado —dijo paseando su acaramelada sonrisa por los semblantes satisfechos del público—. Estoy seguro de que muchos de ustedes ya habían visto antes esta obra; sin embargo, debo decirles que en esta ocasión reviste un significado especial. El capitán Luthar no es la única ilustre figura que se encuentra entre

nosotros, esta noche tenemos otro invitado de honor. Y ese invitado no es otro que el protagonista de la obra: ¡el propio Bayaz, el Primero de los Magos! —Sult sonrió y señaló con el brazo hacia el lugar donde se sentaba el viejo impostor. Un leve frufrú inundó la sala mientras los comensales se giraban para mirarle.

Bayaz sonrió a la concurrencia:

—Buenas noches —dijo. Algunos de los próceres, intuyendo que se trataba de una nueva diversión, dejaron escapar una risa, pero Sult no les secundó y su júbilo se extinguió de inmediato. Un silencio tenso descendió sobre el salón. *Un silencio letal, quizás.*

—El Primero de los Magos, en efecto. Ya lleva unas semanas con nosotros en Agriont. Él y algunos de sus... acompañantes —Sult agachó la cabeza, miró en dirección al norteño de las cicatrices y luego volvió a mirar al supuesto Mago—. Bayaz —añadió, jugueteando con la palabra en la boca para que a todo el mundo le entrara bien por los oídos—. La primera letra del alfabeto de la antigua lengua. El nombre del primer aprendiz de Juvens y la primera letra del alfabeto, ¿me equivoco, maese Bayaz?

—¿Qué pasa, Archilector, es que ha estado usted haciendo averiguaciones sobre mi persona? —inquirió el anciano sin perder su sonrisa de suficiencia. *Impresionante. Aunque a estas alturas ya tiene que saber que el juego está a punto de terminar, se resiste a abandonar su papel.*

Pero Sult ni se inmutó:

—Es mi deber investigar a fondo a cualquier persona que pueda suponer una amenaza para mi Rey o mi país —recitó con tono gélido.

—Qué actitud tan tremendamente patriótica la suya. Sin lugar a dudas, sus investigaciones le habrán revelado que, aunque mi asiento se encuentre desocupado por el momento, sigo siendo miembro del Consejo Cerrado, así que me parece que el tratamiento adecuado para dirigirse a mí es el de *Lord* Bayaz.

La gélida sonrisa de Sult no se alteró ni un solo milímetro.

—¿Y cuándo fue exactamente la última vez que nos honró usted con su presencia, *Lord* Bayaz? No deja de ser sorprendente que una persona tan relevante para nuestra historia no haya mostrado el más mínimo interés por nosotros durante todos estos años. ¿A qué se debe que durante todos los siglos transcurridos desde el nacimiento de La Unión y el reinado de Harod el Grande no haya vuelto a pasarse por aquí ni una sola vez? *Buena pregunta. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí.*

—Por supuesto que he vuelto. Durante el reinado de Morlic el Loco, y en el período de guerra civil que vino a continuación fui el tutor de un joven llamado Arnault. Luego, cuando Morlic fue asesinado y Arnault ascendió al

trono por mandato del Consejo Abierto, ejercí la función de Lord Chambelán. En aquellos tiempos me hacía llamar Bialoveld. Volví de nuevo durante el reinado del Rey Casamir. Él solía llamarme Zoller, y, por aquel entonces, ocupé su puesto, Archilector.

Glokta apenas pudo reprimir un grito sofocado de indignación, y oyó a varias personas que no habían logrado contenerlo. *Otra cosa no tendrá, pero hay que reconocer que en descaro no hay quien le gane. Bialoveld y Zoller fueron dos de los más leales servidores de La Unión. ¿Cómo se atreve? Y, sin embargo...* Recordó el retrato de Zoller que había en el despacho del Archilector y la estatua de Bialoveld de la Vía Regia. *Los dos son calvos, los dos tienen un aspecto severo, los dos tienen barba... ¿Pero en qué clase de tonterías estoy pensando? El comandante West también se está quedando sin pelo en la coronilla y no por eso es un mago legendario. Lo más probable es que este charlatán se haya limitado a escoger a dos de los más ilustres calvos de nuestra historia.*

Sult adoptó una nueva táctica.

—Hagamos una cosa, Bayaz. Como es bien sabido, cuando estuvo aquí por primera vez en aquellos tiempos remotos, el propio Harod dudó de usted. En aquella ocasión, para demostrar sus poderes, partió usted en dos su gran mesa. Dado que parece haber algunos escépticos entre nosotros, ¿tendría algún inconveniente en hacernos ahora esa misma demostración?

Cuanto más gélido se volvía el tono de Sult, mayor era la indiferencia del anciano impostor. Desechó su propuesta agitando indolentemente la mano.

—Archilector, eso de lo que usted habla no son unos simples juegos malabares o una mera representación teatral. Ese tipo de cosas tiene sus costes y sus riesgos. Además, sería una pena reventarle la fiesta al capitán Luthar sólo para que yo pudiera lucirme, ¿no cree? Y no digamos ya destrozar una antigüedad tan espléndida como esta mesa. Yo, a diferencia de mucha gente, siento un sano respeto por el pasado.

Mientras asistían al combate de esgrima que sostenían aquellos dos hombres, algunos de los presentes sonreían dubitativamente, tal vez porque seguían sospechando que se trataba de una especie de broma rebuscada. Pero otros, menos ingenuos, tenían el ceño fruncido y trataban de desentrañar qué era lo que estaba pasando y quién se estaba llevando el gato al agua. Glokta se fijó en el Juez Supremo Marovia: parecía estar encantado de la vida. *Como si supiera algo que los demás ignoramos.* Glokta, sin quitarle los ojos de encima al actor calvo, se revolvió inquieto en su silla. *Las cosas no están saliendo todo lo bien que cabía esperar. ¿Cuándo le vendrá el sudor frío? ¿Cuándo?*

Alguien acaba de plantar delante de Logen un cuenco humeante lleno de sopa. Para que se lo tomara, sin duda, pero ya no tenía apetito. Puede que Logen no fuera un cortesano, pero sabía reconocer perfectamente una situación que amenazaba con acabar violentamente. A medida que se sucedían los intercambios de palabras, las sonrisas de los ancianos se iban borrando de sus labios, sus voces cobraban más aspereza, la sala parecía encogerse y el ambiente se volvía cada vez más opresivo. Pronto en la cara de todos los presentes asomó un gesto de preocupación: en la de West, en la del joven arrogante que había ganado el juego aquel gracias a las trampas de Bayaz, en la del tullido febril que siempre estaba haciendo preguntas...

De pronto, Logen sintió que se le erizaba el vello de la nuca. En el vano de la puerta que tenía más cerca acechaban semiocultas dos siluetas. Iban de negro y llevaban el rostro cubierto con máscaras de ese mismo color. Sus ojos recorrieron las otras entradas. En todas había dos figuras de negro, a la vista sólo dos, y desde luego no tenían pinta de estar esperando para recoger los platos.

Habían venido a por él. A por él y a por Bayaz, lo sentía. Nadie se oculta el rostro tras una máscara si no es para hacer algún trabajo sucio. No tenía ninguna posibilidad de hacer frente ni a la mitad de ellos, pero de todos modos cogió de la mesa uno de los cuchillos que había junto a su plato y se lo escondió detrás del brazo. Si trataban de cogerlo, se defendería. Eso lo tenía muy claro.

Bayaz estaba empezando a perder la paciencia.

—¡Le he presentado todas las pruebas que me solicitó, Archilector!

—¡Pruebas! —exclamó despectivamente el tipo alto al que llamaban Sult—. ¡Palabras y papeles polvorientos, eso es de lo único que entiende usted! ¡Actúa usted como un mísero burócrata más que como un personaje legendario! ¡Son muchos los que piensan que un Mago sin magia no es más que un viejo intrigante! ¡Estamos en guerra y no nos podemos permitir correr ningún riesgo! Ha aludido al Archilector Zoller. Todo el mundo sabe de su diligencia al servicio de la causa de la verdad. Estoy seguro de que usted comprenderá la mía —se inclinó hacia delante y plantó firmemente los puños sobre la mesa—. ¡Muéstrenos su magia, *Bayaz,* o, si no, muéstrenos la llave!

Logen tragó saliva. No le hacía ni pizca de gracia el cariz que estaban tomando los acontecimientos, aunque no era menos cierto que ignoraba por completo las reglas por las que se regía aquel juego. Por la razón que fuera, había depositado toda su confianza en Bayaz, y ahí la iba a dejar. Ya era un poco tarde para cambiar de bando.

—¿No tiene nada más que decir? —inquirió Sult. Luego volvió a sonreír y se sentó lentamente. Sus ojos recorrieron los arcos de acceso a la sala y Logen

sintió cómo los enmascarados comenzaban a moverse, pensando que había llegado su momento—. ¿Ya se ha quedado sin palabras? ¿Ya se ha quedado sin trucos?

—No. Aún me queda uno —Bayaz se metió la mano por el cuello de la camisa. Agarró algo y empezó a sacarlo: una cadena larga y muy fina. Uno de los enmascarados, creyendo que se trataba de un arma, dio un paso adelante, y Logen apretó el mango del cuchillo: pero cuando la cadena salió del todo, lo que apareció colgando del otro extremo fue una varilla de un metal oscuro.

—La llave —dijo Bayaz levantándola para que le diera la luz. El metal apenas brillaba—. Tal vez no sea tan lustrosa como la de su obra de teatro, pero puede estar seguro de que ésta es la verdadera llave. Kanedias nunca trabajaba el oro. Le daba igual que las cosas que hacía no fueran bellas. Lo único que le importaba es que funcionaran.

El Archilector frunció los labios.

—¿De veras pretende que nos fiemos de su palabra?

—Por supuesto que no. Su obligación es desconfiar de todo el mundo, y debo reconocer que lo hace usted admirablemente bien. Pero, como ya se ha hecho un poco tarde, me parece que esperaré a mañana para abrir la Casa del Creador —en ese momento una cuchara se estrelló contra el suelo con un estrépito metálico—. Como es natural, tendrá que haber testigos para que se aseguren de que no haya trampa ni cartón. ¿Qué le parecen... —los gélidos ojos verdes de Bayaz recorrieron la mesa—... el Inquisidor Glokta y... nuestro flamante campeón de esgrima, el capitán Luthar?

Al oír su nombre, el tullido torció el gesto. Luthar, por su parte, estaba absolutamente perplejo. El Archilector permanecía sentado: su mueca desdeñosa se había trocado en un gesto hierático. Sus ojos se posaron en el semblante risueño de Bayaz, luego en la varilla de metal, que oscilaba en el aire, y de nuevo en Bayaz. Acto seguido, volvió la vista hacia una de las puertas e hizo un leve gesto con la cabeza. Las oscuras siluetas desaparecieron en la oscuridad. Logen dejó de apretar sus doloridos dientes y lentamente devolvió el cuchillo a su sitio.

Bayaz sonrió de oreja a oreja.

—Verdaderamente es usted un hombre muy difícil de contentar, maese Sult.

—Me parece que el tratamiento adecuado es *Eminencia* —siseó el Archilector.

—Cierto, muy cierto. En fin, está visto que no se va a quedar usted contento hasta que no haya roto algún mueble. Pero como no me hace ninguna

gracia tener que derramarles la sopa a todos los presentes... —se oyó un estruendo y la silla del Archilector se desmoronó. Mientras se precipitaba hacia el suelo en medio de un amasijo de maderos sueltos, Sult lanzó una mano y agarró el mantel, luego soltó un gemido y se desplomó sobre los restos de la silla. El Rey pegó un bote y se despertó. Sus invitados soltaron una exclamación, parpadearon y se quedaron mirando con la boca abierta. Bayaz se desentendió de todos ellos.

—Esta sopa tiene una pinta estupenda —dijo, y acto seguido dio un ruidoso sorbo a la cuchara.

La Casa del Creador

El día amenazaba tormenta, y a lo lejos, recortada sobre jirones de nubes, se alzaba la lúgubre y adusta silueta de la Casa del Creador. El viento que se colaba entre los edificios barría las plazas de Agriont y hacía ondear los faldones del gabán negro de Glokta mientras renqueaba detrás del capitán Luthar y del presunto Mago, que llevaba al norteño de las cicatrices caminando a su lado. Sabía que los estaban vigilando. *No nos han quitado ojo durante todo el trayecto. Tras las ventanas, en los portales, en los tejados.* Había Practicantes por todas partes, sentía sus ojos.

Glokta había pensado, casi lo había deseado, que Bayaz y sus acompañantes aprovecharían la noche para salir huyendo, pero no había sido así. Al anciano calvo se le veía tan tranquilo, como si simplemente fuera a abrir un almacén de frutas. A Glokta aquello no le hacía ninguna gracia. *¿Cuándo se va a terminar esta farsa? ¿Cuándo tirará la toalla y reconocerá que el juego ha terminado? ¿Cuando lleguemos a la Universidad? ¿Cuando crucemos el puente? ¿Cuando nos encontremos en las mismísimas puertas de la Casa del Creador y se compruebe que su llave no encaja en ninguna parte?* No obstante, en algún rincón de su mente le rondaban otras ideas: *¿Y si no se termina?¿Y si abre la puerta? ¿Y si realmente es quien dice ser?*

Mientras cruzaban el patio desierto en dirección a la Universidad, Bayaz no paraba de hablarle a Luthar. *Con la misma naturalidad que un abuelo que estuviera charlando con su nieto favorito, e igual de pesado.*

—... hay que ver lo que ha crecido esta ciudad desde la última vez que la visité. Aún me acuerdo de cuando ese barrio tan populoso al que ahora llaman Tres Granjas no lo formaban más que ¡tres granjas! ¡Vaya si me acuerdo! ¡Estaba lejísimo de las murallas de la ciudad!

—Mmm... —masculló Luthar.

—¿Y esa nueva sede que se ha hecho construir el Gremio de los Especieros? Jamás había visto semejante ostentación...

Mientras renqueaba detrás de ellos, la mente de Glokta trabajaba

febrilmente, intentando pescar algún significado oculto en aquel mar de naderías, esforzándose por descubrir un orden en aquel caos. *¿Por qué me ha elegido a mí como testigo? ¿No habría sido más lógico elegir al propio Archilector? ¿Pensará el tal Bayaz que soy más fácil de engañar? ¿Y por qué a Luthar? ¿Porque ha ganado el Certamen? ¿Pero cómo lo ha ganado? ¿No será que él también está metido en el ajo?* Pero si Luthar estaba complicado en un siniestro plan, lo cierto es que no lo aparentaba. Glokta no había advertido ni el más mínimo indicio de que fuera algo distinto de lo que parecía ser: un joven idiota y ególatra.

Y luego está ese otro enigma. Glokta miró de reojo al gigante del Norte. Tras aquel rostro cubierto de cicatrices no se adivinaba ningún funesto propósito; de hecho, no parecía haber nada ahí dentro. *¿Es muy estúpido o es muy listo? ¿Se le puede ignorar o hay que temerlo? ¿Es el sirviente o es el señor?* Ninguna de esas preguntas tenía respuesta. Por el momento.

—Vaya, este lugar no es más que una sombra de lo que fue —dijo sorprendido Bayaz deteniéndose ante la puerta de la Universidad y contemplando la descoyuntada y mugrienta pareja de estatuas. Acto seguido, descargó un par de puñetazos sobre la madera carcomida, y la puerta giró sobre sus goznes. Para gran sorpresa de Glokta, se había abierto casi de inmediato.

—Les están esperando —dijo el anciano portero. Le rodearon y se internaron en la oscuridad—. Les conduciré hasta... —comenzó a decir el anciano mientras cerraba la chirriante puerta con un forcejeo.

—¡No se moleste, conozco el camino! —le dijo Bayaz girando la cabeza y poniéndose a andar a buen paso por el polvoriento pasillo. Glokta se esforzó por seguirlo. Pese al frío que hacía ahí dentro, sudaba a mares y la pierna le estaba martirizando. El esfuerzo que tenía que hacer para mantener aquel ritmo apenas le dejaba tiempo para plantearse cómo era posible que aquel maldito calvo conociera tan bien el edificio. *Pero está claro que lo conoce.* Avanzaba raudo por el pasillo como si se hubiera pasado allí toda la vida, expresando de vez en cuando su disgusto por el estado del lugar con un chasquido de la lengua y sin parar de parlotear en ningún momento.

—¿Había visto alguna vez tanto polvo junto, capitán Luthar? ¡No me extrañaría nada que no hubieran limpiado desde la última vez que estuve aquí! ¡No llego a comprender cómo es posible que alguien pueda pensar en semejantes condiciones! No llego a comprenderlo... —Los Adeptos fallecidos y merecidamente olvidados a lo largo de los siglos les contemplaban con expresión sombría desde los lienzos como si se sintieran molestos por el ruido que estaban metiendo.

A medida que se iban sucediendo los pasillos, cada vez estaba más claro que la Universidad no era más que un edificio abandonado, vetusto y polvoriento, donde lo único que había eran cuadros mugrientos y libros enmohecidos. A Jezal los libros nunca le habían interesado demasiado. Había leído algún que otro manual de esgrima y de equitación, un par de tratados sobre campañas militares famosas y en cierta ocasión había abierto las tapas de un grueso volumen sobre la historia de la Unión que encontró en el despacho de su padre, pero, tras leer tres o cuatro páginas, lo había dejado, muerto de aburrimiento.

Bayaz seguía con su perorata:

—Aquí fue donde nos enfrentamos a los seguidores del Creador. Jamás podré olvidarlo. No paraban de gritar pidiendo a Kanedias que acudiera en su auxilio, pero él ni se molestó en bajar. Aquel día estas salas se inundaron de sangre, retumbaron con gritos de terror, se llenaron de humo.

Jezal no tenía ni idea de por qué aquel viejo idiota le había escogido a él para hacerle partícipe de sus batallitas, y, encima, no se le ocurría nada que decir.

—Debió de ser bastante... violento —aventuró.

Bayaz asintió:

—Lo fue. Y no me siento orgulloso de ello. Pero también los hombres buenos tienen que recurrir a veces a la violencia.

—Ajá —apostilló el norteño. Jezal ni se había dado cuenta de que estaba siguiendo la conversación.

—En fin, eran otros tiempos. Tiempos violentos. Por aquel entonces, sólo las gentes del Viejo Imperio habían salido del estado de barbarie. Lo crea o no, Midderland, el corazón de la Unión, era poco más que una pocilga. Una tierra baldía habitada por tribus primitivas que se pasaban todo el tiempo guerreando unas con otras. Los más afortunados entraron al servicio del Creador. Pero el resto no eran más que unos salvajes con la cara pintarrajeada que carecían de escritura y de ciencia y que apenas se distinguían de las fieras salvajes.

Jezal lanzó una mirada furtiva a Nuevededos. No resultaba difícil imaginarse un estado de barbarie como ese con aquel bruto al lado, pero era absurdo pretender que su hermoso país había sido en tiempos una tierra baldía y que él descendía de unos seres tan primitivos. Aquel viejo calvo era un mentiroso compulsivo o un demente, pero por la razón que fuera había mucha gente importante que parecía tomárselo en serio.

Y Jezal consideraba que siempre era preferible seguir el criterio de la gente importante.

Siguiendo a los demás, Logen accedió a un patio destartalado, ceñido en tres de sus lados por los ruinosos pabellones de la Universidad y en el cuarto por la cara interna de uno de los imponentes lienzos de las murallas de Agriont. Todo estaba cubierto de musgo, de gruesas matas de hiedra, de zarzas secas. En medio de la maleza, sentado en una silla desvencijada, había un hombre que los miraba acercarse.

—Les estaba esperando —dijo mientras se ponía de pie con cierta dificultad—. Dichosas rodillas. Ya no estoy para muchos trotes —un tipo común y corriente, algo entrado en años, que vestía una camisa raída con varias manchas en la pechera.

Bayaz le miró con el ceño fruncido.

—¿Es usted el Jefe de los Guardianes?

—Así es.

—¿Y dónde está el resto de la guardia?

—Mi esposa está preparando el desayuno, pero, quitándola a ella, aquí no hay más guardia que yo. Hoy hay huevos —dijo alegremente dándose unas palmadas en el estómago.

—¿Cómo?

—Me gusta tomar huevos para desayunar.

—Que a usted le sienten bien —repuso Bayaz con un tono un tanto destemplado—. En tiempos del Rey Casamir, los cincuenta soldados más valientes de la Guardia Real eran nombrados Guardianes de la Casa y se ocupaban de custodiar sus puertas. No había honor más alto que ése.

—De eso hace ya mucho —dijo el único guardián mientras se arreglaba un poco la camisa—. En mis años mozos éramos nueve, pero todos acabaron dedicándose a otros menesteres, o se murieron, y nunca fueron reemplazados. No sé quién se ocupará de esto cuando yo ya no esté. No parece que haya muchas solicitudes.

—En fin, me deja usted pasmado —acto seguido, Bayaz se aclaró la garganta—. ¡Oh, Jefe de los Guardianes! Yo, Bayaz, el Primero de los Magos, solicito su permiso para ascender por las escaleras que conducen al quinto portillo, para traspasar el quinto portillo y acceder al puente, y para cruzar el puente y llegar hasta la puerta de la Casa del Creador.

El Jefe de los Guardianes le miró entornando los ojos.

—¿Habla usted en serio?

Bayaz estaba empezando a perder la paciencia.

—Sí. ¿Por qué?

—Aún recuerdo al último tipo que lo intentó, fue cuando yo no era más que un chaval. Un tipo importante, uno de esos sabios, supongo. Subió por esas escaleras acompañado de diez fornidos obreros provistos de cinceles, piquetas, martillos y no sé cuantas cosas más. Nos dijo que iba a abrir la Casa y a sacar todos sus tesoros. A los cinco minutos ya estaban de vuelta. Se fueron sin decir palabra y con la misma cara que si hubieran visto caminar a los muertos.

—¿Qué les ocurrió? —susurró Luthar.

—Ni idea, pero le puedo asegurar que no llevaban ningún tesoro.

—Un relato bastante desalentador, sin duda, pero de todos modos iremos —sentenció Bayaz.

—En fin, ustedes verán —y, dicho aquello, el anciano se dio media vuelta y, con la espalda encorvada, comenzó a caminar por el destartalado patio. Ascendieron por una angosta escalera, cuyos peldaños estaban bastante desgastados por el centro, accedieron a un pasadizo que había en lo alto de las murallas de Agriont, y, tras recorrerlo, llegaron a un estrecho portillo envuelto en sombras.

Cuando se descorrieron los cerrojos, Logen sintió un extraño ramalazo de inquietud. Encogió los hombros y trató de desembarazarse de aquella sensación. El Guardián le miró y le dirigió una sonrisa.

—¿Ya lo siente, eh?

—¿El qué?

—El aliento del Creador, así es como lo llaman —luego empujó suavemente la puerta. Se abrieron las dos hojas y la luz rasgó la oscuridad—. El aliento del Creador, sí señor.

Glokta renqueaba por el puente con los dientes apretados contra las encías y el ánimo embargado por la dolorosa conciencia del inmenso abismo que se abría bajo sus pies. Se trataba de una elegante construcción de un solo arco, que arrancaba de la parte alta de las murallas de Agriont y desembocaba en la puerta de la Casa del Creador. Más de una vez lo había admirado desde la ciudad, al otro lado del lago, preguntándose cómo era posible que hubiera aguantado en pie tantos años. Una obra notable, espectacular y hermosa.

Aunque ahora, desde luego, no me parece tan hermosa. Su anchura, apenas superior a la de un hombre tumbado, no daba ninguna seguridad, sobre todo considerando que a ambos lados se abría un vertiginoso precipicio que terminaba en el agua. Peor aún, no tenía pretil. Ni siquiera una mísera barandilla de madera. *Y hoy sopla un aire muy fresco.*

Luthar y Nuevededos tampoco parecían tenerlas todas consigo. *Y eso que ellos pueden usar las dos piernas sin que les duela.* Sólo Bayaz realizaba el largo recorrido sin dar ninguna muestra de inquietud; caminaba con un paso tan seguro como si estuviera dando un paseo por un sendero campestre.

Sobre ellos se alzaba en todo momento la imponente sombra de la Casa del Creador. Cuanto más se aproximaban a ella, más descomunal parecía; incluso su pretil más bajo se encontraba bastante por encima de la muralla de Agriont. Una adusta montaña negra que emergía de las aguas del lago y ocultaba la luz del sol. Un edificio de otras épocas, construido según las escalas de otros tiempos.

Glokta volvió la cabeza y miró hacia el portillo que habían dejado atrás. ¿Qué era eso que se veía entre las almenas de la muralla? *¿Un Practicante vigilando?* Perfecto, así verían cómo el anciano fracasaba en su intento de abrir la puerta. Cuando regresaran, le estarían esperando para apresarlo. *Pero entre tanto tengo que arreglármelas yo solo.* No era un pensamiento demasiado tranquilizador.

Y Glokta estaba muy necesitado de algo que le tranquilizara un poco. A medida que proseguía su renqueante marcha por el puente, se iba sintiendo invadido por el miedo. No se debía sólo a la altura, a la extraña compañía o a la torre que se alzaba imponente ante ellos. Era un miedo primigenio e irracional. El terror animal de las pesadillas. Con cada paso vacilante que daba, el miedo se incrementaba un poco más. Ya distinguía la puerta, un cuadrado de metal oscuro inserto en las lisas piedras de la torre. En su centro tenía grabado un círculo formado por una serie de letras. Por alguna extraña razón, al verlas, tuvo ganas de vomitar, pero a pesar de ello se aproximó para contemplarlas más de cerca. Eran dos los círculos: uno de letras grandes y otro de letras más pequeñas, escritas en un alfabeto de finos caracteres que le era desconocido. Glokta empezaba a sentir un nudo en el estómago. Le pareció ver muchos círculos: una infinidad de letras y trazos demasiado intrincados para poder captarlos. Bailaban ante sus ojos, que empezaban a picarle y a llenársele de lágrimas. No pudo seguir avanzando. Se quedó quieto, apoyado en su bastón, empleando hasta la última gota de su voluntad en refrenar sus deseos de doblar las rodillas, darse media vuelta y alejarse de allí a rastras.

Nuevededos tampoco lo llevaba mucho mejor. Respiraba ruidosamente por la nariz y en su semblante se dibujaba una expresión del más absoluto

espanto y repulsión. Pero el estado de Luthar era aún peor: tenía los dientes apretados, la cara pálida y parecía estar paralizado. Mientras Glokta pasaba renqueando a su lado, hincó lentamente una rodilla y se quedó jadeando en el suelo.

Bayaz, en cambio, no parecía sentir ningún temor. Se dirigió directamente a la puerta y pasó los dedos por los símbolos de mayor tamaño.

—Once guardas a un lado y otras once en sentido inverso —luego palpó el círculo de los caracteres más pequeños—. Y once veces once —finalmente, recorrió con un dedo la fina línea que los bordeaba por fuera. *¿Es posible que esa línea esté formada también por unas letras minúsculas?*— ¿Quién sabe cuántos cientos habrá aquí? ¡Un conjuro verdaderamente poderoso!

La atmósfera de sobrecogimiento sólo se vio parcialmente aliviada por el ruido que hizo Luthar al vomitar desde el puente.

—¿Qué es lo que dice? —graznó Glokta, que también había tenido que tragar algo de bilis.

El anciano le dirigió una mirada risueña.

—¿Es que no lo siente, Inquisidor? Dice: dense media vuelta. Dice: largo de aquí. Dice: ... nadie... podrá... pasar. Pero el mensaje no está dirigido a nosotros —acto seguido, se metió la mano por el cuello de la camisa y sacó la varilla. Estaba hecha del mismo metal oscuro que la puerta.

—No deberíamos estar aquí —gruñó Nuevededos a sus espaldas—. Este lugar está muerto. Sería mejor que nos fuéramos —pero Bayaz no pareció oírle.

—La magia ha desaparecido del mundo —le oyó susurrar Glokta—, y todos los logros de Juvens yacen en ruinas —calibró un instante la llave en la mano y luego la fue alzando poco a poco—. Pero las obras del Creador se mantienen tan firmes como el primer día. El tiempo no ha conseguido menoscabarlas... y nunca lo conseguirá. —Aunque no se apreciaba que hubiera ninguna apertura, la llave se introdujo lentamente en la puerta. Despacio, muy despacio, justo en el centro de los dos círculos. Glokta contuvo el aliento.

Clic.

No pasó nada. La puerta no se abrió. *Ya está. El juego ha terminado.* Glokta sintió un ramalazo de alivio mientras se giraba hacia Agriont para hacer una seña a los Practicantes que había distribuidos a lo largo de la muralla. *No hace falta ir más allá, no hace falta.* Pero, entonces, desde las profundidades del edificio se oyó un eco.

Clic.

Glokta notó que su cara palpitaba al unísono con aquel ruido. *¿Me lo he*

imaginado? Deseaba con todas sus fuerzas que fuera así.

Clic.

Otra vez. *No hay error posible.* De pronto, ante su mirada atónita, los círculos de la puerta se pusieron a girar. Glokta, asombrado, retrocedió un paso, y su bastón arañó las losas del puente.

Nada permitía suponer que el metal no fuera de una sola pieza, no había grietas, ni ranuras, ni ningún mecanismo, y, sin embargo, los círculos giraban, cada uno a un ritmo distinto.

Clic, clic, clic.

Cada vez más rápido. Glokta sintió que se mareaba. El círculo interno, el de las letras más grandes, giraba con extremada lentitud. Pero el círculo externo, el más fino, se movía a tal velocidad que sus ojos eran incapaces de seguirlo.

...Clic, clic, clic.

Mientras los símbolos se sucedían unos a otros, comenzaron a aparecer unas formas: líneas, cuadrados y triángulos de una complejidad inimaginable bailaban un instante ante la mirada de Glokta y luego se desvanecían debido al continuo girar de las ruedas.

Clic.

Los círculos se detuvieron en una disposición distinta a la original. Bayaz se irguió y retiró la llave de la puerta. Entonces se oyó un tenue rumor, como un ruido de agua lejana, y, de pronto, en el centro de la puerta apareció una rendija. Poco a poco, muy suavemente, las dos hojas comenzaron a separarse. El espacio entre ellas se iba ampliando cada vez un poco más.

Clic.

Las hojas se insertaron en los lados del arco de entrada. La puerta estaba abierta.

—A esto le llamo yo una obra bien hecha —dijo en voz baja Bayaz.

Del interior no llegaba ningún aire fétido, ningún hedor a podredumbre y descomposición, nada que indicara el largo tiempo transcurrido, sólo una leve brisa de un aire fresco y seco. *Y, sin embargo, la sensación es de haber abierto un ataúd.*

Exceptuando el ruido del viento que rozaba las oscuras piedras, el susurro del aliento de Glokta en su garganta reseca y el rumor del agua abajo a lo lejos, reinaba el más absoluto silencio. El terror sobrenatural había desaparecido. Lo único que sentía Glokta mientras miraba el arco de entrada

era una profunda inquietud. *Pero no mayor que la que siento cuando espero fuera del despacho del Archilector.* Bayaz se dio la vuelta y los miró con semblante risueño.

—Muchos años han pasado desde que sellé este lugar y, a lo largo del lento transcurrir del tiempo, ningún hombre ha traspasado este umbral. Deben sentirse muy honrados los tres —pero Glokta no se sentía honrado. Se sentía enfermo—. Hay peligros ahí dentro. No toquen nada y sigan en todo momento mis pasos. No se separen de mí, porque los caminos cambian.

—¿Cambian? —inquirió Glokta—. ¿Cómo es eso posible?

El anciano se encogió de hombros.

—Soy el portero —dijo mientras volvía a meterse la llave y la cadena debajo de la camisa—, no el arquitecto —y se internó en aquel mundo de sombras.

Jezal no se sentía bien, nada bien. No se trataba sólo de las incontenibles náuseas que por alguna razón le habían provocado las letras de la puerta, era algo más. Un súbito acceso de espanto y repulsión, como si hubiera cogido una copa y se la hubiera bebido pensando que contenía agua y hubiera resultado ser otra cosa. En este caso, seguramente, orina. La sensación de asco era similar, sólo que daba toda la impresión de que no iba a pasarse al cabo de unos minutos, ni siquiera al cabo de varias horas. De forma súbita, muchas cosas que antes le habían parecido meras sandeces, o simples cuentos de viejos, se presentaban ante sus ojos como hechos incuestionables. El mundo se había vuelto un lugar muy distinto a como era el día anterior, un lugar extraño y perturbador, y le gustaba infinitamente más como era antes.

No entendía qué pintaba él ahí. Jezal apenas sabía nada de historia. Kanedias, Juvens, incluso el propio Bayaz, no eran más que unos nombres que había oído de niño y que ni siquiera entonces le habían interesado en lo más mínimo. Lo suyo era mala suerte, nada más. Había ganado el Certamen y, sin embargo, ahí estaba, deambulando por una absurda y vetusta torre. Porque no era más que eso. Una torre absurda y vetusta.

—Bienvenidos a la Casa del Creador —dijo Bayaz.

Jezal alzó la vista del suelo y se quedó boquiabierto. La palabra «casa» proporcionaba una descripción muy pobre de la inmensidad de aquel ámbito sumido en penumbra. La Rotonda de los Lores habría cabido entera sin ningún problema, e incluso habría sobrado espacio. Los muros estaban compuestos por unas piedras bastas, colocadas a hueso, que se apilaban desordenadamente unas sobre otras y se perdían en las alturas. Sobre el centro de la sala, a bastante

altura, había algo colgado. Un objeto enorme, fascinante.

A Jezal le hizo pensar en una reproducción a escala gigantesca de un instrumento de navegación. La estructura estaba compuesta por dos inmensos anillos metálicos entrelazados, que brillaban en medio de la penumbra, y muchos otros anillos más pequeños que se insertaban en ellos o los rodeaban. Debía de haber varios centenares, y en su superficie se distinguían una especie de marcas: un tipo de escritura tal vez o quizás simples muescas carentes de sentido. En medio de todo colgaba una gran bola negra.

Los pasos de Bayaz resonaban en las alturas mientras avanzaba hacia el centro del vasto espacio circular. El suelo se hallaba surcado por unas intrincadas líneas de un metal brillante que se engastaba en la piedra negra. Jezal le seguía andando muy lentamente. Caminar por un espacio tan vasto como aquél producía una especie de sensación de temor, de mareo.

—Esto es Midderland —dijo Bayaz.

—¿Cómo?

El anciano señaló al suelo. De pronto, las enmarañadas líneas comenzaron a cobrar sentido. Representaban costas, montes, ríos, tierras, mares. La silueta de Midderland, que Jezal había visto representada en innumerables mapas, se extendía bajo sus pies.

—La totalidad del Círculo del Mundo —Bayaz hizo un gesto señalando el suelo interminable—. En esa dirección se encuentra Angland y, un poco más allá, el Norte. Gurkhul está a ese otro lado. Ahí están Starikland y el Viejo Imperio; por allí, las ciudades estado de Estiria y, tras ellas, Suljuk y la lejana Thond. Kanedias se dio cuenta de que las tierras del mundo conocido formaban un círculo, cuyo centro se encontraba aquí, en esta misma Casa, y cuyos límites exteriores pasaban por la isla de Shabulyan, en el lejano oeste, más allá del Viejo Imperio.

—Los confines del Mundo —se dijo el norteño, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Valiente arrogancia pensar que la casa de uno es el centro de todas las cosas —observó en tono despectivo Glokta.

—Sí, sí —Bayaz recorrió con la mirada la vasta sala—. El Creador nunca anduvo escaso de arrogancia. Y sus hermanos tampoco.

Jezal miraba embobado hacia arriba. La altura de la sala parecía superar incluso a su anchura; su techo, si es que lo tenía, se perdía entre las sombras. A unas veinte zancadas de altura se distinguía una barandilla de hierro que rodeaba las bastas piedras del muro, una galería tal vez. Más arriba todavía, casi indistinguibles, se veía otra y otra y otra. Por encima de todo ello colgaba el

extraño artilugio.

De pronto, Jezal pegó un bote. ¡Se estaba moviendo! ¡Todo se estaba moviendo! Lenta, suavemente, sin hacer ruido, los anillos cambiaban de posición, giraban, daban vueltas unos alrededor de los otros. No podía imaginarse qué era lo que los impulsaba. Puede que al girar la llave en la cerradura se hubieran puesto en marcha... ¿o es que no habían parado de dar vueltas durante todos esos años?

Empezaba a marearse. Ahora todo el mecanismo parecía dar vueltas, girando cada vez a mayor velocidad, y lo mismo sucedía con las galerías, que se movían en sentidos opuestos. No parecía que mantener la vista alzada contribuyera a mejorar su estado de desorientación, así que bajó la cabeza y clavó sus ojos doloridos en el mapa de Midderland que tenía bajo los pies. ¡Era aún peor! ¡Ahora parecía que todo el suelo se movía! ¡La cámara entera giraba a su alrededor! Los arcos de los pasadizos, no menos de una docena, le parecían todos iguales. No lograba reconocer por cuál de ellos habían entrado. Se sintió acometido por una intensa sensación de pánico. Lo único que permanecía inmóvil era aquel lejano orbe negro que colgaba en medio del artilugio. Desesperado, fijó en él la vista y se forzó a respirar más lentamente.

La sensación se le fue pasando. La inmensa sala volvía a estar parada, o casi. Aunque de forma casi imperceptible, los anillos continuaban avanzando centímetro a centímetro. Tragó saliva, encorvó los hombros y, manteniendo la cabeza agachada, se apresuró a seguir a los demás.

—¡Por ahí no! —rugió de pronto Bayaz. Su voz rasgó el denso silencio, rebotó contra los muros y su eco se propagó un millar de veces por el cavernoso espacio.

—¡Por ahí no!

—¡Por ahí no!

Jezal dio un salto hacia atrás. El arco, y el oscuro ámbito que se abría al otro lado, parecía idéntico al que habían tomado sus compañeros, pero ahora se dio cuenta de que se encontraban en otro que había un poco más a la derecha. Debía de haberse desviado sin darse cuenta.

—¡Ya le he dicho que me siga a todas partes! —siseó Bayaz.

—¡Por ahí no!

—¡Por ahí no!

—Lo siento —titubeó Jezal con una voz que sonaba miserablemente apagada en medio de aquel inmenso espacio—. Pensé que... ¡todo me parece igual!

Bayaz le posó una mano en el hombro para tranquilizarle y lo empujó suavemente hacia delante.

—No era mi intención asustarle, amigo mío, pero sería una auténtica pena que alguien tan prometedor como usted nos fuera arrebatado a una edad tan temprana —Jezal tragó saliva y volvió la vista hacia el umbral oscuro, preguntándose qué le habría aguardado allí. Su mente le proporcionó un buen número de alternativas, a cual más desagradable.

Los ecos seguían susurrándole al oído mientras se apartaba de allí: ... por ahí no, por ahí no, por ahí no...

A Logen le repugnaba aquel lugar. Las piedras tenían una frialdad de muerte, el aire una inmovilidad de muerte, hasta el ruido de sus propios pasos sonaba apagado y mortecino. No hacía ni frío ni calor, y, sin embargo, tenía la espalda empapada de sudor y sentía en el cuello la picazón de un temor inexplicable. A cada pocos pasos se volvía de golpe asediado por la súbita sensación de que le vigilaban, pero nunca había nadie detrás. Sólo aquel chico, Luthar, y el tullido Glokta, que, a juzgar por su aspecto, debían de sentirse tan inquietos y confundidos como él.

—Le perseguimos por estos mismos vestíbulos —susurró Bayaz—. Éramos once. Fue la última vez que estuvimos juntos todos los Magos. Bueno, todos menos Khalul. Zacharus y Cawneil lucharon aquí con el Creador y fueron derrotados. Tuvieron suerte de salir con vida. Anselmi y Dientemellado no tuvieron tanta suerte. Kanedias acabó con ellos. Aquel día perdí dos buenos amigos, dos hermanos.

Bordearon con cautela un estrecho balcón iluminado por una pálida cortina de luz. A un lado, las piedras lisas ascendían formando un escarpado muro; al otro, se precipitaban hacia abajo hasta perderse en la oscuridad. Un pozo negro, lleno de sombras, sin lado opuesto ni límite superior o inferior. A pesar de la inmensidad del espacio, no había eco. El aire no se movía. No se apreciaba ni la más leve brisa. Una atmósfera tan viciada y enrarecida como la de una tumba.

—Seguro que ahí abajo hay agua —musitó Glokta asomándose a la barandilla con el ceño fruncido—. Algo tiene que haber, ¿no? —luego entornó los ojos y miró hacia arriba—: ¿Dónde está el techo?

—Este lugar apesta —se quejó Jezal mientras se apresuraba a taparse la nariz.

Logen, por una vez, estaba de acuerdo con él. Era un olor que conocía muy bien, y, al sentirlo, sus labios se fruncieron con un gesto de asco.

—Huele igual que los cabrones de los Cabezas Planas.

—Claro —dijo Bayaz—, los Shanka también son obra del Creador.

—¿Obra suya?

—Desde luego. Tomó arcilla, metal y restos de carne y los creó.

Logen le miraba fijamente.

—¿Los creó?

—Sí, para que lucharan en su guerra. Contra nosotros. Contra los Magos. Contra su hermano Juvens. Fue aquí mismo donde concibió al primer Shanka; luego los soltó para que crecieran, se reprodujeran y sembraran la destrucción en el mundo. Para eso fueron creados. Muchos años después de la muerte de Kanedias aún seguíamos dándoles caza, pero no pudimos capturarlos a todos. Los empujamos hacia los rincones más recónditos del mundo, allí han crecido, se han reproducido y ahora vuelven para seguir creciendo, reproduciéndose y sembrando la destrucción, que es lo único que saben hacer. —Logen le contemplaba boquiabierto.

—Los Shanka —Luthar dejó escapar una risilla sarcástica y sacudió la cabeza con incredulidad.

Pero Logen consideraba que los Cabezas Planas no eran cosa de risa. Se volvió bruscamente y su imponente figura se alzó ante Luthar en la penumbra, bloqueándole el paso en medio del angosto balcón.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Por favor, todo el mundo sabe que no existe nada semejante.

—Me he pasado toda la vida luchando contra ellos con mis propias manos —gruñó Logen—. Mataron a mi esposa, a mis hijos, a mis amigos. El Norte está infestado de esos malditos Cabezas Planas —Logen se inclinó hacia él—. Así que no me diga que no existen.

Luthar había empalidecido. Miró a Glokta en busca de ayuda, pero el Inquisidor se había recostado en la pared y se frotaba la pierna con los labios apretados y su rostro hierático empapado de sudor.

—¡No me interesa si existen o no! —exclamó.

—El mundo está lleno de Shanka —masculló Logen pegando su cara a la de Luthar—. Así que es muy posible que llegue un día en que se encuentre con alguno —luego se dio la vuelta y siguió enojado a Bayaz, que desaparecía ya por el arco que se abría al otro extremo del balcón. No le hacía ninguna gracia quedarse rezagado en un sitio como aquél.

Otro vestíbulo más. Aquél era enorme, y a sus lados, envuelto en penumbra, se alzaba silencioso un bosque de columnas. Desde arriba caían unos haces de luz que dibujaban extrañas formas en el enlosado, un entramado de luces y sombras, de líneas blancas y negras.

Como si compusieran un texto. ¿Algún mensaje oculto? ¿Dirigido a mí tal vez? Glokta se estremeció. *Tal vez si me quedo un buen rato mirándolo, consiga desentrañarlo...*

Luthar pasó por delante de él y su sombra se proyectó sobre el suelo: las líneas se quebraron y la sensación se desvaneció. Glokta se sacudió. *Este maldito lugar va a conseguir que pierda la razón. Debo pensar con claridad. Atente a los hechos, Glokta, nada más que a los hechos.*

—¿De dónde proviene esa luz?

Bayaz agitó una mano.

—De arriba.

—¿Hay ventanas?

—Es posible.

Glokta avanzaba lentamente, su bastón repicaba sobre un tramo de luz y luego sobre otro de oscuridad, mientras su bota izquierda se arrastraba por detrás.

—¿Es que aquí sólo hay vestíbulos? ¿Qué sentido tiene eso?

—¿Quién puede conocer la mente del Creador? —salmodió pomposamente Bayaz—. ¿Cómo adivinar sus inescrutables designios? —Se diría que se complacía en no dar nunca una respuesta clara.

A Glokta todo aquel lugar le parecía una obra descabellada:

—¿Cuánta gente vivía aquí?

—En sus mejores tiempos, hace muchos años, varios cientos de personas. Todo tipo de gentes que servían a Kanedias y le ayudaban en sus trabajos. Pero el Creador era desconfiado y se mostraba muy celoso de sus secretos. Poco a poco fue echando a sus colaboradores, enviándolos a Agriont o a la Universidad. Hacia el final, ya sólo quedaban aquí tres personas. El propio Kanedias, su ayudante Paremias —Bayaz hizo una breve pausa— y su hija, Tolomei.

—¿La hija del Creador?

—Sí, ¿por qué? —le espetó el anciano.

—Por nada, por nada. —*Pero parece que durante un instante se le ha desprendido la máscara. Resulta extraño que conozca tan bien todo lo referente a este*

lugar—. ¿Cuándo vivió usted aquí?

Las cejas de Bayaz se juntaron dibujando un profundo ceño:

—Hace usted demasiadas preguntas.

Glokta se quedó quieto mirando cómo Bayaz proseguía su marcha. *Sult estaba equivocado. Después de todo, va a resultar que el Archilector también es un ser falible. ¿Quién es este calvo irritable que puede hacer que el hombre más poderoso de La Unión parezca un simple patán?* En medio de las entrañas de aquel lugar sobrenatural la respuesta no sonaba tan descabellada. *El Primero de los Magos.*

— Aquí está.

—¿El qué? —preguntó Logen. El vestíbulo se prolongaba en todas direcciones, trazando una leve curva y flanqueado por unos muros formados por una sucesión ininterrumpida de bloques de piedra que se perdían en la oscuridad.

Bayaz no le respondió. Estaba palpando las piedras como si buscara algo.

—Sí, aquí está —Bayaz se sacó la llave de la camisa—. Tal vez quieran prepararse.

—¿Para qué?

El Mago introdujo la llave en un agujero invisible. Al instante, uno de los bloques del muro desapareció: salió disparado hacia arriba e impactó en el techo con un tremendo estrépito. Logen se tambaleaba y sacudía la cabeza. Se fijó que Jezal estaba doblado hacia delante tapándose las orejas con las manos. El vestíbulo entero retumbaba con unos ecos atronadores.

—Esperen aquí —dijo Bayaz, aunque el zumbido que tenía Logen en la cabeza apenas le permitió oírle—. No toquen nada. No se muevan —acto seguido se introdujo en la apertura, dejando la llave alojada en el muro.

Logen trató de ver a dónde se dirigía. Una luz trémula iluminaba un estrecho pasadizo por el que se filtraba un rumor parecido al de un chorro de agua. Luego se volvió para mirar a los otros dos. Puede que la advertencia de Bayaz sólo se refiriera a ellos. Se agachó para traspasar el umbral.

Y al alzar la cabeza tuvo que entrecerrar los ojos. Se encontraba en una cámara circular brillantemente iluminada. Tras la oscuridad del resto del edificio, aquella luz cegadora, que caía desde una gran altura, casi hacía daño a la vista. Los muros curvos estaban magistralmente labrados con una impoluta piedra blanca por la que corrían innumerables hilos de agua que caían en un

estanque redondo. Logen sentía la frescura y la humedad del aire en la piel. Una estrecha pasarela escalonada arrancaba del pasadizo y ascendía hasta un esbelto pilar blanco que emergía del agua. Bayaz se encontraba allí arriba con la cabeza agachada como si estuviera mirando algo.

Con respiración contenida, Logen se acercó por detrás al Mago. Lo que miraba era un bloque de piedra blanca. Las gotas de agua rebotaban contra el centro de aquella superficie lisa y dura: un plop, plop, plop constante que daba siempre en el mismo punto. Sobre la fina capa de humedad reposaban dos objetos. Uno era una simple caja cuadrada de un metal oscuro, de un tamaño que tal vez fuera suficiente para acomodar la cabeza de un hombre. El otro era bastante más raro.

Quizás fuera un arma, una especie de hacha. El asta era una pieza alargada formada por unos minúsculos tubos de metal que se entrelazaban como las ramas de una viña vieja. Uno de sus extremos acababa en un mango estriado y el otro en una pieza de metal plana horadada que remataba un gancho muy fino. La luz bailoteaba sobre las oscuras superficies del objeto, arrancando destellos a las gotas de humedad. Un objeto extraño, hermoso, fascinante. En la empuñadura refulgía una letra de plata que resaltaba sobre el oscuro metal. Logen la reconoció, era la misma que tenía su espada. La marca de Kanedias. Una obra del Maestro Creador.

—¿Qué es esto? —preguntó alargando la mano hacia el objeto.

—¡No lo toque! —gritó Bayaz apartando de un golpe la mano de Logen— ¿No les dije que esperaran?

Logen retrocedió con paso vacilante. Nunca había visto tan alarmado al Mago, pero de todas formas le era imposible apartar la vista del extraño objeto que había encima de la losa.

—¿Es un arma?

Bayaz realizó una aspiración lenta y profunda.

—La más terrible que pueda existir, amigo mío. Un arma contra la que ningún acero, ninguna piedra, ninguna magia podría proporcionarle protección alguna. No se le ocurra acercarse, se lo advierto. Es muy peligrosa. El Divisor, así la llamaba Kanedias; con ella mató a su hermano Juvens, mi maestro. Recuerdo que una vez me dijo que tenía dos filos. Uno aquí y otro en el Otro Lado.

—¿Qué demonios significa eso? —masculló Logen. No veía que la cosa esa tuviera nada que se pareciera a un filo que pudiera servir para cortar algo.

Bayaz se encogió de hombros.

—Me imagino que si lo supiera, sería el Maestro Creador en lugar de ser

simplemente el Primero de los Magos —acto seguido se inclinó hacia delante y, al tratar de levantar la caja, contrajo el rostro como si pesara mucho—. ¿Le importaría echarme una mano con esto?

Logen rodeó la caja con las manos y dejó escapar un grito ahogado. Ni siquiera un bloque de hierro macizo habría pesado más.

—Vaya si pesa —gruñó.

—Kanedias la forjó para que fuera lo más fuerte posible. Todo lo fuerte que pudo empleando sus grandes dones. Pero no lo hizo para proteger su contenido del Mundo exterior —Bayaz se inclinó hacia él y, bajando la voz, añadió—: lo hizo para proteger al Mundo de su contenido.

Logen contempló la caja con el ceño fruncido.

— ¿Qué hay dentro?

—Nada —musitó Bayaz—. Aún.

Jezal estaba intentando decidir cuáles eran las tres personas que más odiaba en el mundo. ¿Brint? No era más que un fatuo patán. ¿Gorst? Lo único que había hecho era un precario intento de derrotarle en un combate de esgrima. ¿Varuz? Sólo era un viejo asno presuntuoso.

No. La lista la encabezaban los tres tipos con los que estaba ahora. El anciano arrogante, con su necia cháchara y su sabiondo aire de misterio. El descomunal bárbaro, con sus repulsivas cicatrices y sus gestos amenazadores. El engreído tullido, con su afición a realizar comentarios petulantes y a dárselas de saberlo todo sobre la vida. Los tres, en combinación con la atmósfera viciada y la oscuridad perpetua de aquel horrible lugar, bastaban casi para que a Jezal volvieran a entrarle ganas de vomitar. Sólo había una cosa que le parecía aún peor que su actual compañía: no tener ninguna.

Echó un vistazo a las sombras que le rodeaban y se estremeció al pensarlo.

Pero al doblar un recodo, se le levantó el ánimo. Arriba se veía un pequeño trozo de cielo. Apretó el paso y adelantó a Glokta, que avanzaba renqueando apoyado en su bastón. Sólo de pensar que no tardaría en hallarse a la luz del día se le hacía la boca agua.

Al entrar en la zona que estaba a cielo abierto cerró los ojos con deleite. Un viento frío le acarició la cara y Jezal abrió la boca para llenarse con él los pulmones. Sentía un tremendo alivio, como si llevara semanas atrapado en aquella oscuridad, como si unos dedos que le apretaban el cuello se hubieran

soltado de repente. Dio unos pasos por las grandes losas de piedra desnuda que pavimentaban el amplio espacio abierto. Delante de él, uno al lado del otro, se encontraban Nuevededos y Bayaz asomados a un pretil que les llegaba por la cintura, y más allá...

Se desplegaba una impresionante vista de Agriont. Un mosaico de muros blancos, de tejados grises, de ventanas resplandecientes, de verdes jardines. No estaban ni mucho menos en la cúspide de la Casa del Creador, sólo en uno de los tejados más bajos, encima de la entrada, pero aun así la altura era de vértigo. Jezal reconoció el destartalado edificio de la Universidad, la brillante cúpula de la Rotonda de los Lores, la mole compacta del Pabellón de los Interrogatorios. También se veía la Plaza de los Mariscales, con un cuenco de gradas de madera entre los edificios. Incluso le pareció distinguir en su centro el minúsculo resplandor amarillo del círculo de esgrima. Más allá de la ciudadela, la masa grisácea de la ciudad, ceñida por sus blancas murallas y por el centelleante foso, se extendía bajo un cielo encapotado hasta la orilla del mar.

Jezal reía con una mezcla de incredulidad y placer. Comparado con aquello, la Torre de las Cadenas era una mísera escalera de mano. Se encontraba tan por encima del resto del mundo que le parecía como si todo estuviera inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido. Se sentía un auténtico rey. Nadie, desde hacía centenares de años, había contemplado aquella vista. Se sentía un ser descomunal, grandioso, infinitamente más importante que las diminutas personas que debían de habitar y trabajar en los pequeños edificios que se veían allí abajo. Se volvió y miró a Glokta, pero el tullido no sonreía. De hecho, se le veía más pálido que nunca. Contemplaba la ciudad de juguete con una mirada torva y su ojo izquierdo palpitaba nervioso.

—¿Le asustan las alturas? —dijo entre risas Jezal.

Glokta volvió hacia él su rostro lívido.

—No había escalones. ¡Hemos llegado hasta aquí sin tener que subir ni un solo escalón! —la sonrisa comenzó a borrarse del semblante de Jezal—. Ni un solo escalón, ¿lo entiende? ¿Cómo es posible? ¿Cómo? ¡Dígamelo!

Jezal tragó saliva mientras repasaba mentalmente el trayecto que habían recorrido. El tullido tenía razón. Ni escalones ni rampas, en ningún momento habían subido ni bajado. Y, sin embargo, ahora se encontraban muy por encima de la torre más alta de Agriont. Volvía a sentir náuseas. La vista ahora le parecía mareante, repulsiva, obscena. Se apartó del pretil con paso tambaleante. Lo único que deseaba era volver a casa.

—Le seguí en medio de la oscuridad, yo solo, y aquí mismo me enfrenté a él. Sí, aquí estaba Kanedias, el Maestro Creador. Aquí luchamos. Fuego, acero, carne. Aquí mismo estábamos. Arrojó a Tolomei al vacío ante mis propios ojos. Lo vi, pero no pude hacer nada para impedirlo. Su propia hija. ¿Se lo imaginan? Nadie se lo merecía menos que ella. Jamás existió un espíritu más inocente —Logen frunció el ceño. Le faltaban las palabras.

—Aquí luchamos, sí —masculló Bayaz apretando sus gruesos puños contra la piedra desnuda del pretil—. Yo le lanzaba zarpazos de fuego, de acero, de carne, y él me los devolvía. Por fin conseguí arrojarle al vacío. Cayó envuelto en llamas y se estrelló contra el puente. Así fue cómo el último de los hijos de Euz abandonó este mundo, llevándose para siempre consigo muchos de sus secretos. No quedó ninguno de los cuatro hermanos, se destruyeron entre sí. Qué absurdo.

Bayaz miró a Logen.

—Pero, bueno, todo eso ocurrió hace mucho tiempo, ¿eh, amigo? Hace mucho tiempo —luego hinchó los carrillos y encogió los hombros—. Vámonos ya de aquí. Este lugar se parece demasiado a una tumba. De hecho, eso es lo que es. Volvamos a sellarlo una vez más, junto con todos sus recuerdos. Todo esto pertenece ya al pasado.

—Hummm —musitó Logen—. Mi padre solía decir que las semillas del pasado dan sus frutos en el presente.

—Y así es —Bayaz estiró lentamente una mano y deslizó sus dedos por la fría superficie del metal oscuro de la caja que Logen tenía sujeta—. Así es. Su padre era un hombre sabio.

La pierna de Glokta ardía y un río de fuego le recorría la columna desde el trasero hasta el cráneo. Tenía la boca más seca que el serrín, la cara sudorosa y palpitante, y la nariz le silbaba al respirar, pero, a pesar de todo, siguió adelante en medio de la oscuridad, alejándose del inmenso vestíbulo donde se encontraban el orbe negro y el extraño artilugio, hasta que por fin llegó a la puerta abierta. *A la luz.*

Allí, junto al arranque del angosto puente que había delante de la estrecha puerta, se quedó quieto, con la cabeza echada hacia atrás y la mano temblando sobre el mango del bastón, parpadeando, frotándose los ojos, tragando bocanadas de aire fresco, disfrutando de la gozosa caricia de la brisa. *¿Quién hubiera pensado que el viento pudiera ser algo tan delicioso? Quizás haya sido mejor que no hubiera escaleras. Si llega a haberlas a lo mejor no salgo nunca de ahí.*

Luthar iba ya por la mitad del puente y avanzaba a toda velocidad, como si un demonio le pisara los talones. Nuevededos le seguía de cerca, respirando entrecortadamente y farfullando una y otra vez unas palabras en la lengua del Norte —«Sigo vivo», le pareció entender a Glokta—. Sus gruesas manos apretaban con fuerza la caja cuadrada de metal y los tendones se destacaban en sus brazos como si la caja aquella fuera tan pesada como un yunque. *Según parece, el propósito de esta excursión no se limitaba a hacer una pequeña demostración. ¿Qué es lo que han sacado de ese lugar? ¿Qué puede pesar tanto?* Volvió la vista hacia la oscuridad que había dejado atrás y se estremeció. No estaba muy seguro de querer averiguarlo.

Caminando tranquilamente, con su habitual expresión de suficiencia, Bayaz apareció por el pasadizo y salió al aire libre.

—Bueno, Inquisidor —preguntó en tono jovial—, ¿qué le ha parecido nuestra pequeña visita a la Casa del Creador?

Una extraña, enrevesada y horrenda pesadilla. No estoy muy seguro de si no hubiera preferido regresar durante un par de horas a las mazmorras del Emperador.

—Una buena forma de emplear la mañana —respondió con brusquedad.

—Me alegro mucho de que le haya resultado amena —dijo entre risas Bayaz, mientras se sacaba de debajo de la camisa la varilla de metal oscuro—. Pero, dígame, ¿todavía piensa que soy un farsante? ¿O al fin se han disipado sus sospechas?

Glokta dirigió una mirada torva a la llave. Luego al anciano. Y finalmente a la abrumadora oscuridad de la Casa del Creador. *Mis sospechas crecen a cada minuto que pasa. No se disipan jamás. Sólo cambian deforma.*

—Para serle honesto, no sé qué pensar.

—Estupendo. Reconocer la propia ignorancia es el primer paso hacia la luz. Pero, entre usted y yo, creo que debería de pensar alguna otra cosa para cuando tenga que hablar con el Archilector —Glokta sintió una palpitación en un párpado—. En fin, Inquisidor, qué tal si empieza a cruzar, ¿eh? Yo ya voy a cerrar.

La caída hasta las frías aguas de abajo ya no le parecía tan temible como antes. *Si me cayera, al menos moriría a cielo abierto.* Durante todo el recorrido Glokta sólo miró para atrás cuando oyó un leve *clic:* las puertas de la Casa del Creador habían vuelto a cerrarse, los círculos habían regresado a su posición original. *Todo vuelve a estar como al principio.* Giró su dolorida espalda, se chupó las encías al sentir cómo regresaban las viejas náuseas de siempre y, soltando una maldición, reemprendió su renqueante marcha por el puente.

Luthar se encontraba al otro extremo aporreando con desesperación el

vetusto portillo.

—¡Ábranos!

Cuando Glokta llegó a su altura, su tono de voz rozaba el pánico y parecía hallarse al borde de las lágrimas.

—¡Ábranos!

El portillo osciló un poco y finalmente se abrió. El Guardián les miraba desde el otro lado con cara de asombro. *Una lástima. Apuesto lo que sea a que el capitán Luthar estaba a punto de romper a llorar. El orgulloso vencedor del Certamen, el más bravo de los jóvenes hijos de la Unión, la flor de la virilidad, lloriqueando de rodillas. Una visión como ésa hubiera bastado para hacer que esta maldita excursión valiera la pena.* Luthar cruzó la puerta como un rayo y Nuevededos, con gesto serio, le siguió rodeando con los brazos la caja de metal.

El Guardián entrecerró los ojos y miró a Glokta, que se acercaba renqueando a la puerta.

—¿Cómo es que han vuelto tan pronto?

Viejo imbécil.

—¿Pronto? ¿Qué quiere decir?

—Ni me ha dado tiempo a acabarme los huevos fritos. Han estado ahí menos de media hora.

Glokta soltó una tétrica carcajada.

—Medio día, querrá decir —pero al mirar hacia el patio, se le torció el gesto. Las sombras se encontraban prácticamente en la misma posición que cuando entraron. *Todavía estamos en las primeras horas de la mañana, ¿cómo es posible?*

—En cierta ocasión el Creador me dijo que el tiempo no era más que una percepción mental —Glokta hizo un gesto de dolor al girar la cabeza. Bayaz le había alcanzado y se encontraba detrás de él dándose golpecitos en la calva con uno de sus gruesos dedos—. Podría ser peor, créame. Lo verdaderamente preocupante es haber salido sin llegar a entrar —sonrió, y sus ojos, iluminados por la luz que venía de la puerta, lanzaron un destello. *¿Se hace el tonto? ¿O trata de hacer que yo lo parezca? Sea como sea, estos jueguecitos empiezan a cargarme.*

—¿Por qué no se deja de acertijos y me dice de una vez qué es lo que pretende? —le espetó Glokta.

La sonrisa del Primero de los Magos, si es que lo era, se ensanchó.

—Me gusta usted, Inquisidor. De veras. No me sorprendería que fuera usted el único hombre honesto que queda en este maldito país. Llegado el

momento, usted y yo deberíamos tener una pequeña charla. Una charla sobre lo que yo pretendo y sobre lo que usted pretende —la sonrisa se le borró de la cara—. Pero no hoy.

Y, dicho aquello, traspasó el umbral, dejando a Glokta solo entre las sombras.

Como a un perro

—¿Por qué a mí? —dijo West entre dientes mientras miraba en dirección a la Puerta del Sur, que se alzaba al otro lado del puente. La tontería aquella de los muelles le había llevado más de lo esperado, mucho más. Claro que últimamente ¿había algo que no llevara más de lo esperado? A veces tenía la impresión de que era la única persona en la Unión que se estaba preparando en serio para la guerra, y que encima tenía que ocuparse de todos los detalles, incluso de contar los clavos que se necesitaban para las herraduras de los caballos. Iba a llegar tarde a la reunión con el Mariscal Burr, y sabía que, dada la hora que era, habría un centenar de cosas que ya no le daría tiempo a hacer ese día. Siempre quedaban cosas por hacer. Lo último que le faltaba era verse retenido en las mismas puertas de Agriont debido a un absurdo incidente.

—¿Por qué me tiene que tocar siempre a mí? —La cabeza empezaba a dolerle de nuevo. Ahí estaba otra vez esa dichosa palpitación que sentía detrás de los ojos. Cada vez le venía antes y acababa peor.

En atención al calor que había estado haciendo durante los últimos días, se había permitido que los soldados hicieran la guardia sin llevar la armadura al completo. West tenía la impresión de que al menos dos de ellos tenían buenos motivos para lamentarlo. Uno estaba doblado en el suelo, con las manos entre las piernas, gimiendo ruidosamente. Agachado junto a él, se encontraba su sargento; un chorro de sangre le manaba de la nariz y caía formando unas gotas de color rojo oscuro que tamborileaban sobre las losas del puente. Los otros dos soldados tenían las lanzas bajadas: sus hojas apuntaban a un escuálido joven de piel morena. Cerca había otro sureño, un viejo de melena gris, que permanecía apoyado contra la barandilla contemplando la escena con una expresión de honda resignación.

De pronto, el joven lanzó una mirada furtiva por encima del hombro, y West se llevó una monumental sorpresa. Era una mujer: su pelo negro, bastante corto, formaba un revoltijo de pinchos grasientos. Una de las mangas de su camisa estaba rota a la altura del hombro, dejando al descubierto un brazo moreno y nervudo, acabado en un puño que apretaba con fuerza el mango de una daga curva. La hoja relucía como un espejo y tenía un filo mortífero; era la

única cosa limpia que tenía aquella mujer. Una fina cicatriz gris que tenía en el lado derecho de la cara se extendía desde una de sus cejas negras hasta sus labios fruncidos. Pero lo que más sorprendió a West fueron sus ojos: rasgados, contraídos en un gesto de profunda hostilidad y desconfianza, amarillos. Cuando estuvo combatiendo en Gurkhul durante la guerra, tuvo ocasión de ver todo tipo de Kantics, pero era la primera vez que veía unos ojos como ésos. Aquel color amarillo dorado, intenso y cálido, recordaba un poco al del...

Orina. Al acercarse un poco más, comprobó que también olía a eso. Aquella mujer olía a orina, a suciedad, a sudor rancio. Era un olor que recordaba muy bien de cuando la guerra, el característico hedor de los hombres que llevan mucho tiempo sin lavarse. West avanzaba hacia ella tratando de refrenar el impulso de arrugar la nariz y respirar por la boca o la tentación de trazar un amplio círculo para mantenerse lo más alejado posible de la refulgente hoja de la daga. Cuando se trata de desbaratar una situación peligrosa es fundamental no mostrar que se tiene miedo, por mucho que se tenga. Su propia experiencia le había enseñado que quien consigue aparentar que todo está bajo control, ya tiene recorrido la mitad del camino.

—¿Qué demonios pasa aquí? —gruñó dirigiéndose al sargento del rostro ensangrentado. No le hizo falta fingir su enojo; a cada segundo que pasaba se le hacía más tarde y su enfado crecía proporcionalmente.

—¡Estos pordioseros querían entrar en Agriont, señor! ¡Les he impedido el paso, señor, pero al parecer tienen unas cartas!

—¿Unas cartas?

El anciano de aspecto extraño dio una palmada a West en el hombro y luego le entregó un pliego con los bordes un tanto sucios. Conforme lo leía, el ceño de West se iba acentuando.

—Es un salvoconducto firmado por el propio Lord Hoff. Hay que dejarlos pasar.

—¡Pero no armados, señor! ¡Ya les dije que no podían pasar con las armas! —el sargento alzó las manos: en una tenía un extraño arco de madera oscura y en la otra una espada curva del tipo que solían emplear los gurkos—. Bastante trabajo nos costó ya arrebatarle esto, y, luego, cuando traté de cachearla... esta perra gurka... —Ferro soltó un bufido y se lanzó un paso adelante; el sargento y los dos guardias, alarmados, retrocedieron en formación cerrada arrastrando los pies.

—Calma, Ferro —suspiró el anciano en lengua kantic—. Por amor de Dios, cálmate —ella escupió en las losas del puente, soltó una maldición, que West no consiguió comprender, y movió la daga de atrás a delante para dar a entender que sabía cómo usarla y que estaba dispuesta a hacerlo.

—¿Por qué a mí? —dijo West entre dientes. Estaba claro que no iba a poder hacer nada hasta dejar aquel asunto resuelto. Como si no tuviera ya bastantes preocupaciones. Respiró hondo e hizo todo lo posible por ponerse en el lugar de aquella mujer apestosa: una extranjera, rodeada de tipos de aspecto extraño que hablaban en una lengua que no comprendía, que la apuntaban con sus lanzas y que trataban de cachearla. No le extrañaría nada que en ese preciso momento ella estuviera pensando que era él quien apestaba. Seguramente no era tan peligrosa, lo que pasaba es que estaba desorientada y asustada. Aunque, a decir verdad, tenía toda la pinta de ser peligrosa y no parecía estar en absoluto asustada.

El anciano parecía, con mucho, el más razonable de los dos, así que West optó por dirigirse a él en primer lugar:

—¿Son ustedes de Gurkhul? —preguntó en mal kantic.

El viejo volvió sus ojos fatigados hacia West.

—No. En el Sur hay más pueblos aparte de los gurkos.

—¿De Kadir entonces? ¿De Taurish?

—¿Conoce el Sur?

—Un poco. Luché ahí en la guerra.

El anciano volvió bruscamente la cabeza hacia la mujer, que los observaba con desconfianza con sus ojos amarillos.

—Ella viene de un lugar llamado Muntaz.

—Nunca he oído hablar de él.

—No es de extrañar —el anciano encogió sus huesudos hombros—. Es un pequeño país, está en la costa, bastante al este de Shaffa, al otro lado de las montañas. Los gurkos lo conquistaron hace ya algunos años. Dispersaron a una parte de sus habitantes y al resto los tomaron como esclavos. Al parecer, desde entonces está de un humor de perros —la mujer les lanzó una mirada asesina sin quitar ojo a los soldados.

—¿Y usted?

—Oh, yo vengo de un lugar todavía más al sur, más allá de Kanta, más allá del desierto, incluso más allá del Círculo del Mundo. Mi tierra natal no aparece en sus mapas, amigo. Me llamo Yulwei —y le tendió una mano, oscura, larga.

—Collem West —Ferro los miró con recelo mientras se estrechaban las manos.

—¡Éste se llama West! ¡Y luchó contra los gurkos! ¿Hará eso que confíes

en él? —A juzgar por su tono de voz, Yulwei no tenía muchas esperanzas de que fuera así, y, de hecho, la mujer seguía con los hombros tan encorvados y tensos como antes, y tampoco daba la impresión de que hubiera disminuido la fuerza con que empuñaba su daga. En ese momento, uno de los soldados tuvo la peregrina idea de adelantarse un paso y agitar su lanza en el aire. La mujer soltó un gruñido, volvió a escupir y luego profirió una retahíla de insultos ininteligibles.

—¡Ya está bien! ¡Levanten esas malditas lanzas! —se oyó West a sí mismo gritándole a los guardias. Los soldados, sorprendidos, le miraron parpadeando, y West trató de recuperar el control de su voz— No me parece que esto sea una invasión a gran escala, ¡Levántenlas!

Las puntas de las lanzas se apartaron con renuencia de la mujer. West avanzó hacia ella con paso firme, mirándola a los ojos y haciendo acopio de toda la autoridad de que era capaz. Que no parezca que tienes miedo, se dijo para sus adentros, aunque su corazón latía a toda velocidad. Estiró un brazo con la mano abierta y se acercó hasta casi tocarla.

—Dame ese cuchillo —dijo con firmeza en su pésimo kantic—. Por favor. No se te hará ningún daño, tienes mi palabra.

Ella clavó en él sus ojos amarillos, después miró a los guardias de las lanzas y luego volvió a mirarle a él. Se lo estaba tomando con mucha calma. West permanecía inmóvil, con la boca reseca y la cabeza a punto de estallarle, pensando en lo tarde que era, sudando a mares bajo su uniforme y tratando de ignorar la peste que desprendía la mujer. El tiempo iba pasando.

—¡Por los dientes de Dios, Ferro! —soltó de pronto el anciano—. ¡Ya estoy muy viejo! ¡Compadécete de mí! ¡Puede que no me queden muchos años de vida! ¡Entrégale el cuchillo a ese hombre antes de que me muera!

—Chisss —siseó ella frunciendo la boca. Durante un instante eterno, mareante, el cuchillo permaneció en el aire, luego aterrizó sobre la palma del comandante por el lado de la empuñadura. West se permitió expresar su alivio dando un trago con su boca reseca. Hasta el último momento había estado convencido de que el cuchillo vendría del lado del filo.

—Gracias —dijo con una calma que no se correspondía con su verdadero estado de ánimo. Luego entregó el cuchillo al sargento—. Ponga las armas a buen recaudo y escolte a nuestros huéspedes a Agriont. Si le pasa algo a cualquiera de ellos, en especial a la mujer, le haré a usted responsable, ¿entendido? —Dicho aquello, le lanzó una mirada fulminante y, acto seguido, se apresuró a atravesar la puerta y a entrar en el pasadizo antes de que volvieran a torcerse las cosas, desentendiéndose del anciano y de la mujer apestosa. La cabeza le retumbaba todavía más que antes. Mierda, se le había

hecho tardísimo.

—¿Por qué demonios me tiene que tocar siempre a mí? —refunfuñó.

—Lo siento pero la armería ya está cerrada por hoy —dijo con desdén el comandante Vallimir mirando a West por encima de la nariz, como si su colega fuera un pordiosero que le mendigara unas monedas—. Hemos cubierto el cupo antes de lo previsto y esta semana ya no se volverán a encender las fraguas. Tal vez si hubiera llegado a tiempo... —el martilleo que resonaba en la cabeza de West cada vez iba a peor. Se forzó a respirar de forma más reposada y a hablar sin levantar la voz. No le serviría de nada perder los estribos. Nunca servía de nada.

—Lo comprendo, comandante, pero no olvide que estamos en guerra —dijo pacientemente West—. Muchas de las levas que hemos recibido apenas disponen de armas y el Lord Mariscal Burr ha solicitado que se enciendan las fraguas para que se les pueda dotar de un equipo adecuado.

No era del todo cierto, pero desde que había entrado a formar parte del estado mayor del Mariscal había optado por no contar nunca toda la verdad. Haciéndolo, no se llegaba a ninguna parte. Recurría a una mezcla de halagos, bravatas y flagrantes mentiras, salpicadas de humildes súplicas o veladas amenazas. A esas alturas ya era un auténtico experto a la hora de evaluar cuál era la estrategia más adecuada a cada caso.

Por desgracia, aún no le tenía tomada la medida al comandante Vallimir, el Superintendente de las Armerías Reales. El hecho de que tuvieran la misma graduación no hacía sino complicar aún más las cosas: no podía tratar de avasallarle, pero tampoco podía rebajarse a suplicarle.

Peor aún, desde un punto de vista social, eran todo menos iguales. Vallimir era un miembro de la vieja nobleza, pertenecía a un linaje muy poderoso y su arrogancia no conocía límites. Comparado con él, Jezal dan Luthar parecía un tipo humilde y desinteresado, y su absoluta falta de experiencia en el campo de batalla sólo servía para empeorar las cosas: para contrarrestarlo se comportaba de una forma doblemente estúpida. Pese a que las órdenes de West emanaban directamente del Mariscal Burr, recibían la misma consideración que si vinieran de un porquero.

Aquel día no era una excepción.

—El cupo de este mes ya está cubierto, *comandante West* —Vallimir se las había arreglado para pronunciar su nombre con un inconfundible tono de desdén—, así que las fraguas están cerradas. Así son las cosas.

—¿No pretenderá que le vaya con eso al Lord Mariscal?

—El armamento de las levas es responsabilidad de los lores que las reclutan. *Yo* no tengo la culpa de que *ellos* no cumplan con *sus* obligaciones —recitó con retintín—. Simplemente, no es problema nuestro, *comandante West,* dígaselo *así al* Lord Mariscal.

Siempre lo mismo. Se pasaba el día entero yendo de un lado para otro: de las oficinas de Burr a los distintos departamentos de intendencia, a los jefes de las compañías, de los batallones, de los regimientos; a los almacenes que había repartidos por Agriont y por la ciudad; a las armerías, los cuarteles y los establos; a los muelles donde dentro de unos pocos días empezarían a embarcar los soldados y sus equipos; a otros innumerables departamentos, y, luego, vuelta a empezar tras haber recorrido decenas de kilómetros sin apenas haber sacado nada en limpio. Todas las noches caía exhausto en la cama y a las pocas horas volvía a estar en pie y tenía que empezar de nuevo.

Su misión como jefe de un batallón consistía en enfrentarse al enemigo con el acero desnudo. Como oficial de estado mayor, en cambio, su misión parecía consistir en enfrentarse con los de su propio bando armado simplemente con un fajo de papeles; más que un soldado parecía un burócrata. Se sentía como un hombre que tratara de subir una piedra gigantesca por una colina. Por más que empujaba, nunca llegaba a ninguna parte, pero no podía dejar de hacerlo por temor a que la roca le aplastara. Y, entretanto, unos arrogantes hijos de puta que corrían tanto peligro como él haraganeaban en las laderas y le decían: «A mí no me mires, que esa roca no es mía».

Ahora comprendía por qué durante la guerra de Gurkhul hubo veces en que faltó comida para los hombres, o ropas, o carromatos para transportar los suministros, o caballos para tirar de los carromatos, o muchas otras cosas igualmente importantes cuya necesidad habría sido muy fácil de prever.

No estaba dispuesto a que un descuido suyo diera lugar a una situación como aquéllas. Y menos aún a ver morir a sus hombres por carecer del armamento adecuado. De nuevo trató de sosegarse, pero cada vez le dolía más la cabeza y su voz comenzaba a quebrarse debido al esfuerzo que estaba haciendo.

—¿Y si nos quedamos empantanados en Angland al frente de una multitud de campesinos inermes y desarrapados, qué haremos entonces, eh, comandante Vallimir? ¿De quién será el problema? ¡Suyo no, desde luego! ¡Usted seguirá aquí tan tranquilo en compañía de sus fraguas frías!

Nada más decirlo, West se dio cuenta de que se había pasado: el tipo aquel se había erizado literalmente.

—¡Cómo se atreve, señor! ¿Está poniendo en entredicho mi honor? ¡Sepa

que nueve generaciones de mi familia han servido en la Guardia Real!

West se frotó los ojos. No sabía si reír o llorar.

—Le puedo asegurar que en ningún momento he pretendido poner en duda su valor —trató de ponerse en el lugar de Vallimir. Al fin y al cabo, no sabía a qué tipo de presiones estaría sometido aquel hombre: probablemente habría preferido tener soldados bajo su mando en vez de herreros, probablemente... era inútil. Aquel tipo no era más que un cabrón, no lo soportaba—. Lo que aquí está en juego no es su honor ni el de su familia. ¡De lo que se trata es de si estamos preparados o no para entrar en guerra!

Una expresión glacial asomó a los ojos de Vallimir.

—¿Con quién se cree usted que está hablando, maldito plebeyo? Toda su autoridad se la debe a Burr, que no es más que un palurdo provinciano que ha alcanzado su rango por una simple cuestión de suerte —West pestañeó con incredulidad. Daba por sentado que la gente murmuraría a sus espaldas, pero que se lo dijeran a la cara era cosa bien distinta—. ¿Qué será de usted cuando ya no esté Burr? ¿Eh? ¿Dónde estaría usted si no lo tuviera a él para esconderse detrás? ¡No tiene usted sangre, ni familia! —Los labios de Vallimir se retorcieron en un gesto de gélido desdén—. Aparte de *esa hermana* suya, que por lo que he oído...

Casi sin darse cuenta, West se abalanzó hacia él.

—¿Cómo? —rugió—. ¿Qué ha dicho? —Su expresión debía de ser verdaderamente feroz: la tez de Vallimir había perdido todo su color.

—Bueno, esto, yo...

—¿Cree usted que necesito a Burr para que me saque las castañas del fuego, maldito gusano cobarde? —Antes de que tuviera tiempo de darse cuenta, había vuelto a avanzar, y Vallimir, tambaleándose, retrocedía de lado hacia la pared con el brazo en alto para protegerse del esperado golpe. Pero era lo mínimo que podía hacer West si no quería que sus manos agarraran a aquel gilipollas y lo zarandearan hasta reventarle la cabeza. Su cráneo parecía estar a punto de estallar. La presión era tan fuerte que temía que los ojos se le fueran a saltar de la cara. Tomó lentamente aire por la nariz y apretó los puños hasta hacerse daño. La furia fue remitiendo hasta encontrarse por debajo del punto en que amenazaba con dominarle por completo. Ahora ya no era más que una especie de palpitación que se le había quedado agarrada al pecho.

—Si tiene algo que decir de mi hermana, dígalo de una vez —susurró mientras dejaba caer su mano izquierda sobre la empuñadura de su espada—. Y podemos arreglar el asunto fuera de los muros de la ciudad.

El comandante Vallimir reculó un paso más:

—No he oído nada —susurró—, absolutamente nada.

—Absolutamente nada —West lanzó una última mirada al pálido semblante de Vallimir y luego se separó de él—. Bien, y ahora, ¿sería tan amable de abrir las fraguas? Tenemos mucho trabajo pendiente.

Vallimir parpadeó unos instantes:

—Desde luego. Ahora mismo las enciendo.

West se volvió sobre sus talones y se alejó, convencido de que el tipo aquel le estaría lanzando una mirada asesina, convencido de que lo único que había conseguido era que una situación ya de por sí mala empeorara aún más. Se había ganado otro enemigo de alta alcurnia. Pero lo peor de todo era que el tipo tenía razón. No era nadie sin Burr. No tenía familia, aparte de *esa hermana* suya. Maldita sea, le iba a estallar la cabeza.

—¿Por qué a mí? —se dijo—. ¿Por qué?

Aún le quedaban muchas cosas por hacer, suficientes para ocuparle el día entero, pero West no podía más. Le dolía tanto la cabeza que casi se le iba la vista. Tenía que tumbarse a oscuras con un paño húmedo en la frente durante una hora al menos, aunque sólo fuera durante un minuto. Apretó los dientes y hurgó en el bolsillo buscando la llave, mientras se cubría con la otra mano sus ojos doloridos. De pronto, desde el otro lado de la puerta, le llegó un ruido. El leve tintineo de un cristal. Ardee.

—No —se dijo en un susurro—. ¡Ahora no! ¿Por qué demonios se le había ocurrido dejarle una llave? Lanzando maldiciones en voz baja, alzó el puño para llamar a la puerta. Llamando a su propia puerta, a eso había llegado. Su puño no llegó a alcanzar la madera. Una imagen sumamente desagradable había comenzado a formarse en algún rincón de su mente: Ardee y Jezal, desnudos y sudorosos, revolcándose sobre la alfombra. Se apresuró a meter su llave en la cerradura y abrió la puerta.

Ardee estaba de pie junto a la ventana, sola, y, para gran alivio suyo, completamente vestida. Menos gracia le hizo ver que tenía el decantador en la mano y que se estaba llenando a rebosar una copa. Al verle entrar bruscamente, alzó sorprendida una ceja.

—Ah, eres tú.

—¿Quién demonios querías que fuera? —le espetó West—. Estos son mis aposentos, ¿no?

—Vaya, parece que hay alguien que no está de muy buen humor esta

mañana. —Un poco de vino se derramó desde el borde de la copa y cayó a la mesa. Ardee lo limpió con la mano, se chupó los dedos y luego dio un buen trago a la copa para asegurarse de que no volvía a pasar. Cada uno de sus movimientos irritaba profundamente a West.

Hizo una mueca de disgusto y cerró la puerta de un empujón.

—¿Es necesario que bebas tanto?

—Tengo entendido que las señoritas deben tener un pasatiempo provechoso. —Hablaba con su tono despreocupado de siempre, pero, a pesar de su dolor de cabeza, West se dio cuenta de que ahí pasaba algo raro. Desde que entró, Ardee había estado lanzando miradas furtivas a la mesa y ahora, de pronto, comenzó a avanzar hacia ella. West se le adelantó y agarró un papel que había encima. Tenía algo escrito, una sola línea.

—¿Qué es esto?

—¡Nada! ¡Dámelo!

La mantuvo a distancia con una mano y lo leyó:

Mañana por la noche en el sitio de siempre.

A.

Un doloroso hormigueo recorrió la piel de West.

—¿Nada? ¿Nada? —Agitó la nota delante de la cara de su hermana. Ardee sacudió mínimamente la cabeza, como espantando una mosca, y luego se dio media vuelta, sin decir palabra, pero sorbiendo ruidosamente de la copa. West apretó los dientes.

—Es para Luthar, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

—Ni falta que hace. —El papel quedó reducido a una minúscula bolita entre sus nudillos. Con todos los músculos palpitando por la tensión, hizo ademán de volverse hacia la puerta. Era lo mínimo que podía hacer si no quería salir disparado a estrangular a aquel maldito cabrón. No obstante, logró pararse a pensar un momento.

El desagradecido de Jezal le había fallado. Claro que tampoco era como para sorprenderse: ese jovenzuelo era un patán. Quien guarda el vino en una bolsa de papel no debe llevarse un berrinche si se escurre fuera. Además, no era Jezal quien estaba escribiendo cartas. ¿Qué ganaría aplastándole el pescuezo? Aún seguirían quedando muchos jóvenes descerebrados sueltos por el mundo.

—¿Adónde crees que va a ir a parar todo esto, Ardee?

Ardee se sentó en el banco y le dirigió una mirada glaciar por encima del borde de la copa.

—¿Adónde creo que va a ir a parar el qué, hermano?

—¡No te hagas la tonta!

—Somos una familia, ¿no? ¿No podemos hablar a las claras? ¡Si tienes algo que decirme, suéltalo de una vez! ¿Adónde crees tú que va a ir a parar?

—¡Ya que me lo preguntas, creo que va a ir a parar a la mierda! —aunque con gran dificultad, consiguió bajar su tono de voz—. Este asunto de Luthar ya ha ido demasiado lejos. ¿Cartas? ¿Cartas? ¡Se lo advertí, pero al parecer el problema no era él! ¿En qué estás pensando? ¿Estás pensando al menos? ¡Esto tiene que parar antes de que la gente empiece a murmurar! —sentía en el pecho una opresión sofocante, respiró hondo, pero su voz volvió a brotar como un estallido—. ¡Pero qué digo, ya están murmurando! ¡Vaya si lo están! ¡Esto tiene que acabarse de inmediato! ¿Me oyes?

—Te oigo, pero ¿a quién le importa lo que piense la gente? —dijo en tono despreocupado.

—¡A mí me importa! —casi había chillado—. ¿Tienes idea de lo mucho que he tenido que esforzarme? ¿Me tomas por tonto? ¡Sabes muy bien lo que pretendes, Ardee! —un gesto hosco comenzaba a asomar en el semblante de su hermana, pero él siguió adelante—. ¡Ni que fuera la primera vez! ¿Hace falta que te recuerde que no has tenido demasiada suerte con los hombres?

—¡Con los hombres de mi familia desde luego que no! —ahora estaba sentada muy erguida y su rostro estaba contraído en un gesto de rabia—. Y además, ¿qué demonios sabes tú de mi suerte? ¡Apenas hemos hablado en los últimos diez años!

—¡Ahora estamos hablando! —gritó West mientras arrojaba al suelo el trozo arrugado de papel—. ¿Has pensado en las consecuencias? ¿Qué pasará si al final le consigues? ¿Has pensado en eso? ¿Crees que su familia se quedará encantada cuando conozca a la ruborosa novia? ¡Con suerte no te dirigirán la palabra en toda tu vida! ¡Eso si no os repudian a los dos! —Luego señaló la puerta con un dedo—: ¿Es que no te has dado cuenta de que no es más que un cerdo vano y arrogante? ¡Todos son iguales! ¿Cómo crees que se las arreglaría sin su generosa asignación? ¿Sin amigos en las altas esferas? ¡No sabría ni por dónde empezar! ¿Cómo podríais ser felices así? —La cabeza estaba a punto de estallarle, pero de todas formas siguió despotricando—: ¿Y qué pasará si, como es mucho más probable, no lo consigues? ¿Qué pasará, eh? ¡Te habrás arruinado la vida! ¿Has pensado en eso? ¡Ya estuvo a punto de pasarte una vez! ¡Y luego

dicen que tú eres la lista de la familia! ¡Te estás convirtiendo en el hazmerreír de todo el mundo! —La ira casi le asfixiaba—: ¡Vas a conseguir que los dos lo seamos!

Ardee dejó escapar un grito ahogado.

—¡Ahora lo entiendo! —dijo soltando casi un chillido—. Lo que me pase no te importa, pero si eso pone *tu* reputación en peligro...

—¡Maldita estúpida! —el decantador voló por los aires. Se hizo añicos contra la pared cerca de la cabeza de Ardee y dejó el enlucido perdido de vino—. ¿Por qué no escuchas lo que te digo?

Un segundo después se encontraba al otro lado de la habitación. Durante un instante una expresión de sorpresa asomó al semblante de Ardee, luego se oyó un ruido seco: el puño de West le había dado en la cara. Sus manos la agarraron antes de que cayera al suelo, la alzaron de un tirón y luego la lanzaron contra la pared.

—¡Vas a arruinarnos la vida a los dos! —La cabeza de Ardee se golpeó contra el yeso: una vez, dos veces, tres veces. Una mano la tenía agarrada del cuello. West enseñaba los dientes. Su cuerpo la aplastó contra la pared. Cuando los dedos comenzaron a apretar, la garganta de Ardee dejó escapar una leve exhalación—. ¡Egoísta... inútil... puta de mierda!

El pelo colgaba enmarañado sobre la cara de Ardee. West sólo alcanzaba a ver un estrecho trozo de piel, una comisura del labio, un ojo oscuro.

El ojo le miraba fijamente. No expresaba dolor. Ni miedo. Estaba vacío, inerte, igual que el ojo de un muerto.

Apretó. Se oyó otra exhalación. Volvió a apretar.

Otra vez más...

Con una violenta sacudida, West recobró el juicio. Sus dedos soltaron el cuello y retiró bruscamente la mano. Su hermana estaba apoyada en la pared. La oía respirar. Entrecortadamente. ¿O era él quien respiraba así? La cabeza le iba a estallar. El ojo seguía mirándole.

No podía ser real. Era imposible. Dentro de un instante la pesadilla habría terminado. No era más que un sueño. Ardee se apartó el pelo de la cara.

Su tez estaba pálida como la cera. De su nariz manaba un hilo de sangre que en contraste con su tez casi parecía negro. Alrededor del cuello se distinguían unas marcas rosáceas. Las marcas de unos dedos. Los suyos. Era real.

West sintió que se le revolvía el estómago. Abrió la boca pero no consiguió emitir ningún sonido. Miró la sangre que había en los labios de su

hermana y le dio una arcada.

—Ardee... —se sentía tan asqueado, que al pronunciar su nombre estuvo a punto de vomitar. Mientras su voz seguía borboteando palabras, sentía la bilis en la parte de atrás del paladar—. Lo siento... lo siento... ¿Estás bien?

—He pasado por cosas peores —alzó lentamente una mano y se pasó la punta de un dedo por los labios. La sangre se esparció por su boca.

—Ardee... —alargó hacia ella una mano, pero de inmediato la retiró, temeroso de lo que pudiera hacer—. Lo siento.

—También él lo sentía. ¿No te acuerdas? Primero nos cogía y luego lloraba. Siempre lo sentía. Pero no por eso dejaba de volver a hacerlo. ¿Lo has olvidado?

West sintió una náusea y tuvo que volver a reprimir un vómito. Si por lo menos hubiera llorado, si le hubiera insultado, si le hubiera dado de puñetazos, habría sido más fácil de soportar. Cualquier cosa era preferible a eso. Procuraba no pensar nunca en ello, pero no lo había olvidado.

—No —susurró—. No lo he olvidado.

—¿Crees que paró cuando te fuiste? No, fue a peor. Sólo que entonces tuve que esconderme yo sola. Soñaba con el día en que volvieras, en que volvieras para rescatarme. Pero cuando por fin viniste, apenas te quedaste, las cosas entre nosotros ya no eran como antes y tú no hiciste nada para cambiarlo.

—Ardee... No sabía que...

—Claro que lo sabías, pero te largaste. Era más fácil no hacer nada. Disimular. Y, déjame que te diga una cosa, lo entiendo, no te lo reprocho. Por aquel entonces me reconfortaba pensar que tú al menos habías conseguido escapar. El día en que murió fue el más feliz de mi vida.

—Era nuestro padre...

—Sí, claro. Debe de ser mi mala suerte. Mi mala suerte con los hombres. El día de su entierro lloré como una buena hija. Lloré sin parar hasta que los asistentes al sepelio temieron que fuera a perder la razón. Luego me fui a la cama y aguardé a que todos estuvieran dormidos. Salí de la casa sin hacer ruido, regresé a la tumba, estuve un rato mirándola y luego... ¡me oriné encima de ella! ¡Me levanté las enaguas, me puse en cuclillas y me oriné encima de la puñetera tumba! ¡Y mientras lo *hacía.,* me decía a mí misma: nadie volverá a tratarte nunca como a un perro! —se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano—. ¡Deberías haber visto lo contenta que estaba cuando me mandaste llamar! Leía una y otra vez tu carta. Todas mis ridículas ilusiones renacieron. Mis esperanzas, ¡ja! ¡Cómo puedo ser tan idiota! Iba a irme a vivir con mi hermano. Con mi protector. Él me cuidaría, él me ayudaría. ¡Por fin iba a tener

una vida de verdad! Pero la persona a la que encontré no era la misma que yo recordaba. Oh, era una persona muy madura, eso sí. Primero me ignoraste, luego me sermoneaste y ahora me pegas y dices que lo sientes. ¡Eres la viva imagen de tu padre!

West dejó escapar un gemido. Ardee no le habría hecho más daño si le hubiera clavado una aguja en el cráneo. Y, en realidad, era menos de lo que se merecía. Tenía razón. La había fallado. Desde hacía mucho tiempo. Mientras él se dedicaba a jugar con espadas y a lamerles el culo a unas gentes que en el fondo le despreciaban, ella sufría en soledad. Habría bastado con hacer un pequeño esfuerzo, pero le había faltado el valor. Cada minuto que había pasado con ella había sentido el peso de la culpa, un peso insoportable que le aplastaba las entrañas.

Ardee se separó de la pared.

—Me parece que voy a ir a ver a Jezal. Puede que no haya en toda la ciudad un idiota más superficial que él, pero no creo que nunca vaya a levantarme la mano, ¿no te parece? —le apartó y se dirigió a la puerta.

—¡Ardee! —la agarró de un brazo— Por favor... Ardee... Perdóname...

Ardee sacó la lengua, frunció los labios y lanzó un escupitajo sanguinolento. El gargajo resbaló suavemente por la pechera del uniforme de West.

—Ahí tienes tu perdón, maldito cabrón.

La puerta se cerró ante su rostro.

Cada cual es su propio dios

Ferro miraba con los ojos entornados al pálido grande, y él le devolvía la mirada. Llevaban así un buen rato; no todo el tiempo, pero sí la mayor parte de él. Mirándose. Todos aquellos seres pálidos y blandos eran feos, pero aquél era un caso aparte.

Era horrendo.

No ignoraba que también ella estaba cubierta de cicatrices, que los años que había pasado a la intemperie a merced del viento y del sol le habían curtido y ajado la piel, pero la tez pálida de aquel tipo —picada, sajada, desgarrada, mellada— parecía un escudo recién salido de una encarnizada batalla. Lo que le sorprendía era que, a pesar de lo machacada que tenía la cara, sus ojos siguieran teniendo vida, pero la tenían y no dejaban de observarla.

Ferro había llegado a la conclusión de que era un tipo peligroso.

No sólo era grande, sino también fuerte. Brutalmente fuerte. Debía de doblarle el peso, y su grueso cuello era puro músculo. Todo en él desprendía fuerza. No le habría sorprendido en absoluto que fuera capaz de levantarla en vilo con una sola mano, pero eso no le preocupaba demasiado. Antes tendría que atraparla. Los hombres grandes y fuertes suelen ser lentos.

Y la lentitud y la peligrosidad no hacen buena pareja.

Tampoco le preocupaban las cicatrices. Indicaban que había tomado parte en muchos combates, pero no que los hubiera ganado. Lo que le preocupaban eran otras cosas. La forma de sentarse: inmóvil pero no relajado. Alerta. Paciente. La forma de mover los ojos: con astucia, con cautela, mirándola a ella, luego al resto de la sala y otra vez a ella. Ojos oscuros, vigilantes, sagaces. La estaban sopesando. Venas gruesas en el dorso de las manos, pero dedos largos, hábiles, con manchas de suciedad bajo las uñas. Le faltaba uno. Un muñón blanquecino. Nada de lo que veía le gustaba. Olía a peligro.

No le haría ninguna gracia tener que enfrentarse a él desarmada.

Pero le había entregado su cuchillo al pálido del puente. Había estado en un tris de apuñalarlo, pero en el último instante había cambiado de idea. Algo

en su mirada le había hecho pensar en la expresión de Aruf antes de que los gurkos clavaran su cabeza en una pica. Una mirada triste, sosegada, como si comprendiera lo que ella sentía. Como si fuera un ser humano y no una cosa. En el último momento, casi sin darse cuenta, le había entregado la daga. Y se había dejado conducir hasta aquel lugar.

¡Qué estúpida!

Ahora se arrepentía amargamente, pero, si llegaba el caso, lucharía con lo que fuera. La mayoría de la gente no se da cuenta de lo lleno de armas que está el mundo. Cosas que se pueden romper o se pueden usar a modo de mazos. Trapos anudados con los que se puede estrangular a una persona. Polvo que arrojar a la cara. Y si no encontraba nada, le arrancaría la garganta a dentelladas. Dobló hacia atrás los labios y le enseñó los dientes para demostrárselo, pero el tipo no pareció darse por aludido. Ahí seguía sentado, observándola. Silencioso, inmóvil, feo y peligroso.

—Pálidos de mierda —se dijo Ferro en un susurro.

El flaco, por contra, no parecía nada peligroso. Tenía pinta de enfermo y llevaba el pelo tan largo como una mujer. Sus movimientos eran torpes y nerviosos, y no paraba de humedecerse los labios. De vez en cuando le lanzaba una mirada furtiva, pero al encontrarse con su expresión ceñuda, desviaba la vista, tragaba saliva, y el bulboso bulto de su cuello subía y bajaba aceleradamente. Parecía asustado, no suponía una amenaza, pero, por si acaso, Ferro le observaba con el rabillo del ojo mientras vigilaba al tipo grande. Mejor no descartarlo del todo.

La vida le había enseñado a esperar sorpresas.

Luego estaba el viejo. No se fiaba de ninguno de aquellos pálidos, pero de él menos que de nadie. Tenía la cara llena de arrugas; en torno a los ojos, alrededor de la nariz. Unas arrugas que indicaban crueldad. Pómulos marcados, fuertes. Manos gruesas y grandes, con pelos blancos en el dorso. Si tenía que matarlos a los tres, había decidido que, pese a todos los peligros que parecía plantear el grandullón, empezaría por el calvo. En sus ojos, que la miraban de arriba abajo, se adivinaba la mirada de un mercader de esclavos. Una mirada fría, como si tratara de evaluar cuál era su valor.

El muy hijo de puta.

Bayaz, así le había llamado Yulwei, y los dos hombres parecían conocerse muy bien.

—Bueno, hermano —decía hablando en kantic el pálido calvo, aunque saltaba a la vista que no eran familia—, ¿cómo andan las cosas por el gran Imperio de Gurkhul?

Yulwei exhaló un suspiro:

—No hace más que un año que se hizo con el poder y Uthman ya ha sofocado los últimos focos rebeldes y ha metido en vereda a todos los gobernadores. A estas alturas el joven Emperador es más temido de lo que nunca lo fuera su padre. Uthman-ul-Dosht, le llaman sus soldados, con orgullo. La práctica totalidad de Kanta se encuentra ya bajo su control. Reina sin oposición en todas las tierras que bordean el Mar del Sur.

—Con la excepción de Dagoska.

—Cierto, pero ya tiene los ojos puestos en ella. Sus ejércitos se dirigen en masa hacia la península y sus agentes trabajan activamente tras las murallas de Dagoska. Ahora que hay guerra en el Norte, no tardará mucho en decidir que ha llegado el momento de comenzar el asedio y, cuando lo haga, no creo que la ciudad pueda resistir mucho tiempo.

—¿Estás seguro? La Unión aún tiene el control de los mares.

Yulwei frunció el ceño.

—Hemos visto barcos, hermano. Muchos barcos. Los gurkos han construido una flota en secreto. Una flota muy poderosa. Debieron de empezar hace muchos años, durante la anterior guerra. Me temo que la Unión no va a poder mantener su dominio de los mares durante mucho tiempo.

—¿Una flota? Tenía la esperanza de que todavía dispondríamos de unos cuantos años más para prepararnos —la voz del pálido calvo sonaba alarmada—. Eso hace que mis planes sean aún más apremiantes.

A Ferro le aburría toda aquella cháchara. Estaba acostumbrada a estar en constante movimiento, a ir siempre una zancada por delante de todo: estarse quieta le sacaba de quicio. Quédate mucho tiempo en un mismo sitio, y los gurkos acabarán cogiéndote. No tenía ningún interés en que los pálidos se entretuvieran mirándola como si fuera una especie de bicho raro. Mientras los dos hombres proseguían con su interminable charla se puso a dar vueltas por la sala, echando miradas furibundas a su alrededor y sorbiendo entre los dientes. Balanceaba los brazos. Pateaba las desgastadas tablas del suelo. Daba golpes a las telas que colgaban de las paredes y se asomaba a ver qué tenían detrás. Pasaba los dedos por los bordes de los muebles, chasqueaba la lengua y hacía rechinar los dientes.

Poniendo nervioso a todo el mundo.

Al pasar junto a la silla del horrendo pálido grande, se le acercó tanto que el balanceo de una de sus manos casi roza su piel picada. Así vería que le importaba un bledo su tamaño, sus cicatrices y todo lo demás. Luego se dirigió hacia el tipo nervioso. El pálido flacucho del pelo largo. Cuando se acercó a él,

el tipo tragó saliva.

—Fuuuu —le bufó. El pálido musitó algo y se alejó arrastrando los pies. Ferro ocupó el lugar que había dejado libre junto a la ventana abierta. Volvió la espalda a la sala y se asomó fuera.

Así verían esos pálidos que todos ellos le importaban un bledo.

Abajo había unos jardines. Árboles, plantas, amplios prados de césped bien cuidado. Holgazaneando sobre la alfombra de hierba se veían grupos de gentes pálidas y gruesas, hombres y mujeres, que se llevaban comida a sus sudorosas caras. O bebían a grandes tragos. Los miró con profundo desprecio. Esos feos y holgazanes pálidos no tenían otro dios que la comida y la pereza.

—Jardines —mascculló asqueada.

También había jardines en el palacio de Uthman. Solía mirarlos desde la diminuta ventana de su cuarto. De su celda. Mucho antes de que aquel hombre se convirtiera en Uthman-ul-Dosht. Cuando él sólo era el hijo menor del Emperador. Y ella una de sus muchas esclavas. Su prisionera. Ferro se inclinó hacia delante y escupió por la ventana.

Le asqueaban los jardines.

Le asqueaban las ciudades en general. Eran sinónimo de esclavitud, de miedo, de degradación. Cuanto antes se largara de aquel maldito lugar, más contenta se sentiría. O menos descontenta, por lo menos. Se apartó de la ventana y volvió a fruncir el ceño: todo el mundo la estaba mirando.

El primero en hablar fue el tal Bayaz.

—Realmente has hecho todo un descubrimiento, hermano. No pasaría desapercibida ni en medio de una multitud. ¿Estás seguro de que responde a lo que andaba buscando?

Yulwei miró a Ferro un instante.

—Todo lo seguro que se puede estar.

—Eh, que estoy aquí —les gruñó Ferro, pero el pálido calvo siguió hablando como si ella no pudiera oírlos.

—¿Qué tal aguanta el dolor?

—Bastante bien. De camino aquí se enfrentó con un Devorador.

—¿De veras? —Bayaz dejó escapar una risita—. ¿Le hizo mucho daño?

—Bastante. Pero al cabo de dos días ya caminaba, y en una semana se había recuperado del todo. No le ha quedado ni una sola marca. Y eso no es nada normal.

—En nuestra época los dos vimos también muchas cosas que no eran nada normales. Conviene que nos aseguremos —el calvo se metió la mano en el bolsillo. Ferro observó con desconfianza cómo la sacaba con el puño cerrado y la ponía encima de la mesa. Cuando la retiró, vio que había dos piedrecillas pulidas sobre la madera.

El calvo se inclinó hacia delante.

—Dime, Ferro, ¿cuál es la azul?

Ferro le miró fijamente y luego bajó la vista hacia las piedrecillas. No había ninguna diferencia entre ellas. Todos la miraban, con más atención aún que antes. Ferro hizo rechinar sus dientes.

—Ésa —dijo señalando la de la izquierda.

Bayaz sonrió.

—Exactamente la respuesta que esperaba —Ferro se encogió de hombros. Había acertado por pura suerte, pensó. Pero luego se fijó en la expresión del pálido grande. Tenía el ceño fruncido y contemplaba las dos piedrecillas como si no entendiera nada.

—Las dos son rojas —dijo Bayaz—. No distingues los colores, ¿verdad, Ferro?

El pálido calvo se había burlado de ella. No entendía cómo se había enterado de eso, pero lo que sí sabía es que no le hacía ninguna gracia. De Ferro Maljinn no se burlaba nadie. Se puso a reír. La falta de práctica hacía que su risa sonara más bien como un gorgoteo áspero y desagradable.

Y, de pronto, se abalanzó hacia la mesa.

La expresión de sorpresa aún no se había formado del todo en el semblante del anciano pálido cuando su puño impactó contra su nariz. El tipo soltó un gruñido, la silla se fue hacia atrás y cayó despatarrado en el suelo. Ferro gateó sobre la mesa para ir a por él, pero Yulwei la agarró de una pierna y tiró de ella para atrás. Las zarpas de Ferro no consiguieron agarrar el cuello del calvo de mierda por muy poco, pero lo que sí consiguió fue que la mesa se volcara de lado y que las dos piedrecillas salieran rodando por el suelo.

Se soltó la pierna de una sacudida y fue a por el viejo pálido, que estaba tratando de levantarse del suelo. Pero Yulwei, que no paraba de gritarle «calma», la cogió del brazo y volvió a echarla hacia atrás. Ferro recompensó sus esfuerzos propinándole un codazo en la cara y Yulwei se chocó con la pared y cayó al suelo arrastrándola consigo. Ferro fue la primera en levantarse y se aprestó a lanzarse de nuevo contra el calvo de mierda.

Pero, para entonces, el tipo grande ya estaba de pie y avanzaba hacia ella

mirándola fijamente. Ferro le sonrió y cerró los puños. Ahora averiguaría si realmente era tan peligroso.

El tipo dio un paso más.

Pero en ese momento Bayaz alargó una mano y lo detuvo. La otra mano la tenía en la nariz para tratar de parar el flujo de sangre. El tipo calvo se puso a reír.

—¡Muy bien! —Luego soltó una tos—. Toda una fiera, y endemoniadamente rápida además. ¡Sin lugar a dudas es lo que andábamos buscando! Acepta mis disculpas, Ferro.

—¿Qué?

—Por mis pésimos modales —Bayaz se limpió la sangre del labio superior—. Me lo tengo bien empleado, pero tenía que asegurarme. Lo siento. ¿Me perdonas? —Ahora tenía un aspecto distinto, aunque eso no cambiaba las cosas. Amistoso, considerado, sincero. Arrepentido. Pero para ganarse la confianza de Ferro se necesitaba más que eso. Bastante más.

—Ya veremos —bufó.

—Es todo lo que te pido. Eso, y que nos concedas a Yulwei y a mí un momento para que hablemos de ciertas... cosas. Ciertas cosas de las que es mejor hablar en privado.

—Tranquila, Ferro —terció Yulwei—, son amigos. —Amigos suyos desde luego no eran, de eso estaba segura, pero de todas formas dejó que Yulwei la condujera a otra habitación junto con los otros dos pálidos—. Procura no matar a ninguno.

La sala era casi idéntica a la de antes. Debían de ser ricos los pálidos aquellos, a pesar de sus pintas. Había una gran chimenea de piedra con vetas negras. Había almohadones y, a los lados de las ventanas, colgaban unas telas suaves, con unas flores y unos pájaros bordados con unas puntadas muy finas. El cuadro de un hombre con una corona la miraba con aspecto severo desde una de las paredes. Ferro le devolvió la mirada. Lujo.

A Ferro el lujo le asqueaba todavía más que los jardines.

El lujo era un signo de cautividad más elocuente aún que unos barrotes. Unos muebles mullidos auguraban más peligro que un arma. Tierra dura y agua fría, eso era todo lo que ella necesitaba. Las cosas blandas te reblandecen, y ella no quería saber nada de eso.

En la sala aguardaba otro hombre, un tipo que daba vueltas con las manos a la espalda como si no pudiera parar quieto. No era exactamente un pálido, el tono de su tez curtida estaba a mitad de camino entre el suyo y el de

los otros. Tenía la cabeza rapada igual que un sacerdote. A Ferro aquello no le hizo ninguna gracia.

No había nada en el mundo que la asqueara más que los sacerdotes.

Pero a pesar del desprecio con que lo miró, al verla, los ojos del hombre se iluminaron y se acercó rápidamente a ella. Era un hombrecillo raro y vestía unas ropas muy desgastadas; la parte más alta de su cabeza le llegaba a Ferro por la boca.

—Soy el Hermano Pielargo —dijo haciendo aspavientos con las manos—, de la ilustre orden de los Navegantes.

—Qué suerte la suya —Ferro se volvió y aguzó el oído para tratar de escuchar la conversación que mantenían los dos ancianos al otro lado de la puerta, pero Pielargo no pareció darse por aludido.

—¡Una suerte, sí señor! ¡Una inmensa suerte! ¡Dios me ha colmado de bendiciones! ¡Puedo asegurarle que a lo largo de toda la historia jamás ha habido un hombre que estuviera más hecho a la medida de un trabajo, ni un trabajo que estuviera más hecho a la medida de un hombre, como lo estamos yo, el Hermano Pielargo, y la noble ciencia de la Navegación! ¡El mundo entero es mi patria, desde las nevadas montañas del lejano Norte hasta las calcinadas arenas del remoto Sur!

Luego se le quedó mirando con una sonrisa ufana bastante repelente. Ferro no le hizo ni caso. Los dos pálidos, el grande y el canijo, conversaban al otro extremo de la sala. Hablaban en una lengua que Ferro no entendía. Parecían dos cerdos soltando gruñidos. Puede que hablaran de ella, pero eso le traía al fresco. Salieron por otra puerta y la dejaron a solas con el sacerdote, que seguía moviendo los labios.

—Son muy pocas las naciones en el Círculo del Mundo en las que yo, el Hermano Pielargo, sea un forastero, y, no obstante, debo admitir que ando un poco despistado con respecto a su procedencia —aguardó expectante, pero Ferro no abrió la boca—. Ah, ¿quiere que intente adivinarlo? Todo un acertijo, ciertamente. Déjeme pensar... la forma de sus ojos se parece a la de los habitantes de la lejana Suljuk, ya sabe, allí donde la tierra se alza sobre el mar centelleante formando vertiginosas montañas; ciertamente, se parece, sí, en cambio su piel...

—Cierre la boca de una vez.

El tipo se interrumpió a mitad de la frase, carraspeó y se alejó, dejando a Ferro atenta a lo que decían las voces que sonaban en la habitación contigua. Sonrió para sí. La madera era gruesa y los sonidos llegaban bastante amortiguados, pero los dos ancianos no habían contado con lo fino que tenía el

oído. Seguían hablando en kantic. Ahora que el idiota del Navegante se había callado, lograba oír todo lo que decía Yulwei.

—¿... Khalul quebranta la Segunda Ley y vas tú y haces lo mismo con la Primera? ¡No me gusta eso, Bayaz! ¡Juvens jamás lo hubiera tolerado! —Ferro frunció el ceño. Había un deje extraño en la voz de Yulwei. Miedo. La Segunda Ley. Ferro recordaba haberle oído hablar de eso con los Devoradores. Está prohibido comer carne humana.

Luego oyó la voz del pálido calvo:

—La Primera Ley es una paradoja. Toda magia proviene del Otro Lado, incluso la nuestra. Cada vez que llevas a cabo una transformación estás tocando el mundo inferior, cada vez que creas algo lo tomas prestado del Otro Lado, y eso siempre conlleva un riesgo.

—¡Pero en este caso el riesgo puede ser demasiado grande! ¡Esa Semilla está maldita, es maligna! ¡Lo único que puede traer es más caos! Acuérdate de lo que les pasó a los hijos de Euz. A pesar de toda su sabiduría y todo su poder, esa Semilla fue su perdición, la de todos ellos. ¿Eres más sabio que Juvens, Bayaz? ¿Eres más astuto que Kanedias? ¿Más fuerte que Glustrod?

—No, hermano, *no* lo soy, pero dime una cosa... ¿cuántos Devoradores ha creado Khalul?

Se produjo un prolongado silencio.

—No estoy seguro del todo.

—¿Cuántos?

Otra pausa.

—No sé, tal vez doscientos. Puede que más. Los sacerdotes rastrean el Sur en busca de candidatos. Cada vez los crea con mayor rapidez, pero la mayoría de ellos aún son jóvenes y débiles.

—Doscientos o más y no paran de crecer. Muchos son débiles, pero entre ellos hay algunos que podrían suponer un auténtico reto para ti o para mí. Pienso en los antiguos aprendices de Khalul en tiempos de la Vieja Era, esos a los que llamaban el Viento del Este, o en las malditas gemelas.

—¡Esas perras endemoniadas! —gruñó Yulwei.

—Eso, por no hablar de Mamun; al fin y al cabo fueron sus mentiras las que desencadenaron el caos actual.

—Las raíces del problema se remontan a mucho antes de que él naciera, bien lo sabes, Bayaz. Pero hay una cosa, Mamun anda por las estepas. Sentí su presencia. Y se ha vuelto terriblemente poderoso.

—Sabes que tengo razón en lo que te digo. Entretanto, el número de nuestros partidarios apenas ha crecido.

—Pensé que el chico ese, Quai, prometía bastante.

—Necesitamos cien más como él y veinte años para formarlos. Entonces puede que estemos en igualdad de condiciones. No, hermano, no. Tenemos que enfrentarnos al fuego con el fuego.

—¿Aun a riesgo de que ese fuego te reduzca a ti y a toda la creación a cenizas? Deja que vaya a Sarkant. Puede que aún sea posible hacer entrar en razón a Khalul...

Se oyeron unas carcajadas:

—¡Ha esclavizado a medio mundo! ¿Cuándo vas a despertar, Yulwei? ¿Cuando haya esclavizado al otro medio? ¡No puedo permitirme perderte, hermano!

—Recuerda que hay cosas peores que Khaluk, Bayaz. Mucho peores —bajó la voz hasta convertirla en un susurro, y Ferro tuvo que aguzar el oído—. Los Contadores de Secretos siempre están a la escucha...

—¡Basta ya, Yulwei! ¡Más vale no pensar en ello! —Ferro frunció el ceño. ¿Qué eran todas esas tonterías? ¿Contadores de Secretos? ¿Qué secretos?

—Acuérdate de lo que te dijo Juvens, Bayaz. Cuídate del orgullo. Has estado usando el Arte, lo sé. Veo una sombra en ti.

—¡No me vengas otra vez con tus dichosas sombras! ¡Hago lo que tengo que hacer! Acuérdate también de lo que Juvens te dijo a *ti*. No basta con quedarse mirando. El tiempo se nos agota, y yo no pienso quedarme mirando. Y es a mí a quien corresponde tomar una decisión.

—¿Acaso no me he dejado guiar siempre por ti? ¿Siempre, incluso cuando mi conciencia me decía lo contrario?

—¿Y acaso te he guiado mal alguna vez?

—Eso todavía está por ver. Eres el primero de entre nosotros, Bayaz, pero no eres Juvens. Plantear dudas forma parte de mi tarea, como también de la de Zacharus. Esto le hará menos gracia que a mí. Mucha menos gracia.

—Ha de hacerse.

—Pero otros pagarán el precio, como siempre ha ocurrido. Me has dicho que ese norteño, Nuevededos, puede hablar con los espíritus, ¿es cierto?

—Así es —Ferro torció el gesto. ¿Espíritus? El pálido de los nueve dedos ni siquiera parecía capaz de hablar con otro ser humano.

—Y en caso de que encuentres la Semilla —llegó desde el otro lado de la

puerta la voz de Yulwei—, ¿pretendes que sea Ferro quien la lleve?

—Tiene la sangre adecuada, y alguien tiene que hacerlo.

—Ten cuidado, Bayaz. Te conozco, no lo olvides. Pocos te conocen mejor que yo. Dame tu palabra de que la mantendrás a salvo, incluso después de que haya cumplido su misión.

—La protegeré con más ahínco que si fuera mi propia hija.

Se produjo un prolongado silencio. Ferro movía las mandíbulas como si tratara de masticar todo lo que había oído. Juvens, Kanedias, Zacharus: aquellos extraños nombres no le decían nada. ¿Y qué clase de semilla era esa que podía reducir a cenizas toda la creación? De una cosa estaba segura, no quería saber nada de todo el asunto. Su lugar estaba en el sur, luchando contra los gurkos con unas armas que ella pudiera entender.

Se abrió la puerta y entraron los dos ancianos. Eran como la noche y el día. Uno de piel oscura, alto, huesudo y con una larga melena; el otro, de tez blanca, fornido y calvo. Los miró llena de recelo. Fue el blanco el primero que habló:

—Ferro, tengo que hacerte una proposición...

—No pienso ir con usted, viejo loco pálido.

Una sombra de enojo asomó en el semblante del calvo, pero de inmediato la hizo desaparecer.

—¿Por qué no? ¿Qué es eso tan importante que tienes que hacer?

No tenía ni que pensarlo.

—Vengarme —su palabra favorita.

—Ah, entiendo. Odias a los gurkos, ¿no es así?

—Sí.

—Tienen contraída una deuda contigo por lo que te hicieron, ¿verdad?

—Sí.

—Por haberte arrebatado tu familia, tu pueblo, tu país, ¿no?

—Sí.

—Por haberte convertido en una esclava —susurró. Ferro le lanzó una mirada asesina. Se preguntaba cómo era posible que supiera tantas cosas sobre ella, se preguntaba si no debería volver a abalanzarse sobre él—. Te han robado, Ferro, te lo han robado todo. Incluso tu propia vida. Si me hubiera ocurrido a mí... si hubiera sufrido como tú has sufrido..., no habría sangre suficiente en todo el Sur para satisfacerme. ¡Hasta que no viera a todos los soldados gurkos

convertidos en cadáveres no me daría por satisfecho! ¡Hasta que no viera todas las ciudades gurkas arrasadas por el fuego no me daría por satisfecho! ¡Hasta que no viera a su Emperador pudriéndose en una jaula frente a su propio palacio no me daría por satisfecho!

—¡Eso es! —bufó mientras una sonrisa feroz se le dibujaba en la cara. Aquel hombre hablaba su mismo idioma. Yulwei nunca la había hablado así, puede que después de todo aquel viejo pálido no fuera tan mala gente—. ¡Usted me entiende! ¡Por eso tengo que regresar al Sur!

—No, Ferro —el calvo ahora sonreía—. Me parece que no te das cuentas de la oportunidad que te estoy ofreciendo. Quien manda de verdad en Kanta no es el Emperador. Por muy poderoso que pueda parecer, no es más que una marioneta movida por una mano oculta. Khalul le llaman.

—El Profeta.

Bayaz asintió con la cabeza.

—Dime una cosa, Ferro, si te dan una puñalada, ¿a quién odias, al cuchillo o a la mano que lo empuña? El Emperador y los gurkos no son más que las herramientas de Khalul. Los Emperadores pasan, pero el Profeta sigue ahí, detrás de ellos. Susurrando. Sugiriendo. Ordenando. Es él quien tiene contraída una deuda contigo, Ferro.

—Khalul... sí. —Los Devoradores habían empleado ese nombre. Khalul. El Profeta. El palacio del Emperador estaba lleno de sacerdotes, todo el mundo lo sabía. Y los palacios de los gobernadores también. Los sacerdotes pululaban por todas partes, como un enjambre de insectos. Por las ciudades, por las aldeas, entre las tropas, esparciendo siempre sus mentiras. Susurrando. Sugiriendo. Ordenando. Yulwei tenía el ceño fruncido y parecía apesadumbrado. Pero Ferro sabía que el anciano pálido tenía razón—. ¡Sí, es verdad!

—Ayúdame, Ferro, y yo te daré esa venganza que buscas. Una auténtica venganza. No la muerte de un soldado, o de diez, sino de miles. ¡De cientos de miles! Tal vez la del propio Emperador, ¿quién sabe? —luego se encogió de hombros y se apartó de ella—. Pero no puedo obligarte. Vuelve a las estepas, si es lo que deseas: sigue escondiéndote, huyendo, escarbando en el polvo como una rata, si con eso te das por satisfecha. Si es esa la venganza a la que aspiras. Los Devoradores, los hijos de Khalul, ahora van a por ti. Sin nuestra ayuda, más pronto que tarde, te cogerán. Pero la decisión es tuya.

Ferro torció el gesto. Todos los años que había pasado en las estepas, luchando con uñas y dientes, huyendo constantemente, no la habían llevado a ninguna parte. No le habían traído una venganza digna de tal nombre. De no haber sido por Yulwei, a esas alturas ya habrían acabado con ella. No sería más

que un montón de huesos blancos en medio del desierto. O carne en las barrigas de los Devoradores. O en una jaula delante del palacio del Emperador.

Carne podrida.

No podía decir que no, lo sabía, pero no le gustaba la idea. El viejo aquel sabía exactamente lo que tenía que ofrecerle. Le repugnaba no tener elección.

—Me lo pensaré —repuso.

Una vez más, un leve atisbo de enojo asomó en el rostro del pálido calvo, pero de inmediato fue suprimido.

—De acuerdo, piénsatelo, pero no tardes mucho en decidirte. Las tropas del Emperador se están concentrando y el tiempo se acaba —siguió a los demás fuera de la sala, y Ferro se quedó a solas con Yulwei.

—No me gustan los pálidos estos —dijo con una voz lo bastante alta para que el anciano lo oyera desde el pasillo y, luego, en voz más baja, añadió—: ¿Tenemos que ir con ellos?

—Tú sí, yo tengo que regresar al Sur.

—¿Cómo?

—Alguien tiene que seguir vigilando a los gurkos.

—¡No!

Yulwei soltó una carcajada.

—Has tratado de matarme en dos ocasiones. Y una vez intentaste huir de mí, y ahora resulta que cuando soy yo el que se va, quieres que me quede.

Ferro arrugó el ceño.

—El calvo dice que puede ayudarme a vengarme. ¿Miente?

—No.

—Entonces, tengo que ir con él.

—Lo sé. Por eso te traje aquí.

A Ferro no se le ocurría qué decir. Bajó la vista y, entonces, para su sorpresa, Yulwei se plantó junto a ella. Ferro alzó un brazo pensando que la iba a golpear, pero en vez de eso el hombre la estrechó con fuerza entre sus brazos. Era una sensación extraña. Sentirse tan cerca de otra persona. Una sensación cálida. Luego Yulwei se separó de ella, dejando una mano sobre su hombro.

—Camina siempre por la senda que marcan los pasos de Dios, Ferro Maljinn.

—Ja. Aquí no tienen Dios.

—Di más bien que tienen muchos dioses.

—¿Muchos?

—¿Es que no te has dado cuenta? Aquí cada cual es su propio dios —Ferro asintió con la cabeza. Eso parecía estar muy cerca de la verdad—. Cuídate, Ferro. Y escucha siempre a Bayaz. Es el primero de mi orden y hay muy poca gente tan sabia como él.

—Pues yo no confío en él.

Yulwei se inclinó hacia ella.

—Yo no te he pedido que confíes en él. —Acto seguido, sonrió y se dio la vuelta. Ferro le vio caminar despacio hacia la puerta y luego salir al pasillo. Oyó los pasos de sus pies desnudos alejándose, acompañados del leve tintineo de los brazaletes de sus brazos.

Se iba y la dejaba sola, sola con el lujo, con los jardines, con los pálidos.

Viejos amigos

Había sonado un golpe en la puerta. La cabeza de Glokta se levantó de una sacudida y su ojo izquierdo se puso a palpitar. *¿Quién puede ser a estas horas? ¿Frost? ¿Severard? ¿O alguna otra persona? ¿El Superior Goyle, quizás, que viene a hacerme una visita acompañado de su trouppe de engendros? ¿O será que el Archilector se ha cansado ya de su marioneta tullida? No puede decirse que el banquete saliera según lo planeado, y Su Eminencia no es precisamente un hombre indulgente. Hallado un cuerpo flotando junto a los muelles...*

Volvieron a sonar golpes en la puerta. Unos golpes fuertes, decididos. *De esos que dan a entender que si no abren la puerta, la tirarán la puerta abajo.*

—¡Ya va! —gritó con voz un tanto quebrada mientras se apoyaba en la mesa e impulsaba hacia arriba sus piernas temblorosas—. ¡Ya va! —agarró su bastón y se acercó cojeando a la puerta, respiró hondo y forcejeó con el pestillo.

No era Frost, ni Severard. Tampoco Goyle o uno de sus grotescos Practicantes. Era una visita mucho más inesperada. Glokta alzó una ceja y luego se apoyó en el marco de la puerta.

—Comandante West, ¡vaya una sorpresa!

A veces, cuando dos viejos amigos vuelven a encontrarse al cabo de muchos años, al instante todo vuelve a ser igual que como era antes. La amistad permanece intacta y se reanuda como si no hubiera habido interrupción alguna. *A veces, pero no en este caso.*

—Inquisidor Glokta —balbuceó West, titubeante, torpe, azorado—, siento presentarme a estas horas.

—No tiene importancia —dijo Glokta con gélida cortesía.

El comandante casi hizo una mueca de dolor.

—¿Puedo pasar?

—Desde luego —Glokta cerró la puerta cuando pasó adentro y luego siguió a West renqueando hasta el comedor. El comandante se sentó en una de las sillas y Glokta en otra. Durante unos instantes permanecieron sentados el

uno frente al otro sin decir palabra. *¿Qué quiere de mí a estas horas o, para el caso, a cualquier otra hora? Glokta* examinó el rostro de su viejo amigo iluminado por el resplandor de la chimenea y por la luz vacilante de una solitaria vela. Ahora que podía verle mejor, se daba cuenta de que había cambiado. *Está envejecido.* Tenía unas entradas muy pronunciadas y las sienes encanecidas. Su cara estaba pálida, demacrada, casi consumida. *Parece preocupado. Abatido. Al límite de sus fuerzas.* West recorrió con la mirada la mezquina habitación, el mezquino fuego, el mezquino mobiliario. Luego lanzó una mirada furtiva a Glokta y de inmediato bajó la vista. Nervioso, como si hubiera algo que le reconcomiera. *Está inquieto. Y no es para menos.*

No parecía sentirse capaz de romper el silencio, así que tuvo que ser Glokta quien lo hiciera por él.

—Bueno, ¿cuándo fue la última vez, eh? Dejando a un lado nuestro breve encuentro nocturno en la ciudad, que no creo que cuente, ¿no?

El recuerdo de aquel desafortunado encuentro flotó un instante en el aire como si fuera un pedo. West carraspeó:

—Nueve años.

—Nueve años. Quién lo diría. Desde la vez aquella en lo alto de la colina: dos viejos amigos juntos mirando hacia ese río que había abajo, y, al otro lado del puente, todos esos gurkos. Parece que hubieran pasado siglos, ¿eh? Nueve años sólo. Qué bien lo recuerdo. Me rogaste que no bajara pero yo no te hice caso. Qué tonto fui, ¿no? Pensaba que era nuestra única esperanza. Me creía invencible.

—Ese día nos salvaste a todos, al ejército entero.

—¿De veras? ¡Qué maravilla! Apuesto a que si hubiera muerto en aquel puente, ahora habría estatuas mías por todas partes. Lo malo es que no fue así. Una pena. Para todos.

West hizo una mueca de dolor y se rebulló en su silla. A cada momento que pasaba parecía sentirse más incómodo.

—Fui a buscarte, después... —balbució.

¿Me fuiste a buscar? Qué asquerosamente noble. Qué amigo más leal. Y de qué poco me sirvió a mí. Ya me habían sacado de allí a rastras, muerto de dolor y con la pierna hecha picadillo. Y eso no fue más que el principio.

—Supongo que no habrás venido para hablar de los viejos tiempos, ¿eh, West?

—No, no... he venido para hablar... de mi hermana.

Glokta permaneció unos instantes en silencio. No se esperaba esa

respuesta.

—¿De Ardee?

—De Ardee, sí. Pronto partiré hacia Angland y... pensé que tal vez a ti no te importaría echarla de vez en cuando un vistazo mientras yo esté fuera —West alzó la vista y sus ojos parpadearon con nerviosismo—. Siempre tuviste muy buena mano con las mujeres... Sand —Glokta hizo una mueca al oír su nombre de pila. Ya nadie le llamaba así. *Nadie aparte de mi madre*—. Siempre sabías dar con las palabras adecuadas. ¿Te acuerdas de las tres hermanas aquellas? ¿Cómo se llamaban? Las manejabas a tu antojo —West sonrió, pero Glokta no pudo acompañarle.

Se acordaba, sí, pero eran unos recuerdos tenues, desvaídos, sin color. *Los recuerdos de otro hombre. De un hombre que murió. Mi vida empezó en Gurkhul, en las mazmorras del Emperador. A partir de ese momento los recuerdos se vuelven mucho más nítidos. Mi cuerpo estirado en la cama como si fuera un cadáver cuando regresé, aguardando en la oscuridad las visitas de unos amigos que nunca se presentaron.* Miró a West, consciente de la terrible frialdad de su mirada. *¿Crees que vas a conquistarme poniendo cara de buena persona y hablándome de los viejos tiempos? ¿Como si fueras un perro fiel que al fin regresa al hogar? A mí no me engañas. Apestas, West. Apestas a traición. Ese recuerdo al menos sí que me pertenece.*

Glokta se inclinó lentamente hacia delante.

—Sand dan Glokta —susurró como si fuera el nombre de alguien que conoció hace tiempo—. ¿Qué habrá sido de él, eh West? ¿Sabes de quién te hablo, no, aquel viejo amigo tuyo, aquel joven aguerrido, apuesto, orgulloso, osado? ¿Aquel al que se le daban tan bien las mujeres? ¿Aquel al que todo el mundo apreciaba y respetaba, y del que se esperaban grandes cosas? Sí, ¿adónde habrá ido a parar?

West, desconcertado, inseguro, le miró, pero no dijo nada.

Glokta se echó hacia delante extendiendo las manos sobre la mesa y retorciendo hacia atrás los labios para mostrar su boca arruinada:

—¡Está muerto! ¡Murió en aquel puente! ¿Y qué es lo que queda de él? ¡Un maldito despojo que aún lleva su nombre! ¡Una sombra huidiza y renqueante! ¡Un fantasma tullido que se agarra a la vida igual que el olor a orina se agarra al cuerpo de un pordiosero! ¡Este repulsivo desecho humano no tiene amigos, ni quiere tenerlos! ¡Lárgate, West! ¡Vuelve con Varuz, con Luthar y con todos esos cabrones vanos! ¡Aquí no vive nadie que tú conozcas! —Los labios de Glokta no habían parado de temblar mientras escupían con asco las palabras. No sabía quién le producía más repugnancia, si West o él mismo.

El comandante parpadeaba mientras sus maxilares se movían en silencio.

Se levantó tambaleándose.

—Lo siento —dijo y, acto seguido, se dio media vuelta.

—¡Dime una cosa! —le gritó Glokta antes de que alcanzara la puerta—. Siempre supe que sólo podría contar con los demás mientras les resultara útil, mientras mi carrera fuera en ascenso. No me sorprendió que no quisieran saber nada de mí cuando regresé. Pero tú eras distinto, West. Siempre te tuve por un buen amigo, por un buen hombre. Siempre pensé que al menos tú, sólo tú, vendrías a verme —se encogió de hombros—. Pero al parecer estaba equivocado —luego se volvió y se quedó contemplando el fuego con gesto ceñudo esperando oír el ruido de la puerta al cerrarse.

—¿Es que ella no te lo dijo?

Glokta se volvió.

—¿De quién hablas?

—De tu madre.

Glokta soltó un resoplido.

—¿Mi madre? ¿No me dijo el qué?

—Que fui a verte. Dos veces. En cuanto me enteré de que habías vuelto, fui a verte. Tu madre me obligó a darme media vuelta en la verja de tu finca. Dijo que te encontrabas demasiado mal para recibir visitas y que además no querías saber nada del ejército, y menos aún de mí. Unos meses después, volví, pensé que era lo mínimo que podía hacer. Esa vez envió un criado a decirme que me fuera. Más tarde me enteré de que habías entrado en la Inquisición y que te habían destinado a Angland. Traté de olvidarme de ti hasta que nos encontramos... la noche aquella en la ciudad... —West no pudo seguir.

Glokta tardó un tiempo en asimilar lo que acababa de oír y, cuando lo hizo, se dio cuenta de que tenía la boca abierta. *Así de sencillo. Nada de conjuras. Ninguna tupida red de traiciones.* Era tan ridículo, que estuvo a punto de soltar una carcajada. *Mi madre le echó y no dudé ni un solo momento de que nadie había venido a verme. Nunca tragó a West. Era un amigo muy poco recomendable, estaba muy por debajo de su amado hijo. Seguramente le culpó a él de lo que me pasó. Tendría que haberlo imaginado, pero estaba demasiado ocupado regodeándome en el dolor y la amargura. Demasiado ocupado poniéndome trágico.* Tragó saliva.

—¿Así que viniste?

West se encogió de hombros.

—Puedes estar seguro.

En fin, ya no tiene remedio. La próxima vez habrá que intentar hacer mejor las

cosas. Glokta parpadeó y respiró hondo.

—Mmm... Lo siento. Olvida lo que he dicho, si es que puedes. Siéntate, por favor. Me estabas hablando de tu hermana, ¿no?

—De mi hermana, sí —West regresó a su silla con paso vacilante. Llevaba la cabeza gacha y en su semblante asomaba de nuevo una expresión preocupada y culpable—. Pronto partiremos hacia Angland y no sé cuándo volveré, o si... en fin... ella no conoce a nadie en la ciudad y, bueno, pensé que como tú la conociste cuando estuviste en casa...

—Cierto, pero también nos hemos visto en fechas bastante más recientes.

—¿Sí?

—Oh, sí. Andaba en compañía de nuestro común amigo, el capitán Luthar.

West se puso aún más pálido. *Hay algo que no me está contando.* Pero Glokta no estaba dispuesto a meter su deforme pata y cargarse aquella amistad, sobre todo ahora que acababa de resucitar. Permaneció en silencio, y, al cabo de unos instantes, el comandante siguió hablando.

—La vida... no la ha tratado muy bien. Seguramente yo podría haber hecho algo. Debería haberlo hecho —miró con gesto apesadumbrado a la mesa y una convulsión deformó su semblante. *Ése me lo conozco. Es uno de mis favoritos. Se llama sentir asco de uno mismo*—. Pero preferí ocuparme de otras cosas y traté de olvidarme de ello, hacer como si todo fuera bien. Lo ha pasado muy mal y yo tengo la culpa —carraspeó y luego tragó saliva. Sus labios se pusieron a temblar y se cubrió el rostro con las manos—. Todo ha sido culpa mía... si le pasara algo, creo que... —sacudió sus hombros en silencio y Glokta alzó las cejas. Estaba acostumbrado a que los hombres lloraran en su presencia. *Pero por regla general antes tengo que enseñarles los instrumentos.*

—Venga, Collem, esto no es propio de ti —alargó un brazo, y aunque estuvo a punto de retirarlo a mitad de camino, finalmente le dio unas torpes palmadas a West en el hombro—. Habrás cometido errores, ¿y quién no? Son cosa del pasado y pueden corregirse. Ahora se trata de hacer las cosas mejor la próxima vez, ¿eh? —*¿Qué es esto?¿Soy yo quien habla?¿El Inquisidor Glokta convertido en paño de lágrimas de los afligidos?* Pero West parecía sentirse mejor. Alzó la cabeza, se limpió el moqueo de la nariz y miró esperanzado a Glokta con los ojos vidriosos.

—Tienes razón, mucha razón. Tengo que reparar el mal que he hecho. ¡Tengo que hacerlo! ¿Me ayudarás, Sand? ¿Cuidarás de ella mientras yo esté fuera?

—Haré por ella todo lo que pueda, Collem, cuenta con ello. En tiempos

fue para mí un orgullo considerarte mi amigo... y volverá a serlo —era extraño, pero, por un instante, Glokta tuvo la sensación de que se le estaba formando una lágrima en un ojo. *¿A mí? ¿Es eso posible? ¿El Inquisidor Glokta convertido en amigo leal? ¿El Inquisidor Glokta convertido en protector de jovencitas desvalidas?* Sólo de pensarlo le entraban ganas de reírse a carcajadas, pero, bueno, ahí estaba él como si tal cosa. Nunca habría pensado que lo necesitara, pero lo cierto es que le agradaba la sensación de volver a tener un amigo.

—Hollit —dijo Glokta.

—¿Qué?

—Las tres hermanas esas. Hollit era su apellido —Glokta rió para sí, el recuerdo le llegaba ahora con bastante más claridad que antes—. Sentían debilidad por la esgrima. Las volvía locas. Debía de ser por el sudor.

—Creo que fue eso lo que hizo que me decidiera a practicarla —West se rió y luego contrajo la cara como si tratara de recordar algo—. Oye, ¿cómo se llamaba nuestro intendente? Ese al que le gustaba la más joven de las tres y que estaba muerto de celos. ¿Cómo demonios se llamaba el tipo ese? ¡Sabes, uno gordo!

A Glokta no le supuso ningún problema recordar el nombre.

—Rews. Salem Rews.

—¡Rews, eso es! Se me había olvidado del todo. ¡Rews! Aquel tipo era un fenómeno contando historias. ¡Nos pasábamos noches enteras escuchándole partidos de la risa! ¿Qué habrá sido de él?

Glokta hizo una breve pausa.

—Me parece que dejó el ejército... para dedicarse al comercio o algo así —luego agitó la mano con un gesto displicente—. He oído decir que se ha trasladado al Norte.

De vuelta al barro

Carleon no se parecía en nada al recuerdo que el Sabueso tenía de ella, nada raro en realidad, pues solía recordarla en llamas. Ese tipo de recuerdos no se borran fácilmente. Tejados que se derrumban, ventanas que revientan, hordas de guerreros, ebrios de dolor, de victoria y, desde luego, de alcohol, dedicadas al saqueo, al incendio, al asesinato y a toda suerte de actos desagradables. Mujeres chillando, hombres gritando, un hedor a humo, a miedo. En suma, un saqueo en toda regla en el que Logen y él mismo habían participado de forma muy directa.

Bethod había apagado los incendios y se había apropiado de la ciudad. Se trasladó allí y se puso a reconstruirla. No había hecho gran cosa cuando envió a Logen, al Sabueso y a todos los demás al exilio, pero desde entonces no debía de haber parado. La ciudad doblaba su anterior tamaño, incluso el que tenía antes de que la incendiaran. Cubría la totalidad de la colina y se extendía por las laderas que descendían hasta el río. Era más grande que Uffrith. Más grande que cualquier ciudad que hubiera visto el Sabueso. Desde donde estaba, subido a unos árboles que había al otro lado del valle, no se veía a sus habitantes, pero debía de haber un montón de gente metida ahí dentro. Tres caminos nuevos conducían hasta sus puertas. Había también dos nuevos puentes. Por todas partes asomaban edificios nuevos, y donde antes solía haber uno pequeño ahora había otro bastante más grande. Los había a cientos. De piedra la mayoría, con tejados de pizarra, incluso se veían algunas ventanas con cristales.

—Parece que han estado muy atareados —dijo Tresárboles.

—Murallas nuevas —terció Hosco.

—Y bien grandes —masculló el Sabueso. Estaba lleno de murallas. Una muy extensa, con sus torres y todo lo demás, rodeaba el perímetro externo de la ciudad y tenía un gran foso delante. Otra, aún más alta, se alzaba sobre el altozano que en tiempos ocupó el gran salón de Skarling. Una cosa enorme. El Sabueso no alcanzaba a imaginarse de dónde habían sacado piedras para construir tanta muralla—. Jamás había visto una muralla tan grande como ésa

—dijo.

Tresárboles hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Mal asunto. Si retienen a Forley, jamás podremos sacarlo de ahí.

—Si retienen a Forley, jefe, todavía quedaremos nosotros cinco, y vendrán a por nosotros. Él no representa ninguna amenaza, pero nosotros sí. Sacarlo de ahí será la menor de nuestras preocupaciones. Al final se las arreglará para salir por sus propios medios, como siempre. Seguro que ese cabrón nos sobrevive a todos.

—No sería de extrañar —masculló Tresárboles—. Hemos elegido una profesión bastante arriesgada.

Retrocedieron deslizándose por entre la maleza y regresaron al campamento. Ahí estaba Dow el Negro, con pinta de estar de más malas pulgas que de costumbre. Y también Tul Duru, que estaba remendando un agujero de la zamarra con una aguja; su cara se contraía en un gesto de concentración mientras sus dedazos bregaban con la fina astilla de metal. Sentado a su lado se encontraba Forley, contemplando el cielo que asomaba entre las hojas de los árboles.

—¿Cómo te sientes, eh, Forley? —preguntó el Sabueso.

—Como una mierda, pero, ya sabes, para tener valor antes hay que haber tenido miedo.

El Sabueso le sonrió.

—Eso dicen. Lo cual significa que tú y yo debemos de ser unos malditos héroes, ¿eh?

—Claro —dijo, devolviéndole la sonrisa.

Tresárboles fue directamente al grano.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo, Forley? Por muy bien que se te dé hablar, una vez que estés dentro puede que no vuelvas a salir.

—Estoy seguro. Puede que me esté cagando, pero voy a ir. Ahí dentro puedo hacer bastante más que aquí fuera. Alguien tiene que prevenirles contra los Shanka. Tú mismo lo dijiste, jefe. No hay nadie más.

El viejo guerrero asintió moviendo la cabeza con la misma parsimonia con la que sale el sol.

—Cierto. De acuerdo, pues. Diles que les estaré esperando aquí, junto al viejo puente. Diles que estoy yo solo. Por si acaso Bethod no te da la bienvenida. ¿Entendido?

—Entendido. Estás solo, Tresárboles. Los únicos que salimos vivos de las

montañas fuimos tú y yo.

Todos se encontraban ya rodeando a Forley, que les miraba sonriendo.

—En fin, amigos, sólo quiero deciros una cosa: ha valido la pena.

—Cierra la boca, Flojo —soltó Dow torciendo el gesto—. Bethod no tiene nada contra ti. Vas a volver.

—Vale, pero por si acaso no vuelvo, quiero que sepáis que ha valido la pena —el Sabueso le miró y asintió con torpeza. Eran las mismas caras sucias y llenas de cicatrices de siempre, sólo que más tétricas que nunca. A ninguno le hacía gracia dejar que uno de los suyos se pusiera en peligro, pero Forley estaba en lo cierto, alguien tenía que hacerlo, y él era el más indicado. A veces, pensó el Sabueso, ser flojo puede protegerte mejor que ser fuerte. Bethod era un maldito hijo de puta, pero no era tonto. Los Shanka estaban de camino y necesitaba que se le previniera. Sólo cabía confiar en que se mostrara agradecido.

Caminaron juntos hasta el lindero del bosque y miraron en dirección al camino. Cruzaba el viejo puente y luego descendía serpenteando por el valle. De ahí hasta las puertas de Carleon. Y luego hasta la fortaleza de Bethod.

Forley respiró hondo, y el Sabueso le dio una palmada en el hombro.

—Suerte, Forley. Buena suerte.

—Lo mismo te digo —cogió de la mano al Sabueso y se tiró casi un minuto estrechándosela—. Suerte a todos —luego se dio media vuelta y se dirigió hacia el puente caminando con la cabeza bien alta.

—¡Suerte, Forley! —gritó Dow el Negro, para gran sorpresa de todos.

Forley se dio un instante la vuelta junto al puente y sonrió. Luego se perdió de vista.

Tresárboles tomó aire.

—Preparad las armas —dijo—. No vaya a ser que Bethod no quiera entrar en razón. Y esta vez esperad a que dé la señal.

La espera entre las hojas de los árboles, inmóviles y en silencio, contemplando aquellas murallas nuevas, se hacía eterna. El Sabueso estaba tumbado sobre su barriga con el arco a mano, vigilando, aguardando, preguntándose qué tal le estaría yendo a Forley. Una espera larga, tensa. Y entonces los vio. Un grupo de jinetes salía de la puerta más cercana, atravesaba uno de los puentes nuevos, cruzaba el río. Tras ellos venía un carro. El Sabueso

no entendía muy bien para qué querían el carro aquel, pero le daba mala espina. No había ni rastro de Forley, y no estaba muy seguro de si eso era una buena o una mala señal.

Venían a toda prisa, espoleando sus monturas por un lado del valle, ascendiendo por el empinado camino en dirección al bosque, al arroyo, al puente. Justo hacia donde estaba el Sabueso. Ya oía el retumbar de las pezuñas sobre el polvo. Ahora estaban lo bastante cerca para poder contarlos y echarles un buen vistazo. Lanzas, escudos, buenas armaduras. Cascos, cotas de mallas. Eran diez, más otros dos que iban en el carro, a ambos lados del conductor, con unas cosas en la mano, una especie de arcos pequeños montados sobre unas piezas de madera. No sabía de qué iba todo aquello y no le hacía ninguna gracia no saberlo. Se suponía que era él quien tenía que darles una sorpresa.

Se escurrió por entre los matorrales reptando sobre su vientre, cruzó chapoteando el arroyo y se dirigió a toda prisa al lindero del bosque desde donde se vería bien el viejo puente. Tresárboles, Tul y Dow aguardaban de pie junto al extremo más próximo; agitó la mano para llamar su atención. A Hosco no le veía, debía de haberse ocultado ya entre los árboles que había un poco más allá. Hizo la seña para indicar la presencia de jinetes, abrió y cerró su mano para que supieran que eran diez y luego se pasó la palma de la mano por el pecho para informarles de que llevaban armadura.

Dow cogió su espada y su hacha, se metió corriendo detrás de un montón de rocas quebradas que había por encima del puente y se quedó agachado detrás de ellas manteniéndose en silencio. Tul resbaló por una de las orillas, avanzó por el río, que por fortuna en esa época del año sólo cubría hasta la rodilla, y pegó su corpachón contra el arco más alejado, sosteniendo en alto su enorme espada para mantenerla fuera del agua. Aquello hizo que el Sabueso se pusiera un poco nervioso; desde donde él estaba se le veía perfectamente. Pero los jinetes no podrían verle a menos que se salieran del camino. Esperaban encontrar un solo hombre y el Sabueso tenía la esperanza de que no hubieran tomado demasiadas precauciones. Eso esperaba, porque, de no ser así, todo el asunto podía acabar en un puto desastre.

Vio cómo Tresárboles se ataba el escudo al brazo, desenvainaba su espada, estiraba el cuello y luego se plantaba, grande, firme, en medio del camino junto al extremo más próximo del puente y se quedaba esperando con aspecto de estar solo en el mundo.

El Sabueso ya oía el estruendo de las pezuñas y el traquetear de las ruedas del carro un poco más allá del bosque. Sacó unas cuantas flechas y las dejó en el suelo con la punta hacia abajo para poder cogerlas rápidamente. Hacía todo lo posible para controlar su miedo. Los dedos le temblaban, pero no importaba. Cuando tuvieran que ponerse a trabajar se estarían quietos.

—Espera la señal —se susurró a sí mismo—. Espera la señal.

Colocó una flecha en el arco, tensó la cuerda hasta la mitad y apuntó hacia el puente. Mierda, ya estaban ahí otra vez esas malditas ganas de orinar.

La primera punta de lanza asomó por lo alto de la loma y de inmediato fueron apareciendo las demás. Luego cascos dando botes, pechos enfundados en cotas de mallas, cabezas de caballos; los jinetes se acercaban poco a poco al puente. El carro, con su conductor y sus dos extraños acompañantes, venía detrás tirado por un lanudo percherón.

El primer jinete atisbó por encima de la giba del puente a Tresárboles y espoleó su montura. El Sabueso respiró un poco más tranquilo cuando vio que el resto de los jinetes le seguían trotando en formación cerrada. La historia de Forley parecía haberles convencido: sólo esperaban encontrar a un hombre. El Sabueso vio a Tul asomarse detrás de un arco cubierto de musgo y mirar hacia arriba mientras los caballos pasaban por encima de él. Maldita sea, le temblaban las manos. Tenía miedo de que la flecha que tenía tensada a medias se le escapara y lo echara todo a perder.

El carro se detuvo en la orilla opuesta y los dos hombres que venían en él se pusieron de pie y apuntaron con sus extraños arcos a Tresárboles. El Sabueso se procuró un buen blanco sobre uno de ellos y tensó la cuerda del todo. La mayoría de los jinetes se encontraban ya sobre el puente; los caballos, inquietos de verse tan cerca unos de otros, respingaban y se revolvían. El jinete que iba delante azuzó su montura y se acercó a Tresárboles con la lanza en ristre. El antiguo compañero no se movió ni un ápice. No hubiera sido propio de él. Alzó la vista con el ceño fruncido, cuidándose de no dejar ningún espacio por el que pudieran rodearle los jinetes, obligándolos a mantenerse apelotonados en el puente.

—Bueno, bueno, bueno —oyó decir el Sabueso al jefe de la cuadrilla—. El viejo Rudd Tresárboles. Te hacíamos muerto hace mucho tiempo —reconoció la voz. Era uno de los más veteranos Caris de Bethod. Malasangre le llamaban.

—Me imagino que aún puedo aguantar un par de combates —dijo Tresárboles sin retroceder ni un solo paso.

Malasangre miró a su alrededor y escrutó los árboles, no era tan tonto como para no saber que su posición no era buena, pero tampoco parecía dispuesto a tomar demasiadas precauciones.

—¿Dónde están los demás? ¿Dónde está el cabrón de Dow, eh?

Tresárboles se encogió de hombros.

—Sólo quedo yo.

—De vuelta al barro, ¿eh? —el Sabueso alcanzó a ver cómo Malasangre

sonreía bajo su casco—. Una pena. Me hubiera gustado ser yo quien acabara con ese hijo de puta.

El Sabueso hizo una mueca de dolor, casi esperaba ver a Dow salir disparado de entre las rocas, pero no había ni rastro de él. Por una vez estaba esperando la señal.

—¿Dónde está Bethod? —inquirió Tresárboles.

—¡El Rey no se molesta en salir a recibir a gente como tú! Además, ahora está en Angland, dándole una patada en el culo a la Unión. Es el príncipe Calder quien está al mando de todo.

Tresárboles soltó un resoplido:

—¿Ahora es príncipe? Me acuerdo de cuando mamaba la teta de su madre. Ni siquiera eso lo hacía demasiado bien.

—Las cosas han cambiado, viejo. Y mucho.

El Sabueso estaba deseando que el asunto se resolviera de una vez para bien o para mal. Apenas podía contener sus ganas de orinar. Espera la señal, se repetía a sí mismo para ver si así conseguía que las manos no le temblaran tanto.

—Los Cabezas Planas andan por todas partes —estaba diciendo Tresárboles—. El próximo verano vendrán para acá, puede incluso que antes. Hay que hacer algo.

—Muy bien, en tal caso ¿por qué no te vienes con nosotros, eh? Así podrás prevenir en persona a Calder. Te hemos traído un carro para que vayas más cómodo. Un hombre de tu edad no debe ir andando —dos de los jinetes rieron al oír el comentario, pero Tresárboles no se unió a ellos.

—¿Dónde está Forley? —gruñó—. ¿Dónde está el Flojo?

De nuevo sonaron risas entre los jinetes.

—Oh, no está muy lejos de aquí —dijo Malasangre—, nada lejos. Si te montas en el carro, te llevaremos con él. Luego nos sentaremos todos y charlaremos tranquilamente sobre los Cabezas Planas.

Al Sabueso no le gustaba aquello. No le gustaba nada. Tenía una sensación funesta.

—¿Me tomas por tonto? —dijo Tresárboles—. No voy a ir a ninguna parte hasta que no haya visto a Forley.

Al oír aquello, Malasangre torció el gesto.

—No estás en condiciones de decirnos lo que vas a hacer. Puede que en tiempos fueras un gran guerrero, pero ya no eres nadie, no hay más que verte.

Así que entrega tu acero y súbete al maldito carro antes de que pierda la paciencia.

Trató de hacer avanzar suavemente su caballo, pero Tresárboles no retrocedió ni un paso.

—¿Dónde está Forley? —preguntó de nuevo—. O me das una respuesta clara, o ahora mismo te arranco las entrañas.

Malasangre volvió la cabeza y sonrió a sus hombres, que le devolvieron la sonrisa.

—Está bien, viejo, ya que te empeñas. Calder pretendía que lo hiciéramos más tarde, pero yo no quiero perderme tu cara —sonrió y dejó caer un bulto que llevaba colgando de la silla. Un saco con algo dentro. El Sabueso supo inmediatamente lo que era. Cayó al suelo junto a los pies de Tresárboles. Lo que había dentro salió rodando, y al ver la expresión de su viejo camarada, el Sabueso supo que había acertado. Era la cabeza de Forley.

No hacía falta más. Al carajo con la señal. La primera flecha del Sabueso atravesó el pecho de uno de los soldados del carro. El tipo lanzó un chillido y cayó en la parte de atrás, arrastrando consigo al conductor. Había sido un buen tiro, pero no había tiempo de pensar en ello, su mano buscaba ya otra flecha y su boca se había puesto a lanzar gritos. Ni siquiera sabía lo que decía, sólo que estaba gritando. Hosco debía de haber empezado a disparar también, uno de los Caris que había en el puente soltó un aullido, cayó del caballo y se estrelló contra las aguas del río.

Tresárboles se había agachado y retrocedía protegido tras el escudo mientras Malasangre le azuzaba con la lanza y espoleaba su montura para tratar de sacarla del puente y llevarla al otro lado del camino. El jinete que tenía detrás, ansioso por salir del puente, trató de abrirse paso por su costado y se acercó a las rocas.

—¡Malditos cabrones! —Dow salió como una exhalación de entre las rocas que el jinete tenía por encima y se abalanzó sobre él. Cayeron juntos formando un amasijo de miembros y armas, pero el Sabueso vio que era Dow quien quedaba arriba. Su hacha subió y bajo un par de veces a toda velocidad. Uno menos del que preocuparse.

La segunda flecha del Sabueso falló por un amplio margen, estaba demasiado ocupado desgañitándose, pero alcanzó en la grupa a un caballo y el resultado fue mejor de lo esperado. La bestia, encabritada, se puso a dar coces y pronto todos los caballos se revolvían y relinchaban despavoridos mientras sus jinetes proferían maldiciones y se tambaleaban sobre sus sillas y las lanzas sacudían el aire en todas direcciones. Un tumulto de tres pares de demonios.

El jinete que se encontraba más retrasado se partió de pronto en dos rociándolo todo de sangre. Cabeza de Trueno había salido del río y se había acercado a ellos por detrás. No había armadura que pudiera resistir un golpe como ese. El gigante lanzó un rugido y alzó sobre su cabeza la inmensa hoja de acero teñida de sangre. Al siguiente jinete le dio tiempo de levantar su escudo, pero podía haberse ahorrado las molestias. El tajo le arrancó un buen trozo del escudo, le partió la cabeza y lo lanzó fuera de la silla. El golpe fue tan brutal que el propio caballo se desplomó sobre el suelo.

Uno de los jinetes había conseguido dar la vuelta a su montura y estaba alzando su lanza para tratar de alcanzar a Tul en un costado. Antes de que pudiera hacerlo, dejó escapar un gruñido, dio una sacudida, arqueó la espalda. El Sabueso alcanzó a ver un manojo de plumas que sobresalían de su costado. Debía de haber sido Hosco. Un pie se le quedó enganchado en el estribo y comenzó a balancearse colgado de la silla. Gruñía, gemía, trataba de incorporarse, pero su montura, al igual que los demás, comenzó a corcovear y el soldado bailoteó bocabajo y se golpeó repetidas veces la cabeza contra los lados del puente. Echó la lanza al río y trató de incorporarse, pero entonces su caballo le descargó una coz en el hombro y lo soltó. El soldado rodó bajo las pezuñas del caballo encabritado y el Sabueso se desentendió de él.

El segundo arquero se había puesto de pie sobre el carro. Parecía haberse recuperado del sobresalto inicial y trataba de enfilar con su extraño arco a Tresárboles, que seguía agachado cubriéndose con el escudo. El Sabueso le disparó, pero se había apresurado demasiado y, además, seguía gritando. En lugar de acertar en el blanco, alcanzó en el hombro al conductor del carro, que acababa de levantarse, y lo envió de nuevo a la parte de atrás.

Se oyó el tañido del extraño arco y vio cómo Tresárboles se separaba del escudo pegando un salto. Por un instante, el Sabueso se alarmó, pero luego vio que, a pesar de que la flecha había traspasado la sólida madera, se había detenido justo antes de alcanzar a Tresárboles en la cara. Estaba encajada en el escudo, las plumas a un lado, la punta al otro. Un arquito bastante cabrón, pensó el Sabueso.

Oyó el rugido de Tul y vio cómo otro jinete se precipitaba al río. Luego cayó otro con una de las flechas de Hosco alojada en la espalda. Dow se volvió y de un solo tajo segó los cuartos traseros del caballo de Malasangre. El caballo se tambaleó, abrió las patas y le descabalgó. Los dos únicos jinetes que quedaban estaban atrapados: a un lado del puente estaban Dow y Tresárboles, al otro Tul. Apretujados entre los despavoridos caballos sin jinete, no podían ni girarse ni hacer ninguna otra cosa. Hosco, desde el bosque, los tenía a su merced, y aquel día no estaba de humor para concederles la merced de dejarlos con vida. En un instante acabó con ellos.

El tipo del arco trató de huir. Se desprendió del trozo de madera y saltó del carro. Esta vez el Sabueso se preocupó de apuntar con el máximo cuidado, su flecha le entró al arquero entre los omoplatos y le hizo caer de bruces cuando apenas había dado dos pasos. Hizo un intento de seguir a rastras, pero no llegó muy lejos. El conductor del carro, gimiendo y agarrando la flecha que tenía incrustada en el hombro, volvió a asomar la cabeza. El Sabueso no tenía por costumbre matar a los hombres que estaban fuera de combate, pero le pareció que aquel día había que hacer una excepción. La flecha le entró por la boca y acabó con él.

El Sabueso advirtió que un jinete se alejaba cojeando con una de las saetas de Hosco en la pierna, y le apuntó con la última flecha que le quedaba. Tresárboles se le adelantó y le ensartó su espada en la espalda. Había otro más que aún se movía, trataba de ponerse de rodillas, el Sabueso le apuntó. Antes de que soltara la cuerda, apareció Dow y le decapitó. Un chorro de sangre salió disparado en todas direcciones. Sobre el puente, los caballos, arremolinados, relinchaban y resbalaban sobre las escurridizas losas.

El Sabueso divisó a Malasangre; era el único que quedaba. Debía de haber perdido el casco al caerse del caballo. Gateaba por el río, ralentizado por el peso de su cota de mallas. Se había desprendido del escudo y de la lanza con la esperanza de que así tendría más posibilidades de escapar, pero no se había dado cuenta de que se dirigía derecho a donde estaba el Sabueso.

—¡Cogedle vivo! —gritó Tresárboles. Tul comenzó a descender por una de las orillas, pero avanzaba con mucha lentitud, resbalando y patinando sobre el barro que había removido el carro—. ¡Cogedle vivo! —Dow fue también a por él, maldiciendo y chapoteando por el río. Malasangre se encontraba ya muy cerca. El Sabueso oía los aterrorizados jadeos que lanzaba mientras bregaba con las aguas.

—¡Argh! —aulló. La flecha del Sabueso se le clavó con un golpe seco en la pierna justo por debajo de su cota de mallas. Perdió el equilibrio y cayó de costado junto a la orilla, tiñendo de sangre las aguas turbias. Luego trató de auparse a la hierba húmeda que crecía junto al arroyo.

—¡Vale así, Sabueso! ¡Lo queremos vivo! —gritó Tresárboles.

El Sabueso salió de entre los árboles, resbaló por la orilla y se metió en el agua. Luego sacó su cuchillo. Tul y Dow se acercaban todo lo deprisa que podían, pero aún estaban un poco lejos. Con la cara contraída por dolor que le producía la flecha que tenía alojada en la pierna, Malasangre rodó sobre el barro y luego alzó las manos.

—Basta, basta, me urgh...

—¿Te qué? —inquirió el Sabueso bajando la vista para mirarle.

—Urgh... —volvió a decir. Su semblante expresaba una profunda sorpresa y se había llevado una mano al cuello. Un chorro de sangre brotaba entre sus dedos y se escurría por la pechera de su cota de mallas.

Dow se acercó chapoteando, se detuvo y miró hacia abajo.

—Bueno, asunto concluido —dijo.

—¿Qué os había dicho? —gritó Tresárboles mientras se acercaba corriendo.

—¿Eh? —inquirió el Sabueso. Luego miró su cuchillo. Estaba lleno de sangre—. Ah —sólo entonces se dio cuenta de que había sido él quien le había rebanado el pescuezo a Malasangre.

—¡Podíamos haberle interrogado! —dijo Tresárboles—. ¡Podía haber llevado un mensaje a Calder para decirle quién había hecho esto y por qué!

—¡Despierta, jefe! —masculló Tul Duru, que ya se había puesto a limpiar su espada—. A nadie le importan ya los viejos códigos.

Y, además, dentro de nada los tendremos aquí. Cuanto menos sepan de nosotros, mejor.

Dow dio una palmada al Sabueso en la espalda.

—Has hecho bien. La cabeza de este cabrón nos servirá de mensaje. —El Sabueso no estaba muy seguro de que le agradara recibir la aprobación de Dow, pero ya era demasiado tarde. Dow tuvo que emplear dos tajos para cortar la cabeza de Malasangre. Una vez que la tuvo separada del tronco, la cogió por los cabellos y cargó con ella con la misma indiferencia y despreocupación que si se tratara de una bolsa de nabos. Agarró una de las lanzas que flotaban en el arroyo y se fue a buscar un lugar que fuera de su agrado.

—Ya nada es como antes —mascullaba Tresárboles avanzando por la orilla en dirección al puente, donde Hosco estaba registrando a los cadáveres.

Mientras le seguía, el Sabueso vio cómo Dow clavaba la cabeza de Malasangre en la lanza, la hincaba en tierra por la empuñadura y luego daba un paso atrás y se ponía de jarras para admirar su obra. La ladeó un poco hacia la derecha y luego otro poco hacia la izquierda hasta que consiguió que quedara perfectamente recta. Acto seguido, se dio la vuelta y miró al Sabueso con una sonrisa de oreja a oreja.

—Así está bien —dijo.

—¿Y ahora qué, jefe? —inquirió Tul— ¿Ahora qué?

Tresárboles estaba agachado a la orilla del arroyo lavándose la sangre de las manos.

—¿Qué hacemos? —preguntó también Dow.

El viejo se levantó lentamente, se secó las manos en la zamarra y se tomó un tiempo para pensarlo.

—Al Sur. Enterraremos a Forley por el camino. Nos van a perseguir, así que cogeremos estos caballos. Luego, al Sur. Tul, será mejor que desenganches al del carro, es el único que puede cargar contigo.

—¿Al Sur? —preguntó desconcertado Cabeza de Trueno—. ¿Adonde del Sur?

—A Angland.

—¿Angland? ¿Para qué? ¿No es ahí donde están en guerra? —preguntó el Sabueso, haciéndose eco de lo que todos pensaban.

—Claro que sí, por eso mismo se me ha ocurrido la idea de ir ahí.

Dow frunció el ceño.

—¿Por qué nosotros? ¿Qué tenemos nosotros contra la Unión?

—No seas idiota —repuso Tresárboles—, mi idea es que luchemos del lado de la Unión.

—¿Del lado de la Unión? —inquirió Tul retorciendo los labios—. ¿Con esos afeminados? ¡Ésa no es nuestra guerra, jefe!

—De ahora en adelante cualquier guerra contra Bethod es mi guerra. Quiero ver el final de ese hijo de puta —ahora que lo pensaba, el Sabueso nunca había visto a Tresárboles cambiar de idea. Nunca jamás—. ¿Quién está conmigo? —preguntó.

Todos lo estaban. Por supuesto.

Llovía. Una lluvia fina que lo impregnaba todo de humedad. Suave como el beso de una doncella, como suele decirse, aunque el Sabueso ya no recordaba a qué sabía eso. Lluvia. En cierto modo parecía apropiado para la ocasión. Dow acabó con el montón de tierra, se sorbió la nariz e hincó la pala junto a la tumba. Estaba alejada del camino. Muy alejada. No querían que la encontraran y desenterraran a Forley. Se distribuyeron a su alrededor, los cinco que quedaban, y bajaron la vista. Hacía mucho que no enterraban a uno de los suyos. Los Shanka, por supuesto, habían acabado con Logen hacía no tanto, pero no habían encontrado su cadáver. Puede que sólo faltara un miembro del grupo, pero el Sabueso tenía la impresión de que habían perdido mucho más que eso.

Tresárboles frunció el ceño y se tomó un tiempo para pensar lo que iba a decir. Era una suerte que, como jefe, fuera a él a quien correspondiera encontrar las palabras, porque el Sabueso estaba seguro de que a él no se habría ocurrido nada. Al cabo de un minuto, Tresárboles comenzó a hablar con la misma parsimonia con que se extingue la luz en el ocaso.

—Éste de aquí era un tipo flojo. El más flojo, sin duda. Por eso le llamábamos así. Resulta extraño llamar a un hombre El Flojo, ¿no? Fue el peor guerrero que uno podría imaginar, se sometió a Nuevededos. Un guerrero flojo, es cierto, pero con un corazón muy fuerte.

—Así es —asintió Hosco.

—Un corazón muy fuerte —apostilló Tul Duru.

—El más fuerte —masculló el Sabueso. La verdad es que tenía un nudo en la garganta.

Tresárboles asintió.

—Hay que tener agallas para enfrentarse a la muerte como lo hizo él. Para caminar de frente hacia ella, sin soltar ni una queja. Para ir a su encuentro. Y no lo hizo por él, sino por otros a los que ni siquiera conocía —Tresárboles apretó los dientes y permaneció un rato en silencio con la vista clavada en la tierra. Todos le imitaron—. Es todo lo que tengo que decir. De vuelta al barro, Forley. La tierra es ahora más rica y nosotros mucho más pobres.

Dow se arrodilló y posó una mano en la tierra húmeda.

—De vuelta al barro. —Por un instante al Sabueso le pareció que una lágrima caía de su nariz, pero lo más probable es que fuera una gota de lluvia. Al fin y al cabo, se trataba de Dow el Negro. Luego se levantó y se alejó cabizbajo; los otros le siguieron uno por uno en dirección a los caballos.

—Adiós, pues, Forley —dijo el Sabueso—. Se acabó el miedo.

A partir de ahora, supuso, él pasaba a ser el cobarde del grupo.

Desconsuelo

Jezal arrugó el ceño. Ardee se lo estaba tomando con mucha calma. No era normal. Quedaran donde quedaran, siempre estaba allí cuando ella llegaba. No le hacía ninguna gracia tenerla que esperar. Bastante humillante resultaba ya tener que esperar sus misivas. Estar ahí de pie como un idiota le hacía sentirse aún más esclavizado de lo que ya estaba.

Alzó la vista con gesto ceñudo. Como si no quisiera desentonar con su estado de ánimo, el cielo llevaba un rato soltando gotas de lluvia. De cuando en cuando le alcanzaba una y sentía un alfilerazo en la cara. Miraba las ondas que producían las gotas en la superficie gris del lago, las vetas pálidas que formaban sobre el fondo verde de los árboles y el gris de los edificios. También hacían que la silueta de la Casa del Creador apareciera borrosa. Al fijarse en aquel edificio su ceño se acentuó.

A esas alturas ya no sabía qué pensar. Todo lo ocurrido le parecía una pesadilla febril, y, como si de una pesadilla se tratase, había decidido borrarlo de su mente y hacer como si nunca hubiera sucedido. Tal vez podría haberlo conseguido si no fuera porque cada vez que ponía un pie en la calle aquel maldito lugar aparecía en su campo visual recordándole que, bajo la aparente tranquilidad de la superficie, el mundo era un hervidero lleno de misterios incomprensibles.

—Maldito sea, y maldito sea también el demente de Bayaz —masculló.

Contempló con gesto ceñudo los prados encharcados. La lluvia mantenía a la gente alejada del parque; hacía mucho tiempo que no lo veía así de vacío. Dos tipos de aspecto tristón se sentaban apáticamente en los bancos, recreándose en sus pequeñas tragedias privadas, y en los senderos se veían también algunos paseantes que caminaban con paso apresurado dirigiéndose a saber dónde. Uno que iba embutido en un largo abrigo avanzaba hacia él.

El ceño de Jezal se desvaneció. Era ella, seguro. Llevaba el rostro completamente arrebujado en la capucha. Cierto que hacía un poco de frío, pero aquello parecía un tanto teatral. Nunca había pensado que fuera una de esas personas que se echan para atrás porque caigan cuatro gotas. Pero se sentía

contento de verla. Ridículamente contento. Sonrió y avanzó rápidamente hacia ella. Cuando se encontraban a sólo dos pasos, Ardee se quitó la capucha.

A Jezal se le cortó el aliento de la impresión. ¡Tenía un moratón enorme en la mejilla, alrededor de un ojo, en la comisura del labio! Durante unos instantes se quedó inmóvil, embargado del estúpido deseo de ser él y no ella quien se hubiera hecho eso. Seguro que le habría dolido menos. Jezal se dio cuenta de que tenía una mano apretada contra la boca y que la estaba mirando con los ojos desorbitados, como una niñita que acabara de descubrir una araña en el baño, pero no podía hacer nada para evitarlo.

Ardee se limitó a ponerle mala cara.

—¿Qué pasa? ¿Es que nunca has visto un moratón?

—Bueno, sí, pero... ¿estás bien?

—Pues claro que sí —Ardee le rodeó y comenzó a andar por el sendero. Jezal tuvo que avivar el paso para cogerla—. No es nada. Una caída tonta. Soy una torpe. Siempre lo he sido. Desde que era pequeña —dijo en un tono que a Jezal le sonó excesivamente amargo.

—¿Puedo hacer algo?

—¿Qué quieres hacer? ¿Curármelo con un beso? —De haber estado a solas, no le habría importado nada intentarlo, pero de todos modos el semblante ceñudo de Ardee dejaba bien a las claras lo que pensaba de aquello. Era raro: el moratón debería haberle dado un poco de asco, pero no era así. En absoluto. Lo que sentía más bien era un incontenible deseo de rodearla con sus brazos, de acariciarle el pelo, de susurrarle al oído palabras de consuelo. Patético. Si lo intentaba, lo más probable es que le soltara un bofetón. Y seguramente se lo tendría bien merecido. No necesitaba su ayuda. Además, maldita sea, no podía tocarla. Por donde estaban ahora había más gente. Ojos por todas partes. Nunca se sabe quién puede estar mirando. La idea hizo que se pusiera un poco nervioso.

—Ardee... ¿no es esto un poco arriesgado? No sé, imagínate que tu hermano...

Ardee soltó un resoplido:

—Olvídate de él. No hará nada. Le he dicho que no meta las narices en mis asuntos —Jezal no pudo reprimir una sonrisa. Se imaginaba la escena y debía de haber sido muy divertida—. Además, según he oído, partís hacia Angland con la siguiente marea y no estaba dispuesta a permitir que te fueras sin despedirte, ¿sabes?

—¡Yo jamás haría eso! —dijo horrorizado. El simple hecho de oírla pronunciar la palabra despedida le hacía daño—. ¡Antes hubiera dejado que se

fueran sin mí!

—Ja.

Caminaron un rato en silencio, bordeando el lago, con los ojos clavados en la gravilla del sendero. Aquello no se parecía demasiado a la despedida agridulce que él se había imaginado. Pasaron por entre los troncos de unos sauces que esparcían sus ramas sobre las aguas. Era un lugar bastante apartado y a salvo de miradas indiscretas. No era probable que fuera a encontrar otro sitio mejor para soltar lo que tenía que decir. Miró de reojo a Ardee y respiró hondo.

—Ardee..., esto, no sé cuánto tiempo voy a estar fuera. En fin, pueden ser varios meses... —se mordió el labio superior. No le estaba saliendo tan bien como esperaba. Había ensayado aquel discurso frente al espejo lo menos veinte veces hasta dar con la expresión más idónea: seria, confiada, un punto halagadora. Ahora, en cambio, las palabras brotaban de sus labios confusas y atropelladas—. Confío que, bueno, que quizás, en fin, confío que me esperarás.

—Bueno, me imagino que seguiré por aquí. Tampoco tengo ningún otro sitio adonde ir. Pero yo que tú no me preocuparía, cuando estés en Angland tendrás muchas cosas en las que pensar:

la guerra, el honor, la gloria, todo eso. Muy pronto me habrás olvidado.

—¡No! —gritó agarrándola del brazo—. ¡Jamás te olvidaré! —volvió a soltarla a toda prisa, temeroso de que alguien le hubiera visto. Al menos había conseguido que le mirara a la cara. Parecía algo sorprendida por la rotundidad de su negación, aunque no tanto como lo estaba él.

Jezal bajó la vista y se la quedó mirando con los ojos parpadeando. Una chica guapa, aunque demasiado morena, de tez demasiado bronceada y demasiado inteligente; su traje era bastante sencillo, no llevaba joyas y tenía media cara cruzada por un moratón enorme. Seguramente no habría dado lugar a muchos comentarios en el comedor de oficiales. ¿Cómo era posible entonces que a él le pareciera la mujer más hermosa del mundo? A su lado, la princesa Terez era como un perro sin lavar. Las palabras fluyeron lúcidas de su mente y habló sin pensar, mirándola directamente a los ojos. Puede que eso fuera lo que la gente llamaba sinceridad.

—Escucha, Ardee. Sé que piensas que soy un asno y, bueno, supongo que en realidad lo soy, pero te puedo asegurar que no tengo la intención de serlo durante el resto de mi vida. No sé por qué me miras siquiera y tampoco sé mucho de estas cosas, pero, en fin... pienso en ti a todas horas. Es en lo único que pienso —volvió a respirar hondo—. Creo que... —volvió a echar un vistazo para asegurarse de que no había nadie mirando— ¡Creo que te quiero!

Ardee soltó una carcajada.

—Desde luego que eres un asno —dijo. Desesperación. Jezal se hundió en la miseria. Era tal su decepción que apenas podía respirar. Su rostro se contrajo, dejó caer la cabeza y clavó la vista en el suelo. Tenía lágrimas en los ojos. Lágrimas de verdad. Lastimoso—. Pero te esperaré —júbilo. Rebosó en su pecho y brotó hacia fuera convertido en un sollozo infantil. Se sentía totalmente indefenso. Era absurdo que aquella chica tuviera semejante poder sobre él. Con unas pocas palabras podía hacerle pasar del más profundo desconsuelo a la felicidad más absoluta.

Ardee volvió a soltar una carcajada.

—Pero ¿tú te has visto, pedazo de idiota? —alzó un brazo y le quitó una lágrima de la mejilla con el pulgar—. Te esperaré —dijo con una sonrisa. Con una de esas torcidas sonrisas suyas.

La gente se había volatilizado, el parque, la ciudad, el mundo entero. Durante un buen rato, ni siquiera sabía cuánto, estuvo mirando a Ardee tratando de grabar en su mente todos los rasgos de su cara. Tenía la impresión de que el recuerdo de esa sonrisa le tendría que servir para sobrellevar muchas cosas.

Los muelles bullían con una actividad inusitada incluso para lo habitual allí. Los embarcaderos rebosaban de gente, el aire vibraba y reverberaba debido al estruendo. Una procesión constante de soldados y suministros ascendía por las escurridizas pasarelas que conducían a los barcos. Se izaban cajas, rodaban barriles, cientos de caballos, bestias de ojos desorbitados y bocas espumeantes, eran conducidos a los barcos a rastras, a empujones, a patadas. Los hombres gruñían y gemían mientras tiraban de sogas húmedas o cargaban maderos empapados, sudaban y gritaban bajo la lluvia incesante, andando a trompicones por las resbaladizas cubiertas, corriendo de acá para allá en medio de una confusión colosal.

Por todas partes había gente abrazándose, besándose, diciendo adiós con las manos. Esposas despidiendo a sus maridos, madres despidiendo a sus hijos, hijos despidiendo a sus padres, todos ellos calados hasta los huesos. Unos se lo tomaban con entereza, otros lloraban y gimoteaban. Y a otros parecía traerles sin cuidado: simples curiosos que habían acudido a contemplar aquella locura.

Para Jezal, que se encontraba apoyado en el desgastado riel del barco que le iba a llevar a Angland, nada de aquello tenía sentido. El agua le resbalaba a chorros por la nariz, tenía el pelo pegado a la cabeza y se encontraba sumido en

un estado de profunda melancolía. Ardee no estaba allí y, sin embargo, parecía estar en todas partes. De pronto le parecía oír su voz, que se alzaba por encima del tumulto llamándole por su nombre. Luego creía verla por el rabillo del ojo, mirándole, y se le cortaba la respiración. Sonreía, hacía ademán de levantar la mano para saludarla y, de repente, se daba cuenta de que no era ella. Otra mujer morena que sonreía a algún otro soldado. Los hombros volvían a hundírsele. La decepción era cada vez más honda.

Ahora se daba cuenta del tremendo error que había cometido. ¿Por qué le había dicho que le esperara? ¿Que le esperara para qué? No podía casarse con ella, eso estaba claro. Era imposible. Sin embargo, sólo de pensar que pudiera fijarse en otro hombre le ponía enfermo. Estaba hundido en la miseria.

Amor. No le hacía maldita la gracia tener que reconocerlo, pero sólo podía ser eso. Siempre había sentido el más absoluto desprecio por aquella idea. No era más que una estúpida palabra. Una palabra que sólo servía para que los malos poetas tuvieran algo con lo que dar la tabarra y las mujeres imbéciles un tema del que cotillear. Una idea propia de un cuento de niños y carente de toda relevancia en el mundo real, donde las relaciones entre hombres y mujeres se reducían al sexo y al dinero. Y, sin embargo, ahí estaba él, hundido hasta el cuello en una ciénaga de temor y culpa, de deseo y confusión, de dolor y pérdida. Amor. Qué maldición.

—Me gustaría ver a Ardee —susurró Kaspa en tono nostálgico.

Jezal se volvió y le miró fijamente.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Bueno, sólo digo que sería agradable verla, nada más —dijo el teniente alzando las manos—. Desde que se produjo el incidente mientras jugaban a las cartas, todo el mundo andaba con pies de plomo por temor a que volviera a estallar.

Jezal se volvió hacia la multitud con gesto hosco. Abajo se había formado una especie de tumulto. Un jinete trataba de abrirse paso en medio del caos, espoleando un caballo empapado de sudor y gritando cada dos por tres: «¡Dejen paso!». Incluso bajo aquel chaparrón, las alas del casco del jinete resplandecían. Un correo del Rey.

—Alguien va a recibir malas noticias —susurró Kaspa.

Jezal asintió.

—Y parece que somos nosotros. —En efecto, el jinete avanzaba directamente hacia su barco, dejando a sus espaldas una estela de soldados y estibadores desconcertados y furiosos. Se bajó del caballo de un salto y comenzó a subir con paso decidido por la pasarela; el semblante adusto, la reluciente

armadura empapada, las espuelas cascabeleando a cada paso que daba.

—¿El capitán Luthar? —preguntó.

—Yo soy —dijo Jezal—. Llamaré al coronel.

—No es necesario. El mensaje es para usted.

—¿Para mí?

—El Juez Marovia requiere que se presente inmediatamente en su despacho. Será mejor que coja mi caballo.

Jezal frunció el ceño. Aquello le daba mala espina. No veía ninguna razón que justificara que se recurriera a un correo del Rey para hacerle llegar un mensaje, a no ser que el asunto guardara relación con su presencia en el interior de la Casa del Creador. No quería saber nada más sobre aquello. Prefería relegarlo al olvido, junto con Bayaz, su norteño y el repulsivo tullido.

—El Juez le está esperando, capitán.

—Sí, sí, ya voy —al parecer no había nada que hacer.

—¡Ah, capitán Luthar! ¡Qué honor volver a verle! —Tal y como estaban las cosas, a Jezal apenas le sorprendió toparse con el demente de Sulfur en las proximidades de las oficinas del Juez Supremo. De hecho, ya ni siquiera le parecía un loco, sólo una pieza más de un mundo que había perdido por completo la razón—. ¡Qué inmenso honor! —babeó.

—Lo mismo digo —dijo en tono ausente Jezal.

—¡Qué suerte haberle encontrado ahora que los dos estamos a punto de partir! Mi señor me ha encomendado un número ingente de tareas —exhaló un hondo suspiro—. No nos dan respiro, ¿eh?

—No, tiene usted razón.

—¡De todos modos, es un honor verle y, por si fuera poco, convertido en todo un triunfador del Certamen! Estuve allí, sabe, fue un auténtico privilegio poder asistir a un acontecimiento como ése —sonrió ampliamente y sus ojos de dos colores chispearon—. Y pensar que estaba decidido a dejarlo. ¡Ja! ¡Pero no lo hizo, ya se lo dije yo! ¡No lo hizo y ahora recoge los frutos! Los confines del Mundo —añadió en voz muy baja como si pronunciar aquellas palabras en voz alta pudiera desencadenar una catástrofe—. Los confines del Mundo. ¿Se lo imagina? ¡Le envidio, vaya si le envidio!

Jezal parpadeó.

—¿Qué?

—¡Qué! ¡Ja! ¡Qué, dice! ¡Es usted un valiente, señor! ¡Un auténtico valiente! —Y, acto seguido, Sulfur se alejó con paso vivo por la encharcada Plaza de los Mariscales, riéndose para sí. Jezal estaba tan desconcertado que ni siquiera se sintió con fuerzas para llamarle maldito idiota cuando estuvo demasiado lejos para poder oírle.

Uno de los innumerables secretarios de Marovia le condujo por un retumbante pasillo desierto que desembocaba en unas puertas colosales. Se detuvo delante de ellas y llamó. Al oír un grito de respuesta, giró el pomo, tiró hacia sí una de las hojas y se apartó cortésmente para dejar pasar a Jezal.

—Ya puede pasar —dijo en voz baja al ver que Jezal no se movía.

—Ah, sí, sí, claro.

La gigantesca cámara estaba sumida en un inquietante silencio. Apenas había muebles en aquel inmenso espacio forrado de madera, y los pocos que había eran de un tamaño exagerado, como si estuvieran pensados para unas personas mucho más grandes que Jezal. Por un instante tuvo la impresión de que había acudido a aquel lugar para verse sometido a un juicio.

El Gran Juez Marovia estaba sentado tras una mesa descomunal, que relucía como un espejo. Miraba a Jezal con una sonrisa cordial, aunque teñida de una cierta expresión de lástima. A su izquierda se sentaba el Mariscal Varuz, que miraba hacia abajo contemplando con gesto culpable el reflejo borroso de su propio rostro. Jezal no creía que fuera posible sentirse más deprimido de lo que ya estaba, pero, al fijarse en el tercer miembro del grupo, se dio cuenta de que estaba equivocado. Ahí estaba Bayaz, con su característica sonrisa de suficiencia. Sintió un leve ataque de pánico cuando la puerta se cerró a sus espaldas: el clic del pestillo le hizo pensar en el cerrojo de una mazmorra.

Bayaz se levantó y rodeó la mesa.

—Capitán Luthar, me alegro mucho de que haya venido —el anciano cogió la mano húmeda de Jezal, la estrechó con fuerza y luego le condujo hacia el interior de la sala—. Gracias por venir. Muchas gracias.

—Mmm... no faltaba más —ni que hubiera tenido otra opción.

—Bueno, me imagino que estará preguntándose a qué viene todo esto. Permítame que se lo explique —dio un paso atrás y se sentó sobre la mesa, como si fuera un tío que se dispusiera a soltar una cordial charla a su sobrino—. Yo y un pequeño grupo de valientes compañeros, personas escogidas, me entiende, personas distinguidas, vamos a emprender un largo viaje. ¡Un viaje épico! ¡Una grandiosa aventura! No me cabe ninguna duda de que si nuestra misión se ve coronada por el éxito, se hablará de ello durante años. Durante

muchos años —Bayaz arqueó sus blancas cejas y su frente se cubrió de arrugas—. ¿Y bien? ¿Qué le parece?

—Mmm... —Jezal miró nervioso a Marovia y a Varuz, pero ninguno de los dos le dio ninguna pista que le permitiera adivinar de qué iba todo aquello—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, Jezal. No le importa que le llame Jezal, ¿verdad?

—No, mmm, claro que no. Esto, el caso es que... verá, me pregunto qué tiene eso que ver conmigo.

Bayaz sonrió.

—Nos falta un hombre.

Se produjo un tenso y prolongado silencio. Una gota de agua se desprendió del cuero cabelludo de Jezal, resbaló por su frente, se deslizó por su nariz y fue a parar a las baldosas del suelo. Un sentimiento de espanto se fue esparciendo lentamente por todo su cuerpo, desde las entrañas hasta la punta de los dedos.

—¿Yo? —masculló.

—Se trata de un trayecto largo, difícil y, con toda probabilidad, preñado de peligros. Ahí fuera tenemos enemigos, tanto usted como yo. Muchos más enemigos de los que se imagina. ¿Quién podría sernos más útil que un consumado espadachín como usted? ¿Todo un vencedor del Certamen?

Jezal tragó saliva.

—Le agradezco mucho su ofrecimiento, se lo digo sinceramente, pero me veo obligado a declinarlo. Mi puesto está con el ejército, ¿comprende? —dio un paso vacilante hacia atrás en dirección a la puerta—. Debo ir al Norte. Ahora, si me disculpan, mi barco debe de estar a punto de zarpar y...

—Me temo que su barco ya ha zarpado, capitán —terció Marovia. Su voz cálida hizo que Jezal se parara en seco—. No hace falta que siga preocupándose de eso. No va a ir a Angland.

—Pero, Señoría, mi compañía...

—Ya encontraremos otro oficial para que la mande —dijo sonriendo el Juez Supremo; su tono era comprensivo y cordial pero tremendamente firme—. Valoro mucho sus sentimientos, créame, pero consideramos que esto es bastante más urgente. Es muy importante que haya un representante de la Unión en este asunto.

—Terriblemente importante —murmuró Varuz sin demasiado entusiasmo. Jezal miraba atónito a los tres ancianos. No había escapatoria. ¿Era

esa la recompensa por haber ganado el Certamen? ¿Un viaje descabellado a váyase usted a saber dónde en compañía de un anciano trastornado y un grupo de salvajes? ¡Cuánto deseaba no haberse dedicado jamás a la esgrima! ¡No haber puesto sus ojos en un acero en su vida! Pero desear no servía de nada. No había vuelta atrás.

—Tengo que servir a mi patria... —musitó Jezal.

Bayaz soltó una carcajada.

—Acabar formando parte de una pila de cadáveres en el gélido Norte no es la única manera de servir a la patria, muchacho. Zarpamos mañana.

—¿Mañana? Pero si todas mis cosas están en...

—No se preocupe, capitán, todo está arreglado —el anciano se bajó de la mesa, se le acercó y le palmeó la espalda con entusiasmo—. Antes de que zarpara su barco se desembarcaron sus bártulos. Dispone de esta tarde para escoger lo que se va a llevar al viaje, pero debemos ir ligeros de equipaje. Armas, desde luego, y también ropa resistente. No se olvide tampoco de meter un buen par de botas, ¿eh? Me temo que tendrá que olvidarse de los uniformes, podrían llamar la atención de una forma muy poco recomendable en los lugares adonde vamos.

—Está bien —dijo abatido Jezal—. ¿Y puedo preguntarle... a dónde vamos?

—¡A los confines del Mundo, muchacho, a los confines del Mundo! —los ojos de Bayaz emitieron un destello—. Y luego de vuelta a casa.. espero.

El Sanguinario

Digamos una cosa de Logen Nuevededos: estaba contento. Por fin se iban. Pese a haber oído algunos comentarios imprecisos sobre el Viejo Imperio y los confines del Mundo, no tenía ni la más remota idea de a dónde iban, pero tampoco le importaba. Cualquier sitio le parecería bien con tal de salir de aquel maldito lugar, y cuanto antes se largaran, tanto mejor.

El último miembro en unirse al grupo no parecía compartir su entusiasmo. Se trataba de Luthar, el joven arrogante de la barbacana. El tipo que había vencido en el jueguecito aquel de las espadas gracias a las trampas de Bayaz. Desde que llegó, apenas había pronunciado más de dos palabras seguidas. Se limitaba a permanecer de pie con la cara rígida y pálida como la cera, mirando por la ventana más tieso que si le hubieran ensartado una lanza en el culo.

Logen se dirigió lentamente hacia él. Si se va a viajar con un hombre, y puede que también a luchar a su lado, es preferible charlar con él y, si es posible, echarse unas risas. Es así cómo surge primero la comprensión y luego la confianza. Es la confianza lo que mantiene unida a una banda, y, en medio de la naturaleza salvaje, eso puede representar la diferencia entre la vida y la muerte. Generar una confianza de ese tipo lleva su tiempo y exige un esfuerzo. Logen pensaba que, puestos a ello, era mejor empezar cuanto antes, y, además, aquel día estaba de muy buen humor. Se puso al lado de Luthar y se quedó mirando al parque mientras trataba de encontrar un terreno común en el que sembrar las semillas de tan improbable amistad.

—Hermoso país el suyo —no lo pensaba, pero andaba escaso de ideas.

Luthar se volvió hacia él y le miró de arriba abajo con gesto altanero:

—¡Qué sabrá usted!

—Siempre he pensado que la opinión de un hombre vale tanto como la de cualquier otro.

—Ja —replicó el joven con gélida sorna—. Ésa debe de ser una de las muchas cosas que nos diferencian —y, dicho aquello, siguió mirando por la ventana.

Logen respiró hondo. Parecía que la confianza mutua iba a tardar algún tiempo en surgir. Dejó a Luthar y probó con Quai, aunque, a decir verdad, el aspecto del aprendiz era de lo menos prometedor: estaba arrellanado en su silla con la mirada perdida y el ceño fruncido. Logen se sentó a su lado.

—Bueno, debes de estar deseando volver a tu país, ¿no?

—Mi país —musitó con desánimo el aprendiz.

—Sí, el Viejo Imperio... o como se llame.

—Ni se imagina cómo son allí las cosas.

—Pues cuéntamelo —dijo Logen esperando oír hablar de la paz de sus valles, de sus ciudades, de sus ríos y todo ese tipo de cosas.

—Allí no hay más que sangre. Sangre y anarquía. La vida vale menos que una mota de polvo.

Sangre, anarquía. Aquellas palabras tenían un regusto desagradablemente familiar.

—¿No hay una especie de Emperador o algo así?

—Hay muchos, y siempre están luchando entre sí, forjando unas alianzas que duran una semana, un día, una hora, pues nada más sellarlas se apresuran a apuñalarse unos a otros por la espalda. Cuando cae un Emperador, surge otro

y luego otro y otro, y, entretanto, en los márgenes de la sociedad, los desesperados, los desposeídos, hurgan entre la basura o se dedican al pillaje o al asesinato. Las ciudades menguan, las grandes obras del pasado se convierten en ruinas, las cosechas no se recogen y la gente pasa hambre. Derramamiento de sangre y traiciones, así ha sido desde hace cientos de años. Las raíces de las rivalidades son tan profundas, tan enmarañadas, que ya casi nadie sabe quién es enemigo de quién ni por qué. Ya no se necesitan razones.

Logen hizo un último intento.

—Nunca se sabe. Puede que ahora las cosas vayan mejor.

—¿Por qué? —masculló el aprendiz— ¿Por qué?

Logen trataba de encontrar desesperadamente una respuesta, cuando de pronto se abrieron las puertas. Con gesto preocupado, Bayaz inspeccionó la habitación.

—¿Dónde está Maljinn?

Quai tragó saliva.

—Ha salido.

—Ya veo que ha salido. ¡Pero creo que le dije que la retuviera aquí!

—Sí, pero no me dijo cómo —masculló el aprendiz.

Su maestro le ignoró.

—¿Dónde se habrá metido esa endemoniada mujer? ¡Mañana al mediodía zarpamos! ¡Hace sólo tres días que la conozco y ya me tiene hasta las narices! —apretó los dientes y respiró hondo—. Vaya a ver si la encuentra, Logen, ¿quiere? Encuéntrela y tráigala de vuelta.

—¿Y si no quiere volver?

—¡A mí qué me cuenta, cójala y échesela al hombro! ¡Por mí como si la trae hasta aquí a patadas!

Se decía pronto, pero a Logen no le entusiasmaba en absoluto la idea. De todos modos, ya que había que hacerlo para poder zarpar, mejor hacerlo cuanto antes. Exhaló un suspiro, se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

Logen se pegó a las sombras del muro y echó un vistazo.

—Mierda —se dijo en un susurro. Ahora tenía que ser, justo cuando estaban a punto de irse. A unas veinte zancadas de él, con un gesto más torvo de lo habitual, se encontraba Ferro. La rodeaban tres hombres. Unos

enmascarados vestidos de negro. Junto a las piernas, apenas visibles, llevaban unas estacas; las tenían bajadas, pero Logen no albergaba ninguna duda sobre cuáles eran sus intenciones. Podía oír lo que estaba diciendo uno de ellos, tras su máscara siseaba algo así como que se fuera con ellos sin armar follón. Logen torció el gesto. No armar follón concordaba mal con el carácter de Ferro.

Se preguntó si no sería mejor escabullirse y avisar a los demás. No podía decirse que aquella mujer le cayera demasiado bien, desde luego no lo bastante como para dejarse abrir la cabeza por ella. Pero eran tres contra uno, y si la dejaba a merced de aquellos tipos, por muy dura que fuera, lo más probable es que para cuando estuviera de vuelta la hubieran hecho picadillo y se la hubieran llevado a rastras a saber a dónde. Y entonces puede que no pudiera salir jamás de aquella maldita ciudad.

Se puso a calibrar la distancia, a pensar en la mejor manera de hacerles frente, a sopesar las distintas alternativas, pero llevaba demasiado tiempo inactivo y su mente había perdido agilidad. Aún seguía dándole vueltas al asunto cuando, de pronto, Ferro lanzó un alarido, se abalanzó sobre uno de los hombres y le soltó un golpe que le hizo caer de espaldas. Tuvo tiempo de descargarle dos brutales puñetazos en la cara antes de que los otros dos la agarraran y la levantaran.

—Mierda —farfulló Logen. Ahora los tres estaban enzarzados, dando bandazos en medio de la calle, chocándose contra las paredes, gruñendo, profiriendo maldiciones, lanzando patadas y puñetazos, formando una maraña de brazos y piernas. El momento de abordar el asunto de una forma inteligente había pasado. Logen apretó los dientes y se lanzó a la carga.

El tipo que estaba caído se había puesto de pie, y, mientras los otros dos se esforzaban por amarrar a Ferro, se sacudió la cabeza para quitarse el aturdimiento. Luego alzó la estaca dispuesto a estrellársela a Ferro en el cráneo. Logen soltó un rugido. El enmascarado, sorprendido, volvió la cabeza.

—¿Eh? —El hombro de Logen se estampó contra sus costillas, levantándolo en vilo y arrojándolo por el aire. Logen vio por el rabillo del ojo una estaca que caía hacia él, pero les había cogido desprevenidos y el golpe venía con poca fuerza. Lo paró con el brazo, se coló por debajo de su oponente y descargó sus puños contra la máscara, dos señores puñetazos, uno con cada mano. El enmascarado se tambaleó hacia atrás agitando los brazos. Antes de que se cayera, Logen le cogió los puños de su gabán negro, lo alzó en volandas y lo arrojó bocabajo contra el muro.

Salió rebotado emitiendo un gorgoteo y se desplomó sobre el adoquinado. Logen se volvió en redondo con los puños cerrados, pero el tercer tipo estaba caído de bruces en el suelo y Ferro estaba montada encima de él, con

una rodilla hundida en su espalda, levantándole la cabeza por el cabello y golpeándosela contra el suelo mientras profería un torrente de maldiciones ininteligibles.

—¿Qué habías hecho? —gritó Logen cogiéndola de un codo y apartándola del tipo.

Ferro se zafó y se quedó quieta, jadeando, con los brazos caídos, los puños cerrados y la nariz chorreando sangre.

—Nada —gruñó.

Logen, por precaución, retrocedió un paso.

—¿Nada? ¿Y a qué ha venido todo esto entonces?

Ferro retuvo un instante cada una de las palabras y luego se las escupió con su desagradable acento:

—Yo... qué... sé —luego se limpió la sangre de la boca con una mano y, de pronto, se quedó paralizada. Logen volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro. Por la callejuela venían corriendo otros tres enmascarados.

—Mierda.

—¡Mueve el culo, pálido! —Ferro se volvió y salió corriendo. Logen la imitó. ¿Podía hacer otra cosa? Corrió. La angustiosa y jadeante carrera de la presa: los hombros aguardando recibir un golpe por la espalda, el aire entrándole a bocanadas por la boca, el eco de los pasos de sus perseguidores retumbándole en los oídos.

A ambos lados pasaban como una exhalación altos edificios blancos, ventanas, puertas, estatuas, jardines. También gente, que gritaban y se echaban a un lado o se pegaban a las paredes. No tenía ni idea de dónde estaban, no tenía ni idea de a dónde iban. De un portal que tenía justo delante salió un tipo con un fajo de papeles bajo el brazo. Se chocaron, cayeron al suelo, rodaron por una alcantarilla en medio de una nube de papeles.

Intentó levantarse, pero le ardían las piernas. ¡Y no podía ver! Un trozo de papel se le había pegado a la cara. Se lo quitó y sintió que le cogían del brazo y tiraban de él.

—¡Arriba, pálido! ¡Muévete! —Ferro. Aquella mujer ni siquiera jadeaba. Mientras se esforzaba por seguir su ritmo, Logen tenía la sensación de que se le iban a reventar los pulmones, pero ella seguía sin bajar la marcha, la cabeza gacha, los pies volando sobre el suelo.

De pronto, se metió en un pasadizo que había delante, y Logen, dando un patinazo al doblar la esquina, trató de seguirla. Un espacio amplio y sombrío, una elevada estructura de madera, un extraño bosque de vigas

cuadradas. ¿Dónde demonios estaban? Al fondo brillaba una luz. Se precipitó hacia fuera y sus ojos parpadearon. Ferro estaba un poco más delante, dándose lentamente la vuelta, respirando entrecortadamente. Se encontraban en medio de un círculo de hierba, un pequeño círculo.

Ya sabía dónde estaba. Era la arena, el lugar donde había estado sentado entre la multitud viendo el juego aquel de las espadas. Las gradas vacías se extendían todo alrededor del perímetro de la plaza. Encaramados a ellas se veían carpinteros, que martilleaban y serraban. Algunas de las gradas de la parte posterior ya habían sido desmontadas y los soportes se erguían en el aire como si fueran el costillar de un gigante. Posó las manos en sus rodillas temblorosas y se agachó tratando de tomar aire, escupiendo saliva.

—¿Y ahora... qué?

—Por aquí —Logen hizo un esfuerzo, se irguió y avanzó detrás de ella a trompicones. Pero Ferro se había dado la vuelta—: No, por aquí no.

Logen los vio. Otro grupo de figuras enmascaradas. La de delante era una mujer, alta, con una mata revuelta de puntiagudos cabellos pelirrojos. Avanzaba en silencio hacia el círculo, caminando sobre la punta de los pies, mientras movía los brazos por detrás indicándole a sus compañeros que fueran por los flancos para rodearles. Logen echó un vistazo a su alrededor, buscando algo que pudiera servirle de arma, pero no había nada, sólo las gradas vacías y los grandes edificios blancos que se alzaban al fondo. Ferro se encontraba a unos cinco metros y retrocedía hacia donde estaba él; un poco más allá otros dos enmascarados, provistos de sendas estacas, avanzaban hacia ellos bordeando sigilosamente los cercados. Cinco. Cinco en total.

—Mierda —dijo.

¿Por qué demonios se están retrasando tanto? —refunfuñó Bayaz mientras daba vueltas por la sala. Era la primera vez que Jezal veía enfadado al viejo, y, aunque no sabía muy bien por qué, le ponía extremadamente nervioso. Cada vez que pasaba a su lado, Jezal sentía el impulso de apartarse—. Me voy a dar un baño, maldita sea. Quizá pasen meses antes de que pueda volver a hacerlo. ¡Meses! —Bayaz salió de la habitación hecho una furia y cerró la puerta del cuarto de baño de un portazo, dejando a Jezal a solas con el aprendiz.

Debían de ser más o menos de la misma edad, pero, aparte de eso, Jezal no veía que tuvieran nada más en común y, mientras lo miraba, no disimulaba su desprecio. Un ratón de biblioteca, uno de esos tipos enfermizos y enclenques. Esa forma de dar vueltas por la habitación con aspecto enfurruñado y abatido resultaba patética. Y grosera, además. Indignantemente grosera. Jezal echaba humo en silencio. ¿Quién se había creído que era ese crío arrogante? ¿Qué razones tenía él para sentirse tan contrariado? No era a él a quien le habían

robado la vida.

Claro que, puestos a tener que quedarse con uno de ellos, las cosas podrían haber sido bastante peor. Podría haberle tocado el norteño tarado, con su cháchara trabada y titubeante. O la bruja gurka, que lo único que sabía hacer era mirar fijamente con sus malignos ojos amarillos. Sólo de pensarlo se estremeció. Gente distinguida, había dicho Bayaz. De no haber sido porque estaba a punto de que se le saltaran las lágrimas, se habría puesto a reír a carcajadas.

Jezal se dejó caer en una silla de respaldo alto que tenía varios almohadones en el asiento, pero ni siquiera así consiguió sentirse cómodo. Sus amigos ya estaban camino de Angland y los empezaba a echar de menos. A West, a Kaspa, a Jalenhorm. Incluso al cabrón de Brint. Camino del honor, camino de la fama. La guerra terminaría mucho antes de que él regresara del pozo al que le iba a conducir ese anciano demente; eso si es que regresaba. Quién sabe cuándo volvería a haber otra guerra, otra oportunidad de alcanzar la gloria.

Habría dado lo que fuera por poder ir a combatir contra los Hombres del Norte. O por poder estar con Ardee. Parecían haber pasado siglos desde la última vez que fue feliz. Su vida era un desastre. Un auténtico desastre. Mientras se arrellanaba un poco más en la silla se preguntó si las cosas podían llegar a ser peor.

—Argh —gruñó Logen al sentir un estacazo en el brazo. Luego recibió otro en el hombro, después en un costado. Retrocedía tambaleándose, medio arrodillado, haciendo todo lo posible por esquivar los golpes. Oía a Ferro chillar a sus espaldas, pero no conseguía distinguir si eran gritos de furia o de dolor, estaba demasiado ocupado recibiendo aquella somanta de palos.

Recibió un golpetazo en el cráneo y salió despedido contra las gradas. Cayó de bruces y su pecho se estrelló contra el primer banco, vaciándole de aire los pulmones. Le chorreaba sangre por el cuero cabelludo, por las manos, por la boca. Los ojos le lloraban debido a un golpe que había recibido en la nariz, tenía los nudillos despellejados y llenos de sangre, tan desgarrados casi como sus ropas. Durante un instante, permaneció inmóvil, tratando de hacer acopio de las pocas fuerzas que le quedaban. Detrás del banco, tirado en el suelo, había un largo trozo de madera. Lo agarró por un extremo. Estaba suelto. Se lo acercó. Le gustó su tacto. Pesaba.

Tomó aire y se dispuso a hacer un último esfuerzo. Movió las piernas y los brazos para probarlos. Nada roto, exceptuando tal vez la nariz, pero no era

la primera vez. Oyó unos pasos a su espalda. Unos pasos que se acercaban sin prisas, tomándose su tiempo.

Se fue incorporando poco a poco, tratando de aparentar que aún estaba aturdido. De pronto, lanzó un rugido y se volvió de golpe blandiendo en alto su nueva arma. El madero se partió en dos contra el hombro del enmascarado y una de las mitades voló por encima de la hierba y luego rodó por el suelo. El hombre exhaló un gemido sofocado y se vino abajo; los ojos apretados, una mano aferrada al cuello, la otra caída e inerte, abriendo los dedos, dejando caer la estaca. Logen alzó con ambas manos el trozo de madera que le quedaba y le cruzó la cara con él. La cabeza salió rebotada hacia atrás y el tipo se desplomó sobre el césped; bajo su máscara desgarrada manaba un copioso caudal de sangre.

Una lluvia de estrellas inundó la cabeza de Logen. Dio un traspiés y se hincó de rodillas. Le habían dado un golpe en la nuca. Un buen golpe. Se bamboleó un instante tratando de no caer de bruces y, de pronto, sus ojos recuperaron la visión. La mujer pelirroja se alzaba junto a él y se disponía a levantar de nuevo su estaca.

Logen se puso de pie de un salto, se echó sobre ella dando manotazos y trató de sujetarla el brazo, tirando de ella unas veces, apoyándose en ella otras, mientras le zumbaban los oídos y el mundo entero giraba vertiginoso a su alrededor. Daban bandazos por el círculo de hierba, tirando cada uno de un extremo de la estaca, como dos borrachos que se pelearan por una botella. La mujer le golpeaba en el costado con la mano que tenía libre. Fuertes puñetazos dirigidos contra sus costillas.

—Aargh —gruñía Logen, pero ya se le estaba pasando el aturdimiento y la mujer era bastante menos fuerte que él. Le retorció el brazo con el que sujetaba la estaca y se lo puso a la espalda. La mujer le soltó un puñetazo en la cara, un golpe tan fuerte que hizo que por un instante Logen volviera a ver las estrellas; pero, a pesar de ello, consiguió agarrarla de la muñeca y le inmovilizó también el otro brazo. Luego, ayudándose con una rodilla, la dobló hacia atrás.

La pelirroja se retorcía y pataleaba, apretando los ojos hasta dejarlos reducidos a dos centelleantes ranuras, pero Logen la tenía bien sujeta. Liberó su mano derecha de la maraña de miembros, alzó el puño y se lo incrustó en el estómago. La mujer exhaló un suspiro, desorbitó los ojos y quedó inerte. Logen la lanzó lejos de sí. La pelirroja se arrastró por el suelo, se quitó la máscara y se puso a vomitar en la hierba.

Logen se bamboleaba sobre la hierba, sacudía la cabeza, escupía salivazos de sangre mezclada con tierra. Aparte de la mujer, que seguía en el suelo con arcadas, había otros cuatro bultos negros arrebujados en distintos

lugares del círculo. Uno de ellos dejaba escapar leves gruñidos mientras Ferro descargaba sobre él una lluvia de patadas. Aunque tenía la cara teñida de sangre, Ferro sonreía.

—Sigo vivo —mascculló Logen—. Sigo... —venían más por el pasadizo. Se volvió y estuvo a punto de caerse. Otros cuatro por el lado contrario. Estaban atrapados.

—¡Muévete, pálido! —Ferro pasó junto a él como una exhalación y se subió de un salto al primer banco del graderío, luego al segundo y al tercero, brincando de uno a otro con grandes zancadas. Estaba loca. ¿Adónde pensaba llegar por ahí? La pelirroja había dejado de vomitar y avanzaba a rastras hacia su estaca. Los otros se aproximaban a toda velocidad, se habían juntado una montonera. Ferro ya había ascendido una cuarta parte de las gradas y no daba muestras de cansancio, seguía saltando de banco en banco haciendo retemblar los tablones.

—Mierda —Logen la siguió. Tras superar una docena de bancos, sintió que las piernas volvían a arderle. Dejó de pegar saltos y continuó la ascensión gateando. Mientras trepaba por encima de los respaldos de los bancos veía a los enmascarados que tenía detrás: le seguían con la mirada, le señalaban y se llamaban a gritos los unos a los otros mientras se iban esparciendo por el graderío.

Ahora avanzaba muy despacio. Cada banco era como una montaña. El enmascarado que tenía más cerca se encontraba ya a sólo dos filas de él. Siguió trepando, alto, cada vez más alto: sus manos ensangrentadas se aferraban a la madera, sus rodillas ensangrentadas se raspaban contra los bancos, el ruido de su propia respiración le retumbaba en la cabeza, la piel le hormigueaba debido al sudor y al miedo. De repente se encontró frente a un hueco. Exhaló un grito ahogado y se quedó oscilando al borde del vacío agitando las manos para no perder el equilibrio.

Estaba cerca de los tejados de los edificios, pero la mayor parte de los asientos de aquella zona ya habían sido desmontados y lo único que quedaba eran los soportes: unos pilares unidos entre sí por estrechas vigas y con mucho espacio vacío entre medias. Vio cómo Ferro saltaba de poste en poste y luego atravesaba corriendo un tablón que oscilaba, sin que pareciera preocuparle en lo más mínimo el vacío que se abría a ambos lados. Finalmente, se plantó de un salto en un tejado plano que había al otro extremo, muy por encima de donde él se encontraba. A Logen le pareció que estaba infinitamente lejos.

—Mierda —Logen estiró los brazos para mantener el equilibrio y avanzó tambaleándose por la viga que le quedaba más cerca, arrastrando los pies como si fuera un anciano. El corazón le martilleaba el pecho como una maza que

golpeara un yunque; las rodillas, fatigadas por la ascensión, le temblaban. Intentó abstraerse de los ruidos y de los gritos de los hombres que le perseguían para concentrar su vista en la nudosa superficie de la viga, ya que no podía mirar hacia abajo sin ver el laberinto de madera que tenía debajo y las diminutas losas que se divisaban al fondo. Muy a lo lejos.

Con paso inseguro se plantó en una pasarela que seguía intacta y la cruzó muy deprisa hasta llegar al otro extremo. Luego se aupó a una viga que había por encima de su cabeza, enroscó sobre ella las piernas y comenzó a trepar con el trasero pegado a la madera mientras se repetía una y otra vez: «Sigo vivo». El enmascarado que le seguía más de cerca había llegado ya a la pasarela y la cruzaba corriendo en dirección a él.

La viga moría en lo alto de uno de los postes aislados. Un cuadrado de madera de apenas un metro de superficie. Más allá se abría el vacío. Dos zancadas de vacío. Luego otro cuadrado en lo alto de otro mástil vertiginoso y, finalmente, el tablón que desembocaba en el tejado plano. Ferro le estaba observando desde el pretil.

—¡Salta! —chilló— ¡Salta, pálido de mierda!

Saltó. Sintió la acometida del viento. Su pie izquierdo aterrizó en el cuadrado de madera, pero no hubo forma de frenarse. Se golpeó el pie derecho contra el tablón. Se le torció el tobillo, la rodilla cedió. El mundo dio un vuelco vertiginoso. Su pie izquierdo aterrizó, mitad en la madera, mitad fuera. El tablón traqueteó. Durante un instante eterno se encontró en el aire agitando los brazos.

—¡Uuufff! —Su pecho se estrelló contra el pretil. Intentó agarrarse, pero estaba sin aliento. Empezó a resbalar hacia atrás, poco a poco, centímetro a centímetro. Primero vio el tejado, luego sólo sus manos y finalmente lo único que vio fueron las piedras que tenía pegadas a la cara.

—Socorro —susurró, pero nadie vino a socorrerle.

Debajo tenía una buena caída, lo sabía. Una caída muy, muy prolongada, y esta vez al fondo no había agua. Sólo piedras, duras, planas, letales. Oyó un traqueteo. El enmascarado estaba cruzando el tablón. Oyó también que alguien gritaba, pero nada de eso importaba ya. Resbaló hacia atrás otro poco más, y sus manos trataron de aferrarse desesperadamente al frágil mortero.

—Socorro —masculló, pero no había nadie que pudiera socorrerle. Sólo los enmascarados y Ferro, y ninguno de ellos parecía pertenecer al tipo de personas que suelen socorrer a sus semejantes.

De pronto, oyó un golpe seco seguido de un chillido de pánico. Ferro había dado una patada al tablón y el enmascarado se precipitaba al vacío.

Durante un buen rato el chillido se fue desvaneciendo a lo lejos hasta que finalmente se oyó un golpe y se cortó en seco. El enmascarado se había estrellado contra el lejano suelo, y Logen no ignoraba que no tardaría en hacerle compañía. Más vale ser realista con este tipo de cosas. Esta vez no habría ninguna corriente que le depositara en la orilla. Las puntas de sus dedos resbalaban lentamente, el mortero empezaba a desmenuzarse. El combate, la carrera, la ascensión habían consumido todas sus fuerzas. Se preguntó qué ruido haría cuando se precipitara al vacío.

—Socorro —musitó.

Unos dedos fuertes se cerraron en torno a su muñeca. Unos dedos oscuros, sucios. Oyó un gruñido y sintió que tiraban de su brazo con fuerza. Soltó un gemido. El borde del pretil volvió a aparecer. Luego vio a Ferro, con los dientes apretados, los ojos entrecerrados por el esfuerzo, las venas del cuello hinchadas, la cicatriz de su cara morena lívida. Logen se aferró al tablón con la otra mano, pasó su pecho por encima y luego logró montar una rodilla.

Ferro le izó el trecho que quedaba, y Logen rodó hacia el otro lado, cayó de espaldas y se quedó tumbado mirando el cielo blanquecino mientras boqueaba como un pez recién sacado del agua.

—Sigo vivo —masculló al cabo de un instante. Casi no se lo creía. No se habría sorprendido en exceso si Ferro le hubiera pisado las manos y le hubiera hecho caer.

El rostro de ella apareció por encima de él, mirándole fijamente con sus ojos amarillos, enseñándole los dientes en un gesto de furia.

—¡Maldito gordo pálido!

Ferro se apartó de él sacudiendo la cabeza, se acercó a un muro y comenzó a treparlo rápidamente en dirección a un tejado de escasa pendiente que había un poco más arriba. Mientras la miraba, un rictus de dolor se dibujó en el semblante de Logen. ¿Es que no se cansaba nunca? Él tenía los brazos machacados, cubiertos de arañazos, de moratones. Las piernas le ardían y otra vez estaba sangrando por la nariz. Le dolía todo el cuerpo. Se dio la vuelta y miró hacia abajo. A unas veinte zancadas, justo al borde de la última fila de bancos, había un enmascarado mirándole. Otros cuantos buscaban un poco más abajo una forma de seguir subiendo. Muy a lo lejos, en el círculo amarillo de hierba, distinguió una pequeña figura negra de cabello pelirrojo que daba órdenes señalando a uno y otro lado y luego apuntaba hacia donde estaba él.

Tarde o temprano conseguirían subir hasta allí. Ferro estaba encaramada a la cúspide del tejado; su silueta, andrajosa y oscura, se recortaba sobre el cielo resplandeciente.

—Quédate ahí si quieres —le gritó, y, acto seguido, se dio media vuelta y se perdió de vista. Logen soltó un gemido y se levantó, soltó otro gemido y se dirigió hacia el muro arrastrando los pies, suspiró y se puso a buscar un asidero para las manos.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo? —inquirió maese Pielargo—. ¿Dónde está mi ilustre patrón? ¿Dónde está maese Nuevededos? ¿Dónde está la encantadora dama Maljinn?

Jezal echó un vistazo alrededor. El enfermizo aprendiz estaba demasiado absorto con sus propias penalidades para molestarse en responderle.

—Los otros dos no sé, pero Bayaz está en el baño.

—Válgame Dios, jamás he conocido un hombre más aficionado al baño. Espero que los otros dos no tarden mucho. Todo está a punto, ¿sabe? El barco está listo. Los pertrechos embarcados. Las demoras no van conmigo. ¡No señor! Si no partimos con la marea, nos tocará quedarnos aquí hasta... —el hombrecillo se interrumpió y miró fijamente a Jezal; una sombra de preocupación asomó a su semblante—. Mi joven amigo, parece usted contrariado. Acongojado, diría yo. ¿Hay algo que el hermano Pielargo pueda hacer por usted?

Jezal estuvo a punto de decirle que no se metiera donde no le llamaban, pero finalmente optó por responder con un destemplado:

—No, no.

—Apuesto a que se trata de una mujer, ¿me equivoco? —Jezal alzó bruscamente la vista, preguntándose cómo era posible que aquel tipo lo hubiera adivinado—. ¿Su esposa, tal vez?

—¡No! ¡No estoy casado! No se trata de eso. Es sólo que, bueno... —intentó dar con las palabras adecuadas pero no lo consiguió—. ¡No tiene nada que ver con eso!

—Ah, entonces se trata de un amor prohibido, un amor secreto, ¿verdad? —dijo el Navegante con una sonrisa cómplice. Abochornado, Jezal se dio cuenta de que se había sonrojado—. ¡Aja, ya veo que he acertado! No hay fruta más dulce que la fruta prohibida, ¿eh, querido amigo? ¿Eh? ¿Eh? —Pielargo acompañó sus palabras con un movimiento de cejas que a Jezal le resultó profundamente desagradable.

—¿Por qué se estarán retrasando tanto esos dos? —Le traía al fresco, pero tenía que cambiar de tema como fuera.

—¿Maljinn y Nuevededos? Ja —rió Pielargo inclinándose hacia él—. ¿No

será que también ellos tienen un amor secreto, eh? ¡A lo mejor se han escabullido a alguna parte para dar rienda suelta a sus impulsos naturales! ¿Se imagina a esos dos...? Debe de ser todo un espectáculo, ¿no? ¡Ja!

Jezal torció el gesto. Ya sabía que el horrendo norteño era un pedazo de animal, y por lo poco que había visto de aquella siniestra mujer, parecía ser aún peor. El único impulso natural que podía asociar con esos dos era la violencia. Sólo de pensar en ello se sentía sucio.

Los tejados no parecían acabarse nunca. Subían uno y bajaban otro. Caminaban con cautela por las aristas, posando un pie a cada lado de las resbaladizas vertientes, avanzaban paso a paso por las cornisas, tratando de no pisar los trozos de muro que parecían más inestables. De vez en cuando, Logen alzaba un instante la mirada. Y tras recorrer un mar interminable de pizarras húmedas, tejas picadas y plomo desgastado, obtenía una mareante vista de la lejana muralla de Agriont, e incluso a veces de la ciudad, que asomaba un poco más allá. Aquello podría haberse parecido bastante a un tranquilo paseo de no haber sido por Ferro, que seguía avanzando a toda prisa, con paso seguro, maldiciéndole, apremiándole e impidiéndole pensar en la vista, en los escalofriantes precipicios que bordeaban o en las negras figuras que sin duda seguían buscándoles por ahí abajo.

En algún momento de la pelea a Ferro le habían desgarrado una manga de la camisa, y el jirón de tela ondeaba en torno a su muñeca incomodándola en la escalada. Soltó un gruñido y se la arrancó a la altura del hombro. Logen sonrió para sí al recordar lo mucho que le había costado a Bayaz convencerla para que cambiara sus apestosos harapos por ropas nuevas. Ahora estaba más sucia que nunca, tenía la camisa empapada de sudor, salpicada de manchas de sangre y recubierta con la mugre de los tejados. Ferro se volvió un momento y vio que la estaba mirando.

—Muévete, pálido —le apremió.

—No distingues los colores, ¿verdad? —Ferro no le hizo caso y siguió trepando; rodeó una chimenea humeante y resbaló sobre su vientre por las sucias pizarras hasta desembocar en una estrecha cornisa que separaba dos tejados. Logen la siguió a trancas y barrancas—. Ningún color en absoluto, ¿no?

—¿Y? —le soltó sin tan siquiera volverse.

—¿Por qué me llamas pálido entonces?

Ferro se volvió:

—¿Es que no eres pálido?

Logen se miró los antebrazos. Dejando a un lado el morado de los cardenales, el rojo de los arañazos y el azul de las venas, el resto, tenía que reconocerlo, era más o menos pálido. Frunció el ceño.

—Lo que yo decía. —Luego se alejó correteando por entre los dos tejados y al llegar al final del edificio miró hacia abajo. Logen la siguió y se asomó cautelosamente al precipicio. En la calle que tenían debajo se veía a un par de tipos deambulando. Estaba muy lejos y no había ningún medio para bajar. Tendrían que regresar por donde habían venido. Ferro ya se había retirado del borde y se encontraba detrás de él.

Una leve brisa rozó la mejilla de Logen. Los pies de Ferro se impulsaron sobre el borde del tejado y un instante después estaba en el aire. Logen contempló boquiabierto cómo Ferro volaba sobre el vacío, la espalda arqueada, los pies y los brazos dando sacudidas en el aire. Aterrizó en un tejado plano, una superficie de plomo gris veteada de musgo, dio una voltereta y luego recuperó suavemente la verticalidad. Logen se humedeció los labios y se señaló el pecho. Ferro asintió. Era posible que el tejado sólo estuviera unos tres metros más abajo, pero el espacio vacío que le separaba de él debía de rondar los seis metros, un largo trayecto. Retrocedió lentamente para tomar la máxima carrerilla posible. Respiró hondo un par de veces y cerró los ojos un instante.

En cierto modo tampoco estaría tan mal caerse. Nada de canciones, nada de historias. Una simple mancha roja en medio de una calle perdida. Logen echó a correr. Sus pasos retumbaron sobre la piedra. El aire soplaba en su boca, azotaba sus ropas desgarradas. El tejado se acercaba volando hacia él. Aterrizó con una sacudida, rodó una vez, igual que Ferro, y luego se levantó a su lado. Seguía vivo.

—¡Ja! —gritó— ¿Qué me dices a eso?

Se oyó un crujido, luego un chasquido y, acto seguido, el tejado cedió bajo los pies de Logen. Antes de caer se agarró desesperadamente a Ferro, que no pudo hacer nada para evitar caer con él. Durante un instante terrible, Logen dio una voltereta en el aire mientras aullaba y lanzaba zarpazos inútilmente, tratando de agarrarse a alguna parte. Luego se estrelló de espaldas.

Tosió, medio asfixiado por el polvo, sacudió la cabeza, comenzó a mover su cuerpo dolorido. Se encontraba en una habitación que parecía sumida en una oscuridad impenetrable por contraste con la luminosidad de fuera. Grandes cantidades de polvo flotaban en el haz de luz que entraba por el agujero del tejado. Debajo tenía algo blando. Una cama. Estaba vencida hacia un lado y las mantas se encontraban cubiertas de trozos de escayola. Encima de sus piernas había un bulto. Ferro. No pudo reprimir una risa. Al fin volvía a estar en la cama con una mujer. Aunque, por desgracia, no se parecía demasiado a como él

lo había imaginado.

—¡Maldito pálido de mierda! —refunfuñó Ferro, que acto seguido se levantó de un salto y corrió hacia la puerta soltando un reguero de astillas y pedazos de escayola por su polvorienta espalda. Agarró el pomo y dio un tirón—. ¡Cerrada! Está... —Logen pasó como una centella a su lado, embistió la puerta, la arrancó de cuajo y cayó despatarrado en el pasillo que había al otro lado.

Ferro saltó por encima de él.

—¡Arriba, pálido, arriba! —Del borde de la puerta se había desgajado un trozo de madera con un par de clavos en un extremo. Logen pensó que podía serle útil y arrambló con él. Luego se puso trabajosamente de pie y avanzó con paso tambaleante por el pasillo hasta llegar a una bifurcación. A cada lado se extendía un corredor en penumbra. Unas pequeñas ventanas proyectaban manchas de luz sobre las oscuras esteras del suelo. No había forma de saber hacia dónde había tirado Ferro. Decidió tomar el de la derecha, en dirección a un tramo de escaleras.

Al fondo, avanzando hacia él, divisó una figura que se movía lentamente por el pasillo en penumbra. Una figura espigada y fina como una araña negra que caminaba sobre las puntas de los pies. Un rayo de luz iluminó unos cabellos pelirrojos.

—¿Otra vez tú? —dijo Logen mientras sopesaba en su mano el trozo de madera.

—Sí. Otra vez yo. —Se oyó un cascabeleo y un destello metálico surcó la oscuridad. Logen sintió cómo el trozo de madera se le escapaba de los dedos y luego lo vio pasar volando por encima del hombro de la mujer y rodar estrepitosamente por el pasillo. Volvía a estar desarmado, pero la mujer tampoco le dio tiempo de angustiarse. Tenía algo en la mano, una especie de cuchillo, y lo lanzó contra él. Esquivó su trayectoria y el objeto pasó silbando junto a su oreja, luego la mujer hizo un movimiento brusco con el otro brazo y Logen recibió una cuchillada en la cara, justo por debajo de un ojo. Inmediatamente se pegó a la pared, tratando de comprender a qué clase de magia se estaba enfrentando.

Una especie de cruz de metal, eso era lo que tenía la mujer en la mano, tres hojas curvas, una de ellas con un gancho en la punta. Una cadena colgaba de una argolla que había en el mango y desaparecía en la manga de la mujer.

El extraño cuchillo volvió a salir disparado. Logen ladeó la cabeza y la cosa aquella le pasó a un centímetro de la cara, luego salió lanzada hacia atrás soltando chispas a lo largo de la pared y regresó suavemente a las manos de la mujer. La pelirroja lo dejó caer; el objeto se balanceó colgado de la cadena,

repiqueteó contra el suelo y, luego, cuando la mujer comenzó a avanzar lentamente, se puso a bailotear y a dar botes en el aire. De pronto, la pelirroja dio otra sacudida con su muñeca y aquello volvió a salir lanzado. Logen trató de esquivarlo, pero las cuchillas le rasgaron el pecho y un reguero de su sangre salpicó la pared.

Logen se lanzó hacia delante con los brazos estirados pero no logró atrapar nada. Luego oyó un cascabeleo y sintió que perdía pie: su tobillo, atrapado por la cadena, se retorció dolorosamente mientras la mujer se hacía a un lado. Cayó de bruces, comenzó a levantarse. La cadena se le enrolló al cuello. Justo antes de que se tensara del todo logró interponer una mano. Tenía a la mujer encima, sentía su rodilla apretada contra su espalda, la oía resoplar tras la máscara mientras tiraba y tiraba de la cadena, que cada vez se le clavaba más en la palma de la mano.

Logen soltó un gruñido, logró ponerse de rodillas y se levantó con paso vacilante. La mujer seguía montada a su espalda, descargando todo su peso sobre él, tirando de la cadena con todas sus fuerzas. Logen echó hacia atrás la mano que tenía libre pero no consiguió agarrarla, no podía quitársela de encima, la tenía pegada como si fuera un percebe. Apenas podía respirar ya. Tambaleándose, dio dos pasos adelante y luego se dejó caer de espaldas.

—Uuurgh —oyó susurrar a la mujer junto a su oído mientras su peso la aplastaba contra el suelo. La cadena se aflojó lo bastante para que Logen pudiera ahuecarla y escurrirse fuera. Estaba libre. Rodó por el suelo, agarró el cuello de la mujer con su mano izquierda y empezó a apretar. La pelirroja le golpeaba con las rodillas, le lanzaba puñetazos, pero tenía encima todo su peso y sus golpes llegaban con muy poca fuerza. Gruñían, bufaban, graznaban como animales con las caras prácticamente pegadas. Un par de gotas de sangre se desprendieron del corte que Logen tenía en la mejilla y cayeron sobre la máscara. La mujer alzó una mano y le fue tentando la cara mientras trataba de empujársela hacia atrás. De pronto, le metió un dedo en una de sus fosas nasales.

—¡Aaargh! —aulló Logen. Un dolor punzante le taladró la cabeza. Soltó a su presa y se puso de pie cubriéndose la cara con las manos. La mujer se apartó dando toses y le soltó una patada en las costillas que le hizo doblarse, pero Logen seguía teniendo sujeta la cadena y tiró de ella con todas sus fuerzas. El brazo de la pelirroja se estiró de golpe, soltó un alarido y salió disparada hacia Logen, que la recibió con un rodillazo que le cortó la respiración. Luego la agarró por la parte de atrás de la camisa, la alzó en vilo y la arrojó por las escaleras.

La pelirroja rodó desmadejada dando botes por los escalones y, finalmente, se quedó detenida sobre un costado poco antes de llegar al final de

las escaleras. Logen estuvo tentado de bajar para rematar la faena, pero no había tiempo. Seguro que en el lugar de donde venía había más de los suyos. Se dio la vuelta y comenzó a deshacer el camino sin parar de maldecir su tobillo torcido.

Se oían ruidos por todas partes, ecos de procedencia desconocida que llenaban el pasillo de ecos. Lejanos traqueteos y golpes, gritos, chillidos. Logen escrutaba la oscuridad mientras avanzaba cojeando, empapado de sudor y apoyando una mano en la pared para no perder el equilibrio. Al llegar a una esquina, se asomó para ver si el camino estaba despejado. Entonces sintió algo frío en el cuello. Un cuchillo.

—¿Sigues vivo? —le susurró una voz al oído—. No es fácil matarte, ¿eh, pálido? —Ferro. Logen le apartó lentamente la mano.

—¿De dónde has sacado ese cuchillo? —Ojalá tuviera él uno.

—Me lo ha dado ése —en el suelo, aovillado junto a la pared, había un bulto; las esteras que tenía a su alrededor estaban teñidas de sangre oscura—. Por aquí.

Ferro comenzó a avanzar por el pasillo, caminando agachada. Logen seguía oyendo ruidos por debajo de ellos, por los lados, por todas partes. Descendieron un tramo de escaleras y llegaron a un sombrío vestíbulo forrado con paneles de madera oscura. Ferro avanzaba rápidamente saltando de sombra en sombra. Logen no podía hacer otra cosa que seguirla cojeando, arrastrando una pierna y procurando no chillar de dolor cada vez que descargaba su peso sobre ella.

—¡Ahí están! ¡Son ellos! —En el oscuro pasillo que tenían detrás habían aparecido unas siluetas. Logen se volvió para salir corriendo, pero Ferro le detuvo. Por el otro lado venían más. A su izquierda había una puerta grande entreabierta.

—¡Adentro! —Logen entró de un empujón y Ferro le siguió. Al otro lado había un voluminoso mueble, una especie de armario en cuya parte de arriba había unos estantes repletos de platos. Logen lo agarró de un extremo y lo arrastró hasta ponerlo delante de la puerta. Un par de platos cayeron y se hicieron añicos contra el suelo. Luego lo empujó con la espalda. Al menos eso los retendría durante un rato.

Una sala amplia con unos techos abovedados bastante altos. Paredes revestidas con paneles de madera, una de ellas ocupada en su mayor parte por dos enormes ventanas y, frente a ellos, una gran chimenea de piedra. Entre medias, una mesa muy larga, flanqueada por diez sillas, con la cubertería y los candelabros puestos como si estuviera preparada para una comida. Un espacioso comedor con una sola entrada. Y una sola salida.

Al otro lado de la puerta se oían unos gritos sordos. Logen sintió una vibración en la espalda, el armario se movía. Sonó un traqueteo y un plato cayó del estante, rebotó en su hombro y se estrelló contra las losas esparciendo fragmentos de loza por el suelo.

—Vaya un plan de mierda —gruñó Ferro. Logen hacía fuerzas para impedir que el tambaleante armario se viniera abajo, pero los pies se le iban resbalando poco a poco. Ferro corrió hacia la ventana más próxima, forcejeó con los marcos de metal que bordeaban los pequeños paneles, trató de hacer palanca con las uñas, no había manera.

Entonces Logen se fijó en algo. Sobre la chimenea, a modo de adorno, colgaba un viejo espadón. Un arma. Tras dar un último empujón al armario, corrió hacia él, agarró con ambas manos la larga empuñadura y lo arrancó de su soporte. Era tan romo como un arado y la pesada hoja estaba salpicada de herrumbre, pero seguía siendo sólida. Es posible que un golpe con aquel armatoste no sirviera para partir a un hombre en dos, pero bastaría para derribarlo. Se dio la vuelta a tiempo de ver cómo el armario se venía abajo desperdigando trozos de vajilla por el suelo.

Unas figuras negras irrumpieron en la habitación. Enmascarados. El que venía delante blandía un hacha de aspecto brutal y el siguiente una espada corta. El de más atrás era un negro con aros dorados en las orejas. En cada mano llevaba una larga daga curva.

No era el tipo de armas que se emplean para dar a un hombre un golpe en la cabeza, a no ser que se pretenda arrancarle de paso el cerebro. Al parecer, habían renunciado a coger prisioneros. Eran armas para matar, y con ese propósito las iban a usar. Bueno, mejor así, se dijo Logen. Digamos una cosa, sólo una cosa, de Logen Nuevededos: sabía matar. Mientras los enmascarados trepaban por el armario derrumbado y se distribuían con cautela por la pared opuesta, Logen los examinaba atentamente. Luego miró a Ferro: tenía los labios fruncidos, el cuchillo en la mano y sus ojos amarillos echaban chispas. Tanteó con los dedos la empuñadura de la espada que acababa de robar: pesada y brutal. Justo la herramienta que necesitaba, por una vez.

Soltó un aullido y, haciendo molinetes con la espada, arremetió contra el enmascarado más próximo. El tipo trató de esquivar el golpe pero la punta de la hoja le alcanzó en el hombro y lo dejó tambaleante. El que tenía detrás saltó sobre él lanzándole un tajo con su hacha. Logen se echó hacia atrás y soltó un grito ahogado al apoyarse sobre su tobillo lesionado.

Barrió el aire con el espadón, lanzando mandobles a diestro y siniestro, pero eran demasiados para mantenerlos a raya. Uno de ellos saltó sobre la mesa y se interpuso entre Ferro y él. Logen sintió un golpe en la espalda, se tambaleó,

giró sobre sí, se resbaló y descargó un tajo que impactó contra una superficie blanda. Se oyó un chillido, pero para entonces el tipo del hacha ya había vuelto a la carga. El combate era un caos de máscaras, hierro, armas que entrechocaban, maldiciones, alaridos, bufidos.

Logen volvió a alzar la espada, pero estaba agotado, dolorido, debilitado. La espada era pesada y cada vez se lo parecía más. El enmascarado esquivó el golpe y la herrumbrosa hoja se estrelló contra la pared, desgajando un trozo de panel y mordiendo la escayola que había debajo. El impacto fue tan brutal que estuvo a punto de arrancarle la espada de las manos.

—Uuuf —resopló al recibir en el estómago el impacto de la rodilla del enmascarado. Luego sintió otro golpe en una pierna y estuvo a punto de desplomarse. Le ardía el pecho y tenía un regusto amargo en la boca. Sangre. Estaba cubierto de sangre. Apenas podía respirar. El enmascarado sonrió y se adelantó un paso, olfateando la victoria. Logen retrocedió tambaleándose hasta la chimenea. Dio un traspié, se le dobló una rodilla.

Todo tiene su final.

Ya no podía levantar el viejo espadón. No le quedaban fuerzas. La habitación empezó a difuminarse.

Todo tiene su final, pero algunas cosas no desaparecen, sólo aguardan inmóviles, olvidadas...

Logen sintió una especie de frío en las entrañas, una sensación que no había experimentado desde hacía mucho tiempo.

—No —murmuró—. Ya me libré de ti —pero era demasiado tarde. Demasiado tarde...

... sí, estaba cubierto de sangre, y le gustaba. Él siempre había estado cubierto de sangre. Pero estaba de rodillas, y eso ya no le gustaba tanto. El Sanguinario no se arrodilla ante ningún hombre. Buscó a tientas las grietas entre las piedras de la chimenea, encajó en ellas los dedos como si fueran las raíces de un árbol centenario y se irguió. El dolor es el mejor combustible para avivar un fuego. Unas figuras borrosas se movían delante de él. Figuras enmascaradas. Enemigos.

O, mejor dicho, cadáveres.

—¡Estás herido, norteño! —los ojos del tipo que tenía más cerca lanzaban chispas detrás de su máscara y la hoja de su hacha bailoteaba en el aire—. ¿A qué esperas para rendirte?

—¿Herido? —el Sanguinario echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—. ¡Te voy a enseñar lo que es estar herido! —dando una voltereta se lanzó hacia delante, se escurrió por debajo del hacha como un pez en un río y trazó un gran círculo con la pesada hoja. El espadón machacó la rodilla de su oponente, doblándola en sentido contrario a la articulación, y luego le barrió la otra pierna del suelo. El enmascarado exhaló un grito sofocado, se derrumbó y se quedó girando en el suelo como una peonza con sus piernas destrozadas dando sacudidas en el aire.

Un objeto punzante se clavó en la espalda del Sanguinario, pero ya no sentía el dolor. Aquello era una señal. Un mensaje en un código secreto que sólo él entendía. Le indicaba la posición del siguiente hombre que iba a morir. Se volvió como una centella y la espada le siguió, trazando en el aire una parábola feroz, majestuosa, irresistible. Se incrustó en las entrañas de alguien, lo dobló en dos, lo arrancó de sus pies y lo arrojó por el aire. El bulto rebotó contra la pared que había junto a la chimenea y cayó al suelo en medio de una lluvia de trozos de escayola.

Un cuchillo silbó en el aire y se hundió en el hombro del Sanguinario con un golpe seco. El negro de los aros en las orejas era quien lo había lanzado. Estaba al otro lado de la mesa y sonreía, parecía estar muy satisfecho de su lanzamiento. Fue a por él. Otro cuchillo pasó zumbando a su lado y se estrelló contra la pared. El Sanguinario saltó por encima de la mesa seguido de su espada.

El negro esquivó el primer tajo, y el segundo. Un tipo ágil, taimado, listo, pero no lo bastante. El tercer tajo le mordió un costado. Un mordisco de tanteo. Un simple picotazo. Sólo le aplastó las costillas y lo dejó de rodillas aullando. El último estuvo bastante mejor, un movimiento circular de carne y hierro que le penetró por la boca, le arrancó a medias la cabeza y empapó de sangre la pared. El Sanguinario se arrancó el cuchillo del hombro y lo arrojó al suelo. Un chorro de sangre manó de la herida, rezumó a través de la camisa, dibujando sobre ella una hermosa y cálida mancha roja.

Se cayó, se desvaneció en el aire, y, como una hoja volteada por el viento, rodó por el suelo. Un hombre pasó a su lado como una exhalación y lanzó una cuchillada con una espada corta al espacio que acababa de dejar vacío. Antes de que tuviera tiempo de darse la vuelta, el Sanguinario se le echó encima y le aferró ambas muñecas. Forcejó, se revolvió, pero todo era inútil. El pulso del Sanguinario era tan firme como las raíces de una montaña, tan implacable como las mareas.

—¿Envían a luchar contra mí a tipos como tú? —arrojó al hombre contra la pared y se estrujó contra él, apretándole las manos sobre la empuñadura hasta que hizo que la espada girara y se quedara apuntando a su pecho—. ¡Es

un maldito insulto! —rugió mientras le ensartaba con su propia espada.

El hombre soltaba chillidos tras su máscara y el Sanguinario se reía y retorcía la hoja. Tal vez Logen se hubiera apiadado de él, pero Logen se encontraba muy lejos, y el Sanguinario era tan inclemente como el invierno. Menos aún. Acuchillaba, y cortaba, y cortaba, y sonreía, hasta que de pronto los alaridos se convirtieron en un borboteo y cesaron; entonces dejó que el cadáver se desplomara sobre las frías losas del suelo. Tenía los dedos pringados de la sangre; se los limpió en la ropa, en los brazos, en la cara: como debe ser.

El tipo de la chimenea estaba sentado flácidamente con la cabeza caída hacia atrás; sus ojos, vueltos hacia el techo, parecían dos piedras humedecidas. Volvía a formar parte de la tierra. El Sanguinario le desgarró la cara con la espada para asegurarse. Mejor que no quedaran dudas. El tipo del hacha, jadeando, gimiendo, reptaba hacia la puerta, arrastrando tras de sí sus piernas retorcidas.

—Quieto —la pesada hoja le machacó el cráneo y las losas de alrededor se cubrieron de sangre.

—Más —susurró el Sanguinario, y la habitación giró en torno a él mientras buscaba de la siguiente víctima—. ¡Más! —bramó, se rió; las paredes le devolvieron su risa y los cadáveres rieron con él—. ¿Dónde os habéis metido?

Vio una mujer de piel morena, con una herida sangrante en la cara y un cuchillo en la mano. No se parecía a los otros, pero serviría. Sonrió y se dirigió lentamente hacia ella, alzando la espada con ambas manos. La mujer retrocedió hasta interponer entre los dos la mesa, mirándole fijamente con sus ojos amarillos de loba. Una vocecilla parecía decirle que era uno de los suyos. Una pena.

—¿Eh, norteño? —le llamó desde el umbral una figura gigantesca.

—¿Quién me llama?

—El Quebrantapiedras.

Era grande el tipo aquel, muy grande, muy duro, muy salvaje. No había más que ver cómo apartaba el armario propinándole una patada con su enorme bota y luego avanzaba con paso retumbante triturando los platos rotos. Pero eso al Sanguinario le importaba bien poco: él estaba hecho para dar cuenta de gente así. Más grande había sido Tul Duru Cabeza de Trueno. Más duro Rudd Tresárboles. Y Dow el Negro era por lo menos el doble de salvaje. El Sanguinario los había vencido a todos ellos, y a muchos más. Cuanto más grande, más duro y más salvaje fuera, más terrible sería su caída.

—¿Quebrantamierdas? ¡A mí qué más me da! —dijo carcajeándose el Sanguinario—. ¡No eres más que el próximo en morir! —alzó su mano

izquierda, teñida de sangre, extendió tres dedos y sonrió por el hueco que en tiempos ocupó su dedo medio—. A mí me llaman el Sanguinario.

—¡Bah! —el Quebrantapiedras se quitó la máscara y la arrojó al suelo—. ¡Mientes! El Norte está lleno de hombres a los que les falta un dedo. ¡Y no todos son Nuevededos!

—No. Sólo yo.

Un gesto de rabia deformó la enorme cara del gigante. —¡Mientes, maldito! ¿Crees que vas a asustar al Quebrantapiedras apropiándote de un nombre que no te pertenece? ¡Voy a marcarte con la cruz de sangre! ¡Voy a mandarte de vuelta al barro, maldito cobarde mentiroso!

—¿Matarme, tú? —el Sanguinario soltó una carcajada ensordecedora—. ¡Iluso, aquí el único que mata soy yo!

No hubo más palabras. El Quebrantapiedras se abalanzó sobre él blandiendo un hacha en una mano y una maza en la otra, dos armas grandes y pesadas que sin embargo manejaba con suma agilidad. La maza barrió el aire y abrió un enorme agujero en el cristal de una de las ventanas. Luego descargó el hacha, que partió en dos uno de los tablones de la mesa, haciendo saltar por los aires los platos y derribando todos los candelabros. El Sanguinario se apartaba dando saltos: aún no había llegado su momento.

Luego rodó sobre la mesa y la maza le pasó rozando el hombro y se hundió en una de las losas del suelo, hendiéndola por la mitad y lanzando al aire una lluvia de esquirlas. El Quebrantapiedras rugió y comenzó a soltar golpes a diestro y siniestro con su hacha: partió en dos una silla, arrancó un trozo de piedra de la chimenea, abrió una profunda grieta en la pared. El hacha se quedó enganchada durante un instante en la madera y entonces la espada del Sanguinario surcó el aire como una centella y partió en dos mitades el mango, dejando al Quebrantapiedras con medio palo en su garra. Se desprendió de él, alzó la maza y, soltando un bramido, la descargó con toda su furia.

El Sanguinario se agachó y, mientras el golpe le pasaba por encima, su espada enganchó la cabeza de la maza y se la arrancó a la enorme mano que la tenía sujeta. El arma salió dando vueltas por el aire y se estrelló contra un rincón. El Quebrantapiedras, alargando sus gigantescas manos, se abalanzó sobre él. Ahora estaba demasiado cerca para poder usar la espada. Mientras sus fornidos brazos rodeaban al Sanguinario, doblándole, estrujándole, el Quebrantapiedras sonreía.

—¡Ya te tengo! —gritó cuando lo tuvo preso en un abrazo asfixiante.

Craso error. Más le hubiera valido *abrazar* un ruego abrasador.

¡Crack!

La frente del Sanguinario se estrelló contra la boca del Quebrantapiedras. Notó que el abrazo se aflojaba, y, como el topo en su madriguera, se retorció, se retorció y se retorció para hacerse más hueco. Luego echó la cabeza hacia atrás todo lo que pudo. La embestida del macho cabrío. El segundo cabezazo le rompió la nariz. El Quebrantapiedras exhaló un gruñido y sus enormes brazos se aflojaron otro poco más. El tercer topetazo le rompió un pómulo. Los brazos del Quebrantapiedras colgaban inertes. El cuarto le rompió la mandíbula. Ahora era el Sanguinario quien lo sujetaba, y, mientras estrellaba su frente contra la cara destrozada de su enemigo, no paraba de sonreír. El picoteo del pájaro carpintero, toc, toc, toc. Cinco. Seis. Siete. Ocho. El ritmo que marcaban los huesos de la cara al irse quebrando resultaba extremadamente satisfactorio. Al noveno, soltó al Quebrantapiedras, que se derrumbó de lado y cayó desmadejado al suelo con su cara destrozada chorreando sangre.

—¿Qué te ha parecido? —dijo entre risas el Sanguinario. Se limpió la sangre de los ojos y descargó sobre el cuerpo sin vida del Quebrantapiedras un par de patadas. De pronto, la habitación se puso a dar vueltas, a flotar a su alrededor, riendo, riendo—. Qué... te... mierda... —se tambaleó, pestañeó somnoliento, el fuego estaba a punto de extinguirse—. No... todavía no... —se le doblaron las rodillas. Todavía no. Aún había cosas que hacer, siempre las hay.

—Todavía no —rezongó, pero el tiempo se le había acabado...

... Logen soltó un chillido. Se desplomó. Le dolía todo el cuerpo. Las piernas, los hombros, la cabeza. Gimió hasta que la garganta se le inundó de sangre, se atragantó, tosió, rodó sobre sí, arañó el suelo. El mundo se había vuelto una mancha borrosa. Gárgaras de sangre se acumulaban en su garganta; las fue segregando hasta que tuvo la boca lo bastante vacía para seguir gimiendo.

Una mano le cerró la boca.

—¡Maldito pálido, deja de llorar de una vez! Basta, ¿me oyes? —una voz apremiante le susurraba al oído. Extraña, áspera—. Si no dejas de llorar, me largo, ¿entiendes? ¡No lo diré más! —La mano se apartó. Los dientes apretados de Logen dejaron escapar una bocanada de aire acompañada de un lamento agudo, prolongado, aunque no muy alto.

Una mano le rodeó la muñeca, le levantó el brazo. Soltó un grito ahogado al notar un tirón en el hombro, luego sintió que le arrastraban por una superficie dura. Era un suplicio.

—¡Levántate, maldito cabrón, no puedo contigo! ¡Levántate de una vez!

No te lo volveré a repetir, ¿me oyes?

Le alzaban poco a poco y él trataba de ayudar haciendo fuerza con las piernas. El aire silbaba y chasqueaba en su garganta, pero podía hacerlo. El pie izquierdo, el derecho. Fácil. La rodilla se le dobló y una punzada de dolor le recorrió la pierna. Volvió a chillar, se derrumbó y se quedó postrado en el suelo. Mejor estarse quieto. Sus ojos se cerraron.

Recibió un bofetón en la cara, luego otro. Gruñó. Algo se deslizó bajo sus axilas, tiraban de él.

—¡Arriba, pálido! Arriba o te dejo aquí tirado. Ya no te lo digo más, ¿me oyes?

Inspirar, espirar. Primero un pie, luego el otro.

Pielargo estaba hecho un manojo de nervios; primero se pasaba un rato tamborileando con los dedos sobre el brazo de la silla y luego se ponía a contar con ellos mientras hacía un gesto negativo con la cabeza y musitaba algo sobre las mareas. Jezal permanecía en silencio, esperando contra toda esperanza que los dos salvajes se hubieran ahogado en el foso y que la empresa se hubiera ido al traste. Todavía estaba a tiempo de partir para Angland. Puede que no estuviera todo perdido...

Oyó cómo la puerta se abría a sus espaldas, y sus sueños se reventaron como un globo. Otra vez estaba hundido en la miseria, pero bastó con que se diera la vuelta para que ese sentimiento se viera reemplazado por otro de horrorizada sorpresa.

En el marco de la puerta se alzaban dos figuras andrajosas cubiertas de mugre y de sangre. Dos demonios escapados del infierno. La mujer gurka entró a trompicones en la habitación profiriendo maldiciones. La cabeza de Nuevededos colgaba hacia delante, uno de sus brazos rodeaba el hombro de la mujer, el otro, inerte a un lado, chorreaba sangre por las puntas de los dedos.

Dieron un par de tumbos y luego el pie vacilante del norteño tropezó contra la pata de una silla y los dos cayeron al suelo. La mujer lanzó un gruñido, se desembarazó del brazo con que se agarraba su compañero, lo apartó a un lado y se puso trabajosamente de pie. Nuevededos rodó por el suelo gimiendo, y un profundo tajo que tenía en el hombro se abrió y empezó a rezumar sangre sobre la alfombra. Una sangre de un rojo muy intenso, como el de la carne cruda de un animal en una carnicería. Jezal tragó saliva, horrorizado y fascinado a un tiempo.

—¡Por el aliento de Dios!

—Venían a por nosotros.

—¿Cómo?

—¿Quiénes?

En ese momento, una mujer se coló por la puerta; una pelirroja vestida de negro con el rostro oculto tras una máscara. Una Practicante, se dijo el cerebro embotado de Jezal, aunque no comprendía cómo es que estaba tan llena de moratones y por qué cojeaba de forma tan pronunciada. Detrás de ella se coló otro Practicante, un hombre armado con una espada enorme.

—Acompáñennos —dijo la mujer.

—¡Oblígame! —Maljinn la escupió. Jezal se quedó helado al verla sacar un cuchillo, y teñido de sangre además. ¡Se suponía que no podía estar armada! ¡No allí!

Se sintió un poco estúpido al darse cuenta de que él llevaba una espada. Pues claro que sí. Forcejeó un instante con la empuñadura y desenvainó con el vago propósito de dar un golpe en la cabeza a aquel demonio gurko antes de que hiciera alguna barbaridad. Si la Inquisición quería llevársela, por él no había ningún problema, y si ya de paso se llevaban a todos los demás, tanto mejor. Por desgracia, los Practicantes interpretaron mal su gesto.

—Tire eso —bufó la pelirroja entornando los ojos y lanzándole una mirada asesina.

—¡Me niego! —dijo Jezal, tremendamente ofendido de que hubieran creído que estaba del lado de aquellos bárbaros.

—Mmm... —masculló Quai.

—Aaargh —gimió Nuevededos mientras agarraba un trozo ensangrentado de la alfombra y tiraba de ella arrastrando la mesa por el suelo.

Un tercer Practicante se deslizó dentro y rodeó a la mujer pelirroja, su mano enguantada blandía una pesada maza. Un arma con un aspecto nada tranquilizador. Jezal no pudo evitar imaginarse el efecto que tendría sobre su cráneo si al tipo ese se la descargaba encima con todas sus fuerzas. Sus dedos juguetearon indecisos con la empuñadura de su espada: tenía una apremiante necesidad de que alguien le dijera qué debía hacer.

—He dicho que nos acompañen —volvió a decir la mujer mientras sus dos compañeros se adentraban lentamente en la habitación.

—Vaya por Dios —murmuró Pielargo, y, acto seguido, buscó refugio detrás de la mesa.

En ese momento la puerta del cuarto de baño se abrió de golpe y se

estrelló contra la pared. Bayaz, completamente desnudo y chorreando agua jabonosa, apareció en el umbral. La lenta mirada de sus ojos vio primero a Ferro, que blandía un cuchillo y miraba con gesto torvo; luego a Pielargo, agazapado detrás la mesa; después a Jezal, con la espada desenvainada; a Quai, de pie y con la boca abierta; a Nuevededos, tirado en medio de un charco de sangre, y, finalmente, a los tres enmascarados, con las armas prestas para atacar.

Se produjo un tenso silencio.

—¿Pero qué pasa aquí? —rugió, y, acto seguido, se dirigió al centro de la habitación, chorreando agua por la barba, por la maraña de pelos blancos del pecho, por sus partes, que daban botes mientras caminaba. La visión no podía ser más singular. Un anciano desnudo haciendo frente a tres Practicantes de la Inquisición. Era absurdo, y, sin embargo, nadie se reía. Aun estando desnudo y empapado, aquel hombre tenía algo que imponía. De hecho, fueron los Practicantes quienes dieron un paso atrás, confundidos, asustados casi.

—Acompáñennos —repitió la mujer, pero su voz había adquirido de pronto un tono dubitativo. Uno de sus acompañantes avanzó con cautela en dirección a Bayaz.

Jezal sintió algo raro en el estómago. Una especie de tirón, una succión, una nauseabunda sensación de vacío. Era como volver a hallarse en medio del puente tendido a la sombra de la Casa del Creador. Sólo que peor. El semblante del mago había adquirido una expresión de extrema dureza.

—Se me ha agotado la paciencia —dijo.

Como una botella que hubiera caído desde una gran altura, el Practicante que tenía más cerca se hizo añicos. No se oyó ningún estruendo, sólo una especie de chapoteo. Hacía un momento era un hombre de una sola pieza que avanzaba hacia el anciano blandiendo en alto una espada. Y un instante después se había roto en mil pedazos. Una parte indeterminada de su cuerpo se emplastó contra el enlucido de la pared a la altura de la cabeza de Jezal. La espada del Practicante repiqueteaba en el suelo.

—¿Qué decía? —gruñó el Primero de los Magos.

Las rodillas de Jezal se habían puesto a temblar. La boca se le había quedado abierta. Se sentía desfallecido, mareado, hueco por dentro. Tenía la cara manchada de sangre, pero no se atrevió a moverse para limpiarse. Miraba fijamente al anciano desnudo sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Era como si de repente un bienintencionado payaso se hubiera transformado sin la más mínima vacilación en un asesino brutal.

Durante unos instantes, la mujer pelirroja, salpicada de sangre y cubierta

de restos de carne y de huesos, permaneció inmóvil contemplando la escena con los ojos como platos, luego comenzó a retroceder hacia la puerta arrastrando los pies. El otro Practicante la imitó, y, en su prisa por salir de allí cuanto antes, estuvo a punto de tropezar con uno de los pies de Nuevededos. Todos los demás estaban quietos como estatuas. Jezal oyó unos pasos apresurados en el pasillo: los Practicantes huían para salvar la vida. Casi le dieron envidia. Al menos ellos iban a escapar. Pero él estaba atrapado en aquella pesadilla.

—¡Partimos de inmediato! ¡En cuanto me ponga los pantalones! —dijo Bayaz haciendo una mueca como si le doliera algo—. ¡Ocúpese de él, Pielargo! —gritó por encima del hombro. Por una vez, el Navegante parecía haberse quedado sin palabras. Pestañeó, se puso de pie, se acercó al norteño inconsciente, se agachó y arrancó una tira de su camisa desgarrada para usarla a modo de venda. Luego se detuvo un instante, como si no supiera por dónde empezar.

Jezal tragó saliva. Seguía con la espada en la mano, pero ni siquiera tenía fuerzas para volver a envainarla. Esparcidos por la habitación se veían trozos del desdichado Practicante: pegados a las paredes, al techo, a las personas. Jezal no había visto nunca morir a un hombre, y menos aún de una manera tan espantosa y antinatural. Lo lógico hubiera sido sentirse horrorizado, pero en realidad lo único que sentía era un inmenso alivio. En aquel momento sus propias tribulaciones le parecían una insignificancia.

Él, al menos, seguía vivo.

Los instrumentos de que disponemos

Glokta aguardaba de pie en el estrecho vestíbulo apoyado en su bastón. Al otro lado de la puerta se oían voces.

—¡He dicho que nada de visitas!

Glokta suspiró. Tenía mejores cosas que hacer que permanecer ahí de pie apoyado en su pierna dolorida, pero había dado su palabra y estaba dispuesto a cumplirla. Un minúsculo vestíbulo, bastante corriente, de una casa minúscula, igualmente corriente e idéntica a cientos de otras. El barrio entero era de reciente construcción y, según era la moda, lo componía una sucesión de casas adosadas: edificios de tres plantas, construidos parcialmente en madera, adecuados tal vez para albergar una familia con dos sirvientes. Cientos de casas, todas muy parecidas. Casas de gente acomodada. Nuevos ricos. Plebeyos con ínfulas, como seguramente los habría denominado Sult. Banqueros, mercaderes, artesanos, tenderos, funcionarios. *Puede que también la residencia urbana de un próspero campesino, como en este caso.*

Las voces habían cesado. Glokta oyó movimientos, luego el tintineo de un vaso y, de pronto, se entreabrió la puerta y asomó una doncella. Una chica poco agraciada con grandes ojos acuosos. Parecía asustada y culpable. *Nada nuevo. Ante la Inquisición toda la gente parece asustada y culpable.*

—Le recibirá ahora —masculló la chica. Glokta asintió y pasó adentro arrastrando los pies.

Tenía el vago recuerdo de haber pasado una o dos semanas en Angland con la familia de West hacía unos doce años, aunque ahora le parecía que hubieran pasado más de cien. Recordaba que West y él solían hacer prácticas de esgrima en el patio de la casa y que todos los días una niña de cabellos negros les observaba con una expresión muy seria. También recordaba que hacía no mucho se había encontrado en el parque con una jovencita que se había interesado por su salud. Por aquel entonces andaba con tantos achaques que casi no podía ver, y el recuerdo que tenía del rostro de la joven era bastante difuso. Así pues, Glokta no estaba muy seguro de lo que se iba a encontrar, pero lo que desde luego no se esperaba eran esos moratones. Durante un instante se

quedó un tanto desconcertado. *Pero creo que lo disimulo bastante bien.*

Oscuros, morados, marrones, amarillentos, rodeando el ojo izquierdo, cuyo párpado inferior estaba muy hinchado. Alrededor de la comisura de la boca también, el labio partido y recubierto con una costra. En materia de moratones, pocos hombres sabían más que Glokta. *Dudo mucho que sean fruto de un accidente. Le han dado un puñetazo en la cara, y quien se lo ha dado pretendía hacer daño.* Miró las desagradables marcas, recordó a su viejo amigo Collem West llorando en su comedor y rogándole que le ayudara, y casó las dos piezas.

Interesante.

Entretanto, ahí seguía ella sentada, sosteniéndole la mirada, con el mentón alzado y ofreciéndole el lado de la cara donde estaban los peores moratones como desafiándole a que se atreviera a decir algo. *No se parece mucho a su hermano. No, no se parece en absoluto. No me la imagino rompiendo a llorar en mi comedor, ni en ningún otro sitio.*

—¿Qué puedo hacer por usted, Inquisidor? —preguntó con frialdad. Glokta percibió una leve pastosidad en su forma de pronunciar la palabra Inquisidor. *Ha estado bebiendo... aunque lo disimula bastante bien. No lo bastante como para ponerse idiota, en cualquier caso.* Glokta frunció los labios. Por alguna razón, tenía la impresión de que convenía andarse con cuidado.

—He venido a título personal. Su hermano me ha pedido que...

Le interrumpió con brusquedad.

—¿Ah, sí? ¿No me diga? Ha venido para asegurarse de que tengo cuidado a la hora de elegir con quien folio, ¿no? —Glokta se quedó callado durante un instante mientras digería lo que acababa de oír, luego soltó una risita sofocada. *¡Vaya, esto es magnífico! ¡Esta chica empieza a caerme francamente bien!*—. ¿Dónde está la gracia? —le espetó Ardee.

—Discúlpeme —dijo Glokta mientras se pasaba un dedo por su ojo lagrimeante—, pero, verá, pasé dos años en las mazmorras del Emperador. Y créame si le digo que de haber sabido desde un principio que iba a pasar ahí, siquiera la mitad de ese tiempo, hubiera puesto más afán por acabar con mi vida. Setecientos días condenado a la más absoluta oscuridad. Jamás pensé que un hombre pudiera llegar a tener en vida una experiencia tan parecida al infierno. Lo que le quiero decir es que si pretende escandalizarme, tendrá que recurrir a algo más sustancioso que al uso de palabras malsonantes.

Glokta la obsequió con la más repulsiva, desdentada y trastornada de sus sonrisas. Había poca gente que tuviera estómago para aguantar una visión como ésa durante mucho tiempo, pero ella no apartó la vista. Y, al cabo de un momento, también sonreía. Una media sonrisa bastante peculiar que a Glokta le

dejó desarmado. *Probemos con otro enfoque.*

—El caso es que su hermano me ha pedido que me cuide de su bienestar durante su ausencia. Por lo que a mí respecta puede usted follar con quien le venga en gana, aunque mi experiencia me dice que, en relación con la reputación de las jovencitas, cuanto menos se folie, mejor. En el caso de los hombres, por supuesto, ocurre exactamente lo contrario. Cierto que no es muy justo, pero hay tantas cosas en la vida que no lo son, que un asunto como ése apenas si merece mencionarse.

—Hummm. En eso tiene razón.

—Bien, me parece que ya nos vamos entendiendo —dijo Glokta—. Veo que se ha hecho daño en la cara.

Ardee se encogió de hombros.

—Me caí. Soy muy torpe.

—Entiendo muy bien cómo se siente, yo soy tan torpe que me destrocé la mitad de la dentadura y me machaqué la pierna hasta dejarla reducida a una masa de carne amorfa e inútil. Y, fíjese, ahora soy un tullido. Es asombroso a dónde puede llevarle a uno la torpeza, si no se esfuerza por corregirla. Creo que la gente torpe como nosotros deberíamos ayudarnos, ¿no le parece?

La joven se le quedó mirando pensativamente durante unos instantes mientras se acariciaba los moratones de la cara.

—Sí —dijo—, supongo que sí.

Vitari, la Practicante de Goyle, se encontraba tirada en una silla enfrente de Glokta junto a las grandes puertas del despacho del Archilector. Estaba desplomada, vertida, tendida sobre la silla como si fuera un paño húmedo, los brazos colgando a los lados, la cabeza recostada en el respaldo. De vez en cuando, sus ojos entornados recorrían el vestíbulo y se posaban en Glokta durante un rato descaradamente largo. Lo hacía sin volver la cabeza, sin mover ni un solo músculo, como si pensara que el esfuerzo podría resultarle demasiado doloroso.

Como seguramente ocurriría.

Era evidente que había participado en una refriega increíblemente violenta, luchada cuerpo a cuerpo. Por encima de su camisa negra, su cuello estaba sembrado de cardenales. Alrededor de la máscara había más, muchos más, y en la frente tenía una enorme cicatriz. Una mano llevaba un aparatoso vendaje, la otra tenía los nudillos llenos de costras y arañazos. *Le han dado una*

buena paliza. Se ha defendido, pero la persona con la que luchaba no se andaba con chiquitas.

La campanilla dio una sacudida y tintineó.

—Inquisidor Glokta —dijo el secretario mientras se apresuraba a salir de detrás del escritorio para acompañarle a la puerta—, Su Eminencia le recibirá ahora.

Glokta suspiró, soltó un gruñido y, apoyándose en el bastón, se puso trabajosamente de pie.

—Buena suerte —le dijo la mujer mientras pasaba cojeando delante de ella.

—¿Cómo?

La mujer hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza y señaló el despacho del Archilector.

—Hoy está de un humor de perros.

Al abrirse la puerta, la voz de Sult, que hasta entonces no era más que un murmullo, se convirtió en un grito atronador que se esparció por el vestíbulo como un torrente. El secretario dio un salto hacia atrás como si acabara de recibir un bofetón en la cara.

—¡Veinte Practicantes! —aullaba el Archilector al otro lado de la puerta— ¡Veinte! ¡Ahora deberíamos estar interrogando a esa zorra en lugar de estar aquí sentados lamiéndonos las heridas! ¿Cuántos Practicantes ha dicho?

—Veinte, Archi...

—¡Veinte! ¡Maldita sea! —Glokta respiró hondo y asomó la cabeza por la puerta—. ¿Y cuántos muertos? —el Archilector caminaba a grandes zancadas por el enlosado de su despacho circular haciendo aspavientos. Iba vestido de blanco y estaba tan atildado como de costumbre. *Aunque me parece advertir que tiene un pelo mal colocado, dos quizás. Sí, parece que está muy enfadado*—. ¿Cuántos?

—Siete —murmuró el Superior Goyle encogiéndose en su silla.

—¡La tercera parte! ¡Un tercio del total! ¿Y heridos?

—Ocho.

—¡Casi todos los demás! ¿Contra cuántos?

—Seis, en total.

—¿Ah, sí? —el Archilector estampó los puños contra la mesa y se inclinó sobre el acogotado Superior—. Las noticias que yo tengo es que sólo eran dos. ¡Dos, y además unos simples bárbaros! —chilló y se puso de nuevo a dar

vueltas alrededor de la mesa—. ¡Dos! Un blanco y un moreno. ¡Y encima resulta que el moreno era una mujer! ¡Una mujer! —la silla que estaba al lado de Goyle recibió una brutal patada del Archilector y se tambaleó—. ¡Y, lo que es peor, hay innumerables testigos de esta ignominia! ¿Acaso no le exigí discreción? ¿Qué parte de la palabra discreción es la que no comprende, Goyle?

—Pero, Archilector, las circunstancias no permitían...

—¿No permitían? ¿No permitían? —el chillido de Sult se alzó una octava—. ¿Cómo se atreve a decirme que *no* permitían, Goyle? ¡Le pido discreción y va usted y me monta una carnicería por todo Agriont, y encima fracasa! ¡Hemos quedado como idiotas!

¡Peor aún, como idiotas débiles! Los enemigos que tengo en el Consejo Cerrado no van a esperar ni medio segundo para sacar provecho de esta farsa. ¡Ese viejo charlatán de Marovia ya ha empezado con sus jeremiadas sobre la libertad, la necesidad de establecer controles más estrictos y todo ese tipo de sandeces! ¡Malditos leguleyos! ¡Como se salgan con la suya, no va a haber forma de dar ni un solo paso! ¡Y gracias a usted, están a punto de conseguirlo! ¡Trato de ganar tiempo, pido disculpas, intento presentar las cosas bajo la mejor luz, pero una boñiga es una boñiga, se mire como se mire! ¿Tiene usted idea del daño que nos ha hecho? ¿De los meses de trabajo que ha desbaratado?

—Pero Archilector, al fin y al cabo, ya se han ido y...

—¡Volverán, cretino! ¡Se cree que han montado esto para irse y no volver! ¡Claro que se han ido, maldito idiota, y se han llevado consigo todas las respuestas! ¡Quiénes son, qué pretenden, quién está detrás de ellos! ¿Que se han ido? ¡Es usted quien se va a ir al infierno, Goyle!

—Estoy desolado, Eminencia.

—¡Y más que lo va a estar!

—Le ruego encarecidamente que acepte mis disculpas.

—¡Tiene suerte de no estar pidiendo disculpas sobre un lecho de fuego! —Sult resopló asqueado—. ¡Desaparezca de mi vista!

Antes de abandonar encogido el despacho, Goyle lanzó una mirada asesina a Glokta. *Adiós, Superior Goyle, adiós. El Archilector no podía haber encontrado un candidato más idóneo para descargar su furia.* Glokta no pudo contenerse, y, mientras veía alejarse al Superior, no pudo evitar esbozar una mínima sonrisa.

—¿Y usted de qué se ríe? —inquirió Sult con una voz fría como el hielo mientras extendía el guante blanco donde centelleaba la piedra púrpura de su anillo.

Glokta se agachó para besársela.

—De nada, Eminencia.

—¡Más le vale, porque le puedo asegurar que no tiene motivo alguno para reírse! ¿Llaves? —se burló—. ¿Cuentos? ¿Manuscritos? ¿Cómo es posible que haya hecho caso de sus sandeces?

—Lo sé, Archilector, y le pido disculpas —Glokta se dirigió humildemente a la silla que acababa de dejar libre Goyle.

—¡Me pide disculpas! ¡Todo el mundo me pide disculpas! ¿De qué me sirve eso? ¡Menos disculpas y más éxitos, eso es lo que necesito! ¡Con la de esperanzas que tenía depositadas en usted! En fin, supongo que habrá que arreglárselas con los instrumentos de que disponemos.

¿Lo cual quiere decir? Pero Glokta permaneció en silencio.

—Tenemos problemas en el Sur. Serios problemas.

—¿En el Sur, Archilector?

—La situación en Dagoska es muy delicada. Los ejércitos gurkos se dirigen en masa hacia la península. Ya superan a nuestra guarnición en una proporción de diez a uno y tenemos el grueso de nuestras fuerzas destinado en el Norte. Tres regimientos de la Guardia Real permanecen en Adua, pero con los campesinos revueltos en medio Midderland no podemos permitirnos disponer de ellos. El Superior Davoust me mantenía informado semanalmente por carta. Ese hombre eran mis ojos, ¿entiende Glokta? Al parecer, sospechaba que había una conspiración en marcha dentro de la ciudad. Una conspiración para entregar la ciudad. Hace tres semanas el correo se interrumpió y ayer mismo me entero de que Davoust ha desaparecido. ¡Desaparecido! ¡Un Superior de la Inquisición! ¡Sin dejar ni rastro! ¡Estoy ciego, Glokta, en estos momentos cruciales avanzo a tientas en la oscuridad! Necesito tener allí a alguien en quien pueda confiar, ¿me entiende?

El corazón de Glokta latía acelerado:

—¿A mí?

—Ah, veo que ya empieza a aprender —dijo con displicencia Sult—. En efecto, es usted el nuevo Superior de Dagoska.

—¿Yo?

—¡Sí, enhorabuena, pero confío que no le moleste que dejemos las celebraciones para alguna otra ocasión! ¡Sí, Glokta, usted, usted! —el Archilector se inclinó hacia él—. Vaya a Dagoska y póngase a escarbar. Averigüe qué le ha pasado a Davoust. Limpie el jardín de malas hierbas. Erradique cualquier atisbo de deslealtad. Cualquier cosa, cualquier persona. ¡Y

luego haga una pira y quémelo todo! ¡Necesito saber qué está pasando allí; si es necesario, ase al Lord Gobernador hasta que suelte todo su jugo!

Glokta tragó saliva.

—¿Asar al Lord Gobernador?

—¿Hay eco en esta habitación? —le espetó Sult inclinándose aún más—. ¡Husmee la podredumbre y elimínela! ¡Córtela de raíz! ¡Quémela! ¡Toda, esté donde esté! Hágase usted mismo cargo de la defensa de la ciudad si es necesario. Usted fue soldado, ¿no? —alargó una mano y cogió un pergamino que había sobre la mesa—. Esto es un edicto real, firmado por los doce miembros del Consejo Cerrado. Por los doce sin excepción. Tuve que sudar sangre para conseguirlo. Dentro de la ciudad de Dagoska dispondrá usted de plenos poderes.

Glokta bajó la vista y miró el documento. Una simple hoja de papel color crema con un texto escrito en negro y un gran sello rojo en la parte de abajo. *Nosotros, los abajo firmantes, concedemos al fiel servidor de Su Majestad, Superior Sand dan Glokta, plenos poderes y autoridad...* Luego venían varios párrafos más, escritos con esmerada caligrafía, y abajo del todo dos columnas de nombres. Enmarañados manchones, historiadas volutas, garabatos casi ininteligibles. *Hoff, Sult, Marovia, Varuz, Halleck, Burr, Torlichormy todos los demás. Poderosos nombres.* Glokta sintió un leve mareo mientras sostenía el documento con mano temblorosa. Parecía como si pesara una enormidad.

—¡Que no se le suba a la cabeza! Aún tiene que andarse con pies de plomo. No estamos en condiciones de soportar un nuevo bochorno, pero hay que impedir a toda costa que los gurkos conquisten la ciudad, al menos hasta que se haya resuelto el asunto de Angland. A toda costa, ¿me entiende?

Entiendo. Me destina a una ciudad rodeada de enemigos y llena de traidores, donde ya ha desaparecido misteriosamente un Superior. Más que un ascenso parece una puñalada por la espalda, pero, claro, hay que arreglárselas con los instrumentos de que disponemos.

—Entiendo, Archilector.

—Bien. Manténgame informado, quiero ver cómo me inunda de cartas.

—Por supuesto.

—Tiene usted dos Practicantes, ¿no es así?

—Sí, Eminencia, Frost y Severard, ambos muy...

—¡No es suficiente! Cuando esté allí no debe fiarse de nadie, ni siquiera de las gentes de la Inquisición —Sult pareció pensárselo un momento—. De las gentes de la Inquisición de quien menos. Le he elegido media docena de

Practicantes, personas de probada capacidad, entre ellos la Practicante Vitari.

¿La mujer que me estaba espiando?

—Pero Archilector...

—¡No me ponga peros, Glokta! —bufó Sult—. ¡No se atreva a ponerme peros, hoy no! ¡No está usted ni la mitad de lisiado de lo que podría llegar a estar! ¡Ni la mitad de lisiado, me entiende!

Glokta inclinó la cabeza.

—Le pido disculpas.

—Está pensando, ¿verdad? Sí, siento como se mueven sus engranajes. Está pensando que no quiere que se meta de por medio la gente de Goyle. Pues déjeme que le diga una cosa, antes de trabajar para él esa mujer trabajó para mí. Es una estiria de Sipano. Esa gente son más fríos que el hielo, y ella es la más fría de todos, se lo puedo asegurar. Ya ve que no tiene de qué preocuparse. De Goyle no, al menos. *No, sólo de usted, lo cual es aún peor.*

—Me sentiré muy honrado de tenerla conmigo. *No la quitaré ojo.*

—¡Siéntase todo lo honrado que le venga en gana, pero cuídese de fallarme! Como este asunto acabe mal, necesitará algo más que un pedazo de papel para salir bien parado. Su barco le aguarda en los muelles. Ya puede irse.

—Por supuesto, Eminencia.

Sult se dio la vuelta y se acercó a la ventana. Glokta se levantó en silencio, deslizó su silla debajo de la mesa y cruzó la habitación renqueando sigilosamente. El Archilector seguía de pie, con las manos agarradas a la espalda, mientras Glokta cerraba cuidadosamente las puertas. Hasta que no se cerraron con un clic no se dio cuenta de que durante todo ese tiempo había estado conteniendo la respiración.

—¿Cómo ha ido?

Glokta se volvió bruscamente y sintió una dolorosa punzada en el cuello. *Es increíble, siempre se me olvida que no debo hacer ese gesto.* La Practicante Vitari, que seguía derrumbada en la silla, le miraba con ojos cansinos. No parecía haberse movido ni un ápice durante todo el tiempo que él había permanecido dentro. *¿Cómo ha ido?* Mientras se lo pensaba, se pasó la lengua por la boca y se chupó las encías. *Eso está aún por ver.*

—Ha sido interesante —dijo por fin—. Voy destinado a Dagoska.

—Eso he oído —ahora que se fijaba, la mujer tenía un acento muy marcado. *El típico deje de las Ciudades Libres.*

—Tengo entendido que usted se viene conmigo.

—Eso tengo entendido yo también —pero la mujer no hizo ademán de moverse.

—Tenemos un poco de prisa.

—Lo sé —y, dicho aquello, extendió una mano—. ¿Me ayuda a levantarme?

Glokta, sorprendido, alzó las cejas. *Me pregunto cuándo fue la última vez que alguien me pidió que hiciera eso.* Estuvo tentado de decir que no, pero, aunque sólo fuera por la novedad, finalmente le tendió la mano. La mujer se aferró a ella, y se puso a tirar. Mientras se iba separando poco a poco de la silla, apretaba los ojos, y Glokta podía oír perfectamente el fatigado silbido de su aliento. Le estaba haciendo daño al tirar, le dolía en el brazo, en la espalda. *Pero más le duele a ella.* Detrás de su máscara, estaba convencido, apretaba los dientes para poder soportar el dolor. Movía cada uno de sus miembros con suma cautela, como tratando de averiguar cuál de ellos le dolería y cuánto le iba a doler. Glokta no pudo reprimir una sonrisa. *Yo paso por eso todas las mañanas. Es curioso que resulte tan estimulante ver a otra persona haciendo lo mismo.*

Cuando por fin estuvo de pie, se apretó la mano vendada contra las costillas.

—¿Puede caminar? —preguntó Glokta.

—Ya me iré desentumeciendo.

—¿Qué han sido? ¿Perros?

La carcajada que soltó la mujer recordaba bastante a un ladrido.

—No. Un norteño gigantesco me hizo ver las estrellas.

Glokta resopló. *Bueno, al menos es sincera.*

—¿Nos vamos?

La mujer miró el bastón.

—No tendrá por casualidad otro de ésos, ¿verdad?

—Me temo que no. Es el único que tengo y no puedo andar sin él.

—Sé cómo se siente.

No del todo. Glokta se dio la vuelta y comenzó a alejarse con paso renqueante del despacho del Archilector. *No del todo.* Oía a la mujer cojear detrás de él. *Es curioso que me resulte tan estimulante tener detrás a alguien que trata de seguir mi paso.* Intentó forzar un poco la marcha, y le dolió. *Pero más le duele a ella.*

En fin, de vuelta al Sur. Glokta se chupó las encías. *No puede decirse que el*

lugar me traiga muy buenos recuerdos. He de luchar contra los gurkos, después del precio que tuve que pagar la vez anterior. He de erradicar la deslealtad de una ciudad donde no puedo confiar en nadie, y, menos aún, en las personas que se supone que han sido enviadas para ayudarme en mi labor. He de bregar en medio del calor y del polvo con una tarea desagradecida que, con toda probabilidad, se saldará con un fracaso. Un fracaso que seguramente me costará la vida.

Sintió un pálpito en la mejilla, y sus ojos pestañearon. *¿A manos de los gurkos? ¿A manos de los conspiradores contra la Corona? ¿O simplemente desapareceré como mi predecesor? ¿Ha existido alguna vez un hombre que pudiera elegir entre tantos tipos de muerte?* Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. *Estoy deseando ponerme manos a la obra.*

Y entonces volvió a pasársele por la cabeza aquella vieja pregunta para la que aún no tenía respuesta.

¿Por qué lo hago?

¿Por qué?

Agradecimientos

A cuatro personas sin las cuales...

A Bren Abercrombie, que se fatigó los ojos leyéndola.

A Nick Abercrombie, que se fatigó los oídos oyendo hablar de ella. A Rob Abercrombie, que se fatigó los dedos pasando sus páginas. A Lou Abercrombie, que se fatigó los brazos sosteniéndome.

Y también...

A Matthew Amos, por sus buenos consejos en los momentos difíciles.

A Gillian Bedfearn, que leyó más allá del principio y me hizo cambiarlo.

A Simon Spanton, que la compró sin haber llegado al final.